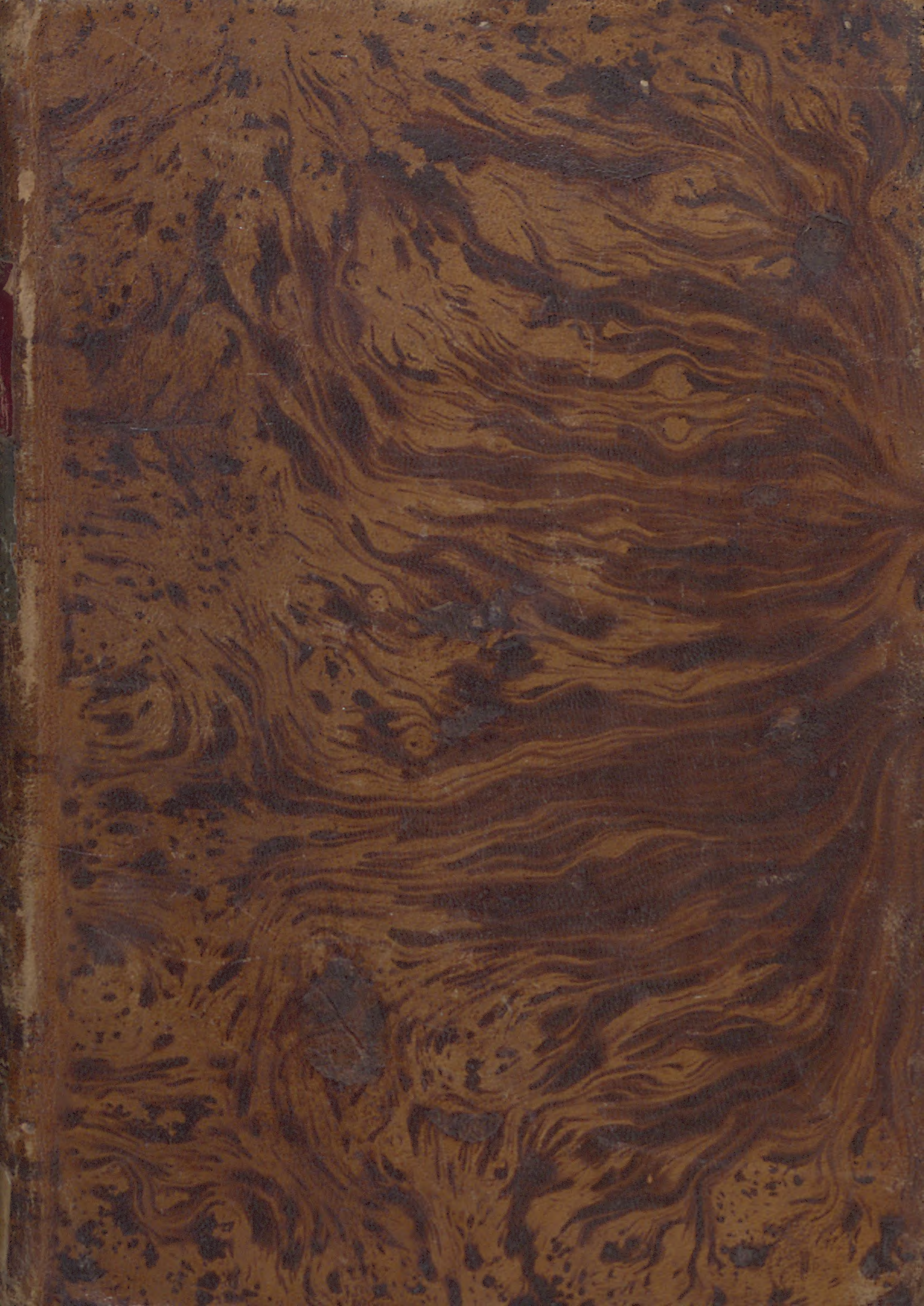
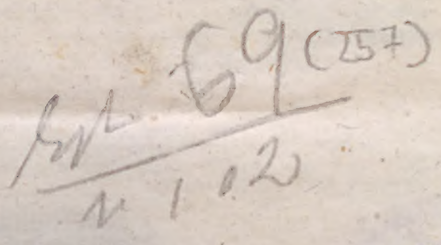






AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.
MARZO.





AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

MARZO.





MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.



DIA PRIMERO.

Santa Eudocia, penitente y mártir.

Acia el principio del segundo siglo, siendo emperador Trajano, vino á fixar su habitacion en Heliópolis cierta famosa cortesana, llamada Eudocia, originaria de Samária, que sin duda se alejó de su pais únicamente para vivir con mayor libertad en su desordenada vida.

Era tenida por la mayor hermosura de su tiempo. Daba nuevo lustre á su belleza la bizarría con que se adornaba; su entendimiento era vivo, claro y brillante; su genio alegre, festivo, despejado; su ayre naturalmente desembarazado y garboso; sus ojos introducian dulcemente el veneno hasta el corazon; pocos habia que dexasen de caer en el artificioso halagüeño lazo de sus redes.

Ninguna dama cortesana metió jamas tanto ruido; y acaso ninguna hizo jamas tanto daño. Hacíanla corte los mayores señores, encantados de su hechicero atractivo. Nunca se dexaba ver en público sino con un ostentoso aparato de galas y de joyas que deslumbraban á cuantos le veian; brillaban en su cuarto los muebles mas exquisitos, siendo fama constante que habia amontonado inestimables riquezas.

Vivia Eudocia entregada á los mas escandalosos desórdenes, cuando el Señor, que se complace en renovar de tiempo en tiempo en su Iglesia los mas estupendos prodigios de su misericordia, vino á buscar á esta oveja perdida, y quiso descubrir á aquella segunda Samaritana las saludables aguas de la gracia.

Cierto santo monge, llamado Germano, que se volvia al desierto, y transitaba por Heliópolis, se fue á hospedar en casa de un cristiano conocido suyo, que vivia pared en medio de Eudocia. Despues de haber dormido como dos ó tres horas, se levantó á media noche y comenzó á cantar salmos, segun lo tenia de costumbre; despues de esto

se puso á leer en un libro espiritual que para este fin traia siempre consigo, y de propósito leia en voz alta para que el sueño no le venciese, siendo la materia de la leccion las terribles penas que padecerán los condenados en el infierno, mientras los bienaventurados gozarán de las eternas delicias de la gloria.

El cuarto donde estaba aposentado el santo Religioso iba á dar al mismo dormitorio de Eudocia, que se separaba de él por solo un debil tabique, de suerte que despertando al ruido de su cántico, se aplicó por curiosidad á oir lo que estaba leyendo, y quedó espantada de lo que oia.

Apenas amaneció cuando le envió un recado suplicándole que pasase á verla. Preguntóle luego por su religion, por su estado, por el motivo de su viage, y despues le rogó que tomase el trabajo de explicarla lo que le habia oido leer aquella noche. El buen monge, que estaba íntimamente penetrado de aquellas espantosas verdades, la hizo una vivísima pintura de ellas: de suerte, que no pudiendo Eudocia disimular mas su asombro, ni reprimir su llanto, dió un lastimoso grito, y exclamó diciendo: *Pues, padre, segun esto yo seré condenada.*

Aprovechándose el siervo de Dios de aquellas felices disposiciones, la dixo: *Ahora me habeis de dar licencia. Señora, para que tambien yo os pregunte quién sois vos, y qué religion profesais? Yo*, respondió Eudocia, *soy de Samária, y profeso la secta de los samaritanos; ó por mejor mejor decir, ninguna religion profeso; y aun por lo mismo me he entregado ciegamente á todo género de disoluciones; mirad ahora si será posible que yo evite esos suplicios eternos.*

Y muy posible, Señora, replicó el prudente Germano, *con tal que os querais convertir de veras y hacer penitencia de vuestras culpas; porque Jesucristo nuestro Salvador á ningun pecador verdaderamente arrepentido y penitente excluye de su misericordia. Pues dime, te ruego* (repuso la afligida Eudocia), *¿qué debo hacer para conseguirla? Dexar de pecar*, respondió el siervo de Dios, *y llamar sin dilacion á algun sacerdote de los cristianos para que os instruya en la fe y os administre el santo bautismo, sin lo cual no hay salvacion.*

Llamó al punto Eudocia á uno de sus criados, y le mandó que al instante fuese á buscar el sacerdote de los cristianos, y le traxese consigo sin decirle quién le llamaba, advirtiéndole solamente que la necesidad era urgente, y apretaba mucho. Vino el sacerdote; pero quedó turbado y como mudo cuando se vió en la casa y en la presencia de Eudocia. Conociólo élla, y deshaciéndose en lágrimas, se arrojó á sus pies, conjurándole por amor del Salvador de todos los hombres que no la desamparase. *Bien sé*, dixo, *que soy la mayor pecadora que han conocido los siglos; pero tambien sé, porque así me lo han dicho, que la misericordia de tu Dios es infinitamente mayor que mis pecados. Yo quiero ser cristiana, yo quiero recibir de tu mano el santo bautismo; dámele, y dame juntamente con él la regla de vida que quisieres, que yo prometo guardarla.*

Admirado el sacerdote, y rindiendo mil alabanzas al Autor de aquella asombrosa conversion, cuya historia le refirió el monge Germano, aconsejó á Eudocia que desnudándose de toda aquella profanidad, galas y joyas preciosas, se vistiese modestamente, y retirada en un cuarto por espacio de siete dias, los pasase en ayuno y oracion sin ver á persona alguna. Executólo á la letra; y pasado este tiempo la fue á ver el santo Monge á quien élla misma habia suplicado que se detuviese; pero la halló tan desfigurada, tan pálida y tan extenuada que apenas la conoció. Luego que la Santa le descubrió á alguna distancia, levantando la voz, le dixo: *Dad, padre mio, muchas gracias al Señor por las misericordias que ha hecho su piedad con esta indigna pecadora. Pasé los seis primeros dias de mi retiro en llorar mis enormes culpas y en cumplir con la mayor exâctitud todos los exercicios devotos que vos me prescribísteis. Al dia séptimo, estando postrada en tierra, el semblante contra el polvo, me hallé de repente cercada de una grande hermosa luz que casi me deslumbraba. No obstante, reconocí en medio de élla un joven bizarro vestido de blanco, que con semblante magestuoso y severo me cogió de la mano, y me arrebató por los ayres hasta el cielo, donde vi una innumerable multitud de personas vestidas del mismo trage y color, que mostrando grande alegría de verme, se complacian recíprocamente, y*

me daban mil enhorabuenas de que algun dia habia de ser participante con éllas de la misma gloria. Ocupada, y aun embelesada toda en esta dulce vision, apareció de repente un espantoso monstruo que con horribles ahullidos se quejaba á Dios de que injustamente se le quitase una presa que por tantos títulos poseia como suya; pero le puso en precipitada vergonzosa fuga una voz que baxó del cielo, diciendo que se complacia Dios en tener misericordia de los pecadores arrepentidos. La misma voz me alentó con la esperanza de lograr una especial proteccion todo el resto de mi vida, ordenando á mi conductor, que entendí ser el arcángel san Miguel, me restituyese al lugar donde me halló. Ahora, padre mio, á ti te toca ordenarme lo que debo executar para corresponder á tan grandes beneficios.

El bienaventurado Germano, volviendo á admirar de nuevo las misericordias del Señor, dió á Eudocia las saludables instrucciones que le parecieron necesarias; ordenóla que recibiese cuanto antes el santo bautismo, y despidiéndose de élla, la dixo: *Espero, hija mia, que presto volveré á verte para decirte entonces lo que el Señor quiere que hagas.* Costó á Eudocia muchas lágrimas la partida del siervo de Dios; mas no por eso se entibió un punto su fervor.

Habia ya llegado á noticia del obispo Teodoro la mudanza de la famosa Cortesana, y estaba esperando con impaciencia pruebas mas seguras de la sinceridad de su conversion, cuando le entraron recado de que Eudocia en trage de penitente le pedia audiencia. Luego que entró á la presencia del santo Prelado, se arrojó á sus pies, y deshaciéndose en lágrimas, le pidió que no la dilatase el bautismo. Viéndola el Obispo tan santamente dispuesta, y hallándola suficientemente instruida, la concedió con singular consuelo y gusto lo que deseaba.

Viéndose ya cristiana Eudocia, llamó á todos sus esclavos, y dándoles libertad, los exhortó á seguir su exemplo; despues despidió á los demas criados, pagándoles sus salarios, y haciendo ademas de eso grandes liberalidades á todos; cedió sus inmensos bienes á los pobres, suplicando al obispo Teodoro tomase á su cargo el cuidado de distribuirlos.

Quedó asombrado el Obispo á vista de una resolucion

tan generosa, tan cristiana y tan heróica; pero aún se quedó mas atónito cuando vió la espantosa cantidad de bienes raices, de posesiones, de muebles preciosos, de riquísimas joyas que sacrificaba al Señor la nueva Penitente.

Desde aquel punto fue su vida modelo insigne de las mas heróicas virtudes. Entregóse sin reserva á las mas rigurosas penitencias; su ayuno era estrechísimo y contínuo; conservó siempre el trage de los neófitos, y no volvió á parecer en público, sino en la iglesia, y llorando sus culpas al pie de los altares.

Volvió á Heliópolis el monge Germano como lo habia ofrecido; halló á su hija Eudocia elevada á un grado de perfeccion muy superior al que tenia cuando se habia separado de élla. Propúsola que sería conveniente se fuese á encerrar en algun lugar solitario para pasar en penitencia y en retiro el resto de sus dias. Abrazó al instante este partido, y desde entonces fue una perpétua série de oracion y de rigores la vida de nuestra Heroina.

Necesariamente habia de irritar á todo el infierno una conversion tan ruidosa y una virtud tan extraordinaria. Los que habian amado torpemente á Eudocia pecadora no podian tolerar á Eudocia arrepentida. Cierto joven mas disoluto y mas osado que los ótros, determinó sacarla del desierto ó con maña ó con violencia. Vistióse de monge, buscó á Germano, y postrándose á sus pies le suplicó quisiese admitirle por su discípulo y compañero en aquella soledad. Edificóse el buen Germano al oir la pretension del engañoso joven; pero le representó que era muy mozo y muy delicado para llevar el rigor de aquella vida. *Yo lo confieso*, replicó el falaz mancebo; *pero á vista de lo que acaba de hacer Eudocia, ayer cortesana y hoy penitente, sería vergüenza mia no poder hacer otro tanto. Permíteme no mas que yo la vea, y que pueda hablarla dos palabras; porque espero que las suyas me inspirarán tanto fervor y tanto aliento, que ninguna penitencia, ningun rigor se me represente imposible.* Creyóle Germano, y dió providencia para que viese á Eudocia. Esta, que se hallaba ya prevenida por el Señor del lance que la esperaba, apenas vió en su presencia al disfrazado joven, cuando sin dexarle acabar el insolente discurso que

habia comenzado, le habló en tono tan espantoso y tan vivo, que como si cada voz fuera un trueno, y cada sílaba un rayo, cayó redondo á sus pies cadáver yerto. Pidieron á la Santa en nombre de Dios que se compadeciese de aquella alma infeliz; hizo oracion, y con nuevo milagro le restituyó á la vida, mandándole que al instante se fuese á hacer penitencia.

No desistió el demonio de su intento; viendo desvanecido el primer artificio, echó mano de ótro. Sugirieron á Aureliano, gobernador de la provincia, que habiéndose convertido Eudocia á la religion cristiana, habia llevado consigo al desierto tesoros infinitos, y que se interesaba la honra del mismo Gobernador y el bien público en recoger aquellas inmensas riquezas.

Despachó Aureliano á un oficial con trescientos soldados, y con órden de que se apoderasen de todo. Reveló Dios á la Santa lo que pasaba, asegurándola que él cuidaria de élla. Con efecto, una mano invisible los detuvo, hasta que dexándose ver un espantoso dragon, los disipó á todos, menos á tres que fueron á llevar la noticia. Irritado el hijo del Gobernador, partió con mas número de tropas, pero al apearse del caballo en la primera marcha, le dió una coz tan furiosa, que le tendió muerto en el suelo. Cuando el Gobernador vió entrar por las puertas de su casa el cadáver de su hijo, arrebatado de cólera, de sentimiento y furor, quiso ir en persona á despedazar á Eudocia por su misma mano; pero un caballero llamado Filóstrato le detuvo, y le aconsejó que dexándose de de amenazas inútiles, implorase las oraciones de Eudocia. Siguió Aureliano el consejo, y la escribió una carta suplicándola restituyese la vida á su hijo. Respondióle al punto la Santa, y en lugar de sello señaló su carta con tres cruces. Impaciente el Gobernador salió al camino al propio que habia despachado, y haciendo traer el cadáver de su hijo, apenas puso sobre él la respuesta de la Santa, cuando en aquel mismo punto resucitó. A un milagro tan evidente se habia de seguir el efecto que le correspondia. Convirtióse luego á la fe Aureliano con toda su familia, y poco despues murió santamente.

En fin, habiendo vuelto á encenderse la persecucion contra los cristianos en tiempo del emperador Trajano,

encontró en élla santa Eudocia la corona del martirio porque suspiraba. Noticioso el sucesor de Aureliano, llamado Vicente, de las maravillas que obraba nuestra Santa, le pareció que era conveniente deshacerse de élla sin ruido temiendo alguna sublevacion popular; y así la mandó degollar en secreto. Sucedió su martirio el dia primero de marzo del año 114 de nuestro Señor Jesucristo, cuya gracia triunfó tan gloriosamente en nuestra dichosa Mártir.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la misa es la que se sigue.

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatæ Eudociæ martyris tuæ natalitia cólimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que entre las demas maravillas de tu poder hicísteis victorioso en los tormentos del martirio aun al sexô mas frágil; danos gracia para que siguiendo el exemplo de tu mártir santa Eudocia, cuya fiesta celebramos, podamos caminar á vos: Por nuestro Señor..

La epístola es del apóstol san Pablo á los filipenses, cap. 4.

Fratres: Pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu. De cætero, fratres, quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque justa, quæcumque sancta, quæcumque amabilia, quæcumque bonæ famæ, si qua virtus, si qua laus disciplinæ, hæc cogitate. Quæ et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, hæc agite: et Deus pacis erit vobiscum.

Hermanos: La paz de Dios, que sobrepuja á todo conocimiento, guarde vuestros corazones y vuestras almas en Cristo Jesus. Por lo demas, ó hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es honesto, lo que es justo, lo santo, lo amable, todo lo que da buen nombre, sea alguna virtud, sea alguna alabanza de doctrina, esto es lo que habeis de pensar. Las cosas que aprendísteis, las que recibísteis, oísteis y vísteis en mí, éstas habeis de poner por obra, y el Dios de la paz será con vosotros.

NOTA.

"Hallándose preso san Pablo en Roma, y habiendo "recibido las limosnas que le enviaban los fieles de Fili- "pos, ciudad de Macedonia, por mano de su obispo Epa- "frodíto, les escribió esta admirable carta, que está llena "de ternura, de agradecimiento y de testimonios del ar- "diente celo que le abrasaba por su eterna salvacion. Des- "pues de darles diferentes reglas para conservarse en la "inocencia, los exhorta á que huyan de todo género de "disputa, y de todo lo que tenga ayre ó suene á espíritu "de parcialidad.

REFLEXIONES.

La paz de Dios es la paz que el mismo Dios nos concede; la paz de la buena conciencia, la cual solo está contenta cuando Dios lo está de élla, es la paz que gozan las almas puras en la tierra, y la herencia de los bienaventurados en el cielo. ¿Quién puede comprender las indecibles dulzuras de este don del Espíritu santo? Es paz del corazon; y por eso solo el corazon puede hacer concepto cabal de su delicia. *Gustate et videte*: gustad y ved.

Toda esta ciencia, digámoslo así, consiste en el gusto. La falsa paz del mundo solo se halla en la boca del impío; no llega ni puede llegar al corazon: *Pax, pax, et non erat pax (Jerem.* 5.). ¿Ni cómo pudiera encontrarse esta divina paz en una alma donde todo es turbacion, todo desórden; donde reyna el tumulto, donde triunfa la sedicion de las pasiones? Acumula en buena hora tesoros sobre tesoros; mas que seas el ídolo de los lisonjeros y de los cortesanos; mas que te dexes embriagar de los placeres y de tu próspera fortuna; ni por eso podrá lograr tu agitado corazon un solo momento de paz llena y pura. Siéntese sí como amodorrado, como aturdido, como atolondrado por algunos breves instantes; y está el alma como embelesada entre el ruido de la confusion y de la bulla. Breves, vanos y fugaces embelesos, á vosotros se reduce toda la paz de que se precian tanto los disolutos y los impíos. ¿Cuándo lograrán estos infelices algun intervalo de religion y de entendimiento para conocer su desgracia y para descubrir sus descaminos?

¡Qué tranquilidad mas deliciosa, qué placer mas lleno, mas exquisito; qué mas dulce calma, mi Dios, que la que gusta en tu servicio una conciencia pura, una alma santa! ¡qué insípida, qué desabrida parece cualquiera otra dulzura á quien ha gustado una vez esta dulzura interior! ¡qué eficazmente pierde el gusto de cualquier otro placer! ¡qué oportuna, que eficaz es para conservar el corazon en la inocencia! Ella le defiende facilmente de toda sorpresa; solamente los corazones visoños, los poco experimentados se dexan deslumbrar, se dexan engañar de las falsas promesas del mundo. Quien ha gustado una vez las delicias de esta paz, *quæ exuperat omnem sensum*, superior á cuanto se puede decir ni aun pensar, poco se tienta de todas estas vanas apariencias, de todos estos fugaces trampantojos.

¡Qué hermoso y qué cabal retrato hace san Pablo de una alma verdaderamente cristiana! Sería muy conveniente que le tuviésemos siempre á la vista para copiarle. No hay que buscar la verdad fuera de la religion cristiana; hablando con propiedad solamente se halla dentro de élla; fuera de su gremio todo es error, todo ilusion: *Quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque justa, quæcumque sancta... hæc cogitate.* La pureza de costumbres, la santidad, la justicia son el carácter de la religion verdadera; donde no hay ésta, todo es simulacion, todo disolucion disfrazada, todo mala fe, todo hipocresía. Podráse representar con habilidad una comedia estudiada para divertir al público; pero si el corazon la desmiente, solo durará esa falsa devocion mientras dure la comedia. No hay cosa mas despreciable ni cosa mas impía que la ficcion y el remedo en punto de religion.

El evangelio es del cap. 5. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus Judæis: Sicut Pater suscitat mortuos, et vivificat, sic et Filius, quos vult, vivificat. Neque enim Pater judicat quemquam: sed omne judicium dedit Filio, ut omnes honorificent Filium, sic-

En aquel tiempo dixo Jesus á los judíos: Así como el Padre resucita á los muertos, y les da vida, de la misma manera el Hijo da tambien vida á los que quiere. Porque el Padre no juzga á ninguno; sino que dió al Hijo toda la facultad de

ut honorificat Patrem: qui non honorificat Filium, non honorificat Patrem, qui misit illum.

juzgar. Para que todos honren al Hijo como honran al Padre: el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.

MEDITACION.

De lo que sentirán los justos y los pecadores en el dia del juicio.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuál será la diferencia de afectos entre los justos y los pecadores en el dia terrible del juicio final; qué ideas, qué pasiones, qué pensamientos tan distintos.

Cuando resuene la espantosa voz de la trompeta que convocará los muertos para que comparezcan ante el tribunal de Dios, únos se darán priesa á levantarse de los sepulcros para salir al encuentro á su libertadores; ótros gritarán á los montes, que desgajados los sepulten para librarlos de la terrible vista de su juez. ¡Buen Dios, qué dulces movimientos de amor, de gozo y de consuelo en los primeros! ¡qué confusion, qué ódio, qué desesperacion en los segundos! ¿Cuál de estas dos clases me tocará á mí en aquel terrible dia? . . .

¡Qué honra, qué alegría la de los buenos al verse separados de la muchedumbre, y colocados á la diestra de su amante Redentor! ¡qué complacencia tendrán entonces de haberle amado, de haberle servido, de haber obedecido sus preceptos y seguido sus consejos! ¡Pero qué vergüenza, qué rabia, qué furor será el de los que se hallan entre el monton de los réprobos á la mano siniestra del juez! ¡qué dolor, qué arrepentimiento de haberle menospreciado, de haberle maltratado tanto en vida! ¡qué íntimo, qué profundo sentimiento de haberle tan gravemente ofendido!

¿En qué parage, en qué lugar de aquel congreso universal de los ángeles y de los hombres se dexarán ver los grandes del mundo que fueron poco cristianos; aquellos disolutos que hacian chacota de las verdades mas te-

rribles de la religion; aquellas mugeres mundanas criadas en la delicadeza y en el regalo; aquellos falsos dichosos del mundo que se verán confundidos con las heces de todo el género humano, destinados con el resto de los facinerosos á arder en las eternas llamas? ¿Qué pensarán entonces? ¿y qué pensaré yo mismo? ¿Estarán á la diestra de Jesucristo todos los que hubieren hecho esta meditacion? ¿se podrán gloriar de haber abrazado con tiempo el buen partido, de haber sido tan cuerdos, tan prudentes que no cayeron en el lazo? ¿Cuántos habrá quizá que desesperados rabiarán por no haber sacado fruto de estas reflexîones, y no haberse aprovechado de la gracia? ¿y no seré yo acaso de este número?

¡Qué, dulcísimo Jesus mio, nunca os he de ver sino para temeros y para aborreceros! ¡nunca os he de ver glorioso sino para sentir y llorar la infelicidad de mi eterna suerte! ¡O única esperanza mia! en el dia de la tribulacion no os mire jamas como á objeto de terror.

PUNTO SEGUNDO.

Considera el efecto que producirá en el corazon de los justos y de los réprobos la sentencia definitiva de su eterna suerte.

Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reyno que os está aparejado desde la creacion del mundo. ¡Qué sentencia tan colmada de consuelos! *Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el demonio y para sus ángeles.* ¡Qué terrible, qué formidable sentencia! ¿Comprendes bien todo el rigor de este espantoso decreto? Si el fuego eterno estaba preparado para el demonio y para sus ángeles; luego no estaba dispuesto para mí; luego yo me le merecí por pura malicia mia; luego mi condenacion es obra de mis manos. ¡Qué arrepentimiento mas cruel!

¡Con qué ojos mirarán los bienaventurados á los réprobos que en otros tiempos se veian tan estimados, tan opulentos, tan orgullosos con su suerte, tan embriagados con su soñada fortuna! Veslos ahí que ya son el oprobio de todo el universo, y tristes víctimas del furor de un Dios airado.

Con qué ojos mirarán los desdichados réprobos á los escogidos, en otro tiempo tan pobres, tan viles, tan menospreciados, pasando los dias de la amargura en el llanto, en la obscuridad, y hechos ya felices moradores de la corte celestial, príncipes del reyno de los cielos, herederos del mismo Dios y de su eterna felicidad. ¡Buen Dios, qué mudanza de teatro!

Venid, benditos de mi Padre; vosotros os salvásteis. *Id, malditos, al fuego eterno*; vosotros os condenásteis. El que habla es todo un Dios; á quienes pronuncia estas sentencias son los hombres; ¿cuál de las dos hablará conmigo? Consultemos nuestras costumbres; preguntémoselo á nuestra conducta.

¡Ah, y con cuánta razon, pero qué tarde, exclamarán los réprobos al ver que se elevan los predestinados ácia el cielo! *Nos insensati*: ¡insensatos de nosotros, necios de nosotros, que tuvimos su vida por locura y su muerte por afrentosa! pero veislo ahora como son encumbrados á la dignidad de hijos de Dios, y como su herencia es entre los santos. *Ergo erravimus à via veritatis*: luego nosotros fuimos los necios y los locos, los que anduvimos errados y apartados del camino de la verdad, porque no quisimos enderezar por él. ¿Pero será entonces tiempo de conocerlo? ¡Qué cosa tan horrible es no conocer, no confesar el descamino hasta verse ya en el precipicio! Con tiempo se les habia prevenido; pero no lo quisieron creer hasta que se vieron ya despeñados. ¡Qué sentimiento! ¡qué rabia! ¡qué furor!

Pero, dulce Jesus mio, vos no me redimísteis para perderme; pues no permitais que me suceda tal desdicha. Todavía puedo con el socorro de vuestra gracia prevenir este triste conocimiento y sus funestas consecuencias. Resuelto estoy, Señor, á hacerlo desde esta misma hora. ¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia, mi Dios, sería la mia, si estas reflexîones solo sirviesen para hacerme mas culpado!

JACULATORIAS.

Peccator videtur, et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet. Salm. 111.

Verá el pecador la gloria del justo, y centelleará de dolor; bramará de rabia, y se secará de desesperacion.

Intelligite hæc, qui obliviscimini Deum. Salm. 49. Vosotros, los que teneis á Dios tan olvidado, comprended bien lo que os espera en el tremendo dia de su juicio.

PROPOSITOS.

Si nos juzgáramos á nosotros mismos, dice el Apóstol, *no seríamos despues juzgados; pero al mismo tiempo que de esta manera nos juzgamos, nos castiga Dios aquí para no condenarnos despues de este mundo.* No puede ser mas amorosa ni mas facil la condicion; dásenos á escoger, ó juzgarnos nosotros á nosotros mismos sin piedad, dignándose Dios de referir á nuestro juicio, ó ser juzgados despues por el supremo Juez con todo el rigor de la ley, y sin misericordia. Es indispensable comparecer ante uno de los tribunales; mira tú en cuál de los dos quieres que sea juzgada y sentenciada tu causa. ¿Pero quién lo creyera? La mayor parte de los hombres se recusan á sí mismos. ¿Será virtud, será modestia, ó será exceso de confianza en la divina Misericordia preferir el juicio de Dios al juicio propio? Nada menos; ninguna cosa se teme tanto como tenerle por juez. Es porque no se quiere tomar el trabajo de juzgarse á sí mismo en vida; es porque se desprecian las devociones mas fáciles, los actos de religion mas ordinarios; es porque se mira el exámen de conciencia como cosa de novicios. No lo hagas tú así; mira y aprecia todos estos medios como muy oportunos y seguros para llegar á ser perfectos. Hay muchos exámenes de conciencia, ó muchos modos de exâminarla, todos utilísimos; ninguno de éllos desprecies. Considéralos como otros tantos tribunales en que Dios te constituye para que á un tiempo seas parte y juez en tu propia causa: mira la obligacion que tienes á sentarte en éllos de buena fe, y á no dexarte llevar de una nimia indulgencia. El exámen para la confesion debe ser exâcto, severo, preciso; la memoria de cada pecado debe ir acompañada de nuevo dolor y de nuevo arrepentimiento. No te contentes con aquellos exámenes secos y descarnados, que

hablando en propiedad, no son exámenes, sino cálculos ó cuentas. Haz que en tu exámen tenga tanta parte el corazon contrito como la memoria; tráense á ésta los pecados sin excitar á aquél al dolor de éllos; defecto muy comun en muchos, que debes evitar tú cuidadosamente.

A proporcion del tiempo que pasa de una confesion á ótra debe ser el que se gasta en el exámen. Hácense exámenes muy breves para confesiones que debieran ser muy largas; y tambien se suelen hacer exámenes muy prolixos, pero muy inútiles, ya por falta de sinceridad, ya por sobra de confusion, ya por floxedad y negligencia. ¿Quieres evitar estos defectos? Pues exâmínate como si te juzgáras. Pero júzgate con todo rigor si no quieres que tu conciencia apele á otro tribunal donde seas juzgado sin misericordia. Guárdate mucho de dexar á la penetracion y al celo del confesor el conocimiento y la indagacion de los hechos y de las circunstancias. Antes bien hay casos en que es muy conveniente prevenir el juicio del confesor, como en restituciones, enemistades, pecados de costumbre y ocasiones próxîmas. En estas materias, antes de ponerte á los pies del confesor, debieras cumplir con tu obligacion; de manera, que cuando te llegases á confesar pudieses decir: Padre, ya he dado principio á restituir lo mal ganado; ya he buscado y he hablado á la persona que me tenia tan ofendido; tantos dias ha que me he abstenido de este pecado á que me arrastraba la costumbre; ya se rompió aquella mala amistad; ya estoy apartado del peligro, ya se quitó la ocasion, ó á lo menos ya no es próxîma. Cuando una persona se confiesa con tan santas disposiciones, su exámen es un verdadero juicio; el confesor la absuelve sin detenerse, y Dios confirma siempre la sentencia. Es bueno hacer el exámen la víspera de confesion, y no esperar á estar á los pies del confesor para instruir el proceso.

DIA PRIMERO.

San Rosendo, obispo de Dumio, confesor.

San Rosendo, tan célebre en nuestra España por su santidad y milagros, nació en Valdesalas, pueblo de Galicia, en los confines de Portugal. Fue su padre el conde Gutierre Menendez, y su madre se llamó Ilduara, úno y ótra de los principales señores de aquel reyno. En muchos años de matrimonio no lograron fruto de bendicion, aunque lo desearon vivamente, y se lo pedian á Dios con fervorosas oraciones, porque al punto que recibian el bautismo algunos hijos que habian tenido, se los arrebataba la muerte, doblando su tormento la esperanza que en cada uno concebian.

Hallábase su padre en Coimbra por órden del rey don Alonso el Grande, que le hizo general de sus tropas para que defendiese esta ciudad contra los agarenos. Valióse Ilduara de esta ausencia de su esposo para entregarse con mayor conato á todos los exercicios de piedad, distribuyendo copiosas limosnas á los pobres, ayunando con frecuencia, visitando las iglesias, multiplicando sus oraciones, y pidiendo á Dios con lágrimas un hijo de bendicion. Habia en lo alto de un monte, distante dos millas de Valdesalas, una iglesia dedicada al Salvador adonde la piadosa Ilduara solia ir descalza, sin comitiva, y derramando muchas lágrimas á oir los divinos oficios. Un dia, pues, que estaba orando con mayor fervor, sucedió que cansada del camino, y postrada delante del altar, se quedó dormida, y se la apareció un ángel del Señor que la consoló, y la dixo: "Regocíjate Ilduara, porque te hago saber que tus oraciones han sido oidas de Dios: concebirás, y darás á luz un hijo que será muy estimado de los hombres, y de mucho mérito para con Dios."

Despertó Ilduara, y dando muchas gracias al Señor por tan señalado beneficio, envió al punto á llamar á su Esposo, el cual cerciorado por Ilduara de la verdad de la

revelacion, se alegró sobremanera, y dió tambien al Señor rendidas gracias. Concibió Ilduara á pocos dias, y dió á luz en 26 de noviembre del año de 907 á nuestro san Rosendo. Celebraron los padres el nacimiento de tan deseado hijo distribuyendo abundantes limosnas á los pobres, dando libertad á sus esclavos, y celebrando todos los años aquel dia con iguales demostraciones de caridad. Y aun el mismo san Rosendo ordenó despues en su testamento á los monges de Celanova que siempre jamas celebrasen aquel dia con particulares limosnas á los pobres.

En reconocimiento de esta merced comenzó tambien Ilduara á edificar á sus expensas, junto al mismo pueblo en que vivia, una iglesia que dedicó á san Miguel y á los santos ángeles. Y habiendo concurrido los parientes y amigos de los padres al bautismo del niño Rosendo, quisieron todos que se bautizase en la iglesia del Salvador, donde su madre habia tenido la revelacion de su nacimiento. No habia en aquella iglesia pila bautismal, y fue preciso buscar una gran fuente de piedra para llevarla á dicha iglesia. Pusiéronla en un carro, que se quebró con tan gran penso; y pensando los criados en disponer otro carro mas fuerte, se vió con admiracion de todos una fuente bautismal en la nueva iglesia de san Miguel, y se conoció por este prodigio que era voluntad de Dios que fuese bautizado en élla el santo Niño, como se efectuó.

Tuvieron poco que hacer sus virtuosos padres para cultivar el ánimo de Rosendo. Descubrió desde la niñez una índole tan apacible, y se mostraba tan aficionado á la virtud, que miraba con horror aun los inocentes entretenimientos de los otros niños. Ya en aquellas edades era la ocupacion ordinaria instruirse en la ley santa de Dios, y meditarla dia y noche. De esta suerte pudo hacer luego rápidos y admirables progresos en las letras humanas y divinas, en que se aventajó á todos sus iguales, añadiendo nuevo lustre á sus estudios la madurez y gravedad que resplandecian en él aun en la edad juvenil. Su conversacion dulce y afable para con todos se ganaba las voluntades de cuantos le trataban, y daba al mismo tiempo tanta eficacia y peso á sus razones, que se le buscaban por árbitro en asuntos delicados é importantes. Aun en los años en que otros jóvenes solo piensan en diversio-

nes y exercicios propios de la edad, se extendió por toda España la fama de las grandes virtudes de Rosendo, y en todas partes se hablaba con elogio de su modestia, de su castidad, de su misericordia con los pobres, de su liberalidad con los amigos, de su sólida piedad y de su caridad con todos.

Llegó á estar vacante á esta sazon el obispado de Dumio, y el clero y el pueblo de comun acuerdo, viendo que tenian en aquel joven un espejo de todas las virtudes, no se detuvieron en elegirle por su obispo, sin embargo de que apenas habia cumplido los diez y ocho años de edad, cosa de que se hallan pocos exemplares en la historia de la Iglesia. Rehusó con todas sus fuerzas el santo Mancebo el admitir una dignidad de que él mismo se publicaba indigno; y no le hubieran rendido á ello las reiteradas instancias que le hacian el clero y el pueblo, á no haber tenido revelacion de que era voluntad de Dios que lo aceptase.

Esta nueva dignidad, que pudiera deslumbrar á un hombre menos cimentado en la virtud, solo sirvió para hacer mas brillantes las grandes prendas de Rosendo. Como una grande antorcha puesta sobre el candelero esparció sus luces por toda la Iglesia del Señor. Se creyó obligado por la nueva dignidad á ser el comun padre de los pobres y de los peregrinos, y el refugio y consuelo de los huérfanos y viudas, creyendo que no debian tener otro destino las rentas de su iglesia. Puso especial cuidado en enseñar y predicar continuamente la palabra de Dios á sus ovejas, y en corregir y reformar las costumbres de su pueblo. Era infatigable su celo por el mayor culto y decencia de los templos, dotando á únos, reparando ótros, y aun construyendo algúnos de nuevo. Mas con su vivo exemplo, que con sus dulces y poderosas pláticas animaba al clero para que cumpliese exáctamente con su sagrado ministerio; de manera, que viendo el pueblo la irreprensible conducta de su Obispo, y la santidad de sus pastores inmediatos, concebia horror al vicio, y se encendia mas en el servicio de Dios.

No miraba san Rosendo el obispado como un premio concedido á sus merecimientos, ni como un pretexto para descansar; antes bien atendia á todo por sí mismo, y

era el primero en todo lo que era penal y laborioso. Pero en medio del ruido de los negocios del gobierno suspiraba de contínuo su corazon por la soledad y el retiro que tanto apetecia, para poder entregarse del todo á su Dios. Esto pedia al Señor con las mayores veras, hasta que orando un dia le fue revelado que edificase un monasterio, que es el que hoy se llama Celanova, en el cual hiciese vida monástica con otros monges de vida exemplar y perfecta. Alegróse sobremanera el santo Obispo con esta revelacion, y pasó al sitio que Dios le habia manifestado para la fundacion; y hallándole amenísimo, delicioso, y muy acomodado para su intento, hizo que al punto se comenzase la obra, y tuvo la satisfaccion de verla enteramente concluida en el breve tiempo de ocho años con todas las oficinas correspondientes á una comunidad numerosa.

Antes de éste habia ya edificado san Rosendo, siendo obispo, otros varios monasterios, á los cuales solia retirarse de tiempo en tiempo para entregarse en compañía de los monges á los exercicios espirituales; y despues de haber fortalecido así su espíritu, volvia con nuevo fervor á tomar las riendas del gobierno de su diócesi. Con esta ocasion habia tenido motivo suficiente para tratar familiarmente á muchos monges virtuosos y perfectos de varios monasterios, de los cuales eligió los mas adelantados en el camino de la perfeccion para que viniesen á vivir con él en el nuevo de Celanova. Llamó para abad de él al santo Franquila, que lo era entonces del de san Esteban. Era éste un hombre de conocida virtud, y muy exemplar, no menos por su doctrina que por su modestia; y no es facil explicar lo que adelantó en la virtud nuestro san Rosendo con un maestro tan aventajado. Practicaba con la mayor alegría y gusto de su alma los exercicios mas humildes del monasterio, sin que pretendiese dispensarse en nada de la vida comun de los demas, no obstante que era obispo. La caridad, la obediencia, la humildad y la pobreza de Rosendo eran el objeto de una santa emulacion aun para los monges mas abstraidos y devotos.

Contentísimo se hallaba en la soledad de su celda, y en compañía de sus amados monges, cuando Dios, que le queria hacer mas glorioso entre los hombres y mas útil

á su Iglesia, dispuso que volviese otra vez á empuñar, no solo el cayado episcopal, sino el baston militar en la ciudad de Compostela. Era á la sazon obispo de esta ciudad Sisnando, hombre entregado al juego y á diversiones vanas é impropias á su dignidad y carácter, y ademas olvidado enteramente del cuidado de su rebaño, por cuya causa era ya aborrecido, no solo del Rey, sino de los grandes y del pueblo, y especialmente de los mismos sacerdotes, que no podian mirar con indiferencia una conducta semejante en su prelado.

El Rey, despues de haberle corregido varias veces, pero sin fruto, le hizo poner en una cárcel; y á peticion del clero y de todo el pueblo colocó en aquella silla á san Rosendo, á pesar de su mucha resistencia para aceptar el nuevo obispado. Pero fueron tantas y tan apretadas las instancias y reconvenciones que le hicieron así el Rey como sus grandes, que se vió precisado á ceder, conociendo que aquella sería voluntad de Dios. Gobernó aquel obispado con igual celo y prudencia que el de Dumio, mostrándose en todo afable y dulcísimo para los buenos, compasivo con los flacos, y fuerte y animoso contra los disolutos y perversos.

Tuvo necesidad el rey don Sancho de ausentarse de Galicia, y con este motivo invadieron aquel reyno los normandos, executando mil estragos, y al mismo tiempo los moros asolaban la parte de Portugal confinante con Galicia. Sentia sobremanera el santo Pastor los innumerables daños que veia padecer á sus ovejas, y clamando á Dios por el remedio, confiando mas en su infinita misericordia, que en el pequeño exército que pudo juntar, y teniendo siempre en la boca aquel verso del salmo: *Los únos confian en sus carros, los ótros en sus caballos; pero nosotros hemos de invocar el nombre del Señor nuestro Dios*, salió animoso al encuentro de únos y ótros. Favorecióle Dios tanto en esta empresa, que arrojó de Galicia á los normandos, y rechazó hasta muy lejos á los moros, obligándolos á contenerse en sus límites solamente. Entró luego triunfante en Compostela, y no es decible el júbilo y la alegría con que fue recibido de todo aquel pueblo; pero lejos de envanecerse con tantos y tan merecidos elogios, exhortaba á todos á que diesen las gra-

cias al Señor, cuya era la victoria, mas que de las armas de sus pocos soldados.

Murió poco despues el rey don Sancho; y noticioso de ello el encarcelado Sisnando, rompió sus prisiones, se huyó de la cárcel, y en la misma noche de la natividad de nuestro señor Jesucristo tuvo el atrevimiento exêcrable de ir á acometer á san Rosendo, que descansaba en su pobre cama, en compañía de los canónigos, amenazándole que le quitaria la vida con la espada desnuda que llevaba en la mano, si no dexaba el obispado y se salia de la ciudad. Reprendióle san Rosendo aquella temeridad con graves y sentidísimas palabras, y le profetizó que dentro de poco habia de morir violentamente; como en efecto se verificó despues; porque volviendo á Galicia los normandos con su rey Gunderedo, y causando mil estragos en toda élla, degollaron tambien al obispo Sisnando muy cerca de la iglesia misma donde él habia querido matar á san Rosendo. Salióse al punto el venerable Obispo de la ciudad, y se retiró al monasterio de san Juan de Cabero, que él mismo habia edificado en un valle delicioso, no muy lejos de Mondoñedo.

Se cree que estuvo en él muy poco tiempo, porque luego pasó á su amado monasterio de Celanova, en donde no es decible el consuelo que experimentó su alma viéndose ya libre del gravosísimo cargo del obispado, y en la apetecida y dulce compañía de sus monges. Aún vivia y gobernaba el monasterio el santo abad Franquila, de cuyas manos recibió la cogulla de san Benito, y profesó su santa regla, cosa bastante comun en aquel tiempo, pues hallamos exemplares de otros muchos prelados, que renunciando al mundo, y deponiendo sus dignidades y prelacías se retiraban á los monasterios, y profesaban la vida religiosa deseosos de mayor perfeccion. Era Rosendo el primero en los exercicios de virtud y de penitencia, y persuadido á que Dios le habia inspirado que edificase aquel monasterio para que todos los que viviesen en él se librasen de los lazos del demonio, por eso deseaba y procuraba con las mayores veras que todos arribasen á la cumbre de la perfeccion evangélica. Animábalos con su exemplo y con sus santas exhortaciones. Siempre se le veia ó rezando, ó cantando salmos, ó empleado en algun de-

voto exercicio. Redobló el rigor de sus vigilias, ayunos y penitencias; y ni su edad, ni su dignidad fueron parte para que se dispensase cosa alguna de la vida comun que todos hacian.

Profetizó su próxîma muerte al abad Franquila, habiéndosela manifestado el Señor por medio de un prodigio, cual fue el ver entrar y salir de su boca una hermosísima paloma, de lo cual avisó al abad para que se dispusiese á morir, como en efecto se verificó despues de algunos dias. Muerto Franquila, y celebrado su funeral, los monges no duraron en elegir por sucesor suyo á san Rosendo, y éste se portó con éllos en el nuevo empleo mas como padre amoroso, que solo anhela por el mayor bien de sus hijos, que como un hombre que se vale de su autoridad para hacerse temer de sus súbditos. Jamas se le oyó una palabra imperiosa, ni necesitó valerse de su autoridad para ser prontamente obedecido. Era tanta su humildad, y tan grande la dulzura de sus palabras, que por sí solas bastaban para que los monges no pensasen sino en no disgustar á un prelado, que lo era todo para todos. Extendióse tanto por España la fama del santo Abad, que muchos obispos, abades de otros monasterios, nobles, plebeyos, y de toda suerte de personas, dexando sus conveniencias y sus rentas, venian al santo Varon para que los dirigiese en el camino del Señor, y les diese saludables instrucciones, y aun muchos monasterios de religiosos y religiosas, así de Portugal como de Galicia se sujetaban á él para que los gobernase, por la buena opinion que tenian de su santidad y doctrina.



Pasó á Portugal á visitar uno de estos monasterios, del cual era abadesa santa Senorina, parienta de san Rosendo. Recibióle con mucho amor, y estando un dia los dos conversando sobre cosas del espiritu, sucedió que viéndolos dos albañiles que trabajaban en un tejado del monasterio, hicieron mal juicio de los santos; pero al punto se apoderó de éllos el demonio, y los precipitó del tejado, de manera que murieron hechos pedazos miserablemente. Acudieron algunos á ver aquella desgracia, y aunque atónitos de lo que habia sucedido, tomaron los cadáveres y los pusieron en la iglesia. Rogaban todos, y con especialidad santa Senorina á Rosendo, que pidiese á Dios por

éllos; y á instancias suyas se fue á la iglesia é hizo oracion á Dios, y luego pidió aceyte bendito, con el que ungió en forma de cruz los ojos y boca de los difuntos, y con grande confianza en la misericordia del Señor, les dixo en alta voz: "En el nombre de la santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo, levantáos sanos y libres del sueño de la muerte." Y al punto se levantaron sanos y libres, no solo de la muerte, sino del demonio, y todos dieron infinitas gracias á Dios por tan estupenda maravilla como la que habian presenciado.

Vuelto á su monasterio, y conociendo por revelacion que el Señor le llamaba para sí, hizo convocar á todos los monges, y les dixo: "Ya, hermanos mios, voy á salir »de este destierro y de los peligros de la cárcel de este »cuerpo miserable. Déjoos este monasterio con sus ren»tas y heredades enteramente libres para que como has»ta aquí vivais en el santo servicio del Señor. Mándoos »que siempre recibais en él, en cuanto lo permitan sus »facultades, á cuantos quieran profesar esta santa vida, »sean siervos ó libres, nobles ó plebeyos, y de cualquiera »nacion que fueren; porque no se agrada Dios de la no»bleza del linage, sino de la contricion del corazon y de »la perfecta obediencia." Agravósele la enfermedad; y habiendo recibido con exemplarísima devocion los santos sacramentos, viendo que lloraban su falta los monges y algunos obispos que se hallaron presentes, y le pedian que no los desamparase, les respondió derramando tiernas lágrimas: "Confiad, hijos y señores mios, y colocad en el »Señor vuestra esperanza, que no debe dexaros huérfanos. »En primer lugar os encomiendo á Dios mi Criador y mi »Señor Jesucristo, para el cual os he juntado aquí, y por »cuyo amor edifiqué este monasterio. Encomiéndoos tam»bien al rey que fuere ungido en la ciudad de Leon, para »que os proteja y os defienda. Y os nombro por abad á Ma»milano, mi padre, y tambien mi hijo espiritual. Tened, »pues, entendido que yo os ayudaré siempre, y protegeré »este monasterio, y le defenderé de los malhechores." Dicho esto murió en el Señor á los sesenta años de edad, y el 977 del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, jueves á primero de marzo. Y en la misma hora vió santa Seronina que los ángeles llevaron al cielo su alma con him-

nos y cánticos de alegría. Sepultaron su cuerpo junto á la iglesia de san Pedro en una urna de piedra, y Dios glorificó su sepulcro con continuos milagros.

Hízose tan célebre así en España como en Portugal la fama de éllos, que de todas partes acudian á visitar su túmulo cuantos se hallaban oprimidos de alguna enfermedad ó dolencia. Entre otros muchos vino con el mismo fin á Celanova Jacinto, cardenal de la santa romana Iglesia, y legado apostólico en estos reynos; y enterado muy por menor, y aun habiendo sido testigo ocular de los prodigios que el Señor obraba en el sepulcro del santo Obispo, dispuso se trasladase el venerable cuerpo á otro sepulcro mas precioso, que hizo colocar sobre cuatro columnas de mármol dentro de una capilla que va al cláustro. Y para que esta traslacion fuese mas plausible, despues de haberlo consultado con varios obispos que le acompañaron, y hecho un diligente exámen de la vida del santo Prelado, y de los prodigios que el Señor por sus méritos obraba con todos los que se encomendaban á él, le declaró bienaventurado á peticion é instancia de los dichos obispos, de los grandes, de algunos abades y monges, y luego se executó solemnemente la traslacion de sus reliquias con el mayor júbilo y concurso de todos aquellos pueblos. Y el mismo cardenal Jacinto, que despues ocupó la silla de san Pedro con nombre de Celestino III., le puso en el número de los santos.

La misa es en honor del Santo, y la oracion es la siguiente.

Propitiare, quæsumus, Domine, nobis famulis tuis per sancti confessoris tui atque pontificis Rudesindi merita gloriosa: ut ejus pia intercessione ab omnibus semper protegamur adversis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos favorezcas á tus siervos por los gloriosos méritos de tu confesor y pontífice Rosendo, para que por su intercesion seamos siempre protegidos en todas las adversidades: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Los hombres apostólicos, aquellos á quien la divina gracia sugiere en todas las situaciones de la vida los medios de hacerse mas y mas agradables al Señor, fixan su imaginacion en el empleo que deben hacer de los bienes que les confió la Providencia. En este empleo encuentran ó un manantial de merecimientos para la vida eterna, ó una ocasion de perder para siempre la bienaventuranza. San Rosendo rico, poderoso, de estirpe real, dotado del cielo no solamente de las prendas del honor, sino de los bienes de fortuna, ¿qué uso hace de éllos? ¿Juzga acaso que se le han confiado para que los invierta segun su humor ó su capricho? ¿Los destroza como presas destinadas á la satisfacion de los vanos apetitos, ó como medios de saciar

los deseos carnales y mundanos? ¿los invierte en aquellos instrumentos con que se manifiesta la pompa del mundo y la soberbia del corazon? Los hombres dados á la vanidad piensan así. Los que fixan sus pensamientos en las cosas de la tierra rara vez aciertan á levantarlos de la misma tierra; y así por lo comun destinan al luxo, á la ostentacion vana, á la soberbia, ó por mejor decir, á una sombra y apariencia inútil y pasagera, aquellos bienes que puso el cielo en sus manos para muy diversos fines, y que bien empleados serian su redencion, así como disipados criminalmente son los materiales de que se fabrica su ruina.

Por lo comun se atiende poco á la casta diversion que se hace del dinero. Basta que sea una necesidad, ó verdadera ó aprehendida, para darlo por bien gastado. El nacimiento, la crianza, el mal exemplo son las mas veces las raices de donde nacen las malas inversiones. Todo se lo juzga lícito el que ciegamente se persuade á que todo lo que Dios le ha dado, se lo ha dado para su recreo. Pero de un error tan craso, ¡qué consecuencias no es preciso que se deduzcan tan perjudiciales y erróneas! No pensemos por ahora en el destino sagrado del dinero que se hace con la limosna. Esto es una obligacion tan óbvia y tan de primer órden, que necesita de pocas reflexiones. Estendamos nuestra imaginacion á infinitos otros empleos; pero mejor recojámosla á pensar con seriedad en el que despues de la limosna llevó con preferencia las atenciones de san Rosendo.

Los edificios materiales de los templos, la ereccion de monasterios, la subsistencia diaria de los ministros del altar, la compostura, decencia y ornato de aquellos lugares destinados particularmente para habitaciones del Señor, ved aquí los objetos en que á manos llenas invertia san Rosendo los bienes de fortuna. ¿Haces tú lo mismo? ¿son conformes tus ideas á sus obras en este punto? ¿miras con preferencia el ornato del templo de Dios respecto de el de una carne hedionda, y que en breve será manjar de gusanos? ¿ó tal vez en lugar de abogar por las distribuciones que se hacen á Dios en sus templos y en sus ministros murmuras en secreto de las limosnas que les destina la piedad? Responda tu conciencia; y si el exem-

plo de san Rosendo no bastare á argüir de infieles tus cabilaciones, me persuado que no serás tan terco, ó por mejo decir, tan impío que te atrevas á resistir á lo que un David ordena, á lo que un Salomon executa, y á lo que Dios aprueba, estima y santifica. Pues ahora bien: los exemplos de los santos para todos se hicieron; con singularidad para ti que has leido y reflexîonado sobre la vida del santo de este dia. Si el no seguir á Dios, como quiera que sea, es una infidelidad exêcrable, volverle las espaldas cuando te llama con un exemplo tan claro, ¿no será mas que infidelidad una horrorosa protervia.

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Del empleo de los bienes de fortuna.

PUNTO PRIMERO.

Considera la gran misericordia que Dios te ha hecho en darte riquezas, con cuyo buen uso te ha dado oportunidad de manifestar una alma heróica y caritativa. Pero al mismo tiempo advierte que son muchos los lazos que te es preciso evitar para lograr este buen uso. ¿Qué de cosas no se canonizan con el nombre de *decencia*, que son verdaderas transgresiones del mayor de los preceptos? ¡Cuántos gastos se llaman necesidades que realmente no son otra cosa que verdaderas profusiones! Este trocar los nombres á las cosas; este arte de disfrazarlas con mentidas apariencias, es acaso el lazo mas seguro con que el mundo caza las almas poco cautas para hacer de éllas sacrificios al ídolo de la carnalidad y de la concupiscencia. Mal se puede evitar un peligro que no se conoce: dificultosamente se desconfia de aquel que se tiene en el concepto de un amigo seguro; y toda la vez que nuestros enemigos puedan hacer valer con nosotros la industria de presentarnos el vicio enmascarado, lograrán á lo menos que nos acostumbremos á unas acciones peligrosas, que son por lo comun hijas de pecaminosos afectos.

Es verdad que para ser vicioso no es necesario ser rico; así como no es menester poseer muchas riquezas para tener el mérito de las limosnas cuantiosas. Dios, que es espíritu, mira con mas atencion á nuestro corazon que á nuestras manos, y se complace mas de una parte muy pequeña de verdadera voluntad, que del exterior que presenta una limosna voluminosa. Sin embargo los bienes de fortuna te ponen en la estrechez de haberlos de dar un giro que te concilie ó recompensa ó castigo. Debes mirar escrupulosamente si te engaña el mundo cuando los inviertes en sus necesidades; y creer firmemente que despues de estas consideraciones y avisos es una necedad confiar en la escusa de la inadvertencia ó de la ignorancia.

Repasa en espíritu toda tu vida; contempla la inversion que en élla has hecho de los bienes que te destinó la Providencia. Acuérdate de tantos pecados, de tantas ofensas de tu Dios, en que consumiste grandes sumas; trae á la memoria aquellas ocasiones en que comprabas una diversion pasagera, un empeño de tu capricho con una grande porcion de aquel oro que hubiera sobrado para desterrar de muchas familias honestas el llanto, la mendiguez y la miseria que no pudieron ablandar tus entrañas. ¿Y es esto ser un siervo fiel del Señor? ¿y es esto *tener en las manos las antorchas encendidas para esperar á tu Señor cuando vuelva de las bodas*? ¿es eso ser cristiano? Se pudiera responder que sí, si pudiera gloriarse de tan augusto nombre el desgraciado que no observa el evangelio.

Dios mio, conozco mi errado camino; conozco la ilusion con que el mundo me ha tenido engañado. Ya veo en el claro espejo de la vida de tus siervos que tus dones han sido para mí lo que las margaritas para los animales inmundos. En vez de hacer éllos una escala para subir á tus eternos tabernáculos, he formado un suplicio en que necesariamente deberé pagar mis excesos. Pero, Señor, aún estoy en tiempo de corresponder á tu gracia, y de dolerme de mi vida pasada, de tal modo que pueda tu misericordia premiarme la que me resta. Cuando para este efecto me falte todo, y se resista mi corrompido corazon, sé que no pueden faltarme ni tu pronta y abundante misericordia, ni la confianza que yo tengo en élla.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que habiendo Dios dexado en tu mano la inversion de los bienes de fortuna, te ha proporcionado un comercio en que las ganancias son seguras y cuantiosas, y está en tu mano el verificarlas, cuando por otra parte las pérdidas son eternas é irreparables. En suposicion de vivir colocado en el trato del mundo, no hay medio: ó usar bien de los medios que Dios ha destinado á la conservacion de tu vida, ó hacer un criminal abuso de aquellas cosas que su divina beneficencia puso debaxo de tus pies. De la misma manera, en suposicion de haber de dar destino á estos bienes, ó ha de ser con ganancias grandes y

eternas, ó con pérdidas eternas en la duracion, y en la estimacion infinitas. ¿Y en quién consiste la eleccion de dos extremos tan distantes y tan contrarios? ¿qué dificultades se ofrecen que superar para abrazar lo mas provechoso y favorable? Sorprende el considerar que unas cosas de tanto momento é interes no tengan ni mas dificultad, ni mas dependencia que la resolucion del alvedrío. Basta querer para hacerte asequible tu felicidad eterna; y basta querer para hacerte eternamente infeliz. La gracia de Dios no falta por su parte; cuando haya falta deberá ser tuya.

Siendo esto así, ¿qué es lo que has hecho hasta ahora para lograr las ventajas que Dios te ha proporcionado? Una gloria inmensa, eterna, llena de delicias, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni cabe su consideracion en el humano entendimiento; una felicidad infinitamente mayor que tus deseos, que tus méritos y que tus esperanzas ¿ha sido el fin de tus acciones? Has intentado en tus obras hacer una lucrosa adquisicion de esta gloria á costa de tu misma industria; y en retorno de los bienes ¿que has empleado por élla? ¡O, y cómo la confusion se apodera de tu semblante al verte vivamente pintado en aquel miserable retrato que hace en el salmo 48 del rico el Espíritu divino! *El que se gloría en la copia de sus riquezas, negará á Dios el sacrificio; negará el precio de su propia redencion; negará á dar de sus riquezas con que comprar la eterna felicidad de su alma; y aun cuando la muerte de los sabios y que poseen bienes menos corruptibles pudieran despertarle, él dormido sobre sus alfombras doradas ni siquiera imaginará que es mortal, y vendrá á la miseria de morir como el jumento, dexando sus riquezas á los extraños y á los disipadores.*

A una alma que no haya cerrado todas las entradas y puertas á la luz, bastarán estas conminaciones para tornarla en su acuerdo. Pero si esto no basta, demos lugar á lo menos á unas consideraciones mas superficiales, mas interesadas; pero no menos sólidas ni poderosas para advertir el mal uso que se hace de los bienes de fortuna. ¿Qué ganancias te han rendido los que invertiste en el vestido lucido, en la casa magnífica y suntuosa, en los banquetes espléndidos, en las diversiones ruidosas de bayle y de fes-

tin, y últimamente en ese gran tren de familia sin el cual te parece que no eres nada en el mundo? ¡Qué te han de haber producido! empeños, disgustos, enemistades, chismes, quejas, desazones, impaciencias, envidias, emulaciones, deudas, atrasos, sonrojos, enfermedades, dolencias; y lo que es peor que todo, el tener actualmente el alma en un estado, que sumergida en el mar de sus apetitos, es forzoso perecer si el mismo Dios no te toma y te levanta con su mano.

Así es, dulce Jesus mio, y así como tu Apóstol santo clamaré con las mayores veras de mi corazon: Salvadme, Señor; amparadme, Señor, pues si no me amparais misericordiosamente, yo perezco.

JACULATORIAS.

Deus noster refugium, et virtus: adjutor in tribulationibus, quæ invenerunt nos nimis. Salm. 45.

El Señor es nuestro refugio y nuestra virtud; es quien puede ayudarme y darme socorro en las grandes tribulaciones en que está sumergido mi espíritu.

Et ego ad te, Domine, clamavi, et manè oratio mea præveniet te. Salm. 87.

Pero yo, Señor, he clamado ya á tu piedad; y de hoy mas prevendré tu justicia con mis oraciones, con mis buenas obras y con tu misma gracia.

PROPOSITOS.

Del buen uso de los bienes que Dios te ha dado pende tu salvacion eterna, así como de su abuso se sigue tu condenacion. Esto supuesto, aquí no se trata de un asunto indiferente ó que pueda dar largas. Lo mal gastado se usurpa en cierta manera; y cuando menos, somos responsables al mismo Dios, que se reservó los derechos de tomarnos cuenta de lo que has dado. Esta cuenta no sabemos cuándo ni cómo será. Es cierto que el Señor tiene dicho en su evangelio que su venida será impensada, que vendrá á la manera que un ladron, furtivamente y sin que le sientan.

Debes, pues, arreglar de aquí adelante tus gastos y tu

conducta; debes cercenar la familia, corregir los abusos que se han introducido en tu casa, en tu muger y en tus hijos por el canal de la moda y por tu criminal condescendencia. Un convite necesita mucho para ser moderado y cristiano. La embriaguez y la gula tienen muchos padrinos, y éllas mismas se saben formar sus abogados. La gula, que comienza á serlo, dificultosamente dexa de llegar al punto mas subido de exceso. Y lo que puede tener alguna medianía, ó merecer algo de condescendencia en este punto, carece enteramente de venialidad cuando se trata de la profusion en espectáculos y festines. Estos hacen declinar á delitos aun las cosas mas indiferentes.

Pero tienes una gran renta, ¿en qué la has de invertir? ¿Pues qué no tiene Dios templos? ¿estan bien surtidas acaso las iglesias? ¿no hay pueblos donde por la pobreza se dice misa con una luz sola? ¿no hay sitios en donde es necesario casi contraer una enfermedad para cumplir con el primer precepto de la Iglesia? Esto solo, cuando no hubiera pobres, hospicios ni hospitales, basta para dar justo destino á tus rentas.



DIA SEGUNDO.

San Simplicio, papa.

Fue italiano san Simplicio, natural de Tibur, hoy Tíboli, en la campaña de Roma. Su padre, llamado Castino, era de una familia en la cual parecian hereditarias la bondad y el celo por la religion. Fue criado Simplicio con el mayor desvelo, así en el santo temor de Dios, como en el estudio de las ciencias. La solidez de su ingenio, la dulzura de su natural, su inclinacion á la virtud y su amor á las letras, dice el autor Veneciano de las vidas de los papas, desempeñaron su buena educacion, haciéndole el joven mas cabal de su tiempo, y siendo el ornamento de todo el clero romano.

Fue admitido en él con aplauso universal; y él, que

ya se distinguia por la exemplar regularidad de sus costumbres y por su piedad sobresaliente, no se distinguió menos por su gran sabiduría. No contento con ser la admiracion de todo el clero, fue muy presto uno de sus mas brillantes astros. Apenas se hablaba en Roma de otra cosa que del raro mérito de nuestro Santo, cuando sucedió la vacante de la santa Sede por muerte de san Hilario. Hubo poco que deliberar en la eleccion; porque Simplicio fue elevado á esta suprema dignidad por unánime consentimiento, y consagrado el dia cinco de marzo de cuatrocientos sesenta y siete. Se divulgó luego por toda la cristiandad esta noticia, sabiéndose en élla que no era facil haber elegido para suprema cabeza de la Iglesia quien mejor mereciese serlo.

A la verdad, si en algun tiempo tuvo necesidad la santa Iglesia de un pastor celoso y vigilante, de un papa santo y sabio, de una cabeza visible que fuese capaz de oponerse con vigor á los mayores esfuerzos de la heregía, fue en aquel tiempo de calamidad en que el error, sostenido de la potencia secular, parecia haber inundado á guisa de impetuoso torrente todo el mundo cristiano, sin que apenas se dexase ya ver un príncipe católico.

Odoácro, que se habia hecho dueño de Italia, era arriano. Los vándalos, que reynaban en el África, como los godos en España y en las Gálias, yacian profundamente sumergidos en los mismos errores. Los príncipes ingleses y franceses aún palpando sombras en las tinieblas del gentilismo. Zenon, emperador, y Basílico, tirano del Oriente, favorecian á cara descubierta á los eutiquianos, y la ambicion de los patriarcas aún causaba mayores estragos que el furor de la heregía. Tal era el lamentable estado de la Iglesia por todo el universo cuando Simplicio subió á la popa y tomó el timon para gobernar la nave.

Aplicó la primera atencion de su desvelo á desterrar el desórden, y hacer reflorecer en el clero la pureza de costumbres; declaró sangrienta y eterna guerra al error, y se empeñó en reprimir con valeroso teson la ambicion inquieta de los que turbaban la Iglesia.

Intentando Acacio, patriarca de Constantinopla, elevar su silla sobre la de Alexandría y Antioquía, usur-

pando á estas iglesias las preeminencias que las pertenecian, encontró en nuestro Santo una resistencia tan vigorosa y tan firme, que conoció bien no habia que pensar en tiempo de tal pontífice en emprender cosa alguna que se opusiese á la venerable disposicion de los antiguos cánones.

En vano se esforzó el homicida y usurpador Timoteo Eluro, autor de la muerte del santo patriarca Protéro, y poseedor tirano de su silla; en vano se esforzó á valerse del artificio, de la solicitacion y de la violencia para doblar el teson de nuestro Santo; porque halló siempre en este gran Pontífice una muralla inconquistable en defensa de la casa del Señor.

Pedro, el tintorero, otro herege intruso en la sede antioquena, experimentó muy á su costa el vigoroso teson de nuestro Santo las dos veces que quiso usurpar aquella silla patriarcal.

Pedro Mungo, que quiere decir *el Tartamudo*, patrocinado del patriarca Acacio y de la faccion de otros obispos hereges, se consagró violentamente por obispo de Alexandría. Súpolo san Simplicio, y teniendo noticia de que el emperador Zenon protegia tambien á este cismático usurpador, escribió á aquel Príncipe una carta tan llena de respeto como de apostólica entereza; defendió hasta el último empeño la canónica eleccion de Juan de Tebénas, hombre muy católico y de buenas costumbres.

No es posible explicar el celo y la atencion con que este santo Pastor velaba sobre todo el rebaño que estaba á su cargo; ni fueron solos los enemigos de la iglesia en Oriente los que experimentaron las siempre victoriosas fuerzas de su valeroso celo. Pocas iglesias se contaron así en la África como en el Occidente, adonde no alcanzasen las solicitudes de su desvelo y de su vigilancia pastoral.

Como el imperio del arrianismo se habia dilatado por todas partes, á todas partes acudia tambien el cuidado del vigilantísimo Pastor, atento siempre á mantener á los fieles en la verdadera fe. Enseñábalos con sus instrucciones, socorríalos con sus limosnas, consolábalos con sus cartas; y lo que es mas admirable, en me-

dio de esta universalidad de cuidados y de trabajos apostólicos, hallaba tiempo el santo Papa para descender á tales menudencias en órden á la disciplina eclesiástica, y especialmente á la reforma de costumbres en el clero, que parecia no tener á su cargo mas iglesia que la de Roma.

Correspondia á la eminencia de su virtud el rigor penitente de su vida. Pocos religiosos se encontrarian en los claustros, y pocos solitarios se encontrarian en los desiertos que le excediesen en la severidad con que trataba su cuerpo, haciéndole experimentar todos los duros tratamientos de la mas austera penitencia.

Por este tiempo, habiendo llegado á su noticia que muchos obispos de Oriente favorecian descubiertamente el eutiquismo, convocó un concilio en Roma, en el cual fulminó excomunion contra Eutíques, contra Dióscoro de Alexandría, y contra Timoteo Eluro. Escribió fuertemente al emperador Zenon, obligándole á anular los edictos que Basílico habia promulgado contra la religion católica, y á que echase de Antioquía á Pedro Tintorero con otros siete ú ocho obispos eutiquianos que perturbaban la paz de la Iglesia.

Atento siempre san Simplicio á las necesidades de su rebaño, escribió una bella carta al emperador Basílico; exhortándole á que á exemplo de los emperadores Marciano y Leon, que le habian criado, defendiese con todo su poder la autoridad del concilio de Calcedonia.

Fuera de estas epístolas, escribió una á Zenon, obispo de Sevilla, por la cual, informado del infatigable y generoso celo de aquel virtuoso prelado, le nombra y le crea su vicario general en toda España, para que vele en élla sobre la observancia de los sagrados Cánones. Tambien escribió á Juan, obispo de Ravena, en el año cuatrocientos ochenta y dos, reprendiéndole severamente porque habia consagrado obispo á un tal Gregorio con violencia y contra toda su voluntad. *El que abusa de su poder*, dice Simplicio, *merece perderle*; *y así os apercibimos*, *que si en lo por venir osáreis ordenar á alguno*, *ya sea de obispo*, *ya de presbítero*, *ya de diácono*, *resistiéndolo él y repugnándolo*, *vos sereis privado de vuestra jurisdiccion en la iglesia de Ravena*, *ó en la provincia de Emilia.*

Otra epístola tenemos de nuestro insigne Pontífice, escrita en el año cuatrocientos setenta y cinco, y dirigida á Florencio y á Severo, obispos, y en la cual les dice lo siguiente: *Por vuestra relacion hemos entendido que Gaudencio, obispo de Aufinio, ha celebrado algunas órdenes ilícitas; por lo cual enteramente le privamos de jurisdiccion para ordenar en adelante, y hemos mandado á nuestro hermano el obispo Severo, que exercite esta funcion en dicha iglesia cuando hubiere necesidad; de suerte, que los que se hallaren ordenados por Gaudencio contra lo dispuesto por los sagrados cánones, sean privados del exercicio de las órdenes. A Gaudencio solo se le dará la cuarta parte de las rentas de la iglesia, y de las ofrendas de los fieles, de que ha usado tan mal. De las otras tres partes, las dos se emplearán en la fábrica de la iglesia, en socorrer á los pobres y peregrinos, encargándose su administracion al presbítero Onágrio, con pena de deposicion si abusare de élla. La otra parte se repartirá entre los clérigos á proporcion del mérito de cada uno. Se encarga mucho á la diligencia de Severo que procure recobrar los vasos sagrados que han sido enagenados; y que compela á Gaudencio á que le entregue las tres partes de las rentas que hubiere percibido en los tres últimos años.* Esta individualidad y estas menudencias en punto de disciplina, á que desciende Simplicio en sus epístolas, acreditan mas que todo la vasta comprension de su celo y de su vigilancia pastoral.

Tantos trabajos y apostólicas fatigas consumieron en fin la salud de nuestro Santo, que colmado de méritos y de gloria por tantos triunfos como habia conseguido de la heregía, murió en Roma el dia diez de febrero del año cuatrocientos ochenta y tres, despues de haber gobernado santamente la Iglesia por espacio de doce años. Dexó varias ordenaciones utilísimas; entre otras la distribucion de los bienes y rentas de la Iglesia en cuatro partes; la primera para el obispo, la segunda para los clérigos, la tercera para las fábricas, y la cuarta para los pobres. Instituyó el cargo de los sacerdotes semaneros para la administracion del bautismo y penitencia en las iglesias de san Pedro, san Pablo y san Lorenzo. Fue sepultado el dia dos de marzo, en el cual ce-

lebra su fiesta el martirologio, y se conservan sus preciosas reliquias en Tíboli con mucha veneracion, experimentando cada dia los pueblos milagrosos efectos del crédito que logra con Dios la intercesion de este santo Pontífice.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion que corresponde á la misa es la que sigue.

Deus, qui nullum respuis, sed quantumvis peccantibus per pœnitentiam pia miseratione placaris; respice propitius ad preces humilitatis nostræ, et illumina corda nostra; ut tua valeamus implere præcepta: Per Dominum nostrum...

O Dios, que á ningun pecador desechas, antes bien por tu piadosa misericordia te aplacas con la penitencia de los mayores pecadores; dígnate oir favorablemente nuestras humildes súplicas, y de tal manera ilumina con tu gracia nuestros corazones, que podamos observar tus divinos preceptos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los hebreos, cap. 12.

Fratres: nondum usque ad sanguinem restitistis, adversùs peccatum repugnantes: et obliti estis consolationis, quæ vobis tamquam filiis loquitur, dicens: Fili mi, noli negligere disciplinam Domini: neque fatigeris dum ab eo argueris. Quem enim diligit Dominus, castigat: flagellat autem omnem filium, quem recipit. In disciplinam perseverate. Tamquam filiis vobis offert se Deus: quis enim filius, quem non corripit pater? Quòd si extra disciplinam estis, cujus participes facti sunt omnes: ergo adulteri, et non filii estis.

Hermanos: Todavía no habeis resistido hasta la sangre peleando contra el pecado; y os habeis olvidado de aquella exhortacion que os habla como á hijos, diciendo: Hijo mio no desprecies la correccion del Señor, ni te enojes cuando eres reprendido por él. Porque el Señor á aquel que ama, le corrige, y usa del azote con todo hijo que reconoce por suyo. Perseverad en la disciplina. Dios se porta con vosotros como con hijos: porque ¿cuál es el hijo á quien el padre no corrige? Pero si estais fuera de aquella correccion, en la cual todos tienen parte, luego no sois hijos, sino bastardos.

NOTA.

»Nada deseaba tanto el apóstol san Pablo como ins»truir á los judíos convertidos, haciéndolos formar un »elevado concepto de la ley de gracia y de su virtud. »Por eso en este capítulo doce se adelanta él mismo á »prevenir la reconvencion que les podian hacer, y la que»ja que les podia sugerir el espíritu maligno, y aun tam»bien el espíritu humano. Si la nueva ley (le podian »preguntar) es la única que quiere Dios se observe en »adelante, ¿por qué castiga con tanto rigor á muchos que »siguen esta ley? Ya queda notado que esta epístola se »escribió en Roma el año del Señor de sesenta y tres.

REFLEXIONES.

Son las aflicciones en esta vida la herencia y legítima de los verdaderos hijos de Dios. Jesucristo, padre de los creyentes, teniendo en su mano la eleccion, prefirió la cruz á todos los placeres del mundo. Quiso que le llamasen *Varon de dolores*; y es menester que sus hijos tengan parte en esta herencia. El cristiano que no tuviese cruz, que no padeciese adversidades en la tierra, sería como un hijo desheredado. Ya se sabe que el criado ha de andar con la librea de su amo, y no se toleraria en una casa á quien se encaprichase en servir con librea forastera. ¡Mi Dios! ¿reconoceréis vos por criados vuestros á los que andan con la librea del mundo, á los que solo siguen sus máximas, y á los que no tienen otro gusto que en sus placeres?

Fíli mi, noli negligere disciplinam Domini. Guárdate, hijo mio, de no hacer caso de la correccion del Señor. A esta luz hemos de mirar las aflicciones. A los bueyes que se destinan para el matadero, se les dexa engordar en las praderas; pero á los que se quiere conservar, se les aplica al yugo y al arado, y se les da de comer con cuenta y razon. Míranse las adversidades como desgracias; se murmura tal vez de la Providencia; se tiene envidia á los que parecen dichosos hácia el mundo. ¡Gran desbarro! esto es quejarse de ser tratado como hijo, y no como extraño. *Quem enim diligit Dominus, castigat:*

flagellat autem omnem filium, quem recipit: porque Dios castiga á los que merecen su cariño; y el que logra la dicha de ser contado en el número de sus hijos, tiene seguros los azotes. ¿Qué hace el pastor con la oveja que se desmanda? Revuelve la honda, y dispárala una piedra; tal vez quebranta una pierna con el cayado á la que se resiste á restituirse al aprisco; esta no es cólera, ni es ódio; es efecto de su cuidado y vigilancia. ¡O mi Dios, qué mal entendida está el dia de hoy esta verdad en nuestro siglo! Con todo eso, es bien cierto que tanto resplandece vuestra bondad en el castigo, como se descubre vuestra indignacion y vuestra cólera en las prosperidades de los impíos. Son muy á propósito las adversidades, dice el Profeta, para hacer grandes progresos en el camino de la virtud. Te afliges, gimes, lloras tu desdicha en esos accidentes desgraciados, en esos funestos reveses de fortuna; y no sabes que en eso mismo te está tratando Dios como á querido hijo suyo. *Porque eres tan grato á los ojos de Dios*, (decia el ángel á Tobías.) (*Tob.* 12.) *fue menester que la tentacion te probase. Oportuit Christum pati, et ita intrare in gloriam suam*: convino que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria. Pues quejáos ahora, justos atribulados, si teneis valor para eso. Grande error es mirar las cruces como desgracias. Acordáos, que *si extra disciplinam estis, cujus participes facti sunt omnes: ergo adulteri et non filii estis*: si no llega á vosotros la correccion de que son participantes todos los demas: luego no sois hijos legítimos, sino espúrios y adulterinos. ¡Qué verdad tan llena de consuelo! Y en vista de élla, ¿quién tendrá aliento para quejarse de las adversidades y de los trabajos que acreditan la ternura del mejor de todos los padres? ¿quién respetará su providencia, y no amará hasta su misma severidad?

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Hominis cujusdam divitis uberes fructus ager attulit, et cogitabat intra se dicens: Quid faciam, quia non habeo quò con-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Un hombre rico tuvo cosecha abundante en sus posesiones; y pensaba consigo mismo diciendo: ¿qué haré, que no tengo donde custodiar mis fru-

gregem fructus meos? Et dixit: Hoc faciam: Destruam horrea mea et majora faciam: et illuc congregabo omnia, quæ nata sunt mihi, et bona mea, et dicam animæ meæ: Anima, habes multa bona posita in annos plurimos: requiesce, comede, bibe, epulare. Dixit autem illi Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetent à te: quæ autem parasti, cujus erunt? Sic est qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dives.

tos? Y dixo: Haré esto; demoleré mis troges, y las fabricaré mayores, y allí juntaré toda mi cosecha, y mis bienes; y diré á mi alma: O alma mia, tienes muchos bienes guardados para muchos años; date paz, come, bebe, banquetea. Pero Dios le dixo: Necio, esta noche te va á ser exîgida el alma: ¿y lo que has guardado, de quién será? Así le sucede á aquel que atesora para sí, y no es rico para Dios.

MEDITACION.

Del poco caso que se debe hacer de los bienes de este mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los bienes de este mundo, conviene á saber, las honras, los deleytes, las diversiones, no tienen otra verdad ni otra solidez que los remordimientos que causan, los desvelos y las fatigas con que regularmente se consiguen. Cuestan mil sudores y amarguras; y en substancia, despues de tantos trabajos, ¿qué es lo que se logra? un título vano, una sombra sin cuerpo, una brillantez aparente, una representacion fugaz y pasagera; pero nada sólido, y aun se puede añadir que nada real.

¿Qué cosa mas inconstante, cuál mas caprichosa, que la que se llama fortuna? Esas repentinas prosperidades son á manera de relámpagos; apenas alumbran cuando se desvanecen. Los padres opulentos, los hijos de puerta en puerta; ¿cuánto de esto hay? Un accidente imprevisto, un naufragio basta para engullirse de una vez inmensas riquezas. ¿Cuántos ricos hay que solo lo son en papel?

Las prosperidades circulan: en las vidas de los mas poderosos, de los mas felices del siglo hay altos y baxos; con esta diferencia, que la mayor elevacion siempre

amenaza ruina. El menos expuesto es el que está mas escondido.

Búsquense en el mundo flores sin espinas; y es la gracia, que las flores solo se producen en una estacion; y aun entonces, ¡qué presto se marchitan! pero las espinas son frutos de todas las estaciones; y en todas se conservan verdes, en todas penetrantes.

¿Puédese contar sobre las honras, sobre los respetos que nos rinden? Apenas hay uno que no sea forzado; es un tributo; es una gabela que se paga á mas no poder. A la primera enfermedad, al primer peligro de muerte, al menor amago de desgracia, ¿cuántos cortejantes se descartan, cuántos lisonjeros enmudecen? Por lo menos se podrá confiar en la multitud de los amigos. Pero pregunto; ¿hay en el mundo un solo amigo verdadero?

Los deleytes, las diversiones mundanas, por la mayor parte tan amargas y costosas; todas tan vanas, tan breves y tan extravagantes; estas diversiones, digo, ¿serán fondo seguro sobre que podamos contar? ¿serán fondo de tranquilidad y de alegría? ¿serán fondo de satisfaccion y de complacencia? Consultemos á los que mas la experimentaron. Ninguna cosa, dice Salomon, negué á mi corazon y á mis sentidos; mas no por eso fui feliz, antes por lo mismo me constituí mas digno de compasion. Placeres, honras, bienes aparentes de esta vida, en suma no sois mas que un abismo sin suelo de cuidados y de inquietudes, un manantial inagotable de amarguras, y arrepentimientos. Vanidad de vanidades, dice el Sabio; en esos que se llaman bienes de la tierra no encontraré mas que miserias, afliccion de espíritu y vanidad. Dios mio, todos pensamos lo mismo; ¿pues por qué no confesarémos lo propio?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando los imaginados bienes de este mundo fuesen menos frívolos, menos superficiales; su instabilidad, su poca duracion bastaria para hacerlos despreciables. Suda, afana, se consume el ambicioso por hacer fortuna; y llega la muerte cuando iba á recoger el fruto de sus sudores.

¿Qué importa tengas bienes para gozar muchos años, si te faltan años para gozar de esos bienes? Este levanta un palacio, aquel compra ó negocia un honorífico empleo; y mientras tanto viene la muerte, y da en tierra con todos esos proyectos.

Cuántos fueron á habitar en la sepultura antes de vivir la casa que acababan de edificar? ¿cuántos heredaron las enfermedades con los mayorazgos? ¿y cuántos salieron de la familia cuando entraban en élla los empleos?

Las mayores prosperidades de la tierra son semejantes á las grandes bonanzas del mar; presagios seguros de una tempestad desecha. Toma en buena hora tus medidas con el mayor acierto; logra poderosos protectores; aplica los medios mas eficaces y aun mas seguros; nuestras ideas son cortas; nuestra política defectuosa; nuestras líneas, nuestros proyectos al cabo solo sirven para hacernos tocar lo frívolo de los bienes de esta vida, su caducidad, su inconstancia, y lo poco que debemos contar sobre éllos. ¿Hicieron por ventura jamas feliz á un hombre las prosperidades mas dilatadas, salvo que se valiese de éllas para sacrificarlas? Acompáñenos en buen hora hasta la muerte; ¿y de qué nos servirán un instante despues que se acabe la vida? Los bienes y las prosperidades de esta vida, solo son prosperidades y bienes para aquellos que los desprecian por amor del Señor.

Mi Dios, ¡qué error, qué locura mas deplorable que la de constituir la felicidad en la opulencia, en la abundancia de bienes! ¡qué alegría tan necia la de aquellos que no caben de gozo, porque se ven precisados á ensanchar sus paneras, porque no tienen piezas bastantes para recoger la cosecha! Cuántos mentecatos se dicen á sí mismos aquello del rico Avariento: Ea, alma mia, tú tienes bienes en abundancia, goza de éllos con sosiego; regálate y diviértete; á los cuales dice Dios allá dentro de su corazon: Necio, insensato, dentro de un año, dentro de seis meses, mañana, esta misma noche se te ha de pedir cuenta de tu alma; ¿y de quien serán despues todas esas inmensas riquezas que has amontonado? ¡Ah, Dios mio, y qué bien se supo aprovechar de esta utilísima leccion el santo Papa, cuya fiesta celebramos hoy!

¡y qué bien se aprovecharon de élla todos los demas santos! ¿Pero qué fruto sacaré yo de leccion tan importante?

Un fruto muy grande, Señor; un fruto muy grande, con el auxîlio de vuestra divina gracia. Desengañado mas que nunca de esas vanas ideas de felicidad; de esos bienes aparentes que engañan; de esas falsas brillanteces que deslumbran; no quiero ya apreciar sino los bienes celestiales; ninguna fortuna tendrá atractivo para mí, sino la que me abre el camino á la eternidad.

JACULATORIAS.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas: quid habet amplius homo de universo labore suo? Eccles. 1.

Sí, mi Dios; vanidad de vanidades es cuanto se registra en el mundo; todo es vanidad; y ningun otro fruto saca el hombre de sus trabajos.

Ecce homo, qui non posuit Deum adjutorem suum; sed speravit in multitudinem divitiarum suarum. Salm. 51.

Mira en qué ha parado aquel rico, aquel hombre feliz á lo del siglo, que despreciando la proteccion del Señor, puso únicamente toda su confianza en sus riquezas.

PROPOSITOS.

Asombro es, que despues de haber palpado la vanidad é inconstancia de los bienes de este mundo, todavía no se dexe de contar con tan débiles apoyos. ¡Qué estimacion no se hace del favor de los grandes; del número y del poder de los amigos; del monton, de la inmensidad de las riquezas! El esplendor, el mérito y la misma felicidad de la tierra apenas se funda en otra cosa. Pero mientras tanto, ¡qué cosa mas caduca, mas inconstante que el favor de los príncipes y de los señores! Él está dependiente del humor, de la pasion, del capricho y de otros cien resortes aun mas debiles y mas extravagantes. ¡Qué cosa menos verdadera, cuál menos segura que la amistad de los hombres! Redúcese á un comercio de interes, en que el amor propio tira siempre á ganar algo. ¡Qué cosa menos sólida, ni que menos satisfaga al

corazon que las riquezas! Escápanse de entre las manos por su misma fugacidad; nos son inútiles en la mayor necesidad, y pasan á otras manos aun antes que puedan gozarse. Mal haya aquel que en éllas confia. Es bien digno de compasion el que no tiene otro mérito que el de su dinero. Exâmínate con cuidado sobre todos estos puntos, y observa la saludable práctica de no acordarte jamas de esa rica herencia, de esos preciosos muebles, de esos grandes bienes que posees, sin que al mismo tiempo reflexîones su inconstancia y su insuficiencia. Cuando entres en esa sala, en ese gabinete tan ricamente alhajados acuérdate que antes de ochenta años le ha de poseer otro dueño. Si logras el favor del príncipe, si estás en puesto elevado, si ocupas empleo distinguido, considera qué lugar ocuparás entre los muertos, y cuál será tu sitio en el sepulcro. Estas son aquellas industrias espirituales, propísimas para desprender el corazon de los falsos bienes del mundo, que sirven de antídoto contra el universal contagioso veneno del siglo.

2 El que sigue á Cristo debe renunciar todas las cosas. *Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus*: quien no renunciare todo lo que posee, no puede ser mi discípulo; así lo dice el mismo Salvador. La proposicion es universal, con todos habla. Si la renuncia no fuere efectiva, ha de ser por lo menos verdaderamente afectiva; esto es, que el corazon esté dispuesto á hacerla siempre que se atraviese la inocencia. Este es un precepto formal de Jesucristo de que no hace caso la mayor parte de los cristianos. Y aun sería inútil despojarse efectivamente de todo, si quedase pegado el corazon á alguna cosa. No desprecies por mas tiempo la observancia de un precepto tan positivo; y para eso executa lo siguiente: Primero: luego que te suceda alguna prosperidad temporal, una ganancia notable, una herencia, no te contentes con rendir gracias á Dios por élla, ni con hacer limosnas cuantiosas á los pobres; porque esta es una especie de tributo que debes á aquel Señor en quien reside el supremo dominio de todo lo que posees; sino que postrado á sus pies has de protestarle por una, aunque corta, fervorosa devocion, que no quieres tener el menor apego á bien alguno de la tierra, y que desde lue-

go renuncias todo pensamiento y aun todo movimiento de codicia.

"Conozco, Señor, conozco muy bien la vanidad y la
»nada de estos bienes caducos y perecederos; y no he de
»poner en éllos un corazon que solo fue criado para po-
»seeros á vos. Yo os doy mil gracias por los que me ha-
»beis concedido; pero solamente los recibo como un em-
»préstito, ó como un depósito que tengo obligacion á
»restituiros. Renuncio todo apego y toda inclinacion me-
»nos cristiana; y así como todo mi tesoro le tengo solo
»en el cielo, así solo en el cielo tengo colocado mi co-
»razon."

3 Todas las mañanas acabarás el ofrecimiento de obras con estas palabras del santo Job, tan propias para desprender el corazon de los bienes de este mundo (*Job.* 1.): *Nudus egressus sum de utero matris meæ, et nudus revertar illùc*: desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré á él. Algunos hacen todos los dias esta oracion de Salomon: *Mendicitatem, et divitias ne dederis mihi: tribue tantùm victui meo necessaria* (*Prov.* 30.): Ruégote, Señor, que igualmente me desvies de la abundancia que de la miseria; y que solo me concedas lo necesario para vivir. En fin, nunca olvides lo del Profeta: *Divitiæ, si affluant nolite cor opponere* (*Salm.* 61.): Si posees muchas riquezas, guárdate bien de tener el corazon pegado á éllas.



DIA TERCERO.

Santa Cunegundis, emperatriz, viuda y vírgen.

Fue santa Cunegundis hija de Sifrido ó Sigefrido, señor palatino del Rhin, primer conde de Lucemburgo, y de Heswigis, señora de una de las mayores casas de Alemania. Salió á la luz del mundo hácia el fin del décimo siglo, y correspondió su educacion á lo alto de su nacimiento, y á la piedad de sus padres. Casi des-

de la cuna comenzaron á brillar las bellas prendas de que el cielo la habia dotado; sirviendo su rara hermosura y la vivacidad de su ingenio de mayor resplandor á su singular modestia. Mamó con la leche una ternísima devocion á la santísima Vírgen, y con esta devocion se la pegó aquel ardiente amor que conservó toda la vida á la virtud hermosa de la castidad.

El aplauso universal, y la general estimacion que se grangearon las prendas de Cunegundis, encendieron la inclinacion y espolearon las diligencias de los mayores Señores para pretenderla; pero logró ser preferido á todos san Enrique, duque de Baviera, que muerto el emperador Oton III. fue electo y proclamado rey de Romanos, coronado en Maguncia el dia seis de junio del año mil y dos; siendo dos meses despues santa Cunegundis en Paderborna, cuyas iglesias enriqueció liberalmente con preciosísimos dones.

Habian nacido la úna para la ótra aquellas dos grandes almas; y siendo el matrimonio tan igual, no podia dexar de ser el mas feliz. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneracion del mundo virtud mas heróica en este estado. Prevenidos los dos castos esposos ccn aquellas gracias especiales, que están destinadas para hacer los mayores santos, convinieron recíprocamente el primer dia de la boda en guardar perpétua castidad, consagrando á Dios su pureza. Encantó al cielo (séame licito hablar de esta manera) una virtud tan rara y tan heróica. Estimulada por su parte la liberalidad del Señor, derramó á manos llenas los mas singulares favores sobre aquellas almas privilegiadas. Son faciles de comprender los maravillosos progresos que harian desde entonces en el camino de la perfeccion; y cuál sería su corte á vista de tales Príncipes.

Resuelto el emperador Enrique á pasar á Roma para recibir la corona imperial de mano del papa Benedicto VIII. quiso que le acompañase en este viage su esposa Cunegundis, para que élla tambien recibiese de la misma mano la corona de emperatriz. No hay voces para expresar los grandes exemplos de virtud que iban esparciendo por todas partes estos dos insignes dechados de la perfeccion cristiana. Almas tan puras y tan he-

róicamente superiores á las miserias de la condicion humana, claro está que solo habian de emplear el amor conyugal en excitarse recíprocamente á la piedad, y al exercicio de buenas obras correspondientes á su estado. Cunegundis era la madre de los pobres; y como nunca habia dado entrada en su cuarto á aquellas vanas diversiones, ni aquella perpétua cadena de frívolos pasatiempos, en que constituyen toda su ocupacion los palaciegos y los cortesanos, dedicaba enteramente el tiempo al exercicio de las obras de misericordia.

Muchos años habian pasado Enrique y Cunegundis en aquella perfecta union, que forma la caridad, que estrecha la conformidad de dictámenes y de inclinacion, que perfecciona la virtud. El espíritu de Dios, que igualmente los animaba, hacia en úno y en ótro iguales impresiones; era una misma la inclinacion á todo lo bueno; era una misma la aversion á todo lo malo; era uno mismo el celo, uno mismo el gusto que tomaban á todas las obras de devocion; cuando el enemigo comun de la salvacion del género humano, que no podia sufrir tan rara y tan heróica virtud en medio de una corte, movió todas sus máquinas para derribarla, ó á lo menos para obscurecerla.

Atrevióse el espíritu de la maledicencia y la calumnia á la fidelidad y á la pureza de la santa Emperatriz, y halló resquicio para introducir en el pecho del santo Emperador la aprension ó la sospecha; porque permitió el cielo que se dexase preocupar, para acrisolar mas la virtud de Cunegundis. La castísima Princesa, aconsejada únicamente con la virtud de la humildad, á que era inclinadísima, resolvió desde luego abrazar con alegría esta oscura humillacion con que la ennegrecia la calumnia. Ya su silencio y su resignacion habian hecho mas insolentes ó mas atrevidos los recelos; cuando la representaron la obligacion en que estaba de exônerar del escándalo á los pueblos, á quienes debia de justicia el exemplo de una vida irreprensible. Llena de segura confianza en aquel que á un mismo tiempo era protector y testigo de su virginidad, ofreció justificarla, encomendando á la prueba del fuego, autorizada entonces por las leyes y costumbres del pais, el testimonio de su inocencia.

Aquel gran Dios, que solo habia permitido fuese expuesta su fidelísima Sierva á tan sensible como ruboroso exâmen para purificar su virtud, y para hacer público el raro exemplo de virginidad que tenia oculto la heróica virtud de los dos santos Esposos, declaró la inocencia de la Emperatriz con un milagro. Anduvo Cunegundis con los pies descalzos por barras encendidas sin recibir lesion alguna. Conoció el mundo el mérito de su pureza; y el Emperador, condenando su nimia credulidad, no perdonó á medio ni á diligencia para reparar la injuria que habian hecho á su castísima Esposa, ó la facilidad de su genio, ó la excesiva delicadeza de su pundonor. Desde entonces se estrechó mas el casto nudo que dulcemente los unia. Convinieron ambos en edificar á nombre y expensas comunes la catedral de Bamberga con magnificencia verdaderamente imperial; la Emperatriz por sí sola fue fundadora del célebre monasterio de benedictinos, que con el nombre de san Miguel, fue adorno y exemplo de la misma ciudad, y poco tiempo despues fundó allí mismo otro segundo con la advocacion de san Esteban; siendo muy contadas las ciudades de Alemania donde no dexase religiosos monumentos de su singular piedad.

Acometióla una enfermedad peligrosa, y luego que salió de élla, en accion de gracias fundó otro tercero monasterio de monjas benedictinas con el título de Santa Cruz, dotándole con una magnificencia digna de tan gran princesa.

Sucedió la muerte del Emperador el año de mil y veinte y cuatro, y en élla sintió la santa Emperatriz el mas vivo y mas penetrante dolor; tanto, que hubo menester toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento. Libre ya de cuanto podia aprisionar su corazon en la tierra, solo anheló por el retiro para dedicar todo su espíritu al cielo.

El mismo dia en que se celebraba el cabo de año de la muerte de su bienaventurado Esposo, convocó gran número de prelados para celebrar la dedicacion de la iglesia que habia edificado á sus imperiales expensas en su muy amado monasterio de Kaffüngen. Asistió á la ceremonia adornada de ostentosas galas, y revestida

de sus insignias imperiales. Concluido el evangelio de la misa, se acercó al altar mayor, y ofreció un pedazo de *lignum crucis* primorosameute engastado en un riquísimo relicario; despojóse despues de la púrpura, y se vistió un hábito de religiosa, de color morado, que élla misma habia cosido por sus manos, y habia hecho que se le bendixesen los obispos. Cortóse los cabellos, que se guardaron en el monasterio como preciosa reliquia; echóla el velo sobre la cabeza el obispo de Paderborna; entrególa un anillo en prendas de su desposorio con el esposo celestial. Acabada la ceremonia de la profesion religiosa, aquella purísima heroina, á vista de toda la grandeza de la corte, y de inmenso gentío, que se deshacia en lágrimas, entró con despejo en el monasterio, donde pasó encerrada los quince postreros años de su vida, entregándose únicamente al exercicio de las mas sublimes y mas heróicas virtudes.

Vivió perpétuamente en estado de religiosa particular, rendida con humilde sumision á todas sus hermanas, mirándolas á todas como si fuesen superioras. No parecia posible humildad mas profunda, ni mas sincera; obediencia mas perfecta, ni mas sencilla. Aunque las religiosas estaban igualmente confundidas que mortificadas al ver á una princesa tan grande dedicada con tanto gusto á los oficios mas baxos de la religion, era preciso condescender con las ansiosas instancias de su humildísimo genio, y darla licencia para que no se emplease en otros.

La hora que no la ocupaban otras obligaciones mas esenciales, ya se sabia que todas se habian de dar á la oracion, ó á la asistencia de las enfermas. Su admirable dulzura, su serenidad inalterable, su devocion y su modestia avivaban el fervor en todas las religiosas. Era extrema su mortificacion, arrimándose á la raya de excesiva, y vivia al parecer de milagro. Al fin, la naturaleza se dió por entendida; y fue necesario ceder á la suma debilidad á que le reduxeron sus rigurosas penitencias y sus contínuas vigilias. Recibió los postreros sacramentos de la Iglesia con aquella tierna devocion, y con aquellos consuelos interiores que tiene Jesucristo reser-

vados como de justicia para sus dignas esposas. Luego que se reconoció y se divulgó el peligro de perder aquel inestimable tesoro, no solo en todo el monasterio, sino en toda la ciudad de Cásel, no se oían mas que suspiros, sollozos, lágrimas y rogativas al cielo por la salud de la Santa; pero era ya llegado el tiempo de que fuese á recibir el premio de sus heróicas virtudes, y á tomar posesion del elevado grado de gloria donde son colocadas las santas vírgenes. Pocos momentos antes de espirar reparó que andaban las monjas disponiendo su rico paño negro bordado de oro para adornar el féretro donde habia de exponerse su cadáver. Afligióse tanto de que despues de muerta quisiesen tratar como emperatriz á la que habian vivido y estaba para morir como pobre religiosa, que inmutado repentinamente su apacibilísimo semblante, no se serenó hasta que la dieron palabra de que sería enterrada sin la menor distincion como todas las demas. Murió el dia tres de marzo del año mil y cuarenta; y conducido su santo cuerpo á Bamberga, la honró Dios con la gloria de los milagros despues de muerta, cuyo don la habia concedido cuando viva. Ciento y sesenta años despues; conviene á saber, el de mil y doscientos, la puso en el catálogo de los santos, con la solemnidad acostumbrada, el papa Inocencio III.

La misa del dia es de la dominica precedente, y la oracion se halla en las Actas antiguas de la vida de santa Cunegundis, y es como sigue.

Deus, qui inter cetera mirabilia opera tua, sanctam Cunegundam virginem in omni statu præcellenti virtutum decore redimitam, in tantum sublimasti, ut in matrimonio florem virgineæ castitatis non amitteret, et in viduitate habitu religionis assumpto, per sanctimoniam vitæ nobis exemplar totius sanctitatis reluceret: concede propitius, ut quam dignè laudare

O Dios, que entre las demas maravillas de tu poder, hiciste tan sobresaliente en todo género de virtudes, y en todo género de estados á tu sierva la santa vírgen Cunegundis, que aun en el matrimonio no perdió la hermosa flor de la virginidad, y en la viudez, tomando el hábito de religiosa, nos fue á todos brillante exemplar de toda perfección por la santidad de su vida; concédenos por sus merecimientos,

cupimus, suis intercedentibus meritis, ad imitandum vitæ ejus exempla pro nostra infirmitate roboremur: Per Dominum nostrum...

que nos alentemos segun nuestra flaqueza á imitar los asombrosos exemplos de aquella en cuyas dignas alabanzas deseamos emplearnos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La espístola es de la primera del apóstol san Pablo á los corintios, capítulo 7.

Fratres: Volo omnes vos esse sicut meipsum: sed unusquisque proprium donum habet ex Deo: alius quidem sic, alius vero sic. Dico autem non nuptis, et viduis: bonum est illis si sic permaneant, sicut et ego. Quod si non se continent, nubant. Melius est enim nubere, quam uri. Iis autem, qui matrimonio juncti sunt, præcipio non ego, sed Dominus, uxorem á viro non discedere: quod si discesserit, manere innuptam, aut viro suo reconciliari. Et vir uxorem non dimittat.

Hermanos: Deseo que todos vosotros seais como yo: pero cada uno recibe de Dios su don particular; uno de un modo, y otro de otro. A las solteras, y á las viudas les digo que les está bien permanecer así, como yo. Pero si no se contienen, cásense. Porque mejor es casarse, que abrasarse. Ahora: á los casados mando, no yo, sino el Señor, que la muger no se separe del varon; pero si se separare, que permanezca sin casarse, ó se reuna con su marido. Y el varon no dexe á la muger.

NOTA.

"Al año y medio que san Pablo estuvo en Corinto ya »logró ver convertida á la fe toda aquella populosa »ciudad. Desde élla pasó á la de Éfeso; y entendiendo allí »las diferencias y divisiones que comenzaban á suscitar»se entre los fieles, se vió obligado á reprenderlos en »esta primera carta que les escribió el año cincuenta y »seis de Jesucristo."

REFLEXIONES.

Es la virginidad un don preciosísimo del cielo. ¡O cuántos ignoran lo que vale este don, y qué pocos son los que comprenden sus preciosidades! Siempre fue de gran veneracion en la Iglesia el estado de las vírgenes. ¿Por ventura hay otro mas perfecto ni mas santo? Aquel

eminente grado de gloria que se le destina en el cielo; aquel seguir mas de cerca al Cordero inmaculado; aquel augusto título de esposas de Jesucristo, singularmente propio del estado de las vírgenes, hacen formar una alta idea de este privilegiadísimo estado á un corazon puro, á una alma verdaderamente cristiana. *Pero el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios* (1. *Cor.* 1.). No será mucho decir que la herencia, ó como la legítima de estas almas, tan especialmente distinguidas, es el gustar las cosas espirituales mas sublimes, es el experimentar las delicias mas puras, es el penetrar los misterios mas reservados. ¡Qué tranquilidad mas dulce que la suya! ¡qué cielo mas sereno, qué calma mas sosegada! Es muy dulce, es muy feliz la vida casta para quien solo estudia en dar gusto al Esposo celestial. *Sed non omnes capiunt istud* (*Matth.* 19.); pero no es para todos el comprender esta dicha. ¡Mas ay de aquellos que por su mala correspondencia se han hecho indignos de comprenderla! Convengo en que la virginidad, siendo estado mas perfecto, es de puro consejo; pero la pureza, pero la castidad, siendo necesaria á todo cristiano, es de riguroso precepto en todos los estados. El apóstol san Pablo deseaba que todos fuesen castos como él: *Volo omnes vos esse sicut meipsum.* Mas para eso era menester castigar su cuerpo, sujetarle, reducirle á servidumbre, como él le reducia. No se conserva esta hermosa flor, sino cercada de espinas; un leve soplo, el vaho del aliento bastan para marchitarla. Pureza sin mortificacion, no hay que buscarla. Si son pocos los matrimonios felices, es porque son muy raros los matrimonios santos. Son pocos cristianos los motivos, son poco loables las disposiciones con que comunmente se abraza un estado donde se atropellan las cruces, y no hierben menos los peligros de la salvacion. Es cierto que cuando san Pedro llama á los cristianos *pueblo escogido*, *nacion santa*; y cuando san Pablo dice que Jesucristo quiso que su Iglesia fuese sin mancha y sin ruga, uno y otro comprendieron en ella á los casados. Así como la Iglesia está sujeta á Jesucristo, dice el Apóstol, así las mugeres deben estarlo en todas cosas á sus maridos; pero tambien los maridos deben amar á sus mugeres como Jesu-

cristo ama á su Iglesia. ¡Qué bellas comparaciones, qué semejanzas tan significativas; y qué lecciones tan vergonzosas para tantos malos casados! ¿qué quiere decir esa mala inteligencia, esa antipatía natural, esa oposicion de genio, esa contrariedad de dictámenes, que engendran la aversion, y tal vez una guerra declarada entre aquellos cuyos corazones debieran estar tan estrechamente, unidos? ¿qué significan esos divorcios, esas separaciones, tan frecuentes el dia de hoy entre dos personas que juntó el mismo Dios? Y despues de esto, ¡nos admiirarémos de las desgracias que inundan las familias! y despues de esto, ¡nos admirarémos de ver tantos hijos mal criados! y despues de esto, ¡nos admirarémos de que sean tantos los que se condenan en el mundo! Ciertamente mas nos debiera admirar si sucediese lo contrario.

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore dicebat Jesus ad turbas: A diebus Joannis Baptistæ usque nunc, regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. Omnes enim prophetæ, et lex usque ad Joannem prophetaverunt: et si vultis recipere, ipse est Elias, qui venturus est. Qui habet aures audiendi, audiat.

En aquel tiempo decia Jesus á las turbas: Desde los dias de Juan Bautista hasta ahora el reyno de los cielos se conquista con la fuerza, y es presa de los que usan con violencia. Porque todos los profetas y la ley han profetizado hasta Juan: y si lo quereis saber él es aquel Elías que habia de venir. El que tenga oido para entender, entiéndalo.

MEDITACION.

De la violencia que todos se deben hacer para salvarse.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el Salvador ni exâgeró ni ponderó mas de lo justo el moral de su evangelio, cuando aseguró que el reyno de los cielos padece fuerza, y que solamente los que se hacen violencia le conquistan. Con efecto, las dificultades de la salvacion son reales y efectivas; el

camino es muy estrecho, todo está cubierto de enemigos, y casi á cada paso se tropieza con un estorbo. Si fue menester que Jesucristo padeciese para entrar en su glorla, ¿quién puede racionalmente prometerse entrar en élla sin padecer?

¿Qué significan tantas figuras, tantas parábolas, y todas tan expresivas, de que se vale el Salvador para hacernos concebir una idea cabal de la dificultad de la salvacion? Unas veces el reyno de los cielos es un convite general, á que todo el mundo es convidado sin excepcion de personas; pero á nadie se le admite excusa alguna, ni ocupaciones, ni atenciones, ni diversiones apalabradas. Otras es una guerra sangrienta; y en élla, ¿cuántas batallas se han de presentar, cuántos ataques se han de resistir, cuántos trabajos se han de tolerar para llegar á vencer? Otras es un edificio sólido y macizo, que es menester levantar á toda costa: otras es un magnífico palacio, cuyo fundamento y piedra angular es el mismo Hijo de Dios. ¡Pero qué gastos, qué fatigas ha de costar el acabarle! ¡qué unidas, qué ajustadas, qué tersas, qué pulidas han de estar todas las piedras que le componen! Si es la dracma perdida, es necesario remover, mover de arriba abaxo todos los trastros, todos los muebles de la casa para encontrarla: si es una renta que se ha dado en arriendo, se pide cuenta estrechísima al arrendatario: si es una preciosa margarita, se ha de vender todo lo demas para comprarla: si es una herencia que Jesucristo dexa á sus escogidos, no se puede tomar posesion de élla sino por medio de la cruz: en fin, si con las vírgenes que esperan al Esposo, ¡ó buen Dios, qué desvelos, qué vigilancia, qué providencias, qué proposiciones para no hallarse despues desairadas! ¡qué pureza de alma y cuerpo, qué rendimiento de espíritu, qué mortificacion contínua de pasiones y de sentidos, qué abnegacion de sí mismas! Esta es la ley, esta es la religion, este es el único camino que lleva al cielo. No solamente no hay salvacion fuera de la religion de Jesucristo; pero tampoco la hay dentro de la misma religion, sino por el camino que el mismo Jesucristo nos dexó señalado. Ahora pregunto: ¿las reglas que sigo, el camino por donde ando, y las máxîmas que observo, son las de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para comprender bien lo mucho que es menester combatir, y lo mucho que necesariamente ha de costar la victoria en punto de salvacion, no hay mas que conocer lo que es nuestra religion, y lo que es el corazon humano. Pero esto harto bien lo sabemos por nuestra propia experiencia. ¿Mas cuando ha de llegar el tiempo de que discurramos como prudentes y como racionales sobre dos principios tan conocidos?

El negocio de la salvacion es un negocio árduo, espinoso, delicado. ¿Cuánto tiempo dedicamos á este importantísimo negocio? En él todo es peligros, todo lazos; apenas hay abrigo; no hay seguridad alguna; hasta la misma calma es sospechosa. Nosotros mismos somos nuestra mayor tentacion; nuestro propio corazon nos vende, y del fondo de él nacen las mas furiosas tempestades; los malos exemplos se engruesan en torrentes, la corrupcion general apenas asusta á nadie. ¿Qué se ha de inferir de todo esto, sino que es preciso tener contínuamente las armas en la mano, que es menester estarse haciendo una perpétua violencia? ¿pero se hace ésta, cuando nada se niega ni á los deseos, ni á los sentidos? El regalo, las delicias, la desenfrenada luxuria, el desórden licencioso en las costumbres, nombres desconocidos á los primeros fieles, es lo que reyna hoy entre los cristianos; y con todo eso estos cristianos profesan la misma fe, siguen el mismo evangelio que aquellos primeros fieles.

Ya no se miran las cruces como beneficios, sino como molestas adversidades, ¿Qué vigor tienen el dia de hoy entre los mundanos las indispensables leyes de la penitencia? ¿Reyna la pureza de costumbres en todas edades y en todos estados? ¿Qué diligencias se hacen para entrar en el cielo? ¿qué esfuerzos? ¿qué violencia? ¿pues qué maravilla sería, ó buen Dios, si con una vida tan contraria á todas vuestras máximas, se salvasen los que así viven?

Considera la conducta de todos los santos. Mira cómo vivió en el estado del matrimonio, y entre los peligros de una córte, de un palacio y de una diadema imperial

santa Cunegundis. Si estas grandes almas no siempre son modelos que deban servir á la imitacion de todos, siempre son exemplos que confunden los vanos pretextos de muchos; y que condenan la indevocion y la delicadeza de la mayor parte de las gentes del mundo. No hay santo en el cielo, que no se hubiese hecho una contínua violencia. ¿Por estas señas podrás tú pronosticar que serás santo?

No permitais, Señor, que haga inútilmente unas reflexîones tan vivas como apretantes. Conozco, comprendo, palpo, que es preciso hacer los últimos esfuerzos para entrar en el cielo; que el camino es poco frecuentado; que la puerta es estrecha; pero aunque sea menester sacrificarlo todo, aunque sea menester hacernos todavía mas violencia, confio tanto en los poderosos auxîlios de vuestra gracia, que estoy resuelto á hacer cuanto haya que hacer, y sufrir cuanto haya que sufrir para salvarme.

JACULATORIAS.

Quam angusta porta, et arcta via est, quæ ducit ad vitam! Matth. 7.

¡Qué angosto, qué estrecho es el camino que lleva á la vida eterna!

Confige timore tuo carnes meas, à judicis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetrad, Señor, mi alma, y aun mi cuerpo con vuestro santo temor, para que evite con la penitencia el terrible rigor de vuestro espantoso juicio.

PROPOSITOS.

Todos confiesan que el negocio de la salvacion es muy dificultoso; y con todo eso todos viven como si fuera muy fácil. Cuesta mucho ir al cielo; ningun santo dexó de caminar por la senda estrecha, ninguno dexó de llevar la cruz, ninguno dexó de mortificar sus pasiones, ninguno dexó de merecer el cielo por la penitencia. Conócese, convienese en la verdad de todas estas proposiciones; pero los que pasan la vida en el regalo y en la ociosidad; aquellas personas que se ali-

mentan de las diversiones; aquellos que á solo el nombre de ayuno, de abstinencia y de mortificacion se asustan y se extremecen; ¿trabajan éstos sériamente en el negocio de su salvacion? ¿trabajas tú mismo con mayor seriedad, cuando vives como viven éllos? Esto es lo que debes exâminar hoy, no con exâmen especulativo, sino práctico. El camino que lleva á la vida es estrecho; y dime, ¿el que tú sigues no es muy ancho? ¿Cuántas sofrenadas das á tus inclinaciones? ¿qué resistencias haces á esa vehemente propension á divertirte? ¿cuántas victorias has conseguido de tus pasiones y de tu genio? ¿Sigues con todo rigor la Cuaresma? ¿observas religiosamente la abstinencia y el ayuno? ¿ó no es cierto que con los vanos pretextos de una delicadeza de complexîon, aprendida de una falta de salud imaginaria, trampeas el precepto de la Iglesia? ¿Es posible que no tienes que reformar ni en la profanidad del trage, ni en la vana ostentacion de tus preciosos muebles, ni en tus diversiones, ni en tus costumbres? ¿es posible que no te dexas arrastrar del mal exemplo? ¿es posible que imitas en todo el exemplo de los buenos, y que vives arreglado á las máxîmas del evangelio? ¿Ea, déxate de reflexîones superficiales y estériles; no te contentes con decir: este es mi retrato; no hay rasgo en él que no me represente; añade, pero sin diferirlo un momento, es menester enmendarme, y comienzo á hacerlo desde luego. Hoy he de ayunar rigurosamente; desde ahora para siempre me despido de tales juegos, de tales fiestas, de tales visitas, de tales cortejos, de tales diversiones. Acabáronse ya para mí tales y tales concurrencias; y desde este mismo momento quiero entablar una vida regular y cristiana.

2 Pero no basta evitar lo malo; es menester que no dexes pasar el dia sin hacer alguna obra buena. Pocas mugeres habrá en el mundo que no tengan mucho que reformar en sus adornos mugeriles; pocos de éstos hay donde no se encuentren mil cosas supérfluas; reparte entre los pobres lo que ahorrares de estas superfluidades; gasta en la iglesia parte del tiempo que habias de perder inútilmente en las visitas, en la comedia y en el juego. Lee la vida del santo ó santa del dia. Vela un poco mas sobre tus hijos y sobre tus criados. Si eres per-

sona retirada, si tienes la dicha de vivir en el estado religioso, exâmina cuidadosamente cómo cumples con tus gravísimas obligaciones; mira si vives segun el espíritu de tu instituto. Reforma desde luego esas modales tan aseglaradas; esa excesiva inclinacion á salir fuera de casa, esa perpétua alternativa de tibieza y de fervor; esas aversiones ó antipatías, y tambien esas amistades particulares; esas voluntarias interpretaciones de la regla únicamente benignas; esas frívolas exênciones con que te dispensas de observarla. ¡O qué dignas de compasion serán las personas que leyeren esto, si lo leyeren sin enmienda y sin fruto!

DIA TERCERO.

San Hemeterio y Celedonio, mártires.

Ha sido tan grande el ódio de los tiranos contra los discípulos de Jesucristo, que no contentos con probar su constancia en la fe con los mas horribles y exquisitos tormentos que pudo inventar la malicia, han prohibido tambien muchas veces que se escribiesen sus gloriosas acciones, ya para que no se perpetuase en la memoria de los hombres la bárbara crueldad con que los atormentaban, y ya para que los mismos cristianos no tuviesen á la vista unos exemplares que debian excitarlos al martirio. Y aunque la piedad y diligencia de los cristianos no dexaba de conservar y recoger con el mayor cuidado las reliquias y sagrados despojos de los mártires, que era lo que mas les importaba, tampoco se olvidaban ótros de escribir las actas de sus martirios, el proceso que se les formaba, los tormentos que padecian, y los prodigios que en comprobacion de su santidad y fe obraba con ellos el Todopoderoso.

Sabemos que se escribieron por extenso las circunstancias todas del martirio de los santos hermanos Hemeterio y Celedonio; pero el tirano que los sentenció á muerte mandó que no se escribiese nada, y que se en-

tregase á las llamas lo que se encontrase escrito acerca de estos Santos. Por esta razon es muy poco lo que con certeza se puede asegurar, asi de la patria, y calidad, como de los tormentos y persecucion que padecieron hasta la muerte estos gloriosos y célebres mártires de Jesucristo. Dícese que fueron naturales de Leon, é hijos de san Marcelo, que era de familia muy ilustre, y á la sazon era capitan de la legion romana que habia en aquella ciudad. A exemplo de su padre siguieron tambien los dos hijos la carrera de las armas, portándose en élla como verdaderos cristianos, obedeciendo enteramente á sus gefes, en cuanto no era contrario á las leyes de la religion que profesaban, y sirviendo al César sin desagradar á Dios.

Habian ya militado mucho tiempo baxo las banderas del Emperador, cuando sabiendo qne se encendia una cruel persecucion en España contra el nombre cristiano, no pudiendo sufrir que fuese perseguida la religion que habian mamado con la leche, siendo la sola verdadera y divina, se encendieron en vivísimos deseos de pelear animosos por élla hasta dar la vida en su defensa. No habian llegado á Leon los edictos imperiales contra los cristianos, pero sabian haberse públicado en Calahorra, donde se hallaba el proconsul, y que alli eran buscados con exquisita diligencia, para obligarlos á que sacrificasen á los ídolos, y renunciasen el nombre y las obras de cristianos.

"Vamos, pues, *decia san Hemeterio á su hermano* »*Celedonio*: vamos en busca del enemigo, donde quiera »que se encuentre. Ya hace mucho tiempo que militamos baxo las banderas mundanas, y en su servicio, ó »nos consume el ocio, ó la fatiga nos proporciona solamente un premio perecedero y caduco. Sigamos ya las »banderas triunfantes del verdadero y único Emperador »de cielo y tierra. Ahora se declara una guerra cruel »contra nuestra fe, y ésta es sin duda la mejor ocasion »de hacer grandes acciones, y ascender á un puesto mas »elevado. Vamos á ser soldados visoños en la milicia del »cielo los que somos ya veteranos en la de la tierra. »Sean nuestras encendidas palabras dos dardos penetrantes con que habemos de triunfar del enemigo: sea el es-

»cudo de la fe el que fortalezca nuestro pecho intrépido »contra las astucias enemigas. Vamos animosos á morir »por Jesucristo."

Asi exhortaba san Hemeterio á su hermano Celedonio; pero éste no menos resuelto á entrar en el mismo combate, le respondió en estos términos: "¿Pues en qué te detie»nes? ¿dudas acaso en tenerme por compañero de tan di»chosa suerte? Despues que hemos vivido juntos tanto »tiempo, y puedes tener bien conocidos mis deseos, ¿te »parece que necesito yo de tus persuasiones para acom»pañarte por el único y verdadero camino de la gloria? »Antes bien dexemos al punto las insignias, y las armas »del imperio, y vamos á buscar al cruel enemigo de la »fe donde quiera que se hallare." Así se animaron mútuamente los santos Hermanos, y renunciando al servicio del Emperador, y á cuantas ventajas podian esperar en la milicia, se encaminaron á la ciudad de Calahorra, donde era mas fuerte la persecucion, y sin miedo á los imperiales edictos, predicaban libremente á Jesucristo, reprendiendo al mismo tiempo la ciega supersticion de los paganos.

No fue menester mas para que luego fuesen conocidos por cristianos, y como tales, mandados arrrestar en una obscura cárcel. Es indecible el gozo que sintieron los valerosos soldados, viendo que sin duda aprobaba el cielo su resolucion generosa, cuando los hacia dignos de padecer por Jesucristo. Los que antes se animaban mutúamente para buscar el martirio, ahora reiteraban con mayor eficacia sus santas exhortaciones, y se encendian mas en el amor divino, al paso que se sentian confortados por él en medio de sus tormentos. En vano fue tentada su constancia varias veces por los paganos, que esperaban lograr un grande triunfo con reducir á los dos generosos soldados al culto de sus dioses; pues los que habian desertado de la milicia del mundo por servir en la del cielo, estaban bien persuadidos de que no eran comparables los honores y premios que pudieran lograr en la tierra, con los que Jesucristo les tenia preparados en su gloria. Resueltos á padecer cuanto pudiese inventar contra éllos la crueldad de los tiranos, no los atemorizaban las amenazas de haber de luchar con las fieras,

ó de haber de sufrir cruelísimos azotes, ó ser probados por el fuego, ú ofrecer la cerviz al cuchillo: les era indiferente cualquier género de muerte, y no sentian los tormentos, sino porque les retardaba el logro de sus ardientes deseos.

Asegura el celebre poeta Prudencio, que padecieron increibles tormentos en la prision, despues de haber estado siempre en élla cargados de hierros y cadenas; pero se queja con razon de que la perfidia de los tiranos no permitió, por no verse avergonzada, que se conservasen los monumentos de su martirio, y de los prodigios que el Señor obró con los santos mártires durante su larga prision. Pero habiendo sido inútiles para vencer su constancia cuantos ardides pudo inventar la rabia de los paganos, fueron por último sentenciados á muerte por el consul romano que gobernaba en Calahorra. Esta noticia llenó de indecible alegría á los generosos soldados, que ya esperaban por momentos el feliz instante que los iba á unir para siempre con su Dios. Sacáronlos de la carcel, y conduxéronlos entre innumerable pueblo á las orillas del rio Arnedo, donde debian ser degollados. Ya estaban en el lugar del suplicio cuando san Hemeterio arrojó al ayre el anillo que tenia en la mano, y Celedonio un lienzo ó pañuelo, que á vista del innumerable concurso se fueron elevando hácia el cielo hasta perderse de vista. Este prodigio no esperado llenó de admiracion y pasmo, no solo á los circuntantes, sino aun al mismo verdugo que iba ya á descargar el golpe mortal sobre los mártires, que instruidos por esta maravilla del camino que debian seguir sus almas, y de que el cielo visiblemente habia aceptado sus dones, esperaban con ansia el último momento. Fueron por último degollados allí mismo, y sus cuerpos sepultados cerca del dicho rio, adonde se cree que permanecieron mucho tiempo, hasta que finalizada la persecucion fueron hallados y descubiertos, y hoy se conservan en la catedral de Calahorra, siendo tenidos y venerados por principales patronos de toda la diócesi, en la cual se celebra su fiesta con la mayor solemnidad y devocion, y en todos los dominios de España se celebra tambien su dia con oficio eclesiástico de rito doble, y se inserta en él gran parte del elogio que

hizo de estos santos mártires el poeta Prudencio.

Dícese que las cabezas de los dos santos fueron halladas mucho tiempo despues de su glorioso martirio en una abadía cerca de Santander, en la montaña, y que antiguamente se llamaba este pueblo, puerto de san Hemeterio. Tambien se cree que parte de sus sagradas reliquias se trasladó antiguamente á Sallars en Cataluña, desde donde fueron segunda vez trasladadas á Cardona en tiempo del rey Martin de Aragon, por su almirante el conde de Cardona; pero en todas partes ha obrado el Señor innumerables prodigios por la intercesion de estos gloriosos mártires con todos cuantos con verdadera devocion los invocan.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la siguiente:

Deus, qui gloriosos martyres Hemeterium et Celedonium in tui nominis confessione roborasti: concede propitius; ut quorum corpora veneramur in terris, eorum aspectu perfruamur in cœlis: Per Dominum nostrum...

O Dios, que diste fortaleza á los gloriosos mártires Hemeterio y Celedonio para confesar tu santo nombre: concédenos, piadosísimo Señor, que pues veneramos en la tierra sus sagrados cuerpos, lleguemos á gozar tambien de su compañía en los cielos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est: In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit eos dignos se. Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi ho-

Las almas de los justos estan en la mano de Dios, y no llegará á éllos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero éllos estan en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la

locausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillæ in arundineto discurrent: Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnavit Dominus illorum in perpetuum.

hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reynará eternamente.

REFLEXIONES.

Las almas de los justos las tiene Dios en su mano. ¿Qué consuelo podrá igualar á la satisfaccion que engendra por sí sola esta sentencia? ¿Quiénes, sino los justos, podrán gloriarse de un apoyo tan fuerte, tan sólido, tan duradero, tan incontrastable? *La mano de Dios*, que es decir: aquella virtud infinita que sacó de la nada los cielos y la tierra: aquel poder inmenso, á que no se encuentra oposicion ni resistencia: aquella fuerza, y valor que postra todo poder de los asirios, y anubla en un momento todo el resplandor de sus victorias: aquel dominio omnipotente que manda á las olas del mar Bermejo que se rompan y formen dos murallas mientras se salva el pueblo electo; y que se junten y sumerjan á Faraon con todo su exército: *La mano de Dios*, que es la omnipotencia de Dios, inseparable de su justicia, de su bondad, de su misericordia y de todos sus atributos, es el sitio, el castillo y muro donde los justos se refugian, y en donde colocan su seguridad, y confianza.

Por eso están *seguros de que pueda tocarlos el tormento de la muerte.* No solamente de la muerte eterna, que es la que temen los justos, sino de la muerte temporal, la cual miran con ojos distintos, y con diferentes respetos que la miran los impíos. Para éstos la muerte es el mayor de los males, y los tormentos que la acompañan lo mas horroroso entre todas las miserias; para los justos es una condicion necesaria para haber de gozar de su Dios. Para los impíos es el cúmulo de las amarguras, porque los remordimientos de su conciencia los despedazan: sus delitos los condenan: la necesidad de dexar para siempre aquellas desventuradas delicias, en que fijaron su co-

razon, los devora; y la consideracion de que van á ser juzgados en una mala causa, los llena de turbacion y de congoja. Pero los justos consideran la muerte como un sueño; la tranquilidad de su conciencia se la representa como un descanso: ya van al tribunal en donde se han de exâminar sus obras; pero saben que éstas son arregladas á las leyes de Dios, y al juez le miran con el carácter de su padre y de su amigo: saben finalmente que *si se deshace, y desmorona la terrena habitacion de su cuerpo, Dios les tiene preparada una casa eterna en los cielos, que no está fabricada por mano de hombres, como dice san Pablo* (2. *Cor.* 5.).

Por eso se equivocan tanto los ojos carnales cuando ven una muerte cercada al parecer de tormentos: cuando ven á los justos que son destrozados en el suplicio por los azotes, los ecúleos, los peines de hierro, las espadas y los cuchillos. Todos estos instrumentos de horror eran para los mártires de mas agradable aspecto que los manjares y las rosas; porque aunque *en realidad padecian tormentos delante de los hombres, abrigaban en su pecho una esperanza inmortal* de las eternas recompensas, que se los hacia dulces, y aun deliciosos. Conocian que sus martirios eran unas pruebas que Dios hacia de su fe; y que de éllas resultaban purificados y refinados, y acrisolados como el oro, para recibirlos como holocausto agradable á sus divinos ojos, del cual solo él habia de participar á diferencia de los otros sacrificios.

Pero aún hay mas razones de consolacion para los esforzados soldados de Jesucristo, llamados de las divinas letras por excelencia *los justos*. Sabian que eran infalibles las divinas promesas, y sabian cuán magníficas eran éstas á su favor. *Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y no tendrán eternamente otro superior, otro presidente, otro rey que aquel Dios omnipotente y eterno*, por quien vertieron su sangre. Si los tiranos hubieran tenido entendidas estas sentencias, ¿se hubieran atrevido á teñir sus manos en una sangre inocente? ¡Pero qué confusion la suya cuando vean ser sus jueces aquellos mismos á quienes condenaron á muerte ignominiosa con sus sentencias! ¡qué confusion la suya cuando miren irrebocable aquella sentencia, que los condena por

una eternidad á los tormentos del abismo! Tal es la equidad con que trata á los hombres la justicia divina, y tal la recompensa con que premia y ensalza Dios á los que dan verdaderas muestras de amarle en esta vida.

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte aficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reyno contra otro reyno, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad pues en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y sereis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

Del martirio que cada uno puede hacer en sí mismo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la significacion de este nombre *mártir* es propia de todo cristiano, aunque vulgarmente se apropie á aquellos que tuvieron la gloria de dar su sangre por Cristo. Mártir no quiere decir otra cosa que *testigo*, y aquel que en las obras da testimonio de la fe que profesó en el bautismo, ese podrá llamarse con propiedad mártir de la fe y del evangelio. Este testimonio es tan esencial y necesario á la vida cristiana, que sin él falta lo que caracteriza nuestra religion por santa y poseedora de aquella sublime revelacion que nos asegura contra todas las dudas. Sin el testimonio de la fe nuestras obras serán infructuosas para la vida eterna; así como la fe carecerá de su preciosa vida cuando no se sensibilice su movimiento con las obras.

¿Pero será necesario para dar á nuestro Salvador un testimonio verdadero de la fe que tenemos inmoble en nuestras almas, padecer efectivamente aquellos horrorosos tormentos que quitaron la vida á los mártires? ¡Infelices cristianos si solo en la época de los sangrientos emperadores y de la persecucion de la Iglesia les fuese dado manifestar á su Dios lo heróico de la caridad que le tenian! Tiranos tenemos dentro de nosotros mismos, cuyo vencimiento nos dará el título de mártires ó testigos de la fe de Jesucristo. La cruz de este Señor es una herencia universal de que todos participamos como verdaderos hijos suyos. El que no la toma sobre sus hombros y le sigue, no es digno de su amistad ni de sus recompensas. ¿Quien hay *que no sienta*, como decia el Apóstol, *una ley en sus miembros que contradiga á la ley del espíritu*? Esos deseos de lograr cuanto te sugiere la ambicion, y la gloria de que te admiren en el mundo; ese odio disimulado y secreto que conservas á tu enemigo, aun despues de una tibia y superficial reconciliacion que acredita delante de Dios la traicion que le estás haciendo; esa propension á los

placeres sensibles, que tu condescendencia la ha puesto ya en el grado de irresistible; esa soberbia en fin, que en todas tus acciones te aconseja antes á favor tuyo que de la ley; antes á preferir tus intereses que los intereses de Dios, ¿qué son sino unos tiranos que atormentan tu conciencia, que aprisionan tu corazon, que encarcelan tu alma para que apostate de Dios y de las obras de su fe dando incienso á los ídolos de sus sentidos?

Así es; *pues nuestra fe es la victoria con que se vence al mundo.* La verdadera fe sujeta y oprime los deseos para que no se dirijan sino á los objetos santos y permitidos. La verdadera fe hace que borre la penitencia con sus dolores y sacrificios aun las mas leves reliquias de odio ó de enemistad. La verdadera fe te enseña *que no tienes aquí habitacion permanente, sino que debes anhelar por la futura*, y que de consiguiente debes negarte á los placeres sensibles, hacer de tu interior y de tu espíritu una mística crucifixíon para imitar á los santos, y poner entredicho á todas tus pasiones y á todos tus apetitos para vivir una vida propiamente mortificada. Y todo ello forma en ti un testigo de Jesucristo, ó un mártir de su fe, con sola la diferencia que los santos pasaron de un solo trago toda la amargura del caliz; pero tú deberás apurar sus heces gota á gota mientras te dure la vida. ¿Ha sido en esta conformidad la que hasta ahora has vivido? ¿podrás decir con verdad que has dado un testimonio de la fe y de la religion con tus inocentes obras? Esta sola consideracion exíge todas tus reflexíones, y que tomes para lo succesivo las mas oportunas medidas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el martirio es un sacrificio, y que dificultosamente se podrá decidir si es mas doloroso el que se hace de la vida, ó el que se hace de las luces y del entendimiento. Cada vez que se sacrifica á la fe cuanto sugiere la razon natural, la experiencia y la filosofía, padece nuestro amor propio y nuestra soberbia un sangriento martirio, que la sumision á la palabra de Dios y la humildad deberán hacer meritorio. ¿Pero cuando Dios habla se atreverá á levantar la voz la vana y pueril sabi-

duría? Esta consideracion, siendo sólida, causa en las almas mucha paz y confianza; pero al mismo tiempo minora la repugnancia que encuentra la curiosidad en cautivar sus débiles luces en obsequio de la fe.

Otro martirio causa en el alma la sumision á la alteza de los divinos consejos en toda la serie de sucesos que parecen ordenados únicamente por unas causas baxas y naturales. Son pocos los que elevan su vista á las disposiciones de la divina Providencia. Contémplalo en ti mismo. ¿Ves acaso en tu enemigo otra cosa que el odio con que busca con artes tu perdicion? ¿ves en tus amigos mas que la mala fe y la perfidia con que te venden y dan al traste con todas tus esperanzas? ¿Tu suerte, tu situacion, tu pobreza, los contrastes de la fortuna son para ti otra cosa que efecto de la injusticia, de la falta de medios, de la casualidad ó de la iniquidad que todo lo vende? ¿Y Dios? ¿Es acaso este Señor en la gran máquina del mundo como una pieza ociosa que no tenga conexíon con sus movimientos? ¿Y la Providencia divina? ¿No cuida de tus trabajos, de tu pobreza? ¿no ve tus infortunios? ¿no advierte la tempestad, el robo, el homicidio mucho antes que sucedan? ¿Pues cómo no cuentas con este Dios y con esta providencia en tus sucesos? ¿cómo tus ojos no se elevan al cielo para esparcir en tus suspiros el mérito de la fe?

Consiste en que te falta sumision; en que estás muy fixado en lo terreno; en que tus pensamientos siguen las huellas de tu fe, y ésta no se ha acostumbrado á domar las impresiones de los sentidos. No te haces padecer á ti mismo una contínua violencia en tus aprensiones, y así careces del mérito que te correspondia por este género de mortificacion y de martirio. ¡O Dios mio, vuestra fe es una luz soberana que ilumina mi entendimiento; vuestra gracia es una ilustracion que esclarece mi entendimiento é inflama mi voluntad! Dadme, Señor, gracia, y aumentad en mi alma los efectos de una fe verdadera.

JACULATORIAS.

Deus, docuisti me à juventute mea: et usque nunc pronuntiabo mirabilia tua. Salm. 70.

Desde mi juventud, ó Dios mio, habeis sido mi doctor y mi maestro, y así yo no dexaré jamas de publicar tus portentosas maravillas.

In hoc laboramus, et maledicimur, quia speramus in Deum vivum, qui est Salvator omnium hominum, maximè fidelium. Paul. ad Timot. 1. cap. 4.

Padecemos trabajos y persecuciones, y somos malditos, porque tenemos nuestra esperanza en vos, Dios nuestro, que sois el Salvador de todos, principalmente de los fieles.

PROPOSITOS.

Todo cristiano está desposado con un esposo de sangre: que quiere decir; que todo cristiano debe imitar á Jesucristo con quien el alma se desposó en el bautismo, recibiendo su fe por prenda de su amor, y obligándose á dar testimonio de élla segun su posibilidad. Si el modo con que los mártires han cumplido esta precisa obligacion ha sido nada menos que el sufrimiento de una muerte, y una muerte atrocísima, que en lo horroroso equivalia á muchas, ¿con qué cara podrán los demas cristianos escusarse de unas ligeras mortificaciones que pueden mas bien tener el lugar y concepto de satisfaccion á la divinidad ofendida, que el de sacrificios hechos por su amor? ¡Qué razon podrán alegar para eximirse de estos testimonios de nuestra fe tantos hombres sumergidos en los tráficos del mundo, y tantas mugeres rodeadas á todas horas y por todas partes de delicias!

Sin fe es imposible agradar á Dios, y sin las obras de la fe lograr el concepto de verdadero cristiano. Los mártires desempeñaron este concepto vertiendo su sangre, y mirando sus miembros destrozados por Jesucristo. De este modo pensaron que se podia subir á los cielos, y de este modo cumplieron las obligaciones que impone la fe á los verdaderos cristianos. ¡Qué diferencia de tu modo de pensar al de estos esforzados soldados de Jesucristo! Y si no, atiende á toda la serie de tu vida; porque tu eleccion toda es un texido de delicias. Apenas tienes mas desazon ni mas trabajo que el que te produce el empeño de dis-

frutar todas las diversiones. El nombre de mortificaciones y de penitencia son para ti nombres exóticos, forasteros, y solo tienen significacion para causarte horror y susto.

¿Pero qué piensas? ¿que tu suerte será privilegiada respecto de la de los santos? ¿Juzgas acaso que en el tribunal de Dios habrá las excepciones con que el mundo distingue ricos y pobres, infelices y poderosos? ¿te persuades á que trastornará Dios para ti sus leyes, sus decretos, su providencia, su evangelio y su justicia? ¡Qué necedad tan exêcrable! Vuelve en ti; lo que no has hecho hasta ahora propon executarlo de aquí adelante. Busca un sabio director de tu alma; aprende de él tus obligaciones, y la manera de executarlas; ponte en sus manos, y procura en lo sucesivo dar testimonio de Jesucristo en la santidad de tus obras.

DIA CUARTO.

San Casimiro, hijo del rey de Polonia, confesor.

Fue san Casimiro hijo de Casimiro III., rey de Polonia, y gran duque de Lituania, y de Isabel de Austria, hija del emperador Alberto, rey de Ungría y de Boemia. Nació en Cracovia el dia 5 de octubre del año 1458, y desde la cuna le fueron formando en la virtud y en la devocion los cuidadosos desvelos de la reyna su madre, una de las mas piadosas princesas de aquel siglo. Apenas dexó que hacer á la educacion el bello natural de Casimiro; y con su ingenio vivo, penetrante y delicado hizo en poco tiempo maravillosos progresos en las letras.

Pero fueron mucho mas prontos y mas admirables los que adelantó en la virtud. No es posible imaginar mayor inocencia, mayor compostura, mayor devocion, ni

mayor virtud en un príncipe de tierna edad. Prevínole el Señor desde la cuna con tan singulares bendiciones de su gracia, que por toda la vida ignoró hasta el nombre del vicio. Tan lejos estuvo de envanecerle su elevado nacimiento y el verse heredero de una casa que era de las mas ilustres de Europa, que ni aun le mereció siquiera la mas ligera atencion. Era hijo de rey, hermano de rey, y él mismo era tambien rey de Ungría; pero hizo tan poco caso de estos magestuosos títulos, que solo escogió el de ciudadano del cielo, sin apreciar ni darse á sí mismo otro.

Fue tan enemigo de los entretenimientos mas ordinarios, y aun mas inocentes de aquella edad, que no encontraba otra mas dulce ni mas de su gusto que pasar largas horas en la iglesia, haciendo corte, como él decia, á Jesucristo; y cuando sus ayos le representaban que era menester desahogar el ánimo con alguna diversion honesta, los respondia con gracia que en el templo á los pies de Jesucristo hallaba él toda la diversion del paseo, del juego y de la caza.

Era tan particular y tan tierna la devocion que profesaba á la sagrada pasion del Señor, que al oir hablar de los dolores y de los tormentos que se le representaron en el Huerto y que padeció en el Calvario; al considerar aquel exceso de amor que le hizo víctima de nuestros pecados, solo con poner los ojos en un Crucifixo se le derretian en lágrimas, y no pocas veces caia en una especie de deliquio que parecia verdadero desmayo.

No ha habido ni habrá predestinado alguno que no profese una ternísima devocion á la santísima Virgen; la de san Casimiro á esta Reyna de los escogidos era extraordinaria. No acertaba á llamarla con otro nombre que con el de su buena Madre; explicábase con excesiva ternura y con los términos mas enérgicos para manifestar el respeto y el ardiente amor que la profesaba.

Por desahogar en parte su encendida devocion á la Emperatriz de los ángeles, fuera de otros muchos devotos exercicios que le eran familiares, compuso en honra suya, siendo aun mas joven, una especie de prosa con consonantes llena de los mas tiernos afectos de su corazon, y era como se sigue:

Omni die dic Mariæ mea laudes anima.
Ejus festa, ejus gesta cole splendidissima.
Contemplare, et mirare ejus celsitudinem.
Dic felicem genitricem, dic beatam Virginem.
Ipsam cole, ut de mole criminum te liberet.
Hanc appella, ne procella vitiorum superet...
Quamvis sciam quod Mariam nemo dignè prædicet:
Tamen vanus, et insanus es qui illum recitet.
Hæc amanda, et laudanda cunctis specialiter.
Venerari et precari decet illam jugiter...
O cunctarum fœminarum decus, atque gloria!
Quam probatam, et elatam scimus super omnia.
Clemens audi, tuæ laudi quos instantes conspicis;
Munda reos, et fac eos bonis dignos cœlicis...
Virgo, salve, per quam valvæ cœli patent miseris,
Quam non flexit, nec allexit, fraus serpentis veteris.
Reparatrix, consolatrix desperantis animæ,
A pressura, quæ ventura malis est, nos redime,
Pro me pete, ut quiete sempiterna perfruar,
Ne tormentis comburentis stagni miser obruar;
Ut sim castus, et modestius, dulcis, blandus, sobrius.
Pius, rectus, circunspectus, simultatis nescius...
Fac me mitem: pelle litem, compesce lasciviam.
Contra crimen da munimen, et mentis constantiam, &c.

“Alma mia, no dexes pasar dia alguno sin rendir tus »respetos á María; solemniza con devocion sus fiestas, ce»lebra sus asombrosas virtudes.

»Admira su grandeza y su elevacion sobre todas las »criaturas; no ceses de publicar la dicha que logró en ser »madre de Dios sin dexar de ser vírgen.

»Hónrala como á tu reyna para que te alcance el per»don de los pecados; invócala como á tu madre, y no »permitirá que te arrastre el torrente de las pasiones.

»Aunque sé muy bien que María es superior á toda »alabanza; tambien sé que es impiedad, que es locura, de»xar de alabarla porque no se pueda hacer dignamente.

»Esta Señora debe ser singularmente alabada y exâl»tada por todos los hombres; y no debiéramos cesar ja»mas de honrarla, bendecirla é invocarla.

»Vírgen santa, ornamento y gloria de tu sexô; tú,

„que eres reverenciada en toda la tierra, y estás colocada tan elevadamente en el cielo,

„Dígnate oir las oraciones de los que se glorían en „cantar tus alabanzas; alcánzanos el perdon de nuestros „pecados, y haznos dignos de la felicidad eterna.

„Dios te salve, Vírgen y Madre, pues por ti se nos „abrieron á nosotros miserables las puertas del cielo; y „á ti no te pudo morder ni engañar la antigua serpiente.

„Despues de Dios ninguno tuvo mas parte que tú en „nuestra redencion; por eso ponemos en ti toda nuestra „confianza, y esperamos por tu santa intercesion que no „nos ha de tocar la infeliz suerte de los réprobos.

„Líbrame de aquel estanque de fuego donde se padecen todos los tormentos, y consígueme por tus oraciones un lugar en la estancia feliz de los bienaventurados.

„Alcánzame una pureza inalterable, una modestia que „edifique, una dulzura universal, una devocion constante, „una prudencia verdadera, un corazon sin artificio y un „espíritu recto.

„Destierra de mi corazon todo afecto de aversion ó „de tibieza; enciende en él una caridad perfecta; apaga „toda centella, toda inclinacion de concupiscencia: consigue la perseverancia final, y halle yo en ti toda la „asistencia que he menester contra los enemigos de mi „eterna salvacion."

Descúbrense bien en la noble simplicidad y expresiones de este himno los tiernos afectos del santo Príncipe para con la Madre de Dios. No contento con rezarle todos los dias en forma de oracion, quiso encerrarse con él; y ciento y veinte años despues de su preciosa muerte se le halló en la sepultura debaxo de su cabeza.

A la eminente piedad de Casimiro correspondia el celo por la religion. En fuerza de él persuadió al rey su hermano que despojase á los hereges de las iglesias de que se habian apoderado, donde celebraban sus sediciosas juntas, y que no se restituyesen á los cismáticos las que se les habian quitado.

Acompañaba á este celo ardiente por la religion una caridad no menos ardiente por los pobres, de quienes era amoroso padre. Si le representaban que era abatimiento de su elevacion y de su real persona el entregarse tan sin

distincion á todo género de obras de caridad, respondia, que ninguna cosa honraba mas á los grandes, ninguna era mas digna de la suprema elevacion de los príncipes que servir á Jesucristo en la persona de sus pobres. Por lo que toca á mí, solia añadir, toda mi gloria la coloco en servir al pobre mas andrajoso y despreciado.

Fue electo rey de Boemia su hermano mayor Uladislao, y toda la Polonia celebraba ya la dicha que esperaba de lograr por su rey á Casimiro, cuando llegó la noticia de haberle elegido rey de Ungría toda la nobleza y todos los estados del reyno, que cansados ya de las intolerables costumbres y gobierno del rey Matías Hugnades, le habian precipitado del trono. A pesar de la resistencia que hizo al cetro la modestia del joven Casimiro, le fue forzoso rendirse. Partió con efecto á tomar posesion de la corona; pero la lentitud de su marcha, efecto de la repugnancia y aun del fastidio con que miraba las grandezas de la tierra, dieron tiempo á Matías para volver á ganar los corazones y la compasion de la principal nobleza úngara, y para levantar un exército considerable con que hacer frente al nuevo Rey, que estaba muy ageno de querer conquistar con la sangre de sus vasallos una corona, cuya aceptacion habia costado á su inclinacion y á su heróica virtud tanto sacrificio. Rindió mil gracias al cielo por aquel suceso tan conforme á su desengaño y á sus piadosos deseos, y lleno de gozo dió la vuelta á Polonia.

Los doce años que le restaron de vida los dedicó enteramente á santificarse mas y mas por la práctica de todas las virtudes, y singularmente por el exercicio de una rigurosísima penitencia. Traia siempre á raiz de las carnes un áspero cilicio; su ayuno era perpétuo; dormia en la dura tierra al pie de la rica cama, que era solo de honor y de respeto, pasando muy de ordinario en oracion la mayor parte de la noche.

Aunque joven de gallarda disposicion, y criado entre las delicias de la corte, conservó hasta la muerte su primera inocencia. Hizo voto de perpétua castidad luego que tuvo años y reflexîon para conocer lo que vale esta heróica virtud. En vano le persuadieron y le instaron á que se casase; no hubo razon, ni de estado, ni

de familia, ni de la propia salud, que venciese su constancia; en conclusion, antes quiso perder la vida que la virginidad.

Ya estaba el santo Príncipe muy maduro para el cielo. No parecia justo que poseyese la tierra por mas tiempo un tesoro tan precioso de que no era digno el mundo. Al lento, pero maligno ardor de una calenturilla contínua, se fue disponiendo con mucho tiempo para morir. Redobló su devocion y fervor; y habiendo recibido los postreros sacramentos con extraordinaria piedad, llegado en fin el dia 4 de marzo de 1484, á los veinte y tres años y cinco meses de su edad, murió con la muerte de los justos en Vilna, capital del gran ducado de Lituania, cuyo duque era el Santo mancebo.

Desde luego quiso el Señor acreditar la santidad de su fiel siervo con multitud prodigiosa de milagros. El papa Leon X. terminó el proceso de su canonizacion con la mayor solemnidad, y desde entonces fue reconocido por patrono singular de Lituania y de Polonia.

El año de 1604, ciento y veinte despues de su dichosa muerte, fue hallado el sagrado cuerpo entero y sin corrupcion; y en el instrumento auténtico de esta maravilla, que con autoridad del obispo de Vilna se otorgó á presencia de todo el cabildo y de los principales de aquella ciudad, se dice que los preciosos vestidos con que fue enterrado se hallaron tan enteros y tan nuevos como si se los hubieran puesto aquel mismo dia, aunque la humedad del sitio habia penetrado las piedras de la bóveda y los parages inmediatos al sepulcro. Añádese en el mismo instrumento, que por espacio de tres dias se percibió una admirable fragrancia en toda la iglesia, y que se halló tambien la devota prosa ó himno en honor de la santísima Vírgen, que copiamos arriba, escrito todo de su mano, el que se conserva aún como preciosa reliquia. El autor antiguo de su vida dice que se invoca la intercesion de san Casimiro principalmente para conseguir de Dios el don de la castidad, para librarse de la peste, y contra las incursiones de los infieles.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui inter regales delitias, et mundi illecebras sanctum Casimirum virtute constantiæ roborasti; quæsumus, ut ejus intercessione fideles tui terrena despiciant, et ad cœlestia semper aspirent: Per Dominum nostrum...

O Dios, que entre las delicias de la corte, y en medio de los mas halagüeños atractivos del mundo fortaleciste á san Casimiro con una inmoble constancia; suplicámoste que por su intercesion tus fieles siervos menosprecien siempre las cosas de la tierra, y aspiren perpetuamente á las del cielo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes estan seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

»Jesus, mi abuelo (dice en su prólogo el fiel traductor »de este libro), despues de haberse aplicado con el ma»yor cuidado á la lectura de la ley, de los profetas y »de los demas libros que nos dexaron nuestros padres, »quiso escribir por sí mismo lo que toca á la doctrina y á »la sabiduría, para que los que desean aprender, instrui»dos por este libro, se dediquen á la consideracion de sus »obligaciones, y se arraiguen en una vida conforme á la »ley de Dios. Por la epístola de hoy se conoce bien la en»señanza y la utilidad de este libro.

REFLEXIONES.

Asombro es que despues de tantas experiencias de lo poco que se debe fiar en los bienes de esta vida, cada dia sea mayor la hambre que se tiene de éllos. Crece con la edad la codicia de las riquezas; y aun se puede añadir que tambien crece con la misma abundancia; porque no suele ser vicio de los pobres la avaricia. Parece que á proporcion de los bienes crece la necesidad. Aquel estaba contento en una mediana fortuna, que en otra mas sobresaliente vive sin sosiego, sin gusto y sin seguridad. En la humildad del valle ó al pie de la montaña se está á cubierto de las tempestades; las eminencias son siempre peligrosas; y á los que andan en alto se les suele turbar la vista y trastornar la cabeza. ¡Qué bien prueba todo esto la insuficiencia y aun la vanidad de las riquezas! ¡qué mayor locura que colocar en éllas el ídolo de adoraciones! ¡qué baxeza, qué poquedad de ánimo poner la confianza en sus tesoros! pero poquedad, baxeza y locura tan universal, que el Sabio reputa por especie de prodigio, y por un hombre milagroso al que no se dexa arrastrar de la codicia, ni coloca su esperanza en el dinero: *Qui post aurum non abiit, nec sperabit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.* Y no no hay que decir que se conoce muy bien la fatalidad de las riquezas, para que ningun hombre de entendimiento ponga en éllas su confianza. Si eso es así, ¿qué significan esas inmensas fatigas, esa hambre insaciable, esas eternas inquietudes, esos congojosos temores, esa desesperacion cuando no se adquiere lo que se desea, ó cuando se pierde lo que se posee? *Beatus vir, qui inventus est sine macula: et qui post aurum non abiit*: dichoso aquel que está libre de toda mancha, y que no se anda tras el dinero como un esclavo vil tras de su amo. ¿Cuándo se ha de tomar el gusto á esta filosofía cristiana? ¿cuándo se ha de persuadir el mundo á que el tesoro mayor es la pureza de las costumbres y la inocencia de la vida? La riqueza verdadera consiste en la verdadera virtud; las demas riquezas ó son ilusiones, ó á lo mas unas espinas cubiertas de flores, que agradan y pican; vense las flores y

se sienten las puntas. Esta es la verdadera causa de aquellos enfadosos cuidados, de aquellas contínuas inquietudes, de aquellas ansias que á todas partes acompañan á los ricos. Es dichoso, es verdaderamente rico el que es justo en los ojos de Dios. ¡Qué consuelo tan grande, y qué consuelo tan sólido! En vano se acumulan tesoros sobre tesoros; no es mas que acumular cuidados sobre cuidados, nuevos disgustos sobre nuevas inquietudes. ¿Se sirve á Dios con fidelidad, es uno verdaderamente virtuoso, vive inocente y puro? Cada dia nuevo contento interior, cada dia nueva tranquilidad, cada dia nuevo gusto espiritual, cada dia nueva confianza. ¿Por qué no pensarémos, por qué no discurrirémos así, o gran Dios de las misericordias? ¿por qué se suspirará, por qué se correrá tras otra fortuna? ¿hay otra que contente, que satisfaga mas nuestros deseos? ¿puede haberla que sea mas sólida ni mas real? Ninguno de cuantos lean esto dexará de convenir en estas verdades cristianas. ¡Pero qué desgracia será la del que solo se contentare con convenir en éllas!

El evangelio es del cap. 12. de S. Lucas, y el mismo que el dia I, fólio 26.

MEDITACION.

Del cuidado que tiene Dios de los que le sirven con fidelidad.

PUNTO PRIMERO.

Considera los términos, las figuras, los símbolos de que se vale Dios para que comprendamos el cuidado que tiene de los que le sirven con fidelidad y con celo. No hay cosa mas tierna, no hay cosa mas expresiva.

Llega el amo, dice el Salvador, encuentra velando á sus fieles criados por esperarle; ¿con qué bondad premia su vigilancia en la misma hora y en el mismo instante? No contento con alabarlos, los trata como si fueran hijos suyos; los colma de nuevos favores; se pone, digámoslo así, aldas en cinta para servirlos con mas desembarazo, hácelos sentar, y él mismo les sirve á la mesa. ¡Qué figura pue-

de haber mas expresiva de los desvelos (quiero explicarme de esta manera) con que el Señor se aplica voluntariamente á cuidar de sus fieles siervos!

Pero aún esto no es bastante. *Dime*, pregunta el mismo Señor por el Profeta (*Isai.* 49.), *¿podrá una tierna madre olvidarse de su hijo, podrá no compadecerse, no tener cuidado de aquel infante que estuvo nueve meses dentro de sus mismas entrañas?* ¡O ternísima comparacion! *Pues mira: posible es que una madre se olvide de su hijo; pero no es posible que yo me olvide jamas de los mios.* Mi Dios, ¿puede haber cosa de mayor consuelo? ¡Y despues de esto os servirémos con frialdad ó con indiferencia!

Mas no creais que este cuidado mio es un cuidado volante ó pasagero: *A todos os tengo grabados en la parte exterior y superior de mi misma mano.* ¡O gran Dios, y qué expresiones tan vivas para que comprendamos la continuacion de vuestro desvelo y el exceso de vuestra ternura! *Muri tui coram oculis meis semper*: esos fosos, esas murallas, esas fortificaciones que yo mismo he fabricado para vuestra defensa, contínuamente las tengo presentes delante de mis ojos; tan atento estoy á que vuestros enemigos no abran alguna brecha. No temais ni á su multitud, ni á su malicia, ni á sus esfuerzos; porque yo haré que sirvan á vuestra seguridad y á mi mayor gloria aquellos mismos artificios de que éllos se valieren para vuestra ruina. ¿Hallaráse en el mundo un amo tan benéfico? ¿encontraráse amo semejante en el mundo? Y con todo eso este buen amo está tan mal servido mientras el corazon se entrega, se sacrifica, se desangra, se pierde en el servicio de cualquiera ótro. ¿Se sirve á Dios como se sirve al mundo? ¿servímosle nosotros como nosotros queremos ser servidos? ¡O qué manantial de reflexîones, y tambien de vergonzosas reconvenciones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo se ha valido Dios de los profetas para manifestarnos sus afectos de ternura, sus cuidados, sus desvelos en hacernos bien, sino que mas sensible, mas eficazmente se ha explicado por la boca de su Hijo. ¡Mira bien el ardor y celo de Jesucristo por nuestra salvacion!

¡mírale qué atento á remediar las necesidades de los que le siguen! ¡mira con qué bondad, y cuántos milagros hace para socorrerlas!

Misereor super turbam, dice á sus apóstoles por san Marcos (*Marc.* 8.): mucha lástima me da esta muchedumbre de gente; porque tres dias ha que me sigue y no ha comido bocado. ¡O Señor, y cuánto aníma mi confianza esa bondad, esa caridad que previene mis necesidades! Mas piensa Jesucristo en las necesidades temporales de los que le siguen, que piensan éllos mismos. *No, Señor*, exclama el Profeta (*Psalm.* 24.); *ninguno de los que esperan en vos será confundido* (*Psalm.* 118.): *Guarde yo con fidelidad vuestros santos mandamientos*, dice en otra parte, *y no tengo que temer*. Tengamos nosotros la misma perseverancia, y lograrémos igual asistencia.

¿Qué importa que los apóstoles representen al Señor que no es posible hallar pan en aquel desierto para tanta muchedumbre? Nunca faltan recursos al Hijo de Dios para socorrer á los que le siguen; en sus mismas manos tiene el manantial inagotable de la mayor abundancia. Mas los sirve él, que es servido de éllos. El que no le dexa, el que no le abandona no puede dexar de ser feliz. ¡O qué dignos somos de compasion cuando solo servimos á Dios á temporadas! ¡qué pocos infelices habria si hubiera muchos que sirviesen á Dios de veras!

Si servimos al Señor con disgusto, y muchas veces por fuerza, ¿de qué nos quejamos cuando no somos oidos? ¿hállanos acaso velando siempre que llama y nos busca? ¿no nos encuentra dormidos muchas veces? ¡Y despues de esto extrañarémos que no nos siente á su mesa! ¡sírvesele tan mal, y se pretende que nos colme de favores!

Sirvamos á Dios como le sirvió san Casimiro, y hasta en el trono se experimentarán las dulzuras de la devocion. Sirvámosle como le sirvió san Francisco Xavier, y saltarémos de gozo; y en medio de los desiertos, entre los ardientes arenales del Japon experimentarémos los continuos efectos de su amorosa providencia.

Trae á la memoria las demostraciones de bondad, de proteccion y de paciencia que has recibido de Dios durante el curso de tu vida, y juzga si debes deliberar un solo momento en dedicarte á servirle.

No, Dios mio, nada tengo que deliberar en este punto. Solamente os suplico que os digneis de no desechar á un siervo perezoso, ingrato y cobarde en vuestro servicio; pero que está resuelto con vuestra divina gracia á mudarse enteramente, y á ser en adelante un siervo fiel. Aumentad, Señor, vuestras misericordias; concededme vuestros auxîlios; pues desde este mismo instante doy principio á amaros y á serviros con fervor y con fidelidad.

JACULATORIAS.

Ecce non dormitavit neque dormiet qui custodit Israel. Salm. 120.

Sí por cierto; el Señor siempre está velando sobre sus siervos, sin que el sueño sea capaz de interrumpir su vigilancia.

Dominus custodit te ab omni malo: custodiat animam tuam Dominus. Salm. 120.

Sirvamos á Dios, que él hará centinela para que nada nos dañe ni nos inquiete. Sirvamos á Dios, que él velará contínuamente en nuestra conservacion.

PROPOSITOS.

Siendo tan admirable el cuidado que tiene Dios de nuestra conservacion y de nuestra vida, no son menos dignos de admiracion y de reconocimiento los medios espirituales que nos ofrece en la proteccion poderosa de los santos. Por eso debemos hacer grande aprecio de aquellas devociones, de aquellas piadosas industrias que de tiempo en tiempo inspira el Espíritu santo en la Iglesia para hacernos mas compendioso y mas facil el camino del cielo; la que singularmente ha inspirado en nuestros tiempos la novena de san Francisco Xavier, á la cual se da principio en este dia. Las grandes gracias que parece tiene como aligadas el Señor á esta generalísima devocion, los extraordinarios favores, los singulares, los abundantes beneficios que se reciben por intercesion de este gran Santo durante el tiempo de su novena, la han hecho celebérrima en todo el orbe cristiano. No quieras tú solo excluirte de estos favores celestiales, negándote á cumplir con una devocion tan piadosa y tan acreditada. Por el discurso que hallarás

al principio del dia siguiente, sabrás toda la historia de la novena, y al fin de cada dia encontrarás la práctica de élla, breve á la verdad y facil, pero muy oportuna para alcanzar de Dios por la intercesion de san Francisco Xavier las gracias espirituales y temporales que le pedimos, especialmente aquella que mas necesitamos,

NOTA. *En España tenemos la novena, comun en toda élla, que compuso el P. Francisco García con admirable método, dulzura, eficacia y juicio. Los que no tuvieren este librito, ó no hallaren tiempo para hacerla con la moderada difusion que en él se prescribe, podrán decir cada dia las oraciones que en cada uno se pondrán.*

Da hoy principio á la novena con las disposiciones que son necesarias para alcanzar de Dios lo que se le pide por intercesion de los santos; esto es, con un vivo y verdadero arrepentimiento de haber desmerecido sus misericordias por tus pecados, con una firme confianza en su infinita bondad y en los méritos é intercesion de san Francisco Xavier, y con una pureza de intencion que interese en tu favor la piedad divina; pero aunque sean purísimos nuestros deseos, dexémoslos todos en manos de Dios, abandonándolos plenamente en su bondad y en su sabiduría. No hay cosa que mas poderosamente empeñe al Señor en favor nuestro, no la hay mas eficaz para acelerar el pronto despacho de nuestras peticiones que esta piadosa disposicion. Pero en todo caso, pídase lo que se pidiere, no hay que desalentarnos si no fuéremos oidos tan presto como deseamos. Gusta el Señor de ser rogado, y aun de ser importunado, para que entendamos que todo depende de él; y quiere que le pidamos con perseverancia para probar nuestra fe. No pocas veces negándonos Dios lo que pedimos, nos concede mucho mas de lo que necesitamos.

Asiste si pudieres puntualmente á los devotos exercicios que se hacen en la iglesia de la Compañía todos los dias de la novena. Por lo comun son mas eficaces las oraciones públicas que las privadas; participa entonces cada particular en cierta manera del mérito de los demas que concurren á orar juntos. Pero si no pudieres asistir á los exercicios públicos, visita por lo menos una vez al dia la capilla ó el altar del Santo, y reza delante de él las oraciones particulares que tuvieres señaladas.

En reverencia de la especial devocion que tenia san Francisco Xavier á la santísima Trinidad, á las cinco llagas de Cristo, á la Madre de Dios, y á los nueve coros de los ángeles ha inventado la piedad de los fieles muchas devociones, durante estos nueve dias. Unos rezan tres veces el salmo *Laudate Dominum*, *omnes gentes...* con la oracion del Santo; ótros cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías en honra de las cinco llagas; ótros diez Padre nuestros y diez Ave Marías con diez veces el *Gloria Patri* en accion de gracias por los favores que el Señor hizo á san Francisco Xavier los diez años de su glorioso apostolado; muchos rezan las letanías de la santísima Vírgen, devociones todas, cuyo valor y cuya solidez ha acreditado el mucho fruto que se ha experimentado con éllas.

2 Pero entre todos estos piadosos exercicios ninguno es mas facil ni mas sencillo que el que vamos á señalar para cada dia. Redúcese á una breve oracion á Dios con alusion á una de las principales virtudes del Santo en que se le pide la gracia ó el favor que se juzga mas necesario, para cuyo logro se hace particularmente la novena.

Es la fe como el alma de todas las virtudes; porque *justus ex fide vivit*: el justo vive con la fe. La que tuvo el grande Apóstol de las Indias se puede conocer por las maravillas que obró, y por el gran número de naciones que alumbró con la luz del evangelio.

ORACION
para el primer dia de la novena.

"Salvador mio Jesucristo, que enseñaste la fe con tu pa-»labra, que la encendiste y la conservas en mí con tu di-»vina gracia; concédeme por tu misericordia y por la in-»tercesion del grande apóstol de las Indias san Francisco »Xavier una fe viva y fecunda en buenas obras; que crea »firmemente todo lo que debo creer, y que viva una vida »arreglada á lo que creo; dígnate tambien concederme »con esta virtud la gracia particular que te pido en esta »novena, si fuere conveniente para tu mayor gloria, y pa-»ra el mayor bien de mi alma. Amen."

ORACION

que se ha de decir todos los dias de la novena en honra de san Francisco Xavier.

"Glorioso san Francisco Xavier, apóstol del Japon y »de la Indias, que tuvísteis un celo tan encendido por la »salvacion de las almas; tened el mismo celo por la sal»vacion de la mia. No se apagó la llama de vuestra inmen»sa caridad con vuestra muerte; y vuestro poder para »con Dios aún es mayor en el cielo que cuando andabas »por la tierra. Dignáos hacer que yo experimente los dul»ces efectos de úno y de ótro. Bien sabeis el particular »favor que os pido en esta novena; suplícoos que me la al»canceis, si hubiere de ser para mayor gloria de Dios y »bien de mi alma. La confianza que tengo en vuestra po»derosa proteccion es acreedora á que atendais á mis de»seos, y á que despacheis favorablemente mi humilde pe»ticion. Alcanzadme esta gracia, de que á mi parecer es»toy tan necesitado, y con élla todas las demas que sa»beis son convenientes para mi eterna salvacion; y espe»cialmente la perseverancia final."

DIA QUINTO.

De la novena de san Francisco Xavier.

Entre todos los santos que la santa Iglesia venera en los altares, uno de los que el dia de hoy parece se han levantado con la mayor devocion y confianza de los fieles, es san Francisco Xavier. El ardor y la inmensidad de su abrasado celo; el extraordinario resplandor de sus heróicas virtudes; la multitud prodigiosa y la auténtica notoriedad de sus portentosos milagros empeñan, por decirlo así, la confianza en su poderosa proteccion; y los favores que cada dia se experimentan, concedidos del cielo por su intercesion, acreditan que está bien fundada esta universal confianza. Pocos reynos habrá en todo el universo,

pocas provincias se hallarán donde no sea conocido y sumamente venerado el nombre de Xavier, donde no se profese una devocion llena de confianza al Apóstol de las Indias.

Hasta los mismos hereges, enemigos declarados de la religion católica, y de todos los que la profesan, se han visto precisados en fuerza de la verdad á dar testimonio muy auténtico y nada sospechoso de la eminente santidad y del portentoso poder de nuestro nuevo Apóstol.

Baldéo en su historia de las Indias, despues de haber hablado de san Francisco Xavier como de otro segundo Pablo, añade, *que fueron tan eminentes los dones que recibió para ser ministro y embaxador de Jesucristo, que no es posible explicarlos*: y pocas líneas despues, sin hacer reflexîon á que nos daba un argumento muy concluyente contra su errada secta, dice, hablando con el mismo Santo: *Pluguiese al cielo que habiendo sido tan célebre por tu ministerio, nuestra religion nos permitiese adoptarte por nuestro, ó que la tuya no te obligase á separarte de nosotros como extraño.*

Sabida es la veneracion que le profesaron los gentiles, hasta querer levantarle aras y erigirle templos. Llamábanle el amigo de Dios, el dueño de la naturaleza y de los elementos, el hombre de los milagros. Y á la verdad, veinte y cinco muertos resucitados, únos estando para enterrarse, ótros enterrados ya, y algúnos despues de muchos dias de sepultura; la repentina curacion de todo género de enfermedades; exércitos enteros y numerosos de bárbaros puestos en precipitada fuga con la señal de la cruz; su sagrado cuerpo enterrado por dos meses en cal viva, tan entero, tan fresco, tan flexîble, tan palpable despues de ochenta años como el mismo dia en que espiró; á vista de todo esto, ¿quién se admirará de que los fieles profesen tan tierna devocion á este gran Santo, y de que en sus necesidades imploren su proteccion con tanta confianza?

A esta confianza y á esta devocion se deben las piadosas industrias que se han inventado para implorar y merecer su intercesion poderosa con el Señor. Tal es la devocion de los diez viernes, que consiste en confesar y en comulgar cada viernes, si le pareciere al confesor, exer-

citándose aquel dia en alguna obra de misericordia, como visitar los enfermos, dar alguna limosna, &c. todo en honra del Santo para empeñarle en emplear su crédito con Dios en favor nuestro, á fin de alcanzar la gracia que se desea. Despues de comulgar se rezan diez Padre nuestros y diez Ave Marías, con diez veces el Gloria Patri; y esta devocion se puede hacer en todos tiempos.

Pero entre todas las devociones que se suelen practicar en reverencia de san Francisco Xavier, ninguna está mas autorizada, ninguna mas universalmente recibida, ninguna mas acompañada de grandes bendiciones, ni de mayores gracias del Señor que la devocion de su novena, á la que se da principio el dia cuatro de marzo, y se acaba el dia doce. El sumo aprecio que se debe hacer de élla se dexa reconocer, así de las indulgencias que la santidad del papa Alexandro VII. concedió primeramente á los que la hiciesen en la iglesia de la Compañía de Jesus de Lisboa, como de la indulgencia plenaria que el papa Clemente XI. concedió á algunas iglesias de la Compañía en todo el orbe cristiano para todos los que comulgasen en éllas el dia doce de marzo, último de la novena, y dia en que el Santo fue canonizado. El principio de de esta devocion fue como se sigue.

Hácia el fin del año de mil seiscientos treinta y tres, queriendo el virey de Nápoles celebrar con extraordinaria magnificencia la fiesta de la inmaculada Concepcion, pidió al padre Marcelo Mastrilli que tomase á su cargo el adorno de la iglesia donde habia de hacerse la funcion. Era el padre Marcelo hijo del marques de san Marsan, una de las familias mas distinguidas de Nápoles, no menos ilustre por su nacimiento, que por sus elevadas prendas y por su rara virtud. Hallábase un dia el Padre dando órdenes para la disposicion del altar, cuando desprendiéndose un martillo de dos libras, y cayendo con la violencia correspondiente á mas de cien pies de elevacion, le dió tan terrible golpe en la cabeza, que le derribó en tierra medio muerto. Al golpe sobrevino una ardiente calentura acompañada de agudísimos dolores; un aturdimiento de cabeza, una contraccion de nervios, una hinchazon general de todo el cuerpo, con otros muchos síntomas todos mortales; de manera, que juzgándose le res-

taban pocas horas de vida, solo se trató de administrarle los últimos sacramentos; y no pudiendo recibir el Viático por los frecuentes vómitos, y por habérsele apretado mucho los dientes, solamente se le administró la santa uncion. Estaba el aposento lleno de gente aguardando todos por instantes el postrero de su vida, cuando el enfermo, que durante la enfermedad no habia cesado de invocar á san Francisco Xavier, vió de repente al Santo delante de sí en trage de peregrino, con bordon y esclavina sobre la sotana de la Compañía, cercado de resplandores de gloria su semblante. Tenia el padre Marcelo al cuello una reliquia del *lignum crucis*, la cual le ordenó el Santo que se la aplicase á la herida, y que al mismo tiempo hiciese voto de pasar al Japon á recibir la corona del martirio que el cielo le tenia destinada. Dióle muchos consejos saludables en órden á su propia perfeccion; y le aseguró que todos los que por espacio de nueve dias, contando desde cuatro hasta doce de marzo, implorasen su intercesion para con Dios, confesando y comulgando en uno de ellos, experimentarian infaliblemente los efectos de su poderosa proteccion, y conseguirian del Señor todo cuanto le pidiesen, como fuese conveniente para su eterna salvacion, y para la mayor gloria del mismo Dios.

Aunque los circunstantes no veian al Santo, bien conocieron todos que pasaba alguna cosa extraordinaria con el enfermo. Notaron en el rostro una gran serenidad, acompañada de un gesto dulce y risueño; viéronle abrir repentinamente los ojos, y observaron que los tenia respetosamente fixos en algun objeto ácia el lado de la cama; percibian unas medias palabras, y miraban correr suavemente por los ojos dulcísimas lágrimas de devocion; reparaban algunos afectuosos movimientos, como que se dirigian á alguna persona que le estaba hablando; y en fin, vieron todos la accion de aplicarse el relicario ácia la herida. Este conjunto de cosas hizo entrar en espectacion á los circunstantes, los que conociendo que allí habia alguna vision extraordinaria, esperaban por momentos ser testigos de alguna grande maravilla. No tardaron mucho en verla; incorporóse el enfermo en la cama por sí solo con vigoroso denuedo, y levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó llenó de ternura: *Padres mios, yo es-*

toy sano; san Francisco Xavier ha obrado este milagro conmigo; denme mis vestidos para levantarme al instante, y vamos todos á la iglesia á cantar el Te Deum laudamus... en accion de gracias.

A vista de suceso tan maravilloso, de milagro tan público, tan circunstanciado y tan visible, quedaron atónitos y como mudos todos los circunstantes; pero no duró mucho el silencio. A la admiracion sucedió el gozo, al gozo los gritos de la devocion y del aplauso que celebraban el milagro. Extendióse al punto la noticia por toda la ciudad: concurrió toda élla atropelladamente á nuestro colegio para ver y admirar aquel hombre resucitado. El virey, la nobleza, los religiosos, los eclesiásticos, los prelados que el dia antes le habian visto en los brazos de la muerte vienen á verle hoy asombrados en el altar, donde quiso celebrar el dia siguiente el santo sacrificio á vista de todo el pueblo. Por muchos dias no fue posible desahogarse la casa del tropel de gente que acudia á mirar á aquel hombre portentoso á quien san Xavier habia librado de la muerte para que en el Japon sacrificase su vida por la fe de Jesucristo.

Con efecto, partió sin detenerse un punto á la mision y á la corona que el cielo le tenia preparada. Al pasar por Roma y por Madrid él mismo refirió al papa Urbano VIII., al rey Felipe IV., á la reyna y á toda la corte el prodigioso milagro, de que él propio era materia, testimonio y prueba. Apenas entró en el Japon cuando fue preso por cristiano, y condenado al tormento de la fosa, donde estuvo colgado cuatro dias, al cabo de los cuales le cortaron la cabeza en 17 de octubre de 1638, cuatro años despues de su milagrosa curacion por el Apóstol de las Indias.

Inmediatamente que la logró en Nápoles, subió al púlpito el P. Mastrilli, y publicó á toda la ciudad la promesa que le habia hecho san Francisco Xavier en favor de los que hiciesen su novena, empeñando su palabra que les alcanzaria del Señor todo lo que por intercesion suya le pidiesen, siendo conducente para la salvacion eterna de sus almas. Con la noticia de tan celestial promesa, y á vista del milagro que acababa de suceder, se hizo luego comun esta devocion; pero muy presto pasó de comun á

célebre con la experiencia de los singulares favores que recibian los que la practicaban. De Nápoles se extendió por toda Italia; de aquí pasó á Cataluña, y se propagó en los reynos de Valencia y de Aragon. Fueron tantas las portentosas conversiones, las curaciones milagrosas, las gracias extraordinarias, y fueron tan universales las bendiciones de todo género que se experimentaron con esta devocion, que al fin se arraigó en España, en Portugal, en Francia, en los Paises Baxos, en Polonia y en Alemania. Son pocas las ciudades y aun los lugares donde no se celebre con inmenso fruto; es tan grande el concurso, tanto el fervor, y tan general la confianza, que esta misma universal piadosa conspiracion puede parecer milagrosa por lo que tiene de irregular y extraordinaria.

Será muy raro el que no pueda aprovecharse de auxîlio tan poderoso. Ya se sabe que el carácter de san Francisco Xavier fue el ardiente celo por la salvacion de las almas; tanto, que aun despues de muerto quiso, digámoslo así, como empeñarse en virtud de esta devocion en hacernos bien; quiso beneficiar el crédito que logra con Dios en utilidad comun; y quiso en fin, no solo hacer eficaz su celo, sino en cierta manera hacerle tambien inmortal.

Dase principio á la novena el dia cuatro de marzo, como se ha dicho, y se acaba el dia doce, en el cual fue el Santo canonizado; como que quiso ser singularmente invocado en aquel preciso tiempo en que poniéndole la Iglesia en el catálogo de los santos, le expuso públicamente á las oraciones y á la veneracion de los fieles.

El fruto de toda devocion pende en gran parte, por no decir en todo, de la interior disposicion con que se hace. Y así es necesario que se dé principio á la novena, poniéndose ante todas cosas en gracia de Dios: porque el Señor jamas oye á los pecadores *mientras estan en ánimo de perseverar en el pecado. Iniquitatem si aspexi in corde meo, non exaudiet Dominus*, dice el Profeta. Si al privado de un príncipe se le quisiese empeñar en que alcanzase del soberano alguna gracia para un vasallo rebelde, ¿daria oidos á semejante súplica mientras el vasallo persistiese en su rebeldía? ¿No esperaria á que éste se reduxese á su deber, ó á lo menos á que quisiese hacerlo, apla-

cando con el arrepentimiento y con la sumision la cólera del monarca? Pues sirva este simil de regla para nuestras devociones.

Los que piden, deben hacerlo con fe y con confianza; porque estas dos virtudes son siempre parciales de las súplicas, y éllas dan vigor á los ruegos; una fe tibia y una confianza vacilante todo lo echan á perder. *Credite quia accipietis* (*Marc.* 11.): cuando pides cree firmemente que serás bien despachado, y con efecto lo serás. *Petitis, et non accipitis*, dice el apóstol Santiago (*Jacob.* 4.) *eò quòd malè petatis: ut in concupiscentiis vestris insumatis*: pedís, y no alcanzais, porque pedís con desórden, pretendiendo interesar al cielo, no en favor de vuestras verdaderas necesidades, sino en obsequio de vuestras perniciosas inclinaciones. Sea el principal motivo, sea el primer móvil de nuestras oraciones la mayor gloria de Dios y el mayor bien de nuestras almas, y á buen seguro que serán bien despachadas. Tal vez sería tan perjudicial para nosotros lo que pedimos á los santos, que el mayor beneficio que pueden hacernos es embarazar que seamos oidos.

Esta novena puede ser igualmente meritoria para con Dios, y agradable á san Francisco Xavier, cuando se hace en particular, como cuando se hace en público; especialmente si el que la hace no puede salir de casa por legítimo impedimento de enfermedad, ocupacion ó estado. Pero á todos los que no tuvieren embarazo, se les aconseja acudan á la iglesia donde hay capilla ó altar dedicado al Santo; porque ademas de que la práctica comun debe servir á todos de regla, no es dudable que hay algunos lugares donde parece que los santos quieren ser especialmente reverenciados.

La oracion que se dice en la misa de san Francisco Xavier es como se sigue.

Deus, qui Indiarum gentes beati Francisci prædicatione et miraculis Ecclesiæ tuæ aggregare voluisti; concede propitius, ut cujus gloriosa merita veneramur, virtutum quoque imitemur exempla: Per Dominum nostrum...

O Dios, que quisiste agregar á tu Iglesia las naciones de las Indias por la predicacion y por los milagros de san Francisco Xavier; concédenos que pues veneramos la gloria de sus insignes merecimientos, imitemos tambien los exemplos de sus heróicas virtudes: Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 5. de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Per manus apostolorum fiebant signa, et prodigia multa in plebe. Et erant unanimiter omnes in porticu Salomonis. Cæterorum autem nemo audebat se conjungere illis: sed magnificabat eos populus. Magis autem augebatur credentium in Domino multitudo virorum, ac mulierum, ita ut in plateas ejicerent infirmos, et ponerent in lectulis, ac grabatis, ut, veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret quemquam illorum, et liberarentur ab infirmitatibus suis. Concurrebat autem, et multitudo vicinarum civitatum Jerusalem afferentes ægros, et vexatos à spiritibus inmundis, qui curabantur omnes.

En aquellos dias se hacian muchos milagros y prodigios en el pueblo por las manos de los apóstoles. Y todos estaban unánimemente en el pórtico de Salomon. Pero de los demas ninguno se atrevia á juntárseles; sino que el pueblo los celebraba. Crecia de cada vez mas la multitud de los que creian en el Señor, tanto hombres como mugeres, de tal manera, que llevaban los enfermos á las plazas, y los ponian en lechos y camillas para que cuando viniese Pedro á lo menos tocase su sombra á alguno de ellos, y se librase de sus enfermedades. Concurria tambien á Jerusalen mucha gente de las ciudades vecinas, llevando los enfermos y los poseidos de los espíritus inmundos, los cuales todos eran curados.

NOTA.

„El mismo san Lucas, que escribió el evangelio de „su nombre; escribió tambien la historia de los Hechos „apostólicos, y el mismo Espíritu santo que le dictó el „primero, le dictó igualmente la segunda. El libro de los „Hechos de los apóstoles es como apéndice ó adicion de

»la historia evangélica, conteniéndose en los hechos que »se refieren en él lo dogmático, lo histórico y lo moral »de nuestra religion.

REFLEXIONES.

Fuera de la verdadera religion no puede haber milagros verdaderos. Débense considerar éstos como un lenguage privativo de Dios, como señales de que solo Dios puede valerse para enseñarnos aquellas verdades en que pretenden instruirnos; idioma que entienden todos los que sinceramente buscan la verdad.

¿Qué hombre de razon podrá poner en duda aquellos milagros que tuvieron por testigos á los mayores enemigos de los mismos que los obraban, cuyo fruto fue la conversion de todo el mundo? Bien se puede asegurar que sola la Iglesia de Jesucristo es la que jamas ha estado sin algun milagro, y que no hay que buscarlos fuera de élla. Es muy raro el santo que no los haya hecho. ¿Y quién será tan temerario que se atreva á negar todos los milagros? ¿ni qué hombre de juicio dudará de aquéllos por cuyo medio convirtió san Francisco Xavier á la mayor parte del Oriente? ¿qué milagro se encontrará entre los protestantes? Si se pudiera hallar alguno, ciertamente no sería otro que el de su portentosa incredulidad, la cual en alguna manera tiene cosas de prodigio. Por lo demas no hay secta en el mundo que no sea obra de alguna pasion humana. Su origen, sus progresos, su conservacion todo huele á hombre, y no huele á otra cosa. Muy de otra manera se acredita la religion con los milagros.

Son dignos de compasion aquellos críticos de baño, entendimientos en mantillas (*espíritus fuertes* se llaman en frances por irrision), que para darse tintura de ingenios toman el partido de no creer milagro alguno; persuadidos á que el secreto para evitar la confusion de verse engañados, si creen algo con demasiada ligereza, es negarlo todo. Genios superficiales, que no advierten que si es facilidad creer lo que se oye sin pruebas suficientes, es especie de insensatez no creer lo que se propone suficientemente probado. El entendimiento que desconfia de la veracidad de casi todos los siglos pasados, y que se

atrinchera tenazmente contra el testimonio de naciones enteras, en esto solo acredita bien su insuficiencia, y hace las pruebas á su imbecilidad. Mas ha de diez y siete siglos que toda la Iglesia conspira en creer la verdad de los milagros que obraron los apóstoles. San Agustin, aquel milagro de los ingenios, aquel obispo tan santo refiere las milagrosas curaciones que se obraron en su iglesia catedral de Hipona á su misma vista, y en presencia de innumerable pueblo; nombra las personas, especifica las circunstancias, predica sermones al asunto, trae á la memoria de sus oyentes aquellos prodigios de que éllos mismos fueron testigos, inmortaliza la historia de éllos en sus obras; hácelos leer públicamente en la iglesia los dias festivos, y cita á los circunstantes por testigos de los hechos que estan escuchando.

San Paulino, aquel hombre admirable, tan alabado de los cuatro mas célebres doctores de la Iglesia, cuenta los prodigiosos sucesos que él mismo vió por sus propios ojos en la iglesia de san Felix de Nola.

San Gregorio, aquel gran pontífice, aquel gran santo, y uno de los mayores ingenios de su siglo, publica en Roma sus obras. Refiere en éllas milagros portentosos con todas las circunstancias particulares que los acompañaron. Nombra las personas; individualiza el tiempo y los lugares donde sucedieron; pone por testigos de todo cuanto dice á ministros, á obispos, á los hombres de la primera distincion de las ciudades y de los reynos enteros.

San Bernardo, aquel prodigio de su tiempo, tuvo por testigos de sus milagros á mas de seis mil personas, y entre éllas muchos cismáticos, muchos hereges, que no pudieron dexar de publicar lo que vieron por sus ojos.

Santo Domingo, aquel ilustre fundador de una de las mas augustas y de las mas santas religiones de la Iglesia, resucita muertos en presencia de los mayores prelados, de cardenales, en medio de la misma Roma, y á vista de aquel inmenso pueblo. El incomparable san Francisco de Asís él mismo es un prodigio animado.

Finalmente, san Francisco Xavier, aquel hombre extraordinario llena de inauditos portentos todas las Indias. Pronostica las cosas futuras con profecías muy circunstanciadas; habla á un mismo tiempo veinte lenguas diferen-

tes; resuelve con una sola respuesta diez ó doce distintas cuestiones; restituye la vista á los ciegos, la habla á los mudos, el oido á los sordos; resucita veinte y cinco muertos, y alguno de éllos despues de tres dias difunto: todo esto á los ojos de mas de seiscientos testigos, que siendo jurídicamente preguntados, deponen estos sucesos milagrosos, y lo confirman con juramento. Publícanlo los sumos pontifices; ¡y tiene atrevimiento un mozuelo libertino y disoluto para negar unos hechos tan públicos, tan notorios y tan auténticos! ¡y tiene osadía para ponerlos en duda el otro presumido de espíritu fuerte, cuya debilidad de cerebro y de meollo se descubre por tantos lados. Ciertamente ninguna cosa prueba tanto la pobreza y la malignidad del entendimiento y del corazon humano como esta voluntaria incredulidad.

El evangelio es del capítulo 14. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Non creditis quia ego in Patre et Pater in me est? Verba, quæ ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Alioquin propter opera ipsa credite. Amen, amen dico vobis, qui credit in me, opera quæ ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que os hablo, no las hablo de mí mismo. Sino que el Padre, que está en mí, es aquel que hace las obras. ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? A lo menos creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago las hará él tambien, y aun las hará mayores.

MEDITACION.

De la invocacion de los santos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que si los santos fueron muy amados de Dios cuando vivian en la tierra, no lo son menos cuando resi-

den en el cielo. Hallándose tan elevados en la gloria, ¡qué poder no tienen con aquel Señor de quien son tan favorecidos! Si fueron poderosos mientras estaban en su destierro para apaciguar la cólera de Dios, y para desarmar su justicia: si pudieron, digámoslo así, abrir los tesoros de la misericordia en favor de los pecadores; si por su respeto ofreció el Señor perdonar á cinco ciudades delincuentes, ¡qué no podrán estos ilustres cortesanos de la Jerusalen celestial, estos íntimos amigos de Dios, estos favorecidos del Altísimo al pie de su soberano trono!

Todos los santos pudieron mucho con Dios mientras vivieron; ¿pues cuánto podrán despues de muertos? ¿qué maravillas no obró la sombra sola de san Pedro cuando vivia en la tierra? ¿pues qué no hará ahora su intercesion para con Dios en el cielo?

No quiso Dios perdonar á Abimelech hasta que Abrahan se lo pidió. Ni los amigos de Job consiguieron el perdon mientras no intercedió por éllos aquel fidelísimo amigo suyo. ¿Cuántas veces esperó Cristo á que los apóstoles se lo rogasen para hacer los milagros que le pedian? Un cadáver que fue enterrado por casualidad en la sepultura de Eliseo resucita luego que toca el cuerpo del Profeta. Si tienen tanta virtud las reliquias de los santos, si son tan poderosas sus cenizas, ¿qué no podrá la solicitud de sus ruegos, la eficacia de sus súplicas? Y si la Iglesia, siempre inspirada, y gobernada siempre por el Espíritu santo, tuvo tanto respeto á la intercesion de los gloriosos confesores de la fe, que solo por élla perdonaba á los mas escandalosos pecadores la mayor parte de la penitencia que correspondia á sus pecados, ¿qué no hará aquel Señor de bondad y de misericordia luego que los santos se interesan por nosotros, compadeciéndose de nuestras necesidades, y empeñándose de recio (quiero explicarme de esta manera) á favor de los que los invocan? ¡O qué dichosos somos en tener tantos abogados, tantos y tan poderosos protectores con nuestro gran Dios! ¡qué confianza debemos tener en su intercesion! Júzgase feliz el que logra por su protector á un gran señor de la corte, alguno de los que andan cerca del soberano. ¿Pues conocemos nosotros nuestra dicha, comprendemos bien nuestra fortuna en lograr la proteccion de los santos, y en po-

der recurrir á éllos con toda confianza? ¡O buen Dios, y qué nueva prueba de vuestra infinita bondad es habernos dado tan gran número de intercesores para con vos! ¡cuánto deseais hacernos bien, pues nos sugerís tantos medios para obligaros á tener misericordia de nosotros!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es tan grande el poder de los santos para con Dios, no es menor la caridad que tienen con nosotros. Su celo en la gloria no por ser mas puro es menos ardiente. Fueron dulces, caritativos, compasivos, atentos á nuestras necesidades, sensibles á nuestros trabajos, prontos, oficiosos para servirnos cuando estaban en la tierra; ¿nos atreverémos, pues, á juzgarlos menos celosos, menos caritativos, menos dispuestos á favorecernos cuando se hallen en el cielo?

No ignoran nuestras necesidades; está patente á sus ojos el estado de nuestra alma; saben mejor que nosotros lo que mas necesitamos. ¿Dudamos acaso que deseen muy de veras nuestra salvacion? Y aquellos héroes cristianos que se despojaron de sus bienes por socorrer á los pobres; aquellos que atravesaron los mares por buscar una alma, y por ganarla para Jesucristo, ¿mirarán con indiferencia á los que nacieron en el seno de la Iglesia, y confiados imploran su proteccion?

Habiendo sido tan caritativos con los extraños, ¿será posible que lo sean no mas que medianamente con sus hermanos? ¡Ah, que tienen muy en el alma la gloria de su Dios en aquella feliz estancia del amor mas purificado! ¡ah, que estan muy instruidos en los amorosos designios, en los benéficos intentos del mismo Salvador! Y saben bien cuánto le lisonjean en enternecerse á vista de nuestras necesidades, en desear nuestra salvacion, en ser sensibles á nuestros trabajos. Y si hay tanto gozo, tanta alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente y hace penitencia, ¿podemos dudar que los santos se interesen por los pecadores arrepentidos, y que consigan de Dios los auxílios que necesiten, cuando humildemente se los piden?

¿Qué gracias no debemos rendir á la misericordia de nuestro buen Dios por habernos proporcionado un medio

tan facil y tan eficaz? La intercesion de los santos importa mucho, y cuesta poco. ¡Gran consuelo es saber que los mayores amigos de nuestro Dios, que sus mas estrechos favorecidos estan interesados por nosotros, que pueden favorecernos mucho, y quieren hacerlo. ¡Pero qué gran pérdida, qué falta tan lastimosa la de no tener mucha confianza en la intercesion de los santos! ¡y qué otra máquina mas perniciosa, qué otro artificio mas maligno podrá mover el enemigo de nuestra salvacion que el hacernos perder, ó á lo menos conseguir que se disminuya en nosotros esta confianza!

Ella, Señor, se renueva hoy en mí, y á vista de tan poderosos protectores cobra mi pobre espíritu nuevo aliento. Sí, mi Dios, todo lo espero de vuestra misericordia, á pesar de mi ingratitud y del número infinito de mis maldades; espero que me habeis de socorrer en mis necesidades espirituales y temporales por intercesion de los ángeles y de los santos; pero sobre todo por la de la Reyna de los santos y de los ángeles. Con semejante proteccion ¿quién no tendrá confianza? Y con semejante confianza ¿qué no se podrá esperar de la poderosa proteccion de los santos?

JACULATORIAS.

Neque auferas misericordiam tuam à nobis, propter Abraham dilectum tuum, et Isaac servum tuum, et Israel sanctum tuum. Dan. 3.

No retires, Señor, de mí tu misericordia, por tu amado Abrahan, por tu siervo Isaac, y por tu santo Israel.

Particeps ego sum omnium timentium te. Salm. 118.

¡O Señor, y qué consuelo es el mio en ser participante de la intercesion de todos los que te temen y te sirven!

PROPOSITOS.

Aunque no tenemos otro mediador para con Dios que Jesucristo, porque solo por él fuimos rescatados; pero dirigimos tambien nuestras oraciones á los santos,

porque éllos mismos son poderosos intercesores con Jesucristo. Pídese á Dios que nos socorra en nuestras necesidades, y se pide á los santos que se lo pidan á Dios por nosotros, y con nosotros por medio de Jesucristo, fuente de todas las gracias. El Centurion, cuya fe y cuya confianza alabó el mismo Salvador, se dirigió á Cristo por medio de aquellos judíos que eran mas del cariño de su Magestad. Santiago dice, que las oraciones que los justos hacen únos por ótros son muy poderosas con Dios. San Pablo se encomienda en las oraciones de los fieles; el mismo Dios manda á Job que le pida por sus amigos; en la sagrada Escritura se lee que los ángeles y los santos presentan nuestras oraciones ante el trono de Dios, y que Onías y Jeremías, aun despues de muertos, le piden por su pueblo. ¡Pues qué devocion debemos tener con los santos, cuánta necesidad tenemos de sus oraciones, cuánto debemos confiar en su intercesion! Siendo tan pecadores como somos, rebeldes á la ley de Dios, dignos del rigor de su justicia, y acaso objetos de su cólera; ¡cuánto socorro hallarémos en la proteccion de la santísima Vírgen, y en la intercesion de los ángeles y de los santos! Aviva hoy tu devocion con estos favorecidos del Señor; ten sus imágenes en el oratorio, y haz que se vean en todos los cuartos de la casa. ¿No es especie de escándalo que solo se registren retratos y pinturas profanas en las salas y en los gabinetes de los cristianos? Enmienda en tu casa este desórden. Escoge cada año un santo por tu protector particular; ten ótro para cada mes, y hazle cada dia alguna oracion particular, que puede ser la siguiente:

ORACION

al santo ó santa del mes.

"Dios y Señor, que estais pronto á perdonar los ma»yores y mas infames pecadores en atencion á un cor»to número de justos, dignáos concederme por la in»tercesion y por los méritos de vuestro fiel siervo, ó »sierva san N. ó santa N. mi protector ó mi protectora, »todos los auxîlios, todas las gracias que he menester »en este valle de lágrimas, y singularmente aquella vir»tud en que mas se señaló este glorioso santo, ó esta

„gloriosa santa, con todas las demas que necesito para „mi eterna salvacion. Amen."

"Glorioso san N. ó gloriosa santa N. á quien he escogido por mi protector, ó por mi protectora particular „durante este mes, y en quien tendré singular confianza „por toda mi vida; haced que experimente los dulces efec„tos de vuestra poderosa intercesion para con mi Dios. En „vuestras manos pongo mis intereses: vos conoceis mis „necesidades, y teneis muy en el alma la salvacion de la „mia. Pues alcanzadme de nuestro Señor Jesucristo todas „las gracias que he menester para conseguirla. Amen."

Siempre se alentó el fervor de los santos con la esperanza cristiana, sin que alguno de éllos dexase de esperar con firmísima confianza de todos los bienes que la bondad infinita de Dios nos tiene prometidos, y mereció para nosotros el amor de Jesucristo. No hubo alguno, que aun en medio de la tribulacion, de la desolacion y el desconsuelo, no encontrase nuevo recurso, no experimentase nuevo vigor en la esperanza. Esta fue tambien una de las principales virtudes de san Francisco Xavier. Tempestades, naufragios, naciones amotinadas, obstáculos invencibles, persecuciones, peligros, todo el infierno conspirado contra él, nada fue bastante para que titubease su confianza; nunca mayor que cuando eran mayores los estorbos. *A nadie temo sino á Dios* (escribia el Santo á un amigo suyo), *y este solo temor apaga en mí el de todas las criaturas juntas*. Triunfa esta virtud con la perseverancia, y solo dexa Dios de mostrarse liberal, cuando nosotros comenzamos á ser poco confiados.

ORACION

para el segundo dia de la novena.

"Glorioso san Francico Xavier, grande apóstol de las „Indias, cuya heróica esperanza se conservó inmoble á „vista de los mayores estorbos, enmedio de los mas gran„des peligros, y aun entre el casi total abandono de todas „las cosas; alcánzame te suplico esta virtud consoladora. „Haz con tu intercesion que mi confianza en Dios sea ca„da dia mas perfecta, y que tambien la grande que ten-

»go en tu proteccion, me alcance contínuamente nuevos »favores del cielo, y en particular la gracia que te pido »en esta novena, si fuere para mayor gloria de Dios y »bien de mi alma. Amen."



DIA SEXTO.

La beata Coleta, vírgen.

Nació santa Coleta, reformadora del órden de santa Clara, en Corbia, lugar de Picardía, en el año de 1380. Fueron sus padres de condicion humilde, pero respetables por su conocida bondad. No tuvieron mas que esta hija, y no perdonaron á medio alguno para educarla bien. Lográronse fácilmente sus desvelos, porque encontraron en élla un corazon nacido para la virtud, y una alma prevenida desde la cuna con las mas dulces impresiones de la gracia.

Desde edad de cuatro años conoció á Dios, y desde que le conoció le amó tan tierna, tan fiel y tan constantemente, que en aquella devocion anticipada descubrian todos pronósticos infalibles de la eminente santidad á que con el tiempo habia de subir. Nunca supo cuáles eran los entretenimientos de los niños; nunca experimentó cuáles eran sus defectos. Su único entretenimiento era la oracion, su diversion el retiro.

Ya desde aquella tierna edad cobró tan extraordinario amor á los desprecios y á la penitencia, que no podian hacerla mayor gusto que mortificarla, ni darla mayor consuelo que reprenderla. Profesó tan exâcta, tan severa, y aun tan escrupulosa pureza, que habiendo oido celebrar en cierta ocasion su hermosura, no omitió industria ni mortificacion para desfigurarla; y lo consiguió perfectamente. Porque al empeño de una rigurosísima abstinencia, de un ayuno casi contínuo, y de las extraordinarias penitencias con que atormentaba su virginal cuerpo, logró apagar tanto la vivacidad hermosa de su tez, y borrar tan del

todo los delicados rasgos de sus bellas perfecciones, que se transformó enteramente; y por lo restante de su vida se conservó siempre pálida, flaca, extenuada y macilenta.

Al ruido que hizo una virtud tan extraordinaria en aquella tierna doncellita, prevenida con tanta anticipacion de la divina gracia, despertó luego la admiracion y la veneracion del público. Comenzó la voz del pueblo á no conocerla por otro nombre que por el de la bienaventurada Coleta. Las personas de mayor distincion por su nacimiento, por sus empleos ó por sus virtudes, concurrian á visitarla, y á encomendarse en sus oraciones. Pero esta general estimacion, tan contraria á su inclinacion y á su profunda humildad, solo sirvió para inspirarla el deseo de esconderse en algun mayor retiro. Resuelta á ponerse á cubierto de las honras y de las estimaciones humanas, juzgó podria conseguirlo en un convento de religiosas de santa Clara de los llamados *mitigados*, porque pueden poseer rentas en virtud de la bula de Urbano IV, que mitigó el rigor de la primitiva regla.

Pero esta templanza del primitivo rigor se ajustaba poco á los fervorosos alientos de aquel espíritu, que desde sus primeros años era conducido por Dios á los elevados ápices de la mas sublime perfeccion. Así, pues, por consejo de un venerable sacerdote, confesor suyo, resolvió tomar el hábito de la tercera órden de Penitencia de san Francisco.

Como las que profesaban entonces este instituto no vivian en comunidad, porque aun no habia conventos de la órden Tercera, y cada cual vivia en su casa particular, nuestra santa Doncella, vestida ya de hábito penitente, determinó apartarse del comercio y del bullicio del mundo para servir al Señor en mas retiro, y tambien con mayor libertad. Encerróse, pues, en una celdilla que tenia comunicacion á una iglesia, donde podia oir misa todos los dias, y recibir el sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Allí estuvo reclusa por espacio de cuatro años, exercitándose contínuamente en las mas heróicas virtudes, y casi únicamente alimentada con los frutos de la penitencia.

Ayunaba toda la Cuaresma á pan y agua, haciendo lo

mismo en lo restante del año muchos dias de la semana. No pocas veces pasaba muchos dias sin otro alimento que el de la sagrada Eucarístia. Su sueño era de pocas horas, y su cama unos manojos de sarmientos extendidos sobre la dura tierra. Traia contínuamente á raiz de las carnes un áspero cilicio. Su oracion era contínua; y absorta siempre en la contemplacion mas elevada, bebia en la misma fuente aquella sabiduría sobrenatural, aquel sublime espíritu que fue la admiracion de su siglo, y la hacia tan celebrada en el mundo sin salir del rincon de su retiro. Pero no la queria el Señor tan escondida, y eran muy diferentes los intentos de la divina Providencia.

A pesar del grande amor que profesaba á la soledad, se vió precisada á rendirse á las visibles señales que la dió el Señor de ser voluntad suya que saliese de élla para dedicarse á la reforma de las religiosas de santa Clara.

Meditaba un dia en los medios de que se valdria para agradar particularmente á su celestial Esposo, cuando arrebatada en éxtasis, se la dió á conocer el lastimoso estado de las personas religiosas, que relajándose en las reglas de su profesion, hacian poco caso de desempeñar con exâctitud y con fervor las obligaciones de su instituto, descubriéndosela al mismo tiempo el rigor de las penas á que serian condenadas. Derramaba Coleta copiosos raudales de lágrimas en fuerza del vivísimo dolor que la causó esta representacion, cuando la pareció ver á la santísima Vírgen, y al patriarca san Francisco, que tomándola por la mano, se la proponian ó se la presentaban á Jesucristo como instrumento muy proporcionado para resucitar el espíritu del instituto entre las religiosas franciscanas, que apenas observaban ya la primitiva regla.

Aunque nuestra santa Doncella tenia un ardentísimo deseo de ver renovado el antiguo fervor entre sus hermanas, no podia resolverse á emprender por sí misma esta reforma. Veía con dolor que todos los monasterios de santa Clara habian descaecido enteramente de su primitivo rigor, y que apenas conservaban las hijas el nombre de su esclarecida madre; pero el título de reformadora y de superiora asustaba su modestia y dete-

nia su zelo. No podia persuadirse en fuerza de su humildad que quisiese Dios valerse de una criatura tan vil y tan imperfecta, á lo que élla decia, para reformar á las ótras; y aunque en lo demas era rendidísima á su confesor, en este punto no fue posible vencerse, hasta que viéndose de repente muda y ciega en castigo de su resistencia, como se lo habian pronosticado, conociendo ya claramente la voluntad del Señor, se rindió en fin, y al instante recobró la vista y el habla.

Animada con tan visible prueba de la voluntad del cielo, asistida de los prudentes consejos de un gran siervo de Dios del órden de san Francisco, llamado fray Henrique de la Beaume, y ayudada generosamente con los cuantiosos socorros que la dió la piadosa señora de Brisay, salió de su retiro; y encaminándose á Nisa de la Provenza, fue á buscar á Benedicto XIII., á quien élla reconocia por legítimo pontífice, como le reconocia entonces la mayor parte de la Francia. Fue recibida con mucha estimacion y con singular benevolencia. Suplicóle la diese licencia para tomar el hábito de santa Clara, y para observar la primitiva regla á la letra, sin lenitivo ni mortificacion, como tambien para emprender baxo su suprema autoridad la reforma de todos los conventos de la órden; entendiéndose esto con las que voluntariamente quisiesen abrazarla, sin precisar ni compeler á persona alguna á su observancia.

Este último punto padeció al principio terribles dificultades; pero habiendo muerto en brevísimo tiempo todos los que hacian mayor contradiccion, arrrebatados de la peste que á la sazon causaba grandes estragos, la concedió Benedicto todo cuanto le pedia; y nombrándola por abadesa y superiora general de todos los conventos de la órden de santa Clara, hizo en sus manos la profesion, y la dió el velo el mismo Benedicto.

Siempre están expuestas á grandes contradicciones las obras de Dios. Apenas habló de reforma nuestra Santa, cuando vió amotinada contra sí toda la tierra. Tratábanla de orgullosa, de hipócrita, de ilusa. Fue tan desecha la tormenta que se levantó en Francia contra élla, tanta la oposicion que hicieron aun los que mas debieron defenderla, que se vió precisada á retirarse á

Saboya, donde con la proteccion del señor de la Beaume, hermano de su confesor, en pocos meses logró el consuelo de ver alistadas debaxo de su santa regla gran número de tiernas y fervorosas doncellas.

No tardó en comunicarse desde Saboya á Borgoña la estrechísima reforma, gloriándose el convento de Besazon de ser el primero que abrazó el rigor de este sagrado instituto. Desde Borgoña volvió á Francia la nueva reformadora; y calmada ya de la primera tempestad, hizo en el reyno maravillosos progresos; extendióse despues hasta los Paises Baxos, y se dilató hasta mas allá de las márgenes del Rhin, hasta el otro lado de los Álpes, y hasta dexar á las espaldas las elevadas cumbres de los Pirineos.

No contenta con los muchos conventos antiguos que reduxo á la primitiva regla, fundó por sí misma diez y ocho de nuevo con el título de las *Clarisas pobres*, por la evangélica que se observaba en éllos. Los sinsabores, las mortificaciones, los trabajos que costaria á nuestra Santa introducir la reforma, especialmente en los conventos antiguos, donde la relaxacion presumia de costumbre, es facil discurrirlo. Diéronla mucho que padecer los seglares, los religiosos y hasta los mismos prelados; pero todo lo padeció con intrépido valor, con heróico sufrimiento; debiendo á éste, á su apacible modo, y á su constante perseverancia en salir al cabo con todo.

De esta manera se fundó y se propagó por toda la Europa, aun en vida de Coleta, la famosa reforma, que fue como segundo nacimiento de la religion de santa Clara, segun el verdadero espíritu de su primitivo instituto. Consérvase el dia de hoy en todo su vigor, y se ven resucitados en estos últimos tiempos aquellos grandes dechados de perfeccion, aquellos insignes exemplares de inocencia, de fervor y de humildad; aquellos milagros de penitencia, de abnegacion propia y de total desasimiento de todas las cosas, que admiramos tanto en los siglos mas retirados; y hoy los vemos con asombro renovados en tantas nobilísimas, ilustrísimas y santísimas doncellas, que sin reparar en la ternura de la edad, en la delicadeza de la complexîon, ni en el re-

galo con que fueron criadas, observan severísimamente la primitiva regla de santa Clara; y sepultadas en un obscuro retiro, se hacen invisibles á las criaturas, aspirando únicamente á que las vean los ojos del Criador. En aquella dichosa soledad grangean cada dia nuevos méritos, adquiriendo nuevas virtudes; y mereciendo para los pueblos mil bendiciones del cielo, son la edificacion y las delicias de la Iglesia. Esto es lo que en parte se debe al infatigable zelo, á los gloriosos sudores, y la eminente virtud de nuestra santa Coleta.

Cuarenta años habia que estaba trabajando con asombrosa felicidad en fundar por todas partes nuevas fervorosas colonias de almas verdaderamente seráficas, cuando el Señor la dió á entender que se iba acercando el fin de su dichosa carrera. Previnose para el último lance, haciendo los mayores esfuerzos para renovar, si era posible, su fervor; y habiendo recibido con extraordinaria devocion los sacramentos, rindió dulcemente su espíritu en manos de su Criador en Gante, ciudad de Flandes, el dia seis de marzo del año mil cuatrocientos cuarenta y seis, á los sesenta y seis de su edad; dexando á sus hijas tan edificadas de sus heróicas virtudes, como afligidas por su dolorosa ausencia. Ilustró Dios en vida la santidad de su Sierva con el don de profecía, y en muerte la declaró con la gracia de los milagros. Beatificóla el papa Sixto IV. por un *vivæ vocis oraculo*, y Urbano VIII. dió licencia para que se celebrase su fiesta en toda la religion de san Francisco. Cada dia obra el Señor nuevos milagros en el sepulcro de su Sierva. Habiéndose abierto el año de mil quinientos treinta y seis por órden, y á presencia del obispo de Sarepta, sufráganeo del de Tornay, observó el prelado, y lo hizo observar tambien á los circunstantes, que chorreando agua la bóveda por todas partes, á causa de su excesiva humedad, no caia ni una sola gota sobre las preciosas reliquias de Coleta; y el paño de damasco blanco en que estaban envueltas, se halló tan entero y casi tan fresco como el dia en que se puso.

La misa que se celebra en toda la religion Seráfica, es en honra de la Santa, y la oracion de la misa es la que se sigue:

Domine Jesu Christe, qui beatam Coletam sponsam tuam innumeris dotibus decorasti: tribue, quæsumus; ut quo spiritu Seraphicam regulam pristinæ puritati restituit, eodem intùs reformari mereamur: Qui vivis et regnas...

Señor mio Jesucristo, que te dignaste adornar á tu sierva la bienaventurada Coleta con innumerables dones y gracias celestiales; suplicámoste nos concedas que cada uno de nosotros se reforme interiormente con aquel mismo espíritu con que esta tu Sierva reformó y restituyó la Seráfica regla á su primitivo fervor. Así te lo pedimos á tí, que con Dios Padre én unidad del mismo Espíritu santo vives y reynas por los siglos de los siglos. Amen.

La epístola es del capítulo 10. *y* 11. *de la segunda de san Pablo á los corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinàm sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme: porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

»Hallándose Pablo en Macedonia, volvió á élla des»de Corinto su amado discípulo Timoteo; y sabiendo »por él lo que pasaba entre los fieles de aquella ciu»dad, á quienes el año precedente habia escrito su pri»mera epístola, los escribió en el de cincuenta y siete »de Cristo esta segunda, en que opone su vocacion, sus »dones, sus trabajos, sus revelaciones y su desinteres, »á los vanos dones de que se gloriaban ciertos embusteros,

»que se habian arrogado entre los corintios el mentido tí-
»tulo de apóstoles.

REFLEXIONES.

Es necedad, es locura hacer vanidad de unas prendas que dexan de tenerse desde el mismo punto que comienzan á ostentarse. No hay cosa mas despreciable, y por lo comun tampoco la hay mas despreciada que un hombre vano. La vanidad no solo no da mérito, sino que quita el que se tiene. Hágase en buena hora la mas bella accion del mundo; ya dexa de ser loable desde que se hace por vanidad. El alabarse uno á sí mismo, no solo es prueba nada equívoca de poca virtud, sino de poco entendimiento. Los menos favorecidos de la naturaleza y de la gracia, se forman siempre no sé qué idea de preferencia y de distincion, que es el objeto de su presuncion y de su complacencia. Y para consolarse atribuyen á la malignidad y á la envidia el poco caso que se hace de su soñado mérito y de su imaginaria virtud.

Las almas grandes, los hombres de mérito extraordinario se estiman poco, y se alaban menos. Es la modestia inseparable de la virtud verdadera. Si los vanos supieran bien el baxo concepto que se forma de éllos, no habria medio mas eficaz para curarles de raiz el orgullo; pero como el error está igualmente apoderado del entendimiento que del corazon, es la curacion dificil.

Aunque san Pablo se hallaba ricamente abastecido de dones sobrenaturales; aunque habia sido arrebatado al tercer cielo; aunque allí se le habian revelado misterios inexplicables, de que no es lícito al hombre hablar; aunque habia sido escogido por el mismo Jesucristo para anunciar su nombre á los gentiles, á los reyes, á los hijos de Israel; aunque habian llenado ya de admiracion el mundo sus maravillas; con todo eso no habia hombre mas humilde que san Pablo. ¿Quién se estimaba menos que él? Yo, dice, soy el menor de los apóstoles, y aun me reconozco indigno de este nombre. Así piensa, así habla de sí mismo este gran Santo. Pero los hombres verdaderamente apostólicos no saben otro lenguage. Es verdad que el mismo Apóstol se vió obligado á volver por sí, á hacer su apología, á refutar las calumnias que los

falsos apóstoles habian esparcido contra él, procurando con éllas desacreditarle en la estimacion de los corintios, para estorbar el curso al progreso del evangelio. ¿pero con qué modestia, con qué reserva, con qué circunspeccion, con qué humildad lo hace? Alaba las gracias y los dones sobrenaturales que habia recibido de Dios, pero no se alaba á sí mismo. Temeroso de que aun en este modesto recuerdo se introduzca insensiblemente algun orgullo, y se humilla al instante con la relacion de sus miserias y de sus flaquezas. No olvidemos jamas este grande oráculo: *Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat*: No es recomendable el que se alaba á sí mismo, sino el que merece que le alabe Dios. Nuestra alma, nuestro cuerpo, nuestra misma razon, todo concurre á humillarnos. Dentro de sí mismo tiene el hombre un manantial inagotable de motivos para confundirse, ¿pues cuándo hemos de empezar á ser humildes? ¿Puede haber mas lastimosa locura que el disimularse á sí mismo sus defectos, y estudiar en no conocerse? ¿puede haber mayor extravagancia que la de hacer vanidad hasta de las mismas humillaciones? Dios mio, ¿de que se engreirá el polvo y la ceniza? ¡O qué necia es nuestra vanidad, pues élla misma es el mayor motivo para confundirnos!

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviàm sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Mediâ autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid

ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien la demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las reponde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Que nada se debe omitir en punto de la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en materia de salvacion, todo es de consecuencia. Santas inspiraciones, consejos saludables, reglas para vivir, frecuencia de sacramentos, buenas obras, devociones, actos de religion, exercicios espirituales, mortificaciones; todo es considerable, todo es de precio. Nada de esto se dexa sin perder algo. Toda floxedad, todo descuido es peligroso.

Es fatal error no hacer caso mas que de las obligaciones esenciales; contentarse con los primeros necesarios pasos que se dieron hácia la virtud; vivir seguros á la sombra de una buena voluntad; y dormir tranquilamente, aunque nos esten gritando que es necesario velar. Terrible exemplo tenemos en la parábola de las vírgenes

necias. Al fin eran vírgenes. ¿Pues qué derecho no podian fundar en este noble título para ser bien recibidas de su celestial Esposo? Saliéronle al encuentro. En verdad que esta apresurada demostracion de su cariño no acreditaba desamor ni indiferencia. Hicieron casi todo lo que executaron las prudentes. Esperaron desveladas al esposo hasta muy entrada la noche; tenian tambien sus lámparas como éllas; solo se descuidaron en hacer provision de un poco mas de aceyte, por si acaso el esposo venia algo mas tarde. No parecia éste gran descuido; y mas cuando procuraron enmendarle luego que lo repararon; pues apenas advirtieron que sus lámparas se iban apagando, cuando pidieron cortesanamente á sus compañeras que las prestasen un poco de aceyte. Con todo eso, ¡qué consecuencias tan funestas se siguieron de un descuido al parecer tan leve! Salen de casa, vuelven tarde, hallan la puerta cerrada, llaman á élla, no se las abre; y al fin fueron reprobadas. ¡O mi Dios, y qué lecciones tan importantes; pero al mismo tiempo qué terribles las que nos presenta este exemplo! Despréciansе ciertas obligaciones del estado; no se tiene providencia para lo futuro, déxanse de hacer en tiempo ciertas provisiones; hácese poco caso de ciertas virtudes; malógranse ciertas inspiraciones; échase la cuenta de que habrá tiempo para todo. Cúmplese á la verdad decentemente con las obligaciones esenciales de cristiano; obsérvanse tolerablemente los votos substanciales de la religion, guárdanse las reglas que parecen mas importantes; con todo eso se conoce bien que hay mucha necesidad de un poco de mas observancia, que es menester mas fervor, que hacen falta ciertas virtudes para que no se extinga del todo la caridad. Pero se vive con la esperanza de que á todo se proveerá; no se cree que venga tan presto el esposo; hay buena salud; se está todavía en la flor de la edad. ¡Mas ó desdichada negligencia! Un golpe imprevito, un accidente repentino, una enfermedad grosera y peligrosa advierten que el esposo está cerca. Despiértase con sobresalto del sueño en que profundamente se dormia, hácense atropelladamente las diligencias para recibirle. ¿Pero será facil hacerlas entonces bien? ¿es aquel tiempo oportuno para prevenirse como se debe? Se llora, se gime, se suspira, se llama á la puerta; pero no es ve-

rísímil que se oiga entonces aquel desconsolado *nescio vos*, no os conozco? Pues despréciese ahora la correccion, la enmienda de ciertas faltas y de ciertos vicios. No se haga caso de adquirir ciertas virtudes.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánta es nuestra imprudencia, ó por mejor decir, nuestra necedad y locura. Aplícanse cuidadosamente todos los medios, y se cree que á ninguno se debe perdonar cuando se trata de un pleyto, de una compra, de una pretension, de cualquier otro negocio temporal; y en el negocio esencial de la salvacion nos dormimos, nos amodorramos, todo se desprecia.

No ignoro cuánta es la santidad de mi religion, cuánta la multitud de mis obligaciones: sé muy bien lo mucho á que me obligan los preceptos; estoy enterado de la severidad de mi juez, y creo firmemente la eternidad. ¡Y enmedio de este conocimiento, con toda esta fe, hago poco caso de las observancias menudas de la ley! Conténtome con hallarme en un estado de perfeccion, pero sin aspirar á ser perfecto, consuélome, tranquilízome con que ótros no son mas fervorosos, ni mas observantes que yo; y dilato allá para lo último de la vida el adquirir las virtudes que me faltan.

¡Válgame Dios! ¿Qué se teme? ¿se teme acaso como grande inconveniente el comenzar á amar á Dios, el empezar á darle gusto demasiadamente presto, si luego que se advierten los defectos, luego que se conoce la falta de fervor y de mortificacion, se aplican los medios eficaces para corregirnos? ¡Ah Señor, y qué cara nos saldrá nuestra negligencia y nuestra cobardía! Bien claro nos lo advertis; harto expresamente nos lo enseña la parábola de las vírgenes necias. ¡O, y cuándo hemos de empezar á ser prudentes! ¡qué bien supieron aprovecharse los santos de la leccion que el Salvador del mundo nos da en esta parábola! ¡qué diligencia, qué ansiosa apresuracion fue la suya para llegar á ser perfectos!

Desde los cuatro años de su edad comenzó la bienaventurada Coleta, aquella vírgen pura é inocente, comenzó, digo, á darse prisa por agradar á su esposo, exercitándose

en una vida castísima, y en la práctica de las mas admirables virtudes. ¿Diráse que fue excesiva la anticipacion en prevenir el aceyte para no hallarse desprevenida cuando viniese el esposo? Si viniera hoy, si viniera mañana, ¿no tendria yo necesidad de ir á buscar con que encender mi lámpara? ¿hallaríame con bastante provision? ¿estaría bien prevenido para recibirle?

No permitais, Señor, que sean inútiles á mi alma estas reflexîones, haciéndola menos excusable por mas culpada. Conozco mi necesidad, y mi poca virtud; esta falta es únicamente efecto de mi suma negligencia, resuelto estoy á vencerla desde este mismo punto, y á imitar en todo á las vírgenes prudentes.

JACULATORIAS.

Portio mea, Domine, dixi, custodire legem tuam. Salm. 118.

Una vez lo dixe, y muchas lo vuelvo á repetir: No quiero, Señor, mas empleo, mas ocupacion, ni mas herencia, que observar hasta los mas menudos ápices de tu santa ley.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Toda el ansia de mi alma es guardar en todo tiempo vuestros santos mandamientos.

PROPOSITOS.

Son pocas las personas que no tengan mucho que enmendar en punto de negligencia en el servicio de Dios; pero son muchas menos las que puedan gloriarse de tener bastante provision de virtud. ¿Pues á qué aguardan para proveer tan urgente necesidad? Es tiempo poco oportuno de ir á buscar el aceyte cuando el esposo está para venir; es mala sazon para entrar en fervor cuando las llaman á recibir el salario. Desde el principio de este año te están reprendiendo esa floxedad, esa tibieza. Dios te solicita interior y exteriormente por lo que has leido, y estás leyendo en este libro, para que mortifiques esa pasion, para que enmiendes esa falta, para que adquieras esa virtud, para que venzas ese genio, para que entables aquella devocion,

para que salgas de ese estado de tibieza; en fin, para que te reformes. Tú mismo conoces la necesidad, y aun quizá todos los dias haces propósitos de no dilatarlo. Con todo eso ya van tres meses, y acaso tambien seis años, que proponiendo cada dia reformarte, todavía se está la conversion por hacer. Sea hoy el fin de esas eternas dilaciones. Exâmina desde este mismo momento qué vicio, qué obligacion de tu estado, qué devocion, qué buena obra has dexado de hacer por negligencia; ¿cuáles son las virtudes mas importantes ó necesarias que te faltan? Lee el plan de vida que has propuesto seguir. ¿Cómo te dispones para recibir los sacramentos? ¿háceslo cada vez con mas fervor? ¿qué fruto sacas de su frecuencia? ¿no dexas muchas veces la oracion de la mañana, y el exâmen de la noche? ¿visitas regularmente el santísimo Sacramento? ¿cuántas veces dexas de rezar el rosario y faltas á la leccion espiritual? ¿cuánto te descuidas en la educacion de tus hijos y de tu familia? Determina hoy mismo lo que en todos estos puntos debes hacer; y por cada falta imponte una penitencia que te duela, ó da una buena limosna.

2 El orígen de la floxedad nace de la tibieza en el amor de Dios. Arde la lámpara con luz lánguida y debil. Si se apaga, es porque la falta el aceyte. Está casi extinguido en el corazon este fuego celestial, con que no hay que admirar estemos tan tibios. Es la caridad la medida del fervor. Pide hoy á Dios esta importante virtud, sin la cual vanamente se lisonjeará el hombre de poseer las demás. Pídela sobre todo por intercesion de san Francisco Xavier, cuyo corazon estaba abrasado de caridad tan encendida, que muchas veces se veia obligado á suplicar á Dios moderase sus ardores. Este divino amor era movil de cuanto obraba; éste le hacia un varon infatigable. No hay floxedad, no hay tibieza donde hay amor de Dios.

ORACION

para el tercer dia de la novena.

"Glorioso san Francisco Xavier, á quien inflamó tan- »to el divino fuego de una caridad viva y perfecta, que »muchas veces te viste precisado á rogar al Señor mo-

»rase sus celestiales ardores; consígueme con tu interce-
»sion la gracia de que me abrase en esta misma llama ce-
»lestial, y que arda mi corazon con aquel divino fuego
»que el Salvador vino á encender en la tierra, deseando
»tanto que se pegue á los corazones: y juntamente con
»esta caridad alcánzame de Dios la gracia que particu-
»larmente te pido en esta novena, si es para mayor gloria
»suya, y para salvacion de mi alma. Amen.

DIA SÉPTIMO.

Santo Tomás de Aquino, confesor.

Santo Tomás, ornamento grande del estado religioso, una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo, y uno de los mayores santos y de los mas esclarecidos doctores de la Iglesia, fue italiano: debió su orígen á una de las mas nobles familias de todo el reyno de Nápoles. Landulfo su padre era de la ilustrísima casa de los condes de Aquino, entroncada con los reyes de Sicilia y de Aragon: y Teodora su madre fue hija del conde Chieti, descendiente de los príncipes normandos, conquistadores en otro tiempo de los reynos de Nápoles y de Sicilia. Nació Tomás al mundo en el mes de marzo de 1225, hallándose su madre en el castillo de Roca-Sicca, poco distante de la ciudad de Aquino. Pusíeronle el nombre de Tomás, como lo habia anunciado con anticipacion un venerable ermitaño, pronosticando al mismo tiempo los importantes servicios que aquel niño habia de hacer á la Iglesia.

No tardó en confirmarse el vaticinio de este Varon venerable con un singular suceso. Notó un dia el ama que le criaba, que tenia un papelito en la mano, y queriendo quitársele, le apretó tanto entre sus manecitas el niño, á la sazon de solo un año, lloró y se afligió de tal modo, que se vió precisada á desistir del intento; pero la condesa su madre, picándola la curiosidad de saber lo que contenia el papel, se le arrancó con violencia, y quedó ex-

trañamente sorprendida, cuando vió que estaban escritas en él estas palabras: *Ave*, *María*. El llanto, los gritos, y los sentimientos del niño fueron tantos, que para acallarle, fue preciso restituirle el papelillo; mas apenas le volvió á ver en sus manos, cuando con entrambas le aplicó apresuradamente á la boquita, haciendo ademan ansioso de tragársele. Halláronse presentes á este extraño suceso muchos testigos, y todos pronosticaron que algun dia sería el niño Tomás tan gran santo, como fidelísimo siervo de María.

Todas sus inclinaciones iban derechas á la piedad; y para cultivarlas mejor, á los cinco años le enviaron sus padres á que se criase entre la nobilísima juventud que estaba á cargo de los monges en el Monte Casino. Apenas dexó que hacer á la educacion su natural bello y feliz. Anticipábase á las instrucciones su inclinacion genial á la viitud. Nada le divertia sino el estudio á la oracion; lo que advertido por el Abad, le movió á aconsejar á su padre, que sin perder tiempo le trasladase á alguna universidad.

En élla aprendió con feliz suceso las letras humanas y la filosofia; pero aunque eran grandes sus progresos en las letras, fueron sin comparacion mayores sus avances en la ciencia de los santos. Conservó el candor de la inocencia en medio de la corrupcion del siglo; pero temeroso del naufragio, buscó puerto; y conociendo el peligro, buscó asilo. Hallóle seguro en el celebérrimo órden de Predicadores, que aunque todavía en la cuna, ya no cabian en el mundo las maravillas que obraba; y renovando el antiguo lustre del estado religioso, edificaba entonces, como edifica hoy, á toda la Iglesia, ya con las virtudes heróicas de sus esclarecidos hijos, ya con su sabiduría profunda, ya con los portentosos efectos de su apostólico zelo. Fue recibido Tomás en el convento de Nápoles á los diez y ocho años de su edad; y á los primeros dias de novicio, no solo era edificacion, sino dechado á los perfectos.

Pasmó al mundo, poco acostumbrado entonces á semejantes empleos, el retiro de un jóven de aquella calidad y de aquellas esperanzas. Sus parientes quedaron atónitos; y noticioso el Novicio de que su madre se encaminaba á Ná-

poles con resolucion de sacarle de la religion, rogó al prior que le transportase á Roma. Á élla le siguió la afligidísima Señora, y no encontrándole allí, porque rezelosos los superiores de este lance, le habian enviado á París para que en aquella universidad perfeccionase sus estudios, no por eso desmayó ni desistió del empeño.

Escribió sin perder tiempo á sus dos hijos mayores Landulfo y Reynaldo, que servian en las tropas del emperador Federico, y se hallaban á la sazon en Toscana, que no perdonasen á diligencia alguna para coger á su hermano Tomás, y que le enviasen con buena escolta. Obedeciéronla, siguiéronle, alcanzáronle, prendiéronle, y le remitieron á la madre bien asegurado.

La condesa que se vió con Tomás en su poder y á su disposicion, empeñada mas que nunca en desviarle del estado religioso, se valió de cuantos artificios la sugirieron el amor y la industria para arrancarle la vocacion, y para obligarle á dexar el hábito que vestia; ruegos, razones, lágrimas, lisonjas, amenazas, todo lo empleó aquella Señora; pero todo sin provecho. Tan inmoble Tomás en su vocacion, como atento á las leyes de la modestia y del respeto, la respondió con filial veneracion, pero con generosa constancia, que siendo Dios su primero y su soberano dueño, era antes el rendimiento á su voz, que la complacencia á las sugestiones de la carne y de la sangre; y que pues este Señor le llamaba á religion, suplicaba á sus parientes que no se cansasen inútilmente en poner estorbos al destino adonde el cielo le llamaba. Viendo la madre desayrados sus esfuerzos, y que nada adelantaba, encomendó la empresa á una hija suya, dama de singularísimo respeto, fiando á su discrecion, á sus razones, á su arte y á sus lágrimas el triunfo de la resistencia de Tomás; pero como éste adquiria cada dia nuevas fuerzas, recurriendo á la oracion, se defendió del nuevo violento ataque con tan feliz suceso, que no solo no se entibió en el fervoroso empeño de mantenerse en el estado que tenia, sino que supo persuadir á su hermana á que imitase su exemplo, abrazando el mismo estado; como lo executó en el convento de santa María de Capua, donde fue abadesa, terminando en él santamente su exemplar vida.

No fue tan feliz en los efectos, pero fue mas meritoria en la fatiga y mas gloriosa para el Santo la victoria que consiguió de sus hermanos. Restituidos del exército á su casa Landulfo y Reynaldo, se aconsejaron solo con el orgullo y con el espíritu de soldados, y quisieron llevar el negocio con fuerza declarada. Encerraron mas estrechamente á Tomás en la torre del castillo, arrancáronle el santo hábito con violencia militar, hiciéronle mil pedazos, y se empeñaron en cansar su perseverancia al rigor de inhumanos tratamientos. Halláronle inflexîble; y escuchando únicamente las voces de la pasion, desatendiendo á los gritos de su religion y de su sangre, intentaron rendir dulcemente por la sensualidad y por el deleyte al que no habian podido vencer por rigor, ni por violencia. Discurrieron (y no discurrieron mal) que presto perderia la vocacion como perdiese la gracia; y con esta diabólica idea introduxeron en el cuarto de la torre á una dama cortesana de aquellas que hacen menor el riesgo por su celebrada belleza, que por su desenvoltura.

El ataque fue violento, y Tomás conoció toda la fuerza del peligro. Levantó el corazon á Dios, imploró el auxîlio de María, y viendo cerradas las puertas á otro arbitrio, cogió intrépidamente un tizon que encontró en la chimenea, y con él puso en precipitada fuga á aquella infeliz muger. Aún duraba el sobresalto en que le puso sola la aprension del riesgo; y sin dexar el tizon de la mano, formó con él una cruz en la pared: postróse ante aquel Señor á cuyos poderosos auxîlios reconocia todo el honor de la victoria, y en el mismo instante le dedicó con voto su perpetua castidad.

No tardó el Señor en recompensar la generosa fidelidad de su purísimo Siervo; porque habiéndose quedado dormido, sintió que dos ángeles le apretaban los riñones con un cíngulo en señal del don de pureza que se le comunicaba, y desde aquel punto, como lo atestiguó el Santo pocos dias antes de su dichosa muerte, jamas volvió á sentir los molestos estímulos de la carne.

Supieron los frayles de la Orden cuanto habia pasado; y no menos prendados de su heróica constancia, que compadecidos de lo que padecia, tuvieron modo para

verle, para consolarle, y para llevarle un hábito. La misma madre, que se acordó entonces de lo mucho que se habia pronosticado acerca de aquel hijo, no quiso hacer mas resistencia á los intentos de Dios; y disimulando la noticia que ya tenia de las medidas que se tomaban para escaparle, permitió que le descolgasen por una ventana de la torre.

Restituido Tomás á su libertad despues de una prision de casi dos años, pasó al convento de Nápoles, donde fue recibido de aquellos padres con el gozo y con el aplauso que merecia su virtud y su perseverancia. Allí hizo la profesion; pero temerosos los superiores de que segunda vez les robasen aquel tesoro, le enviaron prontamente á Roma, de donde el general de la Orden fray Juan Aleman le hizo partir para París, y desde allí le destinaron á Colonia, donde á la sazon se hallaba enseñando teología Alberto Magno, el mas acreditado doctor que en aquel tiempo tenia el sagrado órden de Predicadores.

Baxo la disciplina de tan insigne maestro hizo Tomás asombrosos progresos en la mas sagrada de todas las facultades; pero tan bien disimulados entre el velo de la modestia y de un profundo silencio, que sus condiscípulos le llamaban *el buey mudo*; mas no le valió el cuidado con que procuraba confirmar la opinion menos ventajosa que se tenia de sus talentos, porque se traslucia su ingenio á pesar de su humildad; y aquel imaginado buey mudo dentro de poco tiempo fue el oráculo del mundo, y el ángel de las escuelas.

En vano se resistió á tomar el grado de doctor en la célebre universidad de París, porque se vió precisado á rendirse á la obediencia. Apenas recibió la borla, cuando le mandaron explicar el Maestro de las Sentencias; lo que hizo con tanto aplauso, que en poco tiempo igualó su crédito al de su maestro Alberto Magno, y excedió al de todos los demas maestros. La gran vivacidad de su ingenio en desenmarañar lo mas intrincado de las ciencias; aquella facilidad en aclarar las dificultades mas obscuras; aquella felicidad en desatarlas; la penetracion, la erudicion y el método que se admira en todas sus obras, acredita lo que el papa Juan XXII afirma en la bula de su

canonizacion, *que su doctrina tuvo mas de infusa, que de adquirida.* Siempre daba principio al estudio por la oracion, confesando él mismo, que en las dudas que se le ofrecian, su principal oráculo era el crucifixo. Enseñó en Bolonia, en Fondi, en Pisa, en Orbieto con la misma reputacion que en París; y en todas partes dexó tanta memoria de su heróica santidad, como de su milagrosa sabiduría.

Habiéndose desenfrenado contra las sagradas religiones ciertos ingenios malignos, y habiéndose declarado contra la Silla apostólica algunos hereges de aquel tiempo, hizo enmudecer á los únos, y confundió con sus escritos el orgullo de los ótros con tanta viveza y con tan victoriosa eficacia, que desde entonces le miraron y le temieron como su mayor azote, así los disolutos, como los enemigos de la Iglesia.

Á la elevada y vasta extension de sabiduría que todos admiraban en Tomás, correspondió siempre la eminencia de su heróica virtud. No era facil encontrar hombre de mérito mas real, mas verdadero, ni mas universalmente reconocido; pero al mismo tiempo tampoco era posible hallar ótro mas humilde. Cuando estaba enseñando en Bolonia, llegó al convento un frayle que no le conocia, y teniendo que comprar no sé qué cosas, le pidió que le fuese acompañando á la plaza. Hallábase á la sazon el Santo con un pie muy dolorido, y estaba cerca la hora de entrar en leccion; pero sin alegar una ni otra excusa, aunque tan legítima, al punto fue acompañando á aquel buen religioso; el cual luego que cayó en su advertencia, conociendo al que le acompañaba, comenzó á disculpar su inconsideracion; mas el Santo se halló mas embarazado oyendo las excusas de aquel buen frayle, que en el exercicio del acto de humildad que acababa de hacer, impelido de su singular modestia. Resistióse invenciblemente á las primeras dignidades eclesiásticas con que le brindaban, y no fueron bastantes á rendirle las eficacísimas instancias del papa para que aceptase el arzobispado de Nápoles.

La exterior mortificacion de cuerpo, y la interior sujecion de las inclinaciones del alma, no podia ser mayor. Parecia hombre sin pasiones, segun las tenia rendidas á la

razon. La dulce suavidad del genio, el tono de la voz, y la serenidad del semblante, siempre se conservaron inalterables; y á fuerza de macerar la carne, casi habia perdido el uso de los sentidos.

Aunque el cielo por especial privilegio le habia comunicado el precioso don de la castidad, no perdonaba su recato á medio alguno de los que conducen para conservar esta delicada virtud. Jamás miró á la cara á muger alguna, y toda la vida evitó escrupulosamente cuantas conversaciones pudo excusar con este peligroso sexô.

Pero la devocion mas sobresaliente, ó por decirlo de otra manera, la devocion preferida de Tomás fue la que profesó al santísimo Sacramento. Siempre que se llegaba al altar, y se separaba de él, le dexaba bañado en lágrimas amorosas. Brotaban por el semblante los interiores incendios de su amor. Por órden del papa Urbano IV. compuso el oficio del Sacramento con aquella tierna efusion de corazon que respira cada palabra; y no contribuyó poco á que se mandase celebrar su fiesta con tanta solemnidad en la universal Iglesia, volviendo á encender en los corazones cristianos el casi apagado fuego del amor á nuestro sacramentado Dueño.

Desde la cuna fue como el carácter de Tomás la ternura y la confianza con la santísima Vírgen, mereciéndole el glorioso antonomástico dictado de *favorecido de María*. Apareciósele muchas veces esta soberana Reyna, y pocos dias antes de morir aseguró que nada habia pedido al Hijo por intercesion de la Madre, que no hubiese conseguido.

Sería interminable la relacion individual de las virtudes y de las maravillas de este agigantado espíritu. Fue su vida una perpetua cadena de portentos; siendo muy visible, como lo notaron los mismos sumos pontífices, uno que supone muchos; conviene á saber, que un solo hombre en menos de veinte años pudiese enseñar con inaudito aplauso en casi todas las universidades mas célebres de Europa; combatir y disipar con sus escritos los mayores enemigos de la Iglesia; convertir con sus sermones gran número de pecadores y de infieles; componer aquella prodigiosa multitud de sapientísimas obras, que se pueden llamar el tesoro de la religion; explicar con tanta

precision y con tanta solidez los misterios mas obscuros de la teología; enseñar con tanta limpieza y con tanta mocion las verdades del moral; exponer con tanta claridad en sus sábios comentarios los libros de la sagrada Escritura; satisfacer tan plenamente á cuantas dudas le consultaban de todas partes, como á universal oráculo; y en medio de todo esto dar muchas horas á la oracion todos los dias; no dispensarse casi nunca en las funciones ordinarias de comunidad; macerar su carne con rigurosísimas penitencias, sin embargo de tener una salud debilísima. Esta era la vida de Tomás.

Pero no hay que admirar, dice san Antonino, hablando de nuestro Santo, que un hombre que jamas perdia á Dios de vista, y tenia frecuente conversacion con las celestiales inteligencias; que un hombre, á quien tantas veces se le vió arrebatado en éxtasis maravillosos, durando algunos por espacio de tres dias enteros; un hombre á quien los apóstoles san Pedro y san Pablo dictaban con frecuencia la exposicion de sus epístolas; no hay que admirar, digo, que un hombre semejante poseyese ciencia tan profunda y obrase tantas maravillas en obsequio y en defensa de la religion.

Esto fue lo que armó la indignacion de todos los hereges contra nuestro Santo. Como á este Doctor admirable se le debe aquel método regular, que reyna en las escuelas, á cuyo favor se desembarazan de toda confusion las opiniones, se quita la máscara al error, sale la verdad á la luz del medio dia, y se explican los dogmas de la fe con purísima limpieza, segun la verdadera inteligencia de la Iglesia y de los padres; no ha conocido la heregía mayor enemigo que Tomás, porque ningun heresiarca ha podido defenderse contra la solidez, y (si es lícito hablar así) contra la casi infalibilidad de su doctrina.

Esta doctrina verdaderamente angélica, en cuyos elogios se han empleado tan dignamente las soberanas plumas de tantos oráculos del Vaticano; esta es la que el grande san Pio V. reconoce por una de las reglas mas ciertas y claras de la fe, habiéndose valido muchos sagrados concilios de las mismas palabras de Tomás para la disposicion de sus sacrosantos cánones. ¿Qué heregía,

dice el mismo iluminado Papa, qué heregía no se vió vergonzosamente desarmada por la doctrina de este santo Doctor? ¿qué error puede jamas suscitarse en la Iglesia, cuyo contraveneno no se encuentre en su portentosa suma? Cada artículo de esta obra, dice el papa Juan XXII., es un milagro. El que sigue la doctrina de Tomás, dice Inocencio V., apenas podrá errar; el que se desvía de élla, á gran peligro se expone de precipitarse.

Pero el mayor elogio de este gran Doctor y de su asombrosa doctrina, es lo que le sucedió hallándose en Nápoles á tiempo que trabajaba la tercera parte de su milagrosa Suma. Hallábase en oracion en la capilla de san Nicolás delante de un crucifixo, cuando arrebatado en dulce éxtasis, oyó una voz clara y distinta, que salia del mismo crucifixo, y le decia estas palabras: *Tomás, bien has escrito de mí, ¿con qué quieres que te premie?* Á lo que el Santo respondió: *Señor, con ninguna otra cosa sino con vos mismo*; favor que se dice le repitió el cielo otras dos veces; una en Orbieto cuando componia el oficio del santísimo Sacramento, y otra en París, cuando explicaba lo que nos enseña la fe acerca de este misterio.

Hallábase en Nápoles nuestro Santo dando fin á sus últimas obras, cuando recibió órden del papa Gregorio X. para que pasase al concilio general, que acababa de convocar en la ciudad de Leon; y no obstante estar mal convalecido de una especie de apoplexía, cuya violencia le habia privado del sentido por espacio de tres dias, al punto se puso en camino; pero apenas llegó al monasterio de Fosa-Nova, del esclarecido órden del Cister, cuando le asaltó de nuevo el maligno accidente. Experimentó algun alivio en fuerza de los remedios que se le aplicaron, y del caritativo desvelo con que acudieron los monges á conservar aquella preciosa vida, y aprovechándose de este paréntesis, le suplicaron compusiese una exposicion del libro de los Cantares. Condescendió el docilísimo Tomás, comenzó á trabajarla; pero no pudo concluirla, porque el porfiado accidente le volvió á asaltar con mayor y mas peligroso insulto.

Conociendo ya que se iba acercando el dichoso fin de su gloriosa carrera, se confesó, y recibió el santo Viá-

tico, haciendo la profesion de la fe á vista de la Hostia consagrada con lágrimas tan copiosas y tan tiernas, que las sacó tambien en mucha abundancia á los ojos de todos los asistentes; y habiendo recibido la extrema uncion con devocion extraordinaria, rindió tranquilamente su espíritu en manos de su Criador, y pasó á recibir en el cielo el premio que el Señor le tenia preparado. Fue su dichosa muerte miércoles siete de marzo del año 1274, teniendo solos cincuenta años de edad; pero tan llenos de gloria como colmados de merecimientos.

Así por los muchos milagros que obró en vida, como por los que se continuaron en su sepulcro despues de su felicísima muerte; pero mucho mas por el mayor de todos los milagros, que fue su asombrosa vida; le canonizó el papa Juan XXII. el año de 1323, á los cuarenta y nueve años despues de muerto; y en el de 1567 mandó san Pio V. que en todo el mundo católico se rezase el oficio de santo Tomás como de doctor de la Iglesia.

Fueron muchas las translaciones que se hicieron del santo cuerpo, y en todas éllas se halló entero é incorrupto. Hubo grandes y ruidosos pleytos entre los padres dominicos y los monges de Fosa-Nova sobre la posesion de estas inestimables reliquias, hasta que el papa Urbano V. los terminó en favor de los primeros: y en virtud de la sentencia pontificia fue trasladado el cuerpo de santo Tomás al convento de Tolosa el año de 1369. La córte de París está enriquecida con un hueso del brazo derecho, la de Nápoles con ótro; y esta segunda ciudad venera y honra á Tomás como á uno de sus Patronos.

La misa del dia es en honor de este gran Santo, y la oracion de la misa es la siguiente.

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Thomæ confessoris tui mira eruditione clarificas, et sancta operatione fœcundas: da nobis quæsumus, et quæ docuit intellectu conspicere, et quæ egit,

O Dios, que con la admirable sabiduría de tu bienaventurado siervo Tomás iluminas á tu Iglesia, y con sus santas virtudes la fecundas; humildemente te pedimos nos des gracia, para que con

imitatione complere: Per Dominum nostrum...

el entendimieuto aprendamos lo que enseñó, y con la imitacion executemos lo que obró: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del libro de la Sabiduría, cap. 7.

Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientiæ: et præposui illam regnis, et sedibus et divitias nihil esse duxi in comparatione illius: nec comparavi illi lapidem pretiosum: quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tamquam lutum æstimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius: et lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est. Quam sine fictione didici, et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiæ Dei propter disciplinæ dona commendati.

Yo desee la inteligencia, y me fue concedida, é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reynos y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparacion: ni comparé con élla las piedras preciosas: porque todo el oro en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guia, porque su luz es inestinguible. Juntamente con élla me vinieron todos los bienes é inmensa riqueza por sus manos: y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guia, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficcion, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres: del cual aquellos que hicieron uso se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

NOTA.

"En todos los exemplares griegos se intitula el libro »de donde se sacó esta epístola *la sabiduría de Salomon*, »porque fue su autor este sapientísimo Rey, dotado de »tan superior inteligencia. San Agustin llama á este libro »*la sabiduría cristiana*, y el Espíritu santo la acredita en »cada página, siendo las palabras de la epístola el ver-

"dadero carácter y el elogio verdadero de un doctor "santo."

REFLEXIONES.

Muchos quisieran ser sábios, muchos aspiran á serlo, porque con efecto la sabiduría honra, hace merced á quien la posee; pero pocos se dedican á aprender la verdadera sabiduría, porque eso cuesta mucho al amor propio. Quiere el hombre ignorarse á sí mismo, huye de sí propio, ocupado enteramente en conocer y en censurar á los ótros. Como dentro de sí mismo no encuentra cosa que no le humille, vuelve la vista á otra parte. De aquí nace que hay pocos que se corrijan, porque hay pocos que se conozcan.

Amase la sabiduría; pero una sabiduría política, una sabiduría de temperamento mas que de virtud. La sabiduría del mundo es necia, es insensata: *Sapientia hujus mundi, stultitia est*; defectuosa en los principios, y errada en el fin. Hablando en propiedad, solo es sabiduría de bien parecer; no tiene mas objeto que el interes y la vanidad. Sabiduría que mira Dios con horror, y aun le causa asco.

No hay otra sabiduría verdadera que la sabiduría cristiana, cuya esencia consiste en conocer á Dios como á nuestro último fin, y en aplicar los medios mas seguros para llegar á él; esta es nuestra verdadera y nuestra única felicidad. El hombre que no supo salvarse, nada supo. ¿Hay otra mayor fortuna á que aspirar? ¿es por ventura sábio el que ignora su verdadera honra y sus verdaderos intereses? Pues tales son esos mundanos, que se llaman sábios y se condenan.

Tiene razon Salomon en preferir á los reynos y á los tronos aquella sabiduría verdadera, que sola puede hacer al hombre feliz: *Præposui illam regnis et sedibus*. ¡Cuántos infelices hay en medio de las riquezas y de los tesoros! ¡qué pocos dichosos se encuentran empuñando el cetro, vistiendo el manto real! La sabiduría cristiana es la única que sabe el arte de domesticar el genio mas montaraz, de rendir las pasiones mas rebeldes, de allanar las dificultades, de serenar el cielo, y de hacer que reyne en el mar

una perpetua calma. ¿Pues no debe preferirse á todo esta celestial sabiduría?

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quonian veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec traseat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non prætcribit á lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

De la perfecta observancia de la ley.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué grande error es dispensarse en una parte de la ley, con pretexto de que es materia ligera. ¿Puede sufrir exênciones, ni excusas frívolas en nuestro rendimiento el sumo respeto que debemos al Monarca soberano, á la suprema autoridad, y á la infinita sabiduría del que manda?

Declara Jesucristo que vino al mundo para cumplir la ley. Conviene, dice él mismo á san Juan, que todo lo observemos. Ni en el mas mínimo precepto, ni en la mas menuda ceremonia legal se dispensó durante su vida. Fiestas, ayunos, oraciones, todo le pareció indispensable, todo sagrado. Y un cristiano, un pecador se persuade que el haber nacido con alguna mas distincion que los demas, que un empleo honroso, que el vano título que tomó de un pedazo de tierra que posee, que el andar en coche, que el gastar el juicio y el dinero en un tren magnífico, en un equipage soberbio y ostentoso, basta para dispensarle en las obligaciones penosas de la ley. Parécele que la observancia exâcta de todos los preceptos, que la abstinencia, que el ayuno, que la mortificacion de los sentidos, que la penitencia habla solo con el pueblo menudo, con las personas religiosas, con las que hacen profesion de devotas. Todos estos preceptos alteran, amotinan la delicadeza de los hombres del mundo. Ya quieren guardar algunos; pero se figuran no sé qué privilegios para dispensarse en los ótros. Esto es decir, quieren ser cristianos, pero á medias.

Quiere Dios, habla Dios; y es obedecido. Á la insinuacion de su voz sale de la nada todo el Universo; solamente la voluntad del hombre tiene la insolencia, tiene la impiedad de oponerse á los preceptos, de resistir á la voluntad de Dios. ¡Qué extravagancia, qué delito!

¡Oh, que la cosa es de poca consecuencia! tanto mas

intolerable es tu falta de rendimiento. Cuanto la execucion es mas facil, tanto mas torpe es la inobediencia. No ignoras que Dios es el autor de la ley, puesto que por ésta cumples con las obligaciones mas esenciales de élla. ¿Pues qué idea formas de ese mismo Dios, cuando tienes atrevimiento para anteponerle las inclinaciones de tu amor propio? Poco caso se hace de un amo cuando no se le obedece en todo lo que manda. El rendimiento á su voluntad es la medida fiel de nuestra veneracion y de nuestro respeto. Si no merece Dios lo que le negamos, ningun derecho tiene á lo que le concedemos; pero si merece, si tiene derecho á pedir lo que nos pide ¡qué ingratitud, qué torpeza, qué injusticia, qué desprecio es el negárselo!

¡Dios mio, qué lastimosa conducta es la que observamos con vos! Guardamos no mas que una parte de vuestra santa ley; ¿pero quién nos dispensa en la ótra? ¿no es la misma voz, no es el mismo oráculo el que nos intima esto y aquello? Confesemos, pues, que en esa obediencia de genio, de humor, de capricho y de eleccion, el amor propio es el que manda, y al amor propio es á quien se obedece. ¡Qué desconcierto, qué desórden!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que cuando solo se observa una parte de la ley, la misma sumision condena la inobediencia. Tiene poca parte en esos intervalos de fidelidad, ó en esa fidelidad mordida, el amor de Dios. Es un temor puramente servil el que gobierna á los que obedecen á mas no poder; á los que se dispensan en la obediencia luego que cesa el miedo de un castigo riguroso, ó se desvanece el peligro de la última desgracia.

El desórden de los fariseos consistia en ser muy escrupulosos en la observancia de las menudencias, y muy relaxados en el cumplimiento de las obligaciones esenciales. El nuestro suele ir por camino contrario; tan precisamente adictos á observar los preceptos, que juzgamos poder impunemente menospreciar los consejos. ¡Lastimosa ceguedad! que no nos permite conocer la necesaria conexíon que hay entre los únos y los ótros; sin advertir que

el despreciar voluntaria y habitualmente los consejos, es exponernos á quebrantar presto en mil ocasiones los preceptos. Las mayores caidas nacen por lo comun de muy pequeños principios. Obsérvese si no, y dígaseme si se han visto muchos tibios é imperfectos que se hayan conservado largo tiempo en una medianía de imperfeccion y de tibieza. Al contrario, ¿qué santo ha habido, cuya fidelidad á la ley no haya sido universalísima, no se haya extendido con escrupulosa exâctitud á las mas imperceptibles menudencias? El criado que sirve á un amo puramente por humor ó por capricho, no le servirá mucho tiempo.

Al parecer hay pocos manantiales mas copiosos ni mas fecundos de un total desórden, que esta poca fidelidad á las obligaciones mas menudas de nuestra santa ley. De aquí han nacido casi todos los escándalos, casi todos los desórdenes que se han visto en el mundo. ¿Qué otro principio ha tenido esa lastimosa relaxacion, esa decadencia de tantas observantísimas religiones, esos furiosos atentados de la impiedad y de la heregía? Exâmínese bien su fatal orígen. El que se precipita, comienza por un paso; pero á pocos que dé, ¿quién le podrá detener?

Aquellos abusos que á pocos dias presumen de costumbre, comenzaron por una leve inobservancia de la ley, que se toleró mas por inadvertencia que por malicia; y aquella total relaxacion de la disciplina, ni tuvo, ni tiene otro principio que la fatal tolerancia de los abusos. Es muy sagaz el enemigo comun de nuestra salvacion, y sabe bien que á un corazon, á una alma, que aún tiene señales de cristiana, no la ha de inducir desde luego y abiertamente á una rebelion declarada contra su Dios. No está lejos una grave enfermedad, cuando se siente inapetencia á las viandas mas comunes y mas ordinarias. Con razon exclama el Sábio: *Maldito el que sirve á Dios con negligencia.* Nunca se introduxo el desórden general de las costumbres por una repentina sublevacion de los cristianos. En comenzando á dispensarse impunemente en algunos preceptos, presto se sacude el yugo de la ley.

¡O Dios mio, y qué verdades tan terribles me enseña en este punto mi funesta experiencia! Haced que mi do-

lor corresponda á mis descuidos. La tibieza en guardar vuestra santa ley me ha precipitado en desórdenes horribles. Espero, mediante vuestra divina gracia, que mi fidelidad de aquí adelante en observarla escrupulosamente acabará con la materia de mi arrepentimiento, y me dará motivo para fundar mejor mi confianza en vuestra infinita misericordia.

JACULATORIAS.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Mi alma desea observar de aquí adelante con el mayor fervor hasta el mas mínimo de vuestros consejos.

In mandatis tuis exercebor, et considerabo vias tuas. Salm. 118.

No, Señor; no me contentaré con meditar incesantemente vuestra santa ley, sino que me esforzaré á guardarla en toda su extension.

PROPOSITOS.

Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos, dice el Salvador: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* Andese preguntando, ándese consultando qué medios se han de aplicar para ser santo. *Serva mandata.* No te dispenses jamás ni en un átomo de la ley de Dios; guarda sus mandamientos con escrupulosa puntualidad; observa religiosamente las mas mínimas obligaciones de tu estado; no escuches la voz de los sentidos, ni la inclinacion de las pasiones, ni la imperiosa autoridad del mal exemplo. Cuando Dios habla, todo debe callar; cuando él manda, todo debe obedecer. Exâmina aquí quién te ha dispensado tantas veces en las mas sagradas obligaciones de la ley, en el respeto debido al santo templo, en lo que te prescriben tus reglas, y en el indispensable precepto de la penitencia. Vuelve á leer el método de vida que ofreciste observar, los propósitos que hiciste, y considera si has sido fiel en guardarlos. Nota los que has quebrantado; y no se pase este dia sin reformarte. Lee hoy así los mandamientos de la ley de Dios, como los de la santa madre Iglesia; muchos los aprenden cuando niños, y despues los dexan

olvidar cuando ya adultos. Toma una media hora, ó por lo menos un cuarto de hora para rumiarlos, para considerarlos, y para preguntarte cómo has cumplido con éllos. ¡Valgame Dios, cuánto tendrás de que confundirte solamente en el primer mandamiento! ¿Satisface á los preceptos de la Iglesia el que es poco devoto? No hay condicion, no hay estado alguno que no tenga sus obligaciones particulares. ¿Desempeñas cuidadosamente las del tuyo? Si te hallas en el estado religioso, tienes reglas que guardar; si en el eclesiástico, tienes cánones que cumplir; si en el mundo, ¡cuántas leyes, cuántos respetos, cuántas obligaciones! Pues advierte que sobre todos estos puntos se te ha de hacer causa, se ha de formar tu proceso. ¿Tendrás documentos para justificar tus exénciones, tus omisiones, tus frívolas dispensaciones? Atúrdenos, atolóndranos el amor propio con los gritos que da clamando que hay necesidad; pero delante de Dios pocas exênciones han de pasar por legítimas. Mira que todo esto te interesa mucho, y así no te contentes solamente con leerlo; dia vendrá en que te llenes de desesperacion, si solo te contentas con haberlo leido.

2 Pon los ojos en san Francisto Xavier, que abrazando con la inmensidad de su zelo casi todo el Oriente, oprimido con el cuidado de toda aquella iglesia recien nacida, consumido de trabajos, en contínua accion dia y noche, nunca se dispensó en la mas menuda observancia, en la mas pequeña obligacion de su estado, tocando su exâctitud la raya de la delicadeza. Pide á Dios por su intercesion te conceda la perseverancia fiel en el cumplimiento de todas tus obligaciones, el aumento de fervor, y una delicada exâctitud en las cosas mas menudas. No solo consiste la verdadera devocion en esta fidelidad, sino que pende de élla nuestra salvacion.

ORACION
para el cuarto dia de la novena.

"Glorioso san Francisco Xavier, no menos admirable »por la suma puntualidad en cumplir con los mas menu»dos ápices de la ley de Dios, que por aquel prodigioso »número de maravillas que obraste; suplícote me alcances

»el mismo zelo y la misma fidelidad en cumplir con las »obligaciones todas de mi estado; y al mismo tiempo la »gracia particular que te pido en esta novena, si ha de ser »para mayor gloria de Dios y bien de mi alma.

DIA OCTAVO.

San Juan de Dios.

San Juan de Dios fue portugues, y nació en Montemayor la nueva, á ocho de marzo de mil cuatrocientos noventa y cinco. Fueron sus padres unos pobres oficiales, pero temerosos de Dios, y muy inclinados á la hospitalidad. Habiendo hospedado en cierta ocasion á un pobre sacerdote, que iba camino dé Madrid, el niño Juan, que á la sazon tenia solos nueve años, con impulso pueril tuvo gana de seguirle; y escapándose de su casa, se arrimó al sacerdote, el cual hallándose embarazado con aquel chico, le dexó en el camino en la villa de Oropesa, lugar de Castilla la Nueva. Viéndose Juan desamparado, se acomodó con un pastor, que le recibió por zagal.

Portóse con tanta fidelidad y con tanta cordura que se grangeó el cariño de todos sus compañeros; pero cansado de aquella vida simple y campestre, sentó plaza de soldado en una compañía de infantería, y marchó á Fuenterrabía, que tenia sitiada Cárlos V. con intento de volverla á recobrar de los franceses. Hasta entonces habia conservado el candor de la inocencia; pero la licencia militar, y el mal exemplo de sus camaradas le precipitaton presto en los mayores desórdenes.

Salió un dia destacado en una partida que iba á forragear, y montando en una yegua dura de boca y espantadiza, se inquietó ésta tanto, que á vista de los enemigos le arrojó contra unos peñascos, maltratándole el cuerpo con tan violento golpe, que comenzó á echar sangre por boca y por narices, quedando sin movimiento, sin sentido, y sin habla por espacio de dos horas. Volvió

en sí; y reconociendo el peligro, se puso como pudo de rodillas, invocó á la santísima Vírgen, á quien habia profesado una tierna devocion desde su infancia, pero se habia olvidado mucho de élla desde que estaba en la milicia. Acabada su oracion, se sintió con fuerzas, y pudo arrastrando el cuerpo retirarse al campo. Allí fue socorrido; y aunque escapó de aquel riesgo, no por eso mejoró de costumbres.

No habiendo bastado á convertirle este primer aviso, tuvo otro, que fue mas eficaz. Habíanle mandado guardar cierto bagage, que se habia quitado al enemigo; y él por descuido, ó por demasiada confianza se le dexó hurtar. Irritado el capitan, y queriendo hacer un exemplar castigo para escarmentar la negligencia de ótros, hizo que le substanciasen la causa, y le sentenció á horca. Íbase ya á executar la sentencia, cuando movido de compasion un oficial general intercedió por él; concediósele la vida, pero con la condicion de ser arrojado ignominiosamente del campo, y que jamás volviese al exército.

Viendo que el oficio de soldado le habia probado tan mal, se restituyó á Oropesa; volvió á buscar á su amo antiguo, y volvió tambien á su antiguo oficio de pastor; pero igualmente se volvió á cansar presto de aquella vida ociosa y holgazana. Supo que el conde de Oropesa hacía levas por el duque de Alva para ir á Ungría contra el Turco; alistóse en éllas, paso á Ungría; pero habiéndose retirado los turcos, fueron despedidas las tropas españolas. Desembarcó Juan en la Coruña, y allí tuvo noticia de que su madre habia muerto de la pesadumbre poco despues que él la habia dexado, y que muerta ésta, su padre, retirándose del mundo, habia acabado santamente su vida en un convento. Esta noticia le enterneció hasta hacerle derramar algunas lágrimas, y se puede contar ésta por la primera época de su conversion. Avergonzado de su irresolucion, y encendido en fervorosos deseos de hacer penitencia, hizo una confesion general muy dolorosa, y para asegurar mejor su salvacion, determinó pasar al África en busca del martirio.

Embarcóse en Gibraltar, y en la misma embarcacion halló á un caballero portugues, que iba desterrado á Ceuta con su muger y cuatro hijas. Viendo la miseria á que se

hallaba reducida aquella pobre familia, y tocado de aquel inagotable fondo de compasion y de caridad con que habia nacido, y que fue siempre su distintivo y su carácter, no solo se ofreció á servirla de criado, sino que iba á trabajar de peon en obras públicas para ayudarla á mantenerse con el triste jornal que ganaba.

Estuvo algun tiempo en Ceuta, hasta que desengañado por su confesor, de que eran ilusiones aquellos deseos del martirio, resolvió volverse á España. Embarcóse, y en la navegacion padeció una furiosa tempestad, que atribuía á sus pecados. Arribando á Gibraltar, para mantenerse el tiempo que allí se detuvo, vendia estampas y libritos de devocion.

Yendo un dia á cierto lugarcito vecino, se le apareció el Hijo de Dios en forma de un hermoso niño, que caminaba á pie con los piesecitos descalzos. Compadecido Juan, se quitó los zapatos, y se los dió al niño; pero éste no los quiso admitir, diciendo que eran grandes para sus pies. Entonces Juan se echó al niño sobre los hombros, comenzó á caminar; y como le pesase mucho la carga, baxó al niño, y se sentaron los dos junto á un arroyo. Escogió el niño Jesus aquella ocasion y lugar para darse á conocer, y mostrándole en la mano una granada abierta, de cuyo centro salia una cruz, le dixo: *Juan de Dios, Granada será tu cruz*, y al punto desapareció. Quedó Juan inundado en un dulcísimo consuelo; mas por entonces no comprendió el misterio,

Teniendo noticia del concurso, y de la solemnidad con que se celebraba en Granada la fiesta de san Sebastian, determinó pasar á aquella ciudad, pareciéndole que con esta ocasion despacharia en élla sus estampas. Picóle la curiosidad de oir el sermon del famoso maestro, y santo padre Juan de Avila, llamado apóstol de Andalucía; y el Señor, que le habia llevado á él, encendió en su corazon un arrepentimiento tan vivo, y una contricion tan perfecta de sus pecados, que sin poderse contener llenó la Iglesia de sollozos y de gritos descompasados; y soltando las riendas al dolor, se daba recios golpes de pecho, se mesaba la barba, se arrancaba los cabellos, daba fuertemente con la cabeza contra las paredes; y saliendo por las calles y las plazas, iba

gritando como hombre fuera de sí: *Señor, misericordia.*

Todos se persuadieron á que habia perdido el juicio; y teniéndole por loco, le fue siguiendo el populacho. Los muchachos le tomaron por su cuenta; y persiguiéndole á golpes, á tronchazos y á pedradas, le fueron llevando hasta su posada, adonde llegó todo ensangrentado, y no sosegó hasta que dió cuanto tenia, repartiendo entre los muchachos toda su pobre tienda. Desprendido ya de todo, volvió segunda vez á correr por las calles como si estuviera dementado. Compadecidas algunas personas caritativas, le cogieron y le llevaron al maestro Avila, quien retirándole aparte, supo de él el motivo que tenia para prorumpir en aquellas locuras aparentes. Comprendió aquel gran Maestro de espíritu todo el mérito de tan heróica simplicidad; admiró el valor de aquel humilde penitente; y no ofreciéndosele por entonces que aquello pudiese tener otras consecuencias, se contentó con exhortarle á una gran confianza en la misericordia de Dios, y comprometerle su asistencia y su proteccion para cuanto se le ofreciese.

Consolado Juan con las palabras del siervo de Dios, y persuadido siempre á que por mas que se humillase, nunca sería tanto como merecian sus pecados, apenas salió de su presencia, cuando volvió á sus voluntarias locuras. Pareció á los que cuidaban del hospital, que era necesario recogerle; encerráronle en un cuarto, y le dieron cruelísimos azotes, saltando el Santo interiormente de alegría, viendo cumplidos sus deseos con aquella amarguísima penitencia. Hubiera durado mas, si noticioso el maestro Avila del lastimoso estado en que se hallaba su penitente, no le hubiera mandado cesar en aquel género de mortificacion, ordenándole que cesase tambien en su aparente demencia.

Obedeció Juan, y su repentina mudanza hizo conocer á todos el verdadero motivo de aquella heróica humillacion. Quedaron todos atónitos; pero nada los edificó tanto como la heróica caridad con que se quedó en el mismo hospital para cuidar los enfermos.

Como la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen era cada dia mayor, hizo una romería al santuario de nuestra señora de Guadalupe, donde al calor de las sin-

gulares gracias que recibió, crecieron mucho los incendios de su caridad; y por consejo de su santo director el maestro Avila, prometió á Dios pasar toda la vida en servicio de los pobres.

Vuelto á Granada alquiló una casa donde recogió todos los enfermos abandonados, y todos los pobres que encontraba por las calles. Viendo el caritativo cuidado que tenia de éllos, y el socorro espiritual y temporal que los solicitaba, se animó tanto la caridad del pueblo y de la nobleza, que en poco tiempo fue aquella primera casa la admiracion de toda la ciudad.

En élla tuvo principio la religion de la hospitalidad, que en estos últimos tiempos ha suscitado Dios para renovar en la persona de sus hijos la mas fervorosa y la mas edificativa caridad de los primitivos siglos de la Iglesia. Confirmó esta religion tan útil al bien comun el santo pontífice Pio V. el año de 1572, y en breve tiempo se propagó y extendió hasta los últimos ángulos del mundo cristiano, siendo edificacion y asombro de los fieles, por la asistencia espiritual y temporal con que consuela á tantos infelices desvalidos.

Mientras tanto aquel primer asilo de los pobres pasó á ser en pocos años, por el zelo y por la caridad de nuestro Santo, el mas grande y el mas famoso hospital de toda Europa. No es posible explicar el afan, los cuidados, el desvelo que le costó criar, digámoslo así, aquella insigne obra, sin otros fondos que los inagotables de la divina Providencia. Servía dia y noche á los enfermos con inmensa fatiga; barria las salas, hacíalos las camas, curábalos las heridas, asistíalos, consolábalos, instruíalos, nada omitia, nada perdonaba su vigilante zelo, su ardentísima caridad. Vino á ver el nuevo hospital el señor arzobispo de Granada, y quedó tan gustoso y satisfecho, que le tomó debaxo de su proteccion, queriendo tambien contribuir á lo que en él se gastaba. Todo estaba maravillosamente dispuesto y prevenido; la limpieza de las salas, el órden en el modo de servir, la abundancia de muebles y de las provisiones, la caridad, la modestia, la paciencia de los que, movidos del exemplo del hermano Juan, concurrian debaxo de su obediencia á asistir á los enfermos.

Pero no se limitaba precisamente á su hospital la universal dilatacion de su inmensa caridad. Extendíase á todos los pobres vergonzantes, socorria las necesidades de las doncellas pobres, que por serlo corria peligro su castidad; y con sus santas industrias sacaba del mal estado á las mugeres perdidas.

Despues que recibió algunos compañeros que le ayudasen en la caridad y en los trabajos, él mismo salia con la talega á pedir limosna para sus pobres. Cierto ayre de santidad, que naturalmente respiraban sus palabras y modales, y hasta el mismo desaliño del vestido, le grangeaba la veneracion universal. La fórmula ordinaria con que pedia limosna era esta: *Tened, hermanos, caridad con vosotros mismos, y haced bien por amor de Dios.*

Pero aunque era generalmente venerado de todos; no por eso dexaban de producirle muchas ocasiones de padecer, y de humillarse su caridad y su zelo. Pidiendo en cierta ocasion limosna para su hospital á un hombre disoluto, en vez de limosna le dió una recia bofetada. El santo con admirable paciencia y dulzura le presentó el otro carrillo; accion que no solo confundió, sino que fue bastante para convertir á aquel hombre arrebatado.

Aunque eran excesivos sus trabajos, no por eso era menor su rigurosa penitencia. Dormia en el suelo sobre una estera, sirviéndole de almohada una dura piedra; ayunaba todos los viernes á pan y agua, y los demas dias se mantenia con solas legumbres; de manera, que su vida era un perpétuo ayuno. Andaba siempre con los pies descalzos y con la cabeza descubierta á todas las inclemencias; su vestido era siempre el mas vil y andrajoso que encontraba entre los pobres, trocando con éllos el que traía; y en medio de una vida tan mortificada, se acusaba contínuamente de que era muy regalona.

Hallábase á la sazon presidente de la chancillería de Granada el señor obispo de Tuy; y conversando un dia con el hermano Juan, le preguntó cuál era su apellido. El Santo le respondió con sinceridad y con modestia: El niño Jesus, que se me apareció camino de Gibraltar, me llamo *Juan de Dios*. Pues *Juan de Dios te llamarás de aquí adelante*, le replicó aquel prelado; *y porque la decencia cristiana hace mas amable la virtud, quiero que desde*

hoy dexes esos andrajos, que quiza serían causa de que muchos se desviasen de tí. Yo te he mandado hacer el hábito que te conviene, y es mi voluntad que te le pongas, y en adelante le traigas. Admitiólo el Santo con humildad; y haciendo el obispo traer el hábito, le bendixo y se le vistió por su mano, siendo este el modelo del hábito que hoy dia traen los religiosos de san Juan de Dios, llamados los hermanos de la caridad.

Aunque nuestro Juan parecía estar en una continua accion, se puede asegurar que no por eso era menos contínua su oracion, porque jamás perdía á Dios de vista. Fue dotado del don de la contemplacion, y le favoreció el Señor con las mayores gracias, dispensándole tambien el don de profecía y el de los milagros; y honrándole muchas veces Cristo y su Madre con su corporal presencia. Hallándose un dia en oracion, vió á esta soberana Reyna con una corona de espinas en la mano, que le dixo; *Juan, por las espinas y por los trabajos has de merecer la corona que mi Hijo te tiene reservada en el cielo*; y al mismo tiempo sintió agudísimos dolores; pero sin detenerse un punto, respondió lleno de amor y de ternura; *Señora, mis delicias serán los trabajos, y no quiero mas flores que las espinas de la cruz.*

Encontró un dia en la calle á un pobre, que al parecer estaba para espirar; cargósele á las espaldas, llevóle al hospital, y metióle en la cama. Lavóle los pies; y al tiempo de besárselos, como acostumbraba, reparó que los tenia taladrados al modo de un crucifixo; levantó los ojos para mirar al pobre, y conoció que era el mismo Cristo, el cual le dixo *Juan, todo lo que haces con mis pobres, lo recibo Yo como si lo hicieras á mí mismo; sus llagas son las mias; y lavas mis pies siempre que lavas los suyos.* Dicho esto, desapareció la vision, y Juan se halló cercado de una llama tan resplandeciente, que asustados los enfermos, comenzaron á gritar: *Fuego, fuego, que se quema el hospital.*

No daba paso hácia la caridad, que no fuese acompañado de grandes maravillas; pero al fin como eran limitadas sus fuerzas, cedieron al rigor de sus penitencias, y al trabajo de su perpétuo afan caritativo. Cayó malo; y viéndole doña Ana Osorio, muger de García de Pisaro,

rodeado de pobres, que afligidos inconsolablemente por la pérdida de su amoroso padre, cercaban su humilde cama, penetrando su compasivo corazon con dolorosos alaridos, y no dexándole apenas respirar, pidió licencia al arzobispo para llevársele á su casa. Mandólo el Prelado, y fue preciso á Juan obedecer, no obstante la repugnancia que sentia en morir fuera de su amado hospital. El mismo arzobispo le administró los sacramentos, que recibió con tanta devocion, que se la pegaba á los presentes. Tomó de su cuenta aquel piadosísimo Prelado el mantener á sus hospitales, y pagar las deudas que habia contraido para sustentar á los pobres. Finalmente el dia 8 de marzo de 1550, conociendo Juan que se acercaba la hora de su dichoso tránsito, pidió que le dexasen solo: salieron del cuarto los que le asistian; levantóse de la cama, hincóse de rodillas, abrazóse con un crucifixo, y diciendo estas amorosas palabras: *Jesus, Jesus, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, entregó su alma en las de su Criador. Al oir dichas palabras los que se habian retirado, entraron en el cuarto, y le encontraron muerto. Quedóse el santo cadáver de rodillas, y sin arrimo hasta que le sacaron de allí para amortajarle. Cumplia entonces puntualmente cincuenta y cinco años, siendo muy digno de notarse que hubiese muerto el mismo dia que nació. Concurrió á su entierro el señor arzobispo vestido de pontifical, con todo el clero secular y regular; el cadáver le llevaban alternativamente los religiosos de san Francisco y los Mínimos; rodeábanle veinte y cuatro jurados de la ciudad, y cerraba la pompa fúnebre el presidente con toda la chancillería, yendo despues en el acompañamiento toda la nobleza con una increible atropellada confusion de inmenso pueblo.

Duraron sus solemnísimas exêquias por espacio de nueve dias, en cada uno de los cuales se pronunció una oracion fúnebre en elogio de sus heróicas virtudes. Los continuos milagros que obró el Señor para acreditar la virtud de su fiel Siervo, determinaron al papa Urbano VIII., habiendo precedido largas informaciones, á expedir la bula de su beatificacion el año de 1630, y en el de 1690 el papa Alexandro VIII. hizo la ceremonia de su cano-

nizacion con grande solemnidad en la iglesia de san Pedro.

Veinte años despues de la muerte de san Juan de Dios, habiéndose abierto su sepultura de órden del arzobispo de Granada, se halló el santo cuerpo entero, y sin corrupcion, no habiendo sido embalsamado. El año de 1660, Felipe IV. rey de España, á instancia de su hermana doña Ana de Austria, reyna de Francia, obtuvo un hueso del brazo derecho de nuestro Santo para el hospital de la Caridad de París, el que envió á su serenísima hermana engastado en un preciosísimo relicario, y fue llevada la santa reliquia á la iglesia del hospital con devocion, pompa y solemnidad extraordinaria.

La misa es en honra de este gran santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Joannem tuo amore succensum inter flammas innoxium incedere fecisti, et per eum Ecclesiam tuam nova prole fœcundasti: præsta, ipsius suffragantibus meritis, ut igne charitatis tuæ vitia nostra curentur, et remedia nobis æterna proveniant: Per Dominum nostrum...

O Dios, que habiendo abrasado con el fuego de tu amor á tu siervo el bienaventurado Juan, hiciste que anduviese ileso entre las llamas de un incendio, y quisiste por su medio enriquecer á tu Iglesia con una nueva familia; concédenos por sus merecimientos, que con el mismo fuego de tu amor se curen nuestros vicios, y que hallemos siempre en su poderosa intercesion remedio para todas nuestras dolencias: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 31. del libro de la Sabiduría, y es la misma que el dia IV, folio 75.

NOTA.

"Que las riquezas han sido siempre ocasion de muchos pecados; y que en todos tiempos, y no precisamente en los de la ley de gracia, ha sido muy dificultoso á los ricos conservarse en la inocencia, se convence de que el autor del libro del Eclesiástico, que vivia cerca de doscientos años antes de la venida de Cristo, mira como especie de prodigio que un hombre rico sea santo.

REFLEXIONES.

No hay duda que el apego á las riquezas es estorbo á la salvacion. Pues pregunto: ¿es muy ordinario vivir entre la opulencia, y vivir sin este apego? Insinúase el vicio hasta en lo mas escondido del desierto; enciéndense las pasiones aun entre la ceniza de la penitencia, ¡y he de creer yo que el vicio ha de respetar la religion de los placeres, y que las pasiones se han de apagar entre tantos objetos que las fomentan y las excitan!

Un estado donde todo contribuye á lisonjear los sentidos y á fomentar las pasiones, conduce poco para fomentar la piedad. La humildad, basa de la perfeccion cristiana, se encuentra raras veces en medio de esa famosa opulencia. Una vida deliciosa, adulada, respetada, rarísima vez fue vida inocente. No solo son espinas las riquezas, segun la expresion del mismo Jesucristo, sino que frecuentísimamente son veneno, son ponzoña.

¿Y qué se ha de inferir de todas estas verdades, sino que los ricos, los que se ven en alta, en opulenta fortuna, deben ser los mas religiosos observadores de la ley; deben reputar por frívolos, por nulos todos esos privilegios de la delicadeza que ha inventado el amor propio, y guardarse de todas esas inobservancias, que el mundo relaxado y disoluto llama impropiamente dispensaciones; que teniendo mayor número de enemigos que combatir, deben velar y orar mas que los ótros, macerando su carne con la mortificacion, para quitar la fuerza á las tentaciones que nacen de su mismo estado?

¡Cosa extraña! Los que disfrutan mayores conveniencias en el mundo, son precisamente por lo comun los que no tienen fuerzas ni salud para guardar los mandamientos de la santa madre Iglesia. Pocos ricos hay, pocas damas delicadas, á quienes (si se ha de creer lo que dicen) no haga daño la comida de pescado, y cuya salud no se incomode, no se altere con el ayuno. No es porque les falte en la mesa la delicadeza y el regalo, sino porque su salud es siempre flaca, siempre delicada; y aun se puede añadir, que en siendo salud rica, siempre es tambien preciosa.

Parece que los achaques crecen con las rentas. Aquel que en una mediana fortuna observará las mas severas leyes de la Iglesia sin sentir incomodidad, pasando despues á ser un gran señor, juzgará no tener fuerzas para observar las mas suaves. Las dispensas apenas son mas que para la gente rica. ¿Pero las autorizará el Señor cuando sean exâminadas en su tribunal?

Por el contrario, la abstinencia y el ayuno, tan ordinarios á los primeros cristianos, y tan necesarios á los primeros fieles, parece que solo hablan con los pobres. El nombre solo de Cuaresma, de penitencia, de mortificacion altera á los grandes, á los poderosos del siglo. ¿Pero no me dirán qué significan aquellos oráculos de Jesucristo tantas veces repetidos en el evangelio: *El que cada dia no toma su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo: si no hiciéreis penitencia, todos igualmente pereceréis*? ¿Díganme en qué lugar de la Escritura están dispensados los nobles y los poderosos de esta regla universal?

El evangelio es del cap. 22. de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundùm autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ. Congregatis autem pharisæis, interrogavit eos Jesus, dicens: Quid vobis videtur de Christo? Cujus filius est? Dicunt ei: David. Ait illis: Quomodò ergo David in spiritu vocat eum Dominum, dicens: Di-

En aquel tiempo se llegaron á Jesus los fariseos, y uno de éllos doctor de la ley le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Díxole Jesus: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el máxîmo y primer mandamiento. Despues el segundo es semejante á éste: Amarás á tu próximo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley, y los profetas. Habiéndose, pues, congregado los fariseos, les preguntó Jesus, diciendo: ¿Qué os parece de Cristo, de quién es hijo? Respondiéronle: De David. Él les dixo: ¿Pues cómo David en espíritu le llama Señor, diciendo: El Señor dixo á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta tanto que ponga á

xit Dominus Domino meo: sede à dextris meis: donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum? Si ergo David vocat eum Dominum, quomodó filius ejus est? Et nemo poterat ei respondere verbum: neque ausus fuit quisquam ex illa die eum amplius interrogare.

tus enemigos por escabel de tus pies? Pues David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y ninguno podia responderle palabra: ni se atrevió nadie desde aquel dia á hacerle mas pregunta.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en aquel postrero juicio en que se ha de exâminar con el mayor rigor lo malo y lo bueno que hubiéremos hecho; en aquel juicio sin apelacion, donde se ha de decidir de nuestra eterna suerte; el instrumento mejor para ganar nuestro pleyto han de ser las obras de misericordia. *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reyno que os está aparejado desde la creacion del mundo*, dirá el soberano Juez; *porque tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; no tenia donde recogerme, y me hospedásteis; estaba desnudo y me vestísteis: estaba enfermo, y me visitásteis; estaba en la carcel, y me fuísteis á consolar.* Responderán los justos: *¿Señor, cuándo hicimos esas cosas? ¿cuándo tuvísteis hambre, y os dimos de comer? ¿cuándo tuvísteis sed, y os dimos de beber? ¿cuándo estuvísteis sin tener donde recogeros, y os hospedamos? ¿cuándo estuvísteis desnudo, y os vestimos? ¿cuándo estuvísteis enfermo, y os visitamos? ¿cuándo estuvísteis en la cárcel, y fuimos á consolaros?* Replicará el Salvador: *Cualquiera de esas cosas que hicísteis con el mas mínimo de mis hermanos, conmigo mismo la hicísteis.*

Comprónos Cristo el cielo á costa de su sangre; y con todo eso no nos pide mas para ponernos en posesion de esta herencia. El infinito amor que nos tuvo, fue el que le movió á hacer tanto por nuestra salvacion; y por eso quiere que el amor á nuestros hermanos nos haga merecer

la corona. ¿Puede pedirnos menos para hacernos eternamente dichosos? Y costando tampoco el salvarse, ¿podrá tener excusa el que se condena.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no podia el Salvador pedirnos cosa que fuese mas puesta en razon, ni mas fácil. No dice: venid, venid, benditos de mi Padre, poseed el reyno que os está aparejado, porque pasásteis la vida en elevadísima contemplacion, ó en un obscuro retiro; porque despedazásteis vuestro cuerpo con rigurosas penitencias, porque le extenuásteis con perpétuos ayunos, porque el ardor de vuestro zelo os hizo correr y penetrar hasta los paises mas remotos, hasta las mas bárbaras naciones. Ninguna cosa es mas loable, ninguna mas santa, ninguna mas meritoria del cielo; es verdad; pero este divino Salvador no impone por condicion precisa para conseguirle esa eminente virtud, esos penosos trabajos, ese extraordinario valor; porque sabe bien que no todos podrian fácilmente hacer tan grandes gastos. Habiendo derramado su sangre para que todos se salvasen, quiso que ninguno pudiese alegar excusa racional para no hacer lo que es necesario para salvarse. Si no tienes espíritu ni salud para hacer rigurosas penitencias; si por ser tan imperfecto no mereces el don de una elevada contemplacion; ¿por dónde podrás excusar de compadecerte de los trabajos del próximo, y de dar una limosna á los pobres? Bien está que tu estado no te permita ir á llevar la luz del evangelio al pais de los infieles; ¿pero quién te quita visitar á los pobres del hospital, y consolar á los que están en en la cárcel? Si no puedes socorrer á únos ni á ótros con tus limosnas, ¿por dónde no podrás alentarlos con tus palabras? ¡Qué desesperacion será la tuya en aquel último momento decisivo de la eternidad, por haber despreciado unos medios tan fáciles para salvarse! ¡Qué confusion causará á los cristianos cobardes la inmensa caridad de san Juan de Dios, viendo que éllos no hicieron caso de las obras de misericordia!

No permitais, Señor, que estas reflexîones tan saludables aumenten en aquel dia crítico el motivo de mi arrepen-

timiento; y si hasta aquí he sido tan desgraciado que no he sabido aprovecharme de élla, haced, divino Salvador mio, que esta meditacion repare mis faltas pasadas.

JACULATORIAS.

Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate. 1 Joan. 3.

No consista en palabras, sino en obras el amor al próximo; porque obras son amores, y no buenas razones.

Quis infirmatur, et ego non infirmor? 2. Cor. 11.

¿Cómo puede estár enfermo un hermano mio, sin que yo lo esté tambien por compasion?

PROPOSITOS.

No es menester mas motivo para inclinar todos los fieles al exercicio de las obras de misericordia, que el mismo objeto de éllas. Cuando visitas á ese enfermo, á ese hombre infeliz en el hospital ó en la cárcel, no pretende la religion que precisamente le mires á él como objeto de tu vista; quiere te hagas cargo de que visitas al mismo Jesucristo en la persona de ese encarcelado, de ese enfermo, que el mismo Jesucristo es á quien consuelas entre las cadenas y los grillos; el mismo Jesucristo á quien llevas esa taza de caldo; el mismo Jesucristo á quien das esa limosna: *mihi fecistis.* El mismo Jesucristo es quien nos lo asegura así. ¡Es posible que se crea esta verdad, y que haya cristianos que no visiten todos los dias las cárceles y los hospitales!

2 Resuelve en este mismo dia que no se pase semana alguna sin que hagas una visita por lo menos á los pobres del hospital; y cuando vayas á élla, persuádete y dite á tí mismo: voy á visitar al mismo Jesucristo. En algunas partes se llama el hospital *la casa de Dios*; porque quiere Cristo se entienda que vive allí en la persona de los pobres. Hácese vanidad, y se reputa por honra muy especial esto de tener entrada en palacio; ninguno hay que no la pueda lograr á todas horas en el palacio de Jesucristo, viéndole y hablán-

dole siempre que quiera en su hospital. Esta sola consideracion debiera animar la caridad de los fieles para con los pobres enfermos.

ORACION
para el quinto dia de la novena.

"Grande Apóstol de tantos pueblos, cuyo zelo parecia »mas vasto que todo el universo, y cuya caridad se ex»tendió á tantas naciones: glorioso san Francisco Xavier, »que solamente respirábais la salvacion de las almas, com»padecéos de las miserias de la mia: alcanzadme aquella »caridad cristiana, sin la cual no puedo ser discípulo de »Cristo, y con élla la gracia que os pido en esta novena, »si ha de ser para mayor gloria de Dios y bien de mi »alma. Amen."

DIA NUEVE.

Santa Francisca, viuda.

Santa Francisca, que con razon puede proponerse por modelo de virtud á todas las mugeres cristianas de cualquier estado y condicion que sean, nació en Roma el año 1384. Así su padre Pablo de Bruxis como su madre Jacobina Rofrendeschi eran de casas ilustrísimas y antiquísimas. Apenas nació al mundo cuando se conoció bien que nacia destinada únicamente para el cielo. La paciencia, la dulzura de su natural, el amor á la pureza en una edad en que apenas se habia desembarazado la razon, pronosticaban cuánto habia de sobresalir con el tiempo en todo género de virtudes.

Nunca tomó el gusto á los entretenimientos pueriles, y mucho menos á aquellas melindrosas delicadezas que nacen al parecer con las doncellitas de su calidad. Desde niña repararon todos el amor que profesaba á la soledad, al retiro y á la oracion. Valíase de cien pueriles industrias

para recatar de los ojos de sus padres, y de la noticia de su aya las mortificaciones que hacia; y á los once años tomó la resolucion de encerrarse en un monasterio, y de consagrarse á Dios enteramente; pero sus padres, que tenian otras ideas, sin consultar su inclinacion, la casaron, cuando apenas contaba doce años, con un caballero romano, joven, rico, noble y de prendas muy sobresalientes, llamado Lorenzo de Poncianis.

Empeñada ya, y ligada al matrimonio, solo pensó en santificarse en él. Persuadida que la verdadera devocion consiste en cumplir cada cual perfectamente con las obligaciones de su estado, dedicó toda su aplicacion á no omitir alguna de las correspondientes á aquel en que se hallaba colocada por la divina Providencia. Su primer cuidado fue estudiar el genio y la inclinacion del marido, imponiéndose una estrecha obligacion de estarle siempre rendidamente sujeta, evitando con el mayor desvelo cuanto pudiese ocasionarle algun disgusto, y turbar la paz y la buena armonía entre ámbos.

Pocos matrimonios se han visto mas felices, porque se han visto pocos tan santos. La estimacion, el amor y el respeto eran recíprocos; la paz y la union inalterables; cuarenta años vivieron juntos, sin que en todo este tiempo hubiese habido la menor desazon ni la mas mínima tibieza.

El principal objeto de su atencion era su familia. Habiéndola dado Dios un hijo y una hija, estuvo muy lejos de fiar á ótros el cuidado de su educacion, persuadida á que esta era la primera obligacion de una madre cristiana. Desempeñóla tan cabalmente, que su hijo murió con fama de santidad en la edad de nueve años; y la hija, que solo tenia cinco cuando murió, estando para espirar, exclamó que estaba viendo á su hermano resplandeciente como un sol, que la convidaba á que fuese á gozar de la misma gloria.

Acordándose de lo que dice el Apóstol (*ad Timoth. capit.* 5 *v.* 8.): *que el que no cuida de los suyos, especialmente de los que tiene dentro de casa, en cierta manera renuncia la fe, y es peor que un infiel*; es imponderable la atencion con que velaba sobre sus domésticos, el agrado y la bondad con que trataba á los que la servian. Mirába-

los como á hijos, y á todos los servia élla como amorosa madre. Cuando caia enfermo algun criado suyo, nunca permitia que le llevasen al hospital. *Si vamos á los hospitales*, decia la Santa, *á servir á los pobres extraños, ¿porqué no hemos de servir dentro de casa á nuestros criados enfermos?*

Conservando siempre el mismo espíritu de oracion y de retiro, decia que su casa era su convento; y á la verdad, así lo parecia, segun el órden, la regularidad y la piedad que reynaba en élla. Trabajaba con sus criadas en horas señaladas, oian todas la leccion espiritual que élla misma las daba leyéndolas un libro á propósito, y todas las noches habia un rato de oracion á que todas concurrian. Aunque la exhortacion mas eficaz era la de sus grandes exemplos, con todo eso de cuando en cuando convocaba á toda la familia para hacerla sus pláticas espirituales, especialmente en las vísperas de las dias festivos; y aunque su grande caridad la inclinaba á proveer á todos abundantemente de todo lo necesario, la mayor actividad de su celo se explicaba principalmente en cuidar de la salvacion de sus almas.

Desde el primer dia de su boda se puso entredicho á la concurrencia de espectáculos, festines y diversiones mundanas, sin hacerla fuerza el verse moza, rica, y de nobleza tan calificada. Solia decir que por ser rica y por ser noble no dexaba de ser cristiana.; esto es, que no por eso se consideraba menos obligada á vivir segun las reglas del evangelio; y en conclusion, que habiendo de seguir algunas máxîmas, élla no conocia otras mejores que las de Jesucristo.

Siempre vistió lana, consintiéndolo su marido, y aunque los cuartos de la casa estaban adornados con la decencia correspondiente á su estado, no se veia en éllos cosa alguna que pudiese ofender la modestia cristiana. Nada tenia de austéra, de ceñuda ni de desabrida su devocion; antes bien su dulzura, sus apacibles modales y aun su misma complacencia hacian mas amable la virtud; siendo su exemplo de tanta edificacion en Roma, especialmente con las de su sexô y calidad, que retiró de las vanidades del mundo á muchas matronas romanas, inspirándolas el mismo amor á la virtud que élla tenia. No

pocas la acompañaron en una especie de congregacion instituida baxo la direccion de los padres del oratorio del monte Olivete, donde la santa emulacion que excitó entre las congregantas, despertó la caridad y el exercicio de las obras de misericordia que se hacian en toda la ciudad.

Aunque era tan grande el amor que profesaba á la oracion, en la cual regularmente recibia singularísimos consuelos, sabia interrumpirla sin impaciencia y sin enfado siempre que la obligacion la llamaba á otra parte; mostrando el Señor cuán grata le era esta disposicion de ánimo por un suceso milagroso. Rezaba un dia con su acostumbrada devocion el Oficio Parvo de la santísima Vírgen, y en un solo verso le interrumpieron cuatro veces, dexándole todas cuatro sin dar la mas leve seña de impaciencia. Cuando volvió la cuarta vez á comenzar el mismo verso, le halló escrito con letras de oro; lo que no se hubiera sabido si la persona que se hallaba allí casualmente, y fue testigo de la maravilla, no la hubiera publicado.

El tiempo que la sobraba de la oracion, de los exercicios espirituales y del cuidado doméstico de la familia, le dedicaba enteramente á las obras de misericordia. Era obedientísima á su director, el cual pudo moderar sus penitencias, pero no el deseo de hacerlas y de padecer. Decia que la vista de Cristo crucificado la estaba contínuamente reprendiendo su grande delicadeza; siendo así que no era facil tratarse á sí misma con mas rigor de lo que élla se trataba.

Caminaba santa Francisca á jornadas largas en el camino de la perfeccion, cuando el Señor, que hasta entonces la habia colmado de extraordinarios favores, derramando en su alma aquellas dulzuras abundantes que hacen gustar con anticipacion los destellos de la gloria, quiso darla parte en su cruz, para que viese el mundo que la virtud de nuestra Santa era un fruto que se daba en todas las estaciones, y que no dependiendo de la abundancia ni de la prosperidad, era superior á todas las desgracias.

El año de 1413 entró en Roma Ladislao, rey de Nápoles, durante el cisma que afligia y destrozaba la Iglesia. Vió Francisca saqueada su casa, confiscados sus

bienes, y desterrados de la ciudad á su marido y á su cuñado Paulucci. Padeció esta desgracia con admirable constancia; y porque no pudo contener las lágrimas cuando vió que la arrancaban á su marido y á su hijo, toda la vida lloró este, á su parecer, excesivo sentimiento, y le trató como un gran delito del amor propio. Nunca respondia otra cosa á los que concurrian á consolarla, sino: *el Señor me quitó lo que me habia dado, pues sea su nombre bendito.* Su serenidad inalterable, su perfecta resignacion y su tranquilidad fueron el mayor elogio de su virtud, admirando y cautivando á los mismos que habian tenido mas parte en sus desgracias.

Pasada aquella tempestad, se levantó el destierro al marido, se le restituyeron los bienes, y volvió á su antigua prosperidad la familia. Aprovechóse santa Francisca de la buena disposicion en que se hallaba su esposo, y le persuadió facilmente á que en adelante viviesen como hermano y hermana, entregándose del todo á la oracion y al exercicio de las obras de misericordia.

Viéndose ya con mayor libertad para dedicarse á sus devociones, alargó las riendas á su fervor y á su zelo. Comia una sola vez al dia; prohibióse casi del todo, no solo la carne, sino tambien el pescado; la ropa exterior y la interior eran de lana, sin volver á usar el lienzo; acostábase vestida, y no dormia mas que dos horas por la noche. Traía á raiz de las carnes un saco de cerdas ceñido con un cinto de hierro, que introduciéndose por éllas, la lastimaba mucho, causándola agudísimos dolores. La vista sola de estos instrumentos de penitencia, que aún se conservan con grande veneracion en su monasterio de las Oblatas, hace estremecer. Por mucho tiempo bebió por un cráneo, ó media calavera, para vencer su delicadeza y repugnancia. Tenia singularísima devocion á la pasion de Cristo, y pidió con instancias á este divino Salvador, que la hiciese experimentar toda la amargura de su dolorosa pasion todas las veces que meditase en élla. Fuéla concedida esta gracia, y muchas veces la tuvieron por muerta por la vehemencia de los dolores que padecia.

Reducida á la familia precisa, y desembarazada en parte de su cuidado, vivia mas en los hospitales que en

su casa. Ningun pobre vergonzante, ninguna doncella necesitada, y por lo mismo expuesta á mayor peligro, ningun infeliz se escondia á su vigilancia, á su solicitud, á su caridad y á su zelo.

A vista de la virtud amable de nuestra Santa con sus discretas y piadosas conversaciones, pero mucho mas con sus exemplos, perdieron el gusto del mundo muchas doncellas y viudas jóvenes, por la mayor parte personas de calidad. Inspiróla, pues, el Señor el pensamiento de fundar un monasterio de Oblatas, esto es, de vírgenes y matronas, que deseosas de renunciar las vanidades del mundo, se dedicasen enteramente á servir á Dios.

Como por parte del marido nunca hallaban embarazo estas piadosas ideas, antes bien encontraba siempre en él toda la docilidad que podia desear, emprendió aun en vida suya la fundacion del monasterio, que fue, y es el dia de hoy uno de los mas ilustres y de los mas santos de la Iglesia, donde gran número de doncellas y señoras de la primera nobleza resucitan en sus personas el generoso desprecio de las vanidades y de las grandezas mundanas, y con el exercicio de las mayores virtudes retratan fielmente á nuestros ojos la de su santa Fundadora, cuyo espíritu conservan con singular perfeccion.

Fundó santa Francisca este piadoso monasterio el año de 1425 baxo la regla de san Benito, añadiendo algunas constituciones particulares, que élla misma escribió de su mano; y cinco ó seis años despues las aprobó el papa Eugenio IV., poniéndose este nuevo órden baxo la proteccion de la santísima Vírgen. Fue tanto el número de doncellas que abrazaron desde luego este devoto instituto, que fue preciso edificar otro monasterio mas capaz; dióselas el nombre de *Oblatas*, porque en lugar de *profesion*, como las demas religiosas, solo hacen *oblacion*.

Pocos años despues perdió santa Francisca á su cuñada Vannoccia, muger de Paulucci, compañera inseparable suya en la mayor parte de las obras de caridad, é imitadora fiel de sus virtudes. A la muerte de la cuñada se siguió la de Lorenzo Poncianis su marido, que sucedió el año de 1436. Viéndose con esto desembarazada nuestra Santa de todo lo que podia detenerla en el mundo, se fue á encerrar prontamente en su monasterio de

las Oblatas, para acabar sus dias en el exercicio de la penitencia, y en la observancia de la regla que élla misma las habia dado. Pidió de rodillas á sus propias hijas que la recibiesen, no como fundadora, sino como la mas inútil criada de la casa. Tomó el hábito de religiosa, y el mismo dia de san Benito del año de 1437 hizo su oblacion; y desde aquel punto no habia ministerio tan humilde, no habia oficio tan baxo que no juzgase la venia muy ancho, teniéndose por muy honrada en que se le permitiesen exercitar. Humíllabase continuamente delante de las mas mínimas hermanas, y se reputaba por indigna de estar en su compañía.

Salia élla misma fuera de la ciudad á buscar la leña necesaria para la casa, trayéndola unas veces acuestas, y otras sobre un jumento, que conducia por las calles mas públicas de Roma, no habiendo para Francisca mayor gusto que cuando la hacian creer que todos la despreciaban. Ya no hay que admirar que colmase el Señor de favores tan extraordinarios á una alma tan humilde.

Veíanla en la oracion ordinariamente arrebatada; y en estos maravillosos éxtasis la revelaba el Señor los misterios mas obscuros, ilustrándola con luces sobrenaturales. Concedióla el don de profecía, el de penetrar los corazones, y tambien el de los milagros.

Comunmente veia al ángel de su guarda en figura de un niño hermosísimo vestido de blanco, y tan resplandeciente, que la iluminaba en medio de la noche, y solamente se la ocultaba cuando por algun pensamiento inútil ó por alguna palabra ociosa la castigaba Dios, privándola de este insigne favor.

Viéndose obligada á admitir el oficio de superiora, no por eso alteró su humildad ni su recogimiento, y solo sirvió para manifestar mas su santidad por gran número de milagros. No hallándose en toda la casa mas que tres mendrugos de pan para ochenta religiosas, luego que echó la bendicion á la mesa hubo bastante para todas. Trabajando un dia en cierta viña con las hermanas, y no encontrándose agua para apagar la sed que las afligia, se vieron las cepas cargadas de racimos frescos, aunque era por el mes de enero. Respetábanla las tempestades y las lluvias sin tocar á su persona cuando la cogian á cam-

po descubierto. El príncipe de las tinieblas hizo los mayores esfuerzos para espantarla, para acobardarla, y aun para engañarla; pero en vano, porque los mas furiosos ataques de los espíritus malignos se convertian en mayor confusion de éllos mismos, quedando siempre victoriosa nuestra Francisca. En fin, su vida fue una eslabonada cadena de portentosas virtudes y de asombrosos prodigios, por donde fácilmente se comprenderá qué preciosa fue su dichosa muerte á los ojos del Señor.

Prevínola de su cercanía una violenta fiebre que la acometió, y puso en consternacion no solo á sus hijas, sino á toda Roma; sola Francisca estaba llena de gozo viendo acercarse el feliz momento que la habia de unir con su Dios. Pronosticó que moriria el jueves, como sucedió el dia 9 de marzo de 1440, á los cincuenta y seis años de su edad. Los milagros que obró en vida y en muerte determinaron al papa Paulo V. á canonizarla el año de 1608, haciendo la funcion de la solemnidad correspondiente á la gran veneracion que todo el mundo cristiano profesaba de muy largo tiempo á esta celebérrima Santa.

La misa es en honra de santa Francisca, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatam Franciscam famulam tuam, inter cætera dona, familiari angeli consuetudine decorasti; concede, quæsumus, ut gratiæ tuæ intercessionis ejus auxilio, angelorum consortium consequi mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre otros admirables dones concediste á tu sierva santa Francisca la gracia de conversar familiarmente con su ángel; suplicámoste que por su intercesion nos concedas que algun dia merezcamos alabarte en compañía de los mismos espíritus celestiales: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 5.

Charissime: Viduas honora, quæ verè viduæ sunt. Si qua autem vidua filios, aut nepotes habet: discat primùm domum suam regere, et mutuam vicem reddere parentibus: hoc enim acceptum est coram Deo.

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. Aquella

Quæ autem verè vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus nocte ac die. Nam quæ in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc præcipuè, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quæ fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospicio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean ireprensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido muger de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha exercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

NOTA.

»Hallábase san Pablo en Roma con toda libertad cuan»do hizo viage á Judea, como lo habia ofrecido en su epís»tola á los hebreos. Pasando despues á Macedonia, escri»bió desde allí su primera carta á Timoteo, á quien ha»bia dexado en Efeso. Despues de explicarle en élla las »obligaciones del obispo, le advierte que prescriba á las »mugeres el modo honesto de vestirse y de adornarse, y »le instruye en particular de las calidades que habian de »tener las viudas, de quienes entonces se servia la Iglesia »para ciertos ministerios de caridad. Escribióse esta epís»tola el año del Señor de 64.

REFLEXIONES.

Es la viudez un estado de luto, de privacion y de retiro. Querer alegrarse, tomar gusto á las diversiones, exponerse demasiado al ayre del mundo, es salir de su estado. Repartiendo san Gregorio papa á todos los fieles en diferentes clases, declara que las viudas pertenecen á la segunda. Realmente siempre han logrado en la Iglesia un lugar muy distinguido (*In* 1. *Reg. lib.* 4. *cap.* 4.). El mismo Dios quiso llamarse en la Escritura protector de las

viudas; pero de aquellas que lo son verdaderamente, como dice san Pablo: *Quæ verè viduæ sunt*; esto es, de las que con su circunspeccion, con su piedad, con su modestia, con su retiro sustentan el honor de su viudez.

¡Qué indignidad, que poca edificacion es ver á algunas viudas mozas volver á engolfarse en el mundo despues de haber sido sacadas de él por un golpe de la divina Providencia, que principalmente se dirigia á su eterna salvacion, rompiendo con tiempo las dulces cadenas que las aprisionaban! ¡de cuántos escollos las habia apartado este dichoso golpe de tempestad! La mano de Dios fue la que de repente cubrió de sombras y de luto aquel exceso de vanidad, de profanidad y de galas. Aquellos ojos perpétuamente clavados en las criaturas jamas sabian levantarse ácia el cielo; aquel corazon pegado á la tierra habia perdido el gusto á los bienes celestiales. Embriagada el alma en los deleytes, engañosamente inducida por los sentidos, y encantada con las falsas brillanteces del mundo, corria á su perdicion. Era menester quitar la máscara á tantos objetos disfrazados, hacerla palpar la vanidad de las alegrías del mundo, y que tocase con la mano la caduca instabilidad de los bienes aparentes. Para todo esto era indispensable romper aquel nudo, arrancarla aquella venda, estrujarla bien los ojos, y aplicarlos algun colirio que los hiciese exprimir lágrimas en abundancia para que se la despegase la vista; finalmente, era menester rociar de amarga hiel todas las dulzuras mentirosas que en el sabor eran almivar y en la substancia veneno. Todo esto hizo Dios retirando del mundo á aquel esposo. La imagen de la muerte, el desvío de los objetos, la tristeza, los llantos, el retiro, aunque todo sea involuntario, todo contribuye para obligar á una alma, digámoslo así, á que á lo menos por algun tiempo sea algo mas cristiana. ¿Pero por qué no perseverará en lo comenzado? ¿por qué no entrará en los designios de la divina Providencia? Deshizo el Señor los lazos que la aprisionaban; ¡qué lástima volver á fabricarse nuevas cadenas! Restituyóse dichosamente á su antigua libertad, y no sosiega hasta volverse á ver en nueva servidumbre. Pocas segundas nupcias hay sin mucho arrepentimiento.

La viuda que se da á las diversiones, es muerta con

apariencias de vida: *Nam quæ in deliciis est*, *vivens*, *mortua est*. ¡Qué poco se gusta hoy en el mundo esta verdad! ¿Pero dexará de ser menos verdad porque se guste poco en el mundo? Las diversiones mundanas son perniciosas á todo género de personas; pero infaliblemente tiene mas veneno para las de ciertos estados. No siempre es visible, ni se sigue prontamente la muerte del alma; pero no son menos dañosos ni menos mortales los venenos lentos que los executivos.

El evangelio es del capítulo 13. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De las adversidades.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas comun ni menos conocida que las adversidades. En todas partes se hallan, y en todas se miran como puras desgracias. Con todo eso, ninguna adversidad hay que no pudiera ser muy útil si se considera bien lo que valen.

Los santos las estimaron siempre como favores. Éllas sirven de contraveneno á las pasiones; su amargura es un especial remedio contra el amor propio; no hay medicina mas eficaz para curar las ilusiones del corazon y la ceguera del alma. La prosperidad embriaga, ó por lo menos deslumbra. Es muy dificultoso que el corazon no se ablande cuando todo se le rie, cuando todo le halaga y le lisonjea. Las adversidades hacen perder el gusto á las criaturas; contienen el admirable secreto de hacernos sensibles y deliciosos los bienes espirituales.

La prosperidad pega el corazon al mundo, fomenta el olvido de Dios y nutre al alma en sus defectos. La adversidad tiene tres efectos contrarios; desprende el corazon de la tierra, únele á Dios mas fuertemente, cria y cultiva todas las virtudes.

Si somos buenos, las adversidades nos son útiles; si somos malos, nos son necesarias. ¡Qué inmenso caudal de méritos se halla en lo que se padece! Seguramente se puede decir que las adversidades son un tesoro escondido. Si es preciso satisfacer por las culpas, si son necesarias gracias preservativas, si es menester domar las pasiones y desarmar de alguna manera al enemigo de nuestra salvacion, todo es propio de las adversidades. Nuestro divino Salvador espirando en una cruz hizo preciosos los trabajos. El árbol de la cruz en todo tiempo da frutos sazonados. ¡O mi Dios, y qué poco conocemos lo que valen estos frutos!

Húyese de las cruces; mas no importa, éllas sabrán encontrarnos. En todas partes nacen, porque en todas es-

tan sembradas, y dentro de nosotros mismos llevamos las raices. No hay que pensar en evitarlas, sino en aprovecharse de éllas. En llevándolas con paciencia se hacen mas ligeras, y en llevándolas con alegría se hacen mas dulces.

El primer fruto de las adversidades es la humildad. Nunca se conserva mejor la inocencia que entre las espinas. Son el sendero mas derecho, y tambien el mas breve para ir al cielo. Siendo esto así, ¡se miran con horror los trabajos! ¡Mi Dios, qué error tan comun, pero qué error tan pernicioso! ¡qué tesoro de gracias y merecimientos no hubiera adquirido yo si me hubiera sabido aprovechar de los trabajos y de las adversidades! No por eso hubiera padecido mas. Ya se habia pasado su amargura, y solo me restaria la dulce esperanza del premio que me aguardaba. ¡O gran Dios, y qué digno de compasion es un cristiano que no sabe hacerse dichoso por los trabajos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es verdaderamente digno de admiracion que un hombre que tiene fe no comprenda el precio y la indispensable necesidad de los trabajos. Penetraba bien el sentido de estos oráculos: *El que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo* (*Luc.* 14.). *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome cada dia su cruz, y sígame; porque el que quisiere salvar su vida, la perderá, y el que la perdiere por mí, la salvará.* Jesucristo es el que habla de esta suerte. Cuando llevamos las cruces con disgusto, cuando tratamos de desgracias á las adversidades, cuando bramamos á vista de la humillacion y de los trabajos, ¿creemos sériamente las palabras de Jesucristo?

No hay que esperar tener parte en los favores de nuestro Dios, y estar exêntos de padecer. Desde que se estableció la ley de gracia no hay privilegios para los escogidos del Señor en órden á los bienes y á las alegrías de este mundo, no hay para éllos exênciones ni dispensas en órden á las cruces de esta vida. Habiendo padecido tanto el Hijo querido de su Padre ¿sería razon que no padeciesen los que son especialmente amados del mismo Hijo?

Habiendo sido varon de dolores Jesucristo, que se llama el predestinado por excelencia, ¿sería justo que los demas predestinados fuesen de caracter diferente? No hubo favorecido alguno del Señor que no hubiese bebido de su caliz; antes bien esta es condicion precisa para aspirar á ser su favorecido: *Potestis bibere calicem.* ¿Pues cómo se han de tener por desgraciados los que logran este privilegio?

Muchos beben cada dia, pero sin pensar en éllo, el caliz del Salvador. Tantas desgracias que les suceden, tantas injusticias como les hacen, tantas persecuciones como padecen. Cuántos disgustos hay que tragar, cuántas humillaciones, cuantas contradicciones, cuántas mortificaciones, cuántas zancadillas, cuántas pesadumbres, cuántas enfermedades que no se pueden evitar. Esta es la porcion del cáliz que Dios les ha preparado; mas por cuanto no se considera como porcion del cáliz de Jesucristo; este cáliz no es para éllos cáliz de salud, y de aquí nace que solo encuentran en él hieles y amargura. Si se quiere gustar su dulzura, mírense con ojos cristianos las adversidades como medios para la salvacion, como prendas de amor del Señor, como tesoro de los escogidos, y como herencia propia suya. El que se halla humillado, súfralo con paciencia y con resignacion; padezca con sumision y con accion de gracias. Entonces los trabajos no solo serán meritorios, sino que le servirán de consuelo; el cáliz no será amargo, y solamente se encontrará en él dulzura y suavidad. Así lo experimentó dichosamente santa Francisca.

¡Ah, Señor, y cuánto siento no haberme sabido aprovechar hasta ahora de este tesoro escondido! Muchas veces he bebido el cáliz sin saber que era vuestro. Yo prometo, Señor, con toda la confianza que me inspira vuestra divina gracia, de mirar en adelante con respeto las adversidades. Dignáos darme aliento para eso.

JACULATORIAS.

Bonum mihi quia humiliasti me: ut discam justificationes tuas. Salm. 118.

Bueno es, Señor, para mí que me hayais humillado, porque así aprenderé á guardar vuestros mandamientos.

Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

Sí, mi Dios, en los golpes que descargais sobre mí encuentro yo mi mayor consuelo.

PROPOSITOS.

Tenemos un gran pontífice, dice san Pablo, que sabe compadecerse de nuestros males, y para sentirlos mas, quiso primero experimentarlos en su persona. Compadecióse de su pueblo en el desierto, enterneciose al ver el luto de la viuda de Naim, lloró sobre el sepulcro de Lázaro. Pero si se lastíma tanto de nuestros trabajos, ¿en qué consiste que guste de ver metidos en éllos á los que mas quiere? Aquí hay sin duda misterio. Es que los trabajos, las humillaciones, las aflicciones nos son útiles, nos son necesarias. Toda prosperidad es sospechosa, ó por lo menos arriesgada. Pocas virtudes dexan de bastardear en medio de una larga prosperidad. Corrige un modo de hablar muy comun, pero poco cristiano, que se estila hoy en el mundo; guárdate bien de llamar desgraciados á los que padecen trabajos. Las cruces, ya sean castigo, ya sean prueba, siempre son respetables en comenzando á ser cruces. ¿Tienes parientes pobres? ¿ha sucedido algun trabajo á alguno de tus amigos? ¿conoces alguna familia llena de necesidad y de miseria? Pues mira á todas esas personas como almas privilegiadas; visítalas. consuélalas, ofrécelas tus buenos oficios, y tente á ti mismo por infeliz cuando todo se te rie. Es cosa disonante, es vergonzosa, y aun en cierta manera escandalosa que los cristianos miren con horror las cruces. No desmintamos nuestras máxîmas con nuestras obras, y acordémonos que no son los mas dichosos los dias mas serenos, los mas tranquilos, los mas risueños del mundo. Discurre, habla y obra de aquí adelante segun esta filosofía moral.

2. Imponte una como ley de dar siempre gracias á Dios, así en la prosperidad como en la adversidad: *Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare non suscipiamus?* (*Job.* 2.) Si recibimos como venidas de la mano de Dios las prosperidades; ¿por qué no recibirémos como venidas de la misma mano las adversidades? Bien se puede recu-

rrir á los santos para conseguir de Dios por su intercesion que nos preserve de ciertos contratiempos, que nos libre de ciertas enfermedades; pero siempre ha de ser con el correctivo de si conviniere para mayor gloria de Dios y bien de nuestras almas. Con este mismo espíritu debes pedir al Señor por intercesion de san Francisco Xavier aquellas gracias que juzgas necesarias. Sin la virtud de la paciencia no puede pasar el cristiano.

ORACION

para el sexto dia de la novena.

"Glorioso san Francisco Xavier, que destituido de to- »do humano consuelo, consumido de trabajos, reducido »á la última extremidad, y cargado de injurias por Je- »sucristo, conservaste siempre una paciencia inaltera- »ble; suplícote me alcances esta magnánima virtud con »la gracia de saber aprovecharme bien de los trabajos de »esta vida, y al mismo tiempo la que en particular te pido »en esta novena; pero siempre con perfecta sumision á »la voluntad de mi Dios, no queriendo cosa alguna sino »á su mayor gloria. Amen."

DIA DIEZ.

Los cuarenta mártires de Sebaste.

Al mismo tiempo que el emperador Constantino hacia triunfar la Iglesia de Jesucristo en su imperio de Occidente, su cuñado Licinio perseguia en todo el Oriente con bárbara crueldad á los cristianos. Vencido por Constantino en el año de 314, y obligado á cederle la Iliria y la Grecia, entró en tanto furor, que no pudiendo explicar su vergüenza en el vencedor, descargó toda la cólera sobre los cristianos, á quienes en

todas partes protegia el piadoso Constantino, y los hizo una cruel guerra.

Al principio procedió con algun reparo, y para perseguirlos buscaba algun pretexto político fundado en razon de estado; pero despues se declaró abiertamente contra la religion, y para ofender mas á Constantino resolvió exterminar de todo su imperio á los cristianos.

Fue horrible y sangrienta la persecucion en todo el Oriente. Inventáronse nuevos tormentos; hubo pocos ministros de Jesucristo que no rubricasen la fe con su sangre; pocos cristianos que no fuesen, ó sepultados en espantosos calabozos, ó desterrados á paises bárbaros é incultos, ó coronados del martirio.

Los mártires mas ilustres que debe la Iglesia á esta sangrienta persecucion fueron los cuarenta soldados de Sebaste. San Gregorio Niseno los llama defensores de la fe y torreones de la ciudad de Dios; siendo pocos los santos padres que no los consagren tambien semejantes ó mayores elogios.

Hácia el fin del año 319, quitándose la máscara Licinio, y declarándose enemigo capital de los cristianos, expidió un decreto, mandando á sus gobernadores que obligasen á rendir sacrificios á los ídolos á todos los vasallos de su imperio.

Uno de los que se mostraron mas zelosos en dar puntual cumplimiento á las órdenes del Emperador fue Agrícola, gobernador de Capadocia, y de la menor Armenia, que tenia su residencia en la ciudad de Sebaste. Apenas se publicó en la ciudad el decreto de Licinio, cuando cuarenta soldados de la guarnicion, todos jóvenes, todos bien dispuestos, todos de valor, y todos distinguidos en la tropa por sus señalados servicios, fueron á presentarse al Gobernador, y le declararon intrépidamente que eran cristianos: y que estuviese cierto que ningunos suplicios serian capaces de moverlos á abandonar la religion que profesaban. Llegó á este tiempo Lysias, general de la frontera; y pareciéndole que su autoridad y sus razones podrian bastar á reducirlos, los representó que habiendo merecido por sus bellas acciones los elogios, y aun el favor del Soberano, no solo perderian su fortuna, desobedeciendo á sus órdenes, si-

no que seguramente se precipitarian en las mayores desdichas, padeciendo por fin de éllas una muerte ignominiosa.

Pero la pronta y generosa respuesta de los héroes de Jesucristo convenció desde luego así al General como al Gobernador, que primero perderian la vida que la fe. No espereis, respondieron á una voz, ni deslumbrarnos con vanas promesas, ni intimidarnos con grandes amenazas. No queremos honras á que está anexa una eterna ignominia, ni nos apacentamos con fanáticas quimeras. Toda nuestra fortuna, toda nuestra dicha, y toda nuestra gloria es morir por Jesucristo, único y verdadero Dios; porque esos vuestros ídolos son un pedazo inanimado de metal, ó piedra, tan distantes de ser dioses, aunque ni por hombres los puede reconocer quien fuere racional.

El Gobernador, que era naturalmente feroz, colérico y cruel, mandó que al instante los desarmasen, que los cargasen de hierro, y que habiéndoles despedazado á azotes, fuesen aplicados á la tortura. Fue asombro hasta de los mismos paganos la alegría con que padecieron estos tormentos; pero no eran mas que preludio del cruel martirio que los esperaba. Siete dias estuvieron los santos mártires cargados de prisiones en un obscuro calabozo, aumentándose cada dia su aliento y su fervor. Al cabo de este tiempo, desesperando el Gobernador y el General de poderlos reducir, los condenaron todos á muerte. Era hácia el fin del invierno, que en aquel pais es rigurosísimo, y se aumentaba entonces el rigor con un frigidísimo norte que soplaba á la sazon. Sentenciólos el juez á que muriesen todos al rigor del frio, exponiéndolos desnudos á la inclemencia del hielo.

Luego que los santos Mártires tuvieron noticia de la inicua sentencia que se habia fulminado contra éllos, se hincaron todos de rodillas, y rindieron gracias al Señor por la merced que les hacia de derramar su sangre, y dar su vida por su gloria. Despues de esto, esforzándose únos á ótros, se decian mútuamente: ¿cuántas veces hemos despreciado la muerte en medio de los combates? ¿en cuántas funciones hemos expuesto atolondradamente nuestra vida en servicio del Emperador? ¡Qué gloria, qué

dicha, amados compañeros, padecer ahora en defensa de la justicia y de la verdad; y poder morir por aquel Señor, que por redimirnos á nosotros, ofreció su vida y derramó su sangre hasta la última gota! Levantando despues todos las manos y los ojos hácia el cielo, exclamaron fervorosos: *Cuarenta entramos en el combate; número misterioso; haced, Señor, que todos cuarenta seamos coronados.*

Acabada esta oracion, los sacaron de la cárcel cargados de prisiones, y los conduxeron al lugar del suplicio. Era éste una laguna fuera de la ciudad; pero tan inmediata á las murallas, que casi las bañaba. Un frio de los mas agudos y de los mas violentos que jamas se habian conocido, tenia tan helada esta laguna, que pasaban por encima del hielo los caballos y los carros con toda seguridad. En élla habian sido condenados los santos Mártires á pasar la noche; mas porque la tentacion hiciese mayor guerra á la constancia, habia mandado el tirano que en frente de la laguna se encendiese una grande hoguera, y que estuviese prevenido un baño de agua caliente, con órden de pasar á él inmediatamente á los que, cediendo al rigor del frio, quisiesen renunciar la fe por salvar la vida.

Apenas llegaron á la orilla de la laguna, cuando éllos mismos se desnudaron con apresurada alegría, y corrieron al suplicio con tanta intrepidez, que asombró á los asistentes; pero turbóse este gozo con un funesto accidente.

Ya el rigor del frio habia hendido los cuerpos de los santos Mártires en espantosas grietas, causando horror el mirarlos, y siendo el dolor que los afligia el mas vivo y el mas agudo que apenas se puede discurrir. Los guardas se habian quedado dormidos al amor de la hoguera: solo velaba el carcelero junto al baño caliente, cuando á media noche vió con mucho espanto suyo iluminado todo el espacio de la laguna que ocupaban los santos Mártires, descubriéndose tan claro y tan resplandeciente como la luz del medio dia. Levantó los ojos para exâminar de donde podia venir aquel resplandor brillante, y advirtió una tropa de ángeles, contando hasta treinta y nueve, que cada uno traía en la mano

una corona. Ya no se le ofrecia razon de dudar de que el Dios de los cristianos era el único verdadero Dios, y que enviaba aquella tropa celestial para coronar la constancia y la fidelidad de sus generosos Siervos. ¿Pero qué es esto? se decia él á sí mismo: los que han combatido tan generosamente por la fe son cuarenta, y las coronas no son mas que treinta y nueve. Así discurria el carcelero, cuando reparó que un infeliz apóstata, vencido del frio, habia renegado de la fe, y arrastrando por el hielo hácia la orilla de la laguna, venia haciendo señas con la mano para que le sacasen, y le metiesen en el baño, declarando con esta demostracion que estaba pronto á rendir adoracion á los ídolos.

Alargóle la mano el carcelero, pero apenas entró en el baño el infeliz, cuando espiró miserablemente, pasando del agua caliente á las eternas llamas del infierno. Mas la bondad del Señor, que no queria fuese sin efecto la oracion que le habian hecho los santos Mártires, ni que el demonio triunfase insolente por mas tiempo de su conquista, se dignó reemplazar prontamente al que se habia perdido; porque movido el carcelero de las maravillas que acababa de ver, y convertido de repente, se apresuró á ocupar la plaza que estaba vacante. Despierta á los compañeros, decláralos con valerosa intrepidez que ya es cristiano; protesta que renuncia con todo el corazon, y con toda la alma las supersticiones gentílicas; despójase él mismo de sus vestidos; pide en alta voz á los santos Mártires que ruegen á Jesucristo le conceda la gracia de morir en su compañía; corre esforzadamente á la laguna, y ocupa el lugar del soldado reprobado, mereciendo recibir aun visiblemente su corona. Fue universal, fue indecible la alegría de los santos Campeones al ver accion tan generosa; y la fe viva, la magnanimidad del nuevo compañero consoló luego el dolor de que estaban penetrados por la perdicion del apóstata infeliz.

Aún daban señas de vida los santos Mártires cuando amaneció el dia siguiente; de lo que informado el Gobernador, mandó que todos fuesen quemados para que acabasen de espirar con nueva especie de agudísimos dolores. Sácanlos de la laguna, y arrojánlos á todos en di-

ferentes carros para conducirlos á la hoguera. Solo reservaron á Meliton, que como el mas jóven, era tambien el mas robusto de todos; y habiendo resistido mas á la violencia del frio, conservaba todavía bastantes espíritus vitales. Parecióles á los guardas que separado de sus compañeros sería mas facil el vencerle. Pero su madre, que siendo cristiana no le habia perdido de vista en los tormentos, elevándose sobre los movimientos de la naturaleza, y superior á la flaqueza del sexô, le cogió élla misma entre sus brazos, y conociendo en la dulce alhagüeña alegría de sus ojos, ya medio apagados, el gusto que le daba en no apartarle de sus ilustres compañeros: *Anda, hijo mio*, le dixo, *ve á dar fin á tu sacrificio con la vida, para dar principio á otra dichosa, que no se acabará por toda la eternidad*; y diciendo esto, le arrojó en uno de los carros.

Fueron echados los santos Mártires en una grande hoguera, y aunque el Gobernador dió órden para que sus cenizas fuesen arrojadas en el rio, los cristianos, ya á fuerza de dinero, ya con otros arbitrios, tuvieron modo para recogerlas; extendiéndose tanto estas preciosas reliquias, dice san Gregorio Niseno, que apenas hay pais en la cristiandad que no esté enriquecido con este tesoro, y donde no se profese singular veneracion á los cuarenta Mártires. Sus nombres, segun se hallan en las actas mas antiguas, son los siguientes: Quirion, Candido, Domno, Meliton, Domiciano, Eunoico, Sisino, Heráclio, Alexandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Heliano, Ecdicio, Acácio, Vibiano, Elio, Teódulo, Cirilo, Flavio, Severiano, Valerio, Cudion, Sacerdon, Prico, Eutiquio, Eutiques, Smoragdo, Ficloctémon, Aecio, Nicolas, Lisímaco, Teófilo, Xantéas, Angéas, Leoncio, Hesíquio, Cayo y Gorgonio.

La misa es en honra de estos Santos, y la oracion de la misa la siguiente:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nos-

Suplicámoste, Dios omnipotente, que experimentemos benignos para favorecernos á los gloriosos martires que veneramos tan firmes pa-

una corona. Ya no se le ofrecia razon de dudar de que el Dios de los cristianos era el único verdadero Dios, y que enviaba aquella tropa celestial para coronar la constancia y la fidelidad de sus generosos Siervos. ¿Pero qué es esto? se decia él á sí mismo: los que han combatido tan generosamente por la fe son cuarenta, y las coronas no son mas que treinta y nueve. Así discurria el carcelero, cuando reparó que un infeliz apóstata, vencido del frio, habia renegado de la fe, y arrastrando por el hielo hácia la orilla de la laguna, venia haciendo señas con la mano para que le sacasen, y le metiesen en el baño, declarando con esta demostracion que estaba pronto á rendir adoracion á los ídolos.

Alargóle la mano el carcelero, pero apenas entró en el baño el infeliz, cuando espiró miserablemente, pasando del agua caliente á las eternas llamas del infierno. Mas la bondad del Señor, que no queria fuese sin efecto la oracion que le habian hecho los santos Mártires, ni que el demonio triunfase insolente por mas tiempo de su conquista, se dignó reemplazar prontamente al que se habia perdido; porque movido el carcelero de las maravillas que acababa de ver, y convertido de repente, se apresuró á ocupar la plaza que estaba vacante. Despierta á los compañeros, declaralos con valerosa intrepidez que ya es cristiano; protesta que renuncia con todo el corazon, y con toda la alma las supersticiones gentílicas; despójase él mismo de sus vestidos; pide en alta voz á los santos Mártires que ruegen á Jesucristo le conceda la gracia de morir en su compañia; corre esforzadamente á la laguna, y ocupa el lugar del soldado reprobado, mereciendo recibir aun visiblemente su corona. Fue universal, fue indecible la alegría de los santos Campeones al ver accion tan generosa; y la fe viva, la magnanimidad del nuevo compañero consoló luego el dolor de que estaban penetrados por la perdicion del apóstata infeliz.

Aún daban señas de vida los santos Mártires cuando amaneció el dia siguiente; de lo que informado el Gobernador, mandó que todos fuesen quemados para que acabasen de espirar con nueva especie de agudísimos dolores. Sácanlos de la laguna, y arrojánlos á todos en di-

ferentes carros para conducirlos á la hoguera. Solo reservaron á Meliton, que como el mas jóven, era tambien el mas robusto de todos; y habiendo resistido mas á la violencia del frio, conservaba todavía bastantes espíritus vitales. Pareciólesá los guardas que separado de sus compañeros sería mas facil el vencerle. Pero su madre, que siendo cristiana no le habia perdido de vista en los tormentos, elevándose sobre los movimientos de la naturaleza, y superior á la flaqueza del sexô, le cogió élla misma entre sus brazos, y conociendo en la dulce alhagüeña alegría de sus ojos, ya medio apagados, el gusto que le daba en no apartarle de sus ilustres compañeros: *Anda, hijo mio*, le dixo, *ve á dar fin á tu sacrificio con la vida, para dar principio á otra dichosa, que no se acabará por toda la eternidad*; y diciendo esto, le arrojó en uno de los carros.

Fueron echados los santos Mártires en una grande hoguera, y aunque el Gobernador dió órden para que sus cenizas fuesen arrojadas en el rio, los cristianos, ya á fuerza de dinero, ya con otros arbitrios, tuvieron modo para recogerlas; extendiéndose tanto estas preciosas reliquias, dice san Gregorio Niseno, que apenas hay pais en la cristiandad que no esté enriquecido con este tesoro, y donde no se profese singular veneracion á los cuarenta Mártires. Sus nombres, segun se hallan en las actas mas antiguas, son los siguientes: Quirion, Candido, Domno, Meliton, Domiciano, Eunoico, Sisino, Heráclio, Alexandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Heliano, Ecdicio, Acácio, Vibiano, Elio, Teódulo, Cirilo, Flavio, Severiano, Valerio, Cudion, Sacerdon, Prico, Eutiquio, Eutiques, Smoragdo, Ficloctémon, Aecio, Nicolas, Lisímaco, Teófilo, Xantéas, Angéas, Leoncio, Hesíquio, Cayo y Gorgonio.

La misa es en honra de estos Santos, y la oracion de la misa la siguiente:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nos-

Suplicámoste, Dios omnipotente, que experimentemos benignos para favorecernos á los gloriosos mártires que veneramos tan firmes pa-

tra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum...

ra confesaros: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11. de la que escribió san Pablo á los hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper, et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus, in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reynos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los exércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron estendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y ademas cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

„Desde Roma, donde se hallaba san Pablo el año 62 „de Jesucristo, escribió esta admirable epístola á los „de su nacion, cuya salvacion tenia mas en el alma. „En élla los convence con razones no solo plausibles, si„no concluyentes sacadas de la Escritura, que no ha„bia que esperar salvacion fuera de la ley de Cristo;

»que la ley escrita de Moyses quedaba derogada por »la ley de gracia del Salvador; y que no debian sujetarse mas á un yugo de que ya los habia librado el »Hijo de Dios.

REFLEXIONES.

No solamente vive el justo por la fe, sino que en cierta manera, se puede decir que la fe es el móvil principal, ó á lo menos uno de los principales de las mayores acciones del justo. La fe es la que le infunde aquel gran valor, la que le da aquel claro discernimiento, la que quita la máscara á los objetos mas engañosos, la que descubre lo aparente de su brillantez; la fe sola, por obscura que sea, es la que produce en el alma verdaderas luces.

Tenemos poco amor de Dios, poca confianza en Dios, poca virtud, y poco valor, porque tenemos poca fe. Se obra con desidia cuando se cree con tibieza. No digamos ya que el camino del cielo es escabroso; que el yugo del Señor es pesado; que los frutos de la cruz son desabridos; que los mandamientos de la ley de Dios son árduos; que la misma ley es austera: digamos que nuestra fe está medio apagada, está agonizando, está casi muerta. Una fe viva todo lo halla facil.

Discurramos á proporcion de la fe divina, como discurrimos sobre la eficacia de la fe natural y humana. Por los efectos se ha de juzgar propiamente de la calidad de la fe.

¿Por qué aquel hombre mundano se dedica con tan contínua, con tan mortal fatiga al trabajo? ¿por qué aquella intolerable servidumbre á las obligaciones mas menudas del empleo? ¿porqué aquella servil dependencia del negocio, de la corte, del exército? Solo porque se cree ser medio seguro para adelantar, ó casi el único para hacer fortuna.

Es duro y muy duro arrancarse de la dulce compañía de los padres, separarse de todo lo que mas se estima y mas se ama en el mundo; ir á exponer la vida á mil peligros, á la inconstancia de las ondas, á la violencia de los vientos, al furor de las tempestades. Con todo eso, ¿se

cree que este viage es necesario para el negocio, para la familia, para el interes? Pues no se consulta ni á placeres, ni á inclinacion, ni á delicadeza. ¿Aquel jóven, heredero quizá de grandes mayorazgos, en quien están colocadas las esperanzas todas de su ilustre familia, sería bien escuchado, si al tiempo de ir á asaltar una brecha, ó de envestir al enemigo, se excusase diciendo: no puedo exponerme á ese peligro, porque soy joven, porque soy heredero, porque soy noble? Dura es la condicion, pero no importa: desde que plugó al mundo hacer de élla punto de honra, desde que se juzga necesaria para hacer fortuna, para hacer su corte, para conseguir la gracia del príncipe, no se delibera, es menester sujetarse á la ley por dura que sea. No es necesaria la aplicacion de estas verdades prácticas, y sería cosa vergonzosa descender á un menudo cotejo de éllas con nuestra fe.

Aquellos grandes del mundo, aquellos afortunados del siglo, aquellos hombres vanos que se apacientan de grandezas, que solo sirven á sus pasiones, que idolatran su concupiscencia, que gastan los dias enteros en delicias y en pasatiempos; ¿todas estas personas creen por ventura en un Dios crucificado? ¿creen las verdades terribles de nuestra religion? ¿entran á la parte en el objeto de su fe las máxîmas de Jesucristo? ¿creen que el evangelio debe ser la única regla de su conducta?

Aquella muger mundana, únicamente ocupada en sus entretenimientos; aquella á quien la han nacido las canas, y las rugas en el juego, en las fiestas y en los espectáculos, ¿cree que para ser discípula de Cristo es menester renunciarse, negarse á sí misma? ¿que la vida cristiana es una vida humilde y mortificada? ¿que las diversiones del mundo están por la mayor parte emponzoñadas; que en él todo es lazos, todo es escollos, todo es peligros? Viviendo como se vive hoy en el mundo comunmente, ¿habrá quien tenga valor para ser responsable de su fe?

El evangelio es del cap. 6. de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati, pauperes, quia vestrum est regnum Dei: Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

En aquel tiempo: Baxando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen y del pais marítimo de Tyro y de Sidon que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reyno de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reireis. Sereis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozáos en aquel dia, y alegráos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

De la falta de perseverancia.

PUNTO PRIMERO.

Considera los muchos que de todas partes concurrieron á oir y á seguir al Salvador del mundo, y los pocos entre toda aquella inmensa muchedumbre que perseveraron.

Mas de cinco mil personas lo abandonaron todo, ol-

vidándose hasta de su misma comida, por seguirle en el desierto; pero esto no duró mas que tres dias. Cuando entró triunfante en Jerusalen, salió á recibirle fuera de la ciudad una prodigiosa multitud de pueblo, llenándole de aclamaciones: pero se acabó todo en pocas horas. De toda la Judéa, y hasta de las partes mas remotas de Tiro y de Sidon concurren á enxambres todo género de gentes, así para escuchar sus divinas palabras, como para ser curados los enfermos de sus molestas dolencias. No hay quien no reciba algun beneficio de su poderosa mano; no hay quien no sea, ó materia ó testigo de algun milagro; ¡pero cuántos réprobos se hallaron en aquella muchedumbre! ¿Y de esto quién tendria la culpa? El Salvador á ninguno excluye de su liberalidad benéfica; á nadie niega su gracia. Aquella preciosa sangre, derramada no solamente por nosotros, como dice el evangelista san Juan, sino universalmente por todos; aquella redencion superabundante; aquellos amorosos solícitos convites; aquellos exemplos concluyentes; aquellas divinas parábolas: todo esto prueba que á la verdad la perseverancia es efecto de la bondad de Dios; pero que la falta de élla es puramente obra de nuestra malicia. Es cierto que es menester pedir á Dios incesantemente el don de la perseverancia; pero no es menos cierto, que ningun réprobo dexará de echarse á sí mismo la culpa por toda la eternidad de no haber perseverado.

Ninguno de los convidados al festin concurrió á él. Por lo que toca al rey ya habia hecho todo el gasto; en mano estaba de los convidados ocupar cada uno su lugar. ¿Quién tendria la culpa de que ninguno le ocupase? ¡O Señor, y qué mal usamos á cada paso de nuestra libertad! Pero Dios á ninguno quiere hacer violencia.

¡Con cuántas celestiales gracias nos previene! ¡Y quién podrá pensar sin admiracion, sin una especie de pasmo los señalados beneficios de que nos colma! Él mismo nos advierte que el festin está preparado, él nos convida, él nos insta, él en cierta manera nos obliga. ¡Qué no promete á los que se resuelven á seguirle! ¡qué bondad, qué liberalidad no exercita con los que quieren ser sus discípulos! Nada de esto ignoramos nosotros; todos estamos no solo instruidos, sino persuadidos á unas verdades tan lle-

nas de consuelo: gustado hemos no pocas veces la dulzura, la suavidad que se experimenta en seguirle. Pero al fin se comienza á perder el gusto; se da oidos al amor propio; se concede demasiada licencia á los sentidos; se dexa el alma engañar de los vanos atractivos del mundo; estos son los funestos escollos donde al cabo se estrella la perseverancia. ¡O mi Dios, y qué medidas no debemos tomar desde luego para evitar la desgracia de estrellarnos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa en que mas se deba pensar, ni que con mayor instancia se deba pedir á Dios, que el don de la perseverancia final, porque de élla depende nuestra eterna felicidad. Todo el secreto para conseguirla consiste en no afloxar jamas en el exercicio de la virtud, en servir á Dios con fidelidad, y en que nuestra conducta no desmienta su servicio. Seamos fieles á Dios, que Dios será fiel en cumplirnos sus promesas. Dios quiere sériamente que todos nos salvemos; querámoslo todos con la misma seriedad; y seguramente, mediante su divina gracia, (que nunca nos faltará) todos nos salvarémos.

¡Qué espantoso, qué terrible es el exemplo del infeliz apóstata entre nuestros santos Mártires! Habia sufrido muchos tormentos con valerosa constancia; habia confesado la fe con generosidad; casi tocaba ya el fin de su gloriosa carrera. O Dios mio, ¡y qué dichosos principios! Ea, que ya se ha vencido la mayor dificultad; una media hora mas, pocos instantes de padecer; despues una eternidad de descanso, de gozo, de delicias. Pero en el mismo punto en que iba á recibir la corona, se disgusta, retrocede, y apostáta; sus compañeros entran en la gloria, y aquel infeliz en el mismo momento es precipitado en los infiernos. ¡Y á vista de esto habrá quien afloxe en el servicio de Dios sin asustarse, habrá quien vuelva atras sin extremecerse!

La caida fue espantosa, fue verdaderamente horrible; pero es muy verisímil que ya de antemano amenazaba ruina el edificio, y la oracion que los santos Mártires hicieron al entrar en el campo de batalla, daba á entender bastantemente, que no contaban igualmente con la virtud de todos.

Dichoso el hombre que perpétuamente desconfia de su propio corazon, y por consiguiente de su propia virtud; dichoso aquel que trabaja contínuamente en el negocio de su propia salvacion con temor y con temblor. ¿Qué se ha de pensar, ni qué se debe esperar de este tédio al servicio de Dios, de esa inconstancia en los fervores, de esos recursos á los consuelos, á las diversiones del mundo, y de esas detestables máximas? La falta de perseverancia final pone el sello á la reprobacion. ¿Pues quién no temerá esa falta de perseverancia? Ella es una gracia que no podemos merecer; pero tambien es una gracia, que si nos falta, siempre es por culpa nuestra. ¡Pues con qué vigilancia, con qué fidelidad no nos debemos aplicar al cumplimiento de nuestras obligaciones! Y aun en la misma devocion, ¡qué humilde desconfianza es necesario tener!

¿Se podrá contar con demasiada seguridad sobre los dones sobrenaturales que se han recibido de Dios, sobre los trabajos que se han padecido por su Magestad, sobre los servicios que se le han hecho? Ah, que Salomon se pervirtió á pesar de los dones que habia recibido del cielo; Judas se perdió á los ojos del mismo Salvador, y el infeliz soldado de nuestra historia despues de padecidos tantos tormentos, apostató. ¿Qué se ha de inferir de esto? Que es menester trabajar en el negocio de la salvacion con temor, pero con confianza; que es necesario pedir á Dios sin cesar el don de la perseverancia, y mirar con un santo horror la menor tibieza, la menor relaxacion. Ninguna cosa afianza tanto la perseverancia como la continuacion en el fervor.

Divino Salvador mio, ¡cuántos motivos tengo yo para gemir y para temer á vista de mi infidelidad y de mis frecuentes reincidencias! pero todo lo espero de vuestra misericordia, y confio me habeis de conceder, por vuestra bondad y por la intercesion de la santísima Vírgen, y de estos santos Mártires, aquella perseverancia final, que incesantemente os pido; como tambien la gracia de serviros en adelante con una inviolable fidelidad y con un fervor inalterable.

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis: ut non moveantur vestigia mea. Salm. 16.

Vos, Señor, habeis de fixar mis pasos en el camino del cielo, para que no se tuerzan, ni aun titubeen.

Justificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job, 27.

No, mi Dios; no afloxaré por cuanto hay en el mundo en el exercicio de la virtud, que comencé á practicar con vuestra divina gracia.

PROPOSITOS.

El que perseveráre hasta el fin, dice el Salvador, ese se salvará. No basta perseverar, si no se persevera hasta el fin. Ni se da la corona mientras dura el combate, porque es fruto de la victoria, y toda la vida es tentacion y pelea. El medio de lograr esta perseverancia, es conservar toda la vida una extrema delicadeza de conciencia, añadiendo á élla el exercicio del profeta Rey, que cada dia renovaba su fervor, como si en aquel mismo dia comenzára. Comprende bien la utilidad de este exercicio; nada te disimules, nada te perdones en punto de floxedad; el mas leve descuido en esta materia debe asustarte. Has de mirar las mas pequeñas imperfecciones como heridas ligeras, que pueden tener graves resultas si no se hace caso de éllas; y segun el consejo de san Gregorio y de san Crisóstomo, has de temer mas en cierta manera las faltas leves, que los pecados graves. Cada dia debes hacer cuenta que es el primero de tu conversion; cada dia has de renovar tus propósitos, y decir con el Profeta: *Dixi, nunc cœpi.* Repite estas palabras al acabar la oracion de la mañana: hoy comienzo á servir á Dios, á amar á Dios, á declararme altamente por el partido de Dios, á domar mis pasiones, mi natural, mis inveteradas costumbres, como si fuera hoy el principio de mi carrera: *Dixi, nunc cœpi.* Sí, mi Dios; desde este momento comienzo á serviros con fervor. No te olvides de repetir lo mismo en la misa, y muchas ve-

ces entre dia, haciendo á Dios todos los dias alguna oracion particular para conseguir de su Magestad el don de la perseverancia final; y podrá ser la siguiente:

"Dios mio, y Salvador mio, que únicamente me criásteis para que os amase, y que sínceramente quereis mi salvacion; haced que yo corresponda eficazmente á una voluntad, y á un fin que son tan ventajosos para mí. Mucho os costé, Redentor mio; y no habeis de permitir que yo me pierda. Suplícoos me concedais por los méritos de vuestra santísima pasion y muerte todas las gracias que necesito; pero sobre todas éllas la perseverancia final. Yo os lo pido en nombre de vuestro querido Hijo, objeto de toda vuestra complacencia. Vírgen santa, interceded por mí para con vuestro Hijo preciosísimo."

2 No habiendo cosa mas importante que la perseverancia final, tampoco hay ótra que se deba pedir á Dios con mayor instancia. Empeña á este fin los santos que son de tu mayor devocion y confianza, y no dexes de pedírsela á Dios durante esta novena, por intercesion de su siervo san Francisco Xavier, cuyo fervor, aunque fue tan extraordinario desde el primer instante de su conversion, creció siempre hasta el último momento de su vida. La salvacion pende de la buena muerte.

ORACION

para el séptimo dia de la novena.

"Glorioso san Francisco Xavier, que consumido de trabajos por la gloria de Jesucristo, despues de haber convertido á la fe tantos reynos, despues de haber levantado mas de seis mil iglesias al verdadero Dios, y despues de haber bautizado mas de un millon de infieles, espirásteis sobre los peñascos de la isla de Sanchón, privado de todo humano consuelo, pero abundantemente colmado de los divinos; alcanzadme, os ruego, de mi Salvador Jesucristo la perseverancia final, y que muera santamente con la muerte de los santos, juntamente con la gracia que os pido en esta novena, si fuere conducente para que yo consiga esa dichosa muerte. Amen."

DIA ONCE.

Santa Perpétua y Felícitas, mártires.

La preciosa muerte de estas ilustrísimas mártires sucedió en el dia siete del presente mes, pero como en él celebra la santa Iglesia la fiesta de santo Tomás de Aquino, reservó al dia once la piadosa historia del martirologio de estas dos insignes Santas, cuyos magníficos elogios repetia san Agustin con tanta frecuencia, que era ya costumbre suya el proponerlas á su pueblo como eficacísimo modelo para confundir á los cobardes, y para animar á todos al exercicio de la virtud.

Habiendo publicado el emperador Severo un edicto, en que mandaba se quitase la vida á todos los cristianos que no quisiesen sacrificar á los dioses del imperio, Minucio Timoniano, proconsul en la provincia de África, excitó contra éllos una de las persecuciones mas crueles. Desde los principios de élla fueron presos en Cartago cinco jóvenes catecúmenos, cuyos nombres eran Revocáto, Saturnino, Secóndulo, Perpétua y Felícitas.

Era Perpétua una dama de veinte y dos años, de nobilísimo nacimiento, bellamente educada, de grande discrecion, pero de mayor piedad. Vivian todavía sus padres, aunque de edad muy avanzada, cuando la prendieron; y tenia una tia, y dos hermanos, úno de los cuales era tambien catecúmeno. Habíase casado, y tenia un niño, á quien élla misma criaba á sus pechos. Creese que su marido era cristiano, y que se ocultó por miedo de la persecucion.

Felícitas, aun de menos años que Perpétua, era tambien casada, y estaba en cinta de siete á ocho meses; y aunque no era de clase tan distinguida como Perpétua, no eran menos nobles sus inclinaciones.

Luego que prendieron á las dos Santas, las llevaron á una casa particular donde estaban guardadas con cen-

tinelas de vista. A esta casa concurrió el padre de Perpétua, que era gentil, á persuadirla con ruegos, con lágrimas, y con cuantos medios pudo sugerirle el dolor y el amor paterno á que renunciase la fe. Pero habiendo escrito la misma Santa la historia de su martirio el dia antes de su preciosa muerte, no se puede desear testimonio mas verídico ni mas auténtico; y así la referiré con las mismas palabras de la Santa, ni mas ni menos como se hallan en las actas mas antiguas.

"Todavía estábamos con los perseguidores, cuando »mi padre, por el amor que me tenia, hizo cuanto pu»do para obligarme á renunciar á Jesucristo. Como él »continuase, yo le dixe: *¿Padre, ves ese vaso que está »en el suelo, ó cualquiera otra cosa que te parezca? Sí,* »me respondió. *Yo añadí: ¿A ese vaso se le puede dar »otro nombre que el suyo? No*, me dixo él; *Pues tampoco »yo puedo ser otra cosa que lo que soy; esto es, cristia»na.* Al oir esto, lleno todo de cólera mi padre, se arro»jó á mí para arrancarme los ojos; me maltrató, me car»gó de injurias, y se retiró tan vencido, como el demonio »que se valió de él para vencerme. Habiéndose pasado al»gunos dias sin ver á mi padre, di gracias á Dios, y »me alegré mucho de que me dexase en paz. En este »medio tiempo tuvimos todos la dicha de recibir el bau»tismo. Al salir del agua tuve una grande inspiracion »de no pedir á Dios otra cosa sino paciencia y valor »para padecer animosamente todos los tormentos que me »quisiesen hacer sufrir.

»Pocos dias despues nos metieron en la cárcel; al en»trar en élla me espanté, porque nunca habia visto aque»llas tinieblas. ¡O buen Dios, y qué dia aquel! El vaho »caliente y desagradable que exhalaban los muchos que »estaban encerrados en el calabozo; los malos tratamien»tos que nos hacian los soldados; la inquietud en que es»taba, no sabiendo qué se habia hecho de mi niño; to»do esto me hizo pasar malos ratos. No obstante, los »diáconos Tercio y Pompónio pudieron conseguir con »dinero que nos permitiesen pasar algunas horas del dia »en un sitio menos desacomodado, donde respirásemos »ayre mas libre, y nos refrigerásemos.

»Salimos, pues, del calabozo, y cada uno atendia á

»sus cosas; yo recobré á mi niño, y le di de mamar, por»que estaba muerto de hambre. Encomendésele á mi ma»dre, animé á mi hermano, y me consumia de dolor por »la pena que los causaba. Muchos dias pasé en estas amar»gas inquietudes. Habiendo, en fin, alcanzado licencia »para tener al niño en la cárcel conmigo, me hallé muy »consolada, y el Señor me comunicó nuevo aliento, ha»ciéndoseme desde entonces tan dulce la prision, que no »la trocaria por otra alguna estancia.

»Vino entonces á verme mi hermano, y me dixo: »Hermana, yo sé que puedes mucho con Dios; pídele que »te dé á entender por medio de alguna vision, si esto ha »de parar en martirio. Como habia mucho tiempo que »el Señor me hacia grandes mercedes, y se dignaba per»mitirme que le hablase con simplicidad y confianza, res»pondí á mi hermano sin detenerme, que el dia siguiente »le daria noticias ciertas. Hice oracion, y ve aquí lo que »fue mostrado.

»Ví una escala de oro maravillosamente alta, que se »elevaba desde la tierra hasta el cielo, pero tan estrecha, »que solo podia subir de una vez una persona. A los dos »lados de la escala estaban clavadas de abaxo arriba na»vajas, garfios, puntas de espadas, lancetas, planchas de »puas aceradas, y otros instrumentos de hierro, de ma»nera que el que subiese descuidado, y sin mirar aten»tamente á lo alto, sería herido y despedazado en todo »su cuerpo. Al pie de la escala estaba echado un espan»toso dragon de enorme grandeza, en ademan de arrojar»se sobre los que pretendian subir, el cual hacia huir á »todos por el terror que los causaba. El primero que su»bió fue Saturo, que habia sido preso despues que nos»otros. Cuando llegó á lo alto de la escala se volvió há»cia mí, y me dixo: Perpétua, aquí te espero; pero mira »no te muerda ese dragon. Yo le respondí: En nombre de »mi Señor Jesucristo no me hará mal. Levantó el dragon »mansamente la cabeza, como que tenia miedo de mí; y »habiéndose puesto sobre el primer paso de la escala, como »que iba á subir por élla, yo puse el pie sobre la cabeza »del dragon. Subí, y ví un jardin de una inmensa dilata»cion, y en medio de él un hombre grande, que estaba »sentado en trage de pastor, con los cabellos blancos, y es-

»taba ordeñando á sus ovejas, rodeado de muchos millares de personas, todas vestidas de blanco. El pastor levantó la cabeza, me miró y me dixo: Hija, seas bien venida; despues me llamó y me dió como un bocado de queso hecho de leche que ordeñaba; recibíle con las manos juntas, comíle, y todos los que estaban al rededor de él, respondieron: *Amen*. A este ruido desperté, y hallé que todavía estaba mascando una cosa dulce. Luego que conté esta vision á mi hermano, conocimos ámbos por este misterioso sueño que estábamos destinados para el martirio; y que el bocado delicioso significaba la Eucaristía, que se acostumbraba dar á los mártires para disponerlos á la pelea; y desde entonces nos consideramos entrambos como si ya no fuéramos de este mundo.

»Pocos dias despues, habiendo corrido la voz de que nos habian de tomar nuestra confesion, vino mi padre de la ciudad á la cárcel ahogado de tristeza, y todo bañado en lágrimas me dixo: Ten, hija mia, lástima de mis canas; ten compasion de tu anciano padre; si te crié hasta la edad en que estás, costándome tantos trabajos; si te preferí á tu hermanos, porque siempre te quise mas que á éllos, no me hagas hoy el oprobio de las gentes. Mira á tu afligida madre y á tu desconsolada tia; atiende á tus hermanos, y por lo menos débate algun cariño ese hijo de tus entrañas, que no podrá vivir sin ti. Dexa esa fiereza que te hace despreciar la muerte, y no te quieras perder por tu obstinacion.

»Así me hablaba mi padre por el amor que me tenia, besándome las manos, arrojándose á mis pies, deshaciéndose en amargo llanto, y ya no tratándome de hija, sino de señora. Enternecíme algo, especialmente considerando que él sería el único de mi familia que no celebrase mi dichosa muerte. Solamente le dixe para consolarle, que cuando estuviese en el tribunal sería de mí lo que Dios fuese servido; con esto se retiró todo afligido.

»El dia siguiente, cuando estábamos comiendo, fuimos citados de repente para ser preguntados. Lleváronnos á la audiencia; el concurso era infinito; subimos á los estrados, y preguntados todos los confesores, res-

»pondieron todos animosamente que eran cristianos. Ha»cia oficio de juez por muerte del procónsul Timiniano »el intendente Hilarion. Llamáronme, y al punto se me »puso delante mi padre con su nieto en los brazos, y me »dixo: Ten lástima de tu hijo, ya que no la tengas de tu »padre. Entonces me dixo el juez: Perpétua, compadécete »de la ancianidad de tu padre, y de la tierna niñez de »tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores, »y no te pierdas á ti y á tu familia.

»Nada de esto haré, le respondí yo. ¿Eres cristiana? »me preguntó el juez. Yo le respondí: Soy cristiana. Co»mo mi padre durante este interrogatorio se esforzase á »sacarme de los estrados, Hilarion mandó que le quita»sen, y le dieron un golpe con una vara. Sentílo yo co»mo si me le hubieran dado á mí propia, no pudiendo »ver sin dolor que mi padre fuese maltratado por mi cau»sa. En este tiempo, viendo el juez que estábamos in»mobles en la fe, pronunció sentencia de muerte contra »nosotros, y nos condenó á ser echados á las fieras. No »se puede explicar el gozo que tuvimos oyendo la senten»cia. Volviéronnos á la cárcel, y como mi niño acostum»braba á tomar el pecho, se le envié á pedir á mi padre »por el diácono Pomponio, y él no se le quiso dar; pero »Dios permitió que desde entonces no se acordase el ni»ño de mamar, ni que á mí me incomodase la leche.

»Algunos dias despues, estando todos en oracion, se »me escapó el nombrar á Dinócrato (uno de mis herma»nos, que habia muerto muy jóven de un cáncer en el »rostro); yo me admiré, y entendí luego que Dios que»ria que hiciese oracion por él. Hícelo con fervor, y aque»lla misma noche tuve esta vision.

»Vi á mi hermano Dinócrato que salia de un lugar »obscuro donde habia otras muchas personas. Parecíame »que tenia mucha calor, y una gran sed; la cara hincha»da, el color pálido, y me hacia lástima; pero estaba al »parecer muy lejos de mí para socorrerle. Cerca de él »habia una fuente de agua; pero la taza estaba tan alta »que no podia alcanzar á élla un niño; y aunque Dinó»crato se estiraba todo lo posible para beber, no podia »conseguirlo; y esto me afligia. Desperté entonces, y co»noci que mi hermano estaba padeciendo algunas penas,

»y que tenia necesidad de oraciones. Tuve grande con»fianza de que podria conseguir su alivio de la misericor»dia de Dios; pedíselo con lágrimas dia y noche, hasta »que fuimos transportados á la cárcel del campo, donde »habíamos de ser echados á las fieras. Estando ya en el »cepo, tuve otra vision: Vi á mi hermano en el mismo »lugar donde antes le habia visto; pero en estado muy »diferente, porque el cuerpo estaba limpio, bien vestido; »el semblante hermoso y risueño, y que se refrescaba á »gusto. Desperté, y reconocí que ya habia salido de las »penas.

»Pocos dias despues el carcelero, que se llamaba Pu»dente, admirando nuestra constancia, tuvo lástima de »nosotros, y dexó entrar á los que venian á vernos. Co»mo se iba acercando el dia del espectáculo, vino mi pa»dre á buscarme penetrado de dolor; luego que me vió, »comenzó á arrancarse las barbas y los cabellos, y arro»jándose en el suelo, dando golpes con el rostro contra »él, se quejaba de haber vivido tanto tiempo, y malde»cia sus años. Compadecióme un poco; pero gracias al »Señor no titubeó mi constancia." Hasta aquí son palabras de la Santa, de las que todas las actas hacen fe.

Satúro, santo y zeloso cristiano, que habia instruido á los mártires en la fe y en la piedad, tuvo la dicha de morir con éllos por Jesucristo. Estando en la cárcel tuvo tambien una vision, que fue una pintura de la gloria del paraiso donde habian de entrar despues del martirio. Secóndulo habia muerto en la cárcel de pura miseria.

Mientras tanto se iba acercando el dia del triunfo de nuestros Santos; pero templaba un poco su alegría la inquietud que los causaba el preñado de santa Felícitas, que se hallaba de ocho meses; y élla estaba mas afligida que los demas, porque prohibia la ley que en ninguna muger embarazada se executase la sentencia de muerte hasta cumplido el término de su parto. Hicieron todos juntos oracion á Dios, y el mismo dia parió felizmente una niña, que tomó á su cargo una muger cristiana, ofreciendo criarla como si fuera hija suya. Pero como en el parto padeciese recios dolores, y no se pudiese contener sin gritar, uno de los criados del carcelero la dixo: Si ahora te quejas tanto, ¿qué será cuando te veas despedazar por

las fieras? A lo que le respondió la Santa: *Ahora soy yo la que padezco; entonces habrá otro que padezca en mí, quiero decir Jesucristo por su gracia, que padecerá por mí, puesto que yo padezco por él.*

Llegado el dia del combate, que fue en el que se celebraban los años de Gera, hijo del Emperador, salieron los Mártires de la cárcel para el anfiteatro, como que salian para el cielo. Llevaban pintada la alegría en sus semblantes, con especialidad santa Perpétua y santa Felícitas, que marchaban inmediatas á los santos Revocato, Saturnino y Satúro. Luego que llegaron á la puerta los quisieron precisar á que se vistiesen el trage que se acostumbraba poner á los que comparecian en los espectáculos; pero éllos se resistieron constantemente á estas ceremonias gentílicas, y salieron al anfiteatro con sus vestidos ordinarios.

Santa Perpétua cantaba alegres himnos, como quien ya celebraba su triunfo; Revocato, Saturnino y Satúro reprendian al pueblo su ciega obstinacion. Al pasar por delante de los cazadores fueron todos azotados con varas, concediendo Dios á cada uno el consuelo de morir con el género de muerte que habia deseado.

A las santas Perpétua y Felícitas las enredaron en un género de red, para exponerlas á una furiosa vaca que soltaron contra éllas. Recibió santa Perpétua el primer golpe, á cuya violencia cayó de espaldas; y reparando que la fiera la habia rasgado el vestido por un lado, le juntó prontamente para cubrirse con honestidad y con decencia. Levantáronla del suelo, y élla misma se volvió á atar el esparcido cabello, por no parecer ni mas afligida ni descompuesta. Viendo á su amada compañera Felícitas toda revuelta y maltratada, la dió la mano y la ayudó á levantar. Dexóse ablandar algo la dureza del pueblo á vista de lo que las dos Santas acabaron de padecer, y no exponiéndolas mas al insulto de otras fieras, las conduxeron á la puerta de Sanovivir ó Sanavida, para recibir el golpe de la muerte á impulso del acero de los gladiadores. Despertando entonces santa Perpétua como de un profundo sueño, volvió en sí de un dulcísimo dilatado éxtasis en que habia estado embelesada todo el tiempo del combate. Volvia los ojos ácia todas partes como una persona que no sabe donde está, y preguntaba cuándo la habian

de exponer á las puntas de la vaca; quedó admirada al oir todo lo que habia pasado, y cuando la hicieron reparar en élla misma los estragos de la fiera. Entonces hizo llamar á su hermano, y mirándole á él, aunque dirigiendo á todos los fieles la palabra, les dixo: *Perseverad firmes en la fe; amáos los únos á los ótros, y no os escandaliceis de lo que nos veis padecer.*

En este tiempo el pueblo habia clamado pidiendo que fuesen traidos los Mártires á medio del anfiteatro para lograr la diversion de verlos recibir el golpe de la muerte. Levantáronse los Santos, y fueron todos por su pie despues de haberse dado el ósculo de paz. Fueron degollados los primeros Satúro, Revocato y Felícitas. A Perpétua la tocó un gladiador poco diestro, que habiendo ladeado la espada descargó el golpe sobre el hueso, y la obligó á dar un grito; pero conduciendo despues élla misma la trémula mano del gladiador á su garganta, acabó con muerte tan preciosa su glorioso martirio, y fue á recibir en el cielo la corona debida á su magnánima y constante fidelidad el dia 7 de marzo del año 203.

Aunque la santa Iglesia junta en una misma solemnidad la fiesta de estos seis ilustres Mártires, con todo eso solo hace mencion de las dos insignes mugeres Perpétua y Felícitas, por haberse distinguido tan admirablemente en su martirio, siendo su memoria de singular veneracion en todo el universo desde el principio del tercer siglo. San Agustin compuso tres panegíricos en honra de las dos Santas, y cita las actas que hemos copiado como las mas auténticas, contando á Perpétua y Felícitas con san Esteban, san Cipriano y san Lorenzo entre los mas ilustres mártires y los mas grandes héroes del cristianismo. Tertuliano, san Fulgencio y otros muchos padres antiguos hacen magníficos elogios de nuestras Santas, y la Iglesia ha insertado sus nombres en el sagrado cánon de la misa.

Sus preciosas reliquias fueron trasladadas de Africa á Roma; y tambien se veneran algunas en Francia en el monasterio de Devre cerca de Bourges, adonde las traxo de Roma san Raoult, ó san Roaldo.

La misa es del Comun de muchas santas mártires, no vírgenes, y la oracion la que sigue.

Da nobis, quæsumus, Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Perpetuæ et Felicitatis palmas incessabili devotione venerari; ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, Señor Dios nuestro, la gracia de reverenciar con devocion constante las victorias de tus santas mártires Perpétua y Felícitas, para que ya que no podamos solemnizar dignamente su triunfo, á lo menos las rindamos humildemente nuestros frecuentes respetos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51. del libro de la Sabiduría.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus est mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et á labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus est mihi adjutor. Et liberasti me secundùm multitudinem misericordiæ nominis tui á rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: á pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata: de altitudine ventris inferi, et á lingua coinquinata, et á verbo mendacii, á rege iniquo, et á lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector; glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes: mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

» Aunque el libro canónico del viejo testamento, intitulado *el Eclesiástico*, de donde se sacó esta epístola, no » fue compuesto por Salomon, sino por Jesus, hijo de Sirach; con todo eso se llama tambien *Libro de la Sabiduría*, así porque se compuso á imitacion de los proverbios de Salomon, y fue inspirado por el mismo Espíritu santo, como tambien porque está lleno de sabias » instrucciones y saludables máximas. Los antiguos le dieron otro nombre en griego, que significa *toda virtud*, » para dar á entender que es una universal filosofía moral.

REFLEXIONES.

Es el reconocimiento una especie de tributo que se debe á los favores que nos hacen. ¿Quién tendrá mas derecho que Dios para exígir de nosotros este tributo? ¿de quién hemos recibido mas favores? ¿quién nos ha hecho mejores oficios? Y en medio de eso, ¿cuánto y cuál es nuestro reconocimiento? Traigamos á la memoria aquella mano benéfica que nos ha sacado de tantos peligros, que nos ha conducido por senderos tan seguros y tan trillados; que nos ha sostenido en tantos y tan peligrosos pasos; aquella mano liberal que no cesa tanto tiempo ha de derramar sobre nosotros copiosa abundancia de favores. ¿Qué bien no hemos recibido de su beneficencia? Subamos con la consideracion hasta aquellos incomprensibles beneficios de la creacion, de la redencion, de la vocacion; á tantas gracias particulares de que el Señor nos ha colmado. ¿Quién no tendrá justo título para decir que el Señor se ha declarado su defensor y protector? *Quoniam adjutor, et protector factus es mihi.* ¡Qué de lazos ocultos en una region donde reyna tan poco la buena fe! *A laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium.* ¡Qué de escollos en el mar borrascoso de este mundo! ¿Debemos acaso á nuestra industria el habernos librado hasta aquí de tantos peligros? ¿podrá jamas ser obra de nuestras manos nuestra salvacion? ¿quién no sabe que las pasiones con que nacemos son otros tantos leones prontos para despedazarnos? *A rugientibus præparatis ad escam.* ¿Quién no sabe que

todo es tentacion, todo peligro sobre la tierra? ¿Y quién nos ha sacado hasta aquí de tantos males? ¿quién nos defiende? ¿quién nos protege? ¿quién saca la cara por nosotros? ¿Ignoramos que de todos estos beneficios somos únicamente deudores á la pura bondad de nuestro Dios? Ni son menores los que todavía esperamos de su amorosísima mano. ¡Y en medio de eso cada dia somos mas ingratos á nuestro insigne bienhechor, á nuestro Dios, á nuestro Salvador, á nuestro Padre! ¿Cuándo comprenderémos la enormidad y las funestas consecuencias de esta ingratitud? ¡Y qué castigo la corresponderá!

El evangelio es del cap. 13. de san Mateo, y el mismo que el dia IX. fólio 155.

MEDITACION.

Del precio de la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto vale la preciosísima sangre de Jesucristo, y ese es justamente el precio de tu salvacion, eso lo que vale tu alma. ¿Pero es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion eterna?

Ella es un tesoro, pues encierra en sí no solo todos los bienes, sino la fuente de todos en la posesion del mismo Dios. Pero bien se puede llamar tesoro escondido, pues son tan pocos los que conocen su precio; escondido, pues nada se quiere dar, y aun nada se quiere hacer para lograrle; escondido, pues se pierde sin dolor; y con todo eso todos convienen en que el perderle es la mayor de todas las desgracias. ¡Qué digna de compasion es nuestra conducta! ¿Se ha logrado la salvacion? pues consiguióse la suma felicidad; no hay mas que apetecer, no hay que temer en el mundo. ¿Se condenó el alma eternamente? pues mas que hubiese salido con todo cuanto emprendió durante la vida; mas que hubieses sido el hombre mas feliz, el únicamente feliz entre todos los mortales, todo se perdió para ti; nada hay de todo aquello; la suma desdicha, el cúmulo de todas las desdichas y de todas las des-

dichas eternas serán en adelante tu herencia. ¿Qué te parece ahora? ¿será de algun aprecio la salvacion? ¿merecerá la salvacion nuestras atenciones? ¿será razon sacrificar alguna cosa para salvarnos?

Mi Dios, ¿en qué consiste nuestra prudencia? ¿qué se ha hecho de nuestro entendimiento? ¿adónde se ha ido nuestro buen juicio? ¿y á qué se reduce nuestra fe? Se consumen inmensos caudales, se gasta mas de lo que se tiene, se reduce un ambicioso á la última miseria por conseguir un empleo, por comprar una hacienda, por adquirir no pocas veces un nuevo fondo de inquietudes, de sobresaltos, de pesadumbres; y por el cielo, por lograr aquel fondo inenagenable de felicidad, aquel inagotable manantial de los bienes eternos, muchas veces se rehusa dar aun lo supérfluo; no se quiere dar á los pobres lo que se pierde en el juego; una abstinencia, un ayuno de Cuaresma nos parecen preceptos muy gravosos. ¿A cuántos les parece que está demasiado subido el precio de la salvacion? Y con todo eso, buen Dios, ¿qué proporcion hay entre la bienaventuranza, la felicidad eterna, y todo cuanto podemos hacer y padecer en esta vida?

¡O Dios mio, y qué caros nos cuestan nuestros errores, y cuán lastimosamente desmiente nuestra conducta á nuestra fe! Saber qué cosa es la salvacion eterna; creer cuánto vale nuestra salvacion, y decir que cuesta demasiado el salvarse; ¡qué mas impía, que mas indigna extravagancia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que hicieron y lo que padecieron los santos para salvarse. Unos, desesperando de poderlo conseguir en el mundo, buscaron asilo á su inocencia en los mas espantosos desiertos; ótros, precisados por su estado á vivir en el siglo, envidiaron la suerte de los anacoretas, vivieron en contínua vigilancia, se consideraron como hombres agitados de la tempestad, siempre en peligro de perderse. Estos sí que fueron hombres prudentes; éstos sí que formaron concepto justo y cabal del precio y de la importancia de la salvacion eterna. ¿Somos nosotros ó mas despejados, ó mas virtuosos que aquellas grandes almas? Una santa Perpétua, una santa Felícitas, tantos millones

de mártires se persuadieron que el cielo se les daba por nada, aunque les costó toda su sangre; y nosotros rehusamos una ligera mortificacion, y apenas queremos dar por él una lágrima. ¡De cuándo acá está el precio del cielo tan baxo para nosotros!

Es cierto qne Dios no nos intimó precepto alguno de que dexásemos efectivamente todas las cosas por el cielo; pero nos le intimó muy de positivo de que á todas éllas prefiriéramos nuestra salvacion. ¿Y pudiera ni aun el mismo Dios dispensarnos de este precepto? ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿y qué trueque, qué equivalente podrá encontrar que sea proporcionado á esta gran pérdida?

Estas grandes verdades fabricaron aquellos excelentes modelos de santidad, aquellos insignes exemplos de mortificacion, de desasimiento del mundo, de penitencia. ¿Pero qué impresion hacen hoy en mi corazon y en mi espíritu? Éllas estan haciendo cada dia asombrosas conversiones, ¿por qué razon no seré yo del número de los que se convierten? ¿pienso por ventura que ya he hecho bastante para salvarme? Y si me veo precisado á confesar que hasta ahora apenas he hecho algo, ¿por qué no comenzaré á trabajar desde luego? ¿acaso espero que algun dia podré comprar la salvacion mas barata, ó que valgan mas con el tiempo mis merecimientos?

Pero Dios es infinitamente bueno; Jesucristo nos mereció á todos el cielo; su muerte por todos los hombres da á todos legítimo derecho para pretender la gloria. ¡Bellos principios! ¡saludables antecedentes! ¡nobles premisas, si sacáramos de éllas mas justas y mas inmediatas consecuencias! Dios es bueno; ¿pues por qué somos nosotros tan perversos? Dios es bueno; ¿pues por qué razon le ofendemos? A Jesucristo le costó la vida nuestra salvacion; ¿pues por qué no trabajarémos nosotros para salvarnos? ¡Linda respuesta por cierto para dada al Hijo de Dios! Señor, demasiado padecísteis vos por mí; ¿pues para qué habia yo de padecer mas? Vos morísteis por mí; pues dexadme que viva, que triunfe, y que me regale por vos. ¿Tendrá vergüenza para apelar á la pasion el que fue enemigo declarado de la cruz? Apliquémonos sus méritos como se los aplicaba el Apóstol, y digamos con él, pero

digámoslo con verdad: *Yo cumplo en mi carne lo que faltó á la pasion de mi señor Jesucristo.*

Sí, dulcísimo Salvador mio, desde este momento lo comenzaré á executar, porque ya no daré lugar á que se diga que lo dilato ni por un instante solo. Lo mucho que hicísteis vos para que yo me salvase, me hace formar una idea cabal y justa de lo que vale mi salvacion, y me enseña perfectamente lo que yo debo hacer. Concededme, Señor, vuestra gracia para que no sean estériles é inútiles todas estas resoluciones. Desde este mismo punto comienza todo á ceder al cuidado de mi salvacion.

JACULATORIAS.

Dic animæ meæ, salus tua ego sum. Salm. 34.

Dad, Señor, á entender á mi alma, y persuadídselo bien que vos sois mi salvacion.

Momentaneum, et leve tribulationis nostræ, æternum gloriæ pondus operatur in nobis. 2. Cor. 4.

¡Qué gozo, mi Dios, cuando considero que todas las aflicciones de esta vida, siendo tan ligeras y tan momentáneas, me producen un peso eterno de gloria!

PROPOSITOS.

Puesto que no hay ni verdadera gloria, ni bien real y verdadero fuera de la salvacion, y que ésta consiste en la posesion del mismo Dios, ¿podrá parecer demasiado ó excesivo el precio de la salvacion? ¿y qué concepto no debemos formar, qué aprecio no debemos hacer de lo mucho que vale? ¿será mucho vender todas las cosas por comprar este tesoro? ¿será mucho sacrificarlas todas por conseguir esta perla? ¿qué bien podemos desear si poseemos á Dios? ¿qué puede faltar á nuestra felicidad si tenemos la dicha de salvarnos? ¿puede haber objeto mas digno de nuestra ambicion? ¿puede imaginarse mayor gloria? No se sabe si es falta de fe ó de entendimiento el no comprender esta verdad; pero bien se puede decir que es falta de úno y de ótro. Dexa desde este punto ó de ser poco cristiano, ó de ser poco entendido. Forma concepto cabal y justo de lo que vale la salvacion, y comienza

desde luego á obrar en todo arreglado á este concepto. Nada emprendas sin consultar este plan. Pesa todas las cosas con el peso de la salvacion, mídelas todas con esta regla. Dependencias, empresas, negocios, tratos, viages, estado, condicion, fortuna, cargos, empleos, todo se refiera á Dios, todo se haga con la mira á la salvacion; nada executes, segun el consejo del Apóstol, que no te sirva para la otra vida. Dí á tu concupiscencia, ó por mejor decir, al tentador: Este deleyte ilícito, este empleo mal adquirido, esta hacienda mal ganada, ¿todo esto vale tanto como mi salvacion? Su posesion, que á lo mas me durará hasta la muerte, ¿podrá desquitarme de la pérdida de mi alma? ¡O qué pocas culpas se cometerian! ¡ó cuántos arrepentimientos se excusarian si se discurriera siempre de esta manera! Ya se te ha dado otra semejante regla, ¿la has por ventura seguido? ¿y te aprovecharás mejor de la que ahora te se repite?

2 Mira qué aprecio hicieron los santos de su salvacion, y de todo lo que podia contribuir á esta verdadera felicidad. ¡Qué sacrificios, qué combates, qué victorias! Ellos fueron verdaderamente sabios: ¿y te parece que hicieron demasiado? Mira lo que hizo y padeció san Francisco Xavier, así por su propia perfeccion, como por la salvacion de las almas; pídele que te alcance de Dios semejante ardor por la salvacion de la tuya.

ORACION

para el dia octavo de la novena.

"Grande Apóstol de tantos pueblos y naciones, que tuvísteis tan alta idea de la salvacion de mi alma; alcanzadme de mi Salvador Jesucristo la gracia de cooperar fielmente á tantas como he recibido de su liberalísima mano, y la de que nunca pierda el precio de mi redencion. Y pues el favor que os pido en esta novena es con respecto á mi salvacion, conseguídmele tambien, si fuere para mayor gloria de Dios."

DIA DOCE.

San Gregorio, papa y confesor.

San Gregorio, á quien con justicia se da el distinguido título de *Magno*, y es universalmente reconocido por uno de los mas santos pontífices y de los mas célebres doctores de la Iglesia, nació en Roma ácia mitad del siglo sexto. Su padre Gordiano era persona de mucha distincion en aquella corte, así por su empleo de senador, como por su antigua nobleza; y su madre Silvia no lo era menos por su rara piedad. Habiendo nacido de una familia tan ilustre y tan santa, no podia echar menos la mas cuidadosa educacion, aunque su rica índole la dexó poco que hacer. El ingenio excelente, las inclinaciones todas nobles, todas cristianas, todas generosas, y un ardiente amor al estudio, le constituyeron en poco tiempo la admiracion del senado. Señalóse tanto en él, así por su rara sabiduría, como por su nerviosa elocuencia y prudencia extraordinaria, que el emperador Justino II., sin reparar en sus pocos años, le confirió el empleo de prefecto, esto es, de gobernador de Roma, atendiendo en esto mas á su mérito que á su calidad.

No se entibiaron ni descaecieron sus piadosísimos dictámenes con esta primera dignidad del imperio romano en Italia; pero aunque sus fines no podian ser mas sanos, ni sus motivos mas puros, ni mas irreprensible su conducta, conoció presto que es sumamente dificultoso conservar la inocencia en medio de las grandezas mundanas, y aplicar bastantes defensivos para librarse de su contagioso veneno. Crecia con los honores el deseo de ponerse á cubierto de los peligros, y le parecia mas á propósito para la salvacion la vida particular. Facilitóle Dios el camino con la muerte de su padre Gordiano, que con una rica herencia le dexó entera libertad para disponer de

su persona, especialmente despues que su madre se retiró á la casa de Cela-Nova para vivir con el recogimiento correspondiente á una devota viuda. Fundó y dotó seis monasterios en Sicilia, donde tenia gran parte de su patrimonio, y otro séptimo en Roma en su casa paterna, dedicado á san Andres, el cual subsiste hoy, y le ocupan los padres Camaldulenses. Hecho esto, renunció el oficio de prefecto, vendió lo que restaba de su hacienda con todos sus preciosísimos muebles, repartió el precio entre los pobres; y dexando enteramente el mundo, tomó el hábito de monge en su monasterio de san Andres, baxo la disciplina del santo abad Valencion.

Comenzó con tanto fervor, y entabló una vida tan estrecha, que arruinó su salud. Pero ni sus frecuentes enfermedades, ni sus habituales indisposiciones le impedian el orar casi continuamente, y el estar leyendo, dictando ó escribiendo.

Informado el papa Pelagio II. de las grandes prendas de virtud y sabiduría de Gregorio, le ordenó diácono de la iglesia de Roma, y le envió con carácter de nuncio á Constantinopla para que negociase con el emperador Tiberio algun socorro contra los longobardos. Apenas llegó á la corte, cuando temiendo que sus ayres sutiles no le disipasen el espíritu, hizo venir á Maximiano, abad de san Andres, con algunos otros monges, para vivir con éllos dentro del palacio del Emperador como pudiera en el monasterio.

En este viage y estancia en Constantinopla conoció y trabó estrechísima amistad con san Leandro, arzobispo de Sevilla, á cuyas instancias compuso aquella excelente obra de los Morales sobre Job. Tuvo muchas conferencias con Eutiques, patriarca de Constantinopla, que estaba imbuido en el error de Orígenes, que despues de la resurreccion no habian de ser palpables nuestros cuerpos. Convencióle san Gregorio, y el Patriarca se desengañó tan de veras de su error, que estando para morir tomaba el pellejo de su brazo con la mano, y decia: *Creo que todos hemos de resucitar en esta misma carne.*

Volvió san Gregorio á Roma á fin del año 585, y habiéndose retirado á su monasterio de san Andres, le obligaron á encargarse de su gobierno, haciéndole abad, por

haber sido promovido Maxîmiano al obispado de Siracusa. Hizo florecer en él la observancia religiosa con tanta perfeccion, que habiendo sabido que un monge tenia guardadas sin licencia tres monedas de oro, no solo mandó que ninguno del monasterio le visitase durante su última enfermedad, sino que no obstante haber muerto muy arrepentido de su pecado, no quiso que se le diese sepultura eclesiástica, ordenando le enterrasen en un muladar juntamente con las tres monedas de oro, y que en vez de responso cada monge cantase al rededor de la sepultura aquellas palabras que pronunció san Pedro contra Simon Mago: *Pecunia tua tecum sit in perditionem*: que tu dinero te sirva de perdicion; severidad que usó el Santo para escarmiento de los demas; aunque despues mandó celebrar treinta misas por el alma de aquel monge, que en la última de éllas se apareció glorioso al santo Abad, dándole las gracias por su caridad y por su rigor; siendo este el principio de las treinta misas que llaman de san Gregorio.

Murió de peste el papa Pelagio el año 590; y el clero, el senado y todo el pueblo romano de unánime consentimiento pidieron al diácono Gregorio por su sucesor. Solo él desaprobó, y se resistió á su eleccion. Pero en vano escribió al emperador Mauricio para que no la aprobase; en vano se escapó fugitivo y disfrazado, ocultándose en la gruta de un intrincado bosque; buscáronle, encontráronle, conduxéronle á Roma, y fue consagrado el dia tres de setiembre del mismo año con aplauso universal.

Hízose cargo de aquella suprema dignidad; era para él nueva obligacion de aspirar á mas elevado grado de virtud. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que vivia en aquel tiempo, llama á nuestro Santo *grandísimo en humildad*. Con efecto fue asombrosa en este grande Pontífice; todas las calamidades públicas las atribuia á sus pecados.

Quiso dar razon del motivo de su fuga, cuando le eligieron papa, á Juan, obispo de Ravena, y le dirigió su excelente libro del *Cuidado pastoral*. Lleno del mismo espíritu que san Pablo, explica en él las tremendas obligaciones del cargo episcopal, de que se tenia por

indignísimo, siendo así que era el mas perfecto modelo de santísimos prelados.

No es facil de explicar el tierno y afectuoso cuidado con que este santo Pastor miraba por todo su rebaño, ni la grande extension é infatigable solicitud con que se dilataba su vigilancia á todas las necesidades de la universal Iglesia. Extendiéndose su atencion hasta los últimos términos del reyno de Jesucristo, nada se escapaba á la extension de su zelo; y todo lo que podia contribuir á la gloria y servicio de Dios, y á la salvacion de las almas, todo lo reputaba por grande y por digno de sus atenciones. Lo mas asombroso es, que al ver las menudencias á que descendia en los reglamentos que contínuamente publicaba para la reformacion de Roma, se pudiera pensar que estaba enteramente ocupado en componer las costumbres de aquella sola ciudad; y con todo eso, al mismo tiempo admiraba toda la Iglesia su solicitud, y experimentaba sus efectos.

Reprimió la audacia de los lombardos, contuvo sus correrías, trabajó con felicidad en su conversion, y restituyó la paz á toda Italia. Reduxo los donatistas y los demas cismáticos de África, á pesar de su obstinada pertinacia, y los puso en razon por medio de Gaudencio, gobernador de las siete provincias africanas. Destruyó en España y en toda la Europa las miserables reliquias del arrianismo. Tuvo el consuelo de ver los frutos de su ardiente zelo por la conversion de los judíos, habiendo pedido el santo bautismo la mayor parte de éllos en Sicilia y Cerdeña. Pudo tanto con los griegos el elevado concepto que formaron de su eminente santidad y de su raro mérito, que logró ver extinguidos todos los cismas particulares y todas las turbaciones que despues de tanto tiempo afligian á las iglesias de Oriente, y detenian el curso á los progresos del evangelio. Pero el empeño mas glorioso de su pontificado, y tambien el mas ventajoso para toda la Iglesia, fue la conversion de los ingleses, que con justa razon le mereció el título de *apóstol de Inglaterra.*

Es verdad que la Gran Bretaña habia abrazado el cristianismo muchos años antes en tiempo de su rey Lucio; pero despues que los ingleses y los saxones, pue-

blos idólatras, y naciones bárbaras, brotadas de la Germania, se habian apoderado de aquella Isla, habia vuelto la idolatría á tomar posesion de toda élla, apagada casi del todo la luz del evangelio. Siendo aún Gregorio monge, y habiendo visto en Roma á unos esclavos ingleses de pocos años, de hermoso aspecto y de bella disposicion, se lastimó mucho de la desgracia de aquellas almas, cuando supo que eran gentiles. Pidió y consiguió del papa Pelagio que le enviase por misionero de aquella nacion, y habia ya salido de Roma para predicar en Inglaterra á Jesucristo, cuando el papa le mandó volver, por los clamores del pueblo romano, que embarazaron sus apostólicos intentos, mas no pudieron entibiar el ardor de su zelo. Viéndose ya pastor universal de toda la Iglesia, envió á Inglaterra á san Agustin, prior de su monasterio de san Andres, con algunos otros monges, y escribió á los reyes de Francia, de Borgoña y de Austria, á los arzobispos de Arlés, de Aix, de Viena, y al gobernador de la Provenza, exhortándolos á favorecer aquella santa empresa. Habiendo llegado los misioneros á Aix, casi desmayaron del todo á vista de la ferocidad con que les pintaron á los ingleses, y de las imaginarias dificultades del viage que les abultaron. Pero san Gregorio los alentó con la carta que los escribió, protestándolos que él mismo iria á trabajar en aquella grande obra si pudiese, y prometiéndoles feliz suceso de sus trabajos. Con efecto derramó el Señor tantas bendiciones sobre aquella mision, y fue la mies tan abundante, que aunque se juntaron á los misioneros muchos sacerdotes franceses, dentro de poco tiempó se vió el santo Papa precisado á enviar nuevos operarios, y en menos de tres años se convirtió toda la Isla, siendo una de las mas florecidas cristiandades de toda la santa Iglesia.

No se limitó el zelo de nuestro Santo á la conversion de la Gran Bretaña. No hubo nacion en todo el mundo cristiano, no hubo apenas iglesia particular que no experimentase los efectos de la vigilancia, de la aplicacion y de la caridad de este gran Pontífice. Pero lo que es mas digno de nuestra admiracion y se puede tener como especie de milagro es, que este hombre verdaderamente grande pudiese hacer tantas maravillas estando casi continua-

mente postrado en una cama; porque se puede decir que los cortos intervalos de su quebrantada salud no eran mas que tránsitos de una enfermedad á otra; y con todo eso jamas cesó de escribir, de instruir, de predicar, de velar, no solo sobre las necesidades espirituales, sino tambien sobre las temporales de los pueblos.

Pero todas estas vastas y laboriosas ocupaciones no le estorbaron vivir durante todo su pontificado con la misma regularidad, con la misma observancia y con la misma abstinencia que si estuviera en el monasterio. Sus ayunos eran contínuos, y sus rentas no parecian suyas, sino de los pobres.

Todos los dias tenia por convidados en su misma mesa á muchos de éllos, y el Señor le dió á entender con repetidos milagros cuán grata le era esta caridad. Iba un dia á lavar los pies á un pobre peregrino, segun su santa costumbre, y el pobre de repente desapareció. Aquella misma noche se le apareció el Señor, y le dixo: *Gregorio, otros dias me recibes en mis miembros, pero ayer me recibiste en mi persona.* Tenia escritos en un libro los nombres de todos los pobres de la ciudad de Roma, de los arrabales y lugares circunvecinos, á quienes señalaba una limosna diaria segun su necesidad. Y habiendo sabido que en cierta aldea se habia encontrado muerto á un pobre, se afligió tanto, temiendo que aquel pobre hubiese muerto de hambre por culpa suya, que en tres dias se interdixo el exercicio de todas órdenes de penitencia de su imaginada culpa.

Sustentaba en Roma á tres mil religiosas; y solia decir que estaba muy obligado á las lágrimas, y á las oraciones de aquellas santas vírgenes, porque con el mucho poder que tenian con Dios, habian divertido á otra parte las armas de los lombardos, y habian restituido la paz á la Italia. A cierto obispo de un exterior muy compuesto, pero poco liberal con los pobres, le escribió: Que las rentas del prelado eran de los menesterosos; que importaba poco vivir con gran retiro, y tener mucha oracion, si no se hacian muchas limosnas: y que el obispo debia mirar á los pobres como si fueran hijos suyos.

Constituido por Dios como padre comun de todos los fieles, extendia su vigilancia á todas sus necesidades.

Reprendió á Jaunario, obispo de Cáller, por haberse valido del poder que Dios le habia dado, para vengar una injuria particular. Escribió á Desiderio, arzobispo de Viena, que no perdiese el tiempo, alhaja preciosísima, en leer libros inútiles y profanos; y dió una severa reprension á Natal, obispo de Salona en Dalmacia, porque desatendiendo al cuidado de su iglesia, pasaba los dias en convites, y en ostentosas profanidades. A Pimenio, obispo de Amalfi, le envió á decir, que no le habia Dios hecho obispo para que estuviese contínuamente fuera de su obispado; y así, ó que le renunciase, ó que tratase de guardar la debida residencia.

Era exâctísimo su zelo, pero nunca amargo, siendo la suavidad parte de su carácter; y como era extremadamente humilde, fue siempre apacible, dulce, y sumamente sufrido.

Promulgó una ley el emperador Mauricio, prohibiendo que ningun soldado tomase el hábito de monge. San Gregorio tomó la pluma, y le escribió en estos términos: *Sería hacerse reo delante de Dios el no hablar con sinceridad á los príncipes. La ley que prohibe á los soldados abrazar el estado religioso, confieso, Señor, que me estremece por lo que toca á vos; porque es cerrar á muchos el camino del cielo... ¿Pero quién soy yo, que hablo así á un grande Emperador, sino un vil gusano de la tierra? con todo eso no puedo dexar de hablarle de esta manera, viendo que el Emperador se opone á Dios.... Ves aquí lo que Jesucristo te dice por mi boca. De secretario te hice capitan de guardias; despues césar; despues emperador, y padre de otro emperador: ¿Y tú desvias á tus soldados de mi servicio? ¿Qué tendreis qué responder cuando el Soberano dueño os pida cuenta de vuestra administracion?*

Hizo poco fruto en el Emperador esta prudente representacion; y Juan, patriarca de Constantinopla, llamado el *Ayunador*, contribuyó mucho á enconarle contra nuestro Santo. Habia sido monge el patriarca, y habia ascendido á aquella silla por la recomendacion que le daba un exterior modesto y mortificado: pero á espaldas de este exterior afectado y penitente ocultaba un insoportable orgullo, á cuya persuasion tomó el título

de *Patriarca universal*, mientras san Gregorio, que verdaderamente lo era único, como vicario de Jesucristo, no usaba otro en sus cartas, que el de *siervo de los siervos de Dios.*

Tuvo mucho que padecer el santo Pontífice, así por parte del Emperador, como de los que eran enemigos de la Iglesia; pero siempre se mostró mas grande en medio de las contradicciones. Oprimido de enfermedades, exercitado con persecuciones, consumido de cuidados que le causaba la solicitud de la iglesia universal, no por eso cesaba de escribir y predicar. A vista del gran número de cartas que escribió á todo género de personas, llenas todas de aquel espíritu de Dios que animaba todas sus acciones; y al considerar la multitud prodigiosa de sus admirables obras, llenas de una elocuencia varonil, nerviosa, y celestialmente pegadiza; pudiera parecer que san Gregorio habia vivido ochenta años en un desierto, ocupado únicamente en meditar, en leer y en escribir.

Fuera de los *Morales sobre Job*, de que ya hemos hablado, y están divididos en treinta y cinco libros, compuso los *Diálogos sobre la vida y milagros de los santos de Italia.* Trabajó esta obra á instancias de sus hermanos, como el mismo Santo lo dice; esto es, de Pedro su amigo antiguo, y de algunos otros monges de su monasterio de san Andres, que vivian familiarmente con él. Las demas obras de san Gregorio son *el Pastoral*; *veinte y dos homilías sobre Ezequiel*; *cuarenta homilías sobre los evangelios*; *el Antifonario*, *el Sacramentario*, *y ochocientas y cuarenta cartas*, divididas en doce libros.

Esta multitud asombrosa de ocupaciones, á cual mas pesada cada una, no le embarazó á aplicar su atencion á otras cosas menores. Fundó un seminario de músicos ó cantores, y se dedicó á reformar el canto de la Iglesia, componiendo el que ahora se llama *canto llano*, *ó canto Gregoriano.* Su zelo, siempre industrioso por la salvacion de las almas, inventó é introduxo las letanías y procesiones, que instituyó para aplacar la ira de Dios, que afligia á la ciudad de Roma con una cruel peste. Reformó la profanidad, desterró los abusos, y restituyó á su antiguo esplendor la discíplina eclesiástica, secular y regular. Tantos y tan apostólicos trabajos acabaron en fin aque-

lla debilísima salud; y el dia 12 de marzo del año 604, cerca de los sesenta de su edad, á los trece, seis meses y tres dias de pontificado, fue este gran Santo á recibir en el cielo el premio debido á sus gloriosas fatigas. Fue enterrado su cuerpo con los honores correspondientes á espaldas de la sacristía antigua de la basílica de san Pedro. Los papas Clemente VIII. y Paulo V. hicieron trasladar sus reliquias á la nueva iglesia de san Pedro del Vaticano. El monasterio de san Medardo de Sóisons se gloría de tener algunas de san Gregorio desde el año 826; y la ciudad de Sens juzga estár en posesion de su santa cabeza. Todo el Universo rinde solemne culto á san Gregorio. Hasta los mismos griegos, aunque tan poco devotos de los santos de la iglesia latina, le han hecho lugar en su Liturgia; y en el año 747 se estableció en la Gran Bretaña la fiesta de san Gregorio, como principal apóstol de Inglaterra, desde que los ingleses y los saxones entraron á ocupar el lugar de los bretones.

La misa es en honra de nuestro Santo, y la oracion de la misa la que sigue:

Deus, qui animæ famuli tui Gregorii æternæ beatitudinis præmia contulisti: concede propitius; ut qui peccatorum nostrorum pondere præmìmur, ejus apud te precibus sublevemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que premiaste con la eterna bienaventuranza á la alma de tu siervo san Gregorio; concédenos misericordiosamente, que pues estamos oprimidos con el peso de nuestros pecados, seamos aliviados de él por la eficacia de sus oraciones: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 4. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos, et mortuos per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo: que reprendas, supliques y amenaces con toda paciencia y enseñanza

sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacerbabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes à sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

»Hallábase san Pablo en Roma preso y casi abandonado de todos sus discípulos; porque á Erasto y á Trófimo los habia dexado en el camino; Dámaso habia dexado el santo Apóstol, y se habia vuelto á las licencias del siglo; Crescencio estaba en Galacia, y Tito en Dalmacia, ocupados ambos en sus apostólicos ministerios. En estas circunstancias escribió esta segunda epístola á Timoteo, instándole para que en compañía de Marco viniese á verle antes que entrase el invierno, y asegurándole que ya estaba para poner fin á su carrera por medio del martirio. Exhórtales á que predique el evangelio á pesar de la resistencia que puedan hacer los falsos hermanos. Escribióse esta carta el año de 65, ó 66.

REFLEXIONES.

Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt: vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana. Demasiado ha llegado ya este tiempo de relaxacion y de indocilidad. ¿En qué otro tiempo mas

que en nuestro infeliz siglo gustan menos de la doctrina de Jesucristo los hombres que se precian de cristianos? ¿cuándo se ha buscado con mayor empeño moral un amigo de los sentidos, una doctrina sociable y acomodada?

¿Se predica al pueblo y á la muchedumbre? ¡Cuántos cobardes temperamentos se aplican! ¡cuántas benignas interpretaciones de la ley! Parece que se teme revolver ó asustar las conciencias. ¡Pernicioso miedo! ¡cruel compasion!

¿Se predica á presencia de los grandes? Buen Dios, ¡con qué circunspeccion, con qué tiento se habla de los mas terribles, de los mas importantes misterios de la religion! ¡qué atencion, qué cuidado en no especificar, en no caracterizar demasiado la licencia de las costumbres, por no irritar la indevocion de los cortesanos, por no lastimar la delicadeza de los afortunados del siglo! Desagrada por lo comun el que aprieta demasiado; pero está bien hallado con el desórden el que teme que le toquen. ¡O gran Dios, y qué trastornamiento, no solo del juicio, sino del propio interes! A la verdad se encuentran todavía algunos hombres apostólicos, que no saben adular, y tienen valor para predicar la palabra de Dios y no la suya. Los mayores príncipes los oyen con respetosa, con religiosa docilidad, y autorizan la doctrina con su exemplar, con su cristiana vida. Pero esos jóvenes disolutos, que muchas veces no tienen mas mérito que el de su distinguido apellido, y el contar muchos hombres honrados entre sus abuelos; esas damas del gran mundo, esas mugeres vanas y sin reputacion; esos esclavos de las diversiones y de los entretenimientos, que imaginan haber nacido solo para divertirse y para holgarse; esas infelices víctimas de los deleytes, que hacen vanidad, y poco las falta para hacer mérito de la irreligion; esas almas tan poco cristianas, que pasan los dias en cierta refinada ociosidad y regalo; ¿todas estas personas de distincion y de carácter toman el gusto á la doctrina, al moral del evangelio? ¿Con qué docilidad oyen aquellos oráculos de Jesucristo, que es menester sujetarse las pasiones, mortificar los sentidos, llevar la cruz, cumplir con las obligaciones de la justicia y de la ley para ser sus discípulos? ¿con qué disposicion leen un libro

espiritual, oyen un sermon, y se presentan al sagrado tribunal de la penitencia? Juzguémoslo por sus costumbres.

¿Estarán endurecidos en el desórden hasta llegar á perder todo vital movimiento de religion? No; pero se ajusta la religion á los deseos; se la hace dependiente de las pasiones; se cierran, ó se desvian los oidos para no oir la verdad: *à veritate quidem autem avertent*; se forja un sistema de moral, y de religion segun la idea de cada uno; y se dedica toda la atencion á las fábulas, á la mentira y al embuste: *Ad fabulas autem convertentur*. Es menester confesar que son bien dignos de compasion los cristianos, cuando llegan á cegarse tanto. Pero mucho mas lo son aquellos indignos y cobardes ministros, aquellos directores lisonjeros y aduladores, aquellos falsos profetas, que nutren á los fieles en la relaxacion y en el error, ó por su ignorancia ó por su cruel condescendencia (*Ezech.* 3.): *Ipse impius in iniquitate sua morietur; sanguinem autem ejus de manu tua requiram*: el impío morirá en su iniquidad; pero á tí te he de pedir cuentas de su sangre.

El evangelio es del cap. 5. *de san Mateo, y el mismo que el dia VII, folio* 125.

MEDITACION.

De la fidelidad en las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fidelidad en las cosas pequeñas nunca se tuvo por pequeña cosa, ni por mediana. No parece puede haber prueba mas visible de lo mucho que se ama á Dios, que el cuidado de no disgustarle en la cosa mas mínima.

Las acciones de mayor estrépito, y de mayor honra no siempre son las que mas cuestan, ni aun las que mas valen; las mas menudas, las mas obscuras en materia de devocion, especialmente cuando se ofrecen frecuentes ocasiones de repetirlas, son por lo comun las que mor-

tifican mas, y para las cuales es menester mayor vencimiento. Algunas veces con un mediano amor de Dios se pueden hacer cosas grandes; pero no parece posible ser constantemente fiel en las pequeñas sin un grande amor de Dios.

El mismo Jesucristo parece que atiende únicamente á esta singular fidelidad, cuando se trata de premiar á los que le sirvieron. *Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque lo fuiste en pocas cosas, yo te colocaré sobre muchas.* Lastimoso error el de aquellos, que solo aspiran á ser devotos y á ser fieles en cosas de entidad. ¿Se deberá creer que hacen por amor de Dios lo mas dificultoso, cuando no quieren executar lo mas fácil?

La razon, el bien parecer, el pundonor, un poco de buena crianza, los respetos humanos, y hasta la misma vanidad pueden contribuir mucho á cumplir con aquellas obligaciones esenciales á que no se puede faltar sin nota y sin descrédito, pero será exâcto en cien menudas observancias, en que se pudiera uno dispensar sin parecer menos bueno, menos cristiano, menos religioso; ciertamente una fidelidad tan desinteresada no puede dexar de ser ó efecto ó causa de una eminente virtud.

Aquellas victorias plausibles, aquellos sacrificios heróicos, aquellas obras de virtud que hacen tanto ruido, edifican mucho á la verdad; pero son raras; mas al contrario estas otras victorias del genio, del natural, del humor, de las pasiones, son victorias de todos los dias, y muchas veces de todas las horas. ¡Qué tesoro de merecimientos en esta multitud de triunfos! ¡Mi Dios, puede haber mayor ilusion, ó tentacion mas perniciosa, que la de imaginar que la virtud no depende de esta puntual y menuda fidelidad!

Pero ilusion, pero error tanto mas digno de temerse, cuanto es mas comun, y cuanto es menos temido. ¡O, Señor, y qué dolor es el mio por haber yo incurrido tambien en un error tan grosero! Haced, Señor, que de aquí adelante sea mi conducta la prueba mas visible de mi arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es tan agradable á Dios esta exâcta fidelidad en las cosas mas menudas, que de élla, por decirlo así, quiso hacer pendientes las demas maravillas.

¿Qué ceremonia mas ligera, que la de tener las manos levantadas hácia el cielo? Pues con todo eso, de esta postura pendió la victoria de Israel contra los amalecitas.

Para vencer á los madianitas escogió Dios á solos trescientos soldados, que por ser menos regalones, ó mas mortificados que los ótros, no se echaron de bruces para beber en el rio con mayor comodidad. Circunstancia harto ligera; y en medio de eso, esta menudencia fue la que le dió la victoria al pueblo de Israel.

Herir la tierra dos ó tres veces mas, ó dos ó tres veces menos, era una ceremonia bien menuda. Sin embargo de eso, ¿qué has hecho Joás? grita el profeta Eliséo, ¿no has herido la tierra mas que tres veces? Pues sábete, que si la hubieras herido cinco ó seis: *Si percussisses quinquies, aut sexies*, te hubieras hecho dueño de toda la Siria.

¿Por ventura se baten y se arruinan las fortificaciones de una plaza sonando una trompeta? ¿por ventura se desmantelan las murallas de una ciudad, dando procesionalmente una vuelta al rededor de élla? Y no obstante no quiere el Señor que se empleen otras armas para derribar los soberbios muros de Jericó. Toda la fuerza de Sanson está aligada á sus cabellos. ¿Qué virtud no comunicó Dios á la débil vara de Moyses? ¡Buen Dios, que instrucciones tan importantes nos dan estas figuras! ¡qué misterios encierran! A cuantos tibios y cobardes en el servicio de Dios se les pudiera decir: *Si percussisses quinquies, aut sexies*. Gimiendo estás todavía baxo el tirano poder de esa pasion dominante; todavía te dexas arrastrar de élla, despues de haber hecho tantos esfuerzos para vencerla; con razon te extremeces al verte tan imperfecto despues de haber recibido tantas gracias. Ah, que no faltó mas que un poco de mayor fidelidad en cumplir con las menudas obligaciones; un poco de mayor exâctitud en la observancia de las reglas que parecian de menos monta: *Si percussisses quinquies, aut sexies*. Tiénense por me-

nudencias las obligaciones menudas, y se reputa aun por mayor menudencia la poca fidelidad en desempeñarlas, por una omision de casi ninguna consecuencia. De aquí nacen tantos Sansones fatalmente sepultados entre las ruinas, tantas victorias perdidas.

Aquel magnífico elogio que hace el Epíritu santo de la muger fuerte, ¿á qué se reduce? ¿sobre qué recae? Declara que su virtud no tiene precio; que para encontrar una muger de iguales prendas es menester andar muchas tierras; buscarla en los paises mas remotos: *Procùl, et de utimis finibus pretium ejus.* ¿Y esto por qué? Porque se aplica á hilar, porque se dedica á dar gusto á su marido; porque cuida de sus hijos y de su familia; porque paga á los oficiales con puntualidad; todas obligaciones comunes, en la apariencia poco esenciales; devocion de poco ruido. Con todo eso, á esto se reduce todo el mérito, y todo el elogio de esta muger extraordinaria; ¿pero cuántas personas miran todas esas menudencias como cosas indiferentes?

¡Mi Dios, qué dolor se sentirá á la hora de la muerte cuando se piense en lo que puede ser ponga á peligro la salvacion! Si para tener mucha virtud fuera menester hacer grandes cosas, ni aun por eso seríamos excusables en no haberlo pretendido; pero cuando veamos que la virtud mas eminente pendia en cierta manera de la fidelidad en cosas pequeñas; ¡qué dolor, qué desesperacion! ¿Y qué será de mí, Señor, si no me aprovecho de esta meditacion? Todo lo espero de vuestra divina gracia; y en virtud de élla me atrevo á prometer que de hoy en adelante estareis contento de mi fidelidad.

JACULATORIAS.

Dixi Domino: Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges. Salm. 15.

Muchas veces dixe al Señor: Vos sois mi Dios, y no teneis necesidad de mis bienes.

Intelligite hæc qui obliviscimini Deum. Salm. 49.

Entended bien esto los que vivis olvidados de Dios, especialmente en materias ligeras.

PROPOSITOS.

Nunca olvides la parábola de los talentos, y las expresiones de que se vale Dios para hacernos apreciar la fidelidad en cosas pequeñas: *Quia super pauca fuisti fidelis.* Este solo oráculo vale por todas las reflexiones, por todos los mandamientos juntos. En otro tiempo, allá en los primeros dias de tu conversion, en los primeros años de fervor, tenias ciertas devociones, ciertos puntos de observancia, á que jamás faltabas sin remordimiento, haciendo escrúpulo de ser menos exâcto en éllos. ¿Qué se hizo de aquella puntualidad, de aquella exâctitud en el cumplimiento de la ley? ¿qué se hizo de aquella fidelidad en las cosas mas pequeñas? Pues la doctrina de Jesucristo no se muda. Cuanto mas te vas alejando del dia de tu conversion, debieras ser mas regular, mas exâcto, mas mortificado, mas fiel. Exâmina aquí tu corazon, y oye lo que te dice tu conciencia; pero no dexes pasar este dia sin poner eficaz remedio á tu tibieza. Nota desde luego los puntos en que te sientes relaxado; la oracion, las devociones, las penitencias, las mortificaciones; todo lo que comenzaste á hacer, y despues has omitido. Si eres religioso, apunta las reglas en cuya observancia te dispensas, las órdenes de los superiores de que haces poco aprecio; y en cualquiera estado en que te halles, nota todo aquello que necesita de remedio pronto. No te contentes con decir: *Ya me acuerdo de éllo, todo lo tengo muy presente*; no puede sufrir el enemigo de nuestra salvacion que se escriban los propósitos, porque sabe bien que es admirable remedio para que sean mas eficaces. Escríbelos, vuelvo á decir, y entrega á tu director el papel donde notares los puntos de tu reforma, suplicándole que en todas las confesiones te pida estrecha cuenta de éllas. Con estos medios, y con semejantes piadosas industrias, se recobra presto el fervor, y se anda mucho camino en poco tiempo.

2 Cuando leas las vidas de los santos, repara cuidadosamente la exâctitud con que fueron fieles en las cosas mas pequeñas. Ninguno dexó de ser muy sobresaliente en este particular, porque no hay medio mas seguro para conservar la inocencia. Hacia de éllas tanto caso san Francisco Xavier, que en medio de las mas importantes

y mas trabajosas ocupaciones, era tan exâcto en cumplir con sus devociones, como pudiera el novicio mas fervoroso. Profesaba tierna devocion á las cinco llagas de Cristo, y á la Concepcion de la santísima Vírgen, haciendo todos los dias á las primeras la corta oracion con que se acabará esta novena.

ORACION

para el último dia de élla.

"Glorioso san Francisco Xavier, que tuvísteis siempre „tan grande fidelidad en las cosas mas pequeñas, tan afec„tuosa devocion á las sagradas llagas de Cristo nuestro „Señor, y tan tierno amor á la santísima Vírgen; suplí„cote que me alcances de Dios estas mismas virtudes; „que de aquí adelante sea siervo fiel en las cosas mas me„nudas, de que hace tanto caso el Soberano dueño; que „en vida y en muerte halle abrigo en las sagradas llagas „de mi Salvador, y que en todo tiempo encuentre en la „santísima Vírgen todos los oficios de una buena madre. „No permitais que acabe esta novena sin conseguir la „gracia que tantas veces os he pedido en élla, si ha de ser „para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amen."

ORACION

de san Francisco Xavier á las cinco llagas.

"O Jesus, Dios de mi corazon, suplícote por aquellas „cinco llagas, que el amor á los hombres te abrió en la „cruz, favorezcas á tus siervos, que rescataste á costa „de tu preciosa sangre. Amen."

DIA TRECE.

Santa Eufrásia, vírgen.

Santa Eufrásia, mas ilustre aún por su eminente virtud, que por su esclarecida nobleza, nació en Constantinopla hácia el fin del cuarto siglo, siendo emperador Teodosio el Grande, con quien estaba emparentada. Su padre Antígono, gobernador de la Lycia y del órden senatorio, era el señor mas estimado y mas virtuoso de Constantinopla; su madre Eufrásia, siendo el exemplo de todas las señoras cristianas, era al mismo tiempo la que mas brillaba en la corte.

Habiendo ofrecido á Dios á Eufrásia su hija, único fruto de su matrimonio, convinieron los dos de comun acuerdo en vivir lo restante de sus dias en continencia, para dedicarse á la virtud con mayor desembarazo.

El principal objeto de las atenciones de la virtuosa madre fue la educacion de su hija. Persuadida á que su mayor y mas esencial obligacion era criar aquella tierna niña en el temor santo del Señor, no aguardó á que con la edad se la despejase la razon para hablarla siempre de Dios; siendo esta su contínua conversacion desde que la niña pudo oirla, aunque no fuese capaz de entenderla. El ordinario asunto de las lecciones que la daba eran el temor de Dios, las verdades de la religion, la salvacion eterna, el horror al pecado, y el amor de Jesucristo; y la niña Eufrásia, que estaba dotada de ingenio vivo y de un excelente natural, se supo aprovechar tan bien de lo que oia, que en la edad de cinco años era ya la admiracion de la corte, y la miraban todos como un pequeño prodigio.

En esta tierna edad perdió á su padre Antígono, que habiendo sido la edificacion de la corte y de todo el imperio por su bondad natural, y por la excelencia de sus cristianas virtudes, fue á recibir la recompensa en el

cielo, dexando cubierta de luto á la corte y al palacio, y quedando inconsolable el Emperador y la Emperatriz por pérdida tan sensible. Tomaron sus magestades debaxo de su imperial proteccion á la niña Eufrásia, y se encargaron con singular gusto de su tutela.

Era natural que á una heredera tan rica, y de tan elevado nacimiento, no la faltasen pretendientes; y así, aunque contaba solo cinco años, se declararon por tales los mayores señores de la corte. Queriendo el Emperador preferir á un jóven senador, que tambien era muy rico, se lo propuso á su madre, aconsejándola que le prometiese á su hija. Admitió la proposicion aquella Señora; firmáronse los contratos, y se convino en esperar á que la niña tuviese la edad correspondiente para desposarse.

Pero como la misma madre era celebrada por la mayor hermosura de la corte, tan jóven que no pasaba de veinte y dos años, de la primera calidad, y no menos rica que su hija, aún era mas pretendida que élla. Apurábanla todos para que volviese á casarse, y hasta el mismo Emperador se lo aconsejaba. Pero Eufrásia, que aun durante el matrimonio habia hecho voto de castidad, conoció que era menester retirarse de la corte para poner á cubierto su viudez. Poseia en Egipto cuantiosos bienes, y con pretexto de visitarlos emprendió un viage á aquella provincia, llevándose consigo á su hija; pero el verdadero motivo era buscar en élla algun retiro donde pudiese dedicarse únicamente á Dios lo restante de su vida.

Apenas llegó á Egipto cuando todos los monasterios vecinos y los pobres de la comarca experimentaron los efectos de su ardiente caridad. Sirviéronla sus grandes riquezas para hacer grandes limosnas; y todo su estudio fue aprovecharse bien de los grandes exemplos de virtud que encontró en aquellos desiertos.

Habia en una ciudad de Egipto un convento muy numeroso de religiosas, que profesaban perpétua clausura, y una vida muy estrecha: no comian carne, ni pescado; no bebian vino, ni aun usaban de aceyte; sustentábanse de solas legumbres; no probaban fruta; dormian en la desnuda tierra; comian una sola vez al dia; y muchas pasaban

dos dias enteros sin comer; huyendo todas de cuanto podia tener visos de delicadeza ó de regalo.

Cautivó á la virtuosa Viuda la extraordinaria virtud de aquellas santas vírgenes, sobre todo, despues de haber hecho experiencias y tenido pruebas concluyentes de su gran desinteres; porque deseando que las tocase mucha parte en sus cuantiosas limosnas, jamas pudo reducirlas á que admitiesen una gran cantidad de dinero que las envió, alegando éllas constantemente que las bastaba el trabajo de sus manos para sustentarse. Lo mas que pudo conseguir, y eso por complacerla, fue que aceptasen una corta porcion de aceyte para la lámpara, y algunos perfumes aromáticos para quemar en la iglesia.

Como continuase en hacer frecuentes visitas á aquella santa casa, un dia entró en élla con su hija á la sazon de solos siete años. La prelada del convento, que no acababa de admirar la anticipada cordura y la extraordinaria devocion de la Niña, la preguntó por entretenimiento á quién queria mas; á las monjas, ó al caballero que estaba prometida? Respondió la Niña: *Ni yo le conozco á él, ni él me conoce á mí; pero las monjas todas me conocen, y yo las conozco á todas, y tambien las quiero á todas. Ahora,* añadió la Santa, *tambien quiero yo hacer otra pregunta: ¿Y las monjas á quien quieren mas: al caballero á quien estoy prometida, ó á mí?* Sonrióse la prelada, y la respondió: *Hija mia, á ti todas te queremos mucho, y tambien te quiere mucho nuestro Señor Jesucristo. Pues tambien yo quiero mucho*, replicó Eufrasia, *á todas las monjas y á Jesucristo nuestro Señor.* La santa madre, que estaba oyendo la conversacion de su hija, llena de gozo, y apenas pudiendo reprimir las lágrimas, la dixo disimulando su alegría: *Vamos, hija, que ya se hace tarde, y la madre abadesa tiene que hacer.* Aquí la Niña: *Usted, Madre, si se quiere ir, puede hacerlo cuando fuere servida; que yo, con su licencia, quiero quedarme con estas monjas, que me quieren mucho.* Dixo la prelada: *Hija mia, es menester que te vayas con tu señora Madre; porque dentro del convento no puede quedar ninguna que no esté consagrada á Jesucristo. ¿Y dónde está Jesucristo?* preguntó la Niña. *Ves allí su imagen*, respondió la prelada, enseñándola un crucifixo. Corrió la Niña hácia él; hincóse de rodillas,

abrazóle tiernamente, y exclamó diciendo: *Vos sois mi Señor, yo me consagro á vos para siempre, dulce Jesus mio; no saldré de este convento, porque no quiero otro esposo que á vos.* Asombrada la superiora, sin acertar á contener la admiracion ni las lágrimas, la replicó; *Hija mia, no te puedes quedar con nosotras, porque no tenemos donde ponerte. Eso no importa, Madre*, respondió la fervorosa Niña; *yo estaré donde estan todas las demas.* No fue posible ni á la superiora ni á la madre reducirla á otra cosa, y se vieron precisadas á dexarla en el convento, esperando que presto se disgustaria de aquella vida. No obstante, aún hizo otra tentativa la prelada; díxola en presencia de su madre que si queria quedarse dentro de la casa era menester que aprendiese el Salterio de memoria, que ayunase todos los dias, y en fin, que habia de cargar con todas las penitencias y observancia de la regla. A todo se ofreció la niña Eufrasia con una intrepidez y con un aliento que pareció cosa sobrenatural. La buena Madre, deshecha toda en lágrimas de consuelo, la abrazó con gran ternura, tomóla de la mano, llevóla delante de un crucifixo; y élla misma ofreció á Dios aquella inocente víctima que el mismo Señor habia escogido; entrególa despues á la prelada, y se retiró á su casa, desprendida ya enteramente de todo lo terreno, y y viviendo desde entonces mas únicamente para el cielo.

Pocos dias despues recibió la niña Eufrasia el hábito y velo de religiosa, siendo admiracion de las mas ancianas su devocion, su fervor y su espirituoso aliento. Ni se tardó mucho tiempo en recoger los frutos de tan extraordinaria vocacion.

La madre Eufrasia, excitada cada dia mas con el exemplo de su santa hija, se entregó con mayor fervor que nunca al exercicio de todas las virtudes. Luego que vió á su hija consagrada á Dios, consideró que no tenia mas hijos que los pobres. El exercicio contínuo de oracion y la vida penitente que hacia, debilitándola la salud, adelantaron el premio de sus merecimientos. Díxola un dia la prelada del monasterio que habia visto á su marido Antígono rodeado de resplandores, que convidaba á su esposa para que le fuese á hacer compañía en la gloria. Desde aquel punto se dispuso para la muerte

redoblando su fervor, y pocos dias despues, llena de merecimientos, descansó en el Señor, siendo enterrada en el mismo convento; y la Iglesia griega celebra su memoria, juntamente con la de Antígono su marido, el dia once de enero.

Luego que el Emperador tuvo noticia de su muerte, se la hizo saber al joven senador á quien estaba prometida su hija, y al mismo tiempo le hizo tambien saber la profesion religion de ésta: el senador suplicó á su magestad imperial se dignase de escribir á Eufrasia, acordándola la palabra que su madre y parientes le tenian dada, y así lo hizo. Pero la Santa, luego que recibió la carta del Emperador, le respondió con estos precisos términos, siendo élla misma la que notó la respuesta:

Señor Emperador:

V. Magestad aconseja á su sierva que prefiera un hombre mortal á Jesucristo, el cual se dignó escogerme para esposa suya, y me tiene preparada una felicidad eterna en la mansion de los bienaventurados. No quiera Dios que vuestra humildísima sierva tenga jamas tan injusto y tan impío pensamiento. Yo soy ya de Jesucristo, y no puedo ser de otro alguno: todo mi deseo es que el mundo no se acuerde mas de Eufrasia. Suplico humildemente á V. M. que mande distribuir á los pobres, á los huérfamos y á las iglesias todos los bienes que mis padres me dexaron en Constantinopla y en sus cercanías; que se dé libertad á todos los esclavos de mi casa, y que se perdone á los administradores y renteros mios todo cuanto me debieren despues de la muerte de mis padres.

Enternecióse tanto el Emperador con esta carta, que la hizo leer en senado pleno, y mandó se executase exâctísimamente todo lo que la Santa prevenia.

Si fue admirable su desasimiento de todas las cosas del mundo, no fueron menos asombrosos los progresos que hizo en el camino de la perfeccion. Desde edad de doce años se habia acostumbrado á comer una sola vez al dia, y esa al anochecer; despues solo tomaba alimento de segundo, y algunas veces de tercer en tercer dia. La abnegacion y la humillacion de sí misma no podia subir mas de punto. No habia oficio tan baxo, que no pretendie-

se con ansia; ninguno tan vil en que no se emplease con el mayor gusto; y el que la viese en lo que se ocupaba y el esmero con que lo hacia, creeria sin duda que habia nacido esclava, y que jamás se habia empleado en otra cosa.

Con todo eso, aquella inocentísima, aquella purísima vida no se eximió de las mas molestas y de las mas enfadosas tentaciones; pero la sinceridad y la humildad con que las descubria y declaraba al que tenia en lugar de Dios, conduxo mucho para que siempre saliese victoriosa; y todos los artificios del enemigo de la salvacion solo sirvieron para hacerla mas humilde, mas mortificada, y para que adelantase su abstinencia al extremo de no comer mas que una sola vez cada semana; pero sin que por eso se debilitase su naturaleza, conservándose tan vigorosa, que era la mas robusta de todo el convento.

Por mas cuidado que ponia en olvidarse élla misma, y en hacer que las demas se olvidasen de lo que habia sido, considerándose como la última de toda la casa, y deseando que todas la tratasen como á tal; con todo eso hacia todas las cosas, aun las mas baxas, con una especie de natural dignidad, que no era posible dexarse de conocer que habia nacido princesa.

El extraordinario mérito de la joven Eufrasia, y la singular estimacion que todos la tributaban, excitaron, como ordinariamente sucede, los zelos y las envidiuelas de otras religiosas de mas humilde nacimiento, y de no tanta virtud. La que mas sobresalió entre todas fue cierta monja imperfecta, llamada Germania, que trató á nuestra Santa de hipócrita y embustera, diciéndola que todos sus actos de humildad y todas sus penitencias eran pura hazañería, solo por singularizarse, y para que algun dia la hiciesen abadesa. Sorprendida la humildísima Vírgen al oir semejante discurso, se arrojó á las pies de aquella inconsiderada religiosa, y con la mayor humildad la pidió perdon, suplicándola que rogase á Dios por élla.

Dió luego á conocer el Señor cuán grata le habia sido la paciencia y la humildad de su fiel sierva, por las gracias extraordinarias y por el don de los milagros con que la favoreció. Pero no poseyó por mucho tiempo la tierra este precioso tesoro. Acabó presto Eufrasia una vida tan

santa con una preciosísima muerte. Sucedió ésta el dia 13 de marzo por los años de 410, teniendo treinta de edad, y habiendo pasado los veinte y tres en el convento.

La misa en honra de nuestra Santa es del Comun de las vírgenes, y la oracion la que se sigue.

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Euphrasiæ virginis tuæ festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que sois nuestra salud; oid benignamente nuestras oraciones, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra bienaventurada vírgen Eufrasia, así tambien merezcamos ser instruidos en el fervoroso afecto de una devocion verdadera: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los colosenses, cap. 13.

Fratres: Induite vos sicut electi Dei, sancti et dilecti, viscera misericordiæ, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam: supportantes invicem et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet querelam: sicut et Dominus donavit vobis, ita et vos. Super omnia autem hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis: et pax Christi exultet in cordibus vestris, in qua et vocati estis in uno corpore: et grati estote: verbum Christi habitet in vobis abundanter, in omni sapientia, docentes, et commonentes vosmetipsos, psalmis, hymnis, et canticis spiritualibus, in gratia cantantes in cordibus vestris Deo.

Hermanos: Revestíos de entrañas de misericordia como elegidos de Dios, santos y amados, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia: sufriéndoos los únos á los ótros, y perdonándoos mútuamente caso que alguno tenga queja de otro: así como el Señor os perdonó, de la misma manera vosotros. Pero sobre todas estas cosas, tened caridad, lo cual es vínculo de perfeccion. Y la paz de Cristo, en la cual habeis sido llamados á un cuerpo, triunfe en vuestros corazones: y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite con vosotros abundantemente en toda sabiduría: enseñándoos y amonestándoos mútuamente con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando agradecidos á Dios en vuestros corazones.

NOTA.

„Habian sido convertidos á la fe los colosenses por „Epáfras su primer obispo, qué se hallaba á la sazon pre„so en Roma con el apóstol san Pablo. Noticioso éste de „que algunos falsos apóstoles los enseñaban una mala doc„trina, queriendo introducir los errores de algunos judíos „tocante á los ángeles, á quienes hacian superiores á Je„sucristo, y contando al Dios de los judíos por uno de „éllos, les escribió desde Roma esta epístola, así para „desengañarlos, como para darles armas contra aque„llos embusteros, y la escribió el año 62 de nuestro Se„ñor Jesucristo.

REFLEXIONES.

La caridad, la dulzura, la humildad y la paciencia fueron siempre el carácter de los escogidos de Dios: *Induite vos sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordiæ, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam.* La señal por donde el mundo conocerá que sois mis discípulos, dice el Salvador, será si os amais únos á ótros. Aprended de mí, dice en otra parte, que soy manso y humilde de corazon. No da el Apóstol otra leccion á los fieles; sobre todo, quiere que la caridad, que es el vínculo de la perfeccion, reyne en sus corazones, y que destierre de éllos todo resabio de division y de resentimiento. Que pues todos profesan una misma ley, pues á todos anima un mismo espíritu, pues todos siguen una misma doctrina, pues todos veneran un mismo evangelio, practiquen todos poco mas ó menos unas mismas virtudes. ¿Por estas señas, por este retrato se conocerán el dia de hoy los verdaderos fieles? Segun Jesucristo la caridad recíproca, la caridad benéfica es el discurso de los escogidos de Dios; ¿pero á la verdad es élla nuestro distintivo? Los zelos, las envidias, el ódio, la division reynan casi en todos los corazones. Ni la afinidad, ni el enlace, ni el mas estrecho parentesco bastan para producir una verdadera amistad; esta es forastera, es peregrina en todo el mundo: es milagro si encuentra asilo en algunas pocas familias: siendo esto así, ¿se podrá decir que la paz de Jesucristo triun-

fa en nuestros corazones? *Et pax Christi exultet in cordibus vestris.* El interes, la ambicion y la codicia introducen en todo la inquietud y la confusion. Las pasiones son los únicos oráculos que se consultan, y los únicos dueños á quienes se obedece.

No parece sino que el desórden ha adquirido derecho de prescripcion, segun ha extendido su dominio, y segun lo pacíficamente que reyna. Con todo eso la religion nunca se muda; el evangelio, que debe arreglar nuestras costumbres, siempre es el mismo. La Iglesia no nos da hoy otras lecciones que las que daba san Pablo á los colosenses; la misma ley, los mismos mandamientos y la misma doctrina. ¿Pero podrémos añadir con verdad, los mismos fieles, los mismos cristianos, la misma inocencia de costumbres?

Verbum Christi habitet in vobis abundanter: habite en vosotros abundantemente y muy de asiento la palabra de Dios. Y bien: ¿logra en nosotros la palabra de Dios esta plenitud permanente? Es cierto que se lee, que se predica, que se oye; ¿pero se obedece? Ella convirtió en otro tiempo á todo el universo; ¿mas el dia de hoy reforma muchas familias? Sin embargo de eso no tiene menos virtud por sí misma en estos últimos tiempos, que tuvo en los primeros siglos. Este grano celestial no ha bastardeado; pero el terreno está hecho un herial, las pasiones le desecan; no está cultivado, no sabe producir mas que espinas y cambrones; los pasageros le pisan, y las ocupaciones temporales le endurecen. Miremos con los ojos del alma el retrato que hace san Pablo de los cristianos de su tiempo. ¡Qué diferencia, buen Dios, entre fieles y fieles, viviendo todos baxo una misma regla y una misma fe! ¡y en medio de tan enorme desproporcion se vive tranquilamente! Se alegran, se divierten los cristianos; ¿pero quién causa en nosotros esta seguridad?

El evangelio es del cap. 8. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Vos de mundo hoc estis, ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis quia moriemini in peccatis vestris: si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccato vestro. Dicebant ergo ei: Tu quis es? Dixit eis Jesus: Principium, qui et loquor vobis. Multa habeo de vobis loqui, et judicare. Sed qui me misit, verax est: et ego quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo.

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por tanto os dixe que moriréis en vuestros pecados; porque si no creeis que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Dixéronle, pues: ¿Quién eres tú? Dixo Jesus: El principio, que tambien os hablo. Muchas cosas tengo que decir y que condenar en órden á vosotros; pero aquel que me envió es veraz; y yo lo que le oí á él, eso es lo que hablo al mundo.

MEDITACION.

De la impenitencia final.

PUNTO PRIMERO.

Considera que vivir en pecado es la mas funesta desgracia; pero morir en pecado es el cúmulo de todas las desdichas.

El pecado sin la muerte es un gran mal; es, hablando propiamente, el único mal que hay que temer; pero este mal no excluye la esperanza de todo bien, antes bien puede servir de materia á las mas excelentes virtudes; puede ser, como efectivamente lo ha sido en muchos grandes santos, asunto y ocasion de la mas espantosa penitencia. Mas el mayor, el supremo mal es el pecado con la muerte; el pecado que imprime en la muerte el carácter de su malicia; la muerte que estampa el último sello en la impenitencia del pecador; el pecado que hace á la muerte funesta para siempre. ¡Qué consecuencia tan terrible! La muerte que hace para siempre irremisible al pecado. ¡Qué suerte tan triste, tan espantosa!

La muerte en pecado apaga todo rayo de esperanza.

Ya no hay mas gracia que pedir, ya no hay mas cielo que esperar, ya no hay Salvador adonde acudir, ya no hay misericordia que esperar. La ternura de madre en María para con los pecadores; la compasion de la Iglesia para con sus hijos; el precio infinito de la sangre de Jesucristo; todo se acaba, todo cesa, todo se perdió para el pecador por la muerte en pecado. La impenitencia final le destierra para siempre de la compañía del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en pecado la Justicia divina imprime un carácter indeleble de reprobacion en aquella alma infeliz; los demonios son su pueblo, el infierno su habitacion para siempre, el fuego y los tormentos son su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su suerte y su destino. Impenitencia final, funesta muerte en pecado, ¡qué espantosa eres! Y esta es la suerte de casi todos los que viven en delicias, de esos disolutos atolondrados, de esos grandes del mundo tan poco cristianos, de esas mugeres sin religion, de esos pecadores que dilatan para la muerte su conversion y su penitencia. Morir en desgracia del príncipe, cubierto de polvo, abandonado; morir de tristeza, de dolores, lleno de infamia, gran mal es; pero no es mal sin remedio, ni destituido de consuelo, como no concurran juntos la muerte y el pecado; ¡mas muerte y pecado, pecado y muerte! ¡muerte, como sucede muchas veces, ó efecto ó pena del pecado! Busca, imagina, si puedes, desconsuelo mayor, desdicha mas espantosa. ¡Y se teme hoy mucho, ó dulce Jesus mio, se teme hoy mucho esta espantosa desdicha!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que desde el mismo punto en que se muere en pecado, todo el mal que se ha hecho comienza á ser eterno en su castigo y en su malicia, y todo el bien que se ha executado desde aquel momento comienza á ser olvidado y perdido.

Acciones honradas, servicios hechos, bizarrías, atenciones, actos de religion (porque al fin no ha de ser uno ateista), ayunos, oraciones, obras buenas, nobleza, distincion, talentos, mérito, todo muere, todo se aniquila

en el pecador que muere impeniteute. Cerróse para él el tesoro de las misericordias; cegóse el manantial de las gracias. Jesucristo olvida, digámoslo así, la calidad y el nombre de Padre, de Salvador, de Rey, para exercer eternamente la severidad de Juez, de Dios irritado, de Dios colérico. ¿Y quién, Señor, podrá resistir al justo temor de vuestra cólera encendida, de vuestra venganza infinita? ¿quién podrá? Un prodigioso número de pecadores, que viven en la culpa y mueren en la impenitencia: yo mismo que hago estas terribles reflexíones, si soy tan infeliz que llegue á morir en pecado.

¿Y cómo no morirá en pecado el que dilata la penitencia para la hora de la muerte? Quien vive en pecado, por regla general morirá en él; porque rara vez dexa la muerte de ser semejante á la vida. Muere el pecador, pero no muere el pecado.

¡Mi Dios, qué de almas trabajan en su misma reprobacion! La muerte en pecado pone fin, perfecciona esta funestísima obra. Lleno está el mundo de estos desdichados artífices; no hay estado, no hay condicion que no tenga muchos; este arte le saben con eminencia los grandes del mundo; los felices del siglo no tienen otra suerte. Desengáñese el amor propio, que la vida delicada, la vida ociosa, la vida regalona apenas puede ser vida inocente. Aun las personas mismas consagradas á Dios, que deshonran la santidad de su estado por la relaxacion de sus costumbres, ¿no viven tambien en pecado? Y aquellas almas domesticadas con la culpa, y que envejecen en élla, ¿morirán por ventura en gracia? La conciencia cria callos, el corazon se endurece, y Dios toma venganza; espantoso, pero justo castigo de la divina Justicia.

A la verdad no son muchos los que mueren de repente, pero pocas muertes hay que no sean subitáneas é imprevistas. Y cuando no se ha hecho penitencia en vida, ¿se hará ó se hallará uno en estado de hacerla á la hora de la muerte? Nunca apetece el hombre con mayor ardor los objetos de su concupiscencia, que cuando estan para escapársele, ó cuando una fuerza superior se los arranca, ó le arranca á él de su posesion y de gozarlos. La penitencia á la hora de la muerte es penitencia forzada, es penitencia natural, es penitencia puramente humana; cuenta,

pues, con la penitencia que se hace en aquella hora, fíate en élla.

¡Señor, y se vive tranquilamente en el pecado! ¡y se pasan alegremente los dias estando el alma manchada con culpa grave! ¡qué, mi Dios, y puede haber otro objeto que me haga fuerza! ¡y qué, puede haber alguna otra desgracia que me espante! ¡y es posible que se pase hora ni instante en el dia en que no os pida la gracia de no morir en pecado! ¡Ah mi Dios, quién mas que yo puede tener esta impenitencia final! Desde este mismo punto doy principio á mi penitencia; y espero, dulce Jesus mio, me daréis gracia para que pueda hacerla antes de morir.

JACULATORIAS.

Juxta est dies perditionis, et adesse festinant tempora. Deut. 32.

¡Ah Señor, que el tiempo de la venganza se apresura, y no está distante aquel funesto dia en que el pecador muera impenitente! ¿Quién me asegurará lo contrario?

Vivens, vivens ipse confitebitur tibi, sicut et ego hodiè. Isai. 38.

No, Señor, no cantarán vuestras alabanzas los que mueren en pecado, sino los que viven, y los que como yo comienzan desde este mismo dia á serviros, á amaros y á glorificaros.

PROPOSITOS.

¿Quieres evitar la desdicha de la impenitencia final? Pues haz penitencia en vida, y no la dilates para la hora de la muerte. ¿Es tiempo de convertirse ni de reformarse cuando se va á dexar de vivir? ¿es tiempo de comenzar á ser hombre arreglado cuando casi se comienza á no ser hombre? ¿en fin es tiempo de hacer penitencia cuando se va á morir y á no poder hacerla jamás? ¿será entonces Dios ni el objeto, ni el motivo de aquellos espantos, de aquellos arrepentimientos, de aquellas lágrimas que el puro temor de los tormentos eternos, la terrible vista del peligro arrancan de los corazones mas endurecidos y menos penitentes? ¿Qué desgracia la tuya, ni qué

mayor señal de tu eterna reprobacion, si despues de haber leido todo esto, aún dilatas para la hora de la muerte tu conversion y tu penitencia? Judas reconoció su culpa á la hora de la muerte. Antíoco lloraba, prometia, se deshacia de dolor en aquella última hora, y ámbos murieron impenitentes. ¿Tienes necesidad de convertirte, ó á lo menos de reformarte? pues no te contentes con concluir que es menester reformarte ó convertirte. No será esta la primera vez que has concluido lo mismo. ¡Pero consecuencias ineficaces, consecuencias ilusorias! En materia de conversion y de reforma la verdadera consecuencia que se debe sacar es la práctica pronta y efectiva. Da principio desde luego postrándote á los pies de un crucifixo; y allí, con la memoria de tus desórdenes y de tu relaxacion, ten un vivo dolor de tus desaciertos pasados; y dile á Dios en la amargura de tu corazon:

Señor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*Ezech.* 3.); *haced que este sea el dia de mi perfecta conversion, de la reforma de mis costumbres y de mi verdadera penitencia. Doy principio á la úna y á la ótra por vuestra misericordia. Lleno de confianza en los méritos de mi Señor Jesucristo y en la intercesion de la santísima Vírgen, espero me libreis de la desdicha de morir impenitente.*

2 No basta orar, es menester obrar. ¿Tienes necesidad de hacer una confesion general y extraordinaria? Pues ve sin la menor detencion á declarar tu necesidad y tu resolucion al confesor que hubieres escogido para hacerla. Comienza desde luego á reformarte, cercenando cierta superfluidad en el vestido, cierto exceso de delicadeza, arrojando al fuego ciertos libros, arrancando de las paredes ciertas pinturas, tomando ciertas modales graves y modestas, practicando ciertas devociones, cierta regularidad en que ligeramente te has dispensado. Haz en este mismo dia alguna penitencia ó mortificacion corporal; alguna obra de misericordia, alguna limosna. Nadie se acuerda de los pobres encarcelados, y éllos no pueden venir á representarte sus necesidades y sus miserias. Lo mismo se puede decir de ciertas familias honradas, cuya pobreza es tanto mas cruel, cuanto es mas muda. Estos principios de conversion y de reforma son como aras y co-

mo prendas de una perseverancia cristiana, que desvian el peligro de morir en pecado. Cuando llegue á tu noticia algun accidente funesto, ó la muerte de algun conocido tuyo, ten cuidado de decirte á ti mismo: *No hay desgracia que no tenga remedio sino la de morir en pecado mortal.*

☞ DIA TRECE.

San Leandro, arzobispo de Sevilla, confesor.

El glorioso y célebre doctor de nuestra España san Leandro, fue natural de Cartagena, é hijo de Severiano, gobernador de esta ciudad, y Turtura, su consorte, ambos de ilustrísimo linage y de notoria virtud. Tuvieron estos dichosísimos padres la singular gracia de dar al cielo cuatro hijos, que fueron el ornamento de su patria y el honor de la nacion. Fue el primero nuestro san Leandro, y como tal se mereció los primeros cuidados de sus padres para darle una educacion correspondiente á su alto nacimiento y á la sólida piedad que tanto los ilustraba. Pero la bella índole y la natural docilidad que desde luego advirtieron en su hijo les dexaron poco que hacer para formar un corazon que ya se hallaba prevenido con las bendiciones de la gracia. Instruíanle con cuidado en los principios de la religion, acompañando estas lecciones con el exemplo de su inculpable vida; y como no tenia motivo para aprender otra cosa que lo que oia y veia practicar á sus virtuosos padres, se hizo como natural en Leandro la inclinacion á la virtud, y el estudio y meditacion de las verdades eternas. La compostura de sus modales, la gravedad del semblante y la indiferencia con que, aun siendo niño, miraba los pueriles entretenimientos, al mismo paso que le conciliaban el cariño de cuantos le conocian y trataban, hacian que se concibiesen de él las mas bien fundadas esperanzas de que habia de ser un hombre singular y de grande utilidad para la Iglesia.

Aplicáronle despues sus padres al estudio de las primeras letras, poniendo al mismo tiempo el mayor cuidado en su educacion y crianza; y como en lo que enseñaban á su hijo iban delante con su exemplo, se vieron pronto los maravillos efectos en el blando corazon é ingenua docilidad de que Dios le habia dotado. Admirábanse mas los padres cuando veian que lejos de entregarse á los pueriles entretenimientos tan propios de la edad, buscaba siempre la soledad y el retiro para entregarse todo á sus libros y á exercicios piadosos. Pasaba su juventud procurando huir siempre de la compañía de otros jóvenes disolutos, y buscando solo la de hombres sabios, especialmente eclesiásticos, á quienes tenia singular inclinacion, y de cuyo trato esperaba sacar los frutos correspondientes á su inclinacion, que era la de radicarse mas y mas en el conocimiento de las verdades católicas. Resultóle de aquí el hacerse compañero en todas las aflicciones que en aquel tiempo padecieron en España los católicos á causa de lo dominante que estaba la secta de Arrio en los reynos de España, protegida con la autoridad de los reyes, á cuyo exemplo se aumentaba increiblemente el contagio, y se disminuia el partido de los verdaderos creyentes.

Sentia Leandro el lastimoso estado de la fe; y no pudiendo por entonces poner el remedio conveniente á tanto mal, trató de apartar la vista por lo menos, por no verse sumergido en tanta pena. Causaba ya tedio á su alma la vida, y deseoso de mayor quietud determinó hacerse religioso. No tuvieron efecto sus deseos estando en Cartagena con sus padres, ó porque sentian carecer de su presencia, ó porque disponia Dios que tambien Leandro padeciese adversidades, para que le fuese mas facil aborrecer al mundo, y anhelase con mayor viveza por el camino del cielo. Esto experimentó en el infausto golpe que sufrió su casa, cuando por la persecucion de los arrianos perdieron sus padres la dignidad y hacienda, saliendo desterrados con sus hijos á la ciudad de Sevilla. Portóse el Santo con indecible prudencia, no solo con sus ancianos y virtuosos padres, sino con todos sus hermanos, animándolos y consolándolos para que sufriesen este golpe con toda resignacion y constancia en una

causa tan gloriosa, como lo era la persecucion por la fe, y con tan saludables consejos toleraron todos gustosos las tribulaciones, y las ofrecieron á la Magestad divina con regocijo de sus almas.

Luego que llegaron á Sevilla manifestó Leandro sus prendas, y se ganó de tal suerte las voluntades de todos por su afabilidad, modestia y gravedad de su semblante, que le oian con gusto, y anhelaban á porfia por su comunicacion, haciéndose panegiristas de sus nobles calidades. Viendose ya Leandro dueño de las voluntades de todos, dió principio á la conversion de las almas, detestando los errores de Arrio, así en públicas como en privadas conversaciones, con lo que logró aficionar á muchos á la fe católica; y sin duda hubiera convertido á toda la ciudad si no lo hubiera estorbado el natural temor de desagradar á los reyes, que eran de la profesion arriana; pero se conocia que le iba Dios proporcionando para ello, pues hasta los mismos hereges, no solo le escuchaban gustosos, sino que le buscaban hambrientos de sus dulces conversaciones.

Determinando cumplir sus primeros deseos de hacerse religioso, se entró en un monasterio, que fue el taller donde se hizo consumado en todas letras, para emplearlas despues en el servicio de Dios, y en defender las verdades de la fe. Con esta ocasion encargó el cuidado y educacion de Isidoro, su hermano, á Fulgencio y Florentina, hasta que pasado algun tiempo lo encargó al arzobispo de Sevilla, el cual como amaba mucho á san Leandro, le dió en esto las pruebas de su cariño, supliendo por éllos el magisterio de su hermano. Gozoso Leandro con su nueva vida, se aplicó con mayor esmero á todos los exercicios de virtud con singular consuelo de su alma. Ordenado de sacerdote se aplicó mas al estudio de las divinas letras, y á la práctica de todas las virtudes propias de su estado; de suerte que era el espejo en que se miraban todos los religiosos, así en lo austéro y retirado, como en lo humilde y sabio sobre todo.

Por este conjunto de prendas tan sobresalientes se vieron como precisados los monges de comun consentimiento á elegirle por abad de su monasterio, cargo que ad-

mitió con harta repugnancia, y le desempeñó con exemplo de todos y especial beneficio del alma, siendo el primero hasta en los exercicios mas penosos y humildes del monasterio. Pero Dios, que le habia elegido para que fuese antorcha resplandeciente de su Iglesia, dispuso que habiendo fallecido David, arzobispo de aquella santa iglesia, fixasen todos su atencion en el santo abad Leandro, y así de comun consentimiento de clero, pueblo, y parecer y consulta del rey Godo, fue aclamado por pastor de aquella iglesia, aunque con increible mortificacion de su humildad verdadera.

Puesto Leandro cual hermosa ciudad sobre el encumbrado monte de la Iglesia, emprendió con tanto ardor y eficacia el oficio de la predicacion, que no dexaba de exercitarle con conocido fruto en los muchos que por sus persuasiones dexaban su engañosa secta, y profesaban las verdades de la católica doctrina. Empleó tambien su zelo pastoral en las mas exâctas diligencias para la reforma de su clero, y en restablecer las buenas costumbres. Habia mucha diversidad en las iglesias acerca del Oficio divino, y tomó á su cargo el abolirle, reduciéndole á una misma forma en España; y aunque esto no pudo conseguirse hasta el tiempo de san Isidoro, sirvió de mucho su trabajo, porque añadió algunos himnos, salmos y oraciones, y otros ritos eclesiásticos; ordenó algunas cosas nuevas, y espurgó de dicho Oficio muchas ceremonias antiguas. Fue tambien muy zeloso en propagar la órden de san Benito; gastando gruesas cantidades en fundar conventos de esta Orden. A su hermana Florentina envió la regla y modo de vivir que formó de la de este santo Patriarca, con algunas modificaciones y restricciones que le parecieron convenir á lo regular del estado, y á la oportunidad de los tiempos. Envióla tambien aquel precioso libro que compuso *del desprecio del mundo*, para confirmarla en su vocacion y alentarla á dar gracias al Señor por el beneficio de haberla sacado de los peligros del mundo. Estos fueron los principios de su pontificado.

Pero viendo que por su oficio estaba en mayor obligacion de poner toda diligencia en propagar la fe, y que para ello era indispensable ganar primero al rey

Leovigildo, que era declarado enemigo de la doctrina católica, se afligió sobremanera, por considerar le faltaba el medio mas poderoso. Mas luego respiró un poco su corazon con el casamiento de su sobrino el príncipe Hermenegildo, en quien tenia fundadas esperanzas, de que si llegaba á reynar, se habria de lograr por medio suyo la conversion de todo el reyno. Teníale ya tratado y conocido el santo Tio, y bien instruido en los dogmas de la santa fe, y con este motivo le reconvino de nuevo sobre su conversion con bastante eficacia; y juntándose á esto los buenos oficios de la princesa, su esposa, se consiguió que el Príncipe se hiciese católico y protector y caudillo de éllos para resistir á la tiranía del arriano Leovigildo. Esta inesperada novedad causó un gozo indecible á san Leandro, que la consideraba como primicia de su predicacion apostólica, y con este principio se prometia lograr lo mismo en toda España. Declarada, pues, la guerra entre el Príncipe y los católicos por una parte, y entre Leovigildo y los arrianos por ótra, partió san Leandro á Constantinopla con el carácter de embaxador, por la causa de la fe que sostenia Hermenegildo.

Esta embaxada fue la causa del conocimiento y estrecha familiaridad que trabó con san Gregorio el Grande, que á la sazon se hallaba en aquella córte de órden del sumo pontífice para los negocios de la santa Sede. Hicieron las prendas de san Leandro tanta impresion en el ánimo del santo Legado, que no es dable prueba mayor de esta verdad, que las inauditas demostraciones que hizo con él, no solo ahora, sino cuando ascendió despues al sumo pontificado. Conferenciaron los dos muchas veces sobre los puntos mas árduos de la fe católica, quedando admirado san Gregorio de ver la sublime y perspicaz inteligencia del santo Arzobispo en las divinas Escrituras, la facundia y erudicion de sus palabras, la viveza de sus conceptos; y sobre todo, fue tal el concepto que le mereció san Leandro, que á instancia suya escribió aquel santo Pontífice los libros de los *Morales*, los expuso segun sus reglas, los dedicó á su nombre, sujetándolos á su censura, y protextando, cuando se los remite á España, que no son dignos ni correspondientes á su mucha sabiduría.

P

Volvió Leandro á Sevilla, que ya lloraba su ausencia por la fatal guerra con que Leovigildo la tenia amedrantada, y hallando que tenia preso al santo príncipe Hermenegildo, sintió como debia esta novedad; pero continuando con mas fervor en sus empresas, le escribió algunas cartas para mantenerle constante en la fe que le habia predicado, y que no temiese perder un reyno caduco y una vida perecedera; pues á pérdidas semejantes estaban vinculadas mayores y eternas ganancias. Grande consuelo recibió el santo Príncipe con estas cartas, las cuales lograron tan buen efecto, que ni la persecucion, ni la prision rigurosa, ni el destierro, ni aun la misma muerte doblaron su invencible fortaleza.

Temiendo Leovigildo que se aumentase el partido de los católicos, con perjuicio de su secta, dispuso que se hiciese en Toledo un concilio de obispos arrianos, á fin de remediar este daño, y tomar las precauciones convenientes. En este conciliábulo, persuadido el Rey á que el amparo y doctrina de los obispos católicos eran la causa de que el Príncipe hubiese hecho el atentado de tomar las armas contra su padre, y hacer tan vigorosa resistencia, loco de cólera, y precipitado de su misma furia, fulminó decreto de privacion de sus dignidades, y de destierro contra los obispos y cualesquiera ótros que pudiesen tener alguna complicidad en el asunto. Tocaba inmediatamente esta órden á san Leandro, como al que era la causa principal de la conversion del Príncipe; y en su cumplimiento se retiró de su iglesia el santo Arzobispo, y en élla puso el Rey un obispo arriano, como lo hizo tambien en los demas pueblos. No se sabe el lugar de su destierro; pero se cree fuese alguno de los monasterios de su instituto.

No desmayó el Santo con esta tribulacion; sino que se esforzó mas su ardiente zelo en proseguir la causa del catolicismo, continuando sus buenos oficios con el Príncipe hasta que supo su dichosa muerte, por la que manifestó gran dolor por lo mucho que le amaba. Pero era al mismo tiempo indecible el júbilo de su alma, considerando la esforzada resolucion de su sobrino en haber rubricado con su sangre las verdades de la fe, y el beneficio que de aquí resultaba á la Iglesia, pues este martirio estable-

cia en el reyno la religion verdadera, é invencible ya su rey en la gloria, sería protector de una obra, en cuyos fundamentos habia sacrificado su vida. Las ocupaciones del Santo en su destierro fueron escribir libros doctísimos contra los arrianos, convenciendo en éllos la falsedad de sus dogmas, y demostrando la verdad de la católica doctrina. Escribió tambien otro tratado contra un Vicente, obispo de Zaragoza, que habia declinado de la pureza de la fe, y se habia hecho arriano, afeándole su resolucion, y respondiendo con mucha solidez á sus aparentes razones, exhortándole á que diese una pública satisfaccion de sus errores y escándalos. El tiempo que no ocupaba en escribir, lo gastaba en oraciones y penitencias, clamando al Señor se dignase atender al lastimoso estado en que gemia su Iglesia en España, y á este fin se dirigian todas sus disputas, oraciones, ayunos, penitencias, destierros y persecuciones.

Pasada tan cruel tormenta, vino luego la deseada serenidad á la felicísima España; porque enfermó de muerte el rey Leovigildo, y como en este lance se ven las cosas del mundo á su verdadera luz, vió y conoció sus errores el Rey, y manifestó un profundo dolor de sus malas obras. Hizo llamar al príncipe Recaredo, su hijo, y le mandó que luego sin dilacion levantase el destierro á su tio el santo Arzobispo, y á todos los católicos para que volviesen á sus iglesias: añadiéndole que estuviese en un todo sujeto á la direccion de san Leandro; y por último, le ordenó que luego que viniese, le suplicase en nombre suyo y de su parte, que prosiguiese con los mismos documentos que habia dado á Hermenegildo, y que en todo le obedeciese, si queria ser feliz en su reyno.

Indecible fue el gozo de Leandro con esta maravillosa mutacion de la diestra del Todopoderoso. Restituyóse á su iglesia, y continuó en dar á sus ovejas el pasto de que habian carecido tanto tiempo. Aplicóse á cumplir lo ordenado por el Rey acerca de Recaredo, con quien comunicó todo lo perteneciente al buen gobierno y á la consistencia de sus estados; y conociendo por estas primeras conversaciones que estaba bien dispuesto el corazon del Rey para recibir su doctrina, le habló casi en estos términos. "Sobrino y Señor: La union de los vasallos en la

»religion católica es el único medio para establecer y »conservar la monarquía. Mas para esto conviene que se »den luego prontas providencias para la celebracion de »un concilio, á que deban concurrir las principales per»sonas de ambos estados eclesiástico y secular, para con»fesar en nombre de todo el reyno y de la Iglesia la san»ta fe católica, y abjurar públicamente la secta arriana. »Con tan autorizada concurrencia se pone freno á toda »persona particular, solo con que el catolicismo se vea »amparado y seguido del Rey."

Oyó gustoso el Príncipe este razonamiento, y dió órden al punto para que se congregase el concilio, que fue el III. de Toledo, con asistencia de todos los grandes del reyno y otras principales personas, y presidió en él san Leandro, como legado apostólico, segun afirma el cardenal Baronio, por no haber entre los obispos de España hombre de mayor recomendacion, ni mas eminente en santidad que san Leandro arzobispo de Sevilla.

Llegó el dia de la celebracion del concilio, y con él el mayor gozo del santo Prelado. El glorioso Recaredo hizo á los padres una humilde y reverente exhortacion. Luego entregó por escrito la profesion de fe á nombre suyo y de la reyna. Despues hicieron lo mismo los obispos arrianos y todos los grandes del reyno, y todos las firmaron con un júbilo indecible por haber recibido la católica fe. Concluido este acto predicó al concilio san Leandro, con lo que manifestó el inmenso caudal de su sabiduría; y ponderó las ventajas que de ello resultaban á la Iglesia, y concluyó dando gracias á los padres por tan feliz determinacion con palabras dignas de su espíritu. Dia por cierto felicísimo para España, pues se publicó su gloria con alegres y festivas aclamaciones, y con universal alegría de toda la nacion.

Puestas ya en paz las cosas de la Iglesia, ordenó san Leandro que se diese noticia de todo lo sucedido al santo pontífice san Gregorio, y así en nombre del concilio y del Rey católico, se despacharon embaxadores á Roma con muchos dones preciosos, y trescientos vestidos para los pobres de la iglesia de san Pedro. Llevaron tambien las actas del concilio con cartas de san Leandro, en las que recomendaba al rey Recaredo, ponderando á su San-

tidad el zelo y religion que habia manifestado en el concilio. El santo Pontífice recibió á los legados con indecible alegría, alegrándose muy mucho del impensado triunfo que habia conseguido la Iglesia; y para demostrar mejor su contexto, escribió al rey Recaredo confirmándole en la fe recibida, y honrándole con un pedazo de la cruz de Jesucristo, unos cabellos de la cabeza de san Juan Bautista, y dos llaves tocadas al cuerpo de san Pedro, engastada la una en porcion de hierro de las cadenas del Apóstol.

Á su íntimo amigo san Leandro escribió tambien san Gregorio con grandes expresiones, y dándole gracias por su aplicacion en beneficio de la Iglesia, encomendándole al rey Recaredo, y dándole saludables consejos para que perseverase en la fe recibida; con cuya ocasion envió los libros de la exposicion de Job, el palio y la carta pastoral. Desembarazado ya el santo Arzobispo de los graves negocios del concilio, y bien instruido el rey Recaredo, se volvió á su santa iglesia de Sevilla, en donde publicó luego los decretos del concilio, y exhortó á todos á su debido cumplimiento con fervorosos y contínuos sermones, en que no menos mostraba su caridad, y el zelo ardiente que tenia por la salvacion de sus ovejas, que el pastoral cuidado con que incesantemente atendia á todas las necesidades de los pueblos, socorriéndolos liberalmente, para que no tuviesen jamás motivo de retroceder en la fe nuevamente recibida.

Restituida la paz á la Iglesia, que tantos sudores y fatigas le habia costado, se empleó de nuevo en dar saludables documentos á sus santos hermanos, escribiendo particularmente á san Fulgencio varias instrucciones para su consuelo, y encargándole el sumo cuidado que debia tener en las materias de la fe católica y en el buen gobierno de su feligresía. Practicó lo mismo con la santa abadesa Florentina, dándola acertadas providencias para el buen régimen de sus religiosas, y nuevos avisos y consejos sobre la regla que anteriormente habia compuesto, animándola á la perseverancia en sus santos propósitos.

Con el santísimo pontífice Gregorio fue en esta ocasion mas contínua su correspondencia, escribiéndole repetidas cartas, y consultándole las dudas que ocurrian en

su iglesia, que si bien su acertada prudencia tenia en todas la mas sábia y católica resolucion, queria siempre el apoyo y consejo de la suprema cabeza de la Iglesia, como siempre se habia practicado. Entre otras le consultó la cuestion célebre sobre la trina inmersion del bautismo autorizada con varios lugares de la santa Escritura y santos padres; y en la respuesta se conoce muy bien el grande aprecio que hacia san Gregorio de la pasmosa sabiduría de san Leandro, con ser tambien doctísimo el santo Pontífice. Pero los elogios que hace de san Leandro este Pontífice, son una clara prueba de la grande opinion en que le tenia y de sus virtudes singularísimas. Dícele en una carta: "Beatísimo hermano: Habiéndote conocido dias »hace en la ciudad de Constantinopla, donde yo estaba »ocupado en negocios de la Silla apostólica, y á ti te con»duxo la embaxada del rey Visigodo por la causa de la fe, »te di á entender, y aun dixe la poca satisfaccion que te»nia de mí. Entonces mis hermanos y tú me obligásteis »con ruegos y poderosas súplicas, como te acordarás, á »que expusiese el libro de Job, manifestándoos sus pro»fundos misterios segun las fuerzas de mi espíritu, la »cual exposicion remití á la consideracion y juicio de »vuestra Beatitud, no porque la juzgue digna, sino por»que habiéndola tú pedido, me acuerdo que prometí esta »palabra. Todo cuanto en dicha exposicion hallase tu »Santidad tibio y poco culto, lo perdonará, pues sabe mi »poca salud." En otra carta le habla así: "Cuando se »leyó vuestra carta se hallaron presentes algunos varones »buenos y sábios, y al punto quedaron interiormente »conmovidos. Solo con oirla leer os ponia cada uno con »amor en su corazon, pues le parecia no oir, sino ver la »dulzura del vuestro; todos se encendian, cada uno se »maravillaba, y en el fuego de los oyentes se conocia el »ardor del que escribia." No creo sea dable mayor prueba de cariño, ni mayor elogio de la sabiduría y virtud de san Leandro, que unas expresiones semejantes de un Pontífice tan sábio como santo.

En tan santa correspondencia empleó san Leandro los últimos años de su vida, y conociendo se le acercaba ya el término deseado, redobló sus penitencias, y aumentó con mayor cuidado todos los exercicios de virtud,

dando saludables consejos á sus próximos, socorriendo á sus pobres, y practicando todas las virtudes, encargando á todos, y con especialidad á sus santos hermanos, la defensa de la santa fe católica, que habia sido el único objeto de su zelo sobre la tierra. Asaltóle una peligrosa enfermedad; y habiendo recibido los santos Sacramentos con la disposicion que se dexa discurrir de su apostólica vida, murió en paz en Sevilla, y fue sepultado su santo cadáver en la iglesia de santa Justa y Rufina en un panteon que él mismo habia construido, y fue el depósito de los cuatro santos hermanos. Fue sentidísima su muerte por perder tan buen pastor y padre. Venéranse hoy en Sevilla sus reliquias con singular devocion y consuelo de los fieles.

La misa es la de doctores en honor del Santo: la oracion la siguiente.

Deus, qui arianam pravitatem doctrina sancti confessoris tui atque pontificis Leandri ex Hispania propulisti: da plebi tuæ, ut ejusdem meritis, et precibus ab omni errorum et vitiorum labe semper libera conservetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que arrojaste de España la arriana pravedad con la doctrina de tu santo confesor y pontífice Leandro: concede á tu pueblo, por sus méritos é intercesion, que siempre se conserve libre de las tinieblas de los errores y de las manchas de los vicios: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 4. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia XII. fólio 198.

REFLEXIONES.

Con dificultad se pueden dar unas expresiones mas patéticas y vivas que las que usa el apóstol san Pablo para hacer entender á Timoteo las obligaciones de un superior. *Te conjuro*, dice, *delante de Dios y de Jesucristo, el cual ha de juzgar los vivos y los muertos por su venida y su reyno, que prediques en tiempo y fuera de tiempo, oportuna é importunamente, que reprendas, supliques, exhortes enseñando con toda paciencia.* Estas instrucciones, aunque están dichas principalmente por el Apóstol para un obispo, con todo eso, dice el gran padre san Agustin

en el lib. 1. contra Cresconio, que se las deben apropiar los sacerdotes, los ministros, y cuantos tienen responsabilidad por las almas de sus hermanos. De consiguiente los padres de familias, á quienes Dios ha cargado de hijos y de criados, deben tener entendido, que son responsables de sus almas, y que para su buena direccion necesitan rumiar dia y noche las apostólicas sentencias.

Nada está por demas en el gobierno de una familia: la experiencia ha acreditado muchas veces, que son diferentes los caminos por donde se ganan para Dios los corazones. Por tanto, el Apóstol no dice que se exhorte solamente, ó que solamente se reprenda, sino que propone todos los medios que dicta la prudencia á un espíritu poseido de la humanidad y del amor á sus próximos. Un padre, una madre de familias debe estudiar el carácter y la índole de sus hijos y de sus criados. Segun el genio y pasiones que dominen en cada uno, debe aplicarles el consejo, la correccion ó el castigo. Esta es una ciencia acaso la mas útil para la vida humana; pero acaso no habrá tampoco ótra que menos ocupe los talentos. Todos se juzgan con la suficiente prudencia y sabiduría para el gobierno de una familia por grande que sea. Aquellos jóvenes que apenas han tenido mas instruccion que la necesaria para enamorarse, se cargan con la mayor facilidad con el yugo del matrimonio, y con la responsabilidad de las almas de sus criados y de sus hijos.

¿Los padres de familias fixan acaso su consideracion cuando colocan á sus hijos en las estrechas obligaciones que van á cargar sobre su conciencia? ¿es parte de la instruccion con que se educan los hijos la declaracion de las obligaciones que tiene un padre de familias? ¿se les enseña á discernir los genios, las necesidades, la diversidad de circunstancias, y el modo con que deberán portarse en todas éllas? Pero esta ciencia desconocida de los padres, ¿cómo se ha de propagar á los hijos que no tienen otros maestros? La juventud, por una parte, que es comunmente inconsiderada, y por ótra la ignorancia, ¿qué efectos han de producir? Sin mas que fixar los ojos en pocas familias, enseñará la experiencia exemplos bien lastimosos, discordias eternas, rencillas

escandalosas, ódios recíprocos, maldiciones exêcrables, desgobierno en los amos, infidelidad en los criados, abandono en los padres, falta de amor y respeto en los hijos; estos son los ordinarios efectos de la falta de instruccion en este punto.

Dos jóvenes que se casan, deben tener entendido ante todas cosas, que Dios los constituyó superiores de su casa y de su familia: que las almas de sus hijos y de sus criados las pone Dios en sus manos; que los excesos que cometan corren por cuenta suya, y les ha de hacer Dios cargo de éllos; que á éllos les convienen no menos que á Timoteo las palabras de san Pablo; y finalmente, que nada es cuanta ciencia é instruccion puedan tener en órden á hacer un papel honorífico en el teatro del mundo, si les falta la instruccion que para gobernar bien su familia les da san Pablo. Hay casos en que el superior debe instruir á los inferiores: ótros en que los debe reprender, ya con suavidad, y ya con aspereza: ótros en que atendidas las circunstancias de un genio delicado, temeroso y cobarde, convendrá mas bien el ruego, la insinuacion y la súplica, que la conminacion y la dureza. El discernir estos casos, el conocimiento de los medios, la eleccion de los mejores y mas oportunos, la resolucion, talento, moderacion y arte para saber manejarlos, ¿qué atencion, qué reflexion no requieren en aquellos á quienes la Providencia ha constituido en la clase de superiores? Si este es tu estado, ¡cuánto no debes velar! y sino lo es, ¡cuánta lástima no deberás tener de tus superiores, y cuánto no deberás orar por éllos!

El evangelio es del cap. 5. *de san Mateo, y el mismo que el dia VII, folio* 125.

MEDITACION.

Sobre la responsabilidad de los pecados agenos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el juicio de Dios será tan terrible, que con razon le temia el Apóstol, sin embargo de que estaba segûro de la integridad de su conciencia. *Nada me remuerde*, decia, *mas no por eso me tengo por justificado, porque es Dios quien me ha de juzgar.* ¡Terribles palabras para todo cristiano; pero terribilísimas para aquellos que están encargados de responder de los delitos agenos! Una vida arreglada, y nada revuelta con los negocios del siglo: la ley de Dios entendida en todo su vigor y pureza: los cargos diarios bien distribuidos y bien desempeñados: la frecuencia de sacramentos y trato con personas virtuosas y devotas; apenas todo esto junto basta para dar tranquilidad á quien reflexîone mucho las palabras de san Pablo. Al hacer un exâmen escrupuloso de su conciencia encontrará mil resquicios por donde le entró la vanidad, la complacencia, la vana confianza, el ocio, la propia estimacion ú otros semejantes monstruos que asestan de contínuo al cristiano para privarle del fruto de sus buenas acciones.

¿Pues qué dirémos si se extiende la vista sobre las ocupaciones de la vida pasada? La mocedad llena de manchas, de liviandades y de inconsideraciones: lo mas xugoso y florido de los años dedicado á la ostentacion, al luxo, á la ambicion, á los encantos de los sentidos: la vejez sumergida en la avaricia y en la impenitencia, presentan un plan de delitos que no bastan á expiarlos contínuas lágrimas. Pues ahora: añade, prelado, superior, juez, padre de familias, sacerdote, amo, tú que de cualquiera manera te has hecho delante de Dios responsable de los delitos agenos, añade á los tuyos propios los de tantos como están á tu cargo, y de que te se ha de tomar estrecha cuenta. Añade tantas almas perdidas por tu negligencia ó descuido, por no reprender, ó tal vez por reprender demasiado: por no velar, ó acaso por velar im-

portunamente: por dar un consejo temerario, ó tal vez por no haber dado ninguno: por haber usado de demasiado rigor, ó de excesiva condescendencia: por tantos motivos como son los que pueden causar la perdicion de las almas.

San Juan Crisóstomo se estremecia con esta consideracion. San Gregorio el Grande le representa con tanta vivacidad, y con palabras de tanta turbacion y desconsuelo, que no es descaminado el juicio del que atribuyó su falta de salud habitual á la meditacion contínua que el Santo tenia de su peligro. Estos héroes, estos santos que llenaban perfectamente las obligaciones de su estado, gemian acobardados del temor. Y yo, Dios mio, que apenas echo diariamente una ojeada sobre mi familia y mis hijos: yo que tengo fiadas mis mas sagradas obligaciones á un hombre venal que nada interesa en cumplirlas mas que sus sueldos: yo que vivo descuidado enteramente de la conducta de mi familia, que ignoro en qué se emplean mis hijos, mis criados, y acaso mi muger, ¿cómo puedo vivir sabiendo que he de ser juzgado? ¿qué sentencia puedo esperar á vista de mi descuido, de mi inaccion y de mi desidia? Si mis delitos personales bastarian, y aun sobrarian para hacer muy dudosa mi felicidad, ¿qué será cuando sobre los mios cargue el peso de tantos como tengo sobre mi conciencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el peso de los pecados agenos es tan duro é insoportable, que en sentencia de muchos sábios, el contemplar su multitud y gravedad hizo tal impresion en nuestro Redentor Jesucristo, que le obligó á sudar gran copia de sangre. Dios por otra parte es tan zeloso de las almas, despues que le costó tanto el redimirlas, que es para causar un gran temor á cualquiera que está encargado de éllas. En el lib. 3. de los Reyes, cap. 20, encargó Dios á un Profeta que cuidase de un varon, y que tuviese entendido que si se perdia, no le costaria menos su pérdida que *el alma*. De manera, que tanto en el antiguo Testamento, como en el de la ley de gracia, no se hallan sino motivos de vigilancia, cuidado y temor en todos aquellos

que se echaron sobre sí el peso durísimo de la salvacion agena. Una consideracion que hace sudar sangre al Hijo de Dios, ¿qué efectos deberá producir en un mero hombre, débil, tibio, y acostumbrado á dexarse vencer de la rebelde concupiscencia?

Á estas consideraciones se deben añadir otras que hacen el negocio mas árduo, y la salvacion mas dificultosa. Los propios delitos te los dice tu conciencia: aunque hayas tenido la vileza de ser ingrato á tu Dios, y de volverle ofensas por sus inspiraciones; con todo eso, en este mismo conocimiento tienes un recurso para comenzar á solicitar el perdon. La gracia comienza sus operaciones por hacerte reconocer tus pecados. Su misma gravedad te hará que levantes al cielo tus plegarias, y que con lágrimas en los ojos solicites piedad y misericordia. ¿Pero será tan facil dolerte de los delitos que ignoras, y que por haberse cometido por culpa tuya, te se pedirá cuenta y satisfaccion de todos éllos? ¿será facil que viertas lágrimas por la disipacion de tu hijo, por el trato deshonesto de tus criados, por el tiempo mal empleado de tu muger, por la educacion criminal y peligrosa que induce poco á poco á un verdadero ateismo, cuando nada de esto merece tu atencion, y todo ello es ageno á tu noticia? ¿no es esta situacion una verdadera desventura? *Papæ quantum periculum*! decia san Juan Crisóstomo.

No pienses que el ser superior es solamente recoger aquellas honras y servicios que tributan los inferiores. La sumision de una esposa amable y honesta; la tierna humillacion de el hijo que llega á besarte la mano; la servidumbre con que viven pendientes de tu voluntad criados y criadas, te son dulces y sabrosas cuando tu altivez se embriaga con éllas, sin reflexîonar que trascienden á mas. ¡Pero, ó Dios, qué caras te costarán en el dia del juicio sus terribles consecuencias! ¡qué amarguras de conciencia te esperan en las horas postrimeras de la vida, cuando trabaje y se afane el ministro de Dios en sosegar tus remordimientos, y tú mismo conozcas que se cansa en vano, porque está contra ti la justicia y la razon! ¡O Dios misericordioso! No permitais que llegue mi alma á aquellas horas sin haber antes hecho una verdadera peni-

tencia de mis omisiones, y haber enmendado perfectamente las acciones de mi vida.

JACULATORIAS.

Tribulationes cordis mei multiplicatæ sunt. Salm. 14.
Señor, mirad que han crecido y se han multiplicado las tribulaciones que oprimen mi corazon.

De necessitatibus meis erue me. Salm. id.
Libradme, Señor, y dadme vencimiento contra todas las necesidades de que me veo oprimido.

PROPOSITOS.

Por mucho que te afanes en atesorar riquezas para tus hijos, siempre será incierta la suerte de tus afanes, y además la de su correspondencia y agradecimiento. Por lo comun con el cadáver se sepulta tambien su memoria, y nada puede avivar la esperanza del hombre en órden á la otra vida mas que la misericordia de Dios y tus buenas obras. Una verdad tan auténtica debiera hacer tornar á los hombres en su acuerdo, y procurar mas bien dexar á su familia é hijos una buena educacion y un santo exemplo, que los bienes temporales y transitorios.

Dificultosamente se puede conseguir lo primero sin oprimir al pobre, y aprovecharse con iniquidad de su sudor y su trabajo. Lo segundo, es una obligacion indispensable de que ha de tomar Dios estrecha cuenta, y cuyo cumplimiento no es tan facil como se imagina. Que estés velando, que estés durmiendo, que estés presente en tu casa, que estés fuera de élla, tú eres el superior. Tú debes cuidar de las obras de todos, pues de todos eres responsable. Al tomar estado te echaste sobre ti un yugo, un peso, una carga; no te engañes juzgando que emprendiste un estado de delicias.

¿Pero mis criados, mis dependientes, mis mayordomos, los maestros que tengo puestos á mis hijos, no serán bastantes á relevarme esas obligaciones? No; de todos esos respectivamente en cuanto son inferiores tuyos, eres responsable. A ti te ha encargado Dios sus almas; pero á éllos no les ha encargado mútuamente las suyas. Si tú,

que eres padre, descuidas de tus hijos, ¿te parece que no se juzgarán con mas razon excusados los maestros? Si á ti que te va la salvacion, te hacen las obligaciones de superior una impresion tan ligera, ¿qué efecto han de producir en quien solo le mira como una ocupacion venal con que gana la comodidad de la vida? No nos engañemos: de aquí adelante es menester vivir de otro modo si piensas vivir eternamente feliz. Menos cuidado de los negocios del mundo, y mas atencion á aquéllos de cuya responsabilidad te has cargado. ¿*Qué le importa al hombre hacerse señor de todo el Universo, si al fin pierde su alma*? Esta pregunta de san Pablo tiene dificil respuesta.

DIA CATORCE.

San Lubin, obispo y confesor.

Nació san Lubin en Poitiers hácia el fin del cuarto siglo. Sus padres fueron pobres, pero virtuosos, y le criaron en el temor santo de Dios. La rendida obediencia que les profesó desde su niñez, le mereció del cielo las abundantes bendiciones con que el Señor le colmó. Pasó los años de su juventud en una grande sencillez y santa ignorancia, ocupándose en el exercicio de pastor.

Encontrando un dia en el campo á cierto santo religioso de la abadía de Noaillé, le declaró el gran deseo que tenia de aprender á leer, y le rogó que le hiciese una cartilla. Admirado y edificado el Monge de las ansias que mostraba aquel pobre pastorcillo, y no teniendo consigo papel, tinta, ni otro modo de darle gusto, le grabó lo mejor que pudo y supo el alfabeto en su mismo cinto. Con este corto auxîlio, y con el de algunos libritos que su padre le buscó, se halló Lubin en estado de instruirse por sí mismo en muy poco tiempo de los misterios de la religion.

Pero mucho mas instruido por la gracia, que por los libros, tenia una santa envidia á los que lejos de los embarazos del mundo podian dedicarse al estudio de la salva-

cion, y meditar con quietud nuestros santos misterios. Esto le movió á dexar la profesion de labrador y de pastor, y á retirarse á un monasterio con beneplácito de sus padres. Apenas fue recibido en él, cuando empezó á ser distinguido entre todos los monges por su devocion y por su fervor; edificábalos su mortificacion y su exâcta puntualidad; pero su humildad y su modestia los cautivaba.

Sobrecargáronle con muchos oficios, y quitaba del sueño el tiempo que dedicaba al estudio. Aunque habia sido un pobre pastor sin cultura y sin crianza, nada tenia de rústica ni de grosera su virtud. Sirviendo á todos de exemplar y de modelo su perfectísima observancia, supo ganarse la veneracion y aun el corazon de todos.

Habiendo estado ocho años en el monasterio, le vinieron deseos de visitar á san Aví, famoso solitario de la Percha, para aprender de tan santo y experimentado maestro el camino de la mas elevada perfeccion.

Llegando á noticia de un diácono llamado Carilefo este intento de Lubin, le dixo un dia: "Ya sé los deseos »que tienes de profesar vida mas perfecta; bendigo á Dios, »y te aconsejo que lleves adelante tus buenos propósitos; »pero en la nueva carrera que vas á emprender nunca te »olvides de lo que te voy á decir. Lo primero, no te ali»gues á servir á obispo alguno, porque la vida de palacio, »por arreglada que sea, conviene poco á un solitario. Lo »segundo, no aspires ni pretendas el gobierno de alguna »iglesia particular, y aunque te brinden con élla, no la »aceptes; porque aunque puedas hacer mucho bien, es muy »dificultoso conservar el método y la regla de la vida mo»nástica; y dado caso que tengas bastante virtud para no »dexarte llevar de los aplausos de los lisonjeros, no sé si »tendrás la que es menester para sufrir las calumnias de los »detractores. Lo tercero, jamás quieras vivir en comuni»dades cortas ó en conventos pequeños; porque rarísima »vez se guarda en éllos con vigor la observancia religiosa, »siendo el comun asilo de los tibios y de los imperfectos; »la debida subordinacion no suele estar bien guardada; »con facilidad se conceden dispensaciones de la regla; y »en suma, por lo regular cada uno hace lo que quiere."

Resuelto Lubin á aprovecharse de estos prudentes consejos, pasó á buscar en su ermita á san Aví. Instruyóle el

Santo por algunos dias; y al cabo le aconsejó que se recogiese todavía por algun tiempo mas en algun monasterio, así para perfeccionarse mas y mas en la virtud, como para exercitarse en la práctica de las costumbres y observancias monacales. Tomó el consejo nuestro Santo, y volviendo á subir por la orilla del rio Loira hasta su orígen, encontró en élla un monasterio pequeño, donde le hicieron instancias para que se quedase en él; pero acordándose de lo que le habia prevenido el santo Carilefo, se excusó modestamente, y pasó adelante con ánimo de retirarse á la célebre abadía de Lerins, donde florecia todavía en todo su rigor la observancia cenobítica. Ya estaba en camino para dicha abadía, cuando encontró á un monge de élla que le disuadió de aquel intento; y hallándose en el Givaudan, fué á ver á san Hilario, obispo de Javoux, cuya silla fue con el tiempo transferida á la ciudad de Mendo. Recibió el santo Prelado á los dos peregrinos en su comunidad; y habiendo conocido el espíritu ligero del Monge que se habia juntado con nuestro Santo, le aconsejó que nunca se apartase de la compañía de san Lubin, y que los dos se recogiesen á pasar los dias de su vida en algun monasterio.

Partióse nuestro Santo de Javoux, y fué á Leon con el otro monge de Lerins, y desde Leon se encaminó con él al famoso monasterio de Isla-Barba, cuyo abad á la sazon era san Lupo. Prendado de la edificativa observancia de aquella santa casa, no menos que de la eminente virtud y extremada austeridad de vida, así del santo Abad, como de sus santos monges, no pensó en andarse ya buscando otro lugar para su retiro; pero no pudo detener allí por mucho tiempo al otro Monge su compañero de viage; porque aquel genio inquieto é inconstante se fué del monasterio, y dexó libre á nuestro Santo para gozar con quietud y con sosiego la dulzura de tan santa soledad.

Cinco años habia que san Lubin era el exemplo de aquella santa casa, dedicado enteramente al exercicio de las virtudes mas sublimes de la vida religiosa, cuando los reyes Cloterio y Childeberto, hermanos de Clodomiro, se apoderaron de la Borgoña y de todo el Leonés, entrando las tropas á saco en el monasterio de Isla-Barba. Al acercarse el exército todos los monges desampararon

el monasterio, á excepcion de nuestro Lubin y de un santo viejo, cuya extrema ancianidad y muchos achaques no le permitieron huir.

No son explicables los malos tratamientos que hicieron al Santo los soldados, codiciosos del pillage, para obligarle á descubrir el lugar donde los monges habian escondido el dinero y las alhajas; pero nada bastó á doblar su constancia. Chapuzáronle en la Saona, moliéronle á golpes, hiciéronle mil ultrages; pero despues de haber padecido mucho, halló modo para escaparse de sus manos, y se retiró á la soledad de san Aví, que le recibió con mucha caridad, y presto le veneró como á maestro suyo en la vida espiritual y en el camino de la religiosa perfeccion.

Muerto san Aví, buscó san Lubin otra soledad aun mas retirada, para dedicarse en élla á una vida todavía mas austéra. Habiéndosele juntado otros dos solitarios, se retiró con éllos al desierto de Carbonier en las extremidades del bosque de Montemiral, donde edificaron tres celdillas, y pasaron en éllas una vida mas de ángeles que de hombres. Con el tiempo quedó solo nuestro Santo, haciendo maravillosos progresos en todo género de virtudes, entregado á una vida penitentísima y perfectísima, cuya santidad manifestó presto el Señor con muchos prodigios.

En una ocasion, al tiempo de la siega, se levantó una tempestad tan furiosa de truenos, relámpagos, rayos y granizo, que parecia iba á abrasarse todo el mundo. Movido el Siervo de Dios del daño que amenazaba aquel nublado de fuego, roció el ayre con unas gotas de aceyte que él mismo habia bendecido, y al punto cesó la tempestad. Pocos dias despues, con el mismo remedio del aceyte bendito apagó otro incendio voracísimo; y en fin, sus oraciones iban siempre acompañadas de prodigiosos efectos.

Conociendo san Eterio, obispo de Chartres, la eminente virtud de nuestro Solitario, le obligó á salir de su desierto, y á pesar de su repugnancia le hizo abad del monasterio de Brou, y despues le ordenó de sacerdote. Por este tiempo, habiendo hecho un viage á la Provenza san Aubin, obispo de Angers, con el fin de

visitar á san Cesario, arzobispo de Arlés, quiso que el abad Lubin fuese en su compañía; y él consintió facilmente en esta jornada, por el deseo que tenia de acabar sus dias en el monasterio de Lerins. Pero sabiendo su intento san Cesario, le disuadió de él, y aun le persuadió á que cuanto antes se restituyese al monasterio que Dios le habia encomendado, si no queria ser responsable á su Magestad de la relaxacion y de los desórdenes que en su ausencia podia suceder. Hízole fuerza á Lubin un consejo tan santo como prudente, y desde aquel punto solo pensó en volverse cuanto antes á cuidar de sus monges, con firme resolucion de no salir jamás de su monasterio. Pero el Señor lo dispuso de otra manera; porque apenas llegó á Brou, cuando por muerte del obispo de Chartres, el rey Childeberto propuso á Lubin para sucederle. El clero y el pueblo reconocieron visiblemente la voluntad de Dios en la proposicion del Rey; pero no fue tan facil vencer la humildad de nuestro Santo, que no podia rendirse á consentir en ser obispo. No es posible explicar su repugnancia y desconsuelo. Lágrimas, ruegos, protextas, todo lo puso en movimiento para huir de aquella augusta dignidad, de que se consideraba tan indigno; y al fin, viendo que nada bastaba para persuadirle á que dexase su amada soledad, fue menester valerse de un inocente artificio.

Fingió el clero y el pueblo que se rendia á sus razones; pero solamente le suplicó que nombrase él mismo al monge que mejor le pareciese entre sus súbditos para ser consagrado en su lugar. Condescendió el Santo, y nombró al que juzgó mas á propósito para obispo. El monge, que estaba bien instruido de todo, convino en que aceptaria el obispado, con tal que su abad le diese el consuelo de asistir á su consagracion. Vino en ello el santo Abad; mas apenas entró en la iglesia, cuando el clero y el pueblo comenzó á clamar á voz en grito, que Dios habia escogido al abad Lubin para su pastor; que esta era tambien la voluntad del Rey, y que á ningun ótro tendrian por obispo. Vióse precisado á rendirse, y á ceder no menos al órden del Rey, que á los ardientes deseos del clero y pueblo.

La nueva dignidad no causó en él otra novedad que la de aumentar su zelo y su fervor. No se dispensó en alguno de los exercicios religiosos que hacia en el monasterio, ni

afloxó un punto en la austeridad y penitencia de su vida. Siempre mas pobre, siempre mas humilde, siempre mas despreciable y mas pequeño á sus ojos, miraba aquella brillante dignidad como una nueva obligacion que le empeñaba en ser mas perfecto, y en añadir á las virtudes de abad las perfecciones de obispo.

No se puede explicar la exâctitud y la edificacion con que llenó todo los deberes de fiel vigilante pastor. Tan poderoso en obras como en palabras, convertia á los mas obstinados pecadores con su dulzura y con su zelo; y en muy poco tiempo se vió florecer la disciplina eclesiástica y regular en todo su obispado.

Declaró el Señor la eminente santidad de su digno ministro con portentosos milagros. Restituyó la vista á un ciego solo con hacer la señal de la cruz sobre los ojos. Ya se sabia que era remedio pronto y eficaz contra todo género de dolencias el lograr envolverse en su pobre manto: la agua bendita por sus manos tenia prodigiosa virtud contra los demonios. Haciendo la visita de su obispado resucitó á la hija de su huésped. Con este extraordinario don de milagros ya se dexan comprender los grandes frutos que haria en su diócesis. Colmado en fin el santo Obispo de merecimientos, ilustre por un número sin número de maravillas, y llorado extraordinariamente de su pueblo, despues de haberle purificado el Señor con una dolorosa enfermedad por espacio de siete años, que no le concedió mas treguas que para asistir al quinto concilio de Orleans, y al segundo de París, murió en Chartres el año de 557. Dióse sepultura á su cuerpo con solemnidad digna de tan santo obispo, y los milagros que obró el Señor en su sepulcro excitaron muy presto la devocion y el concurso á él de todos los pueblos comarcanos. Consérvanse aún el dia de hoy en la catedral de Chartres con grande devocion las preciosas reliquias de san Lubin, que pudieron escapar del furor de los hugonotes; los cuales en el año de 1568 arrojaron al fuego todos los huesos del santo Prelado que pudieron haber á las manos.

La misa en honra del Santo es del Comun de confesor y pontífice, y la oracion de la misa es la siguiente:

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Lubini confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Lubin, se aumente en nosotros la devocion y el deseo de la salvacion eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 5. de la 1. del apóstol san Pedro.

Fratres: Seniores, qui in vobis sunt, obsecro, consenior et testis Christi passionum: qui et ejus, quæ in futuro revelanda est gloriæ communicator: pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes non coactè, sed spontaneè secundùm Deum, neque turpis lucri gratia, sed voluntariè. Neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo. Et cum apparuerit princeps pastorum, percipietis immacescibilem gloriæ coronam.

Hermanos: A los sacerdotes que estan entre vosotros les ruegó yo consacerdote, y testigo de los tormentos de Cristo: y que tengo parte en aquella gloria que será un dia manifestada: que apacentéis la grey de Dios que pende de vosotros, gobernándola no por fuerza, sino de buena voluntad segun Dios: no por amor del vil interes, sino por vuestro gusto: ni por dominar en la heredad (del Señor) sino siendo de corazon el exemplar de la grey: Y cuando se manifestare el príncipe de los pastores, recibiréis la corona imarcescible de gloria.

NOTA.

»Hallándose san Pedro en Roma, á quien da el nom»bre de Babilonia, ó por la confusion de todos los cultos »idólatras que reynaban en élla, ó por ocultar el lugar »donde residia, escribió esta admirable epístola, dirigi»da á los fieles convertidos entre los judíos del Oriente, »y tambien á los gentiles convertidos á la fe, exhortán»do á únos y á ótros á vivir conforme á la santidad del »evangelio. El capítulo 5. habla mas particularmente con »los pastores de la Iglesia, á quienes da excelentes adver»tencias.

REFLEXIONES.

Esto es lo que ruego á los sacerdotes. Seniores, qui in vobis sunt, obsecro, consenior: ¡Qué estilo tan distante de aquellas cláusulas altaneras y afectadas, de aquellas palabras imperiosas, de aquel tono magistral y dominante, que enagenan los corazones, y enconan los ánimos en vez de instruirlos! El Príncipe de los apóstoles, la cabeza de la Iglesia, el padre de todos los fieles se sirve de la palabra *ruego* cuando escribe á los sacerdotes. No teme abatir su dignidad, ni envilecer su carácter, poniéndose de nivel con sus inferiores, y dándoles instrucciones con título de súplicas. ¡Buen Dios, qué imperio tienen sobre el corazon de los hombres esta dulzura, esta humildad, cuando están acompañadas de un mérito real, y de una virtud verdaderamente superior! Pero cuando se quiere suplir el mérito con la imperiosidad y con la altanería, sale mal la cuenta.

La dulzura y la modestia de los santos encantan; su afabilidad los hace mas respetables; encuéntrase no sé qué género de superioridad, no sé qué ayre de nobleza aun en sus mismas humillaciones. La grandeza, que no tiene mas lustre que el que la prestan, ó los muebles preciosos, ó el magnífico equipage, es bien poca cosa. Muy débil está el que tiene necesidad de tantos apoyos para mantenerse.

Pascite qui in vobis est gregem Dei: apacentad el rebaño de Dios, que se fió á vuestro cuidado. Si es rebaño de Dios, ¡qué delito será el abandonarle, ó el dexarle que se apaciente de pastos no sanos! ¡qué delito será el no darle pasto alguno!

" ¡Ay de aquellos pastores de Israel, dice el Profeta »(*Ezech.* 34.), que se apacientan á sí mismos! ¿Pues qué los »pastores no apacientan al ganado? Y vosotros os mamais »la leche de mis ovejas, os cubris con su lana, y no tratais, »ni cuidais de apacentarlas á éllas. Nunca os habeis aplica»do, ni á fortificar á las débiles, ni á curar las enfermas, ni »á aliviar con una triste venda la fractura de las pernique»bradas. No habeis tomado el corto trabajo de levantar á »las que se caían, ni de buscar á las que se descarriaban, »contentándoos con dominarlas con rigor, con severidad y

»con imperio. Por eso mis pobres ovejas andan por ahí espa»rramadas y perdidas, porque no tienen pastor, y por eso »caen en las garras de todas las fieras del monte, que misera»blemente las despedazan, y se las engullen."

¿Qué gran cosa fuera que estas reprensiones, y las amenazas que se subsiguen á éllas, hablasen únicamente con los pastores de la ley antigua? Gracias al Señor, no hay hoy en su santa Iglesia muchos pastores de este carácter. Tenemos el consuelo de ver cumplido lo que habia prometido Dios por su Profeta (*Jerem.* 26.): *Suscitabo super eos pastores et pascent eos.* Ha dado Dios á su Iglesia pastores dignos, que cuidan de apacentar su rebaño, y de desviarle de todo pasto que pueda serle nocivo. Pero si por desgracia se encontráran algunos de aquellos pastores descuidados y negligentes: de aquellos ministros de los altares, mas mercenarios que pastores, los cuales se apacentasen éllos á costa de su rebaño, dexándole á él perecer de hambre; ¿qué tendrian que responder al Juez supremo cuando les pidiese la sangre de las ovejas muertas por falta de pasto, ú de las despedazadas por negligencia y por ausencia del pastor? *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* ¡O qué obligacion tan terrible la de dar cuenta, así de la sangre de las ovejas, como de las funciones sagradas del altar, y del patrimonio de los pobres!

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Beatus ille servus, quem cum venerit dominus, invenerit ita facientem. Verè dico vobis, quoniam supra omnia, quæ possidet, constituet illum. Quod si dixerit servus ille in corde suo: Moram facit dominus meus venire: et cœperit percutere servos, et ancillas, et edere, et inebriari: veniet dominus servi illius in die, quâ non sperat, et horâ quâ nescit, et dividet eum, partemque ejus cum infidelibus ponet. Ille

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Bienaventurado aquel siervo, al cual cuando venga el señor le encuentre obrando así. Os digo de verdad que le constituirá sobre todo cuanto posee. Pero si el tal siervo dixere en su corazon: Mi señor tarda en venir: y comenzare á castigar los criados y criadas, y á comer, beber, y embriagarse: vendrá el señor de aquel siervo cuando menos lo espera, y en la hora que no sabe, y le echará, y colocará con los (siervos) infieles. Y aquel sier-

autem servus, qui cognovit voluntatem domini sui, et non præparavit, et non fecit secundùm voluntatem ejus, vapulabit multis; qui autem non cognovit, et fecit digna plagis, vapulabit paucis. Omni autem, cui multum datum est, multum quæretur ab eo: et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo.

vo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo segun su voluntad, recibirá mucho castigo: pero el que la entendió, é hizo cosa digna de castigo, será castigado poco. A aquel á quien se le dió mucho, se le exigirá mucho: y mucho mas se exigirá á aquel que mucho le fue encomendado.

MEDITACION.

De la falsa seguridad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay criado alguno que quiera ser cogido en falta por su amo, y que noticioso de que éste está para venir, no se ponga en estado de cumplir con su deber. El que se halla prevenido de antemano, sin temer que le coxan de sorpresa, vive descuidado hasta el tiempo crítico; y esta es la razon, dicen los padres, por qué Dios nos ocultó á todos la hora de nuestra muerte. Quiso que no sabiendo la hora en que habia de venir á pedirnos, ó á tomarnos las cuentas de nuestra administracion, estuviésemos siempre dispuestos para darlas. Velad y orar sin cesar, dice el Salvador, porque ignorais el momento decisivo de vuestra eterna suerte. Y si en medio de esta incertidumbre todavía se vive con tanta negligencia; ¿qué sería si estuviéramos seguros de que el amo no nos habia de coger de repente? Pero siendo la incertidumbre tanta, ¿quién nos alienta, quién nos asegura en la continuacion de nuestros desórdenes? No vendrá tan presto el amo, dice el siervo negligente; y baxo esta necia confianza se abandona á mil excesos. ¿No nos pinta á nosotros el evangelio, no representa al vivo nuestro retrato en el de este siervo infiel y descuidado? Soy mozo, gozo buena salud, me siento con la mayor robustez, no hay que temer que el sobe-

rano Juez venga tan presto; esto es lo que asegura al pecador en medio de sus mayores disoluciones; lisonjéase de que siempre tendrá tiempo para convertirse. ¿Pero en qué funda esta falsa seguridad, y esta engañosa confianza? Eres joven; ¿pero la muerte respeta por ventura alguna edad? Eres robusto; ¿y cuántos mas robustos que tú murieron de repente? No hay instante de la vida que no pueda ser el último, no hay viejo tan viejo, que no se prometa por lo menos un año mas de vida; no hay enfermo tan deplorado, que no tenga esperanza de sanar; no hay alguno, digámoslo así, que no muera de repente; esto es, que no muera cuando todavía esperaba vivir mas. Es cierto, segun la palabra de Jesucristo, que el Hijo del hombre viene siempre cuando menos se le espera; ¡y con todo eso hay quien se ria; hay quien se divierta, hay quien viva tranquílo, viviendo en pecado mortal! ¿No me dirás, infeliz, en qué afianzas esa desdichada seguridad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué asombro debe causar la falsa seguridad de innumerables gentes, que trayendo una vida tan poco cristiana, pasan alegremente sus dias, entregados á diversiones, á gustos, á entretenimientos; y llevando en su frente estampado el carácter de reprobacion, con todo eso viven tranquilos y casi sin remordimiento, como si nada tuvieran que temer. ¿Qué se juzgaria de una persona, que teniendo debaxo de los pies un horrendo precipicio, voluntariamente se echase á dormir con grande serenidad sobre el borde? ¡Toda la vida se está durmiendo, digámoslo así, sobre el borde del infierno, y no se teme precipitarse en él á cada instante! Aquellas personas, cuya conciencia gangrenada apenas habla ya palabra, porque se ha hecho insensible como los miembros del cuerpo tocados de la gangrena: aquellos hombres del mundo sorbidos de los negocios, y sumergidos en los placeres, viven con una crasa indiferencia en órden á la salvacion, con un eterno olvido de su Dios; y con todo eso viven serenos, viven tranquilos. ¡Buen Dios, qué asombro!

Las personas mas cristianas, que con tanta razon miran el negocio de la salvacion como el negocio mas importante,

como el único negocio que las importa; aquellas almas inocentes, sepultadas en los desiertos, ó encerradas en los claustros, que pasan los dias entre los rigores de la penitencia, que jamás pierden de vista á Dios, que siempre caminan delante de sus ojos por los senderos de la santidad y de la justicia; un san Lubin, y todos los demas santos, en medio de una vida tan mortificada y tan perfecta, trabajan contínuamente en su salvacion con temor y con temblor, conforme al consejo del Apóstol; y unos hombres metidos en el gran mundo, expuestos sin cesar á todos los tiros del enemigo, embarcados en un borrascoso mar lleno de escollos, engolfados en un piélago tumultuoso donde todo es tentacion, todo peligro, donde es contagioso hasta el ayre que se respira; estos hombres están en reposo, viven alegres, comen con gusto y duermen tranquilos. ¡Mi Dios, qué digno de compasion es el que está enfermo de peligro y ni aun siquiera conoce que está malo!

No permitais, Señor, que viva yo en este mortal letargo; y si hasta aquí me he dexado llevar de una seguridad engañosa, abridme, mi Dios, los ojos para que jamás pierda de vista el peligro.

JACULATORIAS.

Confige timore tuo carnes meas: á judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetrad, Señor, mi alma y mi corazon de vuestro santo temor, para que evite el rigor de vuestros terribles juicios.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 28.

Dichoso aquel que siempre está con temor en órden á su salvacion.

PROPOSITOS.

A una falsa seguridad siempre se siguió un cruel arrepentimiento; sobre todo, cuando el mal es sin remedio, ¡Qué dolor, qué desesperacion por toda la eternidad en los infiernos la de un infeliz condenado, que solamente se condenó, digámoslo así, por no haber temido condenarse! Por mas que te consuele el testimonio de tu buena con-

ciencia en órden á la vida pasada; por uniforme, por compuesta, por ajustada que sea la presente; por defendido que te parezca que estés en el claustro, en la soledad, en el retiro, ten sí una gran confianza en la misericordia de Jesucristo; pero no dexes de temer el rigor de su justicia. No te olvides jamás de que Judas se perdió en su compañía, en su misma escuela, delante de sus propios ojos; y que Salomon abusó del don de la sabiduría. Ningun dia se te pase sin hacer de cuando en cuando estas saludables reflexîones.

2 Desconfia con moderacion de todo lo bueno que hicieres. Es menester evitar el extremo de los escrúpulos; pero es presuncion confiar demasiado en sus buenas obras. Dí á Dios todas las mañanas y todas las noches: *Conozco, Señor, que soy siervo inútil; pero confio en vuestra piedad que me hareis el favor de suplir mi insuficiencia y mis defectos.* Cuando llegue á tu noticia la muerte de alguno, haz cuenta que la muerte respecto de él, por larga que fuese su enfermedad, fue repentina; y dite á ti mismo: *Presto le seguiré yo, y no quisiera que se pudiese decir de mí lo que pienso yo de él.* Nunca dilates para el dia siguiente lo que quisieras haber hecho á la hora de la muerte; y acuérdate que es bienaventurado aquel que vive siempre como si en aquel mismo dia hubiera de morir.

☞ DIA CATORCE.

Santa Florentina, vírgen.

Nació esta gloriosa Vírgen para ser el adorno del vasto campo de la Iglesia, de la ilustre familia, segun se cree, de los duques de Cartagena. Luego que salió á luz se vieron en élla señales nada equívocas de su futura santidad. Su rostro parecia como transformado en una rosa, siempre magestuoso, afable, y risueño, y hasta en sus miradas daba á entender tanto recato, honestidad y modestia, que prendaba los corazones de cuantos la veian. Levantaba con fre-

cuencia los ojos al cielo, violentándose aun cuando tomaba el pecho, siempre que no la pusiesen de modo que pudiese fácilmente mirar á lo alto.

Entrada ya en el uso de la razon, comenzaron sus padres á educarla cristianamente, instruyéndola con especial cuidado en las primeras oraciones, en las palabras buenas y santas, en oraciones devotas, y en los principales misterios y rudimentos de la santa fe católica, que era su primer cuidado en la educacion de su familia. A pocos dias advirtieron en su hija una singular agudeza de ingenio, muy claras y despejadas potencias para aprender y entender las oraciones que se la enseñaban; por lo que resolvieron á ponerla al estudio de las primeras letras, sin olvidar el principal exercicio de la virtud, á lo que atendia incesantemente su madre, dándola continuos exemplos con sus obras, que son el mejor magisterio. Buscaba siempre la quietud para los exercicios de piedad, y se la hallaba de ordinario en los lugares mas escondidos de la casa, haciendo de éllos mística soledad para su tierno corazon, y postrándose en tierra para agradar mas á su Dios, que era el único objeto de sus encendidos deseos.

Agradando al Señor estos devotos exercicios de aquella edad inocente, empezó á regalarla con favores mas singulares, y uno muy señalado fue, que estando encargada la santa Doncella del cuidado de su hermano san Isidoro, que aún estaba en la cuna, vió que de repente le rodeó un numeroso enxambre de abejas, que sin molestarle, entraban y salian en su boca continuamente. Causóla mucha admiracion lo que veía: y llena de un pasmo reverente, se estuvo certificando de la novedad bastante tiempo; pero recobrada del primer encogimiento, avisó luego á sus padres y hermanos, que acudieron prontos á ver lo que juzgaban increible; pero fueron testigos de ser cierto lo que aseguraba Florentina, y vieron tambien que desaparecieron despues las abejas, dejando sin lesion á Isidoro, cosa que juzgaron todos ser muy maravillosa, y la miraron como seguro pronóstico de su grande virtud y sabiduría.

Creciendo mas en edad y en virtud la santa Doncella, resolvió san Leandro constituirse su doctor y

maestro en el camino espiritual, y para ello la aplicó desde luego al estudio de la lengua latina, la que aprendió en breve tiempo y con propiedad tan maravillosa, que entendia las divinas Escrituras, y explicaba sus profundos misterios, admirando á cuantos la oian hablar de puntos tan delicados. Pero Dios la tenia destinada para que fuese la maestra de un doctor de la Iglesia como su hermano san Isidoro, cuya educacion estuvo á cargo de Florentina, y así cuidó de instruirle en las primeras letras, sin olvidar el primero y principal magisterio de las virtudes y principios de la religion santa en que élla misma habia sido educada. Es verdad, que pocas veces se juzgaron convenientes en este sexô las letras; pero no se puede dudar que san Leandro lo hiciese con superior impulso, pues como á tan santo y docto no se le podia ocultar este inconveniente. Lo cierto es, que como sábia maestra comunicaba á san Isidoro los preciosos caudales de sabiduría, que como discípula habia recibido de san Leandro. Con ocupaciones tan santas y contínuas, hacia una vida totalmente abstraida del siglo, y empleada en las cosas del espíritu; mas no por eso dexó de publicarse por el reyno la fama de su hermosura, tanto mas apetecida, cuanto mas oculta y retirada. Estas prendas movieron la atencion de muchos grandes y títulos del reyno para que la apeteciesen por consorte en el sagrado vínculo del matrimonio; juzgando, y con razon, que el que lograse poseer alhaja tan preciosa, daria nuevos esmaltes á la grandeza de su casa, por ser notoria la prosapia nobilísima de Florentina; y como la fama la voceaba al mismo tiempo honesta, discreta, hermosa y santa, era natural que fuesen muchos los que la pretendiesen, y de la primera distincion. Mas á todos los despidió la Santa con decirles, que Dios no la llamaba por aquel camino; que ya tenia esposo y fiel custodio de su pureza, á quien siendo muy niña le habia dado la palabra.

Alteró sin duda su purísimo corazon el verse pretendida, cuando con su grande humildad se creia olvidada y despreciada de todos; pero este fue un nuevo estímulo para que de nuevo pensase con las mayores veras en poner en execucion sus primeros propósitos de despreciar todas

las vanidades del siglo, y retirarse al sagrado de la religion. Con esta determinacion dió cuenta á sus santos hermanos, por ser ya difuntos sus padres, de que tenia ofrecida á Dios su virginal pureza, y que para conseguirlo, meditaba retirarse de los escollos del siglo, adonde pudiese con libertad corresponder á la vocacion de su esposo, á que nuevamente se sentia inspirada. Gozosos y edificados los santos hermanos con nueva tan dichosa, practicaron prontamente las diligencias necesarias, y á breves dias se cumplieron los deseos de la Santa, hallándose religiosa en un monasterio de san Benito, cerca de la ciudad de Écija. Apenas se publicó la nueva por España, cuando muchas doncellas nobles, animadas con su exemplo, acudieron á élla para que las recibiese en su compañía. Concurrieron tantas en breve tiempo, que se vió precisado el ordinario de Écija, baxo cuya direccion vivian, á fundar otro monasterio en la misma ciudad, para satisfacer los deseos de tantas jóvenes como arrastraba el exemplo y la fama de santidad de Florentina. Pero no bastando aún los dos monasterios, san Leandro, amplificador del instituto, acudió con gruesas sumas para otras fundaciones, y continuaron el mismo empeño san Fulgencio, san Isidoro, y aun el Rey; de forma, que llegó Florentina á alcanzar mas de cuarenta monasterios, en que vivian mas de mil religiosas con subordinacion al principal de Écija, y á la Santa, como á prelada general de todos éllos.

No es decible el gozo de santa Florentina al ver cumplidos sus deseos, y que se hallaba ya desembarazada de todos sus estorbos para consagrarse del todo á su Dios. Dábale contínuas gracias por haberla elegido por su esposa, y á fin de corresponderle por su parte agradeciendo tal fineza, soltaba las riendas á su espíritu, entregándose á todas las obras que conocia ser de su mayor agrado, y haciendo una vida tan exemplar, que mas parecia de ángel, que de humana criatura. Para radicarla mas en la vida espíritual le envió su hermano san Leandro un libro que compuso, cuyo objeto es hacer patente el desengaño de todo lo caduco y perecedero, haciendo ver cuán despreciables son las rique-

zas y vanidades del mundo, miradas á buena luz, y que todo cuanto ofrece á la vista con apariencias de gusto y deleyte, solo es en realidad una falsa y momentánea imágen de felicidad. Tambien compuso el Santo y la envió otro libro ó tratado acerca *de la institucion de las vírgenes*, en el que la aníma á la perseverancia en la vida monástica, con admirables elogios de la pureza virginal, manifestando que los que por castidad perpetua se consagran á Dios, pasan al estado de ángeles, aun viviendo y conversando entre los hombres. En la misma obra puso el Santo una fórmula ó modo de vivir arreglado á la regla del patriarca san Benito; pero añadiendo ó quitando algunas particularidades que le parecieron convenientes al tiempo y á la ocasion; pero quedó no obstante austerísima, hasta que algunos años despues la mitigó san Isidoro. Algunas de aquellas reglas eran las siguientes: una total abstraccion de comunicar con seculares: clausura tan rigurosa, que solo con el encargo de fundadoras podian salir á otros conventos, y esto con facultad del obispo. Pobreza extremada sin propiedad alguna, en particular vistiéndose y sustentándose todas del comun, y cuando esto no bastase para lo preciso, lo suplia el trabajo de sus manos. El vestido de lana muy pobre y grosero. Abstinencia perpetua de carnes y de vino, y otros licores semejantes: los ayunos insoportables por la escasa comida de los mas dias; ociosidad totalmente desterrada; los oficios divinos muy dilatados; las disciplinas rigurosas, la oracion diaria y prolongada; y el tiempo que restaba de los exercicios de comunidad, se empleaba en leer libros santos y devotos.

Esta era la vida que con el mayor zelo y observancia practicaba santa Florentina en el monasterio, sin dispensarse jamás de la menor austeridad; antes bien practicándolas todas con tanto rigor, que se juzgaba indigna de ser sierva de Jesucristo, si solo atendia á lo que era únicamente de precepto, y no cumplia con los consejos, que no solo tenia en la regla del santo Patriarca, sino tambien en el libro de su santo Hermano. Con una vida semejante se hacia santa Florentina el espejo en que se miraban todas las religiosas, y como para

esto es tan poderoso el exemplo de los prelados, se veian precisadas todas las religiosas á imitarla, y todo el monasterio respiraba el buen olor de santidad; de suerte, que la que como humilde se juzgaba mas tibia, solia ser la mas fervorosa, y emulandose con santa envidia las únas con las ótras, paraba esta competencia en transformarse en un coro de ángeles aquel pobre y humilde exército de mugeres.

En todas sus dudas, así acerca de su aprovechamiento, como acerca del gobierno de su monasterio, consultaba con frecuencia á sus hermanos, y recibia de éllos las instrucciones y consuelos que necesitaba, ya en nuevas ordenanzas para su espiritual aprovechamiento, ya en remedios convenientes para la reforma de cuanto pudiese perjudicar al estado y decencia de las religiosas, por estár bien los Santos inclinados á ampliar y extender por todas partes este santo instituto, como lo verificaron con su zelo y limosnas cuantiosas. Llegó á decaer algun tanto la observancia por el poco zelo y notable descuido del obispo que entónces lo era de Écija, y á cuyo cargo estaba el convento de la Santa, faltándola las ordinarias visitas y asistencias, por cuyos medios conservan los prelados la observancia en las comunidades religiosas. Sentia esto Florentina de lo íntimo de su corazon; y deseosa del remedio, avisó á sus hermanos, rogándoles encarecidamente la ayudasen con sus oraciones para obligar á Dios á que proveyese del remedio conveniente. Fue tan bien oida de los santos y de Dios esta peticion, que á pocos dias tuvo revelacion de que vendria á Écija otro prelado zeloso, en quien tendria el remedio y consuelo de lo que pedia, como se verificó, viniendo desde Cartagena san Fulgencio á gobernar aquella silla. Con su venida se mejoraron las cosas, de manera, que fue visible el efecto en la vigilancia suma con que las asistia el santo Prelado, y Florentina se llenaba de gozo por tener tan cerca de sí al que veneraba como á su maestro, y en quien aseguraba todo su consuelo, así propio, como de todas sus hijas, todo el tiempo que les duró la presencia del Santo.

Con este imponderable bien, á que se siguió una

gloriosa y perfecta reforma, volvió el corazon de la santa Abadesa á su quietud interior, y á proseguir sus santos exercicios con tanto fervor y edificacion de las demas religiosas, que su conducta era una leccion contínua de exemplos de perfeccion para todas, y en medio de tanta virtud como resplandecia en sus monasterios, aún creia que estaba en obligacion de hacer mucho mas para agradar á su Esposo, cuya ley santa se veia continua y lastimosamente perseguida por los arrianos en España. A este fin aumentaba sus oraciones, penitencias y súplicas, trabajando del modo que podia en perseguir á los hereges, y en mantener con exemplos y palabras el sagrado depósito de la fe puro é ileso, no solo entre sus religiosas, sino en cuantos la consultaban sobre cualquier negocio, y trataban mas familiarmente con élla. Queriendo su hermano san Isidoro, arzobispo de Sevilla, mostrarse en algun modo agradecido á lo que habia debido en sus primeros años al zelo y cuidado de Florentina, la envió aquellos dos preciosos libros contra el judaismo, el uno de la vida, pasion y muerte de nuestro señor Jesucristo, y el otro de la vocacion de las gentes, prometiéndola al mismo tiempo enviarla un método fácil que la Santa le habia pedido para entender los sentidos espírituales de las divinas Escrituras para mayor consuelo y aprovechamiento de su alma. Con semejantes armas se mantenia firme su espíritu contra los ataques de la heregía, y con éllas confortaba tambien á sus religiosas, amonestándolas incesantemente á que se mantuviesen firmes en la fe de Jesucristo, perseverando en la oracion y exercicios de piedad, para alcanzar de Dios la total extincion de la heregía en los reynos de España.

Con estos piadosos exercicios, no solo se halló Florentina en la cumbre de la perfeccion, sino que mereció cuantas dichas podia lograr en este mundo, viendo á san Leandro de la dignidad de arzobispo de Sevilla, aclamado por el hombre grande que tenia España; á san Fulgencio, obispo, y llamado padre de pobres por su ardiente caridad y zelo pastoral; á su querido san Isidoro suceder en la dignidad á san Leandro, proclamado por insigne doctor de la Iglesia, y acérrimo defensor del catolicismo

en España, y vicario de la Sede apostólica en todo el reyno; á su sobrino Hermenegildo dar animosamente la vida, y padecer martirio en defensa de la fe; y finalmente, viendo logrado lo que con tantas veras habia pedido al Señor, como fue ver á su sobrino Recaredo convertido á la fe con todos sus vasallos, y desterrada de sus dominios la heregía y secta arriana.

Ya no la quedaba que desear en la tierra, y solo suspiraba por el cielo, donde tenia puestas sus seguras esperanzas, y conociendo se le acercaba el término de su destierro, llena de años y merecimientos, y habiendo dado santísimas instrucciones y consejos á sus hijas, recibidos tambien con admirable devocion los santos sacramentos, murió en el monasterio de nuestra Señora del Valle, de la ciudad de Ecija, donde fue sentidísima su muerte por perder tan santa prelada y maestra. Fue sepultado su cuerpo en el mismo monasterio; pero muy poco despues fue trasladado á Sevilla, porque cuando murió san Isidoro, dispuso que le enterrasen entre sus dos hermanos Leandro y Florentina. Estuvo en Sevilla su santo cadáver hasta la invasion de los moros, en cuyo tiempo llevaron los cristianos á san Fulgencio y Florentina á una cueva de las sierras de Guadalupe, hasta que en tiempo de don Alonso XI. se descubrieron milagrosamente, y fundado despues el lugar de Berzocana, del obispado de Plasencia, se colocaron en su iglesia parroquial, hasta que reynando Felipe II., se trasladó parte de sus sagradas reliquias al real monasterio del Escurial, y parte á la santa iglesia de Murcia, en donde se veneran hoy, obrando el Señor por la intercesion de sus Santos innumerables maravillas.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Florentinæ virginis tuæ festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que sois nuestra salud; oid benignamente nuestras oraciones, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra bienaventurada vírgen Florentina, así tambien merezcamos ser instruidos en el fervoroso afecto de una devocion verdadera: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los corintios, y es la misma que el dia VI, fólio* 105.

REFLEXIONES.

San Pablo se hace cargo de todos los estados en que puede vivir un cristiano, y deduciendo de todos éllos la perfeccion respectiva á cada uno, aconseja á todos que miren su virtud como un don gratuito de la divina mano; no como fruto de la propia cosecha. Por eso dice que *solamente nos hemos de gloriar en el Señor*, porque sola la alabanza que proceda de un principio tan infalible podrá estar exênta de las humanas imperfecciones. *¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si todo fuera tuyo?* Tanto en estas palabras como en las anteriores está dando á entender el santo Apóstol aquella verdad católica de que fue mas claro y contínuo predicador que todos los otros apóstoles; conviene á saber, que todo nuestro bien, toda nuestra vida y toda nuestra salud tiene su origen y principio en la sangre preciosa de aquel que por nuestro amor murió crucificado.

Segun el establecimiento ó suerte que elijamos en este mundo tenemos mas ó menos proporciones para la adquisicion de este bien, de esta salud y de esta vida; porque Dios acomoda sus gracias á nuestras necesidades, y á la correspondencia que halla en nosotros cuando nos convida con sus misericordias. Una de éllas, y muy señalada, es aquella santa inspiracion con que nos determina en qué clase, en qué suerte ó estado quiere servirse de nosotros. Por eso san Pablo decia á los corintios con tanto cuidado: *Hermanos mios, atended y considerad mucho vuestra vocacion*: bien cierto el santo Apóstol de la verdad con que habia dicho el Hijo de Dios: *Ninguno puede venir á mí mientras mi Padre no le traiga.*

Una de las cosas en que se advierte con mas claridad la suma sabiduría, que toca de fin á fin fuertemente, y lo dispone todo con suavidad, es la variedad de estados, órdenes, clases y oficios en que ha distribuido este mundo. No contento con criarnos y reengendrarnos en el sér de gracia, dándonos medios admirables para subsistir en élla,

quiso con paternal cuidado tomar á su cargo el distribuirnos aquellos estados y oficios en que con mas facilidad pudiese nuestro ingenio, nuestro talento y complexîon desempeñar las obligaciones de cristiano. Este es nuestro sér primero y principal, y al que deben arreglarse todas las demas constituciones ó modificaciones de nuestra vida. Si todas éllas no cooperan á hacernos mas cristianos y mejores en el sistema de nuestra vida evangélica, no solo serán peligrosas, sino positivamente malas. San Pablo en la epístola que la santa madre Iglesia aplica á las vírgenes, prefiere tácitamente este estado á todos los demas, pero realmente no le manda; antes bien insinúa que su mérito será comun en cierta manera á aquel que por su pureza merezca desposar su alma con el Esposo de las sangres, con nuestro Redentor Jesucristo.

El evangelio es del cap. 25. de S. Mateo, y el mismo que el dia VI, fólio 107.

MEDITACION.

De la vocacion con que Dios llama á diversos estados.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, como dice san Pablo, todos los fieles en la Iglesia somos miembros de un mismo cuerpo; y así como en un cuerpo no todos los miembros tienen un mismo oficio, igual destino, ni son de igual dignidad, de la misma manera en el cuerpo místico de la Iglesia somos los cristianos los miembros que en diversos estados, oficios y dignidades la constituimos hermosa y ordenada. Pero entre todas las clases, dos son principalmente para las que se requiere atender con sumo cuidado á la vocacion de Dios, que son el matrimonio, y el celibato ó estado de continencia. Estos dos estados son como dos exes sobre que dan vuelta todas las acciones de la vida humana; son dos estados principalísimos de que depende el bien ó el mal de los demas.

Por tanto, no basta saber de cualquiera manera que

hay dos clases en el mundo en que necesariamente habemos de pasar la vida; se necesita ademas de esto tener bien comprendidas sus cargas. El que intenta dedicarse al templo, debe averiguar y contemplar la alteza augusta de su ministerio, para no hallarse despues engañado y oprimido con unos deberes superiores á sus fuerzas, y contrarios tal vez á sus inclinaciones. Debe saber que los sacerdotes son llamados en las santas escrituras *estrellas brillantes*, aludiendo al particular resplandor que debe salir de sus obras para edificacion del resto del pueblo. Que su pureza debe ser tal, que los rayos del sol parezcan sombra en comparacion del resplandor y pureza de unas manos que reparten la carne de Cristo, de unos labios y lengua que se humedecen y colorean con su sangre, como decia san Juan Crisóstomo. Aun aquellos que no han de llegar á los altares necesitan saber que se estrechan con lazos de tres votos que jamas podrán romper; que se apartan del mundo y se obligan á vivir crucificados, despreciando generosamente todos los deleytes, todas las conveniencias, y cuanto el mundo ofrece á sus partidarios.

Los que se dedican al matrimonio deben saber sus muchas y penosas cargas, y no dexarse seducir de un exterior brillante. Un sacramento instituido por Cristo ha de santificar todas sus acciones y deseos, sin hacer víctima de una brutal pasion los afectos mas nobles de su alma. El matrimonio no es profesion de libertad, sino un cautiverio penoso en que dos consortes se atan mútuamente con la diversidad de genios, de humores y de inclinaciones que en éllos reynan, y que deben estudiar de contínuo para conservar la paz y evitar escándalos en la familia. Deben estar persuadidos finalmente los que se casan á que el matrimonio es un estado de muchas y complicadas obligaciones, un verdadero yugo y una cruz pesada.

¿Se tienen en este concepto los estados, cuando con tanta alegría se entregan los jóvenes á sus obligaciones? Todo lo contrario. Se juzga de los estados por el exterior que presentan. Nada induce á abrazar éste ó el ótro mas que las conveniencias aparentes que hemos advertido en aquellos que los profesan. La tranquilidad con que viven; aquella libertad que manifiesta al parecer independencia;

la posesion absoluta de tales riquezas ó sueldos; el ser señores de su casa, y otras semejantes consideraciones, suelen ser por lo comun los motivos de abrazar un estado. No se cuenta con la vocacion de Dios; no se reflexîona sobre las obligaciones, sobre las inclinaciones y el genio; las razones son terrenas, y de consiguiente los efectos suelen ser tristísimos. No es extraño que un proyecto en que no se contó con Dios ni con su ley santa tenga por paradero el abismo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es el mejor estado para todos el mas perfecto; sino aquel que Dios señala á cada uno. En medio de aquellos delincuentes que provocaron las iras del cielo fue Lot justo; y en la soledad cometió los delitos de la embriaguez y de incesto con sus propias hijas. No se ha de pensar que porque un estado sea mas perfecto es por eso mas conveniente á todas las calidades, humores, inclinaciones y fuerzas de los hombres. El fin para que Dios nos crió no es para que seamos sacerdotes, monjas ó casados; sino para que le sirvamos y amemos en esta vida, y lleguemos á gozarle despues en la ótra. Aquel estado que mejor me proporcione este fin, atendidas mis circunstancias, ese es el que es para mí mejor, y el que á mí me conviene. Ese estado es el que deben elegir los jóvenes que no han hecho eleccion todavía.

Pero por lo comun los padres de familia se suelen tomar esta incumbencia ó cargo de elegir el estado que han de tener los hijos; ¡pero con cuánta crueldad! En sus decisiones y consejos nada tiene voto mas que el interes. A éste se oye, y á él se obedece ciegamente. Si el interes manda que se dedique al exercicio de la guerra un joven pacato, moderado, devoto y dedicado por genio y eleccion al estado eclesiástico; al interes se obedece. Si el interes manda que se lleve arrastrando á encerrar en un monasterio una joven que suspira por el matrimonio; al interes se obedece. Si éste manda que se junte la luz con las tinieblas, la alegría con el llanto, la noche con el sol, haciendo un matrimonio desigual de que no resulte mas que desesperaciones, escándalos y maldiciones contínuas; al interes se le obedece.

Dios eterno, vos teneis dicho que vibraréis el arco de vuestra eterna justicia contra tan horrorosos delitos. Vosotros, padres de familias, tendréis acaso en este mundo vuestros deseos cumplidos; pero padeceréis los efectos de la ira de un Dios vengador que satisfará completamente su justicia. ¿Qué os servirá entonces el casamiento ventajoso, la nobleza adquirida y la casa levantada con los despojos de la Iglesia? ¿de qué os aprovechará el acomodo de vuestros hijos, que será causa de vuestra condenacion eterna? ¿qué importará ganar un mayorazgo, una belleza, una dignidad, un puesto elevado, un entronque honroso, si perdeis vuestras almas, y perdeis á Dios para siempre? ¿si rechinando los dientes de desesperacion en un lugar de tinieblas, pagaréis las desesperaciones que causásteis en vuestros hijos? ¿si condenados y confusos no os quedará mas consuelo que repetir por toda una eternidad entre rabia y desesperacion: *Nuestra misma malignidad nos ha condenado*? In malignitate nostra consumpti sumus?

JACULATORIAS.

Benedictus es, Domine, doce me justificationes tuas. Salm. 118.

Bendito seais para siempre, mi Dios y mi Señor. Enseñadme el modo y camino para que yo no me aparte de executar siempre vuestra ley santa.

Adolescentulus sum ego: justificationes tuas non sum oblitus. Salm. 118.

En medio de que mi edad no ha llegado al estado de madurez, con todo, Señor, no he olvidado vuestros mandamientos, ni los olvidaré ayudado de vuestra gracia.

PROPOSITOS.

En suposicion de que, de luego á luego, es un peligro meterse en los estados, oficios y cargos á que Dios no nos llama; ¿qué digo peligro? una temeridad, que por lo comun encuentra el castigo en sí misma; es indispensable emplear todos los medios para no engañarse. Dios no falta por su parte dando á cada uno las inspiraciones necesarias; el hombre debe prestar sus oidos atentos para oirlas, y su voluntad pronta para la execucion. La voca-

cion de cada uno ha de venir del cielo; y aun con todo eso no está seguro de que sus obras y su fin corresponderán á su vocacion. Judas fue llamado al apostolado por el mismo Jesucristo; con todo eso no bastó esta vocacion para que dexase de ser un pérfido, un traidor y un réprobo que hizo su condenacion con sus delitos.

Entre todos los medios de poder asegurarse los menos expuestos son la oracion y el consejo. La oracion alcanza del cielo que Dios ilustre nuestros entendimieetos, que disipe las tinieblas que esparce en todos los negocios de la vida el amor propio, y al mismo tiempo inflama la voluntad para emprender por Dios cosas árduas. El consejo es lo mismo que una luz resplandeciente para caminar por un lugar tenebroso y sembrado de peligros. De ambos medios deben valense tanto los padres de familias, como los inexpertos jóvenes que se ven próxîmos á hacer sacrificio de su voluntad por toda la vida.

No te es lícito, joven inconsiderado, seguir los dictámenes de tu capricho, ni los ardores de un amor torpe para decidir tu suerte, y echar tal vez un borron sobre tu familia con un casamiento desigual. Tus padres, que te dieron el ser, que te han cuidado y dado la educacion que te corresponde, tienen derecho á que no decidas sin su consejo un asunto que tanto les interesa. Solamente cuando te impidiesen caminar á tu Dios, y se opusieran á que hicieses profesion de vida mas perfecta, tendrias libertad de pasar por cima de los mismos que te dieron el sér y la vida, como dice san Gerónimo, para dedicar á Dios en el templo tu amor, tus deseos y tus esperanzas.

Pero los padres deberán usar del derecho que les concedió Dios y la naturaleza, sin hacer agravio á la libertad de sus hijos, que goza todavía de unos derechos mas primitivos y sagrados. Si ese hijo se condena en el estado de matrimonio ó de célibe, que por fuerza quereis que abraze, ¿quién será responsable de su alma? Si esa hija se traslada desde el monasterio donde vivió pesarosa, al infierno á gemir por toda una eternidad; ¿qué justicia no hará Dios en vosotros, padres, que tuvísteis la culpa? Pero adviertan los jóvenes para su gobierno que el que se condenen sus padres de ningun modo deshará su condenacion ni aliviará su pena.

DIA QUINCE.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Puesto que la muerte no rompe del todo los lazos que unen entre sí á los verdaderos fieles, tampoco debe disminuir ni debilitar la caridad que debe reynar entre éllos. Siendo ciudadanos de una misma patria, miembros de un mismo cuerpo, hijos de una misma Iglesia; ¿qué auxîlios, qué socorros es razon que recíprocamente se presten? ¿y qué no podrán esperar los fieles difuntos de los que quedaron vivos?

El ser escogidos de Dios, el ser ciudadanos de la corte celestial, el ser coherederos de Jesucristo, el ser predestinados á la gloria los hace dignos de nuestra estimacion. Muchos de éllos son nuestros parientes; y la triste cárcel en que estan aprisionados, el lamentable estado á que se hallan reducidos, los terribles tormentos que padecen, todo esto merece bien nuestra compasion. En la mano tenemos con que aliviarlos, con que librarlos de aquellas penas, y con que grangearnos al mismo tiempo unos poderosos amigos para con Dios ¡Qué crueldad será olvidarlos! ¡qué insensibilidad mas contraria á nuestros propios intereses! ¡qué insensibilidad mas irregular, mas asombrosa!

Habiendo recogido Judas Macabeo (dice la Escritura 2. *Mach.* 12.) *dos mil dragmas de una colecta que mandó hacer, las envió à Jerusalen para que se hiciese un sacrificio de expiacion por las almas de los difuntos; teniendo buenos y piadosos dictámenes acerca de la resurreccion. Porque si no tuviera esperanza* (añade el sagrado texto) *de que los que habian muerto habian de resucitar algun dia, tendria por cosa vana y supérflua el hacer oracion por éllos; y así consideraba que estaba reservada una gran misericordia á los que habian muerto en piedad. Por lo cual* (conclu-

ye el Espíritu santo) *es santo y saludable pensamiento rogar á Dios por los difuntos para que los libre de las penas que padecen por sus pecados*. Eso es lo que quiere decir, *ut à peccatis solvantur*; porque en la sagrada Escritura se da frecuentemente el nombre de *pecado* á la pena que le corresponde.

En este lugar de la Escritura autoriza tan formalmente la doctrina de la Iglesia tocante á las oraciones que se hacen por los difuntos, que los hereges de estos últimos tiempos, no pudiendo eludir el sentido de un texto tan claro y tan concluyente, tomaron el partido de negarle la autoridad, no admitiendo entre los libros canónicos el libro de los macabeos, contra el comun sentir de los santos padres griegos y latinos, y contra la autoridad de los concilios. A tales extremos se ven reducidos los que una vez llegaron á perder la fe.

En todos tiempos y en todos siglos acostumbró la Iglesia hacer oracion por aquellos hijos suyos que habian muerto en su comunion. Las oraciones que hacian en honor de los santos mártires y de los santos confesores, eran de alabanzas y de accion de gracias al Señor en honra de aquellos que la habian edificado con su vida y con su muerte; las que ofrecia á Dios por los demas eran por modo de sufragio, sin excluir de este caritativo cuidado mas que á los excomulgados, como á separados de su gremio.

En la oracion fúnebre que san Gregorio Nazianceno pronunció por su hermano san Cesáreo, dice que espera repetir todos los años aquellas honras, renovando en el altar la memoria del difunto, y ofreciendo por él el santo sacrificio. Despues, volviéndose al mismo difunto, como si le tuviera presente, y dirigiéndole la palabra, le dice: *Utinam cœlos penetres, atque in Abrahæ sinu, quicumque ille est, conquiescas, et angelorum choream, ac beatorum virorum gloriam et splendorem spectes*: ¡O quiera Dios que penetres hasta la feliz mansion de los bienaventurados, y que tengas parte en aquella gloria de los ángeles, que gozan dichosamente los santos! ¡Qué eficazmente confunden estos piadosos deseos, estas ardientes palabras de un Santo tan grande los groseros errores y los lastimosos descaminos de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia en este artículo de nuestra fe!

Pero si el rogar á Dios por los difuntos es costumbre tan antigua en la Iglesia, que nació con élla; si esta oracion es tan provechosa á aquellos por quienes se hace, como á los mismos que la hacen; si no solamente es acto de religion, sino especie de justicia; si es una caridad tan racional, y en que tanto nos interesamos; ¿cómo se puede olvidar una obligacion tan justa? ¿cómo es posible desentendernos con un acto de virtud de esta consecuencia?

¡Qué crueldad estar viendo á su padre en una hoguera, y estarle viendo sin compasion! ¡qué inhumanidad reir y divertirse mientras el hermano, mientras la hermana, mientras la madre estan padeciendo horribles tormentos, de que con facilidad pudieras librarlos, ó á lo menos disminuírselos! ¡qué barbaridad no querer solicitarlos ni aun el mas mínimo alivio! Un ayuno, una limosna de esos mismos bienes que éllos te dexaron, y que estás disipando en tus diversiones, endulzarian aquellos tormentos, mitigarian aquellas llamas, romperian quizá aquellas prisiones, y pondrian en libertad aquellas almas; adquiriéndote á ti grandes amigos y poderosos protectores en el cielo. Ciertamente la indiferencia, el olvido que se tiene de aquellas santas almas no puede nacer sino, ó de una gran fe, ó de una bárbara dureza.

Acuérdate que *con la medida con que midieres, con esa serás medido*, como dice el Salvador; y que no solo permitirá Dios que tus hijos, que tus amigos, que tus herederos se olviden de ti despues de tu muerte, sino que las misas, las oraciones, las limosnas que se ofrecieren por ti, acaso las aplicará su Magestad á otros que mientras vivieron tuvieron mas caridad que tú con las ánimas del purgatorio.

Porque, ¿quién se podrá prometer que satisfará tan abundantemente á la justicia de Dios en este mundo, que nada le quede por satisfacer en el otro? No hay que lisonjearte, dice san Pedro Damiano, si despues de haber pecado gravemente encuentras con un confesor demasiadamente blando ó ignorante, que te impone una ligerísima penitencia como si ya hubieras satisfecho enteramente por tus culpas, pues hasta las mas mínimas faltas es menester que queden perfectamente expiadas en aquel fuego que está destinado para purificar las almas, porque pi-

diendo al Señor no como quiera frutos, sino *frutos dignos de penitencia*; el que es deudor á su justicia, le ha de pagar hasta el último maravedí: *Nec tibi blandiaris, si graviter peccanti, levior pœnitentia, vel à nesciente, vel à dissimulante indicatur, cùm in purgatoriis ignibus perficiendum sit quidquid hic minùs feceris, quia dignos pœnitentiæ fructus quærit Altissimus.*

Por el extremo rigor del soberano Juez que detiene en la cárcel al deudor mientras no pague hasta el último maravedí, entendemos, dice Tertuliano, la grande severidad de la Justicia divina, que castiga rigurosamente en la otra vida todos los defectos que se escaparon en ésta aun á la conciencia mas delicada y mas escrupulosa: *Novissimum quadrantem, modicum delictum illic luendum interpretamur, donec in nullo rea deprehendatur bona vita.* Esto obliga á san Agustin á exclamar: Señor, purificadme en esta vida, de manera que no tenga necesidad de que el fuego me purifique en la ótra: *Talem me reddas, cui jam emendatore igne non opus sit.*

Es medio muy eficaz para merecer algun dia la gracia y la misericordia de nuestro soberano Dueño el hacerla nosotros ahora con aquellas almas que estan padeciendo tan graves penas, de las que tan facilmente las podemos aliviar. ¿Tememos acaso que no agradezcan mas que medianamente nuestra caridad, ó que acaso nos olviden cuando las hayamos menester? Entremos en el espíritu de la santa madre Iglesia, que tantas veces ofrece por los difuntos el sacrificio de la misa, y todos los dias hace alguna oracion por éllos. Acompañemos con alguna mortificacion, con alguna limosna todas las que nosotros hiciéremos, y acordémonos que si Jesucristo recibe, como si se hiciera á su misma persona, todo lo que se hace por el mas mínimo de sus siervos; ¿con qué ojos mirará lo que se haga por aquellas almas santas que son esposas suyas, y que, por decirlo así, han de componer eternamente su corte?

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles; conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»El libro del Apocalipsi no es precisamente una mera »revelacion de Jesucristo escrita por san Juan para ma»nifestarla á la Iglesia; es tambien un compendio de sus »divinas máximas. Por eso dixo san Gerónimo que en él »se contiene la medúla de los misterios de la fe; y que to»da alabanza es inferior á su mérito. *Bienaventurado aquel* »*que lee y oye las palabras de esta profecía*; esto es, el que »se aprovecha de lo que lee.

REFLEXIONES.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¡Qué poco conocida es en el mundo esta verdad! ¡qué poco practicado este lenguage! Dichoso el que vive con esplendor y con abundancia; dichoso el que logra el favor del príncipe; dichoso aquel á quien el nacimiento ilustre, las prosperidades largas y no interrumpidas, la multitud de amigos poderosos, la abundancia de bienes y de riquezas, una for-

tuna siempre risueña, una robusta y prolongada salud crian en el regalo y en las delicias, haciéndole objeto de envidia á muchos, y siendo el modelo de la felicidad humana. Esto es lo que piensa, y de esta manera habla el espíritu del mundo. Segun este sistema, mira con una especie de lástima á la virtud y á la modestia de los buenos; su muerte le parece deslucida y sin honor, y su vida una locura verdadera. Pero de muy diferente manera juzga y habla el Espíritu santo. Dichosos los muertos que mueren en el Señor; dichosos los que no se dexaron deslumbrar de las falsas brillanteces del mundo, ni se embriagaron de sus perniciosos placeres; dichosos los que gustando las máxîmas de Jesucristo, y colocando toda su gloria en servirle, no pensaron mas que en agradarle; dichosos los que contando por poco, ó reputando por nada todo lo que lisonjea, todo lo que encanta en el mundo, solo se dedicaron á fabricarse una fortuna mas sólida, mas estable; solo se aplicaron á atesorar riquezas para el cielo, donde no hay polilla que consuma, ni gusano que roa, ni ladron que robe. Dichoso en fin, el que termina una vida inocente y cristiana con una santa muerte. Pregunto: ¿hay algun sofisma en este discurso? ¿hay mas brillantez que solidez en estos pensamientos? ¿es por ventura una felicidad imaginaria, ó á lo menos poco apetecible, poco sólida la de morir en el Señor con la muerte de los santos? Conócese que toda otra fortuna, que toda otra felicidad es quimérica. ¿Pero qué se concluye de todas estas verdades? ¿qué fruto se saca de estas reflexîones? Se alaba la prudencia de los santos; se exâlta la dicha de los santos; se envidia la felicidad de los santos. A esto se reduce todo; y los que leyeren esto, ¿se contentarán con discurrir especulativamente de esta manera?

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mun-

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo da-

di vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

ré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De los remordimientos del pecador á la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque son crueles los espantos, y aunque sean agudísimos los dolores que se sienten á la hora de la muerte, ninguna cosa atormenta tanto al pecador como los vivísimos remordimientos que despedazan su conciencia en aquella hora.

Durante la vida está la fe medio apagada en la mayor parte de los cristianos, especialmente en los disolutos. Créese; esto es, no se incurre en errores de manera que se merezca el nombre de infiel; pero se cree tan debil, tan lánguidamente, que apenas se merece el nombre de cristiano.

En la muerte todas las falsas preocupaciones se disipan; todas las vehementes pasiones se amortiguan; avívase la fe, y hace que se vean las verdades mas terribles con tanta claridad, que no es posible dudar de éllas. ¡Mas, oh mi Dios, qué remordimientos, qué espantos nacen de estas clarísimas luces!

Entonces se conoce, se palpa sensiblemente para qué fin nos crió Dios en este mundo. Dios solo, sí; solo Dios debia ser el objeto de mi amor y de mi culto. ¡Qué do-

lor haber servido á todos los demas amos, haber amado todos los demas objetos, haber seguido todas las demas guias!

No me faltaron impulsos, no me faltaron motivos para cumplir con mi obligacion; mi misma razon me estaba dictando con la mayor claridad lo que debia hacer; hallaba la paz en mi buena conciencia; encontraba la quietud y mi propio interes en el cumplimiento de mis obligaciones. ¡Qué consuelo sería ahora el mio si hubiera pasado la vida en servicio de tan buen amo! ¡Ah, y cuántos eficaces movimientos, cuántas vivísimas inspiraciones tuve para hacerlo! pero no me dió la gana de servirle. Miré muy á sangre fria á mi Dios espirando por mi amor en una afrentosa cruz; todos sus beneficios no fueron bastantes á vencer mi indiferencia, no me dió gana de amarle: *ecce morior*, y yo me muero.

¿Habia en el mundo cosa que pudiese entrar en competencia con un Dios? ¿tenia yo por ventura dos amos á quien servir? Y dado caso que los tuviese, ¿á cuál de los dos debia dar la preferencia? Muy desdichado es aquel á quien no basta todo un Dios. Yo soy este desdichado, porque se me antojó serlo: *et ecce morior*, y yo me muero.

¿Pero en servicio de quién pasé los dias de mi vida? ¿qué provecho saqué de haber servido al mundo? Pesadumbres infinitas, penas contínuas, sudores inútiles, servidumbre cruel, yugo insoportable, vida gastada y perdida en amargura. Y de todo esto, ¿qué recompensa? Remordimientos desesperados, muerte espantosa, eternidad infeliz. ¡Ah mi Dios, todo esto es verdad! ¡Y hay pecadores en el mundo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué dolor se sentirá cuando se conozca que todo lo que nos espantó, todo lo que nos disgustó en servicio de Dios fue una fantasma, fueron los respetos humanos, cuya vanidad, cuya ridiculez se verán entonces clarísimamente, fue la aprension del trabajo. ¿Pero ignoraba yo que Jesucristo asegura que su yugo es suave, y que es ligera su carga? Ahora conozco que he padecido mucho mas viviendo licenciosamente, que lo que jamás

hubiera padecido viviendo cristiana y ajustadamente. Veo mi brutalidad; me seco de dolor; mas ya no es tiempo de enmendar mi yerro: *ecce morior*, yo me muero.

Descuidé totalmente de mi salvacion. Los negocios temporales, las partidas de diversion, el juego, los espectáculos se sorbieron todo mi tiempo. Amontoné grandes riquezas; ¿mas para quién? Yo me divertí; yo pequé; *et ecce morior*; yo me muero, y me muero sin hacer penitencia; me muero, y voy á ser condenado al fuego eterno; condenado á padecer por toda la eternidad todos los tormentos unidos. ¡O qué dolor! ¡qué desesperacion!

Movido de la leccion de aquel libro espiritual, atemorizado con aquel accidente funesto, convencido y desengañado con estas reflexîones tan verdaderas y tan concluyentes; estimulado aun mucho mas por la divina gracia, habia resuelto convertirme; y aun tenia ya formado el plan de mi conversion. ¿Quién me estorbó executarle? Aquel amigo, aquellos compañeros disolutos, el mal exemplo, el vano temor de que me tuviesen por devoto. ¡Y por amor de aquel amigo, de aquel disoluto, de aquel aturdido, yo me he condenado! ¡quién podrá comprender el rigor de esta amargura, de esta desesperacion, de esta rabia!

Desdichadas horas, que tanto me deslumbrásteis, infelices adornos, que me costásteis tanto; amargos placeres, que tanto me hicísteis gemir; alegrías mundanas seguidas de tantas lágrimas; ¿cuántes veces os condené yo? ¿y por qué no procederia segun mis propios sentimientos?

¡O si hubiera yo seguido el exemplo de aquel virtuoso conocido mio, que no aguardó á la muerte para convertirse! ¡ó si á lo menos me hubiera convertido un año ha, seis meses ha, cuando tanto me espanté leyendo estas verdades terribles! Pude hacerlo; nada era entonces mas facil para mí; no me dió la gana: *et ecce morior*; y ahora me muero con este dolor.

Mi Dios, ¡qué arrepentimiento tan desesperado es un arrepentimiento inútil! ¡qué tormento tan terrible hallarse cargado de culpas, cuando se va á comparecer delante de vos! Si á lo menos se tuviera el consuelo de poder atribuir su desgracia, sus desaciertos á alguna persona extraña, á alguna causa forastera; pero se ve, se palpa

sensiblemente que cada uno es el único artífice de su perdicion; se vé, y eternamente se verá, que cada uno se perdió por haber preferido una miserable libertad y desahogo de pocos dias á una felicidad llena, eterna, y que sacia al alma sin fastidio.

Dulce Jesus mio, que me dais gracia para hacer todas estas reflexíones, no permitais que algun dia me sirvan de materia á nuevos remordimientos. Bien sé que el modo de cegar el manantial de éllos, es convertirme al instante: asistidme, Señor, con vuestra divina gracia, para que lo execute sin diferirlo ni un solo momento.

JACULATORIAS.

Fiat cor meum immaculatum in justificationibus tuis, ut non confundar. Salm. 118.

Conservad, Señor, mi corazon en una santa inocencia por la inviolable observancia de vuestros divinos preceptos, para que nunca me falte la esperanza que tengo colocada en vos.

Domine, fortitudo mea, et robur meum, et refugium meum in die tribulationis. Jerem. 16.

Vos, Señor, sois toda mi fortaleza, todo mi consuelo, todo mi refugio, especialmente en el dia de la tribulacion.

PROPOSITOS.

Es santo y saludable pensamiento, dice el Espíritu santo, hacer oracion por los difuntos para alcanzar de Dios que los libre de las penas del purgatorio, que padecen por sus pecados. Mira si puede haber devocion mas cristiana, ni mas racional. Tu padre, tu madre, son los que se ven atormentados en aquellas penas, y quizá únicamente las padecen por el demasiado amor que te tuvieron; por la ansia de dexarte muchos bienes; por haber atendido á tus intereses con mas calor que el que fuera justo, y acaso á expensas de su propia conciencia. Es un pariente, es un amigo tuyo, á quien por ventura induxiste tú con tus palabras, ó con tus malos exemplos á cometer las faltas, ó las culpas por las cuales está penando en el purgatorio. En tu ma-

no tienes los medios para aliviarlos. Misas, oraciones, limosnas, buenas obras, todo puede servir para satisfacer por éllos á la divina Justicia; tus mismos actos de virtud, cien mortificaciones pequeñas pueden ser á un mismo tiempo meritorias para ti, y satisfactorias para éllas. ¡Qué crueldad será no compadecerte de sus penas, y negarte con dureza á solicitarlas el alivio! Encuéntrase nuestro propio interes en esta obra de caridad; porque, ¿qué no podrá esperar de aquellas almas una persona que por haber mandado decir una misa, por haber dado una limosna á un pobre vergonzante, por haber visitado á los encarcelados, ó á los enfermos con esta intencion, hubiere adelantado su libertad un solo dia, algunas pocas horas? ¿olvidarán éllas jamás en la presencia de Dios á su caritativo bienhechor? No se te pase dia alguno sin haber hecho alguna cosa por aquellas santas almas. El sufragio mas poderoso de todos es el santo sacrificio de la misa. Reza hoy el oficio de Difuntos, haz algunas obras de caridad, alguna limosna; y exâmina con diligencia si has cumplido los legados pios, ó si has hecho todas las restituciones que dexaron encargadas en su testamento aquellos á quienes has heredado. ¡Qué impiedad será alargar su prision y sus tormentos por una injusticia tan torpe!

2 Haz oracion por tus parientes; pero no te olvides de aquellas almas desamparadas, que acaso estarán sepultadas mucho tiempo ha en un profundo olvido. Ofrece por éllas en particular algunas oraciones, algunas buenas obras; y repite algunas veces esta oracion de que usa la santa Iglesia: *Hostias et preces tibi, Domine, laudis offerimus: tu suscipe pro animabus illis, quarum hodie memoriam facimus: fac eas, Domine, de morte transire ad vitam: quam olim Abrahæ promisisti, et semini ejus.* Aplica por las ánimas del purgatorio todas las oraciones, y buenas obras que hoy hicieres; y si no pudieres rezar el oficio de Difuntos, haz por éllas alguna otra cosa. El oficio Parvo de nuestra Señora, los salmos Penitenciales, el rosario, un ayuno, una limosna extraordinaria, todo esto te puede servir á ti de mucho mérito, y á las benditas ánimas de gran sufragio.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Abrahán, solitario.

San Abrahán, no menos ilustre por su grande inocencia que por su eminente virtud, nació al mundo hácia el fin del cuarto siglo. La estrecha amistad que profesó con san Efren, que nos dexó escrita su vida, persuade verisímilmente que los dos Santos vivieron en un mismo pais; esto es, en las cercanías de Edésa, capital de Osrhoéne en la Mesopotámia.

Tuvo por padres á dos personas muy ricas, que le amaban tiernísimamente, pero que solo pensaban en adelantarle en el mundo. No obstante, la tierna piedad de nuestro Santo, y los religiosísimos sentimientos de devocion que se le notaron desde su primera juventud, dan á entender que fue muy cristiana su educacion. Ignoraba aún el nombre del vicio, y toda su inclinacion era al retiro, á la oracion y á los exercicios devotos. Aunque se alegraban mucho sus padres de verle tan buen cristiano, temian por lo mismo que se disgustase del mundo; y con este rezelo se dieron priesa á casarle; viéndose precisado el santo Mozo, no obstante su repugnancia al matrimonio, á desposarse con una doncellita algunos años antes que tuviese edad para contraerle.

Llegado el tiempo competente para poderle celebrar, por mas instancias que hizo á sus padres para que le librasen de aquellos lazos, fue preciso ceder á su autoridad. Casóse en fin, y se celebraron las bodas con el mayor aparato; pero aquella misma noche, luego que todos se retiraron, impelido de un ardientísimo deseo de que solo Dios fuese el único dueño de su corazon, y fortalecido con especial gracia del cielo, dexó á su esposa sin hablarla palabra; y saliéndose secretamente de casa, no pensando mas que esconderse de la vista de sus padres, se fue á encerrar en una gruta, que distaba tres cuartos de legua del

lugar, con resolucion de pasar allí, si le fuese posible, los dias de su vida quieto, sosegado y desconocido.

Esta repentina y nunca esperada fuga sorprendió y afligió sobremanera á sus padres y parientes. Despacháronse al punto propios á todas partes para adquirir alguna noticia de él; finalmente, al cabo de diez y siete dias le vinieron á encontrar en su cueva con no poca admiracion de únos y de ótros. El padre, la madre, la esposa y todos los parientes, deshaciéndose en lágrimas, pusieron en práctica todos los medios que les sugirió la ternura para retirarle de aquella soledad; razones, ruegos, caricias, amenazas, llantos, de todo se valieron para hacerle mudar de resolucion; pero el Siervo de Dios, inmoble siempre á tan violentos asaltos, los habló con tanta eficacia, con tanta energía de la vanidad del mundo, de la desdichada suerte de los mundanos, y de la felicidad de la vida solitaria, que al cabo persuadió á su esposa á que consintiese en una perpétua separacion, y desarmó la ternura de sus padres, que vencidos de sus razones, y movidos de tan grande exemplo, se rindieron á sus deseos. La única gracia que les pidió fue que no volviesen á interrumpirle mas con sus visitas; y éllos se lo prometieron temerosos de que no se fuese á sepultar en algun otro desierto mas retirado. Apenas se apartaron de él, cuando se encerró en su celdilla, tapió la puerta, y solamente dexó una ventanilla por donde le alargaban la comida en ciertos dias determinados.

Un principio tan heróico prometia una santidad eminente, á la que llegó en muy poco tiempo. No tenia mas que veinte años cuando se retiró á la soledad, en la que perseveró hasta la muerte; esto es, hasta que cumplió los setenta. Fue asombrosa su penitencia; desde el primer dia se prohibió el uso del pan, y duró su ayuno mientras le duró la vida. No interrumpia la oracion por el trabajo, ni aun por el sueño, pues pasaba casi toda la noche orando ó cantando salmos.

Enterrado en su celdilla como en una sepultura, pasó cincuenta años en una extremada pobreza. Todo cuanto poseia en la tierra se reducia á una túnica de pelo de cabra, á un manto, una escudilla de madera, que le servia para beber y para comer, y á una esterilla de juncos para acostarse.

A los doce años de este género de vida murieron sus padres, y le dexaron heredero de una rica succesion; pero él encargó á un amigo suyo que vendiese todos sus bienes y los repartiese entre los pobres.

Libre ya de este postrero lazo por este nuevo sacrificio, no se ocupaba mas que en solo su Dios; y acorde siempre su memoria y su entendimiento con su corazon, perdió aun la idea de este mundo transitorio. Cada dia le miraba como si fuera el de su muerte; y pasó todos los de su dilatada vida sin afloxar un punto en los rigores de la penitencia.

En medio de una vida tan penitente y tan austera, conservaba siempre un semblante apacible, un ayre risueño, y un agrado tal que á todos enamoraba. En la conservacion de su vestido intervenia al parecer una especie de milagro, y parecia tambien que la gracia suplia la falta de alimento.

No podia estar mucho tiempo escondida una luz tan resplandeciente. Divulgada por todas partes la fama de su virtud, quiso el Señor valerse de élla para su gloria.

A distancia de algunas leguas de la gruta de nuestro Santo habia una poblacion bastantemente numerosa, cuyos habitadores eran todos paganos; pero tan encaprichados en sus supersticiones, que todas cuantas diligencias habian hecho muchas personas zelosas para sacarlos de su error, solo habian servido para obstinarlos mas y mas. Reflexîonando un dia el obispo de Edésa sobre el eminente grado de santidad á que habia llegado el solitario Abrahán, le pareció que si este santo hombre tomaba de su cuenta la conversion de aquel pueblo, el Señor echaria la bendicion á su zelo. Todos aplaudieron el pensamiento del obispo, y él se determinó á ordenarle de sacerdote antes de enconmendarle aquella mision. Fuéle á buscar á su celdilla acompañado de los principales del clero, y le mandó que se dispusiese para recibir el órden de presbítero.

Quedó atónito el Siervo de Dios al oir semejante proposicion. No podia creer que quisiese el Señor elevar á una dignidad tan sublime al mas vil, y al mas indigno de todos los mortales, segun él se reputaba; pero fueron inútiles todos cuantos esfuerzos hizo su humildad para resistirse, porque al fin le fue preciso obedecer. Recibió pri-

mero los demas órdenes sagrados, y ordenado despues de sacerdote, luego que se le encomendó la mision partió para aquel pueblo á trabajar en la viña del Señor.

Fue recibido con tanta incivilidad, y con tanto desprecio, que esto solo bastaria para acobardar, y aun para hacer retirar á cualquiera ótro que tuviese menos zelo, y menos deseo de padecer por Jesucristo. Acudió nuestro Santo á la oracion, y aumentó las penitencias. Teniendo noticia de que aún habia quedado alguna porcion de dinero de su patrimonio, que su amigo no habia distribuido, le escribió que se le enviase, y compró con él un sitio, donde edificó una iglesia ricamente adornada. Venian muchos gentiles á verla, atraidos de la curiosidad; pero la aversion que tenian á los cristianos los impelia á hacer cada dia nuevos insultos á su santo Misionero. Acabada la iglesia, pasaba en élla los dias y las noches en contínua oracion, pidiendo al Padre de las misericordias se compadeciese de aquel pueblo ciego que habia rescatado con su preciosa sangre, y el demonio se le habia usurpado despues de tantos siglos.

Hasta entonces habia pasado muchas veces por medio de los ídolos de que estaba llena toda la villa sin hablar palabra; contentándose con gemir y con lamentar en la presencia de Dios la ceguera de aquellos pobres idólatras; pero sintiéndose entonces inflamado en un nuevo zelo, movido del espíritu de Dios, y autorizado tambien con las leyes del grande Constantino para la abolicion del gentilismo, que ya se habia promulgado; sale de la iglesia, entra en el templo de los gentiles, arroja al suelo las estátuas de los ídolos, trastorna los altares, y pone debaxo de los pies, pisándolos y atropellándolos, todos los trofeos de la superstición pagana. Enfurecido el pueblo, se echa rabioso sobre él, y moliéndole á golpes y á palos, le arrojaron ignominiosamente de la villa; pero él tuvo forma de volverse inmediatamente á élla, y metiéndose á escondidas en su iglesia, pasó toda la noche en oracion por aquellos pobres ciegos. Quedaron pasmados cuando por la mañana del dia siguiente le hallaron en su oracion; y queriendo el Santo valerse de esta ocasion para hablarlos; éllos, en lugar de darle oidos, le apalearon tan cruelmente, que viéndole en términos de espirar, le

sacaron fuera del lugar, arrastrándole por los pies con una cuerda; y cargándole allí de piedras, teniéndole por muerto, le dexaron casi sin vida; pero el Señor se la conservó, porque queria servirse de él para la salvacion de aquel pueblo. Luego que Abrahán volvió en sí, volvió tambien á entrarse de noche en la villa, y á meterse en su iglesia. No se puede ponderar la admiracion de los gentiles, cuando por la mañana le encontraron cantando salmos en pie, y con la mayor serenidad: mas enfurecidos que nunca le volvieron á arrastrar, y á echarle fuera con mas crueles ultrages.

Tres años enteros duró esta alternativa de paciencia y de malos tratamientos, hasta que al fin se valió la divina gracia de la dulzura inalterable y de la perseverancia del Santo para vencer la obstinacion de los idólatras. Abrieron finalmente los ojos, y en cierta ocasion, en que estaban todos juntos, comenzaron á manifestarse únos á ótros la admiracion que les causaba la paciencia y la caridad del Siervo de Dios. Convinieron todos en un mismo pensamiento; y resolviendo ir á buscarle para que los catequizase, se fueron de tropa á la iglesia.

Apenas los explicó el Santo los misterios de la fe, cuando deshaciéndose todos en lágrimas, le pidieron perdon de lo que le habian maltratado, y le suplicaron que les administrase el sacramento del bautismo. Viéndolos suficientemente instruidos, los bautizó á todos, hasta el número de mil personas. Detúvose un año entero con éllos, cultivando con infinito cuidado aquella nueva viña del Señor; y pareciéndole que estaban todos bien arraigados en la fe, se persuadió que las vehementes ansias que sentia siempre por la soledad, eran inspiracion de Dios, que le llamaba á élla; y despues de haber encomendado al Señor aquel nuevo rebaño, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre el lugar, se escapó secretamente de él en una noche, y se fue á esconder en un desierto, donde no fue posible hallarle por mas diligencias que se hicieron. Noticioso el obispo de lo que pasaba, fue en persona á consolar á aquel afligido pueblo; y habiendo escogido entre los nuevamente convertidos á los mas capaces, y á los que mas se distinguian, los ordenó de presbíteros, de diáconos, y de lectores, y los

encomendó el cuidado de aquella floreciente iglesia. Sabiéndolo san Abrahán, salió del desierto, y se volvió á encerrar en su antigua celdilla, donde perseveró hasta la muerte, sin dispensarse jamás en la mas mínima de sus rigurosas penitencias.

Envidioso y colérico el demonio á vista de tanta virtud, y de tantas maravillas, no hubo artificio, no hubo tentacion, no hubo malicia, que no pusiese en execucion para vencerle, ó para atemorizarle. Unas veces le pretendia espantar con horrorosas fantasmas, otras procuraba engañarle con capciosas estratagemas, ó á lo menos fatigarle con la continuacion y variedad de molestos artificios; pero el Siervo de Dios, lleno de desconfianza de sí mismo y de confianza en el Señor, triunfó de todo el infierno, y jamás se apartó un punto de su método ordinario. Pero aunque era tan grande el amor que profesaba á la soledad sabía dexarla por algun tiempo siempre que lo pedia la caridad y el zelo de la salvacion de las almas.

Tenia el Santo una sobrina llamada María, que habia quedado huérfana á los siete años de su edad. No habiendo querido encargarse de élla sus parientes, la llevaron á San Abrahán, que habiendo hecho repartir entre los pobres los grandes bienes que sus padres la habian dexado, dispuso que la pusiesen en una celda inmediata á la suya, y allí por una ventanilla la instruia y la enseñaba los salmos y otras oraciones. Hizo tan grandes progresos, dice san Efrén, baxo la disciplina de su tio, que fue perfecta imitadora de sus virtudes; pero el demonio, que no habia podido conseguir cosa alguna del santo tio, no halló la misma resistencia en la sobrina. Al cabo de veinte años se dexó miserablemente engañar de un mal monge que la habia visto por la ventanilla, con el motivo, ó con el pretexto de venir á visitar á nuestro Santo. Este pecado la induxo á tal desesperacion, que en lugar de descubrirle á su santo director, y de borrarle con la confesion y con la penitencia, se huyó de la celda, y pasándose á una ciudad cercana, se precipitó en las mas torpes y mas escandalosas disoluciones.

Luego que el enemigo de la salvacion triunfó de su presa, vió san Abrahán en sueños que un espantoso dra-

gon se estaba tragando á una inocente palomita cerca de su celda. Creyendo que esto significaba alguna grande persecucion que amenazaba á la Iglesia, pasó todo el dia siguiente en oracion y en gemidos. La noche inmediata se le volvió á representar en sueños el mismo dragon, que viniendo á reventar á sus pies, arrojaba del vientre la misma palomita, pero todavía con vida. No tardó mucho en comprender el verdadero sentido de la vision; porque reparando que habia dos dias que no oia cantar á María los salmos que acostumbraba, y habiéndola llamado inútilmente, conoció que élla era la paloma que el dragon se habia tragado. No se pueden explicar las lágrimas que derramó, las nuevas penitencias que hizo por espacio de dos años para alcanzar de Dios la conversion de aquella pobre oveja descarriada.

Al cabo de éllos, teniendo noticia del lugar y del lastimoso estado en que se hallaba, se disfrazó en trage de caballero, montó á caballo, y se fue á apear en casa de la cortesana. Mandó disponer una gran cena, y luego que se vió á solas con élla, se dió á conocer, y la habló con tanta dulzura, la mostró tanto amor, la aseguró con tanta eficacia de la misericordia de Dios, y la prometió con tanta caridad hacer penitencia y satisfacer á la divina Justicia por sus pecados, que cubierta de confusion, penetrada del mas vivo dolor, y movida de tan asombrosa caridad, se arrojó á sus pies, y solamente le respondió con sus sollozos y lágrimas.

Consolóla y alentóla el Santo caritativamente, habiéndola mandado dexar todo el dinero, alhajas y muebles que habia ganado con sus culpas, la hizo montar á caballo, y marchando san Abrahán á pie, la conduxo á su primera celda, donde despues de haberse reconciliado con Dios por medio de una dolorosa confesion, pasó lo restante de sus dias en llantos y en gemidos, viviendo otros quince años en el contínuo exercicio de rigurosísimas penitencias; y quiso el Señor manifestar la santidad de aquella ilustre arrepentida con muchos milagros que obró, así en vida como despues de su muerte.

Vivió san Abrahán diez años despues de esta gloriosa conquista, al cabo de los cuales quiso Dios premiar sus heróicos trabajos despues de haberle hecho célebre por

una gran multitud de prodigios. Colmado de merecimientos entregó su bienaventurado espíritu en manos de su criador el dia diez y seis de marzo del año de 376, cerca de los setenta y cinco de su edad, habiendo pasado mas de cincuenta en el desierto.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Abrahæ confessoris tui annua solemnitate lætificas: concede propitius; ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos renuevas la alegría con el motivo de la fiesta del bienaventurado Abrahán tu confesor, danos gracia para que celebrando la nueva vida de que goza en la gloria, imitemos las acciones que executó en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo..

La epístola es del capít. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia IV. folio* 75.

NOTA.

»El autor del libro de donde se sacó esta epístola, »imitó tan bien el sentencioso estilo del libro de la Sa»biduría de Salomon, que la Iglesia da indiferentemente »á úno y á ótro el mismo nombre. ¿Qué máxîmas mas »nobles, mas cristianas, ni mas instructivas que aque»llas de que está lleno este capítulo treinta y uno? Bien »se conoce en éllas que el Espíritu santo es el que reyna »en todos los libros canónicos de la sagrada Escritura.

REFLEXIONES.

El desasimiento de los bienes de esta vida es tan raro como la inocencia en medio de la abundancia. Tiene razon el Sabio en contar úno y ótro en el número de las mayores maravillas: *Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.* Ser rico, y no colocar su confianza y aun su corazon en los tesoros; ser rico, y poner límites á la ambicion y á la codicia; ser rico, y moderar los placeres, mortificar los sentidos, y vivir con aquel desprendimiento de corazon, con aquella modestia, con aquel exemplo que manda Jesucristo á todos los fieles, es una

grande maravilla, así por la dificultad de la empresa, como por ser cosa muy rara. Sin embargo de eso, el Señor así lo manda; la ley se conserva en todo su vigor; ningun precepto prescribió hasta ahora. ¿Pues en qué se funda esa altanería inflada de orgullo; esa magnificencia tan poco conforme al espíritu de religion; esa suntuosidad de galas, de diversiones, de comidas; esa delicadeza tan poco cristiana, que parece privilegio de la gente rica? ¡Qué mal hacen los pobres en llorar su suerte, y en tener envidia á la suerte de los ricos! Si el evangelio ha de ser la regla de las costumbres; si nos hemos de gobernar por las reglas del evangelio, no hay condicion mas digna de lástima que la de los opulentos; por lo menos ninguna hay que pida mas mortificacion, y donde mas haya que vencerse. Dura parecerá esta filosofía á muchas personas; mas no por eso dexará de ser la filosofía del evangelio. Ninguno debiera ser mas modesto, mas humilde, mas mortificado que los ricos; porque no hay estado mas peligroso que el suyo por lo que toca á la salvacion. Todo es lazos, todo es tentacion, todo estorbos; el camino de la perdicion está tan lleno, el crimen tan disfrazado, tan aplaudido, tan lisonjeado, que es muy dificultoso cautelarse. Por otra parte, esta dificultad no disminuye la culpa; solo aumenta la obligacion en que están los ricos de hacerse una contínua violencia. ¡O mi Dios, qué prueba mas evidente de que se salvarán pocos ricos! Su mayor recurso consistirá en la limosna; este es el único secreto que se les puede enseñar, digámoslo así, para salir del peligro. Las manos de los pobres son las únicas que los pueden sacar de tantos riesgos, y guiarlos con seguridad en medio de tantos precipicios. ¡Qué desgracia la suya, si no se valen de estos auxîlios y de estas guias! *Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit*: bienaventurado el rico que conservó la inocencia, y no se dexó llevar de las riquezas. Esta es una de las mayores pruebas: *Qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit*: que facilmente pudo vivir mal, y vivió bien, hacer mil maldades, y no las hizo. No es menester mas para obligar al Señor á colmarle de prosperidad y de abundancia: *Eleëmosynas illius enarrabit omnis*

Ecclesia sanctorum: en toda la Iglesia de Dios se celebrarán sus limosnas, y se sabrá que debe, digámoslo así, la continuacion de beneficios y de gracias á su liberalidad. ¡Que desgraciados serán los ricos, que haciendo estas reflexîones no sean mas caritativos!

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas, y el mismo que el dia I. folio 26.

MEDITACION.

Que gran desdicha es salir de este mundo sin estar aparejado.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto espanto, cuánta turbacion, cuánta desesperacion será la de una alma en el momento en que se verá citada á comparecer ante el tribunal de Dios, cuando no esperaba que viniese tan presto el soberano Juez. No está prevenida, y tiene sobre sí el amo; no está prevenida, y es preciso dar las cuentas; no está prevenida, y es forzoso ser juzgada. Lo pasado, lo presente, lo futuro, todo la espanta, todo la atemoriza. ¡O qué cosa tan horrible hallarse en el momento decisivo de su suerte eterna con tantos motivos para temer!

Hallábase una persona en edad en que podia prometerse un año á lo menos para prevenirse. Una juventud florida, una salud robusta podian ser fiadores de este imaginado tiempo; nos daban seguridades muy positivas de que convaleceríamos presto de aquella enfermedad; pero Dios no consulta nuestro parecer sobre el número de nuestros dias. Bástale tenernos advertidos que vendrá á pedirnos cuenta de nuestra administracion cuando menos lo pensemos. ¡Qué imprudencia aguardar á disponer las cuentas para aquella hora crítica! ¡pero qué desgracia no tenerlas prevenidas en aquella hora! No se remite nuestra causa para otra audiencia; ya no hay mas misericordia, no hay mas indulgencia, no hay mas dilacion.

Aquellos pecados graves no confesados, aquellas amis-

tades por hacer, aquellas restituciones diferidas, aquellos proyectos de conversion, aquellas trazas de nueva vida, siempre dilatadas, aquellos piadosos movimientos ahogados, aquellas inspiraciones de la gracia mal atendidas, todo esto se representa de tropel, para ahogar, para despedazar, para desesperar á la pobre alma con mil remordimientos.

¿Habrá entonces valor para decir que no se tuvo tiempo? Pues qué, ¿tantos dias lastimosamente perdidos; tantos años miserablemente empleados en fabricar quimeras, no fueron el tiempo que Dios nos dió para esperarle, y para disponernos á recibirle? Tuvimos este tiempo, y le empleamos en todo lo demas que no nos importaba; tuvimos este tiempo, y le malogramos; ¿quién nos tuvo la culpa? Pídeme Dios estrecha cuenta de tantos talentos enterrados, de tantos preceptos no obedecidos, de tantos consejos despreciados. Hállome en una terrible confusion; no tengo razones que alegar, ni satisfacciones que producir. Todo está ya pronto; dentro de un instante me han de tomar mi dicho, y no tengo tiempo para pensarlo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué inquietudes se vive cuando se tiene entre manos un pleyto de grande consecuencia. El deseo de ganarle y el miedo de perderle ocupan enteramente el corazon y la memoria. Se consulta, se escribe, se solicita, se toman infinitas precauciones; se estudian todos los pasos de la parte contraria; se prepara para responder á todas sus razones; se previenen sus demandas; se medita lo que se ha de decir; ¡y con cuánto desasosiego, mi Dios, se pasan los dias y las noches si se dilata la sentencia!

Pendiente tenemos todos un gran pleyto que está para sentenciarse. Jamás ha habido, ni puede haber otro mas delicado ni mas importante; de su decision pende mi muerte eterna. El dia de la sentencia en que se ha de decidir del todo, le ignoro absolutamente; solo me tienen muy avisado que esté bien prevenido para responder á todos los artículos sobre que me han de tomar la confesion, gracias, talentos, empleos, años, dias, horas de estos dias, y momentos de estas horas, todo ha de ser exâminado, todo ha de ser juzgado con extremada severidad.

¡Y no se piensa en esto! ¡y sin haber pensado jamás bien en éllo, se espera á que venga el juez, se comparece ante su tribunal! Él no da aviso de su venida hasta que ya está en casa. ¡Qué turbacion, buen Dios, qué espanto, qué dolor, qué rabia, ser citado ante el tribunal de Dios para dar mis cuentas, y no tenerlas ajustadas! ¡ser citado ante el tribunal de Dios, y no tener con que justificar tantos cargos de que me acusa mi propia conciencia, y no haber hecho nada para captar la benevolencia de mi juez! Mi fe, mi religion, mi misma razon hacen el proceso contra mí. Veo claramente que no puedo ganarle; y mientras tanto se trata en él no menos que de mi suerte eterna.

Comprende, si es posible, los sobresaltos, las congojas, el desconsuelo que causa en aquel fatal momento el verse cogido de repente. ¡Ah, si á lo menos tuviera ahora el triste consuelo de no haber tenido tiempo; pero desdichado de mí, que le tuve! Si hubiera ignorado siquiera el peligro de ser cogido de sorpresa; ¡pero infeliz de mí, que le supe! Si por lo menos jamás hubiera pensado en las funestas consecuencias de esta falta de atencion y de prevision; ¡pero miserable de mí, que muchas veces las consideré, y las tenia bien previstas; mas todo esto sin fruto!

¡O mi Dios, y qué prudentes fueron los santos en tener siempre en las manos las lámparas encendidas! ¡qué dichoso fue san Abrahán en haber pasado cincuenta años en el desierto sin pensar en otra cosa que en aquel momento decisivo, para que no le cogiese de improviso la venida del soberano Juez! ¡Será posible, Señor, que aun despues de estas reflexîones tenga yo la desgracia de ser sorprendido de la muerte! No permitais, Señor, que sea ineficaz la resolucion que tomo en este mismo punto. No habrá dia, no habrá hora en todas las que me diéreis de vida, que no piense en este postrer momento.

JACULATORIAS.

Ne revoces me in dimidio dierum meorum.
Salmo 101.

No me llameis, Señor, á la mitad de la carrera de mi vida, porque no sea cogido de repente.

Si oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Que se me seque, que se me inutilice mi mano derecha si me olvidáre jamás de ti, ó celestial Jerusalen.

PROPOSITOS.

¿Qué se dirá de uno que teniendo pendiente un pleyto de la mayor consecuencia, y en términos ya de sentenciarse, no pensase siquiera en él; y en lugar de informar á los jueces, solicitarlos, y disponerse para responder, pasase los dias en juegos y en diversiones, sin ocuparse mas que en fruslerías? Pues no nos portamos nosotros con mas juicio ni con mayor prudencia. ¡Qué cosa tan horrible ser sorprendidos de la muerte despues de habernos cien veces advertido que lo habíamos de ser! No difieras un punto el disponer todas las cosas. No quieras parecer ante el tribunal de Dios de la manera que ahora te hallas. ¿Juzgas acaso que parecerás con mejor disposicion? Viviendo como vives, ¿tienes gran fundamento para persuadirte que morirás tranquilamente? No des oidos á ese espíritu que te persuade á que dilates para otro tiempo una conversion, una reforma, que muchos años ha debiera estar hecha. ¿Tienes que reconciliarte con algun enemigo tuyo? ¿tienes que ajustar algunas cuentas, que pagar algunos salarios, que hacer algunas restituciones? pues ya te se ha advertido que no dilates para otro tiempo lo que jamás se difiere sin mucho peligro. Todo se resuelve, y todo se dexa por hacer. De esta manera se burla el hombre de su propia ingenuidad toda la vida. No quieras ser por mas tiempo el jugete de tus irresoluciones; mira que el negocio es de grande consecuencia. Busca hoy mismo á un confesor zeloso y prudente, y consulta con él lo que has de hacer para disponerte á comparecer ante el tribunal de Dios.

2 Haz cuenta que cada dia es el último de tu vida; y al comenzarle, piensa que acaso no le acabarás. Es una devocion muy santa y provechosa acabar todos los dias la oracion de la mañana y de la noche con el acto de contricion y con el salmo *De profundis...*, aplicando esta oracion por ti y por ótros. San Pablo se consideraba como si

estuviese para morir en cada hora: *Quotidie morior* (1. *Cor.* 15.). Siempre que santa Teresa oia alguna hora del relox, se decia á sí misma: *Una hora menos falta para que llegue mi divino esposo.* En fin haz desde este mismo punto que los negocios de tu conciencia esten en tan buen estado, procura que esten tan bien ajustadas tus cuentas, que despues del *Ave María* que rezarás cuando suene alguna hora, puedas añadir por jaculatoria aquellas bellas palabras del Profeta (*Psalm.* 56.): *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Mi corazon está aparejado; Señor, mi corazon está aparejado; á cualquiera hora os espero (*Matt.* 24.): *Beatus ille servus, quem cùm venerit Dominus ejus, invenerit sic facientem*: bienaventurado el siervo á quien el Señor halláre que lo hace así cuando venga á tomarle cuenta.

Resuélvete desde hoy á ser este siervo vigilante y fiel. Por mucho que se haya adelantado en el camino de la perfeccion, siempre son muy convenientes estas piadosas devociones para evitar la tibieza y para encender el fervor. La inconstancia ó el olvido de estas devotas industrias debilitan la mas fervorosa voluntad, y ocasionan el tédio ó el disgusto. No te desalientes; porque el enemigo de nuestra salvacion se aprovecha muchas veces de nuestra cobardía. ¿Has olvidado ó has despreciado la mayor parte de estas pequeñas devociones? pues no por eso desmayes; renueva tus propósito; pide al Señor nuevos auxílios; repite cada dia y cada hora: *Ego dixi: nunc cœpi: yo dixe*; ahora comienzo. Esta perseverancia en querer, siempre está acompañada de mucho fruto.

DIA DIEZ Y SIETE.

San Patricio, confesor, obispo y apóstol de Irlanda.

San Patricio, apóstol de Irlanda, nació en Escocia en el territorio de la ciudad de Aclud, hoy Dumbriton, hácia el año 377 del nacimiento de Cristo. Llamábase

su padre Calfurnio, y su madre Conquesa, parienta de san Martin, arzobispo de Tours, los cuales le criaron con tanta piedad, y le imbuyeron tan desde luego en los principios de la religion, así con su doctrina, como con sus exemplos, que el niño Patricio en nada hallaba gusto sino en la oracion. Asegura el monge Jocelin en la vida que escribió del Santo, que Dios le comunicó el don de milagros desde la misma cuna. Con todo eso la divina Providencia, que queria irle disponiendo muy de antemano para el apostolado, permitió que fuese esclavo en aquel mismo pais de donde con el tiempo habia de ser apóstol.

A los diez y seis años de su edad le cogieron unos salteadores de caminos, irlandeses, juntamente con una hermana suya llamada Lupita, y le llevaron cautivo á Irlanda. Vendiéronle á un ciudadano, y en los cinco ó seis años que duró su cautiverio aprendió la lengua y las costumbres del pais.

Encargóle el patron á quien servia la guarda del inmundo ganado de cerda, y en medio de los montes hacia vida de un perfecto solitario. Adoraba á Dios postrado en tierra cien veces de dia y otras tantas de noche, sirviéndole de lecho la dura tierra, y de sustento unas insípidas raices.

Habia cerca de seis años que Patricio santificaba su esclavitud con estos piadosos exercicios de penitencia, cuando se le apareció un ángel en figura de un gallardo mancebo, y mandándole cavar en un lugar que le señaló, encontró una cantidad de dinero con que compró su libertad. Vuelto á Escocia, pasó otros cuatro años en casa de su padre. Por las muchas visiones que tuvo en este tiempo conoció que le llamaba Dios á trabajar en la conversion de los pueblos de Irlanda, y desde luego hizo ánimo de dedicarse á élla. Habiéndose embarcado con sus padres para ir á la Bretaña, fue cogido por unos piratas que le vendieron á los pictos, paisanos suyos, los cuales le pusieron presto en libertad. En fin tercera vez fue hecho esclavo y conducido á Burdeos, donde le compró un amo tan benigno, que compadecido de su desgracia, y prendado de su apacibilidad y de su paciencia, le envió libre á su pais, donde no se detuvo mucho tiempo.

Resuelto á consagrarse todo á Dios, pasó á Francia, y se retiró al monasterio de Marmoutier, que habia fundado san Martin. Allí recibió la tonsura eclesiástica y monacal, hizo la profesion, y en tres años que vivió en el monasterio fue modelo de la perfeccion religiosa.

Creciendo su zelo al paso que crecia su piedad, volvió á la Gran Bretaña, suspirando siempre por la conversion de los irlandeses. Habiendo ocurrido varios embarazos, que le estorbaron el viage de Irlanda, volvió á Francia, pasó á Italia, y ocupó siete años en visitar los santuarios y monasterios de las islas comarcanas. Tres años años le detuvo en su compañía san Senior, obispo de Pisa; y cautivado así de su ardiente zelo por la conversion de los gentiles, como de su eminente santidad, le ordenó de sacerdote. El nuevo carácter le inspiró nuevo deseo de ir cuanto antes á trabajar en la conversion de los irlandeses; volvió á pasar el mar sin otra legítima mision que la de su zelo, y así no la bendixo el Señor. No quisieron oirle aquellos pueblos, y se vió precisado á volver á Francia tercera vez. Paró en Auxerre en casa de su obispo san Amador, baxo cuya disciplina se conservó hasta su muerte, que sucedió tres años despues, y continuó otros tres años baxo la del célebre san Germán su sucesor, y en la escuela de este gran Prelado aprendió nuestro Santo las lecciones que despues practicó de insigne pastor, y de grande apóstol.

No dudando san Germán que Dios habia escogido á Patricio por apóstol de Irlanda, le aconsejó que se fuese á echar á los pies del papa Celestino I. para recibir de su mano el destino de aquella mision. Recibióle el Pontífice con mucha benignidad, alabó su zelo, aprobó su ánimo; pero como acababa de enviar á san Paladio á aquel pais, le pareció conveniente suspender la execucion, y así le mandó que esperase. Mientras tanto se volvió Patricio á Auxerre á gozar de la compañía de san Germán, que teniendo noticia de la muerte de Paladio, le volvió á enviar á Roma con cartas de recomendacion. Fue recibido del Papa con mayores muestras de estimacion que la primera vez; y habiéndole consagrado él mismo por obispo de Irlanda, le despachó á aquella isla colmado de bendiciones y con poderes de legado apostólico.

Volvió por Auxerre el nuevo Apóstol, y recibiendo allí las saludables instrucciones que le dió san Germán para desempeñar felizmente su mision, pasó á Irlanda el año 432. Las milagrosas conversiones que hizo desde luego en el pais de Cambria y Cornuaille, le determinaron á entrarse en la provincia de Lagenia, donde san Paladio no habia hecho fruto alguno. Apenas predicó en élla la fe, cuando tuvo el consuelo de ver convertidas en menos de un año mas de las dos terceras partes de la provincia; y habiendo dexado en élla algunos misioneros compañeros suyos para cultivar aquella nueva viña, pasó el nuevo Apóstol á la provincia de Ultonia, donde fue la mies tan abundante y tan feliz, que fundó el monasterio de Saball, cerca de la ciudad de Duna, nombrando por primer abad á su discípulo Dunio. Este monasterio, tan célebre desde entonces por tanto número de santos monges, fue presto famoso seminario de hombres apostólicos.

Aumentándose la mies, fue preciso que se aumentasen los obreros. Jamás ha habido nacion que mostrase mayor ardor para abrazar la fe de Jesucristo. Apenás se dexaba Patricio ver en alguna ciudad, ó en algun pueblo, cuando los mismos gentiles se daban priesa á echar por tierra los templos, que éllos mismos habian levantado, compitiéndose á porfia en hacer pedazos los ídolos.

Leogar, el príncipe mas poderoso del pais, y el mas encaprichado en las supersticiones paganas, empleó todas sus fuerzas, y se valió de todos los artificios de los magos para detener los rápidos progresos de la fe, y para poner límites á las victorias que nuestro Santo conseguia cada dia del paganismo; pero todos sus artificios no sirvieron mas que para hacer mas floreciente la religion cristiana, y mas célebre el nombre de san Patricio. Un numeroso exército de gentiles, que venia á echarse sobre los cristianos congregados por el Santo en una espaciosa llanura, fue enteramente disipado por los truenos y por los rayos que cayeron sobre él, estando el cielo muy sereno. Deshizo todos los embustes y prestigios de los hechiceros; el principal de éllos llamado Locho, que con artificios semejantes á los de Simon Mago se levantaba por los ayres á presencia del Rey, baxó precipitado, y cayó redondo muerto á los pies de san Patricio.

Convirtióse á la fe Conallo, hijo de Leogar, siendo el hijo mas prudente que el padre, y con el tiempo fue un héroe del cristianismo; imitaron su exemplo dos hermanas suyas; y lo que acaso no le tendria antes, los magos ó hechiceros, que eran en gran número, y muy poderosos en la corte, abrieron los ojos á la luz de la fe, fueron bautizados, y con el tiempo se acreditaron de fervorosos cristianos.

Hecha ya cristiana toda la Ultonia, pasó Patricio á las provincias de Media, de Connacia y de Momonia; corrió con increibles fatigas toda la Irlanda, y no dexó rincon de aquella tan vasta como bien poblada isla, que no alumbrase con las luces de la fe, y donde no levantase muchas iglesias.

No podia hacerse sin grandes milagros la conversion de tantos pueblos duros, poco tratables y groseros. Con efecto, los hizo nuestro Santo. Obedecian á su voz los vientos y las tempestades; desvanecíanse las dolencias en haciendo sobre los enfermos la señal de la cruz, y sus discípulos gozaban el mismo don: para Patricio no habia cosa secreta; y hasta la misma muerte soltaba la presa á la voz de su oracion.

Pero creciendo cada dia inmensamente el número de los fieles, era menester proveer de nuevos pastores al nuevo rebaño; lo que obligó al Santo á hacer otro viage á Roma el año 444. Recibióle el gran pontífice san Leon como lo merecia un apóstol. Y habiendo arreglado con el Papa todo lo concerniente á la recien nacida iglesia, dió la vuelta á su querido rebaño; y como si la Irlanda sola fuese poco teatro para el ardor inmenso de su zelo, se detuvo en la costa occidental de la Gran Bretaña, donde predicó la fe con el mismo feliz suceso, y fundó tambien algunos monasterios.

Vuelto á Irlanda con la recluta de nuevos operarios, los distribuyó en las provincias de Langenia, de Media, de Connacia, de Momonia, y ordenó gran número de obispos para las nuevas diócesis de Laghlin, de Fernes, de Douna, de Kilmor, de Galloway, de Limerick, de Media, de Cashel, de Thoam, de Wateford, y restituyéndose á Ultonia, levantó la célebre iglesia de Armagh; erigiéndola en silla metropolitana y primada de

toda Irlanda. Pasó despues á las islas adyacentes, y todas las conquistó para Jesucristo. Hizo cuarto viage á Roma para obtener de la silla apostólica la confirmacion y repartimiento de los obispos que habia erigido, los títulos y privilegios de las iglesias como los habia arreglado, y á su vuelta de este viage celebró en Armargh el primer concilio.

Apenas fuera creible que nuestro Santo pudiese obrar tantas maravillas, ó no rendirse al peso de tantos trabajos, si no se supiera que para los hombres apostólicos están reservadas gracias muy particulares y auxílios muy extraordinarios. Pero lo que se hace mas inverisímil, siendo con todo eso muy verdadero, es que tantas y tan portentosas fatigas no bastaron á saciar el ardiente deseo que tenia de padecer por Jesucristo, ni pudieron satisfacer la amorosa ansia que tenia por la penitencia.

Traía siempre un áspero cilicio, ayunaba rigurosamente todo el año, hacia á pie todos los viages, y aunque oprimido de la solicitud pastoral y del gobierno de todas las iglesias de Irlanda, todos los dias rezaba el Salterio entero con mas de doscientas oraciones, y se postraba trescientas veces cada dia para adorar á Dios, haciendo cien veces la señal de la cruz en cada hora canónica. Tenia distribuida la noche en tres tiempos diferentes; el primero le empleaba en rezar cien salmos, y en hacer doscientas genuflexîones. El segundo le ocupaba en rezar cincuenta salmos metido en un estanque de agua helada hasta la garganta; y lo restante estaba destinado para tomar un poco de reposo sobre una dura piedra. Estos fueron los principales medios de que se valió san Patricio para ganar á Jesucristo tantos pueblos, y para convertir los pecadores y los idólatras.

Pero no solo convirtió á la fe á aquellos pueblos, sino que tambien los cultivó, los pulió, los civilizó. Halló Patricio en aquella isla unos pueblos tan bozales, tan groseros, que apenas sabian hablar, y ninguno de éllos sabia escribir; el Santo los enseñó, los industrió, y en poco tiempo los hizo capaces de aprender no solamente las mas bellas artes sino tambien las mas elevadas ciencias.

En fin, colmado de merecimientos, respetado aun de los mismos gentiles, y lleno de alegría, viendo el flore-

ciente estado en que dexaba en Irlanda el reyno de Jesucristo, á los ochenta y cuatro años de su edad (aunque algunos historiadores le dan ciento y treinta) pasó á recibir en el cielo la corona de sus trabajos el año 460 ó 461. Murió en su monasterio de Saball, habiendo edificado trescientas y sesenta y cinco iglesias; consagrado otros tantos obispos en los veinte y cinco ó treinta años que él lo fue, y ordenado casi tres mil presbíteros. Fue sepultado en la iglesia de la ciudad de Douna, donde fue honrado de los pueblos que concurrian en tropas á venerar su sepulcro, haciéndole muy célebre el Señor con innumerables milagros; hasta que en tiempo de Enrique VIII, rey de Inglaterra, fue destruida la iglesia de Douna por Leonardo Crey, marqués de Dorset, y virey de Irlanda, el cual pagó el delito de su sacrilegio sobre un cadahalso, en que le cortaron la cabeza el año 1541.

En la provincia de Ultonia se ve hasta el dia de hoy una pequeña isla hácia la mitad de un lago que forma el Liffer, donde se coloca el célebre purgatorio de san Patricio. *Boll.* 17. *Mart. p.* 589. Es una cueva donde se dice que el Santo pasó toda una Cuaresma en el exercicio de las mayores penitencias, y donde padeció inimaginables tormentos por parte de los demonios, que hicieron todos los posibles esfuerzos para espantarle y para retraerle de su zelosa resolucion y propósito de trabajar en la conversion de aquellos isleños. Hízose muy célebre esta cueva, así por haber estado en élla san Patricio, como por lo que en élla habia padecido: y muchos santos varones, movidos de devocion, se retiraban á élla algunos dias para dedicarse á exercicios de oracion y penitencia; lo que precisó á edificar al rededor de élla algunas celdas, que se llamaban las celdas de los santos. Créese que para dar alguna idea de las penas y de los premios de la otra vida á aquella gente extremadamente grosera, que no acertaba á concebir lo que no la entraba por los sentidos, alcanzó de Dios nuestro Santo que en aquella cueva experimentasen algunos sensiblemente lo que no podian comprender; y como todos los penosos exercicios de penitencia que allí se hacian, se dirigian á purificar las almas de sus culpas, se dió á la cueva el nombre de *Purgatorio de san Patricio.* Hubo antiguamente en aquella

isleta un célebre monasterio de canónigos reglares de san Agustin, cuyo prior tenia la llave de la cueva, hasta que el año de 1494, el papa Alexandro VI, teniendo noticia de los muchos abusos que se habian mezclado en las mortificaciones arbitrarias, ordenó por breve expreso que se cerrase y se cegase la cueva, y que se destruyese todo aquel sitio, sin que jamás se volviese á admitir á ninguna persona á aquel género de pruebas.

La misa es en honra de san Patricio, y la oracion la siguiente:

Deus, qui ad prædicandum gentibus gloriam tuam, beatum Patricium, confessorem tuum atque pontificem mittere dignatus es: ejus meritis et intercessione concede; ut quæ nobis agenda præcipis, te miserante, adimplere possimus: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste enviar al bienaventurado Patricio, tu confesor y pontífice, para que anunciase tu gloria á los gentiles, concédenos, que con tu gracia y por su intercesion y merecimientos, cumplamos fielmente todo lo que tú nos mandas: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia I, folio* 24.

NOTA.

»Los elogios de los patriarcas insignes, que se leen »en los libros sagrados, son el retrato de los santos pon»tífices del nuevo Testamento. El autor del Eclesiástico »en los capítulos 44 y 45 forma el compendio de las vir»tudes y de las maravillas de los mas santos pontífices de »la Iglesia, nos pinta como en miniatura la historia de »las virtudes, y singular mérito de Henoc, de Abrahan, »de Isaac y de Aaron; siendo la epístola de la misa de »este dia un epílogo de los elogios de estos grandes »hombres.

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus: ves aquí un gran sacerdote. Ni los grandes títulos, ni las gruesas rentas forman los grandes prelados. La grandeza de los ministros de Jesucristo tienen orígen mas noble, y nace de otros principios. *In diebus suis placuit Deo, et inventus est justus: non est inventus similis illi, qui conservavit legem Excelsi*: agradó á Dios mientras vivió: fue justo, y ninguno observó con mayor exâctitud la ley del Altísimo. Esta es la basa, este es el cimiento de la verdadera grandeza; agradar á Dios sin interrupcion; llenar dignamente todas las obligaciones de la justicia; obedecer con la mas exâcta fidelidad los preceptos del Altísimo; busca otros títulos, ni mas completos, ni mas antiguos de una nobleza mas sólida y mas real. Esta es la única nobleza que pasa en la otra vida. Ostentoso aparato de títulos y de grandes nombres, puestos elevados, dignidades eminentes, vosotros brillais, no hay duda. ¿Pero cómo? Como relámpagos fugitivos, que apenas lucen cuando desapárecen. La muerte pone de nivel á todos los hombres. Todo se entierra con nosotros, menos la santidad. Las mas bellas prendas de cuerpo y alma sin virtud, son nombres vacíos; las que solo se fundan en fortuna estruendosa, y en rentas crecidas son poco respetables; muchas veces solo sirven de hacer mas visible la pobreza de la persona. Sola la virtud vale mas que todos los títulos; ¿y qué son todos los títulos sin la virtud? ¡Cosa extraña! Hácense grandes gastos por meter un poco de ruido. Mi Dios, ¿hubo jamás ni gloria mas vana, ni estruendo mas superficial, ni grandeza mas pequeña? Cuando llega el caso de disponer alguna oracion fúnebre, pone en tortura á su ingenio un orador cristiano para salvar la mentira. ¿Piensa por ventura entonces el alabar mucho la suntuosidad del difunto, su mesa, sus muebles, su juego, y aquellos locos gastos, que acaso tienen sobresaltados á tantos acreedores? Andase arañando todo lo que puede alabarse con decencia, todo lo que puede ser interpretado con piedad. Entonces, ó se calla, ó se disimula, ó se disfraza con arte todo aquello que mas lisonjeó, que mas ocupó el corazon de los grandes. ¡Ah Se-

ñor, y qué copioso manantial de elógios no brotaria de una caridad cristiana, de una liberalidad noble y benéfica! No hay cosa mas grande; ninguna otra da mayor superioridad sobre el resto de los demas hombres, que aliviar á los que padecen, que sacar de miseria á los infelices.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cui-

fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

dado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

De los medios que tenemos para salvarnos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que uno de los mas crueles, de los mas desesperados tormentos de los condenados es la viva y eterna memoria, es la clara, la menuda representacion de los medios fáciles y seguros que tuvieron para salvarse. Pude ser santo; Dios lo queria; pero á mí no me dió gana de serlo. Comprende bien toda la fuerza de esta reflexîon; pero considera tambien todo el acibar de su amargura.

No hay ni una sola criatura, que mirada en sí misma, no nos presente, no nos sirva de medio para conocer á Dios y para amarle; si alguno nos sirve de estorbo, es precisamente porque nosotros abusamos de élla. Los bienes y males de esta vida, hasta los mismos trabajos de que se vale Dios para castigar nuestras culpas, todo puede servir para nuestra salvacion.

Las riquezas son como la moneda con que se compra el cielo por medio de las limosnas; la pobreza es carta de recomendacion para salvarnos. Las honras y la prosperidad pueden ofrecer grandes ocasiones para hacer grandes sacrificios; las desgracias y las adversidades abren el camino real para la gloria. Si la salud es don de Dios, no lo es menos la enfermedad; padecer mucho por Dios, aún es de mayor mérito que hacer mucho por él. Si el ingenio es un talento, la simplicidad es una virtud; porque Dios tiene gusto especial en comunicarse á las almas simples y sencillas. En una palabra, se puede decir que no hay cosa que no se pueda mirar con talento. Hasta de nuestras mismas faltas, una vez cometidas, se puede y se debe sacar mucho provecho. No hay mayor enemigo de nuestra salvacion

que el demonio; y con todo eso sus mismos artificios, sus mismas tentaciones pueden conducir para conseguirla. ¡Qué abundancia de medios, qué multitud de tantas industrias! *Todas las cosas*, dice el Apóstol, *cooperan al mayor bien de los que aman á Dios.*

Es menester necesariamente la gracia para salvarnos; sin élla serian inútiles nuestros mayores esfuerzos. Pero si nosotros podemos faltar á la gracia, tambien estamos seguros de que la gracia no nos puede faltar á nosotros. Ni un solo condenado hay que no lo hubiese sido por su culpa, que no se hubiese condenado porque no se quiso aprovechar de los medios que tuvo para salvarse. ¡Qué dolor, qué desesperacion!

Somos flacos, es verdad; los peligros son frecuentes, las tentaciones violentas; mas para eso encontramos una fuerza, una virtud singular en los sacramentos: en éllos se nos aplican los méritos de nuestro Señor Jesucristo; en éllos, digámoslo así, se nos tiene preparado un baño de su preciosísima sangre, en el cual halla el alma una virtud general para todas sus necesidades; éllos son medicina universal de todo género de dolencias, y manantial inagotable de gracias. Seais eternamente bendito, glorificado y alabado, amable Salvador mio, por haberme proporcionado tantos y tan poderosos medios para salvarme. ¡Pero qué dolor es el mio por haberlos malogrado hasta aquí! No permitais que este conocimiento y esta misma confesion me sirva de nuevo motivo para mayor arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que ademas de los medios comunes á todos los cristianos, cada cual encuentra en su propio estado y en su misma condicion medios particulares para ser santo. Ha dispuesto de tal manera todas las cosas la divina Providencia, y tiene arregladas todas las condiciones con tal economía, que todos son caminos derechos para llegar con seguridad á nuestro último fin.

No hay que envidiar ni el retiro de los únos, ni la tranquilidad de los ótros; cada uno de nosotros dentro de su propio estado puede coger los mismos frutos, ó á lo

menos otros equivalentes, y tan buenos. No seamos siervos inútiles, ni obreros ociosos; y pocas tierras habrá que no puedan rendir ciento por uno; pocos talentos que no puedan duplicarse, y multiplicarse, como se sepa emplearlos y manejarlos bien.

No hay estado, no hay condicion en el mundo, no hay edad en la vida, de la cual no haya habido grandes santos; y estos santos de nuestra misma edad, y de nuestro mismo estado, no fueron á buscar otros medios para serlo, que aquellos que nos ofrece á nosotros nuestro estado y nuestra edad. Y aun nosotros tenemos mas medios que éllos; porque al fin logramos el de los buenos exemplos, que éllos mismos nos dexaron. ¡Será posible, Dios mio, que todas las cosas me prediquen y me faciliten mi salvacion, y que al mismo tiempo todas éllas me reprendan mi irresolucion, y aun mi insensibilidad! ¡Pues qué, divino Salvador mio, solo yo he de despreciar mi salvacion; solo yo he de quererla, y he de poner los mas grandes obstáculos para conseguirla! ¿Me he aprovechado mucho hasta ahora de los medios que he tenido para ser santo? ¿qué es lo que he hecho para serlo, ó por mejor decir, qué he dexado de hacer para no serlo? ¡Mi Dios, quién podrá sufrir estos remordimientos á la hora de la muerte; y mas al considerar lo que hicieron para ser santos tantos hombres ilustres y eminentes!

¡Con qué fervor trabajó en su propia perfeccion un san Patricio, y con qué zelo se dedicó á la salvacion de los otros! ¡qué vida mas laboriosa, mas penitente, mas santa! ¡qué confusion para muchos son estos grandes exemplos!

¡Qué poco me he aprovechado yo, dulce Jesus mio, de los medios que he tenido para ser santo, y qué mal he correspondido á vuestras gracias! Cada dia estoy admirando lo que hicieron los santos para serlo; y con todo eso no acabo de aprovecharme de sus exemplos. Continuadme, Señor, el socorro de vuestra gracia, y desde este mismo punto voy á poner fin á mis ingratitudes.

JACULATORIAS.

Vivet anima mea, et laudabit te: et judicia tua adjuvabunt me. Salm. 118.

Ya no viviré, Señor, sino para emplearme en tus alabanzas; porque hallo mi fuerza y mi socorro en todo lo que has hecho por mí.

Propè es tu, et omnes viæ tuæ veritas. Salm. 118. Siempre estás cerca de mí; y todos los estados de la vida pueden ser caminos seguros que me conduzcan á ti.

PROPOSITOS.

Todos los estados son otros tantos caminos diferentes que, segun el órden de la divina Providencia, nos guian á nuestro último fin. Es tentacion imaginar que se viviria mejor en otro estado que el en que cada uno profesa. Pernicioso error ocupar el pensamiento en lo que se haria en otra profesion, y no pensar en cumplir con las obligaciones de aquella en que se está. Pocos artificios hay que le salgan mejor al enemigo de nuestra salvacion que el de esta engañosa inquietud. Por ahora solo te quiere Dios en el estado de vida en que te hallas; con que solo has de pensar en desempeñar bien sus obligaciones. Desprecia como ilusion perniciosísima todas esas inconstancias del corazon y del ánimo, que consumen inúltilmente el alma con vanos arrepentimientos y con frívolos deseos, una vez que ya abrazaste un estado. Aplícate únicamente á dar el debido lleno á sus obligaciones, exâminando hoy en particular cuáles son éstas, y cuáles son tambien aquéllas en que tú te descuidas mas. ¿Te aprovechas bien de todos los medios que tienes en tu estado para santificarte? No hay estado sin cruz, como no hay rosa sin espinas. Los gustos de una fortuna risueña y floreciente, y las amarguras de una familia pobre y angustiada, los embarazos de un empleo de mucho ruido y tumulto, y los cuidados domésticos de una casa particular, las alegrías y los llantos de esta vida, todo puede conducir igualmente para nuestra salvacion; exâmina cómo has usado hasta aquí de todo esto.

2 Es devocion utilísima la de rezar todas las mañanas alguna oracion particular pidiendo á Dios gracias para cumplir con las obligaciones del estado de cada uno; y

es admirable para este efecto la oracion siguiente, que decia santo Tomás.

Concede mihi, misericors Deus, quæ tibi placita sunt ardenter concupiscere, prudenter investigare, veraciter agnoscere, perfectè adimplere ad laudem et gloriam nominis tui. Ordina statum meum, et quod à me requiris ut faciam, tribue ut sciam, et de exequi sicut oportet, et expedit animæ meæ. Da mihi, Domine Deus meus, inter prospera et adversa non deficere, ut in illis non deprimar, de nullo gaudeam vel doleam, nisi quod ducat ad te, vel abducat à te. Nulli placere appetam, vel displicere timeam, nisi tibi. Vilescant mihi, Domine, omnia transitoria; et chara mihi sint omnia tua propter te, et tu, Deus præter omnia. Tædeat me gaudii quod est sine te, nec aliquid cupiam quod est extra te. Largire tandem mihi, Domine Deus meus, ita tuis beneficiis uti in via per gratiam, ut tandem tuis gaudiis in patria perfruar per gloriam; Per Dominum nostrum Jesum Christum...

"O Dios lleno de misericordia, dame gracia para que »exâmine diligentemente, conozca verdaderamente, de»see ardientemente, y cumpla perfectamente todo lo que »á ti te agrada, y que todo sea para mayor honra y glo»ria tuya. Dispon todas las cosas en el estado en que me »has puesto, y dame á conocer aquello que quieres que »yo haga, ayudándome á cumplirlo como conviene para »el mayor bien de mi alma. Concédeme, Dios y Señor »mio, que ni las prosperidades me envanezcan, ni las »adversidades me acobarden; y que ni únas ni ótras me »atropellen, no alegrándome sino de lo que me acerca á »ti, no entristeciéndome sino de lo que de ti me aparta. »No permitas que aspire á complacer, ni que tema des»agradar á ótro que á ti solo. Sean despreciables para mí »todas las cosas caducas, y solamente las ame todas por »ti; pero á ti sobre todas. Cáusame tédio toda alegría que »sea sin ti, y fuera de ti nada apetezca. Finalmente, »Dios y Señor mio, concédeme que de tal manera me »aproveche en esta vida de tus beneficios por tu gracia, »que merezca gozar en la patria celestial las delicias de »la gloria: Por nuestro Señor Jesucristo..."

DIA DIEZ Y OCHO.

San Eduardo, rey de Inglaterra.

No hay reyno en toda la cristiandad que haya adorado tantos santos en su trono como el de Inglaterra, contando ya muchos san Eduardo en su real casa, cuando nació á ser él mismo uno de los mas esclarecidos ornamentos de élla.

Fue nieto de santa Elgivia, hermano de santa Edita, tio paterno de san Eduardo confesor, y vió la primera luz hácia el año de 962. Su padre el rey Edgar, apellidado el pacífico, aunque con mayor propiedad se le pudiera llamar el conquistador, quiso se diese al príncipe una educacion en todo correspondiente, así á su religion, como á su real nacimiento. Fue bautizado por san Dunstano, arzobispo de Contúrbel, que no contento con haberle alcanzado del cielo aquella abundancia de bendiciones de dulzura con que le previno la divina gracia desde la misma cuna, quiso encargarse de su cristiana educacion.

La nobilísima índole del Príncipe, y la feliz inclinacion que descubrió hácia la virtud desde sus primeros años, le ganaron desde luego el corazon de todos los ingleses. Y un ayre magestuoso, un espíritu vivo, brillante, superior, unas modales apacibles, sosegadas, siempre nobles, un corazon generoso y verdaderamente real, con una sólida virtud muy sobre la espectacion de su edad, le hicieron objeto de veneracion á toda la corte, y de admiracion á la Europa toda.

Admirábase principalmente en un príncipe tan jóven tanto amor á la religion, y en una edad que solo se gobierna por los ímpetus del natural, tanta prudencia, sobre todo en medio de una floreciente corte donde reynaban la diversion y el placer. Pero Eduardo, no solamente conservó en élla la inocencia, sino que practicó las virtudes mas penitentes, sabiendo hallar el recogimiento y la soledad interior entre los exercicios de ma-

yor tumulto, y entre los halagüeños distraimientos de la mayor disipacion.

Tuvo el dolor de perder á la reyna su madre, siendo de cinco á seis años. Llamábase Egelfleda, hija del duque de Ormer, uno de los mas poderosos príncipes de Inglaterra, y fue de las mas virtuosas princesas de su tiempo; siendo ilustres monumentos de su esclarecida piedad los monasterios que fundó, y las limosnas que hizo á los pobres. Tuvo gran cuidado de inspirar muy anticipadamente á su hijo aquellos grandes dictámenes de religion que desde luego se le empaparon en el alma; y logró el consuelo de ver los mas dulces frutos de esta piadosa simiente en el tierno príncipe Eduardo, cuando el Señor la retiró de este mundo.

Sintió vivamente Eduardo la pérdida de tan buena madre, llorándola con tanta amargura, que solo pudo consolar y reprimir sus lágrimas la consideracion de que en cierta manera parecian oponerse á las soberanas disposiciones de la divina Providencia. Pasó el Rey su padre á celebrar terceras nupcias con Alfrida; y el príncipe Eduardo se portó tan cuerda y respetosamente con la reyna su madrastra, que no pudo resistirse á estimarle, aunque jamás se resolvió á quererle, por no poder tolerar su ambicion que se le considerase ya como á heredero presuntivo de la corona. Tuvo el Rey en esta tercera muger un hijo llamado Ethelredo; y admirando cada dia mas y mas la pureza de vida, la solidez del juicio y la extraordinaria prudencia de Eduardo; para prevenir las inquietudes que podrian sobrevenir á su fallecimiento, resolvió declararle sucesor suyo, y le hizo reconocer como tal por todos los grandes del reyno.

Murió el Rey el año de 975, y ascendió al trono nuestro Santo. Desde luego le reconocieron por su legítimo soberano los principales señores del reyno, y triunfó de alegría la nacion inglesa, considerando que adoraba por monarca á un santo.

Quisiera Alfrida ver en el trono á su hijo Ethelredo, y con este ambicioso deseo induxo á algunos señores á que protextasen, y se opusiesen á la consagracion de Eduardo; pero san Dunstano, primado del reyno, á quien tocaba esta ceremonia, auxîliado de san Oswaldo

arzobispo de Yorck, supo contenerlos y ponerlos en razon. Tomó en su mano la cruz arzobispal que solia llevar delante de él; metióse intrépidamente en medio de los señores parciales de la reyna madre, presentóles á Eduardo como á primogénito de su legítimo rey; tráxoles á la memoria la declaracion del Monarca difunto; acordóles el solemne reconocimiento que éllos mismos habian hecho del derecho indisputable de aquel jóven Príncipe; y á vista de toda la asamblea le consagró solemnemente, saliendo él mismo por fiador del acierto de su conducta; con cuya vigorosa accion sosegó los ánimos, y unió dichosamente los espíritus.

No tenia Eduardo á la sazon mas que doce años; pero suplia con ventajas la falta de edad la reputacion de su elevada virtud. Quizá hasta entonces no habia visto el mundo un Monarca tan niño, ni devocion mas exemplar, ni modestia mas magestuosa, ni madurez de prudencia mas constante; sirviendo el trono para añadir mas brillante esplendor á su heróica santidad. Contribuyeron mucho los desvelos de san Dunstano á formar aquel entendimiento naturalmente recto y culto, y á perfeccionar aquel purísimo corazon, que á solo Dios habia dado lugar desde que pudo conocerle.

Apenas se sentó en el trono cuando se aplicó enteramente á hacer que reynasen en toda su monarquía la justicia, las leyes y la religion. Amable á los buenos y terrible á los malos, corrigió valerosamente los abusos que se habian introducido en todos los estados, presumiendo de costumbre por una cobarde perniciosa tolerancia. Fue ardiente defensor de los privilegios y de las inmunidades de la Iglesia; y el clero anglicano encontró en el Monarca jóven un verdadero padre.

El respeto que profesaba á todas las personas consagradas á Dios, pasaba de respeto, y se acercaba á veneracion. Su caridad, su ternura con los pobres era extrema. Acostumbraba decir, *que la mayor gloria de un príncipe era hacer felices á todos sus vasallos.* Todos los dias daba de comer en su palacio á un gran número de pobres; y considerando en éllos al mismo Jesucristo, no solamente los servia por su real persona, sino que los respetaba.

Nunca habia encontrado gusto en las diversiones, y

así no le hallaba en otra cosa que en dedicarse á desempeñar las obligaciones de cristiano y de rey. Empleaba en la leccion de libros espirituales todo el tiempo que no estaba destinado á los negocios. No contento con observar escrupulosamente los ayunos de la Iglesia, mortificaba su delicado inocente cuerpo con penitencias tan crueles, que pudieran poner terror á los mas pecadores y mas robustos; siendo su devocion tan exemplar, que en todo su reyno nunca se le nombraba sino con el venerable distintivo de *nuestro santo Rey*.

Habia dos años y medio que ocupaba Eduardo el trono de Inglaterra; florecia en sus estados la paz y la abundancia; sus vasallos rendian mil bendiciones al cielo por haberles concedido un monarca tan prudente y tan santo; y logrando la dulzura de su gobierno, se prometian una larga série de prosperidades, cuando la ambicion de una muger logró infelizmente cortarlas en sus mismos principios.

Cada dia se le hacia mas insoportable á Alfrida, madrastra de Eduardo, que éste ocupase el trono real en que deseaba con impaciente ansiosa vehemencia ver colocado á su hijo Etelredo. Á vista de la general estimacion que hacian todos de su santo Rey, y del tierno amor que le profesaban, así los grandes del reyno, como todo el pueblo, conocia bien que nada tenia que esperar por el camino de la rebelion. Y resuelta en todo trance la ambiciosísima Princesa á desembarazarse del Rey, determinó hacerlo por el mas enorme de todos los delitos, aprovechando para eso la primera ocasion, que por desgracia se la presentó presto.

Salia un dia á caza Eduardo, y descubriendo desde lejos el castillo de Corfe en el condado de Dorset, donde á la sazon se hallaba la Reyna madre, se apartó disimuladamente de los que le acompañaban, y metiendo espuelas al caballo, corrió derecho á saludar á su madrastra, y dar un abrazo á su hermano Etelredo, á quien amaba tiernamente. Supo la alevosa Princesa que el Rey venia solo; salióle á recibir, y al mismo tiempo que le estaba hablando, uno de sus guardias ó de sus cortesanos, le envaynó un puñal en el pecho. Luego que se sintió herido el piadosísimo Monarca, picó al caballo; pero á po-

cos pasos cayó en tierra, y levantando al cielo los ojos, dulcemente espiró. Cuando Alfrida vió muerto al Rey, para ocultar, si pudiese, su delito, hizo meter el cadáver en una casa de campo que estaba allí cerca; mas apenas entró en élla el santo cuerpo, cuando recobró la vista repentinamente una muger ciega desde su nacimiento. No podia encubrirse un milagro tan público y tan patente; por lo que atemorizada Alfrida, inventando nuevos artificios, mandó conducir y arrojar el cadáver en una laguna pantanosa, sin que en un año entero se pudiese dar con él, hasta que se descubrió á favor de una milagrosa luz. Concurrió desde luego una prodigiosa multitud de pueblo á venerarle; y Alfer, príncipe de los marcianos, devotísimo del santo Rey, convidó á un gran número de obispos, abades y señores del reyno para asistir á la traslacion del santo cuerpo, rogando principalmente á santa Vilfrida, abadesa de Vincéster, en cuyo monasterio estaba religiosa santa Edita, hermana de nuestro Santo, que no dexase de asistir á la solemne funcion con todas sus hijas. Hízose la traslacion con extraordinaria pompa, habiéndose encontrado el cuerpo del santo Rey entero y fresco, y se colocó en el célebre monasterio de Scafteburi, fundado por el rey Elfedro, bisabuelo del Santo. Dos pobres hombres impedidos de todos sus miembros se hallaron perfecta y repentinamente sanos, habiendo tocado el féretro en que iba el santo cadáver, cuya noticia traxo á su sepulcro inmensa multitud del pueblo, no reconociéndosele desde entonces por otro nombre que por el de *el santo Mártir*. Su hermano y sucesor Etelredo estuvo inconsolable por su muerte, sin acertar á dexar de llorarla, sino para venerarla como á santo; y mandó edificar en honra suya una suntuosa iglesia y un monasterio de religiosas, que quiso se llamase el monasterio de Bredford. Todos los obispos del reyno le dieron el título de Mártir, por haber padecido muerte tan violenta, y por haberla honrado Dios desde luego con tantas maravillas. Elevaron de la tierra el santo cuerpo el año de 1001, para exponerle á la pública veneracion, fixando su fiesta el dia 18 de marzo, que fue el de su dichosa muerte. Se asegura tambien que Alfrida reconoció su pecado, llorándole amargamente todos los

dias de su vida, y no perdonando á limosnas, oraciones y penitencias para dar plena satisfaccion á la divina Justicia.

La misa de hoy es de la dominica precedente; y la oracion del Santo, que se halla en el breviario antiguo de la iglesia de Sarisbury, es la que sigue.

Deus, æterni triumphator imperii, familiam tuam propitius respice, martyrium regis Eduardi celebrantem, et præsta, ut sicut illum munere glorificare dignaris cœlesti, ita nos ejus obtentu æternæ felicitati facias dignanter abscribi: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, soberano y triunfante dueño del imperio eterno, dígnate mirar con benignos ojos á tu devoto pueblo que celebra el martirio del santo rey Eduardo; y así como te dignaste conceder á éste la bienaventuranza celestial, dígnate tambien de otorgar á aquél que algun dia goce de la felicidad eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Verbum crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem qui salvi fiunt, id est, nobis, Dei virtus est. Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo. Ubi sapiens? ubi scriba? ubi conquisitor hujus seculi? Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi? Nam quia in Dei sapientia non cognovit mundus per sapientiam Deum: placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes.

Hermanos: La palabra de la cruz es ciertamente necedad para aquellos que se pierden; pero para los que se salvan; esto es, para nosotros es la virtud de Dios. Porque escrito está: Perderé la sabiduría de los sábios, y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sábio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el investigador de este siglo? ¿por ventura no hizo Dios necia la sabiduría de este mundo? Pues por cuanto en la sabiduría de Dios no conoció el mundo á Dios por medio de la sabiduría, quiso Dios hacer salvos á los creyentes por medio de la necedad de la predicacion.

NOTA.

"Hallándose turbada, y como dividida la iglesia de »Corinto por cierto espíritu cismático, que se habia in»troducido en élla, en fuerza del cual únos se apellidaban »discípulos de Pablo, ótros de Apolo, ótros de Cefas; »porque Apolo habia sido su obispo, y habia trabajado »mucho en élla; llegando esta funesta division á noticia »de san Pablo, que estaba todavía en Éfeso, la escribió »esta admirable carta el año 56 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Verbum crucis pereuntibus stultitia est. ¿Es el dia de hoy bien recibido en el mundo todo lo que se dice de la cruz? ¿se cree por ventura que los frutos de la cruz son preciosos, y que su amargura es saludable? ¿se cree que la verdadera felicidad es fruto de la cruz; que la verdadera gloria se halla en la cruz; y todo lo que se llama cruz, como es pérdida de bienes, falta de salud, desgracia, humillaciones, persecuciones, adversidades, todo es ventajoso; y todo, segun la prudencia del cielo, debe preferirse á la mas favorable, á la mas risueña fortuna? Pero así piensan, así discurren todos los que están en el camino de la salvacion; todos los escogidos de Dios, y aun el mismo Dios lo juzga así: *Iis autem qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est.* ¿Y son sábios, son prudentes los que discurren de otra manera? ¿y no se hallan muchos que filosofan de otro modo? Esos entendimientos delicados, finos, políticos, insinuantes, que á todo se acomodan; esos ingenios agudos, claros, despejados, cultos, que brillan en el mundo; esos genios, esas capacidades de superior órden que en todo son sobresalientes; esos prudentes del siglo, llamados así por mal nombre; ¿discurren acerca del mérito de la cruz, como discurrieron los santos, y como juzga de él el mismo Jesucristo? ¡Qué locura mas insigne! ¡qué extravagancia mas digna de compasion, que osar preferir á la sabiduría del mismo Dios las débiles, las medio apagadas luces de nuestro corto entendimiento!

Ubi sapiens? ¿Dónde está el hombre prudente? ¿dónde le hallarémos? ¿encontrarémosle acaso en esos saraos,

en esas funciones del mundo, de donde ordinariamente está desterrada la religion, donde todo se arregla á gusto de las pasiones, donde las ilusiones del entendimiento y del corazon son el alma de las conversaciones chistosas, y son la guia de la razon, ó ciega ó descaminada? ¿encontrarémosle en las mesas de juego, en las partidas de diversion, en las compañías de comercio, donde la avaricia, la ambicion y el interes son toda la prudencia que se gasta, siendo tambien el primer móvil y la única regla de todo cuanto en élla se dice, y de todo cuanto se hace?

¿Pero quién es ese hombre prudente? ¿será aquel jóven disoluto, aquel ótro atolondrado que divierten los corrillos á costa de la religion y del juicio, no teniendo entendimiento para avergonzarse éllos mismos de sus insulsas, de sus necias bufonadas? ¿será aquel ótro preciado de poco crédulo, cuyas costumbres, cuya irreligion son pruebas visibles de la imbecilidad de su juicio y de la pobreza de sus alcances? ¿será aquella dama, aquella muger del gran mundo, cuya conducta causa compasion? ¿será en fin aquella persona que no aprecia, que no toma gusto á otras máxîmas que á las máxîmas del mundo? ¿pero el mismo Dios no ha tratado, y no está tratando de necedad y de locura á sus máxîmas y á su prudencia? *Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi*? ¿Debemos nosotros pensar, ni discurrir de otra manera que como juzga aquel Señor, que quiso salvar á los que creen por medio de aquella predicacion, que el mundo califica de locura? *Placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes*. Busquen en buena hora otro camino para la salvacion esos discretones del mundo que miran con tanto horror á esta santa estulticia; trácense éllos mismos, si pueden, otro sendero; ¿pero inventarán, encontrarán otro distinto que no sea un precipicio, ó un camino real de su eterna perdicion?

El evangelio es del cap. 3. de san Mateo.

In diebus illis venit Joannes Baptista prædicans in deserto Judeæ, et dicens: Pœnitentiam agite, appropinquavit enim reg-

En aquellos dias vino Juan Bautista á predicar en el desierto de Judea, diciendo: Haced penitencia, porque se acercó el reyno de

num cœlorum. Hic est enim, qui dictus est per Isaiam prophetam, dicentem: Vox clamantis in deserto: parate viam Domini: rectas facite semitas ejus. Ipse autem Joannes habebat vestimentum de pilis camelorum, et zonam pelliceam circà lumbos suos; esca autem ejus erat locustæ et mel silvestre.

los cielos. Porque éste es de quien habló Isaías profeta, que decia: La voz de aquel que clama en el desierto: preparad el camino del Señor: enderezad sus senderos. El mismo Juan tenia el vestido de pelos de camello, y un ceñidor de cuero al rededor de su cintura; y su comida era langostas y miel silvestre.

MEDITACION.

De la penitencia corporal.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la penitencia corporal, las mortificaciones del cuerpo no son una virtud precisamente de los desiertos, ni privativamente de los claustros; son frutos de penitencia que brotan en todos los terrenos, y se dan en todas las estaciones. Todos traemos con nosotros mismos aquel cuerpo del pecado que es menester destruir, crucificándole con Cristo. Nuestros sentidos todos están de inteligencia con el enemigo de nuestra salvacion; ni uno hay, digámoslo así, que no nos sirva de ocasion de pecado, que no nos esté armando lazos: *Introdúxose la muerte en nuestras casas*, dice el Profeta, *porque entró por las ventanas.* Desengañémonos, que no es posible conservar la inocencia sin la mortificacion de los sentidos. Es menester macerar la carne con ayunos y con penitencias; es menester que la circunspeccion y la modestia refrenen la licencia de los ojos, por los cuales se cuela hasta el alma el mas sutil veneno. En tocando el contagio á los sentidos, presto inficiona al corazon.

Nuestras pasiones son muy dignas de temerse; pero toda la fuerza que tienen, la deben á nuestra inmortificacion. Aliméntalas nuestra sensualidad, y nos hacen guerra con las mismas armas que las damos. Detestemos en buena hora sus perniciosos designios; hagamos mil propósitos y resoluciones; nada alcanza; el medio eficaz para

debilitar este enemigo interior es domar la carne, mortificar los sentidos, hacer vida penitente. Si se derriba este cercado, ¿qué maravilla es que la viña esté expuesta á que la vendimien, la pisen ó talen? *El que sustenta delicadamente á su esclavo*, dice el Sábio, *algun dia le verá levantarse contra su amo.* Siempre se comunican al alma las disposiciones del cuerpo; búscase en todo la comodidad; tiénese una vida sensual y regalada; pásanse los mejores dias en ociosidad y entre delicias; nada se niega al antojo de los sentidos; se inventan refinamientos aun sobre la misma delicadeza; y despues de todo esto se querrá que la concupiscencia no hable palabra; que las pasiones estén sujetas á la razon; que no se sienta ni aun el calor al mismo tiempo que voluntariamente se irrita el fuego por todas partes; esto es, que se pueda pasar ileso entre las llamas del horno de Babilonia. Contar con semejantes milagros, no es querer atolondrarse para perderse con menos remordimiento. ¡Y despues de eso, Señor, me quejaré, me admiraré de mis flaquezas y de mis recaidas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si entre todos los santos que son objeto de nuestra veneracion, proponiéndolos la Iglesia por exemplar á nuestra imitacion, se halla siquiera úno que no hubiese mortificado sus sentidos, domado su carne, y hecho vida penitente. Los que nunca perdieron la inocencia, y los que fueron pecadores; los que vivian en medio del mundo, y los que estaban como sepultados en los desiertos; el humilde pastorcillo y el pobre oficial, igualmente que los que mandaban y edificaban al mundo desde el trono; todos crucificaron su cuerpo, todos hicieron penitencia. El nombre solo de mortificacion nos extremece: asústanos el ayuno y la abstinencia de Cuaresma; ¡y no obstante eso pretendemos salvarnos! ¡todos esperamos ser santos! ¡puede haber confianza mas presuntuosa!

San Eduardo fue jóven, fue rey; su vida fue siempre pura, siempre inocente; con todo eso este jóven, este inocente Rey mortifica su carne, hace vida rigurosa y penitente. Pero hoy son pocos los mundanos que no miren con horror todo lo que suena á penitencia. La edad, la digni-

dad, el estado, la conservacion de la salud, los empleos, los negocios, la delicadeza de complexîon, todo clama, todo grita que es menester dispensarse en hacer penitencia. Pues en verdad que la religion no se ha envejecido; ni el evangelio de Jesucristo se ha mudado, ni los sentidos nos hacen menos guerra, ni el tentador se ha retirado, ni las pasiones están menos vivas. ¿Será quizá que nosotros serémos mas privilegiados? ¿ó acaso se habrá ensanchado un poco mas el camino del cielo? Digámoslo mejor; ¿á vista de esto serán muchos los que se salven?

¡Cosa extraña! Va una tierna doncellita á sepultarse en vida entre las paredes de un claustro, llevando consigo su primera inocencia; consúmese á penitencias y á mortificaciones para merecer el cielo; mientras otra hermana suya entregada totalmente á los pasatiempos del mundo, pasa la vida en diversiones, en cortejos, en saraos, en fiestas, en profanidades, en regalos, y ni siquiera puede oir hablar de ayuno, de mortificacion de sentidos, de Cuaresma. Ello es cierto que una de las dos se engaña miserablemente; pues consultemos al evangelio, y sabrémos cuál de las dos va perdida.

De suerte, que aun estando dentro del puerto abrigadas de las tempestades, distante de los escollos, con las pasiones casi apagadas las almas religiosas y puras no esperan asegurar su salvacion sin el socorro de la penitencia; y aquellas otras almas atestadas de pecados, esclavas de sus pasiones, sitiadas de peligros, creen que pueden muy bien pasar sin esta sal, que preserva de la corrupcion, sin este antídoto contra el veneno, sin estas armas contra el enemigo de la salvacion, sin estos frutos dignos de penitencia. ¡Qué ilusion, qué extravagancia!

Conozco, Señor, la necesidad que tengo de estos poderosos medios; y cubriéndome de confusion mi pasada delicadeza, me hace sentir con mayor claridad cuán indispensable me es hacer penitencia. Desde este mismo punto declaro la guerra á mi amor propio, como tambien á mis sentidos; y lleno de confianza en vuestra misericordia, espero que ha de ser fruto de mis presentes propósitos una completa victoria.

JACULATORIAS.

Christo confixus sum cruci. Galat. 2.

Sí, dulce Jesus mio, sí; crucificado estoy con vos en la cruz, y jamás me apartaré de vuestro lado.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Galat. 5.

Ninguno es verdadero discípulo de Cristo, que no crucifique su carne con sus vicios y pasiones.

PROPOSITOS.

De todo lo que has leido, y de las reflexîones que acabas de hacer, has de concluir, que la mortificacion del cuerpo te es absolutamente necesaria; y comprende bien en qué error, en qué peligro están los que solo piensan en regalarse, los que inventan cada dia nuevos primores á la delicadeza, los que se estremecen, se llenan de miedo solo con oir nombrar abstinencia, ayuno, mortificacion de sentidos, penitencia. Nunca olvides aquellas admirables palabras del Apóstol, que acabas de leer: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt*: Todos cuantos hasta aquí se han declarado por Cristo, todos crucificaron su carne. Pues los que la tratan con tanta blandura, con tanto regalo; los que no la crucifican, ¿por quién se declaran? ¿de quién serán discípulos? No hay que engañarse voluntariamente; puesto que las damas delicadas, puesto que los señores, que los grandes, que los cortesanos, que los constituidos en dignidad, profesan la misma religion que profesaron los santos, es menester que tengan una vida crucificada como éllos la tuvieron. Exâmina qué penitencias, qué mortificaciones haces; y arregla desde luego con aprobacion de tu director las que has de hacer en adelante, resolviendo que no se pase dia sin hacer alguna.

2 Sobre todo han de tener el primer lugar los ayunos de la Iglesia y las abstinencias de precepto. ¿No es grande irreligion dispensarse de éllas á título de poca edad, de complexîon delicada, de salud débil, de condicion noble; cuando no obstante esa débil salud, esa delicada comple-

xíon, tienes fuerza para estarte las tres y las seis horas en el juego, con una postura de cuerpo, y con una aplicacion de ánimo, capaces de rendir á la mayor robustez? ¡Oh, que el ayuno incomoda, y la Cuaresma enflaquece! Razon no solo miserable, sino ridícula en quien se llama cristiano. ¿Pues qué, la penitencia es parte de la sensualidad? ¿y el que hace penitencia pretende lisonjear el gusto, ó fomentar la inclinacion al regalo? Jamás te dispenses, sin notoria y grande necesidad, de las abstinencias y ayunos de precepto; y aun entonces procura recompensar con limosnas, y con otras buenas obras penales el ayuno y abstinencia en que te dispensan. No te contentes con las penitencias de obligacion; ponte de acuerdo con tu confesor acerca de las que has de hacer voluntariamente, y de supererogacion todos los años, todos los meses y todas las semanas. Si lo consultas con el amor propio, no hallarás mortificacion que te convenga, porque todas te las representará contrarias á tu salud. ¡Reprímese, mortificase uno tanto por el mundo y por su propio gusto, y nada se ha de hacer, nada se ha de padecer por su eterna salvacion!

☞ DIA DIEZ Y OCHO.

San Braulio, obispo y confesor.

Entre los prelados sobresalientes en virtud y letras que ha tenido la Iglesia de España, uno ha sido el glorioso san Braulio, obispo de Zaragoza, y honor inmortal de aquella respetable silla. Hay quien le hace hermano de san Hermenegildo y de Recaredo: hay quien le da la misma ascendencia que á los santos Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina; pero la verdad es, que se ignora quiénes fuesen sus padres, y solo sabemos por san Ildefonso, que fue hermano de su predecesor Juan, que tanto brilló en el mismo obispado. Desde sus tiernos años dió muestras de la capacidad que tenia su corazon para dar asiento á las virtudes, y del talento particular que prometia

feliz acogimiento á las ciencias. Uno y otro cultivó nuestro Jóven, baxo la direccion de excelentes maestros, cuales fueron su mismo hermano y el glorioso san Isidoro, á quien oyó en compañía de san Ildefonso.

En tal escuela se dexa conocer los admirables progresos que hacia un jóven que en nada se disipaba, y que se aprovechaba con un ardor insaciable de las lecciones de piedad y de los exemplos con que las veia practicadas. Las sagradas letras, los cánones eclesiásticos, la disciplina, y los santos padres eran las fuentes cristalinas donde bebia aquella doctrina pura y sublime que se echa de ver en todas sus cartas, y con que ilustró despues á los monarcas y á los concilios. Pero no quiso que esta ciencia fuese seca y desaliñada, sino que tuviese todos los adornos y atractivos que encantan á los menos cautos, y que logran á veces efectos maravillosos, que no consigue acaso el zelo, si carece de elocuencia. Por tanto, estudió los autores profanos, tuvo conocimiento de las lenguas mas necesarias, y no despreció el furor y entusiasmo de los poetas; antes bien de todo hizo un caudal que empleó despues con ganancias á beneficios de la Iglesia y de su esposo Jesucristo. Los himnos que compuso en alabanza de los que vencieron al mundo, y aquella carta dirigida al papa, que tanto dió que admirar en Roma, son claros testimonios del alto grado en que poseyó este siervo de Dios las letras humanas y las sagradas ciencias.

Como á estos ornamentos añadia los de una virtud sólida, se hizo tan dulce y apetecible en el trato, y tan amable para todos, que se tenia por feliz el que disfrutaba su conversacion; ó aquel que lograba su correspondencia por cartas. Su mismo maestro, el gran san Isidoro, le amaba con tal extremo, que para mitigar su ardor le escribia cartas amorosísimas y regaladas, y le enviaba donecillos. Aun siendo el Santo arcediano, le escribió una, en que le dice estas palabras: "Hijo mio carísimo, cuan»do recibas esta carta de tu amigo, no te detengas en abra»zarla como si fuese él mismo en persona. Los que están »ausentes no tienen otro consuelo que abrazar las cartas »de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: lo »primero en señal de la union de nuestros corazones, y lo »segundo para que cubra y resguarde nuestra amistad,

»que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de »que usan los latinos. Ruega á Dios por mí; y el Señor »quiera moverte el corazon, de manera que merezca yo »volver á verte otra vez, para que sea mi alegría viéndo»te tanta, como es el pesar que tengo desde que estás au»sente." Así significaba san Isidoro el encendido amor que tenia á san Braulio, lo que prueba con claridad el grado de amabilidad á que este bendito Santo habia llegado por su ciencia é integridad de vida.

Conociéronlo bien sus superiores, y advirtiendo el tesoro que en él tenia la Iglesia, determinaron honrarle con sus dignidades, bien satisfechos de que Braulio no las convertiria en motivo de vanidad y de soberbia, sino en la edificacion y provecho de las almas. En efecto, su hermano quiso depositar sobre los hombros de Braulio una gran parte de la pesada carga que tenia siendo obispo; y así llamándole á Zaragoza, le hizo arcediano de aquella iglesia, que es decir, le dió el oficio y cargo de mas cuidado y responsabilidad que tenia toda la diócesis. En este tiempo, deseando continuar su propia instruccion, y juntamente proporcionar á los fieles los escritos mas instructivos y piadosos, solicitó de su maestro san Isidoro que escribiese los libros de las etimologías, obra, que como afirma el mismo san Braulio, basta por sí sola para formar el estudio de un hombre, y hacerle instruido tanto en las letras humanas, como en las divinas. Condescendió el santo Obispo á las súplicas de su discípulo, y así debe reconocerse deudora nuestra Iglesia, y el mundo todo de una obra tan preciosa, á las reiteradas instancias de Braulio, que no pudo resistir su Maestro por el sumo amor que le tenia.

Tambien le dirigió, siendo arcediano, aquel antídoto admirable contra los trabajos y tribulaciones que se padecen en esta vida; esto es, la obra de los sinónimos, en que el santo Arzobispo de Sevilla introduce á la razon, dando los consejos que pueden tranquilizar sólidamente á un corazon agitado, y enseñando los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas piadosas. De todo lo cual sacó nuestro Santo tan colmados frutos, que habiendo el Señor llamado á mejor vida á su hermano Juan, no se encontró sugeto mas digno de su-

cederle en la silla de Zaragoza. Esta eleccion se refiere comunmente acompañada del prodigio de haber baxado del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de san Braulio, á tiempo que en un concilio de Toledo se consultaba de dar sucesor á su hermano; oyéndose una voz que decia: *Este es mi siervo escogido sobre el cual puse mi espíritu.* Pero así este como otros sucesos maravillosos que refieren algunos modernos, carecen del apoyo de la antigüedad, por cuya causa se omiten, en la firme persuasion de que los hechos no se adivinan, ni se pueden saber sino por el testimonio de documentos fidedignos.

Sentado nuestro Santo en la silla de Zaragoza comenzó á difundir tanta luz de sabiduría y celestiales virtudes, que era la admiracion de los mas provectos al tiempo que sus exemplos se permitian imitar de los mas flacos. Fiel executor de las reglas que prescribe san Pablo á sus discípulos Tito y Timoteo, era sobrio, casto, humilde, prudente y caritativo, haciéndose todo para todos. Ofreciósele buena ocasion para manifestar todas estas virtudes luego que le consagraron obispo, porque inmediatamente se vió su diócesis afligida de la guerra, de la hambre, de la esterilidad, y de su compañera inseparable la peste. Sufria todos estos males con indecible paciencia, adorando la mano invisible que con éllos castigaba los excesos de los mortales. Pero al mismo tiempo cuidaba como solícito pastor de acudir á todas partes con remedio y consuelo, para que entre tantos males ni se descarriasen ni se perdiesen sus ovejas. Alentaba á los flacos, consolaba á los afligidos, ayudaba á los menesterosos, alimentaba á los hambrientos, y cual amoroso padre se hallaba á la cabecera de los enfermos y moribundos, dándoles fortaleza con sus exhortaciones, y confortando sus almas con dulces y piadosas palabras. Faltábase á sí mismo por asistir á sus súbditos, siendo tanto el zelo y la caridad con que los asistia, que no le quedaba tiempo para escribir siquiera una carta á su amigo y maestro san Isidoro.

Pero en medio de tantas borrascas y trabajos jamás desatendió el principal cuidado que era el de su propia santificacion, por los varios y dificiles medios que le ofrecian las circunstancias. Cuidó ante todas cosas exercitarse en la humildad como basa y fundamento de todo el espi-

ritual edificio. Pocos obispos ha tenido España que hayan logrado un concepto tan ventajoso, una admiracion tan universal, y unas alabanzas tan extraordinarias; y menos todavía los que con tanta justicia hayan merecido tales alabanzas, admiraciones y concepto. Sin embargo, nada habia en la reputacion de Braulio mas despreciable que él mismo. *Siervo inútil de los santos de Dios* era el nombre ordinario que usaba al firmar las cartas: y estaba tan persuadido á ello, que á un obispo que le escribió ensalzando sus prendas y merecimientos, parece que quiso persuadirle á lo contrario, segun la eficacia con que le habla de su poquedad é insuficiencia. Si alguna vez erró, confesó llana y sencillamente su yerro, implorando el perdon y condescendencia, como se ve en una de sus cartas escrita al obispo Wiligildo, en que confiesa haber hecho mal en ordenar de diácono á un monge súbdito de este Prelado, y le ruega con las expresiones mas humildes que le perdone este exceso.

Á la verdad, pedia con justicia, porque una de las principales virtudes en que este Santo resplandeció, fue en el perdon de las injurias, y en la mansedumbre y sufrimiento de las persecuciones y trabajos. Todo su obispado fue una série contínua de amarguras. La reforma de los abusos introducidos, el órden y severidad con que mantenia la disciplina eclesiástica, y el teson con que se oponia como muro fuerte contra los desórdenes y relaxaciones que traen consigo unos tiempos turbados con guerras y con heregías, le ocasionaron disgustos tan pesados, que nunca escribe á san Isidoro, ni al rey Chindasvinto y Recesvinto, sin ponderar las angustias y amarguras en que estaba sumergida su alma. No obstante esto, nunca se queja de sugeto determinado; antes bien, siendo notorias las injurias que le escribió un cierto Tajon, presbítero, le responde con tal mansedumbre, con palabras tan llenas de caridad y dulzura, que manifiesta bien ser fiel discípulo de aquel que dió su sangre por los mismos que le crucificaron.

Exercitado de este modo en sufrir las contradicciones del mundo, buscando su consuelo en Dios y su tranquilidad en la oracion, en la meditacion de las santas Escrituras y en el cuidado de su rebaño, salió excelente maestro para dar consolacion y enxugar las lágrimas de los que las

vertian por las ocasiones mas funestas. Consoló á su hermana Basila en la muerte de su marido: á Pomponia en las muertes de Basila y del bienaventurado Nunnito, obispo de Gerona: á Hoyon y Eutrocia en la de Hugnan, grande amigo del Santo: y últimamente, á Ataulfo, Gundesvindo y Wistremiro, que estaban inconsolables por la muerte de estas prendas muy amadas. Y esto lo hacia con tanta ternura y piedad, que la carta que escribió á Wistremiro comienza con estas notables palabras: "Sin embargo de que no es consolador oportuno aquel que por »sus propias penas está sumergido en llanto; con todo eso, »quisiera yo solo padecer tu dolor y el mio, á trueque de »poder oir la gustosa nueva de que vivias consolado." Que es lo mismo que desear cargar con los trabajos y adversidades de sus próximos, por tener la dulce satisfaccion de que la caridad para con éllos habia llegado al mas sublime grado.

Dós cosas le llenaban el corazon de esta tranquilidad admirable y de una superioridad decidida sobre sus angustias y las agenas. Una era el exercicio de la oracion, en que recibia del cielo no solamente consolaciones espirituales superiores á todo el rigor y amargura con que atormentan los trabajos del mundo; sino las luces suficientes para dar salida á los negocios mas árduos, y consejos sólidos y acertados á los que se hallaban en ocasion de necesitarlos. Otra era la santa compañía de un varon tan sábio y tan piadoso como lo era su discípulo el arcediano Eugenio, quien fastidiado de los engaños de la córte se habia retirado á hacer vida monacal en Zaragoza, dexándole á Toledo la inquietud de sus cortesanos, sus engaños y sus perfidias. Así lo confesó el mismo Santo en la carta primera que escribió al rey Chindasvinto, con ocasion de llamar este Soberano al referido Eugenio para que presidiese en la silla de Toledo. Este golpe le llenó el corazon de tanta amargura, que no dexó diligencia por hacer para que el Soberano se apiadase de la tristeza en que le sumergiria esta separacion. Ponderó su incapacidad en el ministerio de la palabra, sus quebrantadas fuerzas, las muchas turbaciones que padecia su diócesis, la necesidad que tenia de su Arcediano para conservar la grey del Señor segura de los acometimientos con que pretendian ensangren-

tarse en élla voraces y carniceros lobos, y últimamente le representó que estaba casi ciego, y que quitándole á Eugenio le robaban la mitad de su alma.

El piadoso Rey respondió cortesmente á su carta, ponderando su erudicion, su sabiduría, su elocuencia, y concluyendo con que Zaragoza estaba bien provista de pastor con su persona, y que la iglesia de Toledo tenia justicia para pretender otro tanto en la de Eugenio. Que reconociese aquella eleccion como dirigida por el Espíritu santo, y esperase que el justo Juez premiaria en el Maestro la doctrina y santas virtudes con que habia sabido enriquecer á su discípulo, haciéndole digno de gobernar la primera silla de España. No pudo Braulio resistirse á razones tan poderosas, que iban ademas revestidas de toda la autoridad y poder que las daba el haber sido dictadas desde el trono; y así envió á Eugenio con tanto dolor de su alma, que se atrevió á pronosticar que sería otra vez restituido á la iglesia de Zaragoza. Pero la divina Providencia tenia dispuesto que Eugenio presidiese en la silla de Toledo, como se verificó siendo consagrado metropolitano en el año de 646, y quedando Braulio cubierto de amargura, aunque en todo resignado y conforme con las disposiciones divinas.

A proporcion de sus virtudes brillaba su sabiduría. La primera ocasion en que se dexó ver con admiracion de toda España fue en el concilio IV. de Toledo. Ya la fama habia publicado que era digno discípulo de san Isidoro; pero en este concilio se le ofrecieron ocasiones de testificar que las voces con que se habia extendido y celebrado su doctrina eran todavía muy inferiores á la verdad. En cuantos puntos se trataron habló como un oráculo, pues consta que muy de antemano se preparó con un estudio activo y prolixo de cuanto en el concilio se habia de resolver; y á este fin suplicó á su Maestro que intercediese con el Rey para que le remitiese el códice de las actas del concilio que tuvo en Sevilla san Isidoro. Es de creer tambien, que hallándose este Santo sumamente debil, fatigado y enfermo, cargaria todo el peso del concilio sobre san Braulio, y de consiguiente que tendria éste mucha parte en la disposicion de las actas y en la formacion de los cánones, ya porque su ciencia lo hacian mirar con

respeto, y ya por aliviar de este modo á su amado Maestro, que no tenia ya fuerzas para semejante trabajo.

Estando en este concilio, le encargó san Isidoro que corrigiese y perfeccionase la obra de las Etimologías que poco antes le habia dirigido, bien satisfecho del Santo; ya por su sabiduría, y ya porque á instancias suyas habia compuesto la obra. En efecto, san Braulio condescendió con las insinuaciones de su Maestro, dividiendo el códice en veinte libros, y purgándole de muchos defectos con que le habian corrompido los copiantes. El trabajo que empleó en esta correccion fue sin duda muy considerable, porque ademas de ser la obra de mucha erudicion y doctrina, tuvo san Braulio por entonces el ánimo ocupado de amarguísimos sentimientos. Causáronlos las muertes de algunas personas amadas del Santo que ilustraban la Iglesia con sus virtudes, y eran un vivo exemplar de perfeccion para los fieles. Tales fueron entre otros el marido de Basila, hermana suya, la misma Basila, Numito, obispo de Gerona; y lo que es mas que todo, el mismo san Isidoro, á quien amaba como á amigo, respetaba como maestro, y veneraba como á santo.

Desde este tiempo comenzó Braulio á ser el único apoyo y oráculo de los concilios, y el astro brillante con que se iluminaban todos los obispos de España para dar acertadas resoluciones en los casos árduos que se les ofrecian. Poco despues de la muerte de san Isidoro se juntó en Toledo el concilio V. en el año de 636, en el cual se presentó nuestro Santo como un sol que despedia resplandores para la ilustracion de todas las iglesias de España. Todos los padres reconocian la superioridad de sus luces, y así ponian en sus manos las determinaciones seguros del acierto. A él se le deben los sabios cánones y decretos con que se afirma el dogma y se corrobora la disciplina, por lo cual san Ildefonso le elogió llamándole *esclarecido é ilustre en la formacion de los cánones*, como atribuyéndole los que en este concilio y el siguiente se establecieron. Este fue el sexto Toledano famoso, porque en sus cánones se hace una sólida refutacion de cuantas heregías se habian condenado hasta aquel tiempo, y porque ademas se vindicó el honor de los obispos de España, falsamente calumniados en Roma de poco vigilantes en su ministerio.

Esta vindicacion la hizo san Braulio comisionado por todo el concilio, como sugeto en quien con la doctrina se juntaba la amenidad de las bellas letras, y el arte de hacer prevalecer la verdad, presentándola con todos los atractivos de la elocuencia. Al juntarse en el concilio recibieron los padres una carta del papa Honorio, remitida por el diácono Turnino, en que los argüia ásperamente de no cumplir exâctamente con su ministerio, resistiendo con esfuerzo y valor á los enemigos de la fe. Por tanto, temia no se cumpliese en éllos aquella sentencia que de fieles custodias de la grey de Jesucristo, los condenaba por unos perros mudos, que no tenian ánimo para ladrar siquiera contra los lobos carniceros. Sintieron los padres una reprension tan severa del Pastor de la Iglesia universal; y fue tanto mayor su sentimiento, cuanto estaban mas seguros en su conciencia de haber cumplido exâctamente con su cargo, condenando los errores, oponiéndose vigorosamente á las novedades, y llenando completamente las obligaciones de obispos vigilantes y zelosos. Su mucha virtud no pudo hacerse desentendida de los perjuicios que trae consigo una calumnia cuando llega á encontrar abrigo en el pecho de un superior. Determinaron, pues, prevenir las funestas consecuencias, desengañando al santo Padre de las falsedades que le habian sugerido; y para este efecto le remitieron copia de las actas de los concilios anteriores, juntamente con una carta escrita por san Braulio, de la cual dice el arzobispo don Rodrigo, que causó grande admiracion en Roma por la hermosura de su estilo y la gravedad de sus sentencias. En élla le hace ver al Pontífice el celo y esmero con que tanto el rey Chintila como los obispos de la Península cuidaban de mantener en toda su pureza la doctrina de Jesucristo. Se hace cargo de que es propio de su oficio pastoral dirigir semejantes avisos á todas las iglesias; pero al mismo tiempo que lo es tambien no dar facil entrada, ni creer con precipitacion las delaciones que se hacen contra un cuerpo de obispos tan respetable. Le propone el exemplo de esta cautela en éllos mismos, quienes, aunque habian oido decir que el romano Pontífice permitia volver á sus ritos supersticiosos á los judíos que habian recibido el bautismo, de ninguna manera habian

dado asenso á semejante nueva, suponiéndola muy agena de la firmeza y santidad de aquella piedra sobre que Cristo habia fundado su Iglesia. Y últimamente le ruega que ayude con sus oraciones, para que el Señor proteja la salud y buenos propósitos, tanto del Rey piadoso, como de unos obispos que de acuerdo con él velaban sobre el depósito de la fe.

No brillaba menos su portentosa sabiduría fuera de los concilios, y así recurrian á Braulio los obispos, los reyes, presbíteros y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia en donde hallaban la solucion de sus dudas, y consejos acertados en los negocios mas árduos y dificiles. Luego que Eugenio fue promovido al arzobispado de Toledo se halló embarazado con algunos casos de tan dificil solucion, que no se atrevió á resolverlos por sí mismo, sino que pidió á nuestro Santo le aconsejase lo que debia hacer, contemplando que de su doctrina no se podia esperar otra cosa que el acierto. Habia encontrado un presbítero fingido que exercia las funciones del sacerdocio sin haber recibido realmente este órden sagrado. Halló algunos diáconos que acostumbraban administrar el sacramento de la confirmacion; y últimamente halló presbíteros, que no contentos con confirmar, se atrevian á consagrar el óleo y bálsamo para la confirmacion. Sin embargo de los muchos cuidados, tristezas y amarguras que por entonces le oprimian, responde á todo con gran copia de doctrina, rogando al mismo tiempo á Eugenio humildemente, que si hallaba algun defecto en sus respuestas, le corrigiese y le avisase para corregirle él mismo.

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reyno, haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la corona, fue tambien fruto de la sabiduría y alta consideracion que Braulio tenia en todas las gerarquías de la nacion, y en la estimacion del mismo Rey. Se habian experimentado varias turbaciones y excesos en las elecciones de monarca. Con prevision de la muerte de Chindasvinto se iban ya fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas, que aspiraban al trono por medio de la tiranía. Los españoles fieles y sensatos previeron que costarian mucha guerra y sangre semejan-

tes turbulentas intenciones, y así procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto, no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino que le asociase en el reyno, dándole el título y potestad de rey antes de su muerte. Pero un negocio tan árduo necesitaba para tratarse y conseguirse de una mano maestra, que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razon. Pusiéronlo todo en las de Braulio, de cuya sabiduría, autoridad y santidad no dudaron que haria el Rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el santo Obispo á Chindasvinto una carta en que despues de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarian expuestos si no se prevenian oportunamente los artificios de la ambicion, llega á proponerle temeroso y esperanzado el medio que los españoles deseaban. El efecto de esta carta fue nombrar á Recesvinto sucesor del reyno, y rey juntamente con Chindasvinto mientras á éste le durase la vida.

Despues que Recesvinto subió al trono, encargó á san Braulio la correccion de un códice que estaba tan falto y mendoso, que aseguró el Santo que le hubiera sido de menos trabajo el escribirle de nuevo. Por tanto, despues de haber hecho algunas correcciones, se le volvió al Rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, la falta de vista, y las amarguras que le hacian padecer los espíritus díscolos é inquietos, le hacian tardar demasiado, y casi desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso Monarca, conociendo cuánto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolóle en sus trabajos; alentóle con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas; y últimamente, que solamente de su elocuencia y sabiduría esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el Santo á las honoríficas y piadosas insinuaciones del Monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes expresiones de que "si algun yerro se encontraba en élla, »debia atribuirse á la cortedad de sus luces; y por el con»trario, todos los aciertos debian atribuirse á la gracia »particular de aquel Señor que habia sabido desatar la

»lengua del animal mas rudo para que hablase cuando »convenia."

Unos trabajos tan pesados y tan continuos; las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; el zelo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaban á mirar con gusto las amarguras con que la papasaba, como afirma en la primera carta que escribió á Chindasvinto. Sucedió su muerte por los años del Señor de 651; siendo llorada de todos los buenos que conocian que en san Braulio habia perdido la Iglesia de España un ministro fiel, un obispo zeloso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fue sepultado en la iglesia de santa María la mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde por la miseria de los tiempos siguientes llegó á estar sin veneracion y desconocido por mas de seiscientos años. Pero Dios, que quiere sean veneradas las reliquias ó sagrados despojos de sus siervos, reveló al obispo don Pedro Garces de Januas el sitio donde reposaban las del Santo, desde donde con grande veneracion fueron trasladadas al altar mayor de la iglesia del Pilar, en donde los fieles las veneran. Escribió la vida de san Millan; un índice de las obras de su maestro san Isidoro; la vida de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta; y muchas epístolas llenas de uncion y sabiduría, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció san Braulio por el amor de Jesucristo y de su esposa la Iglesia.

La misa es en honor de este Santo: la oracion la que sigue.

Deus, qui per os Braulii confessoris tui atque pontificis, verbi tui arcana reserasti, et hæreticorum spurcitiam illius prædicatione confudisti: fac nos, quæsumus, famulos tuos, illius et eruditione proficere, et oratione defendi: Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos manifestásteis los misterios de vuestra palabra por boca de san Braulio tu confesor y pontífice, y que confundiste la pestilente doctrina de los hereges con su admirable sabiduría; suplicámoste, Señor, que hagas que nosotros tus siervos nos aprovechemos de su enseñanza, y seamos defendidos con sus oraciones: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fólio* 24.

REFLEXIONES.

Todo cuanto hay en el mundo es en presencia de Dios, como si no fuese: *los montes*, dice el santo David, *se derritieron como cera delante del Señor, y no solo los montes, sino toda la tierra.* Con todo eso la santa madre Iglesia, tomando las palabras con que el Espíritu santo hizo el elogio de Noe, Abraham, Isaac, Moyses y Aaron, no duda aplicarlas á aquellos justos que acertaron á imitar tan excelentes exemplares, llamándolos *grandes sacerdotes.* A la verdad, que un epíteto de tanta recomendacion con dificultad podrá encontrar mérito mas proporcionado que el de san Braulio, tan digno obispo, como hemos visto en su preciosa vida. Fue grande en todo; pero singularmente en las obligaciones privativas de sacerdote, en que manifestó virtudes dignas de imitarse respectivamente en todos los estados. Los sacerdotes son los maestros del pueblo: no solamente enseñan sus palabras, sino mucho mas sus acciones y sus costumbres.

Pocos hay que no esten persuadidos á que los sacerdotes son los depositarios de la doctrina del evangelio, así como lo son de la sangre de Jesucristo. Oyen de su boca los consejos acertados, las verdades de la ley, la reprension de sus deslices, y las amenazas terribles que intiman de parte de Dios. Igual diferencia que conceden á

sus palabras tributan á sus obras; porque no es facil persuadirse á que ningun prudente obre contra lo mismo que tiene por verdadero, por justo y provechoso. Todo esto está muy bien; y al paso que es un modo de juzgar recto, arreglado, constituye á los sacerdotes en la mas estrecha obligacion de no borrar con el escándalo de sus obras un concepto que la misma religion ha fixado ya en nuestras almas. El delito del sacerdote lleva consigo la malicia doble del mal exemplo; y ademas hace trocar las ideas que tiene el pueblo de lo lícito ó ilícito. Aquel que no se atreve á calificar de pecado grave la accion que vió en el ministro del Altísimo, tampoco en sí mismo la reprueba; y por este medio se propaga facilmente una peligrosa doctrina.

¿Pero todo esto será suficiente para justificar las negras y crueles murmuraciones con que despedazan los seglares á los sacerdotes? ¿La miseria de un ministro frágil podrá contaminar de tal manera toda la profesion del sacerdocio, que no se le respete á éste donde quiera que se le encuentre por la indignidad de un hombre? ¿El exemplo de estos sacerdotes grandes que celebra nuestra madre la Iglesia, no bastará á cubrir, arredrar y casi deshacer el mal exemplo que puedan dar otros menos en número y menores en dignidad? ¿Sola la religion, sola la profesion sagrada y augusta de dispensar sus misterios, serán indignas para el pueblo de su disimulo y condescendencia? La murmuracion siempre es un delito; pero cuando se emplea contra los sacerdotes, suele ser un delito contra la caridad y contra la justicia. Cuando los defectos de un hombre, que sirve al altar, excitan movimientos de queja contra lo sagrado, es necesario reprimirse, es necesario conocer que es hombre, y finalmente acordarse de que á aquel mal ministro precedieron otros muy santos, muy exemplares, y á quien justamente da la Iglesia el título magnífico de *sacerdotes grandes*.

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo*, *y el mismo que el dia XVII*, *fólio* 297.

MEDITACION.

De la dignidad del sacerdocio.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cualquier sacerdote, por pecador que se presente á tus ojos, obtiene el mismo puesto y dignidad que obtuvo Jesucristo, sumo sacerdote, y el primero que en la ley de gracia dispensó los soberanos misterios que él mismo instituia. Jesucristo se cargó con los pecados de todo el mundo para expiarlos con el sacrificio cruento que hizo en el ara de la cruz vertiendo su inocente sangre. Jesucristo se dió á sí mismo como una hostia agradable al Eterno Padre en descuento de la injuria que le habia sido hecha por el apartamiento y soberbia del primer hombre. Jesucristo se puso entre Dios ofendido, y el linage humano condenado á eterna desdicha, para aplacar los justos enojos de la indignacion divina, y restaurar los derechos de la inocencia que el hombre habia perdido, ganándole la gracia, la amistad de Dios, y aquella eterna bienaventuranza de que justamente habia sido desheredado. Jesucristo, en fin, viendo la multitud de los pecados del mundo, y previendo que siempre los hombres necesitarian de un redentor, no se contentó con padecer muerte ignominiosa, y verter su sangre, sino que antes de morir inventó su amor un modo de renovar diariamente el sacrificio, y á este fin instituyó la Eucaristía y el sacramento del Orden, para dexar en los sacerdotes perpetuado su cargo y ministerio.

A tan alta dignidad se eleva un hombre por medio del sacerdocio. Todos los referidos oficios que copió en sí el Hijo del Eterno Padre, los trasladó respectivamente á los sacerdotes. Con éllos se adornan; con éllos se condecoran para que nuestros ojos los miren con aquella distincion y respeto que merecen unos substitutos del Verbo divino encarnado; y tambien para que con títulos tan legítimos aboguen é intercedan por el pueblo. Pero los ojos de éste, acostumbrados á mirar solamente objetos terrenos, apenas ven en los sacerdotes mas que unos hombres na-

da superiores á los demas. ¿Serian si no tratados con el vilipendio que se experimenta en el dia? ¿hubiera en un pueblo cristiano quien se atreviese á servirse de un sacerdote para oficios tan mecánicos é indignos de su profesion; quien expusiese el sacerdocio al desprecio de un niño, á quien le sujeta por pedagogo un despreciable estipendio, si en el pueblo cristiano se reflexîonara debidamente sobre la alteza de tan augusto ministerio?

Los poderosos principalmente, que forman un concepto ventajoso de los sacerdotes cuando los procuran para directores de sus hijos, ¿por qué han de rebaxar este mismo concepto, cuando los confunden con el resto de la familia? ¿cuando los sujetan á ministerios y exercicios que tiene que sufrir la pobreza; pero que no debiera consentir la piedad y la religion? El sacerdocio tan respetable es en el sacerdote indigente, como en el que está abastecido de bienes de fortuna. Estos pueden dar un exterior de lucimiento; mas no mudar la naturaleza ni la dignidad. Hacer poco aprecio de un sacerdote, está muy cerca de hacer desprecio de Jesucristo; pues todo cristiano debe saber que Dios es muy zeloso de su honor, y que estan las sagradas letras llenas de terribles castigos con que en diferentes ocasiones le ha vindicado de los ultrages que le han hecho los temerarios y sacrílegos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los sacerdotes estan encargados de las almas de los fieles, y al mismo tiempo del precio que por éllas dió Jesucristo, que no es menos que todo el valor infinito de su preciosa sangre. *Ellos son la luz del mundo*, como dixo la misma Verdad; *son los ungidos del Señor*; y los pastores á quien está encargado el cuidado del rebaño de la Iglesia. Los sacerdotes son los que reparten el pan de la doctrina, *y en cuyos labios está depositada la sabiduría, la ciencia de la vida eterna*, segun la expresion de Malaquías. *Lo que éllos desaten sobre la tierra, ha de ser tenido por suelto y desatado en los cielos; y lo que ataren y ligaren con sus sentencias*, es una eterna verdad, *que para siempre quedará atado y ligado.* Todo esto quiere decir, que la dignidad y oficio de sacerdote es lo mas ve-

nerable, lo mas augusto, lo mas digno de consideracion y aprecio que puede ocupar la mente de un cristiano.

De luego á luego se dexa ver la gran providencia que tuvo Jesucristo para que las almas que habia redimido á tanta costa no quedasen abandonadas y expuestas á la furia del comun enemigo. Dexólas encargadas á unos substitutos suyos, á quienes comisionó de lo mas precioso y caro que tenia sobre la tierra, que era el fruto de su sangre, contenido en los sacramentos; y de su dulce y amada esposa, por quien trabajó tantos años, que es la Iglesia sacrosanta. Para este efecto no perdonó ni diligencia, ni trabajo; ni ahorró los milagros y maravillas. Instituyó el santísimo Sacramento del altar; instituyó el Sacerdocio con la misma potestad que tuvo Jesucristo para convertir el pan y el vino en su cuerpo y sangre. Instituyó el sacramento de la Penitencia para el remedio de los que naufragaron despues de haber recuperado la inocencia por el bautismo. Y todo esto lo puso en manos de los sacerdotes, para que como padres de los fieles, como sabios y prudentes administradores del tesoro de Jesucristo, lo repartiesen dignamente, sin profanar unos dones tan soberanos y divinos.

¡Cuánta compasion, pues, no merecen los sacerdotes encargados de tan altos y dificiles ministerios! ¡cuán acreedores no son á que todo cristiano los ayude con sus oraciones, y los facilite el desempeño de su alta dignidad con virtuosos exemplos y santas exhortaciones! Lo que tú enmendares en tu vida, las pasiones que refrenares, los hábitos viciosos que cortares, y el nuevo plan que señales á tu conducta, eso ahorras á aquel que está encargado por el Señor de hacer estas operaciones en tu alma para salvarla. Pero si así no lo executas, á lo menos no condenes al que cumple con su ministerio. No califiques de delicado, escrupuloso, y tal vez de ridículo á aquel ministro que quiere asegurarse de tu salud, como que es la suya propia para el efecto de dar á Dios cuenta de élla. No clames contra sus investigaciones; sus exámenes y sus solicitudes son en favor tuyo; son para bien de tu alma; son para cumplir con su ministerio; y son finalmente, para precaver en sí mismo la sentencia de un eterno suplicio.

JACULATORIAS.

Præcursor pro nobis introivit Jesus, secundùm ordinem Melchisedech pontifex factus in æternum.
Paul. ad Hebr. c. 7.

Nuestro Redentor Jesus, habiendo sido constituido eterno Sacerdote, segun el órden de Melchisedech, entró en el cielo, como nuestro precursor, á prepararnos nuestra eterna dicha.

Domine Deus virtutum, quis similis tibi? Salm. 88.

Señor Dios de las virtudes, ¿quién hay que se pueda comparar contigo, ni en la misericordia, ni en la grandeza?

PROPOSITOS.

Es evidente que á los sacerdotes de la ley de gracia se les ha concedido una dignidad tan sublime, que ni los espíritus mas sublimes del empíreo pueden gloriarse de igualarlos. Mientras un hombre mortal está en el altar haciendo las veces del mismo Jesucristo, consagrando su cuerpo y su sangre, y diciendo aquellas palabras mas eficaces y milagrosas que aquel *fiat* con que se criaron los cielos y la tierra, los ángeles tienen que estar de rodillas asistiendo á su Señor, y admirando con razon la altura á que quiso elevar al hombre, cuya carne tomó. Así, pues, como toda ponderacion excede á esta excelencia, de la misma manera toda muestra de veneracion y de respeto será siempre limitada. La misma pureza de los ángeles les parecia á los santos impura cuando traian á la memoria cosa de recibir ó tratar al santísimo Sacramento. Al punto se les presentaba Jesucristo, la eterna sabiduría, el Hijo del Eterno Padre, consubstancial con él, una de las tres divinas personas, el Verbo divino encarnado, el santísimo Sacramento del altar, el eterno Sacerdote, segun el órden de Melchisedech, y cuantas grandezas infinitas presenta la idea de un Dios hecho hombre por amor del hombre.

He aquí un cúmulo de ideas que deben ocupar la

imaginacion del que habla ó trata con un sacerdote. Nada de lo dicho es en la realidad el sacerdote; pero lo es en la representacion, y por la dignidad que el mismo Jesucristo ha instituido, y esto basta para que nuestras palabras y nuestras acciones sean respetosas y comedidas. Debemos venerar aquellas manos que tratan el cuerpo de Jesucristo; debemos reverenciar aquellos labios, aquella lengua con que se pronuncian las misteriosas palabras que hacen descender del trono de su gloria al Verbo eterno. Nuestra salvacion, nuestra enseñanza estan en cierto modo pendientes de los sacerdotes. Si á quien nos dió la vida manda la misma naturaleza que le tributemos honra, ¿á quien tiene en su mano la llave del cielo y de nuestra bienaventuranza, al que solicita tu bien eterno como si fuera suyo propio, al que se ha encargado de salvarte, y para este efecto te administra la correccion, el consejo, la doctrina, los medicamentos oportunos, y últimamente los sacramentos de la Iglesia, qué honor, qué respeto no mandará tributar la justicia, la razon, la religion y la piedad?

Pero es pecador; no corresponde su vida á la alteza de su ministerio. ¿Y será capaz de contaminar la dignidad con sus delitos? ¿rebaxarán sus desórdenes el precio de los sacramentos, ni minorarán en ti las obligaciones que tienes contraidas por cristiano? La caridad te obligará siempre á compadecerte de un hermano, y la religion á venerar un ministro de tu Dios.



☞ DIA DIEZ Y OCHO.

San Gabriel, arcángel.

Por particular concesion de la Silla apostólica se celebra en los reynos de España la festividad del gloriosísimo arcángel san Gabriel, como á quien debemos el singularísimo beneficio de haber anunciado á la santísima

Vírgen y señora nuestra la encarnacion del divino Verbo, y haber traido al mundo la noticia de su mayor gozo y consuelo, que por tantos años habia sido el objeto de las esperanzas de los justos, el blanco de sus suspiros y oraciones, y el fin á que se dirigian las magníficas promesas que el Omnipotente habia hecho á su pueblo, sacándole de Egipto, y trayéndole á la tierra de promision, señal manifiesta de que algun dia habia de sacarle de la esclavitud del demonio en que vivia desde la primera culpa, y habia de traerle al conocimiento perfecto de su santa ley, por medio de un libertador que destruyese el imperio de la muerte, y fuese el redentor de todo Israel. Estas grandes y verdaderas promesas las conocieron particularmente los justos del antiguo Testamento; y como observa el padre san Agustin, á proporcion que se iba acercando el tiempo de su cumplimiento, fue tambien haciéndose mas pública y mas notoria esta certísima esperanza en toda la nacion hebrea, de la cual habia de nacer el Redentor deseado.

Habiendo leido Daniel en el profeta Jeremías el misterio de la desolacion de la Ciudad santa, entró en vivísimos deseos de entenderlo, y para éllo comenzó á afligirse con ayunos, oraciones, silicios y otras penitencias, confesando al mismo tiempo sus pecados y los de su pueblo de Israel, y perseverando en tan santos exercicios, mereció que el Señor enviase al glorioso arcángel san Gabriel para que le declarase aquel misterio, y le manifestase todas sus particularidades, movido sin duda de los fervorosos deseos y humildes oraciones que habia dirigido al Todopoderoso.

De este mismo medio se valió el santo Zacarías, de quien nos dice san Lucas que viviendo en la observancia de todos los mandamientos y justificaciones del Señor, mereció que se le apareciese en el templo el mismo glorioso Arcángel, y le dixese: *No temas, Zacarías; porque han sido oidas tus oraciones en presencia del Señor, y sabe que tendrás un hijo, que será tu gozo y alegría, y ha de ser grande delante del Altísimo.* Así se verificó, naciendo al tiempo señalado por el Arcángel el precursor san Juan Bautista, que fue grande en la presencia de Dios y de los hombres.

La santísima vírgen María se empleaba igualmente en estos exercicios, y aunque con un espíritu nada semejante á los de su nacion, que esperaban al Mesías revestido de magestad y grandeza, se creia, como en efecto lo era, una pobre y desconocida doncella, una muger nada recomendable en el mundo por sus gloriosas acciones, como Débora, Esther, Judith y otras semejantes; nada ilustre por sus crecidos patrimonios ó ricos intereses; una doncella, que aunque desposada en medio de su pueblo, no habia anhelado el matrimonio con la esperanza de lograr por este medio una numerosa generacion que perpetuase su memoria, sino que sin haber tenido exemplo que imitar en los tiempos anteriores, habia consagrado á Dios su virginidad perpétua, y formándose el heróico proyecto de permanecer vírgen todo el tiempo de su vida, ya se ve que no podia tener ni la esperanza mas remota de que hubiese de nacer de élla el Mesías deseado; con todo, persuadida como los justos y patriarcas de su pueblo, de que habia de salir de él el deseado de las gentes, convencida tambien de la verdad de las profecías, enviaba no obstante al cielo incesantemente sus suspiros y oraciones, solicitando la venida del Redentor. De lo íntimo de su corazon purísimo clamaba á Dios con el Profeta: *Ven, Señor, á visitarnos en paz; ven, y perdona los pecados de tu pueblo de Israel.* Una súplica tan fervorosa penetra los cielos, abre sus puertas, y consigue que se comuniquen sus bienes á la tierra.

En efecto, aquel Padre celestial, cuyas misericordias son sobre todas sus obras, envia uno de aquellos soberanos espíritus que asisten á su trono, para que certificase á la santísima Vírgen haber sido oidas y despachadas felizmente sus oraciones. El glorioso san Gabriel es el que destina Dios para traer la embaxada mas interesante que jamás pudo hacerse de los cielos á la tierra, siendo tambien el primero entre todas las criaturas á quien se comunicó el secreto del supremo consejo de la Trinidad beatísima. Rompe, pues, las celestiales esferas, y en alas del deseo de nuestra reparacion, entra en Nazareth de Galiléa, y en trage de un jóven tan gallardo como honesto, entra al retrete, donde á la sazon se hallaba la santísima Vírgen empleada en sus acostumbradas oraciones; y pues-

to en su presencia, la saluda de esta suerte: *Ave, María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mugeres.* Turbóse la Vírgen al oir estas palabras, y pensaba qué nueva salutacion sería ésta de parte de un ángel; pero san Gabriel la aseguró, añadiendo: *No temas, María, porque hallaste gracia en la presencia de Dios: sabe que has de concebir y parir un hijo, á quien llamarás Jesus, y será tambien hijo del Altísimo. Este hijo reynará eternamente, y su reyno no tendrá fin.* Oye la dificultad que la Vírgen le propone, diciéndole: *¿Y cómo ha de ser esto cuando no he conocido ni conozco varon?* Si he consagrado á Dios mi pureza virginal, ¿cómo puedo concebir y dar á luz el hijo que me anuncias? Pero san Gabriel la manifiesta que permanecerá incorrupto su virginal candor; que todo se executará por obra del Espíritu santo, y por virtud del Altísimo. Tambien la da otra alegre nueva, y es el feliz preñado de santa Isabel su prima, que habiendo permanecido estéril en su juventud, vino á ser madre en su vejez, y estaba ya en el sexto mes de su preñado, cosa que parecia imposible; pero nada hay imposible para Dios.

Tales han sido los honoríficos encargos que ha hecho Dios al arcángel san Gabriel, como vemos en las santas escrituras; señal manifiesta de que es el principal ó el sumo entre los ángeles, como le llama san Gregorio, pues tratándose de la mas suprema embaxada que jamás se hizo, ó se ha de hacer en el mundo, convenia que fuese destinado para élla uno de los primeros personages del empíreo. Tambien nos manifiesta el gran poder y valimiento que tiene con Dios este glorioso Arcángel, y lo mucho que en su intercesion podemos confiar si le tenemos una verdadera devocion.

La misa es la propia: la oracion la que sigue.

Deus, qui inter cæteros angelos, ad annuntiandum Incarnationis tuæ mysterium Gabrielem archangelum elegisti; concede propitius, ut qui festum ejus ce-

O Dios, que elegiste al arcángel Gabriel entre todos los ángeles para que viniese á anunciar el misterio inefable de tu Encarnacion; concédenos, piadosísimo Señor,

lebramus in terris, ipsius patrocinium sentiamus in cœlis: Qui vivis et regnas...

que los que celebramos su festividad en la tierra, experimentemos que nos patrocina desde el cielo: Tú que vives y reynas...

La espístola es del cap. 9. del profeta Daniel.

In diebus illis: Ecce vir Gabriel quem videram in visione à principio, cito volans tetigit me in tempore sacrificii vespertini. Et docuit me, et locutus est mihi, dixitque: Daniel, nunc egressus sum ut docerem te, et intelligeres. Ab exordio precum tuarum egressus est sermo: ego autem veni ut indicarem tibi, quia vir desideriorum es: tu ergo animadverte sermonem, et intellige visionem. Septuaginta hebdomades abbreviatæ sunt super populum tuum, et super urbem sanctam tuam, ut consummetur prævaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et impleatur visio, et prophetia, et ungatur Sanctus sanctorum. Scito ergo, et animadverte: Ab exitu sermonis, ut iterum ædificetur Jerusalem, usque ad Christum ducem hebdomades septem, et hebdomades sexaginta duæ erunt: et rursum ædificabitur platea, et muri in angustia temporum. Et post hebdomades sexaginta duas occidetur Christus: et non erit ejus populus, qui eum negaturus est. Et civitatem, et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo: et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio.

En aquellos dias: He aquí que el el varon Gabriel, al cual desde el principio habia visto en la vision, volando súbitamente me tocó al tiempo del sacrificio vespertino. Y me enseñó, y me habló, y dixo: Daniel, ahora he venido para enseñarte, y para que entiendas. Desde el principio de tus plegarias salió la determinacion: Yo, pues, vine para manifestarte que eres varon de deseos: advierte, pues, mis palabras, y entiende la vision: Se han fixado setenta semanas para tu pueblo, y para tu ciudad santa, para que se finalice la prevaricacion, y tenga término el pecado, y se borre la iniquidad, y venga la justícia sempiterna, y tenga cumplimiento la vision y la profecia, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y está atento: Desde que salga el edicto para que Jerusalen vuelva á reedificarse hasta Cristo príncipe habra siete semanas, y sesenta y dos semanas: y la plaza se edificará otra vez, y tambien los muros en tiempo de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas se matará al Cristo: y no será ya mas pueblo suyo; el que le negará. Y destruirá la ciudad, y el santuario un pueblo con un capitan que vendrá, y su fin será la devastacion, y despues que se acabe la guerra será establecida la desolacion.

REFLEXIONES.

Cuando aún oraba y confesaba los pecados de mi pueblo. Aún perseveraba Daniel en sus oraciones y súplicas al Señor, cuando para hacerle saber por medio de un ángel que habian sido oidas y felizmente despachadas, se le dice que por ser *un varon de deseos*, que quiere decir, un hombre que pide, que solicita con instancia, que clama continuamente por el remedio de su pueblo, ha merecido ser oido, sin embargo de ser una cosa maravillosa y estupenda la que pedia. La fervorosa oracion y la humilde confesion de sus pecados alcanzaron del Señor que le manifestase el misterio escondido que tanto deseaba el Profeta; y es una presuncion muy funesta el persuadirnos que nuestras frias y breves oraciones hayan de conseguirnos lo que pedimos al Señor, cuando no van acompañadas de una viva fe, de mucha perseverancia, y de un corazon verdaderamente humilde y abatido. Pedir á Dios un beneficio que no nos debe de justicia, y que antes bien cuantos nos hace son un efecto de su gran misericordia, y pedirlo con un corazon que está respirando iras, venganzas y enemistades, es en cierto modo insultar á su Magestad, es hacernos mas indignos de lo mismo que suplicamos, y es querer que Dios condescienda con nosotros, cuando no se dirige ni á nuestro bien espiritual, ni á la mayor gloria de Dios lo que pedimos.

El mismo Espíritu santo nos dice, que recibirémos cuanto pidiéremos al Señor, con tal que se lo pidamos como conviene; pero que tengamos tambien entendido, que si no se nos concede, es señal de que lo pedimos mal ó indebidamente. Pero en tal caso fácilmente nos persuadimos á que Dios no quiere oirnos, si no nos concede al instante nuestras peticiones, y no reflexîonamos que solo es culpa nuestra y demérito de nuestras tibias y poco devotas oraciones el que seamos desatendidos del Padre de las misericordias: ni tampoco nos persuadimos á que muchas veces es una gran misericordia del Señor el no condescender con lo que

pedimos, pues nos sería efectivamente muy funesto lo mismo que suplicamos, si Dios en tales circunstancias nos hiciese el favor que deseamos. Dios sabe mejor que nosotros lo que en todas ocasiones nos conviene, y el diferir tal vez la concesion de nuestras súplicas, ó el no concedernos lo que le pedimos, es solo para nuestro bien, y para que no nos contentemos con pedir como quiera, sino que aprendamos á pedir con instancia, con continuacion, y sobre todo, con una humildad verdadera y con un corazon humilde, el cual siempre le oye Dios, como nos asegura el real profeta David: pidiendo así, podemos esperar con fundamento que seremos oidos del Señor, y que es mucho mas lo que el Señor puede concedernos, que lo que nosotros sabremos desear. Por lo cual todo nos utiliza cuando es conforme á la voluntad de Dios, y cuando no pensamos en modo alguno en que se haga nuestra voluntad, sino la de Dios. Esto es lo que puede animarnos en todos nuestros trabajos, y ademas en todas nuestras tribulaciones, cuales son todas las que podemos sufrir en esta vida. Es menester ignorar mucho para no conocer algo de lo que vale una felicidad eterna.

El evangelio es del capítulo 1 de san Lucas.

In illo tempore: Missus est angelus Gabriel a Deo in civitatem Galilææ, cui nomen Nazareth, ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis Maria. Et ingressus Angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus: Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius

En aquel tiempo: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el Ángel en su presencia, la dixo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mugeres. Lo cuál oyéndolo élla, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese ésta. Y el Ángel la dixo: No temas, María; porque has encontrado gracia delante de Dios: Mira, concebirás, y parirás un hijo,

Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad Angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens Angelus, dixit ei: Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbravit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce, Elisabeth cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi: quæ vocatur sterilis: quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

y le pondrás por nombre Jesus. Éste será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reynará sobre la casa de Jacob eternamente. Y su reyno no tendrá fin. Dixo María al Ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto, si yo no he conocido varon? Y respondiendo el Ángel, la dixo: El Espíritu santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de ti, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes, la que se decia estéril: Porque para Dios nada será imposible. Dixo, pues, María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

De la devocion á los santos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque nadie te ama, ni puede amarte tanto como Dios, ni puedes tener bien alguno que no sea dádiva de sola su liberalidad, quiere no obstante que le roguemos con instancia, y que pongamos por intercesores á sus amigos y favorecidos. Se complace en ello su Magestad, y por medio de sus siervos hace con nosotros mil demostraciones de su amor, de que seríamos indignos siempre, á no alcanzárnoslas la intercesion de los santos.

No es esto decir que necesite Dios de nuestras oraciones, ni de las de sus siervos para saber lo que necesitamos. Lo tiene todo presente, y aun él mismo es quien nos mueve para que le pidamos, y aun para que invoquemos con utilidad á los santos. Él mismo mani-

fiesta á los santos nuestros votos; y quiere que se interesen por nosotros. Él mismo mandó á Elifaz, y á sus compañeros que recurriesen á la intercesion del santo Job para alcanzar el perdon de sus culpas. Abraham oró por Abimeléc, y le alcanzó que no muriese. Samuel intercedió por el pueblo del Señor, perseguido por los filisteos, y Dios le libró de éllos. Jesucristo quiso que el Régulo le pidiese la salud para su hijo, y el príncipe de la sinagoga para su hija. A ruego de los que conducian al paralítico, le dió la salud de cuerpo y alma. Y si esto ha hecho nuestro Salvador por intercesión de unos hombres de poco mérito, y llenos de defectos é imperfecciones, ¿qué no debes prometerte de la intercesion de aquellos justos, que reynan en su compañía, y que carecen de cuanto pudiera debilitar la eficacia de sus ruegos? Cuando pides al Señor el remedio de cualquier necesidad, acaso es tan débil tu fe, y tantas tus imperfecciones que no mereces ser oido; pero invocas al santo de tu devocion para que una sus ruegos á los tuyos, y los presente al Todopoderoso; desconfias de tus merecimientos, te confiesas indigno de la merced que solicitas, y no te atreves á pedir por ti mismo en favor tuyo. Esta humildad, este abatimiento, es un nuevo mérito que presenta al Señor tu abogado, y hace mas facil el despacho de tu súplica.

Los santos han experimentado en esta vida todas las miserias y penalidades que tú padeces, y aprendieron de este modo á compadecerse de nosotros. Su caridad no se ha resfriado para hacernos todo el bien que puedan; y aunque están seguros de su felicidad eterna, no se han olvidado de nuestra situacion miserable.

Nos aman con caridad mucho mas perfecta que cuando vivieron en el mundo; y aunque inundados en aquel torrente de delicias, parece que no debieran acordarse de nosotros, se alegran de nuestro bien, se interesan por nosotros, y tienen un júbilo indecible cuando nos convertimos al Señor, y nos valemos para ello de su intercesion. A la verdad, somos en esta parte mucho mas felices que los primeros cristianos; pues tenemos en la gloria una multitud innumerable de intercesores y abogados nuestros, que ademas de animarnos con su exemplo para toda suerte de vir-

tudes en todos estados y condiciones, ruegan todos al Señor que nos libre de todo género de males.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no debes confiar vanamente en la devocion á los santos, lisonjeándote de que su intercesion te sacará á salvo de todos los peligros, si no procuras imitar sus virtudes en lo que sea conforme con tu profesion y estado.

No consiste la devocion en pronunciar ciertas oraciones ó fórmulas que se dicen por costumbre todos los dias al santo ó santos de tu devocion. Esto es una cosa muy facil y muy ordinaria, y es muy compatible con una vida tibia y de inaccion, y aun con una vida licenciosa y disoluta. Tales devociones, lejos de ser fructuosas y agradables al Señor, provocan mas su ira, y alejan de ti sus misericordias; porque las cosas santas, como lo son las oraciones, deben hacerse santamente: y no puede agradar á los santos lo que desagrada al Santo de los santos.

Un avaro, una muger mundana, un disoluto, harán un grande escrúpulo si omiten un solo dia sus acostumbradas oraciones al santo de su devocion; mas no pensarán en abandonar sus usuras, sus trages escandalosos, ni su vida licenciosa; y vivirán muy confiados en que su devocion los ha de sacar del infierno. ¿Con un corazon que no respira tal vez sino iras y proyectos de venganza, ofreces oraciones á un santo que fue humildísimo y sufrido? ¿con unos adornos que no respiran mas que fausto, ostentacion y soberbia, te presentas á una santa que despreció altamente todas esas vanidades y locuras? ¿Y puede ser esto un acto de obsequio y veneracion, ó antes bien un insulto, ó un desprecio? ¿Si en ese mismo trage pidieses por Dios una limosna á un poderoso, se compadeceria quizá de tu pobreza? ¡Extraño desvarío, querer que los santos tengan abiertos los oidos para escuchar nuestras súplicas, y pensar que tengan cerrados los ojos para no ver la iniquidad de nuestro corazon!

Toma ciertas medidas para una vida nueva: exâmina las virtudes en que resplandeció el santo á quien te encomiendas cada dia: procura copiarlas en tu conducta, y para esto puedes estar seguro de que el santo te ayudará con

su intercesion: te alcanzará aquellas gracias de que mas necesites, y tendrás en él un patrono, que promueva tus verdaderos y únicos intereses. No quieren, ni pueden los santos patrocinar una vida nada conforme á la que éllos hicieron en el mundo. Conocen ahora el premio inefable que les merecieron las breves y pasageras tribulaciones de esta vida: saben que nada hicieron de más para lograrle: que no hay otro camino para el cielo, que el que éllos anduvieron; que no se engañaron en renunciar á las riquezas y comodidades con que el mundo los brindaba: y que en vano espera acompañarlos en su felicidad el que no los imita en sus penas y tribulaciones. Y á la verdad, si una vida regalada y deliciosa pudiera proporcionarnos la misma gloria de que hoy gozan los santos, lejos de interceder por nosotros, debieran avergonzarse de no haber sabido hallar este secreto, y de haber vivido siempre oprimidos y despreciados en el mundo. Mas no; no se engañaron los santos. El evangelio ha sido uno mismo para éllos y para mí. No tiene, ni puede tener alteracion su doctrina á pesar de toda la relaxacion de las costumbres. Si el evangelio fuera hoy mas laxô en sus preceptos, debiera ser tambien menor el premio que ofrece por observarlo; pero pues queremos una misma gloria con los santos, razon será que guardemos unos mismos documentos.

Dadme, Dios mio, una fortaleza de espíritu, que haga en mí la mudanza que necesito para resolverme á imitar las virtudes de vuestros siervos. Estoy cierto de que éllos siguieron el verdadero camino, y que yo debo imitarlos para no frustrar su intercesion poderosa. Sola vuestra gracia puede romper las cadenas que aún me aprisionan y me impiden practicar aquello que conozco me conviene. No permitais, Señor, que por mi tibieza sean mis fiscales en vuestra presencia aquellos justos, que deben ser mis abogados y patronos.

JACULATORIAS.

Quod nostris meritis non valemus sanctorum patrocinio assequamur. Ex orat. Eccl.

Haced, Señor, que consigamos por la intercesion de los santos lo que no podemos alcanzar por nuestro mérito.

Filii Sanctorum sumus. Job. 2.

Contemplemos que somos hijos de los santos.

PROPOSITOS.

Regularmente siguen los hijos las inclinaciones, y aun los empleos ú oficios de sus padres; y cuando éstos han sido ilustres por su mérito ó circunstancias, se las apropia, y se precia de éllas el hijo, aunque la necesidad ó la fortuna le obligue á seguir otra carrera. La virtud misma no está exênta de este género de vanidad. Nos alabamos de que nuestra patria ha dado al cielo héroes gloriosos en santidad. Tal vez nos jactamos de que el mismo pueblo en que nacimos ha sido la cuna de algun santo; ¿pero de qué puede servirnos esta inutil gloria, cuando á vista de las grandes acciones del santo vivimos en la inaccion y en la molicie, sin tener ánimo para imitarlas? Mil veces se oye que la nobleza de sangre es antes un error, que un distintivo en aquellos que la manchan con sus torpes y ruines procederes. ¿Y será menos vituperable el preciarnos de descendientes ó paisanos de un santo, y hacer una vida que nada tenga de santa? ¿Es acaso la santidad un título mundano que se hereda con la sangre? Tenemos una cierta confianza de que el santo de nuestra devocion, el que ha nacido en nuestro suelo, &c. será nuestro especial abogado para con Dios, y así podemos creerlo sin temeridad; ¿pero cuáles son nuestros méritos para lograr esta proteccion especial?

2 Resuelve, pues, desde hoy copiar en tu conducta aquella virtud mas particular en que resplandeció el santo de tu mayor devocion en cuanto lo permita tu estado ó condicion. Siempre hallarás mucha diferencia entre tu vida y la suya, con tal que te exâmines, no por las

reglas que te sugerirá tu amor propio, sino por las del evangelio y de la conciencia, que no pueden engañarte. Tu soberbia, tu vanidad, tu amor á los placeres, tu poca mortificacion, tu dureza con los pobres hallarán una oposicion visible en la conducta del santo á quien te encomiendas. Procura, pues, humillarte, ser mas mortificado y mas exemplar en tus acciones, que así te será muy útil la intercesion de los santos.

DIA DIEZ Y NUEVE

San José, esposo de la santísima Vírgen.

San José, esposo de la santísima Vírgen, (*Gers. serm. de Nativit. Virg.*) y en cierto sentido propio y verdadero padre del Salvador del mundo, nació en la Judéa hácia los cuarenta ó cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; pero es probable que fue Nazareth, poblacion corta de la Galilea inferior, donde tenia el Santo su habitacion. Era de la tribu de Judá, y de la casa real de David, que reynó hasta la cautividad de Babilonia. Y aunque estaba del todo obscurecido el explendor de esta régia casa, se conservaba su nobleza en los descendientes de élla, todos de sangre real; bien que sin rentas y sin empleos que la hiciesen brillar en el mundo; nobleza en fin deslucida, que estaba como sepultada en la pobreza y en el estado humilde de los que la poseían.

Los dos evangelistas que escribieron la genealogía de san José, ambos prueban concluyentemente su descendencia del real tronco de David, aunque por diferentes ramos; tan necesaria era esta circunstancia para que en la persona del Salvador se reconociese indubitablemente al verdadero Mesías prometido. San Mateo prueba su descendencia de David por Salomon, y por los demas reyes de Judá; san Lucas la deriva por Natán, hijo de David; aquel le hace hijo de Jacob, éste de Helí. Y la opinion mas antigua y la mas comun entre los santos

padres es la de Julio africano, autor que vivió hácia el fin del segundo siglo. Este asegura haber sabido por tradicion, oida de boca de los mismos parientes del Salvador, que Jacob y Helí fueron hermanos uterinos; y que habiendo muerto Helí sin tener hijos, Jacob, segun lo prescribia la ley, se casó con la viuda de su hermano para suscitar en élla su sucesion, y que de este matrimonio nació san José.

Predicando el famoso Gerson de la Natividad de nuestra Señora á presencia de los padres del concilio de Constancia, dixo se podia creer piadosamente que san José habia sido santificado en el vientre de su madre: *Pia credulitate credi potest.* Habiéndole destinado la divina Providencia para ser esposo de María, tutor y padre nutricio del Salvador, quiso que fuese de sangre real, pero pobre. Porque habiendo de nacer el Señor en la humildad de un establo, y pasar toda la vida con necesidad y pobreza; ¿cómo habia de escoger por padre á un hombre rico, que viviese con esplendidez y con abundancia?

Descubriéronse pocas ó ningunas señas de niñez en sus primeros años; porque prevenido desde la cuna con dulces bendiciones del cielo mas que de ningun otro santo, crecia en prudencia mas que adelantaba en edad. Como el Señor le habia hecho únicamente para sí, reynó perpétuamente él solo en su corto corazon. Nunca padeció quiebra ni alteracion su pureza, siendo la principal ocupacion de su juventud así la exâcta observancia de la ley, como el exercicio de todas las religiosas virtudes.

Era de profesion carpintero; pero aunque en el oficio fuese deslucido y humilde, jamás hubo en el mundo hombre ni mas noble ni mas brillante á los ojos de Dios, dice san Epifanio (*Hær.* 78.): ninguno se acercó ni con mucho al mérito y á la eminente santidad de este gran Patriarca.

Dios proporciona sus gracias á los empleos, en sentir de santo Tomás (*Part.* 3. *q.* 27. *art.* 4.); y los dones sobrenaturales corresponden siempre á la excelencia y á la santidad del estado á que nos destina. Pues habiendo escogido el Señor á san José para ser en la tierra, digámoslo

así, el archivo de sus mayores secretos, agente y secretario del Altísimo en el misterio de la Encarnacion, esposo de María y protector de su virginidad; tutor y nutricio del mismo Jesucristo, y en este sentido padre suyo; comprended, dice san Bernardo, cuánto sería el resplandor de sus virtudes, cuánta la multitud de sus dones sobrenaturales con que el cielo le enriqueceria, qué sublime su elevacion y excelencia.

Habia llegado san José á aquel supremo grado de perfeccion, que declara el evangelio en una sola palabra, llamándole varon justo; esto es, un hombre que posee todas las virtudes en grado eminente; cuando queriendo el Verbo tomar carne en las entrañas de una vírgen, escogió á María por madre, y á José por esposo suyo.

Como la santísima Vírgen se habia consagrado á Dios en el templo casi desde la misma cuna; tocaba aún mas á los sacerdotes que á sus padres buscarla un esposo que fuese digno de tal esposa; escogieron á José, que sobre ser de la misma casa de María, estaba conceptuado por el hombre mas modesto, por el mas prudente, por el mas religioso de su tiempo.

Es constante que san José, prevenido de una gracia especial; casi desconocida en aquellos tiempos, habia resuelto guardar perpétua virginidad; y es probable que no habiendo ley alguna que obligase á casarse las mugeres solteras, nunca hubiera consentido la santísima Vírgen en el matrimonio con san José, si con luz superior no se la hubiera manifestado su eminente santidad. y el deseo que tenia de conservarse perpétuamente vírgen como élla. Y aun por eso no encuentra dificultad san Agustin en comparar la virginidad de san José con la de María (*Serm.* 25. *de Diversis.*). *Habet Joseph cum Maria conjuge communem virginitatem.* Y el cardenal san Pedro Damiano está tan persuadido á que san José fue siempre vírgen, que quiere se cuente esta verdad en el número de aquellas de que no es lícito dudar: *Ecclesia fides in eo est, ut non modo Deipara, sed etiam putativus pater atque nutritius virgo habeatur* (*Epist.* 2. *ad Nic. Pap.*). Y á la verdad, reflexîona santo Tomás, si el Salvador no quiso encomendar á su madre á un discípulo que no fuese

vírgen; ¿cómo es verisímil que permitiese se desposase con élla un hombre que no lo fuese? Los que creyeron que san José habia sido dos veces casado, y que de su primera muger habia tenido á Santiago, á Simon, y á los demas que en el evangelio se llaman hermanos y hermanas del Salvador (*In cap.* 1. *Ep. ad Galat.*), no hicieron reflexîon á que la madre de estos parientes de Cristo vivia todavía en tiempo de la pasion, y que ésta se decia tambien hermana de la santísima Vírgen, por la costumbre tan sabida de los judíos, entre los cuales se trataban de hermanos los parientes mas inmediatos.

Celebróse en Jerusalen el purísimo desposorio, en el cual, como se explica el célebre Gerson, no tanto fueron dos esposos cuanto dos virginidades las que contraxeron matrimonio (*Opusc. de Conjug. Mariæ et Jos.*). *Virginitas nupsit.* No hubo ni habrá en el mundo matrimonio mas feliz; porque ni le hubo ni le habrá mas santo; y si María recibió en José un custodio y un protector de su virginidad y de su honor; José recibió en María la dignidad mas augusta que puede imaginarse en la tierra siendo esposo suyo: *Virum Mariæ: hoc est prorsus ineffabile, et nihil præterea dici potest*, exclama san Juan Damasceno.

Santo Tomás es de sentir, (*Orat. de Nativit. Virg.* 3. *part. quæst.* 28. *art.* 4.) que inmediatamente despues de los desposorios hicieron los dos santísimos Esposos de comun consentimiento voto de perpétua castidad; pareciéndole que dos personas tan santas no podian dispensarse en un acto de religion tan perfecto. A pocos dias de desposados se apareció el ángel san Gabriel á la vírgen María en su humilde pobre casa de Nazareth y habiéndola saludado en términos de profunda veneracion á la dignidad de madre de Dios que sabia el celestial paraninfo que dentro de un instante habia de ser elevada, la descubrió todo el misterio de la Encarnacion, intimándola que aquel Dios que queria hacerse hombre para redimir al género humano, la habia escogido para madre suya.

Vivia san José con la Vírgen mas como ángel que como hombre, y verisímilmente quiso el Señor que ignorase lo que pasaba, para que su misma duda fuese una sensible prueba de la concepcion del Salvador, y

de la virginidad de la madre. Esta se guardaba bien de descubrir á su casto Esposo el misterio que el Espiritu santo queria estuviese reservado hasta su tiempo, cuando el mismo José advirtió el preñado de la purísima Esposa. El superior concepto que tenia de su elevada santidad no le permitia admitir ni aun la mas leve sospecha que manchase su reputacion, y antes se inclinó á creer que era sin duda aquella doncella de quien decia Isaías (*Cap.* 7.) que habia de nacer el Salvador. Con efecto, lo creyó así, dice san Bernardo; y movido de aquella especie de humildad y de respeto, que andando el tiempo obligó á decir á san Pedro: *Señor, apartáos de mí, porque soy un gran pecador*, pensó José en dexar á su esposa María (*Homil.* 2. Super missus est.), *Accipe et in hoc, non meam, sed patrum sententiam*, añade el doctor Melífluo; y esta no es sentencia particular mia, es la comun de los padres.

No sabía el casto Esposo á qué partido determinarse; apartarse de élla era desacreditarla; y quedarse en su compañía, era presumir mucho de sí, teniéndose por digno de merecerla. En esta perplexidad se le apareció un ángel en sueños, y le dixo: José, acuérdate que eres de la casa de David, y que de élla ha de nacer el Mesías prometido. No temas, ni pienses en dexar la compañía de tu Esposa; es cierto que está preñada; pero el hijo que tiene en sus entrañas fue concebido por el Espíritu santo; porque es el Salvador del mundo, unigénito del Eterno Padre, y el prometido Mesías. Dios te ha escogido para ser su tutor y su nutricio, y en este sentido padre suyo. No rezeles, pues, el quedarte con María; porque sobre estar destinado para guarda fiel de su virginidad y de su honor, si se quedara sin esposo, no podria ser madre sin detrimento de su reputacion. Pondrás el nombre de Jesus al infante que naciere, para dar á entender á los mortales que éste es el que viene á redimirlos y á salvarlos, ofreciéndose en sacrificio por los pecados de los hombres.

Instruido ya José del mayor de todos los misterios, comenzó desde aquel punto á mirar á la Vírgen como á madre del Redentor, creciendo en él la respetuosa veneracion con la ternura. San Buenaventura es de sentir que la

acompañó en la jornada que hizo para visitar á su prima santa Isabel; y á la verdad, no parece verisímil que hubiese dexado ir sola á la santísima Vírgen en un viage tan dilatado y tan penoso.

Cerca de seis meses despues se vió precisado san José á pasar á Belen con la santísima Vírgen en virtud del decreto que publicó el emperador Cesar Augusto, mandando registrar los nombres de todos los vasallos de su imperio, para registrar el suyo en aquella ciudad, donde estaba el solar de la casa de David, cuyo descendiente era. Asi sonaba en el designio de los hombres; pero en el intento del cielo iba á aquel lugar, para que María diese á luz en él al Verbo encarnado, y al Mesías prometido, como lo tenian vaticinado los profetas. Padeció José en Belen todo el dolor y toda la amargura que podia padecer un corazon tan grande y tan tierno como el suyo; porque despues de reconvenidas todas las posadas, y desechado con desprecio de éllas; no tuvo otro alvergue donde recogerse con su adorada Esposa, y con la divina prenda que ésta traia en sus entrañas, que las ruinas de una humilde casa destinada únicamente para establo de bestias. Adoró los secretos de la divina Providencia, y se rindió con profundo silencio á sus soberanas disposiciones,

En este indecente lugar vió nacer en la mitad de la noche al Salvador del linage humano. ¿Pero cuáles fueron los extraordinarios favores, cuáles las interiores dulzuras con que el divino Infante colmó el alma de san José, á quien miraba y amaba como á padre? No fue menos sensible el gozo de nuestro Santo cuando vió llegar aquella dichosa tropa de pastores, que enviaba el cielo á adorar al Salvador. Ni sirvió de menor motivo á su gozosa admiracion la venida de los Magos pocos dias despues; viendo que se movian del Oriente tres monarcas para tributar rendimientos al que desconocido en su misma patria, y desechado de los suyos, se habia visto reducido á nacer en un establo.

Cuarenta dias despues del nacimiento del niño Jesus tuvo san José la dicha y el consuelo de conducirle al templo de Jerusalen, siendo testigo ocular de las maravillas que pasaron en él. Pero apenas dió la vuelta á

Belen, cuando un ángel le advirtió el impío intento que tenia Herodes de quitar la vida al divino Infante, ordenándole que se retirase á Egipto con el Hijo y con la Madre. No difirió un punto el obedecer en virtud de aquella perfecta sumision que profesaba á las disposiciones de la divina Providencia; y sin dar lugar á vanos discursos ni cavilaciones de la prudencia humana, partió al instante para Egipto, donde permaneció hasta que, muerto Herodes, volvió á aparecérsele el ángel del Señor, y le ordenó que con el Hijo y con la Madre se restituyese á Palestina.

El evangelio da bastante fundamento para creer que san José pensaba fixar su habitacion en Jerusalen ó en Belen, como en lugares oportunos para la educacion del Mesías; pero reparando que aquellas dos ciudades estaban sujetas á la dominacion de Archêlao, hijo de Herodes, y temiendo que el nuevo Rey heredase la desconfianza y la crueldad de su padre, se retiró, con aviso del cielo, á Nazareth, donde habia hecho menos ruido el nacimiento del Salvador, y donde no habia tanto que temer, por ser el mismo san José mas conocido. En esta afortunada ciudad vivia aquella santa familia, la mas augusta, y la mas respetable que hubo, ni ha de haber jamás en el mundo, en una condicion verdaderamente obscura y desconocida; sustentando san José y su Esposa al niño Jesus con el trabajo de sus manos, y obedeciendo el divino Niño á san José como á padre suyo.

Siendo san José religiosamente observante de la ley, inviolablemente iba todos los años á Jerusalen en compañía de la santísima Vírgen para celebrar la fiesta de las pasquas; y habiendo llevado consigo al niño Jesus, cuando ya habia cumplido doce años, al volverse á Nazareth, le echaron menos. Es indecible la aflicion y la inquietud de la Vírgen y de san José los tres dias que le anduvieron buscando. Habiéndole hallado finalmente en el templo en medio de los doctores, no se pudieron contener sin quejarse amorosamente del dolor y de la pesadumbre que les habia causado con su ausencia: *Hijo mio, tu padre, y yo te hemos andado buscando*, le dixo la santísima Vírgen: pero con la respuesta del Salvador se les

enxugaron las lágrimas, y comprendieron el misterio.

El evangelio nada mas nos dice de san José, sino que vuelto á Nazareth, el niño Jesus le obedecia. ¡Pero qué cosa mas grande, ni que fuese capaz de hacernos concebir mayor idea del extraordinario mérito, y de la eminente santidad de san José, nos pudiera decir, exclama el sabio Gerson, que asegurarnos que el Hijo de Dios le obedeció, le amó, le estimó, y le honró como á Padre suyo! *Quæ subjectio, sicut inæstimabilem notat humilitatem in Jesu, ita dignitatem incomparabilem signat in Joseph et Maria.*

Vivió despues muchos años san José retirado y desconocido en compañía de la Vírgen, y del Salvador. Ninguna familia poseyó mas ricos tesoros. ¿Cuál otra cosa se puede imaginar mas santa, mas perfecta, ni mas digna de nuestro culto? No se sabe de fixo el año en que murió este santo Patriarca; pero se cree con bastante probabilidad, que ya habia muerto cuando el Salvador del mundo comenzó á predicar. Lo que parece seguro es, que si san José viviera cuando murió el Salvador, no hubiera éste encomendado su Madre al evangelista san Juan poco antes de espirar.

Es facil comprender cuán preciosa sería la muerte de este gran Santo, á quien el Hijo de Dios quiso excusar el dolor que le causaría la suya. ¡Qué muerte mas dulce, qué muerte mas preciosa en los ojos del Señor, qué muerte mas santa, que la de el que mereció tener á su cabecera al mismo Jesucristo! ¡Ser asistido por la santísima Vírgen hasta que espiró dulcemente en manos del Hijo y de la Madre! ¡Qué multitud de espíritus celestiales no acompañarian aquella bendita alma hasta dexarla depositada en el seno de los padres!

Es cierto que cuando Cristo resucitó resucitaron tambien muchos Santos; y no es verisímil que habiendo hecho el Señor tantos milagros para descubrir y para exponer al culto de los fieles las reliquias de tantos ótros, hubiese querido privar de esta honra á las de san José, si su sagrado cuerpo hubiera quedado en la tierra.

Aunque la Iglesia profesó siempre singular veneracion á este gran Santo; con todo eso no fue tan público su culto en aquellos siglos llenos de tinieblas, y poco tran-

quilos, en que solo el nombre de padre de Jesucristo pudiera hacer en los gentiles alguna impresion menos ventajosa hácia el cristianismo, y servir de pretexto á los hereges que negaban su divinidad. Hasta que gozó de paz la Iglesia no comenzó á hacerse familiar á los fieles la devocion de san José. Hállase su nombre á los diez y nueve de marzo en los martirologios latinos escritos mas ha de ochocientos años, y aun es mas antigua su fiesta en la iglesia griega.

Los magníficos elogios que el sabio Gerson, cancelario de la universidad de París, hizo de san José en el concilio de Constancia, y lo que dice de la confianza que todos los fieles deben tener en la poderosa intercesion de este gran Santo, acreditan su devocion y su piedad. Escribió diferentes cartas para que se celebrase con mayor solemnidad la fiesta de san José. La primera fue dirigida al duque de Berry en el año de 1413; la segunda al chantre de la iglesia de Chartres, y la tercera á todas las iglesias. Gregorio XV. y Urbano VII. la hicieron fiesta de precepto, prohibiendo en éllas las obras serviles y las funciones públicas de los tribunales.

No hay religion alguna en la Iglesia de Dios que no profese particular devocion á san José; no hay cristiano que no tenga en este gran Patriarca una tierna y amorosa confianza. Los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion en toda la cristiandad, y los singulares favores que experimentan todos los que le invocan, muestran visiblemente que nada niega el Salvador al que siempre amó como á padre, y al que quiere que nosotros honremos como á tal.

Pero lo que mas ha contribuido en estos últimos tiempos á promover la devocion de san José fue la singularísima que le profesó santa Teresa de Jesus, dexándosela como en herencia á sus hijos y á sus hijas; en quienes vive hoy con toda edificacion el espíritu y la piedad de su santa Madre. En el capítulo sexto de su vida dice lo siguiente:

"Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y »encomendéme mucho á él; ví claro que así de esta ne»cesidad, como de otras mayores de honra, y pérdida »de alma, este padre y señor mio me sacó con mas bien »que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora ha-

»berle suplicado cosa que la haya dexado de hacer. Es »cosa que espanta las grandes mercedes que me ha he»cho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de »los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de »alma: que á otros santos parece les dió el Señor gracia »para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo »tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere »el Señor darnos á entender, que así como le fue sujeto »en la tierra, que como tenia el nombre de padre, siendo »ayo, le podia mandar, así en el cielo hace cuanto le pi»de. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo »decia se encomendasen á él, tambien por experiencia, y »hay muchas que le son devotas; de nuevo he experimen»tado esta verdad.

»Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad »que podia.... Queria yo persuadir á todos fuesen devo»tos de este glorioso Santo por la gran experiencia que »tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he cono»cido persona que de veras le sea devota, y haga par»ticulares servicios, que no la vea mas aprovechada en »la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas »que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que »cada año en su dia le pido una cosa, y siempre la veo »cumplida; si va algo torcida la peticion, él la endereza »para mas bien mio... Solo pido por amor de Dios que lo »pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el »gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, »y tenerle devocion; con especialidad personas de ora»cion siempre le habian de ser aficionadas... Quien no ha»lláre maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso »Santo por maestro, y no errará en el camino." Hasta aquí son palabras de santa Teresa.

En muchas iglesias se celebra con grande solemnidad el dia veinte y dos de enero la fiesta de los desposorios de san José con la santísima Vírgen: y ya en el siglo décimo cuarto se celebraba en la Iglesia esta festividad. Hay en varias partes fundadas muchas congregaciones y cofradías con el título de san José para asistir á los agonizantes: ¿y qué santo mas poderoso para ayudarnos en aquel crítico momento? En la santa capilla de Chambery se muestra un báculo ricamente engastado, que se dice

por piadosa tradicion haber sido de san José, y en Perusa de Italia se venera el anillo de sus santos desposorios; acreditando al parecer la verdad de esta reliquia los favores que cada dia se reciben del cielo por la devocion á élla.

La misa del dia es en honra de este gran Santo: la oracion la siguiente:

Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur, ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur: Qui vivis...

Suplicámoste, Señor, que nos ayudes por los merecimientos del Esposo de tu santísima Madre, para que consigamos por su intercesion lo que no podemos alcanzar por nosotros mismos: Que vives y reynas...

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introduxo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

»El autor del libro del *Eclesiástico*, de donde se sa»có esta epístola, hace un grande elogio de Moyses, cuan»do dice que fue amado de Dios y de los hombres; que »su memoria está llena de bendicion, y que aunque el Se»ñor le elevó á tan alta dignidad, que llegó á llamarse Dios »de Faraon, no por eso se engrió; antes fue mas modes-

»to y mas humilde. No se podia escoger en la Escritura »elogio mas adecuado á san José.

REFLEXIONES.

La honra que se rinde á los santos es una especie de feudo que se tributa á la virtud. Bien puede el mundo perseguir á los buenos; pero no puede dexar de respetar la inocencia, la rectitud, la bondad, conservando con veneracion la memoria del justo: *Cujus memoria in benedictione est.*

Las mayores dignidades desaparecen; no se hace larga mansion en los empleos mas elevados; ni la florida edad es la mas dilatada estacion de las cinco en que se distribuye la mas prolongada vida. Acábase con ésta la nobleza, la elevacion, la preeminencia; el fausto cae, el tumulto pasa, el ruido cesa; y parece que toda la diversidad de condiciones se reduce á representar diversas escenas en el teatro del mundo. No hay bienes sólidos sino los que trae consigo la virtud cristiana; no hay felicidad, no hay alegría, no hay gloria permanente sino la de los santos. ¿Por qué tanto fausto, tanto orgullo, tanto tren en los grandes del mundo? Porque todas sus grandezas son vacías, y para que brillen es menester mendigar postizos esplendores. La magestad de la virtud brilla por sí misma; la santidad no ha menester adornos forasteros; por eso son tan comunes en los santos la dulzura, la mansedumbre, la afabilidad, la humildad, y hasta la misma simplicidad. Su memoria está llena de bendicion, aunque su vida se vea ordinariamente acompañada de contradicciones, de persecuciones, y de reveses. No les perdonan la calumnia, ni el mundo les puede sufrir, porque su rectitud, su prudencia, su exemplar piedad, es una muda condenacion de la licencia y del desórden de los mundanos: *Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius* (*Sap.* 2.). No siempre se explica así; pero nunca discurre de otra manera. Los disolutos miran á los virtuosos como censores importunos; este es el orígen de aquel desabrimiento, de aquel enfado, de aquella hiel que sienten contra los que profesan una vida arreglada, pura, santa, exemplar; de los cuales no es digno el mundo, y que son tan desemejantes á éllos; pero des-

pues de su muerte, cuando ya no los tienen presente, entra la memoria de su virtud á exîgir el tributo que se les debe, y entonces se les paga. Bien puede la virtud ser maltratada por algun tiempo; pero nunca pierde sus derechos.

El evangelio es del capítulo 1. de san Mateo.

Cum esset desponsata mater Jesu Maria Joseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu sancto. Joseph autem vir ejus cùm esset justus, et nolet eam traducere, voluit, occultè dimittere eam. Hæc autem eo cogitante, ecce angelus Domini apparuit in somnis ei dicens: Joseph, filii David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu sancto est. Pariet autem filium, et vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Estando desposada la madre de Jesus María con José, se halló preñada del Espíritu santo antes de haber estado juntos. José su marido siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dexarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á María por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espíritu santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesus: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas amable, ni mas digna de un corazon cristiano, y aun racional, que la piedad verdadera. Sola élla puede serenarle; élla es la que hace al cielo sereno, y al mar tranquilo, porque sus primeros golpes son á rendir al amor propio, y á sujetar las pasiones. El amor de Dios es su alma, y la perfeccion es su fruto.

La virtud comunica un resplandor que obscurece la falsa brillantez de este mundo. Élla sola basta para hacer frente á las desgracias. Es aquella piedra preciosa, que hace rico á quien tiene la dicha de encontrarla; es tesoro,

pero tesoro escondido. ¡O mi Dios, y qué poco se conoce el precio de la verdadera virtud! ¡qué pocos retratos se hacen que se la parezcan!

La verdadera devocion no es ceñuda, enfadosa, agreste, ni inurbana; su ayre no es austéro, ni desabrido; no consiste en excesos de un zelo arrebatado; aborrece el fausto y la ostentacion; no gasta escrúpulos, gestos, ni figurerías; ignora esas modales artificiosas, afectadas, y enteramente mundanas. Su carácter es el de una noble simplicidad, siempre igual, y nunca contraria á sí misma. Esta es la verdadera devocion. ¿Es esta la mia?

Enemiga de todo disfraz, gana el entendimiento por su rectitud, y conquista el corazon por su dulzura magestuosa, patente á todos en su modestia y en su ingenuidad. Es mas respetable cuando es mas humilde; y su mérito no depende ni del capricho, ni de las fantasías de los hombres; nada mas independiente del humor que la verdadera virtud.

Léjos de seguir aquellas sendas extraordinarias, que muchas veces descaminan, y distante de aquellas ideas presuntuosas, que siempre fomentan el orgullo, encuentra en las obligaciones mas comunes de su estado un camino seguro, firme y sólido para arribar á la mas elevada perfeccion.

Es grande injuria de la virtud imaginar que sea propia de élla la rusticidad, porque tal vez se encuentre en los que hacen profesion de devotos. La incivilidad es defecto: luego le condena la verdadera virtud. A la verdad, la devocion no afecta ciertas modales ceremoniosas de cortesanía, pero tampoco olvida las mas mínimas atenciones de la verdadera urbanidad. La devocion atenta cultiva y pule el espíritu mas rústico y mas grosero. ¡Qué efectos no produce en un corazon cristiano y en un alma pura! ¡qué dulzura, qué paz se encuentra en un corazon donde reyna Dios! ¿cuándo lo experimentaré yo, dulce Jesus mio?

PUNTO SEGUNDO.

Considera el retrato que hace san Pablo de la verdadera devocion, haciendo el de la perfecta caridad, y exâmina despues si el tuyo concuerda con este original.

La caridad, dice el Apóstol, *es paciente, es dulce, es benéfica, no es envidiosa; nada hace contra razon, no es ambiciosa; no es hinchada, ni desdeñosa; no busca su propio interes: de ninguno piensa mal; anticípase á hacer todo bien; siempre humilde, siempre oficiosa; de nada presume, jamás se encoleriza; todo lo sufre con paciencia y todo lo excusa con caridad.*

Esto quiere decir que una persona sólidamente virtuosa, un hombre verdaderamente devoto, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion; un hombre siempre severo consigo, que á sí mismo nada se perdona, al mismo tiempo que extremadamente dulce y apacible para los demas excusa todas sus faltas; bueno sin afectacion, condescendiente sin baxeza, oficiosa sin interes, observante sin escrúpulo, y contínuamente unido á Dios, sin que le cueste violencia; con baxo concepto de sí mismo, con grande estimacion de los demas, porque en los otros solo mira las virtudes que los adornan, y en sí solo considera las miserias á que está sujeto. Siempre contento, y siempre igual: porque como sola la voluntad de Dios es la medida de sus deseos, y la regla de su conducta, siempre hace lo que Dios quiere, y siempre quiere lo que Dios hace.

¿Te conoces á tí mismo en este retrato? Este es el de los devotos verdaderos. ¿Mas es por ventura el tuyo? Quisieras sin duda gustar los frutos de la verdadera devocion; ¿pero qué es lo que haces para recogerlos? En san José encuentras un gran protector, y un gran modelo de la verdadera virtud. Mira su amor á la castidad, y acuérdate que Dios gusta de almas puras. Considera su humildad, su dulzura, su mortificacion, su recogimiento interior, su perfecta sujecion á la voluntad de Dios, su tierno amor á Cristo y á María. Todas estas virtudes son inseparables de la verdadera devocion.

¡Ah, Señor, y qué desproveido me hallo de éllas! ¡Y cómo siento, cómo conozco mi necesidad! Pero todo lo espero de la poderosa proteccion de san José; en su nombre os pido aquella pureza, aquel recogimiento, aquella mortificacion, aquella humildad, basa de todas las virtudes. Os pido vuestro amor, pero un amor tierno y constante; os pido una gran ternura para con vuestra santísima

Madre; os pido en fin la verdadera devocion, que es la herencia de vuestros escogidos.

JACULATORIAS.

In omnibus requiem quæsivi, et in hæreditate Domini morabor. Eccli. 24.

Habiendo buscado en todas partes mi paz y mi quietud, solamente la hallé cuando viví de asiento en la casa del Señor.

Pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. Philipp. 4.

Aquella paz de Dios, que es superior á todo cuanto se puede pensar, posea y guarde nuestro corazon y nuestro entendimiento en nuestro Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

Siendo tan provechosa para nosotros la proteccion de los santos, no es razon mirarla con indiferencia. Si tanto apreciamos y aun cultivamos la gracia de los que están cerca del príncipe, y le deben su confianza, ¿con qué ansia debemos aspirar á merecer la proteccion de los que están mas elevados en la gloria, son mas validos, y tienen mayor poder con Dios? Infiere de aquí la devocion que debes profesar á san José. ¿Qué santo mas poderoso con Cristo y con la Vírgen, que el que en cierto sentido verdadero fue padre del úno, y esposo de la ótra? El que retirando á Egipto al niño Jesus, salvó, por decirlo así, al mismo Salvador. Confia en la poderosa intercesion de este gran Santo, pero no omitas diligencia alguna para merecerla. Ningun año dexes de confesar y comulgar el dia de su fiesta; solemnízala con tu familia. Invócale cada dia con alguna oracion particular. Tómale por tu abogado para toda la vida; en las horas encontrarás muchas oraciones en reverencia de san José; rézalas todos los dias, si puedes hacerlo buenamente; y cuando no, á lo menos no dexes de rezarlas los miércoles de cada semana, por ser este el dia que parece haber consagrado á san José la devocion de los fieles. Apenas habrá lugar donde no hay

alguna iglesia, ó á lo menos alguna capilla dedicada á san José. Los carmelitas y las carmelitas descalzas, animados con el espíritu de su santa Madre, celebran en todas partes con mucha solemnidad la fiesta del santo Patriarca; procura asistir á élla y ganar las indulgencias concedidas á los que visitan sus iglesias. Ten en tu cuarto la imágen de san José, y escógele por particular protector de tu familia, inspirando contínuamente á tus criados, á tus hijos, y á los que están á tu cargo una entera confianza, tierna devocion y respeto singular á san José.

2 No hay en el mundo estado ni condicion que no pueda, y aun deba tomarle por su protector. Los grandes, porque fue de sangre real; los casados, porque tambien lo fue con la santísima Vírgen; los pobres oficiales, porque fue un pobre carpintero. Los mendígos y despreciados hallarán en él un verdadero padre. Los caminantes experimentarán su proteccion en sus viages, cuyas incomodidades y peligros experimentó el mismo Santo en los que hizo á Egipto y á Nazareth. Por lo que toca á la vida interior, á la verdadera devocion, y á la castidad, se puede decir que san José fue el modelo de los que la profesan. ¿Y qué devocion no deben tener á este gran Santo todas las personas religiosas? Finalmente, san José es abogado especial de la buena muerte, habiéndose fundado con autoridad apostólica debaxo de su nombre y proteccion muchas piadosas congregaciones y cofradías para ayudar á los moribundos en aquel momento crítico. Procura alistarte en alguna de éllas, y cumplir exâctamente con sus obligaciones. La buena muerte es la obra máxîma de toda la vida. ¿En qué otra hora necesitamos mayores auxîlios? ¿y qué consuelo haberlos merecido para entonces por medio de una tierna devocion con este gran Santo, cuando siempre se experimentan los efectos de su poderosa proteccion en aquella postrera hora? Pide á Dios todos los dias la gracia final, y pídesela por intercesion de san José.

DIA VEINTE.

San Joaquin, padre de la santísima Vírgen.

Pudiera al parecer extrañarse que los evangelistas no hubiesen hablado del gran patriarca san Joaquin, si el Espíritu santo no nos tuviera ya prevenidos por el Eclesiástico (*cap.* 11.) que á los padres nunca mejor se les conoce que por los hijos, y que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre. Por tanto, no parecia muy necesario que la sagrada historia nos hiciese individual relacion de las grandes excelencias, y de las eminentes virtudes de san Joaquin, cuando bastaba acordarnos que habia sido padre de la madre de Dios y abuelo del Salvador del mundo. Búsquense títulos mas llenos, ni mas magestuosos; fórmense ideas mas elevadas de grandeza; imagínense dictados de nobleza superior, ni que incluyan elogio mas significativo.

Es cierto que san Joaquin fue de sangre real, como lo fue san José, de quien era deudo inmediato. Su familia descendia originariamente de Judea; pero reducida al estado de pobreza, por particular providencia del Señor, que no quiso fuesen los parientes del Salvador de otra condicion que él, estaba como obscurecida; y habiéndose domiciliado en Nazareth despues de algun tiempo, era comunmente reputado por familia galilea. San José fue carpintero, y san Joaquin trataba en ganados y en lanas.

Parece que habia nacido con el Santo la piedad. Aún no se ha habia visto en el mundo hombre de vida mas ajustada: la rectitud, la modestia y el amor á la religion, eran en él característicos, y mereció á todos el concepto de hombre extraordinariamente virtuoso. A impulso de este fondo de piedad y de religion, buscó cuidadosamente para esposa suya la doncella mas virtuosa y mas cabal de toda la nacion: siendo santa Ana la que el cielo le habia destinado, previniéndola desde la

cuna con aquellas abundantes gracias que la hicieron digna abuela del Salvador; y dando con su mano toda la dicha y toda la felicidad á san Joaquin, fue el mas perfecto modelo de la elevada santidad en el estado del matrimonio.

El de los dos santos Esposos fue dichosísimo, no pudiendo ser mayor la conformidad de genios, de dictámenes y de inclinaciones. El único objeto de sus ansias era Dios; sus deseos, sus fervorosos suspiros eran por la venida del Mesías; y ocupado su corazon de este anhelo, pasaban en oracion y en retiro todo el tiempo que les permitian las indispensables atenciones del estado. Revelósele á santa Brígida, como élla misma lo asegura, que san Joaquin y santa Ana estaban tan inflamados en el fuego del divino amor, que ninguna cosa era capaz de mitigar sus ardores. Fueron, dice, dos astros brillantes, cuyo resplandor, aunque encubierto con la obscura nube de una condicion humilde, deslumbraba á los mismos ángeles, embelesaba, por decirlo así, á todo el cielo con aquella inocencia; con aquella pureza de vida tan exâcta, como poco comun.

Habia muchos años que san Joaquin y santa Ana vivian en la dulce paz, union y exercicio contínuo de virtud, que tanto edificaban al pueblo, cuando quiso el Señor que saliese aquella misteriosa vara del tronco de Jesé, de que habla el profeta Isaías (*cap.* 11.), y que se dexase finalmente ver la aurora tan deseada, que habia de preceder al nacimiento del sol.

Es opinion comun, que ya Joaquin y Ana iban declinando hácia la vejez, y todavía se hallaban sin sucesion; esterilidad, que reputada entonces por una especie de maldicion del cielo, y por la desgracia mas afrentosa que podia caer sobre una familia, pues por élla perdia para siempre la esperanza de emparentar con el Mesías, tenia bastantemente humillados y desatendidos á los dos santos Esposos. Y aun hay quien asegure, que como en cierta ocasion quisiese san Joaquin acercarse al altar para presentar su ofrenda, uno de los sacerdotes le desvió de él con desprecio, como indigno de participar los privilegios que gozaban los que no estaban como señalados de la mano de Dios; mortificacion que humilló

mucho á nuestro Santo. Y como la edad, y aun mas que élla, su género de vida, segun dice santa Brígida, los tenia mucho tiempo habia desesperanzados de tener hijos, se contentaban con gemir secretamente en la presencia del Señor, y rendidos á su voluntad, solamente le pedian lo que fuese de su mayor gloria.

Creese que el cielo consoló á los santos Eposos con la revelacion de que tendrian una hija, que sería bendita entre todas las de su sexô, y que Dios queria servirse de élla para la salvacion de Israel. Pero sea lo que fuere, es cierto que tuvieron por fruto de sus oraciones á la santísima Vírgen, que librándolos con su nacimiento de la ignominia de estériles, hizo á sus padres las dos personas mas felices, y las mas respetables del mundo.

"Fue David, dice san Epifanio (*de laud. B. M. V.*) »rama de la raiz de Jesé, como lo fue la Vírgen del tro»no de David. Su padre san Joaquin y su madre santa »Ana, cuidando únicamente de agradar á Dios con la »pureza de su vida y con el exercicio de todas las vir»tudes, produxeron el precioso fruto de la santa vírgen »María, que fue templo, y madre de Dios. *Joachim por»rò, Anna, et Maria, hi tres Trinitati palàm sacrifi»cium offerebant.* ¡Qué sacrificio tan agradable ofrecian »cada dia á la santísima Trinidad estas tres santas per»sonas, Joaquin, Ana y la Vírgen! El nombre de Joa»quin significa *preparacion del Señor*, como el de Ana »significa *gracia*; y á la verdad, ninguna fue mas seña«lada que la de dar á luz á la madre del Salvador.

»¡O afortunados esposos Joaquin y Ana! exclama san »Juan Damasceno (*in Nativ. B. M. V. orat.* 1.) ¡Cuánto »os debe el género humano por haberle dado á la que al»gun dia le habia de dar al Redentor del mundo! *Exulta »ta, Joachin*: gózate, Joaquin dichoso, pues te ha nacido »una hija que ha de ser madre del prometido Mesías. *O »beatum par Joachim, et Anna! ac profecto ex ventris »vestri fructu immaculati agnoscimini!*" ¡O felicisimo par, »Joaquin y Ana! Ningunas maravillas por extraordinarias que fuesen, ningunas acciones por grandes que se celebrasen; ningunos prodigios de virtud que de vosotros se refiriesen nos harian formar idea mas superior de vuestro mérito, que sola la cualidad augusta de padres

de la madre del mismo Dios. No hay grandeza, no hay dignidad en la tierra que no sea inferior á este glorioso título. Por la excelencia del fruto se conoce la del arbol, y por la de la santísima Vírgen vuestra extraordinaria santidad.

Nada se sabe con certeza, ni del tiempo, ni de la edad en que murió san Joaquin. Cedreno asegura que vivió hasta los ochenta años; pero lo que parece probable, puesto que no se hace mencion de él en el evangelio, es que debió morir antes que la Vírgen se desposase con san José.

Andres Cretense, arzobispo de Jerusalen, en el elogio que hace de san Joaquin y santa Ana, dice que luego que nació la santísima Vírgen, la llevaron sus bienaventurados padres al templo, y en él la consagraron al servicio de Dios, como fruto de sus oraciones despues de tan larga esterilidad; y que habiendo vivido despues algunos años san Joaquin, terminó en fin su inocente vida con una muerte preciosa en los ojos del Señor. Y como todo el consuelo y todo el tesoro que tenian era el de su querida hija, hallándose ésta dedicada á Dios en el templo, se cree, que para estar mas cerca de élla, se vinieron sus padres á residir á Jerusalen, en cuya ciudad rindió su dichoso espíritu san Joaquin entre los brazos de santa Ana y de la Vírgen. Era grande la devocion que le profesaban los cristianos del Oriente ya desde el cuarto siglo de la Iglesia; y si en el Occidente tardó algun tiempo mas en extenderse, no cede hoy á la iglesia griega en la veneracion de este grande Patriarca; pues serán pocos los pueblos de la cristiandad donde no haya erigido aras á Joaquin la confianza de los fieles, y donde los singulares favores que por su intercesion dispensa el cielo cada dia, no acrediten lo mucho que importa acudir á él en todas las necesidades, y no dexar se pase dia alguno sin rendirle algun obsequio. Los que viven en el siglo deben profesarle particular devocion, y los religiosos le deben venerar como perfecto dechado y protector particular de la vida interior y retirada. Muéstrase en Colonia la cabeza de san Joaquin, y en Bolonia de Italia otras reliquias del Santo, las que se creen legítimas por una piadosa tradicion.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui præ omnibus sanctis tuis beatum Joachim genitricis Filii tui patrem esse voluisti: concede, quæsumus; ut cujus festa veneramur; ejus quoque perpetuò patrocinia sentiemus: Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que entre todos los santos escogiste al bienaventurado san Joaquin para padre de la Madre de tu Hijo, suplicámoste nos concedas que experimentemos perpetuamente la poderosa proteccion de aquel cuya fiesta hoy solemnizamos: Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capít. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia IV, folio* 75.

NOTA.

„No sin razon se llama *Eclesiástico*, esto es, *libro* „*que predica*, el libro de donde se sacó esta epístola. ¿Qué „libro hay mas doctrinal ni sentencioso? ¿qué se pudiera „decir de los ricos que fuese mas eficaz ni significativo „que lo que se dice en esta epístola? Vale élla sola por „un sermon entero.

REFLEXIONES.

Asombro es que sea tan gran maravilla encontrar un hombre rico que conserve la inocencia en medio de la abundancia, y que no ponga su confianza en los tesoros: *Qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Qui est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.* Siendo las riquezas liberal dádiva de la mano del Señor, ningunos debieran servirle con mayor reconocimiento, ni con mayor fidelidad que los ricos. Siempre debia triunfar la virtud de la opulencia. ¿El que tiene mas medios para ser bueno, no tiene mas obligacion de ser santo?

No obstante sucede todo lo contrario. Los mas poderosos, los de mayores conveniencias no siempre son los mas cristianos; líbralos su opulencia de las miserias de la vida: ¿pero exîmelos por ventura de las leyes del evan-

gelio? ¿y el que tiene mas bienes de fortuna que ótros adquiere acaso derecho para tener menos piedad y menos religion?

Amotínase la misma razon natural contra esta proposicion; ¿pero no hay sobrado motivo para hacerla? El licencioso desórden de costumbres; la disolucion del corazon y el espíritu; la poca religiosa conducta de la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo, sus insulsas bufonadas en materia de religion; el menosprecio que hacen de puntos bien esenciales de la ley; su profanidad, su fausto, su fiero orgullo, todo esto no nos da derecho para preguntar, ¿si los nobles, si los ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana; y si la desigualdad de condiciones en el mundo supone, ó infiere alguna diversidad de obligacion en órden á guardar los mandamientos de la ley entre los que profesan una misma religion?

Pero á menos que se ignoren los principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que sus leyes son universales, esto es, que obligan á todos, y en todos los estados? No hay mas que un evangelio; luego no hay mas que una ley. Las máxîmas de Jesucristo son invariables; no hay condicion, no hay estado que á proporcion no esté sujeto á éllas; ninguno que esté absolutamente exênto de guardarlas. Hay en el cielo muchas mansiones, es verdad; pero el camino que conduce á éllas substancialmente es uno solo. El príncipe y el vasallo, el rico y el pobre están obligados á la misma pureza de costumbres, si profesan la misma fe, las mismas máxîmas, los mismos consejos y los mismos preceptos. Y si en esta variedad de estados se hace lugar á alguna interpretacion mas benigna, ciertamente no es en favor de los ricos. A los grandes necesariamente ha de costar mas el salvarse que á los humildes y miserables; porque donde hay mas estorbos que vencer, es preciso hacerse mayor violencia. Las riquezas no ensanchan el camino estrecho que conduce al cielo, antes le embarazan. La grande dificultad que un rico tiene de salvarse, nace de la grande facilidad que la abundancia le ofrece para perderse. Todo lo ha de temer el que lo puede hacer todo.

El evangelio es del capítulo 1. de san Mateo.

Liber generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham, Abraham genuit Isaac. Isaac autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Judam, et fratres ejus. Judas autem genuit Phares, et Zaram de Thamar. Phares autem genuit Esron. Esron autem genuit Aram. Aram autem genuit Aminadab. Aminadab autem genuit Naasson. Naasson autem genuit Salmon. Salmon autem genuit Booz de Rahab. Booz autem genuit Obed ex Ruth. Obed autem genuit Jesse. Jesse autem genuit David regem. David autem rex genuit Salomonem ex ea, quæ fuit Uriæ. Salomon autem genuit Roboam. Roboam autem genuit Abiam. Abias autem genuit Asa. Asa autem genuit Josaphat. Josaphat autem genuit Joram. Joram autem genuit Oziam. Ozias autem genuit Joatham. Joatham autem genuit Achaz. Achaz autem genuit Ezechiam. Ezechias autem genuit Manassen. Manasses autem genuit Amon. Amon autem genuit Josiam. Josias autem genuit Jechoniam, et fratres ejus in transmigratione Babylonis. Et post transmigrationem Babylonis, Jechonias genuit Salathiel. Salathiel autem genuit Zorobabel. Zorobabel autem genuit Abiud. Abiud autem genuit Eliacim. Eliacim autem genuit Azor. Azor autem gegenuit Sadoc. Sadoc autem genuit Achim. Achim autem ge-

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abrahan. Abrahan engendró á Isaac: Isaac engendró á Jacob: Jacob engendró á Judas y sus hermanos: Judas engendró de Tamar á Fares y Zara: Fares engendró á Esron: Esron engendró á Aran: Aran engendró á Aminadab: Aminadab engendró á Naason: Naason engendró á Salmon: Salmon engendró de Rahab á Booz: Booz engendró de Ruth á Obed: Obed engendró á Jessé: Jessé engendró á David rey: David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (muger) de Urías: Salomon engendró á Roboam: Roboam engendró á Abias: Abias engendró á Asa. Asa engendró á Josafat: Josafat engendró á Joran: Joran engendró á Ozías: Ozías engendró á Joáthas: Joáthas engendró á Achaz: Achaz engendró á Ezequías: Ezequías engendró á Manasés: Manasés engendró á Amon: Amon engendró á Josías: Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos en la transmigracion de Babilonia. Y despues de la transmigracion de Babilonia Jeconías engendró á Salathiel: Salathiel engendró á Zorobabel: Zorobabel engendró á Abiud: Abiud engendró á Eliazin: Eliazin engendró á Azor: Azor engendró á Sadoc: Sadoc engendró á Achin: Achin engendró á Eliud: Eliud engendró á Eleazar: Eleazar en-

nuit Eliud. Eliud genuit Eliazar. Eliazar autem genuit Mathan. Mathan autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

gendró á Mathan: Mathan engendró á Jacob. Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

MEDITACION.

De la devocion á los santos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cuando se pretende alguna gracia de un príncipe, nunca sobran los amigos, y siempre se hace la corte á los que tienen mas crédito con el soberano.

No se puede dudar que los santos son los valídos de Dios, y que su intercesion es de gran provecho á los que la imploran. Siendo tan favorecidos del Señor, no puede dexar de oirlos; y siendo tan perfecta su caridad, no pueden mostrarse insensibles á nuestras necesidades, ni hacerse sordos á nuestras súplicas. Como tan poderosos con el Padre de las misericordias, han de tener mucha parte en la distribucion de sus gracias, y su intercesion no puede ser indiferente. Hallándose ya su corazon enteramente satisfecho, saciados sus deseos, colmados de todos los bienes, y herederos de la fuente de todos por la posesion del mismo Dios; todo el valimiento que logran con el Señor, le han de emplear en favor nuestro; pues nos miran como á hermanos suyos, y como á futuros ciudadanos de la corte celestial. ¡O buen Dios, y qué grande debiera ser nuestra devocion con estos amigos vuestros! ¡qué frecuentes nuestras visitas, qué contínuas nuestras solicitaciones á estos favorecidos del supremo Juez! ¿Si temerémos cansarlos con nuestras súplicas? ¿pero no sabemos que muchas veces se hace mérito aun de la misma importunidad en implorar su proteccion? A la verdad, todos los favores que esperamos han de venir de Jesucristo, que es el único manantial de todas las gracias; pero por la intercesion de los santos, y sobre todo por la Reyna de todos

éllos, podemos esperar, no obstante nuestra indignidad, tener parte en sus misericordias.

Por la intercesion de la Vírgen hizo Cristo el primer milagro, y en atencion á los judíos que se le rogaron, se dignó baxar á casa del Centurion. Aun para dar salud á los enfermos parece esperaba á que los apóstoles se lo pidiesen y se lo rogasen mucho. ¡Y será posible que no cultivemos protectores tan poderosos y amigos tan necesarios!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si Dios atendió tanto á la intercesion de los justos, que aún vivian en el mundo, ¿qué no concederá á la de los que ya residen con su Magestad en el cielo?

Aunque estaba tan irritado con aquellas cinco ciudades abominables que habian llegado al último punto de la maldad, está pronto á perdonarlas, con tal que se hallen en éllas solos diez justos. ¿Pues cuánta será, Dios mio, vuestra condescendencia con aquella bienaventurada muchedumbre de justos que hay en el cielo, con los cuales teneis vuestras delicias, y á cuya intercesion nada sabréis negar?

Pero no es solo el crédito que tienen con Dios lo que debe excitar nuestra devocion y animar nuestra confianza; su mérito, su zelo, su caridad y el eminente puesto á que se hallan sublimados en la gloria, han de servir tambien de motivo á nuestra devocion, á nuestra ternura y á nuestro respeto.

Las alhajuelas mas despreciables, las mas viles que sirvieron á los santos se hacen preciosas y respetables por la santidad de los que las usaron. ¿Qué virtud mas purificada ni mas brillante que la suya? ¿qué mérito mas seguro ni mas cumplido, qué perfeccion mas eminente ni mas sublime, qué dignidad del mundo que no sea muy inferior á la que éllos gozan? Los mayores monarcas de la tierra se tienen por dichosos en adorar sus reliquias. Y en medio de títulos tan augustos, en la elevacion de aquel alto grado de gloria, ¡qué celo el suyo por nuestra salvacion, con qué compasion miran nuestras miserias! ¡Y nosotros no tendrémos con los santos mas que una devocion tibia, lánguida y desmayada! siendo por otra

parte tan activos, y aun tan ardientes en procurar el favor de los grandes, y en merecer su benevolencia. ¿Serános de gran provecho la proteccion de los grandes del mundo despues de nuestra muerte? ¿nos hará felices su gracia y su fervor? ¿acaso vale muchas veces lo que cuesta una mirada favorable de un ministro ó de un valído? A mucha menos costa podemos merecer la benevolencia y la poderosa proteccion de los santos. ¿Y cuánto nos importará conseguir la de un san José, la de un san Joaquin, la de la Madre del mismo Dios? ¿qué desvelos, qué diligencias no debiéramos aplicar para hacernos gratos á sus ojos, para merecer que nos mirasen con agrado? ¿quién podrá hacer por nosotros oficios mas importantes? ¿quién podrá con mas facilidad alcanzarnos mayores gracias?

Gloriosos santos, confieso que hasta ahora he merecido muy poco vuestra proteccion, por lo poco que os he honrado, y por lo menos que me he aprovechado de vuestros exemplos. Bien sé que para complaceros es menester imitaros; pero tambien sé que no os puedo imitar sin aquellos auxîlios que espero conseguir del Señor por vuestra intercesion. Espero que no me la habeis de negar, y espero tambien merecérosla por mi fiel correspondencia á la divina gracia, y por mi constante devocion á vosotros.

JACULATORIAS.

Mihi autem nimis honorificati sunt amici tui, Deus. Salm. 138.

¡O Señor, y cuántas honras, cuántos favores debo á vuestros amigos los santos!

Mirabilis Deus in sanctis tuis; Deus Israel ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ. Salm. 67.

¡Qué admirable es Dios en sus santos! Por su intercesion llena de bendiciones á su pueblo el Señor Dios de Israel.

PROPOSITOS.

No hay cosa mas conforme al espíritu de nuestra religion, ni de mayor provecho para nuestras almas, que la devocion de los santos y la confianza en su intercesion para con el Padre de las misericordias. Creo y confieso, dice san Basilio escribiendo al emperador Juliano, que la santísima vírgen María es madre de Dios, hónrola y venérola, como tambien á los santos apóstoles, profetas y mártires, y reconozco que por su intercesion me mira el Señor con ojos benignos, y derrama sobre mí sus bendiciones. Por tanto, así á éllos como á sus imágenes las venero y los respeto como me lo enseña mi religion; esto aprendimos de los santos apóstoles, esto practican todas las iglesias, y esto nos enseña una constante tradicion: *Confiteor Dei genitricem sanctam Mariam: suscipio veros et sanctos Apostolos, Prophetas, et Martyres, et ad Deum deprecationem quæ per eos mihi efficit misericordissimum Deum. Pro quo, et figuras imaginum eorum honoro. Specialiter hoc traditum est à sanctis Apostolis, et non prohibitum, sed in omnibus ecclesiis nostris eorum designari vel historias.* Profesa toda la vida una tierna devocion á los santos, con especialidad á la reyna de todos la santísima Vírgen, y á la sacra Familia. No es dudable que la honra que logró san Joaquin de ser padre de la Madre de Dios le habrá merecido en la gloria un lugar muy elevado, y que es grande su crédito y poder para con Dios; porque si el Hijo todo se lo concede á la Madre, parece que al Padre nada podrá negar la Hija. Hasta aquí para muchos ha sido un tesoro escondido la devocion de san Joaquin; y pues ahora le has descubierto tú, aprovecháte de él, y experimentarás quánto vale. Honra á este gran Santo con especial culto, poniendo debaxo de su poderosa proteccion á tu persona, á tu familia ó á tu comunidad; y rezándole todos los dias la oracion propia que se dice en la misa, con firme confianza que no habrá cosa que no alcances de Cristo y de María por intercesion de san Joaquin.

2 Es bien de extrañar que estando adornados los quartos y las salas de los cristianos de pinturas profanas, y

aun tal vez escandalosas, muchas veces no se vea en éllas el retrato de un santo ni una imágen de devocion. Y á vista de unas pinturas tan del genio de los gentiles y tan del estragado gusto de nuestro siglo, bien se pudiera dudar si los que hacen vanidad de semejantes adornos tienen el corazon y el espíritu de cristianos. No haya en tu casa sala, cuarto, pieza ni aun rincon donde no se registren algunas señales de tu religion y de tu piedad; porque las pinturas sagradas, dice san Gregorio Niseno, son mudas exhortaciones que despiertan al alma, y la excitan al amor de la virtud: *Solet enim etiam pictura tacens in pariete loqui, maximèque prodesse.* El enemigo de la salvacion es el que ha persuadido á los hereges que retiren de la vista todo aquello que puede servir de reprension á sus desórdenes y á sus errores; por lo cual no te debes contentar tú con tener pinturas devotas; sino que has de profesar muy particular devocion á los santos, con especialidad al que hubieres escogido, ó te hubiere tocado por protector tuyo de mes, á quien debes hacer cada dia algun obsequio, ó rezarle alguna breve oracion.

DIA VEINTE Y UNO.

S. Benito, abad y patriarca de las religiones monacales de Occidente.

San Benito, tan célebre en todo el orbe cristiano, luz del desierto, apóstol del Monte Casino, restaurador de la vida monástica en el Occidente, uno de los mas ilustres y de los mayores santos de la Iglesia, nació por los años de 480 en las cercanías de Nursia del ducado de Espoleto. Su nobilísima casa, una de las mas distinguidas de Italia, se hacia respetar en toda élla, así por sus enlaces, como por su grande riqueza. El padre, que se llamaba Eupropio, se cree que fue de la casa de los Anicios, y su madre, llamada Abundancia, era condesa de

Nursia. San Gregorio, que escribió la vida de nuestro Santo, dice que no sin misterio le llamaron *Benito*, por las grandes bendiciones con que le previno el Señor desde su nacimiento.

Nada hubo que hacer en inclinarle á la piedad, porque las primeras lecciones que se le dieron hallaron ya un corazon formado para la virtud. Desde luego se descubrió en él un buen ingenio, nobles inclinaciones, un natural tan docil, y tales señales de devocion, que á los siete años de su edad le enviaron sus padres á Roma para que se criase en aquella corte á vista del papa Felix II., que tambien se cree haber sido de la misma familia.

Hizo asombrosos progresos en las ciencias humanas por espacio de siete años que se dedicó á éllas; pero fueron mucho mas asombrosos los que hizo en la ciencia de la salvacion. Ya desde entonces se miraba como especie de prodigio su teson en la oracion, su inclinacion al retiro, su circunspeccion, y las penitencias que hacia en una edad que solo toma gusto á las diversiones y á los entretenimientos.

Pero sobre todo sobresalia en Benito la tierna devocion que profesaba á la Madre de Dios. Venérase todavía en el oratorio de san Benito de Roma la imagen de la santísima Vírgen, en cuya presencia pasaba muchas horas en oracion todos los dias; y asegura el beato Alano que delante de élla recibió del cielo extraordinarios favores.

Habiendo observado las licenciosas costumbres de los jóvenes de su edad y de su esfera, y conociendo los grandes peligros á que estaba expuesta su salvacion quedándose en el mundo, resolvió buscar seguro asilo á su inocencia en el retiro del desierto; y lleno del espíritu de Dios que le guiaba, salió de Roma siendo de solos quince años; llegó cerca de una aldea, llamada Afilo, donde habiendo hecho un milagro con el ama que le habia criado, y no habia querido apartarse de él, halló medio para escaparse secretamente de élla, y por sendas descaminadas se fue á esconder en el desierto de Sublago, á quince leguas de Roma.

Todo conspira á inspirar horror en aquella soledad; los peñascos escarpados, cuyas puntas se escondian á la vista, los precipicios espantosos, y un terreno seco, es-

téril é infecundo; pero el animoso Benito halló en élla dulces atractivos. Habiéndole encontrado cierto monge llamado Romano, le preguntó qué buscaba por aquellos desiertos, y respondiéndole Benito que un sitio donde sepultarse en vida para no pensar mas que en Dios, admirado Romano le enseñó cierta gruta abierta en una roca, parecida á una sepultura. En élla se enterró Benito, y Romano le traxo de su monasterio un hábito de monge, cuidando tambien de traerle algunos mendrugos de pan una vez á la semana.

No se pueden comprender las excesivas penitencias que hizo aquel esforzado jóven, héroe de la religion cristiana, desde los primeros pasos de su penosa carrera. Su ayuno era contínuo, su oracion casi perpétua; y como si no bastase para mortificacion de aquel cuerpecito tierno y delicado no tener mas cama que la dura peña, ni apenas otro alimento que insípidas y agrestes raices, se echó á cuestas un áspero cilicio, de que no se desnudó en toda la vida.

Estremecióse el infierno al ver tantas virtudes en el Joven solitario; y desde luego emprendió el enemigo comun á valerse de todo género de artificios para desalentarle. Dió principió á la batalla haciendo pedazos una campanilla pendiente de una cuerda larga con que Romano prevenia á Benito para que acudiese á recoger los mendrugos de pan que le descolgaba; pero la caridad, que es ingeniosa, halló arbitrio para continuar en su exercicio. A esto se siguieron ruidos, fantasmas, y otras cien estratagemas, que habiéndolas experimentado igualmente inútiles, acudió por último recurso á la tentacion mas vehemente y tambien mas peligrosa.

Burlábase Benito, lleno de confianza en Jesucristo, de todos los vanos esfuerzos del demonio, cuando la memoria ó la imágen de una doncella que habia visto en Roma, se le imprimió tan vivamente en la imaginacion, le inquietó tanto, y le apuró con tal vehemencia, que para librarse de élla se desnudó el santo Jóven con animoso denuedo, y corriendo á arrojarse entre una espinosa zarza, en élla se revolvió, y se revolcó hasta que el extremo dolor que sentia mitigó del todo los impetus del deleyte con que el tentador habia querido derribarle. Que-

dó para siempre vencido y avergonzado el espíritu impuro, y premió el cielo la generosa fidelidad de su siervo, concediéndole el singular privilegio de que no volviese á experimentar en adelante semejantes tentaciones.

Habia tres años que Benito vivia en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando quiso el Señor darle á conocer al mundo. A legua y media de su gruta, ó de su cisterna, habitaba un santo clérigo que en la víspera de Pascua habia hecho disponer comida algo mas abundante para el dia siguiente en honor de tanta festividad. Aquella noche se le apareció el Señor en sueños, y le dixo que al otro dia buscase á su siervo en el desierto, y le llevase á comer; hizolo así el buen sacerdote, y quedó atónito cuando se halló con un mancebo tan delicado, y vió la espantosa penitencia que hacia; y sin poderse contener, publicó lo que habia visto; siendo esta la ocasion de que comenzase la fama de Benito á divulgarse, y hacer ruido en el mundo.

Murió por este tiempo el abad del monasterio de Vicovarre entre Subrago y Tívoli; y habiendo nombrado los monges á Benito por superior suyo, aunque se resistió cuanto pudo alegando muchas razones, no fue oido, y le obligaron á encargarse del gobierno del monasterio. Pero apenas comenzó el santo Abad á querer enderezarlos por el camino estrecho de su profesion, cuando se arrepintieron de la eleccion que habian hecho; negáronle la obediencia, y aun intentaron quitarle la vida con veneno que le echaron en la bebida; mas al tiempo de sentarse el Santo á la mesa echó la bendicion, como acostumbraba, y al punto se hizo pedazos el vaso que contenia el veneno.

Conociendo Benito la perversa intencion de aquellos monges, y pidiendo á Dios los perdonase, renunció la abadía, y se volvió á retirar á su amada soledad, aunque no estuvo solo mucho tiempo; porque á la fama de su rara santidad concurrió de todas partes tan prodigioso número de gente con deseo de entregarse á su direccion y gobierno, que solo en el desierto de Sublago fundó doce monasterios, dándoles la regla que acababa de componer, dictada, digámoslo así, por el Espíritu santo.

Creciendo cada dia la reputacion de su virtud, ve-

nian á verle y á consultarle los mas autorizados senadores de Roma, entre los cuales Tertúlo traxo consigo á su hijo primogénito Plácido, de edad de siete años, y Equicio á Mauro, que tenia doce, rogando á Benito que se encargase de educarlos. Aplicóse á ello con tanto cuidado, que en poco tiempo de aquellos dos queridos discípulos suyos hizo dos grandes santos, habiendo Plácido derramado su sangre por Jesucristo, y siendo Mauro como el segundo fundador de la religion Benedictina en el reyno de Francia.

No hay virtud sin persecucion. Gobernaba la parroquia inmediata al desierto de Sublago un mal sacerdote, llamado Florencio, que no pudiendo sufrir tan heróicos exemplos de virtud, como muda reprension de los desórdenes secretos de su estragada vida, no contento con desacreditar cuanto podia el nuevo instituto, ni con perseguir al padre y á los hijos, intentó con diabólicos artificios armar infames lazos á la pureza de los monges. Juzgó el Santo que dictaba la prudencia ceder á la tempestad; y desamparando el desierto de Sublago, se fue al Monte Casino, donde el cielo le tenia prevenida una mies mas abundante, y donde al título de fundador de una religion tan célebre entre todas las que ilustran á la Iglesia del Señor, habia de añadir el de apóstol.

Habíanse como atrincherado entre las inaccesibles montañas del Casino algunas miserables reliquias del paganismo, adorando impune y públicamente al dios Apolo, en cuyo honor se conservaba un templo y algunos bosques á vista de la misma Roma cristiana. Encendido Benito de aquel espíritu que anima y forma los héroes del evangelio, ataca á la idolatría en sus mismas trincheras, derriba el templo, hace pedazos el ídolo, abrasa los bosques consagrados á las mentidas deidades, levanta sobre las ruinas del templo y del altar dos capillas, una en honra de san Juan Bautista, y otra en la de san Martin, y en pocos dias convierte á la fe á todos aquellos pueblos.

Armóse, dice san Gregorio, todo el infierno junto para detener las rápidas conquistas de nuestro Santo. Espectros horribles, ahullidos espantosos, terremotos, amenazas, incendio, granizo, piedra, de todo se valió el enemigo de la salvacion; pero de todo inútilmente. Sobre la

eminencia de aquella montaña fundó Benito el famoso monasterio de Monte Casino, venerado siempre como solar y centro de aquella célebre religion que brilla tanto en la Iglesia de Dios mas ha de doscientos años, habiendo dado á los altares mas de tres mil santos, á las diócesis un número casi infinito de insignes prelados, al sacro colegio mas de doscientos cardenales, á la silla apostólica cuarenta sumos pontífices, donde hasta el dia de hoy se admiran y se veneran en las célebres congregaciones de Cluni, de Monte Casino, de san Mauro, de san Vanes, de san Columbano (sin que á ninguna ceda la de España é Inglaterra) tan grandes exemplos de virtud, y escritores tan hábiles, tan sobresalientes en todo género de letras.

Aún no se habia acabado el nuevo monasterio cuando fue menester levantar otros muchos, siendo este el tiempo en que san Benito compuso, ó á lo menos perfeccionó aquella santa regla, cuya prudencia, sabiduría y perfeccion alaba tanto san Gregorio, habiendo merecido no solo la aprobacion, sino el respeto de toda la Iglesia.

Movida santa Escolástica, hermana de san Benito, así de los grandes exemplos de virtud, como de las maravillas que obraba el Señor por medio de su santo Hermano, determinó dexar el mundo, y encerrándose con otras doncellas en un monasterio distante algunas leguas de Monte Casino, fue tambien, con la direccion de nuestro Santo, fundadora de la vida monacal en el Occidente respecto de las mugeres.

No es facil referir ni todo lo que hizo Benito los trece ó catorce años que vivió en Monte Casino, ni todos los prodigios que se dignó Dios obrar por su ministerio. No solo poseia el don de milagros, sino que le comunicaba á sus monges; como lo experimentó Mauro, que se metió por una laguna, sin undirse en élla, á sacar á san Plácido por órden de su Maestro.

De todas partes concurrian tropas de gente á venerarle. Y deseando Totíla, rey de los godos en Italia, conocer á un hombre de quien publicaba la fama tantas maravillas, vino á verle; pero al mismo tiempo para probar si estaba dotado del don de profecía que tanto se celebraba, mandó á un caballerizo suyo que se vistiese de los

adornos reales y de todas las insigniás de la magestad; mas luego que Benito le vió con aquel equipage, le dixo con dulzura: *Dexa, hijo mio, esas insignias que no te convienen; y no te finjas el que no eres.* Asombrado Totíla de la maravilla, corrió á arrojarse á los pies del Santo, á los que estuvo postrado hasta que Benito le levantó; y habiéndole reprendido respetosamente los horribles estragos que habia hecho en Italia, le pronosticó cuanto le habia de suceder por espacio de nueve años, exhortándole á convertirse; y diciéndole que al décimo iria á dar cuenta á Dios de toda su vida. Verificó el suceso toda la profecía del Santo, y procediendo Totíla en adelante con mayor moderacion y humanidad, no cesaba de publicar la virtud del siervo de Dios.

Siendo san Benito la admiracion de todo el mundo, y respetándole los sumos pontífices, los emperadores y los reyes como el asombro de su siglo, vivia en el monasterio como si fuera el último de los monges. Solo se valia de su autoridad para exercitarse en los oficios mas humildes, y para exceder en mucho la austeridad de la regla. No obstante que el Señor parece habia puesto debaxo de su dominio á todo el infierno, y que la misma muerte le obedecia, era con todo eso humildísimo, teniéndose por el mas mínimo de todos los monges, y acreditando con su proceder que así lo creia. Pronosticó el dia de su muerte, y se dispuso para élla con nuevo fervor y exercicios de penitencia. Seis dias antes mandó abrir la sepultura; y en fin, el sábado antes de la dominica *in Passione*, á los 21 de marzo del año 543, siendo de solos sesenta y tres años no cumplidos, pero consumido de los trabajos y mortificaciones, lleno de méritos, y logrando el consuelo de ver extendida su religion en Sicilia por san Plácido, en Francia por san Mauro, y en España, Portugal, Alemania, y hasta en el mismo Oriente por otros discípulos suyos, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador en la misma iglesia de Monte Casino, donde se habia hecho conducir para recibir el santo Viático.

En el mismo punto que espiró, dos monges que vivian en dos monasterios muy distantes, vieron un camino muy resplandeciente, que daba principio en Monte Casino, y terminaba en el cielo; y al mismo tiempo oye-

ron una voz que decia : *Este es el camino por donde Benito, siervo amado de Dios, subió á la gloria.* El cuerpo del Santo estuvo por algunos dias expuesto á la veneracion de sus hijos y de todo el pueblo, y despues fue enterrado en la sepultura que él mismo habia mandado abrir; donde se conservó hasta el año 580, en que fue destruido el monasterio de Monte Casino por los lombardos, como lo habia profetizado el mismo Santo, quedando sepultadas entre sus ruinas aquellas preciosas reliquias. Dícese que el año 660, habiendo pasado á visitar el Monte Casino san Aigulfo por órden de san Momol, segundo abad del monasterio de Fleuri, llamado hoy *san Benito sobre el Loyva*, tuvo la dicha de desenterrar aquel tesoro, y trayéndole á Francia, le colocó en su monasterio, donde se adora con singular veneracion, honrando el Señor las sagradas reliquias con los innumerables milagros que hace cada dia.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Benedicti abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Benito abad nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor..

La epístola es del cap. 45. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XIX, fólio* 355.

NOTA.

»Toda esta epístola, sacada del capítulo 45 del Ecle»siástico, es un epílogo de la vida de Moyses, cuyo ca»rácter describe en pocas palabras; y viene tambien co»mo nacida á san Benito, porque es igualmente un com»pendio de su admirable vida.

REFLEXIONES.

In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum: hízole santo por su fe y su mansedumbre. Nunca es estéril una fe viva; es como el alma del justo; le hace obrar, y le hace vivir; siempre acompañan á sus luces benignas influencias. Presto es santo el que tiene una viva fe. ¿De dónde nace la floxedad en el servicio de Dios? ¿de dónde la poca fuerza que nos hacen las verdades mas terribles de la religion? ¿de dónde el poco gusto á la penitencia? de que se cree con mucha tibieza. *Al que cree*, dice el Salvador (*Marc.* 5.), *todas las cosas son posibles*; y se pudiera añadir, que tambien fáciles. Mas que el amor propio se estremezca; mas que la razon se violente; mas que se asusten los sentidos: *Nolite timere, tantummodò crede.* No temas, cree, y será tuya la victoria. Ciertamente cuando la fe nos representa con viveza aquellas verdades eternas; cuando nos desenvuelve aquellos misterios sobrenaturales; cuando nos pone á la vista con la mayor claridad aquellos objetos superiores á las limitadas luces de todo entendimiento criado, las nieblas del espíritu humano se disipan, las ilusiones caen y se desvanecen. Entonces se conoce que las brillanteces del mundo son falsas, que sus flores son caducas, que casi todas son artificiales. Entonces se descubre como es la virtud, ó por mejor decir la santidad, aquella afortunada region, que lejos de devorar á sus habitadores, los sustenta, los enriquece, los colma de delicias; es una tierra por donde corren rios de leche y miel: *In fide ipsius sanctum fecit illum.* No es posible creer como se debe, y no ser santo. Usa san Pablo de esta palabra cuando escribe á los fieles. Y á la verdad, ¿cómó es posible creer la encarnacion del Verbo, la vida y muerte del Salvador, todo lo que hizo y padeció por redimirnos, y tratarle con indiferencia? ¿cómo es posible creer aquel infierno eterno, aquellas llamas inextinguibles, aquellos tormentos infinitos en severidad y en duracion, y encontrar amargura en la penitencia, y deleyte en el pecado? *La fe*, dice san Juan, *es aquella victoria que triunfa del mundo.* Ella es la que sujeta las pasiones, y la que hace pedazos las mas dulces y las mas fuertes

prisiones. A la claridad de sus rayos se descubren los lazos que arma el tentador á la virtud; se quita la mascarilla, quedando á cara descubierta sus capciosos artificios; y finalmente, se solicita un asilo á la inocencia, buscándole en los cláustros, y aun en los mismos desiertos. La fe hizo ingeniosos, hizo sabios á los santos; sea la nuestra tan viva como la suya, y con el auxîlio de la divina gracia serémos tan dichosos y tan santos como éllos.

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit.

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre, ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la felicidad de los santos en el cielo.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué energía promete el Salvador á los que le sirven magníficas recompensas; ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada, eterna en la otra. ¿Has formado alguna vez con-

cepto cabal, ó á lo menos no desproporcionado de lo que es esta felicidad eterna? De ningun modo.

Concibe, si es posible, qué dicha es la de los bienaventurados en el cielo. Es tal, que nada de lo que se diga es bastante para explicarla, y nada de cuanto se haga es suficiente para merecerla.

No hay en el mundo cosa que nos pueda hacer comprender los bienes que gozan; pero hay demasiadas que nos hagan conocer los males de que estan exêntos. ¿Quieres comprender la felicidad de la otra vida? Pues sábete que está exênta de todas las miserias de ésta. Dolores, tristezas, enfermedades, miedos, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está para siempre desterrado de aquella mansion feliz. Ninguna desazon, ninguna molestia tiene entrada en aquella santa ciudad. Reyna en la Jerusalen celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, qué entendimiento humano podrá comprender las mas inefables dulzuras que gustan vuestros escogidos en el cielo!

No solo se logra allí todo cuanto se desea, sino todo lo que es menester para no tener mas que desear. El corazon está lleno; el alma satisfecha. Estan como inundados los cortesanos del cielo en un torrente, en un océano de purísimas delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la fuente misma de todos los bienes, es la posesion del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad imaginable. Hablando en propiedad; no es la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos; ese sería espacio muy estrecho, lugar muy ahogado; el alma de los bienaventurados es la que entra, es la que se anega, es la que deliciosamente se pierde, digámoslo así, en la alegría del Señor; esto es, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios.

Ciertamente, si un consuelo interior, si un favor del cielo un poco sensible causa dulzuras tan inefables aun en esta region de lágrimas, que quita la amargura á los mayores trabajos, hace ligeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires verdaderamente sientan gusto en medio de los mas crueles tormentos, ¿qué será en el cielo, donde los gustos, los consuelos, las delicias espirituales no se alambican gota á gota, sino que se dan

á inundaciones; donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer al alma feliz, y esto en recompensa de lo poco, de lo nada que se hizo por él? ¡O buen Dios, y qué liberalmente premiais á los que os sirven; qué proporcion hay entre lo que hacemos, y lo que nos dais!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué alegría producirá aquella vista clara y distinta, aquella vista íntima de un Dios, y de un Dios amigo, y de un Dios padre.

La posesion de los bienes criados cansa, porque como todo cuanto hay en este mundo es limitado, apenas se posee, cuando ya fastidia; pero siendo Dios de perfeccion infinita, cuanto mas se posee, mas deleyta. Los bienaventurados nunca se ven hartos; por una parte siempre satisfechos, por otra siempre ansiosos; *semper avidi*, *et semper pleni* (*Aug.*); pero una ansia que no es congoja, porque la misma saciedad excita, estimula el apetito.

En fin, los ojos no han visto jamas cosa igual á lo que tiene preparado el Señor para sus escogidos; los oidos nunca oyeron semejantes maravillas; ni la mas viva imaginacion es capaz de penetrar tan allá ni remontarse tan alto. Esta es una grosera idea de la eterna felicidad; esta será mi suerte; esta mi herencia si me salvo. ¿Puede ni debe tener mas digno objeto mi ambicion? ¿puede ni debe ser de mi gusto cualquiera otro deleyte? ¿puedo ni debo aspirar á mayor fortuna?

Imagina todo cuanto puede hacer á un hombre perfectamente feliz en este mundo. Junta todos los tesoros del universo; une todas las coronas de la tierra; la muerte, sola su memoria echa un jarro de agua en toda esta idea de felicidad.

En el cielo es donde se logra la dicha de ser perfectamente feliz; allí es donde se asegura no dexar jamás de serlo. El mundo se acabará; pasaránse millones de millones de siglos despues que ya no haya memoria de él; y no habrá colado ni un solo momento de aquella dichosa eternidad. ¡O mi Dios, y qué cosa tan dulce es poseeros sin miedo de perderos jamás! ¡qué recuerdo tan

suave, qué pensamiento tan delicioso! Tengo todo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha; se anega mi corazon en una alegría pura, perfecta, y esta alegría jamás ha de tener fin; yo me he salvado al cabo, yo soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto es lo que ahora piensa, y esto es lo que ahora dice san Benito con aquel infinito número de santos que ha dado al cielo su sagrada religion. ¿Hallarán ahora por su cuenta que el cielo les costó muy caro? ¿Se arrepentirán ahora de las penitencias, de las amarguras de su dichosa soledad?

Dios mio, ¿es posible que yo puedo ser todo esto; que puedo gustar todo esto; que yo puedo decir todo esto; y que no hago todo cuanto se puede hacer en el mundo para lograr algun dia la dicha de poder gustarlo, y poder decirlo? Vuestra gracia imploro, dulcísimo Jesus mio, vuestra gracia; porque desde este mismo punto comienzo á trabajar en este negocio sin intermision y sin cobardía.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡O mi Dios, y cuántas dulzuras teneis reservadas á los que os temen y os aman con fidelidad!

O quando dabitur lugentibus corona pro cinere, oleum gaudii pro luctu, pallium laudis pro spiritu mœroris! Isai. 61.

¡O Señor, cuándo llegará aquel dichoso dia en que la ceniza se convierta en corona, las lágrimas en óleo de alegría, y en vez de luto esté vestido de gloria!

PROPOSITOS.

Cuando la generosa madre de los siete hermanos Macabeos exhorta al menor de sus hijos á dar la vida valerosamente por la religion, á exemplo de sus hermanos, le decia estas palabras: *Peto, nate, ut aspicias ad cœlum... dignus fratribus tuis effectus particeps* (2. *Mach. cap.* 7.). Ruégote, hijo mio, que pongas los ojos en el cielo, y te hagas digno de merecer la diadema que ya adorna las sie-

nes de tus hermanos. Toma para ti este utilísimo consejo sumamente provechoso en las diferentes disposiciones del cuerpo, del corazon y del ánimo. Es la vida fértil en espinas, fecunda en mortificaciones, las que al parecer crecen con el riego de nuestro llanto. Aun cuando nos perdonaran la calumnia, la envidia y la persecucion, nuestras mismas pasiones serian nuestros tiranos. En medio de esas adversidades, cuando estés mas sitiado de trabajos, represéntate al mismo Salvador, que aníma tu desaliento con la esperanza del premio: *Peto, nate, ut aspicias ad cælum.* Una ojeada hácia el cielo, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso, de aquella gloria brillante, embota á las espinas las puntas, disipa los enfados, calma las inquietudes, tranquiliza el corazon agitado, y hace dulce hasta la misma amargura. Si la memoria sola de la muerte es bastante para quitar el gusto á los deleytes mas vivos, á los mas sobresalientes; la vista del cielo, la consideracion de la gloria que gozan en él los bienaventurados, no es menos propia para endulzar las aflicciones, para sobrellevar los contratiempos de esta vida. Haz la experiencia; y sírvete de este medio no solo para sufrir con resignacion tus trabajos, sino para consolar á los otros en los suyos.

2. Si quieres estar mas desprendido de la tierra, piensa frecuentemente en el cielo. Imita lo primero la industriosa piedad de aquel gran Príncipe que en los salones mas ostentosos de palacio, y en sus mas deliciosas magníficas casas de campo mandó poner esta inscripcion: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus*: No tenemos en este mundo mansion que sea estable; y así aspiramos á fixar nuestra habitacion en el cielo. Discurre y habla, lo segundo como aquel fervoroso Misionero, que consumido al afan de sus apostólicas fatigas, y al rigor de sus rigurosas penitencias, exhortándole á que por lo menos en la avanzada edad de ochenta años descansase ó moderase algo sus penosos exercicios, respondia: *Trabajemos por el cielo mientras estamos en este mundo; mortifiquémonos mientras vivimos, que harto lugar tendrémos para descansar en la eternidad.* Lo tercero, nunca celebres la festividad de algun santo ó santa, sin hacer reflexion á la felicidad eterna que estan gozando, y

considera que te estan diciendo: Nosotros fuimos lo que tú eres; en tu mano está con la divina gracia ser presto lo que nosotros somos; ten la misma fidelidad, y gozarás la misma suerte.

DIA VEINTE Y DOS.

El beato Nicolas de Flue, ó de la Roca, suizo.

El beato Nicolas, cuyo apellido de *Flue* en aleman corresponde en castellano al de la Roca, ó de la Piedra, nació el dia 21 de marzo del año 1417 en un pueblo de Suiza llamado Sásler, perteneciente al canton de Undéwal, uno de los siete católicos. Era su familia una de las mas nobles y de las mas antiguas del pais, distinguida entre los suizos en el dilatado espacio de mas de cuatrocientos años, no solo por una especie de bondad, que era como hereditaria en élla, sino por los primeros cargos de la nacion, habiendo estado muchas veces en la casa el empleó de landamán, ó gobernador de la provincia.

Dexó Nicolas tan presto de ser niño, que parecia haberse anticipado la piedad á la razon, así como la razon habia cogido las delanteras á la edad. Notóse desde luego en él un juicio tan maduro, un entendimiento tan claro, y una prudencia tan superior á sus años, que se creyó habia logrado el uso libre de la razon aun antes de salir de la cuna, contra las reglas ordinarias de la naturaleza.

A vista de tan felices disposiciones para la virtud, se dedicaron sus padres con particular cuidado á educarle en los piadosos principios de la religion; pero su bella índole no habia menester muchos preceptos. La natural devota inclinacion á todo lo bueno se anticipaba en Nicolas á todas las instrucciones, sin que en aquella edad hallase gusto en otra diversion ni entretenimiento, que en retirarse á hacer oracion, y leer vidas de santos. Eran bellos

frutos de su inocencia la sinceridad, la modestia y el candor; rendido siempre á sus padres, no tenia mas voluntad que la suya. Aunque era de complexîon debil, y de un ingenio extraordinariamente apacible para los demas, comenzó muy presto á ser duro y riguroso para consigo. Movido del exemplo de san Nicolas, cuyo nombre tenia, ayunaba regularmente cuatro veces á la semana, y mortificaba su delicado cuerpecillo con otras muchas penitencias.

Todas las riquezas de Suiza consisten en ganados, granjas, pastos, dehesas, por lo que en aquellos tiempos los hijos de las mas nobles familias se ocupaban en el inocente oficio de pastores. El grande amor que nuestro Nicolas profesaba á la soledad y á la oracion, le hacia hallar todas sus delicias en este apetecible oficio. La vista de los campos le inspiraba tanto amor al desierto, que desde luego se hubiera retirado á él si la total subordinacion á la voluntad de sus padres no sirviese de estorbo á la execucion de un intento tan conforme á su inclinacion y genio; pero queria el Señor que Nicolas fuese modelo á mas de una clase de personas en diferentes estados.

No obstante el deseo que tenia de mantenerse en el del celibato, se vió precisado á sacrificar su natural repugnancia en obsequio de la obediencia, y por condescender con sus padres, consintió en contraer matrimonio con una virtuosa doncella llamada Dorotea; y como era Dios el autor de esta dichosa boda, ni la union pudo ser mas estrecha, ni el matrimonio mas feliz. Pegáronse presto á Dorotea todas las virtuosas inclinaciones y todos los devotos exercicios de su Esposo; y á vista del arreglo de las costumbres, de las obras de caridad, de la concordia de las voluntades, del buen régimen y de la modestia de la familia, parecia su casa una casa de religion. Nicolas no afloxó en sus penitencias ordinarias, y su devocion iba creciendo cada dia.

Levantábase regularmente á media noche, y pasaba en oracion mas de dos horas. Encendíase mas y mas por instantes la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, la que parecia ser en él como otra naturaleza, siendo muy rara la conversacion en que no hablaba, como hombre verdaderamente arrebatado, de las excelencias, del poder y de la bondad de esta ternísima Madre

Traia contínuamente en la mano su rosario, que rezaba muchas veces cada dia, siendo esta la devocion de su cariño, y la que llenaba todos los espacios que le dexaban libres las demas ocupaciones. Era total su confianza con la soberana Reyna de los ángeles; y aun se dice que se le apareció visible muchas veces en el discurso de su vida.

Habiéndole favorecido el Señor con muchos hijos, dió á todos tan bella educacion, así con sus instrucciones como con sus exemplos, que tuvo el consuelo de dexarlos herederos, aun mas de virtudes que de bienes. Juan, su primogénito, y Gauterio, el tercero de sus hijos, fueron sucesivamente gobernadores de la provincia, y desempeñaron con honor este empleo: Nicolas, el menor de todos, fue uno de los mas exemplares sacerdotes de su tiempo; y toda aquella santa familia acreditó la eminente virtud de su bienaventurado padre.

Por las leyes del pais se vió obligado Nicolas á servir en la tropa por algun tiempo; y pareció que la divina Providencia le habia conducido al exército para contener las licencias de los soldados, y dar á todos exemplos raros de la perfeccion cristiana. Era naturalmente bravo, intrépido, y excelente oficial. Quisieron premiar sus virtudes y servicios elevándole á los primeros cargos y dignidades del pais; pero fue en vano, porque nunca pudieron vencer su humildad y su modestia. Mas no por eso estuvo ocioso, ni fue hombre inútil para el público; porque ademas del atento desvelo con que su ardiente caridad cuidaba de los pobres, así en los hospitales como en las casas particulares, era el árbitro de todas las diferencias, el iris de todas las disensiones, por el admirable talento de que fue dotado para conciliar los ánimos, cortar quimeras y sosegar inquietudes.

Pero aunque la vida de Nicolas era tan ajustada, siempre le daba en rostro el estrépito del mundo; y suspirando contínuamente por el desierto, no hallaba su inclinacion mas atractivo que el de la soledad. Resuelto en fin á romper los lazos que le aprisionaban, hizo á su esposa la proposicion, y ésta deseosa tambien por su parte de emprender vida mas perfecta y retirada, consintió gustosa en una separacion que los habia de unir mas estrechamente con el vínculo de un amor mas puro y mas acrisolado.

Libre ya nuestro Santo de los grillos que le detenian, al instante se desprendió de todo, y voló al desierto adonde Dios le llamaba. Salió secretamente de su pais, atravesó el canton de Berne, y llegó á los horrorosos despoblados de Mont-Jou, que separa los suizos del Franco-Condado. Pero representándole un paisano que si se alejaba tanto de su tierra le tendrian por algun fugitivo, vagamundo y delincuente, resolvió restituirse al canton de Undérwal, donde le deparó un desierto la divina Providencia, que siendo extraordinariamente horrible no podia dexar de sér muy de su gusto. Era una boca ó una obscura caverna abierta en una escarpada roca, cubierta toda de espinas, de piedras y de cascajo, que le servian de lecho, y al rededor brotaban algunas raices y yerbas silvestres que producia aquella tierra inculta, y este era todo su alimento.

No pudo sufrir el demonio por mas dilatado tiempo el fervor y la mortificacion del nuevo anacoreta, que renovando la santidad de los antiguos solitarios, resucitaba en Suiza los milagros de penitencia que habian cesado en Egipto. No es facil explicar las tentaciones, los artificios y los malos tratamientos con que el enemigo de la salvacion procuró desalentar á nuestro Solitario; pero fue siempre con mucha confusion y vergüenza del mismo tentador.

Habia algun tiempo que nuestro Nicolas vivia escondido en el desierto mas como ángel que como hombre, pasando algunas veces ocho dias enteros sin comer, y empleando casi todo el dia y toda la noche en oracion, cuando unos cazadores descubrieron aquel tesoro encubierto. Extendida por los pueblos de la comarca la fama de su rara santidad, concurrian en tropa á su ermita. Espantó á todos su penitencia; juzgóse que era excesiva, y se le obligó á moderar algo aquella dura severidad con la que apenas se comprendia cómo pudiese vivir.

Pero creciendo cada dia el concurso y la devocion de los pueblos, se tomó la resolucion de edificar al santo Ermitaño una celda y una capilla, á la que la piedad de los archiduques de Austria consignó suficientes fondos, así para su conservacion, como para la manutencion del capellan que la servia. La devocion de los fieles pudo mas

que la humildad del Siervo de Dios; y así no se pudo negar á hacerles algunas pláticas espirituales, que reformaron luego las costumbres, hicieron grandes conversiones, y fueron seguidas de muchas maravillas.

Estando para venir á las manos los tres Cantones de Bearne, de Lucena y de Zuric, luego que medió nuestro Santo se terminaron las diferencias, y se firmó la paz. No era facil resistirse á la voz de un hombre á quien Dios favorecia tan extraordinariamente, honrándole con el don de profecía y con el de milagros. Predixo con mucho dolor las calamidades que habian de suceder, y las heregías de Lutero, de Zuinglio y de Calvino, que habian de despedazar á los suizos y á toda la Alemania. Pronosticó muy de antemano el dia de su muerte, y se dispuso para élla con nuevos exercicios de oracion y de penitencia. Finalmente, el año 1487, á los setenta de su edad, habiendo pasado veinte en el desierto, lleno de virtudes y colmado de merecimientos, rindió su dichoso espíritu en manos del Criador el dia 21 de marzo, en cuyo mismo dia habia tambien nacido. El siguiente á su felicísimo tránsito fue conducido el santo cadáver con extraordinaria pompa á la iglesia de Salex ó de Sachlem, dedicada á san Teodúlo, donde se le dió sepultura. Los muchos milagros que desde luego comenzó á obrar el Señor en el sepulcro, le merecieron la veneracion pública de todos los Cantones, haciéndole célebre en Alemania, en los Paises-Baxos y en Francia. El año de 1510 fue solemnemente levantado de la tierra su sagrado cuerpo por el obispo de Lausana, y colocado en un magnífico sepulcro, creciendo cada dia el concurso de los pueblos, especialmente desde que la Silla apostólica aprobó y autorizó su culto. Hoy se guarda en el colegio de la Compañía de Lucerna como una preciosa reliquia su vestido, que en cierto dia se expone á la veneracion de los fieles.

La misa es en honor de este Santo: la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Nicolai confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, Señor, benigno á las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Nicolas, confesor tuyo, para que consigamos por su intercesion lo que no nos atrevemos á esperar de nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á los corintios, capítulo 13.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: Charitas non æmulatur, non agit perperàm, non inflatur, non est ambiciosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca su propio interes, no se irrita.

NOTA.

»Corinto, metrópoli de la Acaya, una de las principales ciudades de Grecia, habia sido el gran teatro del »zelo del apóstol san Pablo. Hallábase el Apóstol en Efeso, donde tuvo noticia de las diferencias que se habian »suscitado entre los fieles de Corinto con detrimento de »la caridad, y les escribio esta carta el año 57 de la era »vulgar.

REFLEXIONES.

La caridad es paciente, *charitas patiens est*; luego es inseparable de la verdadera devocion. Hemos menester soportar, no solo los defectos, sino hasta las mismas virtudes de aquellos con quien vivimos. Los defectos chocan á la razon y al amor propio: las virtudes irritan la envidia, y excitan la emulacion en un corazon donde no reyna la caridad.

Es la envidia la pasion de las almas baxas, de los entendimientos limitados y de los corazones corrompidos. Todo es preciso que sea el que tiene pesar del bien ageno,

Tener virtud es ofender á un envidioso, especialmente si la virtud es aplaudida. Basta tener mérito para enfadarle; la prosperidad agena le da en rostro. ¿Puede haber pasion mas injusta ni mas irracional? Las prendas de sus hermanos le irritan; su malignidad de ordinario solo se ensangrienta contra la virtud. Es un odio sombrío y enfadoso del mérito de los ótros. No habria envidiosos en el mundo, si el envidioso no conociera que habia otros de mas virtud y de mas mérito que él. ¿Puede haber pasion mas odiosa?

Mucho se engañará el que juzgare que podrá sosegar al envidioso obrando y procediendo bien; ninguna cosa le encona ó le irrita mas. Hasta la misma moderacion en la prosperidad le enfurece, y le hace mas picante. Lo que cautiva á ótros, á él le envenena; la modestia le choca, y la estimacion del ótro es su mayor tormento. Basta no ser infeliz para ser delincuente en su injusto tribunal.

Sospechas injuriosas, interpretaciones malignas, negras detracciones, calumnias, supercherías, desprecios; todo lo que pueda denigrar, todo lo que sea capaz de deslucir, todo sirve al envidioso. Es la envidia tan antigua como el mundo. Abél fue la primer inocente víctima que sacrificó á sus aras. No hay que cansarse en valde, porque jamás se reconciliará con los buenos. ¿Pero á éstos se les deberá dar mucho de una pasion tan despreciable, sobre todo desde que no respetó ni perdonó al mismo Salvador del mundo? *Sciebat quod per invidiam tradidissent eum*, dice el sagrado Historiador (*Matth.* 27.). La verdadera virtud es su enemigo irreconciliable; es siempre el escollo en quien se estrella.

El veneno con que procura emponzoñar las mas inocentes acciones, se forma siempre de la hinchazon de un corazon ulcerado, nunca se verá envidia sin orgullo; pero orgullo maligno y enemigo, que no tanto tira á engreirse él, como á abatir al ótro. No le anima el amor de la gloria propia, sino el dolor y la rabia de la agena. No hay, pues, que extrañar que la caridad destierre la envidia; lo asombroso es que haya envidiosos que juzguen tienen caridad.

El evangelio es del capítulo 9. de san Juan.

In illo tempore: Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nativitate: et interrogaverunt eum discipuli ejus: Rabbi, quis peccavit, hic, aut parentes ejus, ut cæcus nasceretur? Respondit Jesus: Neque hic peccavit, neque parentes ejus: sed ut manifestentur opera Dei in illo. Me oportet operari opera ejus, qui misit me, donec dies est: venit nox, quando nemo potest operari.

En aquel tiempo, pasando Jesus vió un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿quién tuvo la culpa de que éste naciese ciego, él, ó sus padres? Jesus respondió: Ni éste tuvo la culpa, ni sus padres: sino para que en él se manifiesten las obras de Dios. Conviene que yo haga las obras de aquel que me envió, en tanto que es el dia: viene la noche cuando ninguno puede obrar.

MEDITACION.

Del buen uso del tiempo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que esta vida es propiamente el dia en que debemos trabajar por el cielo, despues del cual viene la noche en que no es posible trabajar: *Venit nox quando nemo potest operari.* ¡Qué desgracia la de aquél que no empleó bien el dia!

No hay cosa tan preciosa como el tiempo de esta vida; no hay momento que no valga una eternidad; porque la dichosa eternidad es fruto de aquellas gracias que solo se nos dispensan en este presente tiempo. Aquella eterna felicidad, aquella gloria inefable que gozan los bienaventurados, aquel precio de la sangre del Redentor no es mas, digámoslo así, que recompensa del buen uso del tiempo.

Es tan precioso el tiempo, que todas las honras, todos los bienes del mundo no valen lo que vale un solo momento; y cuando se hubiera empleado no mas que un solo momento en pretender y en conseguir todos los bienes del mundo, si no se hubiera ganado mas, se pudiera decir con verdad que á los ojos de Dios, que juzga sanamente de las cosas, se habia perdido el tiempo.

No hay condenado en el infierno que si fuese dueño de todos los reynos del mundo no los diese todos al instante por lograr un solo momento de tantos como perdió en vanos pasatiempos, y de tantos como logramos nosotros, usando de éllos tan mal. Por tanto, es mucha verdad que cada momento que no empleamos por Dios, hacemos mayor pérdida que si hubiéramos perdido todo el universo.

Lo que los santos no podrán conseguir en toda la eternidad exercitando los actos mas perfectos de las mayores virtudes, que es merecer un nuevo grado de gloria, eso es lo que puedo yo hacer en cada instante con un solo acto de amor de Dios.

Lo que no podrán conseguir los condenados por toda la eternidad con su llanto, con su rabioso dolor, con sus horribles tormentos, que es aplacar la ira de Dios y obtener perdon del mas mínimo pecado, eso es lo que puedo hacer yo con un suspiro, con una lágrima cada momento y cada instante, con un solo acto de contricion perfecta y verdadera puedo conseguir el perdon de todas mis graves culpas.

¡Y qué, Dios mio, es posible que la eternidad feliz ó desgraciada pende del bueno ó del mal uso del tiempo! ¡es posible que nuestra salvacion solamente puede negociarse en este tiempo! ¡es posible que el número de nuestros dias está determinado, y que no hay cosa que corra con mayor velocidad que el tiempo! ¡y es posible que haya hombres que empleen este tiempo en vagatelas, que no sepan qué hacer del tiempo, que solo piensen en pasar, en gastar, en perder el tiempo! ¿Y no seré yo de este número?

Ah Señor, ¿y cómo he usado yo de este mismo tiempo? Los mejores dias de mi vida se han pasado ya, y se han perdido; el dia va ya en declinacion, la noche se acerca. ¡O qué multitud de reflexíones, mi Dios! ¡ó qué manantial de sustos, de temores y de arrepentimiento!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nuestra salvacion solo se puede negociar en el tiempo, y que todo el de nuestra vida únicamente se nos ha dado para que trabajemos en este grande nego-

cio. ¿Con qué economía debemos gobernar este tiempo, cuyos momentos son tan preciosos, cuya pérdida es irreparable?

¿Con todo esto nos causa gran dolor esta pérdida? ¿se mira como tal? ¡Ah, que el dia de hoy se llama diversion, partidas de gusto, negocios importantes, todo aquello que nos hace perder el tiempo! Exâminemos cómo hemos usado del tiempo nosotros mismos. ¿Le hemos dedicado, le dedicamos enteramente á trabajar en nuestro gran negocio?

Tiempo vendrá en que todo lo daríamos por lograr uno de aquellos preciosos instantes que hemos perdido, y que todavía queremos perder. ¡Qué dolor, buen Dios, qué desesperacion al ver que todo este tiempo se ha pasado, y todo este tiempo se ha perdido!

¡Ah si yo me hallára ahora (dirémos á la hora de la muerte) como me hallaba tal y tal dia, en que meditaba sobre el buen uso del tiempo! ¡si gozára la misma salud; si me viera en la misma edad, mi Dios, qué no haria! ¡Pero desdichado de mí! porque pensando entonces en el dolor que algun dia me habia de causar el no haberme aprovechado del tiempo, no me aproveché de este pensamiento, ni de esta gracia, ni de este tiempo. ¿La juventud, la calidad, el empleo, las riquezas, la abundancia, eran por ventura suficientes títulos para pasar una vida ociosa, divertida, inútil? ¿eran títulos para malograr el tiempo?

¡Qué discretas, qué prudentes fueron aquellas almas fieles que vivieron dias llenos; aquellos siervos de Dios que pasaron tan santamente sus dias! Considera al beato Nicolas en su casa, entre su familia, en el exército, en el desierto; ¡qué aplicacion á todas sus obligaciones, qué horror á toda ociosidad, á toda vagatela, qué santo uso del tiempo, qué vida tan arreglada, qué penitente!

Señor, yo me hago á mí mismo todos los cargos que estos fieles siervos vuestros, y vos mismo me haréis en órden á haberme aprovechado tan mal de un tiempo tan precioso. Haced con vuestra gracia que sean útiles, haciéndolos eficaces; y pues todavía os dignais concederme tiempo, voy desde este punto con vuestra misma gracia á emplear bien todos los instantes.

JACULATORIAS.

Dum tempus habemus, operemur bonum. Gal. 6.
Obremos bien, mientras tenemos tiempo.

Non defrauderis à die bono: et particula boni doni non te prætereat. Eccl. 14.
Mete en casa el buen dia, y no pierdas un momento del tiempo que Dios te da para trabajar en tu salvacion.

PROPOSITOS.

Al ver la vida ociosa, regalona, inútil de las gentes del mundo, y tal vez de no pocos eclesiásticos, ¿no se pudiera creer que aquel decreto irrevocable, *comerás el pan con el sudor de tu rostro hasta que vuelvas á la tierra de donde fuiste formado*, no debe hablar con todos, y que sin duda hay algunos privilegiados? Sin embargo, el decreto es universal, á ninguno exceptúa. No todos estan obligados á pasar una vida laboriosa y afortunada; es así, pero ninguno hay que tenga derecho á pasarla ociosa é inutil; la ociosidad y la holgazanería igualmente estan prohibidas al príncipe que al vasallo. Se pudiera decir que el dia de hoy basta á uno ser rico, ser hombre visible, ser persona de calidad, ocupar un puesto distinguido para tener derecho de perder el tiempo; lo único en que de ordinario se emplea es en la inquietud congojosa de no saber en qué perderle. Se hace una como ley, y aun tal vez se quiere tambien hacer mérito de no saber hacer nada. Una pobre muger á quien la fortuna del marido acaba de levantar del polvo de la tierra, creerá que se acreditaria de muger ordinaria si la vieran trabajar. Evita un vicio que es origen de otros muchos; pero advierte que se puede perder tiempo sin estar ocioso. La inutilidad de todo lo que no se hace por la salvacion es una ociosidad culpable. Sean tu principal ocupacion las obligaciones de tu estado. ¿Déxante algun lugar? pues no le dexes pasar ociosamente. Las obras de caridad, algun honesto exercicio manual, la oracion, la leccion de libros devotos ó útiles son ocupaciones dignas de una persona cristiana. Hasta en las recreaciones, en los desahogos del ánimo y

en las visitas has de huir la ociosidad. La labor siempre parece bien en las manos de una señora cristiana. En el lenguage de la sagrada Escritura la rueca y el huso tuvieron lugar en el elogio de la muger fuerte. Y no se alegue que esto se opone á la atencion y á la buena crianza; porque las leyes del siglo nunca pueden derogar las máxîmas de la religion. Se han visto y se ven el dia de hoy señoras de la primera grandeza, princesas soberanas de mérito muy distinguido que no saben estar sin alguna labor en las manos, en tiempo y circunstancias en que mugeres de esfera bien humilde creerian ser contra su estimacion que se las viese trabajar.

2. Pero dirás que en llegando á tal estado, en hallándose uno en tal constitucion, en arribando á tal edad, ya no sabe qué hacerse. ¿Pues qué no tienes alguna obligacion á que atender, alguna buena obra en que exercitarte, ni alguna devocion que cumplir? ¡Es posible que hay pobres enfermos en los hospitales; hay pobres vergonzantes en esas casas; hay miserables en esas cárceles, en esos calabozos; es posible que está Jesucristo dia y noche en esos altares, y que haya cristianos que digan no saben qué hacerse! Y es bien digno de notarse que cuando tenemos mas tiempo para amar á Dios y para servirle, entonces puntualmente es cuando decimos que no sabemos qué hacernos. Porque cuando uno está sitiado y como sufocado de negocios temporales; cuando pasa dias enteros en el juego y en las diversiones; cuando solo trata de ofender á Dios, y de perder su alma, entonces jamás se cansa; siempre le falta tiempo. Mira con un santo horror la ociosidad, y haz que todos tus dias sean llenos. Procura que sean útiles hasta tus mismos inocentes desahogos, acompañándolos siempre con algun acto de virtud. ¿Vas á hacer visitas que juzgas necesarias ó convenientes? pues comienza por la del santísimo Sacramento. La leccion espiritual nutre el alma, y las visitas de los pobres en las cárceles y en los hospitales nutren la caridad. Es ocupacion muy digna de una señora cristiana emplear el tiempo y las manos en trabajar por los pobres. Nunca está ocioso el que conoce lo que vale el tiempo; el que es verdaderamente cristiano.

DIA VEINTE Y TRES.

San Liberato, médico, y sus compañeros mártires.

A Gensérico, rey de los vándalos en África, uno de los mas crueles perseguidores de la religion cristiana, sucedió en la corona su hijo Hundérico, que dexó muy atras la crueldad de su padre en la guerra que declaró á los cristianos. Llegó á ser furor su caprichosa obstinacion en el arrianismo. Dió principio á la persecucion mandando desterrar á cuatro mil novecientos y sesenta y seis gloriosos confesores, consagrados todos al ministerio de los altares; hizo demoler ó profanar un prodigioso número de iglesias; quitó la vida con los mas horribles tormentos á mas de cuatrocientos mil mártires, entre los cuales fue u no de los mas ilustres nuestro san Liberato.

Era natural de Cartágo, médico hábil y de virtud tan exemplar, que era tenido por padre de los pobres, y estimado entre los católicos por zelosísimo defensor de la pureza de la religion. Publicóse un decreto del impío Rey en que mandaba que se sacase á los hijos de las casas de sus padres para ser educados en el arrianismo, y tuvo Liberato el dolor de ver arrancar de sí á dos hijos suyos, que amaba tiernamente, aunque al mismo tiempo logró el consuelo de verse él mismo desterrado por la religion católica con lo restante de su familia.

Sentia vivamente hallarse privado de sus dos hijos, no tanto por el grande amor que los profesaba, cuanto por el piadoso temor de que siendo tan tiernos se dexasen engañar de los halagos, ó cediesen al miedo de los tormentos del Tirano. La consideracion de este peligro le penetró el corazon de manera que ya se asomaban las lágrimas cuando su muger, tan generosa cristiana como el marido, pero quizá mas varonil, advirtiendo la impre-

sion que hacia en sus paternales entrañas esta durísima separacion de los hijos, le habló de esta manera: ¿Pues qué, Liberato, quieres perder tu alma por el amor desordenado de tus hijos? No pienses en éllos mas que si jamás hubieran nacido en el mundo. Jesucristo, por cuyo amor nos los arrancan de nuestros brazos, tendrá cuidado de éllos, y no permitirá que se rindan á la malignidad del Tirano. ¿No los oyes como ya gritan con todas sus fuerzas: *Nosotros somos cristianos*? Consolémonos, pues yo siento no sé qué firme confianza en el Señor de que ha de aceptar el sacrificio que le hacemos de estas inocentes víctimas.

Alentado Liberato con el espíritu que le infundió su muger, quedó con el ánimo enteramente tranquilo, sin pensar mas que en disponerse á consumar su propio sacrificio, al que estaba destinado por la barbaridad de los hereges. Estos que habian sido testigos de la magnanimidad de su heróica muger, pusieron á los dos en cárceles separadas, y no perdonaron á tormentos ni sacrificios para derribar la constancia de úno y ótro.

Desesperados de pervertir á aquellos generosos confesores de Jesucristo, acudieron como en triunfo á la cárcel de la muger, y la dixeron que ya su marido se habia rendido en fin á las órdenes del Rey, y abjurando la fe católica, se habia declarado por arriano. Atónita la santa mnger al oir una noticia tan no esperada, la que revistió la artificiosa malignidad de los hereges con cuantas circunstancias podian hacerla menos inverisímil: *Permitidme*, dixo, *que le vea, y entonces veré yo tambien lo que he de hacer*. Sacáronla de la cárcel, y conduxéronla al tribunal donde habia de ser exâminada. Apenas entró en la sala cuando vió en élla á su marido cargado de cadenas; corre á él intrépida sin poderse contener, y preocupada de lo que habia oido, ¿*Es posible*, le dixo, *miserable y desdichado apóstata, que tu impiedad ha sido tanta, y tanta tu cobardía, que al fin has renegado de tu Dios? ¡Qué! ¿por una momentánea satisfaccion temporal has querido perecer eternamente? ¿de qué te servirán, infeliz, tus riquezas? Los bienes que poseerás por pocos dias, esas honras sin substancia con que te lisonjean, ¿te librarán por ventura de las llamas eternas? ¿Y qué equi-*

valente encontrarás á la pérdida de tu alma? Iba á proseguir en su bien sentida reprension, inundada toda en un mar amargo de fervorosas lágrimas; cuando Liberato, que desde luego penetró el artificio de los hereges, mirándola con serenidad, la respondió apaciblemente: "Bien conozco por lo que acabo de oir, que los enemigos »de Jesucristo han sido tan malignos, que te han persuadido á que yo he abandonado la fe, y tú tan facil, »ó tan simple que los has creido. Sosiégate, y haz reflexîon á que estas cadenas, que mas me honran, que me »bruman, son los mas abonados fiadores de lo que creo. »Soy católico por la gracia de Dios, y con élla ninguna »cosa será capaz de hacerme mudar de religion. Siendo »tan naturales á todo herege la impostura y la calumnia, »no podian dexar de ser muy ordinarias á los arrianos; »pero todo lo hemos sacrificado por amor de Jesucristo: espero que este divino Salvador nos dispensará la »gracia de que terminemos presto nuestra carrera por el »martirio."

Habiendo triunfado así la fe católica á vista del Tirano en la gloriosa confesion de Liberato y de su santa muger, fueron los dos sentenciados á perder la vida entre los mas crueles suplicios en compañía de otros generosos confesores de Cristo, que se la hacian tambien en la misma prision. Executóse la sentencia; y los que no en públicos cadahalsos, murieron en el destierro á manos tanto mas crueles, cuanto mas lentas, del hambre y de la miseria.

San Vitor, obispo de Vite, historiador y testigo de aquella sangrienta persecucion, refiere el martirio de un niño de siete años, que arrancado de los brazos de la madre, á pesar de las violencias que le hacian aquellos bárbaros, gritaba sin cesar: *Yo soy cristiano*, *yo soy cristiano.*

El mismo Santo añade, que un miserable arriano, llamado Toucar ó Teucario, lector que habia sido de la Iglesia, y maestro de capilla, pero entonces apóstata de la fe, viendo entre los muchos eclesiásticos que salian desterrados á doce niños de coro que habian sido sus discípulos, quiso detenerlos, lisonjeándose de que los haria apostatar ya con amenazas, ya con caricias, que en aque-

lla edad suelen ser mas peligrosas; pero ni uno ni otro fue bastante á hacerlos titubear en la fe. Mostráronse intrépidos á vista de los mas horribles tormentos; y ni los halagos, ni las engañosas promesas de los hereges pudieron jamás contrastar la valerosa constancia de aquellos tiernos, pero generosos confesores de Cristo. Por mas que los molieron á palos, cubriéndolos de lastimosas heridas; por mas que de cuando eu cuando se las renovaban con nuevos y exquisitos tormentos, se conservaron inmobles en la fe; y siendo probable que espiraron al rigor de los suplicios, *la iglesia de Cartago*, continúa el mismo Autor, *los honra con tierna devocion, y los respeta como doce apóstoles pequeños. Su feliz suerte es igual en el cielo; viven juntos en aquella dichosa vida que jamás ha de tener fin; y juntos cantan tambien las alabanzas del Señor, glorificándose en entonarlas por toda la eternidad.*

La misa es del Comun de los mártires, y la oracion es la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in tua confessione cognovimus; pios in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos piadosos en nuestro patrocinio á aquellos gloriosos mártires que veneramos valientes en tu firme confesion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. del libro de la Sabiduría.

Dixerunt impii: Opprimamus pauperem justum, et non parcamus viduæ. Circumveniamus ergo justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis, et diffamat in nos peccata disciplinæ nostræ. Factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum.

Dixeron los impíos: Oprimamos al justo que es pobre, y no perdonemos á la viuda. Pongamos, pues, asechanzas al justo, porque para nosotros es inútil, y es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la ley, y propala contra nosotros los defectos de nuestra doctrina. Se ha hecho para nosotros censor de nuestros pensamientos.

NOTA.

"Los mas célebres padres de la Iglesia, y entre »éllos san Agustin, hablan del libro de la Sabiduría, »que los griegos llaman *la sabiduría de Salomon*, co- »mo de un libro en que particularmente se dexa como »palpar el Espíritu santo en cada palabra; pero el texto »hebreo de este libro ha muchos siglos que no pa- »rece."

REFLEXIONES.

Oprimamos al justo, porque es un censor incómodo, importuno, hasta de nuestros mismos pensamientos con la pureza de sus costumbres y con la arreglada conducta de su concertada vida: *Opprimamus justum... quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis.* Estos son todos los motivos de queja que dan los buenos á los impíos; esto lo que pone de tan mal humor á los disolutos contra los devotos. La virtud se hace intolerable al que no la tiene.

Que una virtud fingida, superficial, afectada y aparente irrite los ánimos, y mueva la indignacion de todo el mundo, cosa justísima; no la hay mas puesta en razon. Los hipócritas son la abominacion de Dios, y deben ser la exêcracion de todo hombre de bien. Pero que se haga la guerra á la verdadera piedad; que la virtud cristiana padezca una especie de persecuciones en medio del cristianismo; es de aquellas cosas que solo la experiencia pudiera hacerlas creibles, y que igualmente se oponen á la religion que á la razon.

Una dama jóven, por exemplo, palpando la vanidad de los frívolos pasatiempos del mundo, alumbrada de luces superiores, y movida eficazmente de la divina gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡Buen Dios, qué molestas quemazones tiene que sufrir, qué duras mortificaciones que padecer, qué insulsas, qué mordaces censuras que tolerar! Mucho cuesta la victoria de las pasiones; pero no siempre es esto lo que cuesta mas. Una virtud tierna y recien nacida nunca está mas á prueba que cuando se ve expuesta á las malignas, á las satíricas zumbas

de los disolutos; y lo que se hace aún mas sensible, á los indiscretos reparos de los que pasan plaza de devotos.

Pero suceda por desdicha lo contrario. Otra dama moza de la misma edad y circunstancias, engañada miserablemente de las brillantes apariencias que embelesan, de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo alimenta vanamente á los que le sirven, entre por el camino ancho de la perdicion, y se entregue aturdidamente á las perniciosas máxîmas del mundo, nadie habla palabra; á poco ó nada que sobresalga en aquellas prendas sin substancia, tan del gusto de los mundanos, como peligrosas para la salvacion, se la aplaude y se la alaba. Sus padres son los mas ardientes en fomentar su pasion, mas que cueste lo que no hay el mantener su profanidad y aumentar su brillantez, la familia es la primera que celebra su resolucion. ¿Sobresale en el bayle, en la contradanza? Todos á competencia la llenan de lisonjas, mientras una virtud exemplar enfada, da en rostro, y no pocas veces es asunto de risa. ¿Brilla uno en el mundo? esto es, ¿se pierde con bizarría, y mete mucho ruido? Eso es tener entendimiento, discrecion, espíritu, habilidad y mérito. Pero suceden á esas modales orgullosas y desenfadadas otras modales circunspectas, encogidas y modestas; es falta de espíritu; es obra de hipocondría; es baxeza de ánimo; es pusilanimidad; es cortedad de entendimiento. Si los gentiles discurriesen y obraran así, harian lástima á cualquiera hombre de razon; pero que los cristianos, iluminados con las luces de la fe, instruidos en la escuela de Jesucristo, razonen y procedan de esta manera, es un misterio de iniquidad, en que se pierde el entendimiento; pero que ya se comprenderá demasiadamente bien á la hora de la muerte.

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Trademini à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus propter nomen meum;

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Sereis entregados por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y á algunos de vosotros darán muerte: y sereis odiosos á to-

et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

dos por mi nombre; pero no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia ganareis vuestras almas.

MEDITACION.

De las contradicciones que deben esperar los justos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque sean muy amargas las mortificaciones que se padecen desde que se toma la séria resolucion de dedicarse á la virtud sólidamente, ninguna cosa es mas útil á los virtuosos que esta multitud de contradicciones; ninguna les es mas saludable. Ellas sirven de antídoto contra el veneno del amor propio, y nada conduce mas para quitar las fuerzas, y para corregir la lozanía de las pasiones.

El remedio, á la verdad, es amargo; pero es eficaz. Cosa dura es ser el objeto de la malignidad, de la zumba y de la risa del corazon humano. Si entre todos los partidos que se pueden abrazar fuera el peor el de la virtud, ¿pudiéranse encontrar en él mas contradicciones ni tropiezos? Á excepcion de algunos pocos hombres de juicio que alaban tu resolucion, y aplauden secretamente tu buen gusto, ¿cuántos inicuos censores, cuántos críticos malignos interpretan siniestramente tus mejores acciones, atribuyendo á ligereza, á despique, á desayre de la fortuna, á vanidad, á despecho el motivo principal de tu reforma? Y lo que aún parece mas extraño, es que falta poco para que se atribuyan á la devocion todos los males de la vida. Así la muger y los amigos de Job achacaban á su piedad una buena parte de las calamidades que le sucedian. Si una persona virtuosa padece algun quebranto en la salud, luego se echa la culpa á lo que madruga, al mucho tiempo que se está en la iglesia, á lo retirada que vive, á lo que se mortifica; y estará un mundano gastando y arruinando las mejores fuerzas en la caza, en el bayle, en los excesos, y en mil perniciosas fatigas capaces

de destroncar á un bronce, sin que nadie chiste, ni se le ofrezca á alguno prevenirle que echa á perder su salud. No hay que admirarse; el mundo solo ama á los suyos, y aborrece mortalmente á los que no son del mundo. Estas contradicciones son el mayor panegírico de los virtuosos. No es mas el siervo, que su señor. Y si Jesucristo fue el blanco de las contradicciones; ¿qué siervo de Dios estará exênto de éllas? ¡O mi Dios, y qué poco he comprendido, pero qué menos he gustado este misterio!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la virtud de los buenos, no solo tiene mucho que padecer de la licencia de los disolutos; permite Dios para acrisolarla mas que la exerciten tambien aquellos mismos que debieran admirarla mas, siendo sus defensores, y aun sus modelos. No se hicieron los privilegios para los mas fervorosos, las exênciones y los cariños se reservan ordinariamente para los imperfectos. ¡Cosa extraña! cada uno juzga que tiene derecho para exercitar la virtud de los buenos; hasta el mas vil de esos hombres perdidos se atreve á tomarse la libertad de probar tu sufrimiento y tu espíritu.

Se pesan todas las palabras; se critican todas las acciones; se interpretan todas las intenciones; cada cual se hace juez hasta de los pensamientos; y al mismo tiempo que todo se les disimula á los imperfectos, todo se acrimina, nada se les perdona á los fervorosos. Á la verdad, esta injusticia, esta iniquidad trastorna la razon; pero considera que ninguna cosa contribuye tanto á la perfeccion de una alma piadosa, como la solícita, la maligna vigilancia con que tantos la espían, resueltos á no perdonarla el mas mínimo descuido. Sin razon se miran estas persecuciones domésticas, estas contradicciones, como molestos estorbos, que hacen mas áspero el camino de la virtud: son espinas, no se puede negar; pero al mismo tiempo son cercados que embarazan la entrada á todo animal, á toda fiera enemiga que pudiera hacer daño en el sembrado.

Jamás hubiera llegado el patriarca José á ser la segunda persona de Egipto si sus hermanos no le hubieran

perseguido. Las virtudes brillantes y aplaudidas son de ordinario superficiales y poco sólidas. Los climas donde reyna una perpétua primavera no suelen ser fecundos sino en flores y en hojas; á los inviernos mas dilatados y mas ásperos suelen ordinariamente corresponder unos otoños muy abundantes de frutos.

Si queremos comprender el valor y el mérito de esas pequeñas cruces, no perdamos de vista á los que fueron nuestros modelos. ¿Qué santo hubo sin persecuciones? ¿qué alma fervorosa sin contradicciones? Aquellos héroes cristianos, de quienes no era digno el mundo, todos fueron maltratados. Regocijáos, dice el Salvador, cuando os tocare tan dichosa suerte; porque esas pruebas y esas cruces son prendas del premio que os aguarda.

¡O Dios mio, y qué poco he comprendido hasta aquí un misterio tan lleno de consuelo! ¡qué digno de compasion es el que es del gusto del mundo! No, Señor, ya no tendré por desgracia las adversidades ni las persecuciones. Asistidme con vuestra gracia, para que de hoy en adelante me aproveche de éllas como debo.

JACULATORIAS.

Placeo mihi in contumeliis, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. 2. Cor. 12.

Tan lejos estaré, mi Dios, de quejarme de las persecuciones que padeciere por servirte, que de hoy en adelante serán todo mi consuelo.

Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me. Job. 17.

Como yo esté, Señor, á vuestro lado, poco se me dará de que todo el mundo y todo el infierno se armen contra mí.

PROPOSITOS.

Hijo mio, dice el Espíritu santo, *cuando te resuelvas á servir á Dios, mantente firme en la justicia y en el temor, y disponte para padecer muchas pruebas y muchas contradicciones.* No te quejes, pues, estando tan

prevenido, si te trataren con desprecio y con desvío, luego que te declaras por el partido de la devocion. Toda virtud lisonjeada bastardea. Esas escarchas en el pais de la virtud son mas útiles de lo que se piensa.

El frio y los vientos purifican el ayre y matan los insectos, que en temperamento mas blando acabarian con todo. No des motivo á los imperfectos para desacreditar la devocion con tus extravagancias, con tus indiscreciones, con tu inmortificacion, ni con tu rusticidad; pero cuando te tuvieren por importuno y por ridículo, porque eres regular; cuando te censuraren porque cumples con tu obligacion, porque eres circunspecto, reservado, religioso, y porque arreglas tus costumbres por la pauta del evangelio, bendice al Señor, y guárdate bien de afligirte. Si yo fuera del gusto de los malos, decia san Pablo, no lo sería del de mi divino Maestro. *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.* Fortalécete contra tu sensibilidad y contra tu delicadeza; y en adelante ten por insigne favor esas pequeñas amarguras, porque son excelente antídoto contra el veneno de las pasiones. Resuélvete desde hoy á ser fiel en esto, y ten contínuamente en la memoria aquellas palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati* (1. *Petr.* 3.): Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.

2 La persecucion es útil á la virtud; pero los perseguidores son dignos de compasion. Guárdate tú de aumentar el número de éllos con tus zumbas poco cristianas, ó con tu desprecio de los virtuosos. Antes has de procurar se tenga entendido que tu estimacion, y tu especial cariño se reserva únicamente para éstos. ¿Tienes criados, hijos ó súbditos? ¿ocupas algun puesto, dignidad ó empleo sobresaliente? Sépase que en tus inferiores no aprecias ni el ingenio, ni los talentos, ni otras prendas brillantes, cuando no las sirve de basa la virtud. ¿Tienes que proveer algun cargo, que hacer alguna gracia, que dispensar alguna gratificacion? Pues sea siempre en favor de los mas virtuosos; y entiendan todos, que éstos han de ser siempre los preferidos. Si se tuviera este debido cuidado, especialmente respecto de los hijos, de los domésticos y de los inferiores, no harian tantos progresos la indevocion y la licencia. En presencia de éllos habla siempre

con particular elogio del mérito de la virtud, y sea tu misma conducta la prueba mas eficaz de lo mucho que la aprecias. Alaba en todas ocasiones á los virtuosos y á los exemplares; y cuando estés delante de tus hijos haz estudio de celebrar la modestia, la devocion, la compostura de otros de su misma edad. Ninguna cosa es mas perjudicial á la perfeccion religiosa, que las particulares exênciones con que los superiores suelen atender á los mas imperfectos, al mismo tiempo que no hacen caso, y aun atropellan á los mas fervorosos.



DIA VEINTE Y CUATRO.

Santa Catalina de Suecia, vírgen.

Santa Catalina, hija de Ulfon de Guthmarson, príncipe de Nericia en Suecia, y de la célebre santa Brígida, nació al mundo por los años de 1330. Quiso su santa Madre criarla á sus mismos pechos, y de esta manera la bendita Niña mamó la devocion con la leche. Parece que se anticipó en élla á la edad el uso de la razon. Desde la cuna no tuvo otra inclinacion que á la virtud, habiéndosela notado un sumo horror á todo lo que podia lastimar aun levemente la modestia, y no pudiendo darla mayor gusto que enseñarla á tener oracion.

Apenas la destetaron, cuando su santa Madre, observando en la Niña tan bellas disposiciones hácia la piedad, la entregó á la exemplar abadesa de Risberg, para que á su vista se educase en su religioso monasterio. Siendo de siete años, como un dia se hubiese estado jugando con otras niñas, en tiempo que debiera estar haciendo labor, aquella noche recibió en sueños una reprension tan severa, que despertó atemorizada, y deshaciéndose en lágrimas para castigar aquel ligero gusto, prometió no volver jamás á divertirse en ningun género de juego, lo que cumplió exâctamente toda la vida.

Fue Catalina una de las mas celebradas hermosuras de su tiempo; y su vivacidad, su modestia y su eminente

virtud la merecieron el concepto universal de ser la mas cabal princesa de su siglo. Por eso luego que llegó á edad proporcionada, se declararon pretendientes de su mano los mayores señores de todo el reyno; y el Príncipe su padre, sin consultar la inclinacion de la Hija, ni tener atencion á la resuelta determinacion que habia tomado de consagrar á Dios su virginidad, la dió por muger á Egardo, uno de los primeros próceres de Suecia.

En virtud del humilde rendimiento con que siempre habia estado sujeta á la voluntad de sus padres, se contentó Catalina con representar el deseo que tenia de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo; pero no fue atendida. Llena de confianza en la Reyna de las vírgenes, dió su consentimiento sin dar su corazon que habia consagrado á Dios; esperando que este Señor la guardaria, conservándola el soberano honor de esposa suya.

Con efecto, el mismo dia de la boda habló la Santa á su Esposo con tanta elocuencia, con tanta energía y con tanta gracia sobre el valor y mérito de la castidad, y le supo ponderar tan vivamente la dicha de conservar esta preciosa virtud aun en el estado mismo del matrimonio, que prevenido Egardo de la divina gracia, se dexó persuadir, y desde aquel mismo punto hicieron ambos voto de perpétua castidad, y de vivir como ángeles en una santa union conyugal.

Premió el Señor aquel acto tan heróico con extraordinarios favores. Derramó desde luego en sus puros corazones aquella celestial uncion, que llenando de tédio todos los gustos del mundo, hizo suavísimo y ligero el yugo del Señor. El espíritu de los dos santos Esposos era uno mismo, y á un mismo objeto anhelaba su corazon. Exercitábanse como á competencia en la oracion, en la mortificacion y en obras de caridad. Catalina por su parte, no pensando ya mas que en parecer bien á Jesucristo, desde el segundo dia de la boda desterró toda gala sobresaliente y todo adorno profano. Descontentó á muchos su modestia. No tuvo ojos el mundo para ver sin mucho enfado aquel exemplo en una Señora de aquella elevacion, de aquella hermosura y en aquella edad. Un hermano suyo llamado Cárlos, hombre vano y poco devoto, no perdonó á medio alguno para aburrirla y para hacerla re-

troceder; zumbas insulsas, gracias picantes, palabras ofensivas, interpretaciones malignas, risas, desprecios, de todo se valió para obligarla á mudar de conducta; pero toda la venganza que tomó Catalina fue inspirar el mismo espíritu de reforma á su cuñada, muger del mismo Cárlos.

Muerto el Príncipe su padre, su santa madre Brígida determinó cumplir el deseo que años antes tenia de pasar á Roma para visitar aquellos santos lugares. Luego que se vió en élla, y encontró tanta oportunidad y tanto incentivo para satisfacer su devocion, se olvidó de Suecia. Hacíasele muy duro á Catalina vivir tan distante de su santa Madre, no pudiendo carecer tan largo tiempo de su vista y de sus exemplos. Por otra parte consideraba á Roma como el trono de la religion y centro de la virtud, lo que avivaba en élla el deseo de ir cuanto antes á gozar de la amable compañía de su Madre. Pidió licencia á su marido, y obtenida, se puso en camino sin dilacion, despreciando generosamente los peligros de tan prolongado viage.

Cuando se vieron juntas Madre é Hija fue recíproco el gozo de las dos; pero no fueron menos mútuos sus exemplos. Como úna y ótra aspiraban á un mismo objeto, úna y ótra se ocupaban en los mismos exercicios. Pasaban el tiempo en hacer oracion ante los sepulcros de los santos mártires, en visitar los enfermos, y en todo género de obras de misericordia.

Era á la sazon Catalina de solos diez y ocho años. Esta corta edad, junta con aquella rara hermosura, á quien daban no sé qué lustre de órden muy superior la virtud y la modestia, obligaron á Brígida á tener á su Hija un poco mas encerrada, en un lugar lleno á la sazon de peligros para la gente jóven, habiéndose especialmente desenfrenado la licencia despues que los papas habian trasladado su silla y córte á Aviñon. Murió por entonces Egardo, marido de la Santa, y divulgada la noticia, los mayores señores de Italia pretendieron á competencia casarse con la bellísima Viuda, cautivados de las prendas que admiraban en élla. Pero noticiosos de su firme resolucion, tomaron algunos la violenta de robarla por fuerza. Á este fin apostaron gente armada, y dispusieron otros

lazos para apoderarse de élla cuando iba á hacer sus devociones; mas la providencia de su divino Esposo la libró de todos los peligros á costa de repetidos milagros.

Viendo el enemigo de la salvacion que le salian mal sus artificios, se valió finalmente de uno que faltó poco para que le probase bien. La opresion con que tenian á la santa Doncella dentro de su casa, y la poca libertad que la dexaban para visitar los santuarios de Roma, la hicieron tan tediosa la estancia en aquella ciudad, que solo pensaba ya en volverse cuanto antes á Suecia. Inútilmente se cansaron su Madre y su confesor en representarla, que aquel desamor al retiro era tentacion del enemigo. Llenóse de una profunda melancolía: cubrióse el hermosísimo rostro de un color pálido, macilento y amarillo; hundiéronsela los ojos, y su vivacidad tristemente amortiguada sobresaltó á todos, y se comenzaron á temer las mas funestas resultas, cuando santa Brígida, á quien el Señor habia revelado el peligro á que se exponia su Hija si volvia tan presto á su pais, y la necesidad que tenia de conservarse todavía en su compañía, la ordenó que doblase las devociones, que aumentase las penitencias, y que pidiese particularmente á la santísima Vírgen la alcanzase luz de su precioso Hijo para conocer cuál era su voluntad. Obedeció Catalina, y fue al punto premiado su dócil rendimiento. Parecióla ver en sueños á la Madre de las misericordias, que con semblante severo la decia no tenia que esperar su proteccion una alma ingrata, que olvidada de lo que habia prometido á Dios, solo pensaba en su patria terrena; y preocupada del desordenado amor de sus parientes, no admitia en su corazon otros deseos ni otras ansias que volver á verlos. Hizo efecto la correccion; porque en despertando Catalina, avergonzada de su inconstancia y cobardía, se arrojó á los pies de su santa Madre, dando la palabra de obedecerla en todo y por todo, y de no acordarse mas de su viage.

Desde entonces se condenó á un recogimiento mas estrecho. Su ayuno era contínuo, y aumentó así el número como el rigor de sus penitencias. Tenia todos los dias cuatro horas de oracion; rezaba los salmos penitenciales con devotísima ternura, y añadia otras muchas devocio-

nes al oficio Parvo de la santísima Vírgen, que desde su niñez rezaba indispensablemente cada dia. Á la oracion sucedia la labor, que solo interrumpia para dar por su mano la limosna á los pobres peregrinos, para leer en un libro espiritual, ó para exercitarse en otras muchas obras de misericordia.

Causábanla tanto fastidio las cosas del mundo, que perdió hasta la memoria de éllas. Sus ordinarias conversaciones con su santa Madre eran de la pasion de Cristo, y era tal su ternura, que solo con ver á un crucifixo se deshacia en lágrimas. Por satisfacer esta tierna devocion emprendió con su Madre la peregrinacion á la Tierra santa. Tuvieron mucho que padecer en tan penoso viage, que hicieron únicamente por reverenciar aquellos lugares consagrados con el sudor y con los trabajos del Hijo de Dios. Á vista de aquellos sagrados sitios que el Salvador habia regado con sus lágrimas y con su preciosa sangre, se conmovieron tanto las piadosas entrañas de nuestras dos Peregrinas, que santa Brígida cayó gravemente enferma. El deseo de morir en Roma la obligó á embarcarse cuanto antes, acelerando su partida. Luego que llegó á Roma, murió; y Catalina sintió vivísimamente la pérdida de tal madre, sin hallar otro consuelo que el de su heróica virtud. Fue depositado el santo cuerpo en la iglesia de san Lorenzo, convento de religiosas de santa Clara; y cinco semanas despues partió Catalina para Suecia, llevando consigo las reliquias de su bienaventurada Madre, que ya habia honrado el Señor con muchas maravillas. Fueron depositadas segunda vez en el monasterio de Wazsten, donde Catalina se encerró con las religiosas de aquella santa casa, y donde su fervor, su humildad y sus asombrosas penitencias dieron nuevo esplendor á su virtud. Obligáronla las monjas á tomar el cargo de prelada; y élla las dió la regla del Salvador, que habia abrazado y observado en Roma por espacio de veinte y cuatro años baxo la conducta de su Madre, derramando el Señor sus abundantes bendiciones sobre el nuevo instituto.

Pero como creciesen cada dia los milagros que obraba el mismo Señor en el sepulcro de santa Brígida, el rey de Suecia Alberto, los prelados y los grandes del reyno, se

movieron á solicitar su canonizacion, á cuyo fin rogaron á santa Catalina que volviese á Roma para promover este importante negocio. Fue recibida de Urbano VI. con grandes muestras de distincion, mas el cisma que entonces afligia á la Iglesia, obligó al Papa á suspender por algun tiempo las informaciones del proceso, y nuestra Santa se vió precisada á retirarse á su amado monasterio de Wazsten, donde quebrantada ya su salud con tantas penitencias, trabajos y viages, se fue debilitando poco á poco, y se conoció que no estaba muy distante el dichoso fin de su gloriosa carrera.

Habia veinte y cinco años que nuestra Santa se confesaba todos los dias; pero en su última enfermedad lo hizo con particular fervor. No pudiendo recibir el Viático por los contínuos vómitos que la molestaban, pidió que la traxesen á la celda la divina Eucaristía, y renovando en su presencia con devotísima ternura los actos de fe, de esperanza, de amor y de contricion, entregó el alma en manos de su Criador la víspera de la Anunciacion de la santísima Vírgen, siendo de edad de cuarenta y nueve años.

Era tan grande la fama de su santidad, que todos los prelados circunvecinos, y hasta el mismo príncipe Erico, hijo del rey, quisieron hallarse á su entierro. El Señor, que la habia favorecido en vida con el don de los milagros, quiso honrarla tambien en muerte con muchas maravillas. En el año de 1484, el papa Inocencio VIII. permitió á las religiosas de san Salvador, por otro nombre de santa Brígida, celebrar la fiesta de santa Catalina, como la segunda fundadora de la órden despues de su santa Madre.

La misa es del Comun de las vírgenes, y la oracion, como se lee de mano en un misal antiguo de Suecia, es la siguiente.

Domine Jesu Christe, qui ex abundantia charitatis, dilectam tibi Catharinam in exemplum fidelium; morum sanctimonia mirabiliter declarasti; ejus meritis et intercessione fac nos tibi devota conversatione et placitis

Señor nuestro Jesucristo, que por el exceso de tu amor quisiste proponer á los fieles un exemplo de virtud en tu amada Catalina, por la santidad de sus costumbres; concédenos por su intercesion y merecimientos, que igualmente te agra-

moribus deserviie: Qui vivis, et regnas...

demos con nuestra piadosa conversacion y con nuestras buenas obras: Tú que vives y reynas...

La epístola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los corintios, y es la misma que el dia VI, fólio* 105.

NOTA.

"Aquellos falsos apóstoles que procuraban engañar á »los fieles de Corinto, al mismo tiempo hacian cuanto po»dian por desacreditar á san Pablo, no perdonando hasta »su misma presencia personal, que por ser de estatura »pequeña, trataban de humilde y despreciable; pero éllos »recíprocamente se alababan únos á ótros, ponderando »sus prendas y sus talentos. Á esto alude el Apóstol, »cuando en este lugar de su epístola muestra la vanidad »de las alabanzas que los hombres se dan á sí mismos. So»lo Dios nos conoce como somos, y en solo Dios debe»mos gloriarnos."

REFLEXIONES.

Qui gloriatur, in Domino glorietur: El que se gloriare, gloríese en el Señor. Cualquiera otro motivo de gloria es frívolo y vano. Solemos engreirnos de lo que debiera humillarnos. Búsquese el orígen de la vanagloria, y nos avergonzarémos de nuestra vanidad.

Engreirse, mirar á los demas con desden y con desprecio, porque un bisabuelo suyo fue hombre de mérito y de estimacion; porque sus armas y su apellido se encuentran en pergaminos viejos y en papeles roidos: ¿puede haber vanidad mas necia ni mas mentecata? Desengañémonos; el mérito es personal; las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dexar á su posteridad una nobleza que no se heredó, que heredarla de sus antepasados. No hay duda que la nobleza heredada goza sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios; es muy justo respetarla, ¿mas será por eso motivo racional de ostentacion y de orgullo?

La elevacion de un cargo, que quizá compraste con tu dinero, ¿te da derecho para mirar con desprecio á los que están mas abaxo que tú? En todos los estados parece be-

llamente la modestia; pero se hace mas respetable cuanto es mas visible en las personas de distincion. Al contrario, el orgullo en todos es odioso; con la diferencia, de que en sugeto mas elevado se ve desde mas lejos. ¿Qué mérito mas superficial, mas vano ni mas frívolo que el que se funda únicamente en tener mas posesiones, mejores alhajas, y mas rentas?

¿Puede haber vanidad mas ridícula, ni mas digna de compasion que la de aquellos que se muestran fieros, altivos, desdeñosos, porque tienen buena carroza, buenos caballos y buenas libreas? Á la verdad, si en esto hay algun motivo de vanagloria, es preciso que se reparta entre muchos, y que toque la menor parte al que hace mas ostentacion de esta bobería.

Un vestido rico de moda, ayrosamente cortado, inspira altanería y orgullo; ¿pero la puede haber mas mal fundada, ni mas sin substancia? Tiénese por mas que los ótros el que se viste con mas profanidad y con mas ostentacion; pero valga la verdad: el que ha menester todo ese aparato de telas y de galones para hacerse estimar, ¿será por sí mismo muy estimable? En dando al sastre la alabanza que le toca, y á la tela el precio y la estimacion que la corresponde, ¿qué quedará para el pobre que la trae? *In vestitu ne glorieris unquam* (Eccl. 11.).

¡Mas, oh, que es hombre de grande ingenio, de mucho entendimiento! Pues como eso sea así, tendrá poca vanidad. Rara vez se halla el orgullo en almas extraordinariamente capaces. Una virtud extraordinaria, un mérito sobresaliente, una persona de prendas muy singulares, por lo comun siempre es muy modesta. Los que merecen ser mas estimados son de ordinario los que menos se estiman á sí mismos. Las almas vulgarísimas, los entendimientos cortos, los espíritus que arrastran por la tierra, y no saben levantarse del polvo, esos son los que están sujetos á esas inchazones de corazon que inflaman al hombre, y le hacen pensar grandiosamente de sí. Ciertamente es preciso que valga bien poco aquel que se sustenta de humo y de viento. *Gloriantes ad quid valebimus?* Los que se alaban á sí mismos tanto, de ordinario sirven para nada. El despreciar á ótros es prueba clara de pocos talentos y de corta capacidad. La

estimacion de sí mismo es enfermedad de entendimiento y achaque del corazon. Ámase la gloria, suspírase por la gloria, búscase la gloria; este es todo el objeto y todo el móvil de esa fiera pasion. ¡Ah Señor! ¿Y se podrá hallar la verdadera gloria fuera de vuestro servicio? ¿No es esta aun en esta vida la legítima herencia de vuestros fieles siervos? Á pesar de la envidia y de la malignidad de los disolutos, es la estimacion un tributo, digamoslo así, que la razon se ve precisada á pagar á la virtud cristiana. ¡Dichoso, Dios mio, el que solo sabe gloriarse en vos! ¡dichoso el que solo hace vanidad de complaceros! ¿quién es mas digno del respeto y de la estimacion de los hombres que el que os agrada?

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el dia VI, folio 107.

MEDITACION.

Del pecado mortal.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el pecado mortal es el mayor de todos los males, y hablando propiamente, el único mal que se debe temer. Perdimiento de bienes, de honra, de salud, infortunios, accidentes desgraciados; ¿cuántos suspiros, cuántas lágrimas costais, cuántos malos ratos dais, de cuántas pesadumbres sois causa? En medio de eso, el que es justo, el que está en gracia, es digno del respeto de los ángeles, es hombre feliz. Pero al contrario, logre uno cuanto pueda desear; sea el hombre mas dichoso del mundo; si está en pecado mortal, ¿qué es á los ojos de Dios, que es el único que sabe conocer perfectamente el mérito de todas las cosas? objeto de horror, de indignacion y de su sagrada ira. Comprende por aquí cuánta es la malicia del pecado mortal. Aunque un hombre muera pobre, menospreciado, desgraciado, es feliz si muere sin pecado mortal; ¿pero qué es la muerte del monarca mas poderoso de todo el Universo, del hombre mas dichoso del mundo, si muere en pecado?

Considera que todas las desgracias que han sucedido

desde el principio del mundo; aquel diluvio de males que inundó toda la tierra; las guerras, las pestes, los incendios, las enfermedades, y tantos otros azotes; la eterna condenacion de tantas almas; el infierno mismo; aquel centro donde se juntan todas las desdichas, todo es efecto funesto de una sola culpa mortal. Infiere de aquí la malignidad de este monstruo.

No se podian imaginar criaturas mas nobles ni mas perfectas que los ángeles; y con todo eso un solo pecado mortal, que se reduxo únicamente á un pensamiento de orgullo consentido, y solo duró un momento, precipitó en los abismos, y condenó á los eternos suplicios á un número sin número de criaturas perfectísimas, que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, á quienes Dios habia criado singularmente para su gloria. Concibamos ahora si es posible, qué cosa es pecado mortal; ese pecado que se comete con tanta facilidad, y casi sin remordimiento; ese pecado tan universal en todas las edades de la vida; ese pecado que se comete riendo, por diversion y por via de entretenimiento.

¡Mi Dios! ¿sabemos bien lo que nos enseña nuestra religion? ¿tenemos siquiera una leve tintura de élla? ¿es posible que se domestiquen los cristianos con el pecado, siendo el menor pecado mortal el mayor de todos los males, siendo el único mal que hay en el mundo? ¿y que haya quien pueda vivir un solo instante en pecado?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que por terrible que sea la pena con que Dios castiga el pecado, no obstante, jamás iguala á su malicia.

Un solo pecado de desobediencia priva al primer hombre de la justicia original, prívale de todos los dones sobrenaturales, y le acarrea á él y á toda su posteridad aquella casi infinita muchedumbre de males, que nos harán llorar hasta el fin de los siglos. Seis mil años ha que Dios se está vengando, y hasta ahora no se ha dado por satisfecha su venganza; élla durará mientras dure el mundo; y el fuego del infierno que encendió la ira de Dios, permanecerá encendido por toda la eternidad. Concibamos, si es posible, por efectos tan terribles la malicia de la causa que los reproduce.

¡Cuántas personas de conocida virtud, ricas en merecimientos, que habian arribado á un eminente grado de perfeccion, por un solo pecado mortal fueron infelizmente condenadas!

Háyase vivido sesenta, ochenta años en exercicios de la mas rigurosa penitencia; háyanse practicado los actos mas heróicos de todas las virtudes; háyase convertido á todo el Universo; háyanse hecho milagros; un solo pecado mortal destruye, aniquila, por decirlo así, todo este cúmulo de buenas obras. En un momento se incurre en la desgracia de Dios; en un momento se hace el pecador horrible á sus ojos; y si viene á morir en este pecado, eternamente es funesto objeto de su ira y de sus venganzas.

Luego es mucha verdad que el pecado no solamente es el único mal, sino que hablando propiamente, no hay ni puede haber otro mal en el mundo. ¿Pero se le considera como tal? ¡Ah que el pecado agrada, que el pecado tiene atractivo, y aun se puede decir que muchas personas no hallan gusto en los placeres, si no están sazonados con la salsa del pecado! ¿Y no soy yo de este número? ¿hasta ahora he mirado al pecado con mucho horror? ¡Ah Señor! Si consulto mi grande facilidad en cometerle, y ningun dolor de haberle cometido, ¿qué puedo pensar, ni qué puedo decir?

Detesto, Dios mio, detesto mi ceguedad. Admiro, adoro vuestra bondad y vuestro sufrimiento. Perdonadme mis culpas pasadas, pues mi penitencia va á dar testimonio de mi arrepentimiento. El pecado es el único mal que debo temer, y tambien será el único que temeré en adelante.

JACULATORIAS.

Ampliùs lava me ab iniquitate mea: et à peccato meo munda me. Salm. 50.

Borrad, Señor, las manchas de mis culpas; y si tengo ya la dicha de estar lavado de éllas, purificadme cada dia mas y mas.

Quomodò possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum? Genes. 39.

¿Cómo es posible, mi Dios, que pueda resolverme jamás á cometer la maldad de ofenderos y de injuriaros?

PROPOSITOS.

Huye del pecado como de la serpiente, dice el Sabio, *porque si te arrimas á él, te picará.* De hoy en adelante á nada tengas horror sino al pecado. Las enfermedades, la pérdida de los bienes, los contratiempos, los accidentes mas funestos de la vida apenas merecen el nombre de males, porque siempre nos pueden ser muy útiles. Nada desees, nada emprendas que no vaya acompañado de este saludable temor; y repite muchas veces entre dia, ó por lo menos haz á Dios indispensablemente todas las mañanas luego que despiertes, esta bella oracion de la santa Iglesia.

Domine Deus omnipotens, qui ad principium hujus diei nos pervenire fecisti: tua nos hodiè salva virtute; ut in hac die ad nullum declinemus peccatum, sed semper ad tuam justitiam faciendam nostra procedant eloquia, dirigantur cogitationes, et opera: Per Christum Dominum nostrum.

"O Dios y Señor omnipotente, que me has concedido »la gracia de traerme á la claridad de este dia, ruégote »me defiendas con tu virtud poderosa para que no cometa en él pecado alguno; antes bien todos mis pensamientos, palabras y obras, se dirijan únicamente á serviros »y agradaros, siendo todos arreglados á vuestra santa ley: »Por nuestro Señor Jesucristo. Amen."

2 No basta tener horror al pecado, es menester procurar inspirar este mismo santo horror á todos los que están á nuestro cargo. Los mas de los hijos serian tan santos como san Luis, si todas las madres fuesen tan cuidadosas de su educacion como la piadosa reyna doña Blanca. No se pasaba dia en que esta devotísima Princesa no repitiese muchas veces al Príncipe su hijo estas admirables palabras: *Hijo mio, aunque sabes bien lo mucho que te amo, mas quisiera verte muerto que con un solo pecado mortal en el alma.* Aprende tú esta leccion, imita este exemplo: repite lo mismo á tus hijos cada dia, y procura que anticipe en éllos al uso de la razon este horror al pecado, este santo y saludable temor de Dios. ¡O cuántos se conservarian inocentes! ¡cuántas familias serian dichosísimas si se cuidase de inspirar con tiempo á los niños este santo horror al pecado!

DIA VEINTE Y CINCO.

La Anunciacion de la santísima Vírgen.

El misterio de la Encarnacion, que se cumplió en el mismo instante en que el ángel se le anunció á la santísima Vírgen, y esta Señora dió su consentimiento; debe considerarse como el principio de todos nuestros misterios, como el fundamento de nuestra religion, como la basa de nuestra fe, como el resto de la omnipotencia, como el orígen de nuestra dicha, y como el misterio por excelencia de la bondad y amor de Dios para con los hombres; autorizado por el Espíritu santo, admirado de los ángeles, predicado á los gentiles, creido en el mundo y sublimado á la gloria: *Magnum pietatis sacramentum, quod manifestatum est in carne:::: creditum est in mundo, assumptum est in gloria* (1. *ad Timoth.* 3.). Y porque la felicisima embaxada que el arcángel san Gabriel llevó á la santísima Vírgen del misterio de la Encarnacion, es en todo rigor la señal mas sensible, y la primera época de nuestra religion, por eso explica la Iglesia con el título de Anunciacion todos los misterios que se comprenden en élla.

Habiendo llegado en fin el dichoso momento destinado desde la eternidad para hacerse la reconciliacion de los hombres con Dios, aquel mismo arcángel Gabriel, que cuatrocientos años antes habia declarado al profeta Daniel el nacimiento y la muerte del Mesías, y aquel mismo tambien, que seis meses antes habia anunciado á Zacarías el nacimiento del que habia de ser el Precursor, fue enviado á una tierna doncella, llamada María, de la tribu de Judá, y de sangre real, porque era descendiente de la casa de David.

Aquel Señor, que la habia escogido para madre del Mesías, la habia prevenido en el primer instante de su concepcion de todos los dones celestiales, y de una plenitud de gracia tan asombrosa, que era el pasmo del cie-

lo; y como dicen los padres, excedia en méritos y en santidad á las mas perfectas criaturas.

Aunque por una rara virtud, hasta entonces sin exemplo, habia consagrado á Dios con voto su virginidad; con todo eso quiso la divina Sabiduría que se desposase con un varon justo llamado José, de la misma casa de David, para que fuese guarda de su honor, testigo y protector de su pureza, tutor y padre putativo del hijo que habia de nacer solo de élla.

Vivia esta Doncellita en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea. Aquí fue donde el arcángel san Gabriel se la apareció á tiempo (dice san Bernardo) que, retirada de la vista y comercio de las criaturas, se dedicaba enteramente á su Dios en contemplacion muy elevada. Lleno de respeto y veneracion el celestial Paraninfo á vista de la que consideraba ya como reyna y soberana suya, la saludó de esta manera: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita entre todas las mugeres*: salutacion que comprendia el mas pomposo y mas magnífico elogio que podia darse á una pura criatura; porque la aseguraba que estaba llena de todos los dones del Espíritu santo; que poseía todas las virtudes en supremo grado; que estaba colmada de bendiciones; y que era élla la criatura mas agradable á los ojos de Dios que habia en el cielo y en la tierra.

La repentina vista de un ángel en figura de hombre causó al principio alguna turbacion á la purísima Doncella. Llenóse su virginal rostro de un vergonzoso rubor, y su corazon de sobresalto; lo que advertido por el Angel, la aseguró diciéndola: *No temas, María; porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Este Señor quiere que seas madre de un hijo, pero sin detrimento de tu virginal pureza. Concebirásle en tus entrañas, darásle á luz, y le llamarás Jesus. Será á todas luces grande; y las maravillas que obrará, le harán reconocer por hijo del Altísimo, y por hijo tuyo, por descendiente de David, puesto que tú eres de su sangre real. Pero no ascenderá al trono por el derecho de la sucesion; porque su soberanía se le deberá por otros títulos muy diferentes. Como hijo de David dominará sobre los pueblos de todo el Universo, aunque su corona no será como la de los reyes de la tierra.*

Fundará una nueva monarquía. En la Iglesia de Dios vivo, en esta misteriosa casa de Jacob reynará sin sucesor, puesto que el imperio de este gran Monarca no reconocerá mas límites en su extension que los de todo el Universo, ni mas términos en su duracion que los de la eternidad misma.

Fáciles son de concebir los primeros movimientos de aquel corazon humildísimo, de aquella Vírgen la mas humilde de todas las criaturas. No podia comprender que Dios hubiese puesto los ojos en élla para cumplimiento de tan alto y tan asombroso misterio. Por otra parte la asustaba mucho el título de madre, apreciando tanto el puro estado de vírgen. Esto la obligó á preguntar, cómo podia ser lo que el Ángel la decia, no habiendo conocido hasta entónces á hombre alguno, y estando resuelta á no conocerle jamás. Pregunta, dice san Agustin, que no haria la purísima Doncella, si no hubiera hecho voto de perpetua castidad: *Quod profectò non diceret, nisi Virginem se antè vovisset* (*lib. de Virginit*).

Para sosegarla, y para satisfacerla el Ángel, la declaró, que solo Dios sería padre del hijo de quien élla habia de ser madre, que concebiría por el Espíritu santo, el cual siendo la virtud del Altísimo, formaria milagrosamente el fruto que habia de nacer de sus entrañas, haciendo mas pura su virginidad; y en fin, que el hijo que habia de dar á luz se llamaria, y sería verdaderamente hijo de Dios, en quien residiria corporalmente toda la plenitud de la divinidad, todos los tesoros de la santidad y de la sabiduría divina. Y en testimonio de esta verdad, añadió el Ángel, pongo en tu noticia la maravilla que Dios acaba de obrar en favor de tu prima Isabel, la cual en su avanzada edad no podia ya esperar tener hijos naturalmente, y con todo eso está en cinta de seis meses, porque nada es imposible al Todopoderoso; y el que pudo dar un hijo á una anciana y á una estéril, tambien podrá hacer madre á una doncella sin que dexe de ser vírgen.

Mientras hablaba el Ángel se sintió María interiormente iluminada de una clarísima luz sobrenatural, con la cual comprendió toda la economía, y todos los milagros de aquel inefable misterio, y aniquilándose delante de Dios: *He aquí*, dixo, *la esclava del Señor*; *hága-*

se en mí segun tu palabra. Al decir esto desapareció el Ángel, y en aquel felicísimo momento formó el Espíritu santo en las entrañas de la Vírgen un hermosísimo cuerpo de su misma purísima substancia, y criando al propio tiempo la mas perfecta alma que crió jamás, unió el cuerpo y el alma substancialmente á la persona del Verbo: *Et Verbum caro factum est* (Joan. 1.), y el Verbo por medio de esta substancial union se hizo carne. En el mismo punto todos los ángeles adoraron al hombre Dios; en el mismo punto se convirtió en templo del Verbo encarnado el vientre de la mas pura entre todas las vírgenes; y en el mismo punto se cumplieron todas las profecías que anunciaban la venida del Mesías: *Hodiè Davidicum est impletum oraculum*, dice san Gregorio de Neocesaréa (*Hom.* 1.); entonces se verificó el oráculo de David: *Gaudebunt campi, et exultabunt omnia ligna silvarum à facie Domini, quoniam venit*; saltará de gozo la naturaleza, porque el hombre Dios se dexó ver en el mundo. *Hodiè qui est, gignitur*, dice san Juan Crisóstomo (*de Divin. Gen.*): en este dia fue concebido en tiempo el que es ante todos los siglos; y aunque esencialmente inmutable, comenzó á ser lo que no era, haciéndose hombre; pero sin perder lo que antes era siendo Dios: *Qui est, fit id quod non erat. Nec cum Deitatis jactura factus est homo.* En este dia, dice el sabio y piadoso Gerson, fueron oidos los ardientes deseos de tantos santos patriarcas, que suspiraban por la venida del Mesías: *Hodiè completa sunt omnia desideria.* Esta es la principal fiesta de la Santísima Trinidad, no habiendo otro dia en que hubiese obrado iguales maravillas: *Hodiè primum est et principale totius Trinitatis festum.* ¡Cuántos misterios se incluyen en uno solo, y cuántos prodigios en este solo misterio! En Jesucristo un hombre Dios; en María una vírgen madre de Dios; y en nosotros, á cuyo beneficio se hicieron todas estas maravillas, unos hijos adoptivos de Dios.

Sí, carísimos hermanos, dice san Agustin: *Talis fuit ista susceptio, quæ Deum hominem faceret, et hominem Deum* (*Serm. de Annunt. Mar.*): tal fue el efecto de la Encarnacion, que en virtud de élla, y en la persona de Cristo, el hombre se elevó á ser Dios, y Dios se abatió

hasta la forma de hombre. Un Dios verdadero hombre, y un hombre verdadero Dios. Las dos naturalezas divina y humana unidas en una misma persona; pero haciéndose esta union de persona sin confusion de naturalezas. El Verbo se hizo carne; y por esta union real y substancial del Verbo con la humanidad, hizo propias suyas todas las miserias naturales del hombre; comenzando tambien el hombre á ser participante de todas las grandezas de Dios. Misterio inefable, á cuya execucion se debe rendir todo entendimiento criado; porque, como dice san Juan Crisóstomo, no hay que preguntar con qué virtud, ni de qué manera pudo la naturaleza humana ser sublimada por el Verbo eterno á union tan noble, á estrechez tan inexplicable: *Neque hic quæritur quomodò hoc factum sit, aut fieri potuerit* (*de Divin. Gener.*). Pues el órden de la naturaleza cede á todo lo que quiere Dios: *Ubi enim Deus vult, ibi naturæ ordo cedit.* Quiso Dios hacerse hombre; pudo hacerlo, lo hizo, y salvó á los hombres: *Voluit, potuit, descendit, salvavit.* ¡O qué inagotable fondo de piadosas reflexîones y de afectos de admiracion, de amor y de reconocimiento, se comprende en este inefable misterio!

Pero si el asombroso abatimiento del Verbo, dicen los padres, es asunto grande de admiracion al mundo; la sublime elevacion de María á la dignidad augusta de madre de Dios, no incluye ni descubre inferiores maravillas. Una vírgen que concibe en tiempo á aquel mismo hijo que Dios engendró ante todos los siglos en la eternidad. María hecha madre de Dios en sentido propio natural y riguroso; y por esta divina maternidad, María con autoridad sobre Dios, y Dios con subordinacion á María. *Utrinque miraculum*; dos grandes prodigios: un Dios con todas las obligaciones de un hijo para con su madre; y María en posesion, respecto de Dios, de todos los derechos de una madre para con su hijo, y de todos los bienes, por decirlo así, de este mismo hijo. Despues de esto no hay que admirarnos diga san Agustin, que entre todas las puras criaturas, ninguna es igual á María. *Taceat, et contremiscat omnis creatura*, exclama el célebre san Pedro Damiano, *et vix audeat aspicere ad tantæ dignitatis immensitatem* (*Serm. de Nativ. Virg.*). Calle, poseida

de un respetoso temor, toda pura criatura á vista de una inmensa dignidad que no puede comprender. Ni hay que tener miedo, añade el sabio Cancelario de París, de exceder ó de decir demasiado cuando se ensalzan las grandezas de María; porque enriquecida con los bienes de su hijo, y solo inferior á Dios, es superior á los elogios de los ángeles y de los hombres: *Quidquid humanis potest dici verbis, minùs est à laude Virginis* (*Serm. de Concep.*).

No debe causarnos admiracion esta unánime conspiracion de los santos padres en publicar las inefables prerogativas de la Madre de Dios en el dia de su Anunciacion gloriosa; porque la divina maternidad, de que tomó posesion en este dia, incluye en sí todos los elogios. *Hoc solum de beata Virgine prædicare*, dice san Anselmo, *quod Dei Mater est, excedit omnem altitudinem quæ post Deum dici et cogitare potest*: solo con decir que María es madre de Dios, se dice lo mas que despues de Dios se puede decir, ni se puede pensar. Este es el orígen, y como el título radical de todos los privilegios que goza. De aquí dimanó aquella concepcion sin manchas; aquella virginidad sin exemplo; aquella universalidad de virtudes sin limitacion: de aquí los magníficos, los dulces títulos de Reyna del cielo y de la tierra; de Madre de misericordia; de amparo de los pecadores. Tributad á María, escribe san Bernardo á los canónigos de Leon, tributad á María las alabanzas que de justicia se la deben. Decid que para sí, y para todos halló la fuente de la gracia; publicad que es la mediadora de la salvacion; y la restauradora de los siglos; porque esto es lo que la Iglesia canta, y todos los padres publican: *Magnifica gratiæ inventricem, mediatricem salutis, restauratricem seculorum: hæc mihi de illa cantat Ecclesia* (*epístola* 174).

Luego que fue madre de Dios, dice san Lorenzo Justiniano, comenzó á ser escala del paraiso, puerta del cielo, abogada del mundo, y mediadora entre Dios y los hombres: *Paradissi scala, cœli janua, interventrix mundi, Dei atque hominum verissima mediatrix* (*Serm. de Annunt.*).

Hay apóstoles, hay patriarcas, hay profetas, hay mártires, hay confesores, hay vírgenes. Todos estos son sin duda poderosos intercesores con Dios, y yo cuento en la realidad mucho con su poderosa intercesion; pero,

Virgen santa, (exclama el devotísimo Anselmo), lo que todos éstos pueden juntos contigo, tú sola lo puedes sin éllos: *Quod possunt omnes isti tecum, tu sola potest sine illis omnibus* (*Orat.* 45. *ad Virg. Mar.*). ¿Y por qué puedes tú sola tanto, y mas que todos juntos? *Quare hoc potest*? Porque eres Madre de nuestro Salvador, Esposa del mismo Dios, Reyna del cielo y de la tierra, y soberana Emperatriz de todo el Universo: *Quia Mater Salvatoris nostri, Sponsa Dei, Regina cœli et terræ, et omnium elementorum.* Mientras tú no hablas en mi favor, ninguno se atreve á abogar por mí: *Te tacente, nullus orabit, nullus juvabit.* Pero luego que tú te declaras por mi causa, tendré tantos abogados como cortesanos celestiales: *Te orante, omnes orabunt, omnes juvabunt.*

¿Cuántas veces (dice el famoso abad de Celles) debieron á la clemencia de la Madre de la gracia su conversion aquellos á quienes la justicia del Hijo estaba ya para condenar al fuego eterno? *Sæpè quos justitia Filii potest damnare, Matris misericordia liberat.* ¿Pues qué confianza no debemos tener en aquella Señora, que por el mismo hecho de ser madre de Dios, fue declarada tesorera general de sus gracias, depositando, por decirlo así, en sus manos nuestra salvacion? *Thesauraria gratiarum ipsius; salus nostra in manu illius est* (Rup. *Præf. contempl.*).

Este fue el dictamen general de todos los padres en órden á la Madre de Dios; ésta en todos tiempos la fe de la Iglesia. Solamente los hereges jamás han podido tolerar que se la rinda el religioso culto que se la debe. No ha tenido enemigo el Hijo que no lo haya sido de la Madre. Habiendo sido élla la que pisó la cabeza del dragon, no es de admirar haya sido siempre tan aborrecida de él; y siendo el misterio de la Encarnacion el fundamento de la fe, no hay blasfemia que no haya vomitado el infierno contra este divino misterio.

Los arrianos negaban la divinidad del Verbo; los nestorianos la union substancial del Verbo con la carne, admitiendo en Cristo dos personas; los eutiquianos reconocian en él una sola naturaleza; los monotelitas una sola voluntad; y los marcionitas un cuerpo fantás-

tico. Todos estos rasgos emponzoñados iban de rebote á borrar en María el augusto título de verdadera madre de Dios. Fulminó rayos la Iglesia en sus concilios contra estos impíos errores, y anatematizó á los hereges; entre los cuales ninguno se declaró con mayor furor contra la divina maternidad de la Vírgen que el impío Nestório. Arrebatado del espíritu de orgullo este indigno patriarca de Constantinopla, se atrevió descaradamente á disputar á María el augusto título de Madre de Dios; mas para dorar de alguna manera, ó para endulzar la blasfemia de su error, concedió á la Señora los mas especiosos dictados que pudo discurrir, á excepcion del de *Teotocos*, ó madre de Dios, que es como el fundamento, y la basa de todos los demas. Reconociendo la Iglesia que negar esta indisputable excelencia á la Vírgen, era echar por tierra el misterio de la Encarnacion, tomó la defensa de este esencialísimo punto con todo el ardor y con todo el empeño que correspodia á su zelo. Convocó el célebre concilio Efesino el año 431, en que Nestório fue excomulgado y degradado, sus errores condenados, quedando definido como uno de los principales artículos de fe, que Maria es verdadera madre de Dios en sentido natural y riguroso, sin que este dogma, tan antiguo como la Iglesia misma, pudiese padecer interpretacion *maligna*, declarándose que el término *Teotocos* sería tan consagrado, y tan característico contra la heregía de Nestório, como lo era ya el de *Consubstancial* contra los errores de Arrio. No se puede imaginar el aplauso y regocijo con que fue recibida esta definicion de la Iglesia universal en gloria de la santísima Vírgen, y es razon no omitir aquí las demostraciones que se hicieron en Éfeso el dia que se publicó.

Llegado, pues, el que se habia señalado para pronunciar definitivamente sobre la divina maternidad de María, todo el pueblo dexó las casas, ocupó las calles, llenó las plazas públicas, y concurrió á cercar la iglesia dedicada á Dios en honra de la Vírgen, donde estaban congregados los padres del concilio. Luego que se publicó la decision, llegándose á entender que María quedaba mantenida en la justa posesion del título de madre de Dios, resonaron en toda la ciudad festivas aclama-

ciones y gritos extraordinarios de una devotísima alegría; siendo tan vivas y tan universales estas demostraciones del gozo, que al salir los padres de la iglesia para retirarse á sus casas, todo el pueblo los conduxo como en triunfo, colmándolos de bendiciones. Quemábanse pastillas y otros aromáticos perfumes en la calles por donde habian de pasar; brillaban en el ayre festivas luminarias y variedad hermosa de fuegos artificiales, sin que faltase circunstancia alguna á la pompa del regocijo comun, ni al esplendor de la gloriosa victoria, que María acababa de conseguir de sus enemigos, que no lo eran menos de su santísimo Hijo. Tanta verdad es, como dice san Buenaventura, que la devota ternura, el religioso culto de la Madre de Dios, en todo tiempo fueron comunes á todos los verdaderos cristianos. Nació con la Iglesia la devocion á María, y siempre fue reputada como señal visible de predestinacion: *Qui acquirunt gratiam Mariæ, agnoscuntur à civibus paradissi; et qui habuerit hunc caracterem, annotabitur in libro vitæ* (*Bonav. in Psalm.* 91.). Ni es esta, añade san Bernardo, una confianza presuntuosa, que fomente la relaxacion; es un religioso culto; es una piadosa esperanza, fundada en la proteccion de la Madre de Dios, pero sostenida de una vida regular, timorata y cristiana. El desgraciado fin del impío Nestório fue funesto anuncio del que deben esperar todos los que se declaran enemigos de la santísima Vírgen.

Créese comunmente que en este concilio efesino, en que presidió san Cirilo en nombre de san Celestino papa, compuso juntamente con los demas padres aquella devota oracion á la Madre de Dios, que despues adoptó la santa Iglesia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte. Amen Jesus* (*Baron. ad ann.* 131.).

En todos tiempos fue muy célebre en la misma Iglesia la fiesta de la Anunciacion. Cuando vivia san Agustin estaba ya señalado para élla el dia 25 de marzo, en el cual, dice este Padre, se cree por antigua y venerable tradicion que fue concebido y murió nuestro divino Redentor: *Sicut à majoribus traditum suscipiens*

Ecclesiæ custodit auctoritas, octavo Kalendas aprilis conceptus creditur, quo et passus.

El décimo concilio Toledano, celebrado en el año de 456, llama á la solemnidad de este dia *la fiesta de la Madre de Dios, por excelencia la gran fiesta de la Vírgen: Festum sanctæ Virginis Genitricis Dei, festivitas Matris.* Porque, ¿qué otra fiesta mayor de la Madre de Dios, dicen los padres, que la encarnacion del Verbo? *Nam quod est festum Matris, nisi incarnatio Verbi?* Por ser incompatible el luto que arrastra la Iglesia en tiempo de pasion y de penitencia, en que por lo regular cae la Anunciacion, con la alegría y la solemnidad que convenia á este misterio, los padres del referido concilio trasladaron su fiesta al tiempo de Adviento, en que el oficio divino es casi todo de la Anunciacion y de la encarnacion del Verbo. La santa iglesia de Toledo la fixó al dia diez y ocho de diciembre, y la de Milan al domingo que precede inmediatamente á la fiesta de Navidad. Pero habiéndola restituido la iglesia romana á su propio dia hácia el noveno siglo, casi todas las demas iglesias se conformaron con élla; bien que no por eso dexó de celebrar la mayor parte de éllas una fiesta particular en honra de la santísima Vírgen el dia diez y ocho de diciembre con título de la *Expectacion.*

Hasta en Inglaterra, no obstante el funesto cisma, se observa hoy la fiesta de la Anunciacion, siendo una de las de precepto, celebrándose con ayuno, vigilia, oficio público, y una colecta particular, y comenzándose á contar el año eclesiástico por este dia.

Son muchas las órdenes religiosas que se honran con el distintivo de la Anunciacion de María. Los servitas ó los siervos de la Vírgen, cuyo instituto tuvo principio en Florencia por los años 1232, y que en el espacio de cinco siglos ha dado muchos santos al cielo y grandes hombres á la Iglesia, se llama *de la Anunciada*, ó *de la Anunciacion*; no habiendo título mas oportuno para un órden singularmente dedicado á servir y honrar á la Vírgen, que el que está significando aquel feliz momento en que comenzó á ser madre de Dios.

En Francia y en Italia hay religiosas con el mismo

nombre, que se llaman *las Celestes*, ó *las monjas azules*, porque andan vestidas de este color. Y el total olvido del mundo, junto con el profundo silencio, retiro y soledad que profesan, contribuye mucho á fomentar en éllas aquel espíritu interior que reyna en esta santa órden, haciéndola muy digna del título de la Anunciada, ó de la Anunciacion, con que se honra.

El año de 1460, el cardenal Juan de Torquemada fundó en Roma en la iglesia de la Minerva una piadosa congregacion ó cofradía con el título de la Anunciacion, para casar doncellas pobres, y para dar dotes á las que quieren ser religiosas; habiendo crecido tanto las rentas de esta archicofradía, así por la liberalidad de los papas, como por muchos legados pios que la han dexado, que cada año da estado á cuatrocientas doncellas, yendo el mismo papa en persona, con todo el aparato que se estila cuando sale de ceremonia, á distribuir las cédulas de dotes el dia 25 de marzo.

En el año de 1639 la ilustre madre Juana Chezard de Matel fundó en Aviñon, con aprobacion de la Sede apostolica, la religion del Verbo encarnado, cuyo principal fin es honrar contínuamente con tierna devocion y caridad ardiente este divino Verbo hecho carne en las entrañas de la mas pura y mas santa entre todas las vírgenes; disponiéndole castas esposas por medio de la piadosa y admirable educacion, que segun su instituto dan á las doncellitas tiernas á quienes llama Dios por el camino de la religion; pudiéndose asegurar que el fervor y el religioso porte con que edifican á todos, sostienen con esplendor el augusto título que las distingue, y las merecen el renombre de verdaderas hijas del divino Verbo encarnado.

Amadéo VIII. duque de Saboya, mudó en el año de 1435 el órden militar *del Lago de amor*, en *el de la Anunciada*, mandando que en lugar de la imágen de san Mauricio traxesen los caballeros la de la santísima Vírgen, y en vez de los lagos unos cordoncillos con las palabras de la salutacion angélica; lo que muestra bien no haber en el mundo cristiano estado alguno que no profese singular veneracion á este misterio, que siendo el primero de todos, fue principio y orígen de nuestra dicha.

El mismo espíritu de devocion y de reconocimiento

movió al papa Urbano II. en el año de 1095, á ordenar en el concilio de Clermont, donde presidió en persona, que todos los clérigos rezasen el oficio Parvo de nuestra Señora introducido ya entre los monges por san Pedro Damiano; y que tres veces al dia, por la mañana, á medio dia, y por la noche se tocase á las oraciones, que vulgarmente se llama *á las Ave Marías*, y en otro tiempo se decia *tocar al perdon*, por las grandes indulgencias que concedieron á cuantos las rezasen tres veces al dia los papas Juan XXII, Calixto III, Paulo V, Alexandro VII, y Clemente X.

La misa es de la fiesta, y la oracion de la misa es la siguiente:

Deus, qui de beatæ Mariæ Virginis utero Verbum tuum, angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti: præsta suplicibus tuis; ut qui verè eam genitricem Dei credimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que quisiste que el Verbo tomase carne en las entrañas de la santísima Vírgen luego que el ángel la anunció el misterio; concédenos por sus ruegos, que así como firmemente la creemos y confesamos por verdadera madre de Dios, así tambien nos favorezca para contigo con su soberana intercesion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7. del profeta Isaías.

In diebus illis: Locutus est Dominus ad Achaz, dicens: Pete tibi signum à Domino Deo tuo in profundum inferni, sive in excelsum suprà. Et dixit Achaz: Non petam, et non tentabo Dominum. Et dixit: Audite ergo, domus David: Numquid parum vobis est, molestos esse hominibus, quia molesti estis et Deo meo? Propter hóc dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.

En aquellos dias habló el Señor á Achaz, diciendo: Pide al Señor tu Dios un portento del profundo del infierno, ó arriba en lo excelso. Y Achaz respondió: No le pediré, y no tentaré al Señor. Y dixo: Oid, pues, casa de David: ¿Por ventura es poco para vosotros el molestar á los hombres, sino que sois molestos tambien á mi Dios? Por esto el mismo Señor os dará un portento. Mirad, una vírgen concebirá: y parirá un hijo, y se llamará su nombre Manuel.

Butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum, et eligere bonum.

Comerá manteca y miel, para que sepa reprobar lo malo, y elegir lo bueno.

NOTA.

»El profeta Isaías era príncipe de la sangre real de »la casa de David, como hijo de Amós, que fue herma»no de Amasías, rey de Judá. Comenzó á profetizar, ácia »el fin del reynado de Ozías, cerca de ochocientos años »antes del nacimiento de Cristo, y continuó por el rey»nado de sus sucesores Joatán, Achaz y Ezequías; de »suerte, que profetizó por espacio de casi un siglo en»tero. Predixo todos los misterios del Salvador; su mi»lagrosa concepcion, su nacimiento de una madre vír»gen: las maravillas de su vida, la ignominia de su »muerte, la gloria de su resurreccion; todo de un mo»do tan preciso y tan claro, que con mucha razon de»cia san Gerónimo le consideraba como evangelista, y »como apóstol de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Habló el Señor á Achaz: *Locutus est Dominus ad Achaz.* Bien pueden nuestras culpas encender la ira de Dios; pero no podrán apagar su misericordia. Era Achaz un rey impío. Sus maldades habian acarreado á todo su reyno grandes y rigurosos azotes. Veíanse desoladas todas sus provincias por sus enemigos; muertos á sus manos mas de ciento y veinte mil hombres, y hechos prisioneros mas de doscientos mil. Pero tantas calamidades no habian sido bastantes para convertir al Monarca; habíanle abatido, pero no le habian hecho ni mas humilde, ni menos irreligioso. Reducido ya á las últimas extremidades, le exhorta el Profeta que recurra á Dios, y coloque en él toda su confianza. Resístese el desdichado Rey; y la misericordia de Dios toma ocasion, por decirlo así, de su poca fe para dar á su pueblo nuevas muestras de su bondad. Puntualmente en el tiempo en que todo era desolacion, y en que parecia haber olvidado y reprobado Dios á su pueblo, entonces le renovó la

promesa que ya le tenia hecha de enviarle el Salvador, dándole la señal mas singular y mas clara que se podia pedir, ni se podia desear. ¡O cuánta verdad es que Dios no se olvida de que es padre, por mas que le irrite la rebeldía de sus hijos! ¡cuánta verdad es que se acuerda de su misericordia, aun cuando está mas encendida su ira! *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis* (Habac. 3.). Concebirá una vírgen; y parirá un hijo, que se llamará Manuel, esto es, *Dios con nosotros*. Prodigio singular é inefable, pronosticado ochocientos años antes que sucediese. Sucedió en fin este prodigio. La respuesta de María al Angel, la admiracion de José cuando advirtió el preñado de su Esposa, todo convence concluyentemente la virginidad de aquella Madre milagrosa. Concibió María, y parió á Dios hecho hombre: *In terris visus est, et cum hominibus conversatus est* (Baruch. 3.): se dexó ver en la tierra, y conversó con los hombres. Pide ahora otro mayor milagro en el cielo ó en la tierra para confirmarte en la fe. ¿Y no sería mucho mayor milagro si faltases en la fe despues de haber visto este gran prodigio? Son desdichados los infieles, son menos dignos de compasion los judíos; ¿pero los hereges serán menos rigurosamente castigados? Mas los cristianos disolutos é impíos; los que profanan su fe con el desorden de sus costumbres; los que desacreditan su religion con sus obras, ¿serán por ventura menos infelices?

El evangelio es del cap. 1. *de san Lucas, y el mismo que el dia XVIII, folio* 339.

MEDITACION.

Sobre el misterio de la Encarnacion.

PUNTO RIMERO.

Considera si podia Dios dar mayores pruebas del amor que profesa á los hombres, que haciéndose hombre pra acreditar con testimonio mas sensible el exceso de su amor.

Hablemos claros. Si Dios hubiera dexado á nuestra

eleccion que le pidiésemos una prueba visible, y convincente de lo mucho que nos amaba: *pete tibi signum* (Isai. 7.); ¿nos hubiera pasado por el pensamiento pedirle otra semejante? ¿Hubiéramos soñado en pretender que Dios se hiciese hombre; y que haciéndose en todo semejante á los hombres, se echase á cuestas todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, para compadecerse despues mas de nuestras necesidades? Pues este prodigio, que jamás nos atreveríamos á pedir, ni aun á imaginar; esta maravilla, que el entendimiento humano calificaria de extravagancia; este milagro fue el que obró la Sabiduría divina para manifestarnos el exceso con que nos amaba. ¿Estamos bien convencidos de este exceso de su amor? ¿Y cuál es nuestro reconocimiento?

¿Qué interesaba al Señor en nuestra redencion? ¿qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿ignoraba por ventura que iba á desperdiciar sus inmensos beneficios en unos hombres ingratos? ¿no sabia bien que por mas costa que le tuviese, por mas amor que nos mostrase, por mas exemplos que nos diese; el mundo siempre habia de ser su implacable enemigo, siempre habia de estar atestado de impíos y y de disolutos? Y con todo eso, ninguna cosa fue bastante á disgustarle, á entibiarle en el amor de un pueblo tan indigno de sus favores.

Videte qualem charitatem dedit nobis Pater (1. *Joan.* 3.): Ved, hombres ingratos, ved el amor que el Padre celestial nos mostró en este adorable misterio, queriendo que nos llamásemos, y que efectivamente fuésemos hijos suyos, pueblo querido del *hombre Dios*, sus coherederos y sus hermanos. No pudo el Verbo divino tomar carne humana sin contraer con los hombres la afinidad mas estrecha. ¡Un Dios que se humilla, por decirlo así, hasta aniquilarse haciéndose niño, sujetándose á todas las miserias naturales de niños; y esto por amor de los hombres! ¿Creemos esta maravilla? ¿Y nos hace mucha impresion este inefable beneficio?

Ah Señor; no, no me admiran ya vuestros abatimientos, ni todas las maravillas que obrais en este inefable misterio. Aunque son incomprensibles al entendimiento humano, la misma razon me dicta que vuestros fines, que

vuestras ideas son muy superiores á cuanto élla puede alcanzar. Lo que me asombra, lo que realmente trastorna á mi misma razon, es que los hombres crean este misterio, y no os amen. ¿Pero y no entraré yo tambien en este número despues de estas dos reflexîones?

PUNTO SEGUNDO.

Considera, que si nuestro amor y nuestro reconocimiento á este hombre Dios deben ser sumos, cuál deberá ser nuestra confianza, nuestra veneracion y nuestra ternura á su santísima Madre? ¿Puede ser elevada á mas alta dignidad una pura criatura? ¿Hay cosa criada, hay celestiales inteligencias que no sean inferiores á la Reyna de los hombres y de los ángeles?

Pero en lo que mas interesamos todos es en que si su poder iguala á su dignidad, la ternura con que nos mira es igual á su poder. Comenzó á ser madre de misericordia desde que comenzó á ser madre de Dios; ¡pues con qué caridad vuelve sus piadosos ojos hácia los pecadores! ¡qué liberal es para con todos los que la invocan! ¡O mi Dios, y cuánto debe consolarnos esta verdad!

Sabemos que solamente Jesucristo redimió al mundo con su sangre, pero no podemos ignorar que aquella sangre preciosa que derramó, fue formada de la misma substancia de María; y por consiguiente franqueó, ofreció, entregó por nosotros aquella sangre que sirvió para nuestro rescate. En esto se funda la Iglesia para darla el título de mediadora y reparadora de los hombres. Como María tiene tanto interes, tanta parte en la dicha de los que se salvan, no puede mirar á sangre fria la desgracia de los que se pierden. ¿Cuál debe ser nuestra devocion con aquella señora, que siendo madre de Dios, es al mismo tiempo madre nuestra? ¡Cuál nuestro religioso culto, cuál nuestra firme confianza en la que es *vita, dulcedo, et spes nostra!* fuente de vida en esta region de muerte; todo nuestro consuelo en este valle de lágrimas; toda nuestra esperanza en este tropel de escollos, en tanta confusion de peligros. Rabie y espume de corage la heregía, que la Iglesia siempre aclamará, siempre saludará á esta Señora con estos augustos timbres, tan llenos de consuelo como de magestad. ¡Y

con semejante protectora, con tal madre, será posible que vivamos pobres y necesitados de bienes espírituales! ¡será posible que desmayemos en el camino de la salvacion! ¡que tengamos la desgracia de descaminarnos y de perdernos! ¿á quién se deberá echar la culpa?

Pues en este gran dia, en que María es declarada por madre de mi Dios, tributémosla los cultos que merece; arrojémonos á los pies de sus altares, y jurémosla una fidelidad inviolable, renovándola la protesta de la mas reverente, de la mas perfecta esclavitud.

Esto es lo que hago desde este mismo momento, ó madre de Dios, ó Vírgen santísima. Cubierto de confusion, y partido el corazon de un vivo dolor, de un amargo arrepentimiento, por haber correspondido tan mal hasta aquí á vuestras excesivas misericordias, vengo lleno de nueva y mas animosa confianza á implorar vuestra poderosa proteccion para con vuestro amantísimo Hijo, y á ofrecerme para siempre por perpétuo esclavo vuestro. Sed, Señora, madre mia, y alcanzadme la gracia que he menester para adquirir las virtudes que caracterizan á los que son vuestros hijos verdaderos.

JACULATORIAS.

Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.
Ruega por nos, santa madre de Dios.

Vita, dulcedo, et spes nostra, salve.
Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra.

PROPOSITOS.

De todas las oraciones que la Iglesia dirige á la santísima Vírgen, la mas agradable á esta Señora y la mas provechosamente para nosotros es la salutacion angélica, que comunmente llamamos el *Ave, María.* El autor de esta oracion en todo rigor fue el Espíritu santo, porque solo contiene las palabas que usó el Ángel cuando la anunció el misterio de la Encarnacion, las que dixo santa Isabel en el dia de la Visitacion; la oracion que hizo toda la Iglesia, congregada en Éfeso en el dia de la triunfante Asuncion de la Vírgen. Es esta oracion un compendio de las maravi-

llas que Dios obró en su favor, y de las grandes mercedes que esperamos de esta madre de misericordia. Por eso ha sido siempre muy familiar á todos los santos; y la Iglesia comienza y acaba con élla el oficio divino. Es el *Ave, María*, dice el devoto Tomás de Kempis, terror de las tinieblas y fue siempre la oracion mas estimada de todos los santos. San Atanasio, en el sermon que hizo de la Madre de Dios, dice que todas las gerarquías celestiales repiten sin cesar en el cielo esta salutacion angélica. Por lo mismo la llama san Efrén el cántico de los ángeles; y san Juan Damasceno añade, que basta rezarla para llenarse el alma de consuelo. Los hereges no son de este parecer. Siendo la salutacion angélica tan gloriosa á la Madre de Dios, tan agradable al Señor, y tan provechosa á los fieles, no podia ser de su gusto. El infierno la mira con horror, y es formidable á los demonios: ¿pues cómo podian dexar de reprobarla los enemigos de la Iglesia? *Siempre que rezo el Ave, María* (dice san Francisco en sus Opúsculos) *los ángeles y los santos se regocijan en el cielo, y los justos en la tierra; el infierno brama, y los demonios huyen. Así como la cera se derrite con el fuego, así los malignos espíritus se disipan á la invocacion del nombre de Maria.* Sea, pues, de hoy en adelante el *Ave, Maria* la devocion que mas frecuentes, no solo todo los dias, sino todas las horas, rezándola siempre que oyeres el relox; y aun las personas fervororas, que de todo se aprovechan para caminar al cielo, acostumbran dar principio á todas las obras que hacen con el *Ave, Maria.* Al salir de casa, al volver á élla, al principio y al fin de todas sus oraciones, al comenzar algun negocio, al despertar por la mañana, al acostarse por la noche, antes de dormir, despues de la señal de la cruz; en fin, dice san Bernardo, dar principio á todas las acciones, y sellarlas todas con el *Ave, Maria*, es una devocion que nos facilita mil bendiciones del cielo. Enséñasela á tus hijos y á tus criados; porque despues de las oraciones de precepto, ninguna es mas provechosa, ninguna mas necesaria que ésta. El misterio de la Encarnacion, que nos recuerda los auxîlios necesarios para vivir una santa vida, y para lograr una santa muerte, que en élla se piden á Dios por intercesion de aquélla que es como la

dispensadora de sus gracias; todo acredita la excelencia de esta oracion, y todo convence su grande utilidad. Pero ten cuidado de rezarla con aquella atencion, con aquel respeto, con aquella devocion que se requieren. Comunmente se hacen sin fruto las oraciones que se repiten con frecuencia; porque se hace costumbre de rezarlas sin atencion y sin gusto. Corrige este defecto, y nunca reces el *Ave, Maria* sin hacer reflexîon á que con élla saludas á la Reyna del cielo y de la tierra, y que imploras su proteccion como refugio de pecadores.

2 En Francia se toca regularmente tres veces á las *Ave, Marias*: al amanecer, á medio dia, y poco antes de la noche; costumbre piadosísima, que tambien se practican en muchas partes de España, haciendo señal la campana, para advertir á los fieles que cumplan con este deber de gratitud y de religion. Es una de las devociones mas antiguas y mas indispensables de la Iglesia. Porque siendo el misterio de la Encarnacion el orígen de todos los demas, y el principio de nuestra salvacion, quiere que sus hijos unan sus voces y sus afectos tres veces al dia para dar gracias al Padre de las misericordias por este insigne beneficio; y en cada una de éllas se rezan tres *Ave, Marias* en reverencia de las tres personas de la santísima Trinidad, por haber concurrido todas tres con modo particular á este inefable misterio; y se dirigen las oraciones á la santísima Vírgen por haberse obrado el misterio en sus purísimas entrañas. Antes de la primera *Ave, Maria* se dicen estas palabras de la Iglesía: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ, et concepit de Spiritu sancto*: El Ángel del Señor anunció á María que sería madre de Dios, y concibió por obra del Espíritu santo; en las cuales se comprende toda la economía del misterio de la Encarnacion, en el mismo punto que el Ángel se le anunció á la Vírgen. Antes de la segunda *Ave, Maria* se dicen aquellas palabras de la misma Vírgen: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundùm verbum tuum*: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra; con las cuales dió su consentimiento, que en el órden de la divina Providencia era condicion precisa para cumplimiento del misterio. Antes de la tercera *Ave, Maria* se dicen aquellas palabras del evangelio: *Et Ver-*

bum caro factum est, et habitavit in nobis: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; las cuales explican la encarnacion del Verbo divino. Esta oracion no se puede llamar devocion puramente voluntaria; en cierta manera es obligatoria, pues por eso dispone la Iglesia que se toque á las *Ave Marias* para acordar á los fieles la obligacion que tienen de rezarlas. No es pecado, pero es una especie de irreligion el dispensarse de élla, y mucho mas el avergonzarse de cumplirla, como parece lo hacen muchos. Esto prueba la poca religion que se halla entre los hombres del mundo. Imponte desde hoy una severa ley de no faltar jamás á tan justa obligacion. Acaba siempre el ofrecimiento de obras por la mañana con las *Ave Marias*. Si á medio dia no oyeres la campana, ó en el lugar donde estás no se acostumbrare tocar á las oraciones en aquella hora, fixa la santa costumbre de rezarlas ó al principio ó al fin de la comida. Y en fin, si no las oyeres por la noche, rézalas despues de puesto el sol. Antiguamente se llamaba, y aún hoy se llama en algunas partes al toque de las oraciones *el perdon*, por las muchas indulgencias que están concedidas á los que las rezan. Sabiendo bien los sumos pontifices cuán agradable es al Señor esta oracion, y qué provechosa á los fieles, han derramado abundantemente los tesoros de la Iglesia en favor de los que tienen costumbre de rezarla con devocion y con respeto. Urbano II., como ya se ha dicho, hallándose en el concilio de Clermont, al que presidió en persona el año de 1094, mandó que se tocase á las oraciones todos los dias. Juan XXII. estando en Aviñon, concedió veinte dias de indulgencia á los que las rezasen. Calixto III. aumentó el número para aumentar la devocion. Paulo III. aún concedió mas ámplias indulgencias. Alexandro VII. concedió indulgencia plenaria á los misioneros de la Compañía de Jesus; y Clemente X. á instancia del rey Cristianismo, para extender á toda la Iglesia esta gracia, concedió lo primero diez años de indulgencia todas las veces que se rezaren las *Ave Marias*; lo segundo indulgencia plenaria á los que por espacio de un mes las rezaren tres veces cada dia, confesando y comulgando en cualquiera dia que eligieren del mes siguiente; y lo tercero el mismo Papa concedió indulgencia ple-

naria para la hora de la muerte á los que hubiesen tenido costumbre de practicar esta devocion en vida. ¿Serán necesarios mas motivos para observarla en adelante con la mayor exâctitud? Pero guárdate bien de hacerlo con indevocion y con tibieza. Nunca reces las oraciones con precipitacion; rézalas siempre con atencion devota; y por un ridículo respeto humano, por una necia vergüenza, nunca dexes de ser y de parecer cristiano.

DIA VEINTE Y SEIS.

San Ludgerio, primer obispo de Munster.

San Ludgerio, originario de Frisia, y de familia ilustre entre las mas distinguidas de todo aquel pais, nació al mundo por los años de 743. Su padre Tiadgrin y su madre Lifeburga, reconociendo en el niño Ludgerio particular inclinacion á la virtud, y bellas disposiciones para las letras, le enviaron á Utrech siendo de edad de trece á catorce años, para ser educado en la escuela del misionero san Gregorio, discípulo de san Bonifacio mártir.

Estaba dotado Ludgerio de excelente ingenio, natural dócil, de modales gratas, de un ayre apacible, de un corazon noble, y como naturalmente inclinado á todo lo bueno. Con tan felices disposiciones, en poco tiempo hizo admirables progresos en la ciencia de los santos, y en el estudio de las letras humanas. Acompañó á Aluberto cuando fue á consagrarse por obispo á Yock, y recibió en aquella ciudad el órden de diácono. Empeñado ya mas particularmente en el servicio de la Iglesia, aspiró con mayor aliento á la perfeccion, y se aplicó con nuevo fervor á adquirir las virtudes eclesiásticas y religiosas propias de su estado. Consiguiólo con ventajas; y bien informado Alberico, sucesor de san Gregorio, del extraordinario mérito de nuestro Santo, le envió al pais de Over-Isel á renovar la cristiandad de Deventer,

que los saxones gentiles habian arruinado despues de la muerte de su fundador y primer apóstol san Lebwin. Hizo en poco tiempo san Ludgerio cuanto se podia esperar del fervoroso zelo de un apostólico misionero; y abolidas las miserables reliquias del paganismo, quedó reparada aquella iglesia.

Fue consagrado Alberico por obispo, y á pesar de la humilde resistencia de Ludgerio, á vista de una dignidad respetable á los mismos ángeles, le ordenó de sacerdote. Envióle luego á Frisia, y apenas entró en élla, comenzó á ser su apóstol. Padeció cuantos trabajos suelen padecer los hombres apostólicos cuando se empeñan en desmontar una tierra inculta; pero Dios endulzó sus penosas fatigas con las abundantes bendiciones que derramó sobre élla. En menos de siete años convirtió á la fe de Cristo á aquella nacion idólatra; y apenas hubiera quedado gentil en élla, si Witikin duque de Saxonia; y todavía pagano, no hubiera obligado á nuestro Santo á salir del pais durante la cruel persecucion que movió contra la Iglesia.

Arrancado Ludgerico con indecible dolor de en medio de su rebaño, se fue á consolar en la soledad del santo Monte Casino, y allí desquitó en continuas oraciones, y en rigurosas penitencias lo que no le permitia hacer el entredicho de su zelo. Oyó el Señor sus apostólicas ansias; porque conquistada por Carlo Magno toda la Baxa-Saxonia, y convertido el Duque á la religion cristiana, salió de su retiro nuestro Santo, animado de nuevo fervor, y cediendo todo, no menos á la eficacia de sus palabras, que á la fuerza de sus exemplos, predicó el evangelio hasta la embocadura del Weser, en todos los cinco cantones marítimos de Frisia. Triunfante ya en todo aquel pais la fe de Jesucristo, fundó un monasterio de monges benedictinos, que á un mismo tiempo sirviese como de ciudadela y arsenal á la recien nacida Iglesia.

Extendida la fama del copioso fruto que hacia el nuevo apóstol en toda la Wesfalia, deseó Hildebaldo, arzobispo de Colonia, elevarle á la dignidad episcopal. Asustóse Ludgerio al oir la proposicion que se le hizo. Representó, suplicó, se resistió, é hizo cuanto pudo pa-

ra que en su lugar fuese sublimado á élla un discípulo suyo, cuyas prendas ensalzaba, y á su parecer sin encarecimiento. Pero no fue atendida su repugnancia. Obligósele á obedecer no menos á la eleccion del Arzobispo que al órden del Emperador. Fue consagrado obispo de Mimigerneford, que significa *el vado del rio Mimigard*, nombre que despues se mudó en el de Munster, que quiere decir *monasterio de canónigos reglares*, porque el Santo fundó en aquel parage un célebre monasterio, cuya Iglesia le sirvió de catedral. A esta nueva diócesis juntó despues los cinco cantones de la Frisia oriental, que el mismo Santo habia convertido á la fe. Ademas de eso fundó otra abadía en la Baxa Saxonia, que es la que hasta hoy se llama *Claustro de san Ludgerio* en el Ducado de Brunswik.

La nueva dignidad solo sirvió para aumentar la austeridad de su vida, y para añadir mayor lustre á su virtud. Escogido por pastor de aquellos pueblos, fue padre de todos. Con la dulzura de su genio, y con la afabilidad de su trato domesticó los ánimos mas intratables y mas duros. No hubo quien no se rindiese á sus palabras, ó á sus exemplos; y haciéndose todo á todos con una caridad universal, á todos los ganó para Dios.

Sus rentas eran de los pobres, su mesa era tambien la mesa de éllos. Llevaba siempre debaxo del trage de prelado un áspero cilicio. Eran contínuos sus ayunos; y su abstinencia, en medio de los caritativos convites, en que se renovaban los Agápes antiguos, llegaba á ser excesiva.

Una virtud tan sobresaliente no podia estar á cubierto de la envidia y de la murmuracion. La frugalidad de su mesa, aquel trato contínuo con los pobres, su humildad y su modestia desagradaban mucho á los que siendo muy inferiores á él en la dignidad, vivian con mayor suntuosidad y con mas fausto. Desacreditáronle con Carlo Magno, y pintándole como á un hombre de cortos talentos, y que hacía despreciable su carácter. Como aquel gran Príncipe ninguna cosa deseaba con mayor ansia que ver florecer la religion; y como estaba persuadido á que el exemplo de los prelados hacia grande impresion en el ánimo y en los corazones de los

pueblos, sintió mucho las quejas que le daban de nuestro Santo. Vióse éste obligado á pasar á la córte para justificarse. Hospedóse cerca de palacio, y á la mañana siguiente un gentilhombre del Emperador fue á prevenirle que le estaba esperando su Magestad imperial. Hallábase rezando el oficio divino cuando recibió el recado, y queriendo acabarle se hizo esperar mas. Aprovecháronse de este incidente sus émulos para esforzar, y aun para autorizar su acusacion. Preguntóle el Emperador cómo habia tardado tanto en ponerse en su presencia despues de haberle enviado tres recados *Señor*, respondió el Santo, *porque en esto mismo creí que obedecia á V. M.* *¿Pues cómo?* le replicó el Emperador. *Señor, señor*, continuó Ludgerio sin turbarse, *porque cuando me dieron los recados de V. M. me hallaba rezando el oficio divino; y cuando V. M. me hizo la honra de nombrarme por obispo, me encargó ante todas cosas que prefiriese siempre el servicio de Dios al de los hombres, sin exceptuar la misma sagrada persona de vuestra M. Imperial.* Agradó tanto al Emperador esta respuesta, que no quiso permitir se justificase de los demas cargos que le habian hecho; y volviendo á enviarle á su Iglesia colmado de honras, le exhortó á que cuidase siempre con el mismo zelo de sus ovejas, y prosiguiese con el mismo ardor en el servicio de Dios.

Fructificaron mas sus apostólicos trabajos por el don de milagros que le concedió la benignidad del cielo. Parecióle estrecho campo para contentar las ansias de su zeloso caritativo espíritu la Saxonia y la Wetsfalia; y viendo ya desde entonces con luz profética los estragos que algun dia habian de hacer en aquellas regiones los normandos de Dinamarca y de la Noruega, se estaba disponiendo para ir á prevenir á los enemigos de la fe, resuelto á emprender aquellas nuevas misiones, cuando el Señor, que le veia ya maduro y cargado de merecimientos, quiso premiárselos.

Fue larga, y violenta su postrera enfermedad; pero ni por eso disminuyó un punto su fervor. Ningun dia dexó de rezar el oficio divino con otras muchas oraciones; y aunque consumido y penetrado de agudísimos dolores, todos los dias celebró el santo sacrificio de la misa. El úl-

timo de su vida, que fue el domingo de Pasion á los veinte y cinco de marzo, no le pasó ociosamente, ni fue el menos laborioso. Muy de mañana predicó en la iglesia de Coesfeld, y se despidió de su pueblo; desde allí pasó á Billerbeck, distante dos leguas de Coesfeld: dixo misa, y predicó segunda vez, sacrificando á Dios de esta manera las últimas reliquias de su voz y de sus fuerzas; y pronosticando á los que le acompañaban, que la noche siguiente moriria, ya no pensó mas que en consumar su sacrificio, redoblando el amor á Dios que le abrasaba, y aquella ardiente caridad con el próximo que siempre le habia encendido. En tan santos exercicios acabó su dichosa vida un poco despues de la media noche del dia veinte y seis de marzo, hácia el año de 809. Fue conducido su santo cuerpo con gran pompa al monasterio de san Salvador de Wérden, como él mismo lo habia dexado dispuesto; y el Señor continuó en hacerle célebre con muchos milagros.

La misa es en honra del Santo, y la oracion de la misa la siguiente:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Ludgerii confessoris tui, atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontifice san Ludgerio aumentes en nosotros el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. del apóstol san Pablo á los romanos.

Fratres: Testimonium perhibeo illis quod æmulationem Dei habent, sed non secundùm scientiam. Ignorantes enim justitiam Dei, et suam quærentes statuere, justitiæ Dei non sunt subjecti. Finis enim legis Christus, ad justitiam omni credenti.

Hermanos: Yo les soy testigo de que tienen zelo de Dios; pero no segun la ciencia. Porque no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para dar la justicia á todo el que cree.

NOTA.

„Escribió esta epístola desde Corinto el año 57 de Cris„to, veinte y cuatro despues de su pasion; envióla el Após„tol por Feba, una gran sierva de Dios que se empleaba en „el servicio y ministerio público de la iglesia de Cencrea, „uno de los puertos de mar de aquella gran ciudad.

REFLEXIONES.

Testimonium perhibeo, illis quod emulationem Dei habent, sed non secundùm scientiam. ¿De qué sirve el zelo por la ley santa de Dios, si no es conforme al espíritu de Dios? No hay cosa mas perniciosa, ni tampoco la hay mas comun que el falso zelo.

Se hallan algunas veces personas que hacen profesion de exemplares, y aun de penitentes, cuyo zelo siempre es enfadoso y amargo, sin conocer aquella dulzura de Jesucristo, que en parte caracteriza el verdadero zelo. Engañaríase mucho el que concibiese la caridad como una virtud aduladora y lisonjera, que por no ofender á nadie todo lo lo celebrase, hasta las mismas imperfecciones. Debe condenarse, debe abominarse el vicio; pero la caridad cristiana pide que se perdone á la persona, que se mire con tierna compasion al pecador, siempre que esto se pueda hacer sin perdonar al pecado. La malignidad del corazon humano nos debe inclinar á desconfiar perpétuamente de nuestras máxîmas siempre que se dirigen á censurar la conducta de los ótros. Siéntese no sé qué secreto y maligno placer de descubrir en ótro aquellos defectos de que uno se considera libre. Aquella especie de superioridad que se imagina lograr sobre el próximo, lisonjea un corazon naturalmente orgulloso; y como en esta opinion de preferencia se mezcla siempre el especioso pretexto del zelo y de la virtud, no se desconfia de esta complacencia maligna, y aun se vive en élla con grande serenidad.

Aún es mas grosera la ilusion cuando se reputa por zelo la pasion, persuadiéndose que se hace servicio á Dios en aquello en que solamente se siguen los ímpetus de la emulacion, de la envidia ú de su propio interes.

Se ha recibido algun disgusto; encuéntrase en la pretension concurrentes de mayor mérito ú de mayor

dicha; hácenos sombra la virtud ó la reputacion del ótro; comiénzase á desviar voluntariamente los ojos del esplendor de sus prendas; solamente se aplica la atencion á descubrir lo que puede parecer en él defectuoso, celébrase con una risa maligna, óyese con una secreta complacencia todo aquello que los que son de nuestra misma opinion censuran en las personas que sirven de objeto á nuestra envidia; todo se escucha, todo se aplaude con alegría. Si se las muerde, si se las satiriza; todo se recibe como oráculo. El aprecio y aun el amor con que se miran estas crueles censuras, igualan siempre á la maligna antipatía que se tiene con los concurrentes. Las pasiones que se forman, no pueden contenerse por largo tiempo dentro de los límites de la moderacion. En vano se procura reprimirlas ó á lo menos disimularlas; al cabo revientan con estruendo. Ya se miran con ojos enemigos aquellos cuya reputacion nos ofende. No solo se desaprueba, sino que positivamente se desprecia todo cuanto hacen; ni aun se quiere creer que sean capaces de hacer cosa digna de estimacion. Los que no son devotos llaman á esto aversion, vergüenza, emulacion, ódio; pero los que hacen profesion de virtuosos, siempre lo llaman zelo. Mas pregunto, ¿se mira únicamente á Jesucristo y á la salvacion de las almas en esta malignidad de humor que se desahoga en censuras mordaces, en invectivas y en murmuraciones? ¡Cosa extraña! Hasta la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia han de servir de pretexto á la pasion.

El evangelio es del cap. 9. de san Lucas.

In illo tempore misit Jesus nuntios ante conspectum suum: et euntes intraverunt in civitatem samaritanorum ut pararent illi. Et non receperunt eum, quia facies ejus erat euntis in Jerusalem. Cum vidissent autem discipuli ejus Jacobus, et Joannes, dixerunt: Domine, vis dicimus ut ignis descendat de cælo, et consumat illos? Et conversus increpa-

En aquel tiempo envió Jesus delante de sí nuncios: y yendo éstos, entraron en una ciudad de samaritanos para prepararle el hospicio. Y no quisieron recibirle porque daba á entender que iba á Jerusalen. Habiendo visto esto sus discípulos Santiago y Juan, dixeron: ¿Señor, quieres que mandemos que baxe fuego del cielo, y que los devore? Pero el Señor, volviéndose á éllos,

vit illos, dicens: Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare.

los respondió, diciendo: Vosotros no sabeis á qué espíritu seguis. El Hijo del hombre no vino á perder á los hombres, sino á salvarlos.

MEDITACION.

Del falso zelo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el falso zelo tiene toda la malignidad, toda la hiel, y todo el veneno de las mas violentas pasiones, pero todo en la máscara de una ardentísima caridad y de un abrasado amor de Dios. ¿Qué se puede esperar de tal principio?

El falso zelo, hablando propiamente, no es mas que una violenta pasion, que el amor propio disfraza para que no se conozca, poniéndola en estado de ser tanto mas nociva, cuanto menos se desconfia de élla. Es el orgullo como su primer orígen; porque no hay zelo falso que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de aquí nace aquel desprecio con que se mira á la persona contra quien se dirige el tal aparente zelo. Un ódio maligno, una envidia amarga, una venganza aceda y siempre picante, son como los ocultos resortes, ó máquinas que mueven la cólera de los llamados zelosos, y los ponen de tal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. Del mismo principio nace que todo herege grite contra la relaxacion, y acompañe sus gritos con injurias. Tendríase por muy grosero el error, si no se valiese del pretexto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas para justificar hasta los mas furiosos excesos. Debaxo de este especioso título, debaxo de este bello nombre, feas calumnias, murmuraciones atroces, enormes injusticias, inhumanidades, persecuciones; todo pasa, todo se aplaude, todo se autoriza: *arbitratur obsequium se præstare Deo.* Cuando solo se obra por resentimiento, por pasion y por venganza, se cree que se hace servicio á Dios. ¡O cuántas pasiones, ó cuántas injusticias fomenta esta vana imaginacion! ¡Pero aca-

so nos ha de juzgar Dios segun nuestras frívolas imaginaciones? ¿y es posible que nada me acuse mi conciencia en este punto? El verdadero zelo no es amargo ni parcial, ¿siéntese en el corazon amargura, acedía, menosprecio, y no sé qué especie de dureza? Señal evidente de que el zelo es ilegítimo, es falso. Aquellos devotos zelosos que quisieran baxase fuego del cielo para exterminar á los pecadores, esten ciertos que no los aníma el espíritu de Jesucristo. ¿De qué principio nacen mis ímpetus arrebatados, mis movimientos coléricos? ¿acaso es verdadero zelo el que produce mis aversiones y mis vivacidades?

Ojéese bien en ese corazon; cábese profundamente hasta dar con el manantial de ese zelo impetuoso, que solo acierta á explicarse en estruendos y en castigos; hallaráse sin duda que esa nube cargada de rayos y de piedra se formó de exhalaciones malignas. Unas prendas demasiadamente brillantes, y demasiadamente reales que nos hacen sombra; una razon de familia, de interes ó de partido; un disgusto que se nos dió, un desayre, un despique y una secreta envidia son el verdadero y primer móvil de tantas acciones enmascaradas con el especioso nombre de zelo y de caridad. ¿Pero qué juicio hace de éllas aquel Dios que penetra el fondo de los corazones, que desenvuelve y registra todos sus senos, y que hace tan poco caso de nuestras sutilezas y de nuestros sistemas? ¡O buen Dios, y cuánto tiempo, cuántas diligencias perdidas! ¡cuántos pecados graves bien disfrazados! ¡cuántos talentos mal empleados! ¡Y qué desdichada es una persona á quien aníma el falso zelo! ¡qué digna de compasion! ¡y qué rara es la que abre los ojos y vuelve en sí de una ilusion tan lamentable!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay todavía otro falso zelo mas mitigado, pero mas sutil. Y no hay que cansarse, que éste en todas partes se halla, y en todas las cosas se mezcla. Es rarísimo, es especie de prodigio un zelo tan puro, tan desecado, que no envuelva dentro de sí algunas partículas térreas de nosotros mismos; muy rara vez sucederá que

la inclinacion, el humor, el genio y el amor propio no sean como el alma de lo que se llama zelo.

Persuádese uno á sí mismo, y aun quiere persuadirlo á los demas, que solo se busca la mayor gloria de Dios, y que sola élla es el móvil de nuestras acciones; pero si solo se pretende agradar á Dios, ¿en qué consistirá aquel desear mas unas ocupaciones que ótras, aquella inclinacion, aquel gusto, y aun aquella vanidad de confesar mas á unas personas que á ótras? ¿en qué consistirá no tener zelo ni fervor sino para los ministerios sobresalientes, para aquellos que hacen ruido y se exercitan con aparato? ¿Por qué no se atenderá mas que á la salvacion de ciertas almas, esto es, de cierta clase de gentes? ¿por qué se tendrá tanto dolor, se hará tanto sentimiento en dexar el empleo, la ocupacion, el lugar, cuando la voluntad de los superiores nos da á conocer bastantemente que no quiere Dios nos mantengamos allí? ¿tememos por ventura que se disminuya ó padezca la gloria del mismo Dios si cedemos nuestro lugar á ótro? ¡Ah Señor, y qué misterios de iniquidad descubrirá á nuestros ojos la fatal hora de la muerte! ¿Pero será entonces tiempo de descubrir estos misterios?

El querer trabajar mucho suele ser señal de que se tiene mucho zelo. Pero si en esa multitud laboriosa de ministerios se pretende únicamente la mayor gloria de Dios, es muy digno de reparo, y aun de grande admiracion, el gran cuidado que se tiene de dar á entender al público lo mucho que se trabaja; mendigando con vana ostentacion de sus fatigas y sudores un aplauso ó una inútil compasion. Muchas veces quiere uno hacerlo todo, pero quisiera ser él solo quien lo hiciese; ¿y esto no nacerá por ventura de temer que salga otro concurrente con quien se repartan los aplausos y la gloria de las fatigas? ¡O mi Dios, y qué sutil es el amor propio! Mientras no tengamos un corazon puro y una intencion recta, siempre hará burla de nosotros. Es señal indubitable de un zelo falso y postizo sentir el fruto que hacen los demas. ¿Y no hay algo de esto en nuestro corazon?

El primer fruto de la caridad es el zelo verdadero, y no puede nacer de otro principio. Por eso el verdadero zelo siempre es dulce, benéfico, humilde y compasivo. Y

el primer objeto de nuestro zelo debe ser nuestros propios defectos; siendo la sólida virtud de un hombre zeloso el primer artificio de que debe valerse para mover á los demas: *Æs sonans, aut cymbalum tinniens.* ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion se sentirá en la hora de la muerte, cuando se conozca que la vida de un hombre que pasó por zeloso fue un metal vacío, y una campana hueca, sonido, estruendo, y ruido nada mas! *Nonne in nomine tuo prophetavimus?* ¿Pues, Señor, no profetizamos en tu nombre? ¿no lanzamos los demonios en tu nombre? ¿no hicimos muchos milagros en tu nombre? Así es, responderá el Señor; pero les dirá claramente, *quia nunquam novi vos; discedite à me.* Apartáos de mí, porque nunca os reconoci por mios. ¡Qué sentencia, qué rayo fulminado para un predicador aplaudido, para un director de grande reputacion, para un superior rígido, para un padre de familias vigilante, para un gran prelado, que habiendo cumplido con su obligacion respecto de sus súbditos, no hubiese atendido á su propia salvacion!

No permitais, Señor, que yo éntre en este número. Sea yo mismo el primer objeto de mi zelo; y sea mi zelo en órden á los demas animado por vuestro divino espíritu. No sea amargo ni riguroso sino contra mí mismo; sea la caridad su primer móvil, y sea vuestra gloria su único fin.

JACULATORIAS.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Dios mio, en mí aquel corazon limpio, y aquella intencion recta sin la cual no es posible agradaros.

Tabescere me fecit zelus meus: quia obliti sunt verba tua inimici mei. Salm. 118.

Mi zelo me hizo secar de dolor á vista del desprecio de vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

Ten zelo, porque la falta de él es señal de una fe muerta, y de una caridad apagada; pero nunca sea amargo ni

indiscreto. El verdadero zelo siempre es prudente, humilde, compasivo y moderado. Si tu indignacion se irrita contra el vicio, en tus propios defectos hallarás el mas digno objeto de su cólera. Debe sin duda llorarse con lágrimas de sangre la licenciosa relaxacion de las costumbres. Pero á quien no se le ha cometido el cargo de corregir á los demas, ¿á qué propósito exclamar con tanto ruido? ¿á qué fin reprender con tanta acedía y amargura? Demos principio á la reforma comenzando por nosotros mismos, y cuanto es de nuestra parte quedarán corregidas las costumbres. En quien por su oficio no tiene obligacion de enmendar á los demas, el único medio de reformarlos es con el exemplo y con la edificacion de su vida; siendo tambien al mismo tiempo el único modo de corregir que jamás dexa de hacer fruto. Considera desde luego á qué cosas se ha de extender tu zelo, y cuáles son sus propiedades. ¿Atiendes con desvelo á la buena crianza de tus hijos, al porte de tus criados, y al modo de vivir de todos aquellos que dependen de ti? ¿eres tan cuidadoso y tan nímio en procurar que cumplan tan exâctamente con las obligaciones de cristianos, como con los oficios de criados tuyos? No sufririas que te hablasen á ti con menos atencion, ó con poco respeto; ¿tienes el mismo zelo en solicitar que traten á Dios de la misma manera? Mira que has de ser responsable de la salvacion de los que estan á tu cargo; y así no te fies demasiadamente de su buena fe, abandonándolos del todo á su propia conciencia. Sueles algunas veces decir que ya tienen edad para saber sus obligaciones. Pero pregunto: ¿sueles decir esto mismo cuando se trata de cosas tocantes á tu servicio? Ten zelo, y no serás tan insensible en materia de costumbres; observando de hoy en adelante las reglas siguientes. Primera: Sea el buen exemplo la primera leccion que dicte á todos tu zelo; á esta especie de instruccion no hay natural, costumbre, ni genio, ni inclinacion que resista. Segunda: Desciende al individual y menudo exámen de la conducta de tus hijos y de tus criados; infórmate de cuando en cuando si sus conversaciones son licenciosas, y si es cristiana su vida. Procura averiguar si frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez al mes, si oyen misa con devocion, si estan en la iglesia con respeto, si

leen libros perniciosos, si frecuentan casas sospechosas, y si andan con malas compañías. En este género de faltas has de ser inexôrable, sin perdonar ni disimular cosa alguna; y no te fies ni de preceptores, ni de maestros, ni de ayos.

Sé rígido, pero sin ser amargo ni austéro. Nunca reprendas con términos injuriosos, ó mal sonantes; un poco de viveza y un mucho de teson caen bellamente en el verdadero zelo; muéstrale siempre de manera que parezca zelo cristiano, el cual es inseparable de la caridad.

2. Si te hallas á la frente de alguna república, de algun gremio ó de alguna comunidad, atiende con zelo al rigor de la observancia; no toleres la mas mínima relaxacion; pero advierte con dulzura, corrige con moderacion, reprende con toda cortesanía, manda con tu exemplo aun mas que con tus palabras. ¡O cuántos superiores serán horrendamente castigados en la otra vida por haber sido poco rígidos y menos exemplares! ¿No tienes tú algo que reprenderte y enmendarte en este punto? Si eres particular, predica la reforma de toda la comunidad con la tuya. No te dispenses en la mas mínima distribucion ú observancia regular; sé puntual, sé en todo muy exâcto, y solo con esto has dado principio á la reforma de la casa. Todo zelo inquieto, bullicioso y mordaz es zelo falso; el tuyo debe ser sosegado, suave, benéfico y caritativo. Mucho se engaña á sí mismo el que piensa tener zelo de los demas cuando descuida de su propia perfeccion; porque es cierto que nunca amamos al próximo mas que á nosotros mismos. Lo que entonces se llama zelo, es intrepidez de genio, es viveza mal corregida, es orgullo mal disimulado, y no pocas veces es ódio, envidia y emulacion.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Juan, ermitaño.

San Juan de Egipto, uno de los mayores ornamentos del desierto, tan célebre por el don de profecía y por el resplandor de sus virtudes, como venerable en toda la Iglesia, nació en Licópolis de Tebayda por los años del Señor de 330. Por la gran pobreza de sus padres se vió precisado á aprender el oficio de carpintero luego que tuvo edad para poder ganar la vida. Pero el Señor, que le destinaba para modelo de perfeccion de todos los solitarios, le inspiró tan gran deseo de pasar sus dias en el desierto, y de atender únicamente al cuidado de su salvacion por los santos exercicios de oracion y de penitencia, que siendo de veinte y cinco años se despidió de su maestro, y se entregó á la disciplina de un santo anciano, que descubriendo en aquel mancebo una humildad extraordinaria y un singular espíritu de rendimiento, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion.

Halló un dia el santo director en su huertecillo la rama de un árbol medio podrida; y plantándola en la tierra, mandó á Juan que dos veces al dia la regase hasta que echase raices y diese fruto. No se detuvo el obediente mancebo en discurrir sobre la extravagancia del precepto, ni sobre la imposibilidad de lo que se le mandaba, persuadido á que se obedece á Dios siempre que al superior se le obedece. Era violento el exercicio, por ser preciso conducir el agua á media legua de distancia. Mas no por eso se dispensó Juan ni un solo dia de hacer lo que se le habia ordenado, sin detenerle ni el rigor del tiempo, ni la incomodidad de regar dos veces al dia un palo seco, ni el procurar mover con todas sus fuerzas una gran peña ó peñasco que el buen viejo le habia mandado menear. Asegura Casiano que esta ciega obediencia hizo á Juan en pocos años uno de los mas elevados contemplativos y de los mas santos solitarios de todo Egipto.

Muerto su santo director, pasó nuestro Juan cinco años en diversos monasterios dedicado á la mas exâcta observancia de todo aquello que podia perfeccionar su virtud. Movido de Dios á vida mas retirada, se fue á una montaña desierta, á dos leguas de Licópolis, y en una peña muy escarpada abrió una celdilla, en la cual se encerró de tal manera, que por espacio de cuarenta años no fue visto de persona alguna sino por una ventanilla que abria raras veces.

En esta especie de sepultura vivió nuestro Santo hasta los noventa años de su edad mas como ángel que como hombre. Su comida por todo este tiempo eran las yerbecillas crudas y silvestres, con algunas raices que nacian dentro de la misma gruta; su bebida un poco de agua, y esa con mucha escasez. Apenas interrumpia el sueño su contínua oracion, porque era muy poco lo que dormia, siendo tan sublime su contemplacion desde los primeros años, que gustaba anticipadamente de las delicias del cielo. La afabilidad y la dulzura con que un hombre de tan baxo nacimiento y de vida tan austéra recibia á todos los que le buscaban, acreditaban bien que la rusticidad y la severidad importunas son muy agenas de la verdadera virtud. No habia hombre mas apacible ni mas grato que nuestro santo Ermitaño; reservando para sí solo la austeridad y el rigor.

Jamás permitió que muger alguna se acercase á su celdilla. Y á la verdad, habia hecho tan dificultosas y aun tan impracticables las sendas, que solamente podian alentarse á vencer tantos estorbos los que le buscaban con deseo ardiente de consultarle sus negocios. Hízose tan público el don de profecía de que el Señor le habia dotado, que desde las provincias mas distantes concurrian á consultarle como á un oráculo á quien habia colocado Dios en el monte para explicar su voluntad.

Arrojándose sobre las tierras del imperio romano los etiopes, pueblos bárbaros, y habiendo hecho grandes estragos en toda la Tebayda, el general del exército romano, hallándose sin fuerzas para resistirlos, vino á consultar con nuestro Santo lo que debia executar. *Ten confianza en el Dios de los exércitos*, le dixo Juan, *y no obstante la desigualdad de tus fuerzas*, *vé á atacar al ene-*

migo, que tú vencerás. La completa victoria que el general del Emperador alcanzó de aquellos bárbaros acreditó bien la verdad de la profecía.

Consultóle el gran Teodosio sobre el éxîto de la guerra que tenia declarada al tirano Máxîmo, que habia quitado la vida al emperador Graciano. Pronosticóle Juan que conseguiria una gloriosa victoria; la que con efecto fue tan completa, y tan á poca costa de sangre, que el piadoso Emperador la atribuyó enteramente á las oraciones del bienaventurado Juan de Egipto.

Cuatro años despues, estándose Teodosio disponiendo para vengar la muerte del jóven Valentiniano, á quien el conde Arbogasto habia hecho sufocar para colocar en el trono imperial á Eugenio, deseó mucho ver á nuestro Santo. Para este fin le despachó á Eutropio su favorecido; pero por mas que hizo nunca le pudo persuadir á que pasase á la corte. Pronosticóle Juan que el Emperador quedaria victorioso; pero que sobreviviria poco á su victoria, como sucedió.

Movidos de la gran fama del Santo, Evagrio del Ponto y seis discípulos suyos desearon pasar á verle; pero aterrados de la escarpada senda que hacia casi impracticable la subida á su celda, Paladio como mas mozo y mas práctico se ofreció á trepar él solo á élla, para informarse por sí mismo si era tan grande la santidad de aquel hombre que mereciese vencer tantas dificultades por comunicarle. Subió, pues, y halló cerrada la celda, como lo estaba ordinariamente. Dixéronle que solo se dexaba ver el domingo, y algunas veces el sábado. Esperó todo este tiempo en el hospicio que se habia fabricado para los forasteros. Entró el sábado en una especie de cláustro, donde vió á muchos solitarios juntos; y descubrió á Juan en su ventanilla, desde donde hablaba á los que se acercaban á élla. Reconoció nuestro Santo á Paladio por monge del monasterio de Evagrio en el desierto de Nitria; y comenzaba á saludarle, cuando interrumpió la conversacion por volverse á hablar con Alipo, gobernador de la Tebayda, que llegó á la sazon. Notó Paladio esta preferencia, y atribuyéndola á especie de aceptacion de personas, creyó que Juan no debia ser enemigo de las grandezas humanas. Conoció el Santo lo que pasaba por el pensamien-

to de aquel monge; y reprendiéndole con suavidad, facilmente le hizo convenir en que tenia razon en portarse de aquella manera. Despues de haberle alentado en sus trabajos, y fortalecido contra sus tentaciones, disuadiéndole sobre todo del pensamiento que tenia de hacer un viage á su pais, le preguntó como en tono de zumba, si querria ser obispo. Respondió Paladio en el mismo tono, que ya lo era, aludiendo al oficio que tenia en el monasterio de proveedor ó inspector del pan y de los víveres, lo que se llama *obispo* en lengua griega. *¿Y de qué iglesia eres obispo?* le replicó Juan. *De la panera de mi casa*, respondió Paladió. *Tú te zumbas*, continuó el Santo; *pero tú serás obispo, y no tendrás poco que padecer en el obispado. Si quieres evitarlo, no salgas del desierto. Cuarenta y ocho años ha que no pongo los pies fuera de mi celda, en todo este tiempo no he visto á muger ni moneda alguna, y no he sentido el mas ligero disgusto.*

Despidióse Paladió de Juan, y baxó á contar á sus compañeros lo que habia visto y oido. Subieron todos al instante á ver al siervo de Dios, y á aprovecharse de su admirable doctrina. Fueron recibidos con aquella caridad siempre alegre y siempre urbanísima con que hechizaba á cuantos le visitaban. Conoció con luz superior que el mas mozo de todos era diácono, aunque él por su humildad se lo habia ocultado á sus compañeros; y allí mismo sanó á otro de éllos que estaba enfermo. Despues de haber dado órden para que los agasajasen, los entretuvo largo tiempo sobre diferentes puntos de espíritu, especialmente sobre la necesidad que todo religioso tiene de ser humilde.

Refirióles la historia de un solitario, que despues de una vida muy penitente, se rindió de tal manera á las ilusiones del demonio, que consintió en pecar con una fantasma que éste le representó en figura de muger; y en vez de levantarse por medio de la penitencia, se dexó llevar de la desesperacion; y abandonando el desierto, se entregó á todó género de disoluciones.

A otro conocí, añadió el Santo, que habiendo sido casi tan miserable como el primero, fue mas prudente. Consintió en algunos pensamientos de vanidad, y despues en otros de impureza, dexó la celda con resolucion de

volverse al siglo. Habiendo entrado en cierto monasterio de solitarios, le pidieron éstos que les hiciese algunas pláticas espirituales. No pudo resistirse; y Dios por un efecto bien singular de su infinita misericordia, le movió á él mismo con la doctrina que daba á los ótros. Restituyóse á su celda, donde pasó lo restante de su vida en amarga penitencia, y en llorar incesantemente sus culpas.

Poco tiempo sobrevivió Juan á esta visita. Era á la sazon de noventa años, de los cuales habia pasado setenta y cinco en el desierto; y sabiendo por divina revelacion el dia y hora de su muerte, pidió que en tres dias no se le llamase; porque de ningunos se dexaria ver. Pasó todo este tiempo en oracion, durante la cual rindió su bienaventurado espíritu en manos de su Criador el año de 394. Encontróse el santo cadáver de rodillas, y fue sepultado con la pompa y con la veneracion que acompañan á los santos hasta mas allá del sepulcro; llamándosele comunmente el profeta de Egipto. Su fiesta se celebra en Braga de Portugal, y su memoria es de singular bendicion en toda la Iglesia.

La misa es en honor de este Santo: la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Joannis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, favorablemente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu siervo el bienaventurado Juan, para que los que no tenemos confianza en nuestros méritos, seamos ayudados por los de aquel que tuvo la dicha de agradarte: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á los corintios, capítulo 13.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: Charitas non æmulatur, non agit perperàm, non inflatur, non est ambiciosa, non

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensoberbece; no es ambi-

quærit quæ sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

ciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

NOTA.

„Teniendo noticia san Pablo de que los corintios, de„xándose llevar de un desordenado amor á sus maestros, „estaban muy divididos entre sí con bandos y parciali„dades á costa de la caridad cristiana; les escribió esta „carta el año del Señor de 57.

REFLEXIONES.

Es cosa bien digna de admiracion que siendo tan claro y tan fiel el retrato de la verdadera devocion, que con nombre de caridad cristiana hace aquí el apóstol san Pablo, haya tantos que la equivoquen y se la figuren muy contraria de lo que es en realidad.

No hay cosa mas respetable ni mas amable que la verdadera virtud. No es enfadosa, ni rústica, ni desabrida; su ayre no es desdeñoso, ni austéro, ni chocante. No consiste ni en excesos imprudentes, ni en ímpetus de un fervor rígido, seco y displicente. Aborrece toda ostentacion y todo fausto. Nada tiene de escrupulosa ni de hazañera; ignora todo artificio mundano; y jamás se desmiente á sí misma.

Enemiga irreconciliable de todo engaño, gana el concepto por la rectitud, y el corazon por la dulzura. Siempre magestuosa en su noble simplicidad, nunca es mas respetable que cuando se muestra mas humilde. Su mérito no depende ni del capricho, ni de las extravagantes ideas de los hombres. Tiene por principio á la sólida piedad, por objeto y único fin á Dios.

Lejos de desviarse por sendas extraviadas que descaminan, ó de dar en ideas presuntuosas que engrien y ensoberbecen, halla siempre en las obligaciones mas comunes del propio estado el camino seguro para arribar á la perfeccion.

Hácese notorio agravio á la virtud en pensar que es propia de élla la rusticidad; porque ciertas personas que hacen profesion de devotas, son agrestes, rústicas, poco políticas y medio salvages. La grosería es vicio; luego es incompatible con la verdadera devocion. Es cierto que ésta no afecta ciertos ayres de cortesanía mundana, que desdicen mucho de su sinceridad; pero tampoco omite las mas menudas atenciones. Como siempre obra con circunspeccion y con exâctitud, á nada falta que sea substancial. No pueden convenir la melancolía y la tristeza á los siervos de un Señor que quiere que le sirvan con alegría.

El justo, dice el Profeta, *conserva en su corazon la ley de Dios, y la tiene siempre delante de los ojos.* La única regla de su conducta es la voluntad del Señor; el modelo qne se propone es Cristo crucificado; el evangelio es su ley; la vida de los santos su escuela; el exercicio de las virtudes cristianas son su estudio; el pensamiento de la muerte su consuelo; el de la eternidad su empleo; y el del cielo el único objeto de sus fervorosas ansias.

Por este retrato, tan parecido al que hace san Pablo de la verdadera virtud, se puede conocer lo poco que la convienen aquellos rasgos sombríos con que muy de ordinario se la pinta para representarla con no sé qué ayre melancólico, ceñudo y enfadoso.

A la verdad, no pocas veces se echa mano para hacer el retrato de algunas personas que se llaman virtuosas, de ciertas modales duras é imperiosas, de cierta refinada quinta esencia de amor propio, de un corazon orgulloso, de un genio feroz, intratable y altanero; y ótras se pintan como devotas á las que afectan una blandura, una suavidad de acciones y de palabras superficial y postiza; á las que saben mejor disfrazar sus pasiones con cierta máscara de moderacion aparente; pero ninguno de estos rasgos tiene lugar en el retrato de la verdadera virtud. ¿Cuándo querrán los mundanos acabar de desengañarse? ¿cuándo serán servidos de hacer justicia á la virtud verdadera, no cargándola con aquellos defectos que observan en los que solo son virtuosos de perspectiva? Entonces verán que no hay cosa mas noble ni mas racional;

que ninguna hay mas digna del aprecio y de la veneracion de los hombres que una virtud pura, sólida, inseparable siempre de la perfecta caridad.

El evangelio es del cap. 20. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ecce ascendimus Jerosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum, et scribis: et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertia die resurget.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: He aquí que subimos á Jerusalen, y el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y le condenarán á muerte: y le entregarán á los gentiles para que le escarnezcan, y le azoten, y le crucifiquen, y al tercer dia resucitará.

MEDITACION.

De la fuga del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay entre los cristianos un mundo enemigo del cristianismo; un mundo, que aunque cristiano en la apariencia, aborrece á Jesucristo y á su ley; un mundo cuyo espíritu es contrario al espíritu de Cristo, y sus máxîmas diametralmente opuestas á las máxîmas del evangelio; un mundo contra el cual todos los santos se han declarado; y un mundo que persiguió á todos los santos. Luego ser de este mundo, y ser del número de los réprobos, amar á este mundo, y declararse enemigo de Dios, tener el espíritu, seguir las máxîmas de este mundo, y no ser discípulo de Cristo, es una misma cosa. *El que quiere ser amigo del siglo*, dice el apóstol Santiago, *por el mismo hecho se hace enemigo de Dios.* ¿Pues cómo es posible celebrar á este mundo, abandonarse ciegamente á este mundo, obedecer sus leyes, seguir sus caprichos sin arriesgar la inocencia y la salvacion?

No por eso se pretende que para salvarse sea menester abrazar el estado religioso, ó meterse á ermitaño. No

todos son llamados á estado tan feliz; pero ninguno hay que no esté obligado á mirar con horror al espíritu del mundo, á renunciar sus perniciosas máxîmas, á huir de lo que Dios aborrece, y á escapar de aquellas concurrencias que estan llenas de enemigos de Jesucristo.

Á una simple sospecha de contagio quedan desiertas las ciudades mas populosas. Todo se dexa, todo se abandona; todo el mundo se retira á la campaña, todos se destierran voluntariamente del comercio, y se van á sepultar en una soledad. El ayre del mundo es contagioso; demasiadamente se sabe. Para preservarse de este contagio un san Juan y otros tantos santos, poblaron los desiertos, y buscaron entre los montes y las breñas asilo seguro á la inocencia. ¿Pero qué se hace el dia de hoy? Todos corren, todos se exhalan por aumentar el gran número de los esclavos del mundo. Se gime, es verdad, baxo la dura opresion de su intolerable yugo, pero al mismo tiempo se ama; quéjanse muchos de la pesadez de sus grillos, pero al mismo tiempo los multiplican, y se tendrian por infelices, se desesperarian si los librasen de éllos. Pregunto: ¿tienen juicio los mundanos cuando hablan, cuando proceden así?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aquella figura del mundo, que consiste en aborrecer su espíritu, en renunciarle y en no seguir sus máxîmas, no es puramente de consejo, sino de riguroso precepto. Todo cristiano se obligó solemnemente á eso delante de testigos en la sagrada ceremonia del bautismo. Dixo públicamente que renunciaba la pompa, las vanidades, las máxîmas, el espíritu del mundo. ¿Y cómo se observa hoy esta sagrada promesa? Pero ello es cierto que con esta condicion entramos á ser cristianos. Ni la Iglesia nos hubiera recibido en el número de sus hijos, ni Cristo en el de sus discípulos, si no nos hubiéramos obligado, si no hubiéramos prometido huir del mundo, renunciar las pompas y las máxîmas del mundo como incompatibles con las máxîmas de Jesucristo. ¿Pero se cumple esta promesa? ¿cumplímosla nosotros mismos? ¿es para nosotros como extraño y forastero el espíritu del mun-

do? ¡Ah, que hierve el cristianismo en mundanos! ¿mas estos mundanos serán reconocidos por cristianos verdaderos? ¡Qué dolor y qué amargura sentiré á la hora de la muerte cuando se me represente con viveza lo que he sido, y lo que estaba obligado á ser!

Gimo, Señor, cuando reflexîono la tibieza y la frialdad con que os he servido, mientras sacrifiqué mi salud, mi vida, y aun mi eterna salvacion al servicio del mundo. Recibid, Padre de las misericordias, la palabra que este dia os doy de huir del mundo, y de renunciar sus máxîmas; y otorgadme la gracia de que la cumpla hasta el postrero aliento de mi vida.

JACULATORIAS.

Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿De qué me sirve ser dueño de todo el mundo, si pierdo mi alma?

Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Ad Galat. 6.

A mí me sirve de cruz el mundo, y yo sirvo al mundo de cruz.

PROPOSITOS.

El mundo es enemigo de Cristo; luego debe serlo nuestro. ¿Cuántas razones tenemos para considerarle como tal? Húyese de un enemigo de quien se sabe que trama perniciosos designios contra nosotros. ¿Pues con qué cuidado debemos huir del mundo, cuyos artificios tiran á perdernos? Toma hoy la generosa resolucion de declararte contra el espíritu y contra las máxîmas del mundo, así como él está abiertamente declarado contra las de Jesucristo.

2. No te contentes con una simple resolucion; ponla en práctica desde este mismo dia. No aparezcas mas en esas grandes funciones, en que el mundo sale á hacer ostentacion de toda su pompa y vanidad. Ponte un eterno entredicho á toda comedia y á toda ópera, despidiéndote tambien para siempre de todas las otras diversiones, que son el escollo ordinario de la inocencia. Sea tu trage

conforme á tu condicion y á tu estado; pero ten entendido que la modestia cristiana es la gala mas preciosa. Renueva en la misa despues de la consagracion las promesas que hiciste en el bautismo. Haz pública profesion de ser cristiano, y haz una santa vanidad de no ser ya mundano.

DIA VEINTE Y OCHO.

San Sixto, papa.

San Sixto papa, tercero de este nombre, fue romano. Nació hácia el fin del siglo cuarto. El zelo con que combatió las heregías de su tiempo, aun cuando no era mas que presbítero, y la honra de ser elevado al sacerdocio en un tiempo en que solamente se ascendia á esta alta dignidad por los méritos de una notoria virtud, acreditan la que ya tenia cuando joven, y los progresos que habia hecho en la ciencia de los santos.

Conociendo los pelagianos cuánta honra aumentaria á su partido el nombre solo del presbítero Sixto si llegase á publicar que seguia sus errores, osaron alabarse con aquella avilantez, ó aquel descaro en mentir que es tan comun en los sectarios, de que le tenian por protector y como por gefe de su doctrina. Entendiólo nuestro Santo, y desengañó luego al público. No solamente anatematizó el pelagianismo en presencia de todo el pueblo, sino que refutó sólidamente en sus epístolas los dogmas de aquellos hereges, y con el terror de las leyes imperiales, que solicitó, estrechó á muchos de éllos á abjurar sus errores. Habiendo publicado el papa Zósimo su célebre epístola sobre la condenacion de Pelagio, la acompañó con otras dos de nuestro Sixto, una á Aurelio, obispo de Cartago, y otra á san Agustin, el cual le escribió otras dos sobre el mismo asunto, congratulándole por el zelo que mostraba contra los pelagianos.

No podemos explicaros, le dice en la primera, *el gozo que nos ha causado vuestra carta. No contento con leer la que escribísteis al santo obispo Aurelio, hice sa-*

muchas copias de élla; para que extendidas en el público, fuesen notorios á todos vuestros piadosos dictámenes sobre los perniciosos dogmas que tiran á aniquilar la divina gracia que concede Dios á los grandes y á los pequeños. Aun con mayor satisfaccion leí el excelente libro que compusísteis en defensa de la gracia de Jesucristo, y hago cuanto puedo para que le lea todo el mundo. Porque ¿puede haber lectura mas grata que una defensa tan pura y tan castiza de la gracia de Dios contra sus declarados enemigos, y esto por la misma boca de aquel á quien éllos proclamaban como á su protector y coriféo? Ex ore ejus, qui eorumdem inimicorum magni momenti patronus antè jactabatur. En la segunda carta de san Agustin da la enhorabuena á san Sixto de haber sido el primero que condenó públicamente los errores de Pelagio, cuando todavía no era mas que presbítero.

Muerto el papa san Celestino, se creyó que no podia señársele mas digno sucesor que á nuestro Sixto. Y así fue elevado al pontificado el dia 26 de abril del año 432, con aplauso tan general del clero y pueblo, que apenas habia memoria de otro igual.

Luego que se vió en la silla de san Pedro, dedicó todos sus desvelos á extirpar las perniciosas heregías, que no obstante estar todavía como en la cuna, hacian gemir á toda la santa Iglesia.

El año de 430 habia sido condenado en Roma por san Celestino el impío heresiarca Nestório, y el año 431 lo habia sido en Efeso por el concilio general, que deponiéndole de su silla abacial, le desterró al monasterio de san Euprepio en Antioquía. Compadecido san Sixto, como buen pastor, de aquella oveja enferma y descarriada, procuró curarla, y reducirla al aprisco de la fe; pero tan inútilmente, que aquel infeliz heresiarca y sus parciales, abusando de la dulzura y de la benignidad con que el Santo le habia escrito, tuvieron aliento para publicar que no les era contrario. Presto se desengañó el público de esta grosera calumnia; porque despues que Juan de Antioquía abandonó el partido de Nestório, san Sixto escribió á éste y á san Cirilo cartas de congratulacion, exhortándolos á trabajar en la conversion de los hereges, á recibir con caridad á los que de buena fe se reduxesen al gremio de la

religion; pero á que se mostrasen severos é inexôrables con los que perseverasen tercos en sus errores. Es verisímil que despues de estas cartas del santo Pontífice, obstinándose el infeliz Nestório en su impiedad, fue sacado de su monasterio, y conducido á su destierro, donde murió desgraciadamente sin seña alguna de arrepentimiento. Dícese que antes de morir se llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, los cuales se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que habia vomitado contra la santísima Vírgen, á la cual nunca quiso reconocer, ni llamar madre de Dios.

Siendo nuestro Santo enemigo tan declarado de los hereges, no era posible estuviese á cubierto de sus acostumbradas calúmnias. Hasta entonces solamente se habian atrevido á desacreditar su doctrina; despues tuvo desvergüenza la osadía para atreverse á la pureza de sus coscostumbres. Un miserable hombre, llamado Baso, persona de calidad, pero casi sin religion, acusó á Sixto de cierto delito enorme. Era la acusacion tan atroz, é hízose tan pública, y metió tanto ruido, que para atajar el escándalo creyó el emperador Valentiniano era necesario convocar un concilio donde fuese jurídicamente declarada la inocencia del santo Pontífice, y se le restituyese solemnemente su honor. Juntóse un concilio compuesto de cincuenta y seis obispos, exâminóse la causa, hízose patente la inocencia de Sixto, y convencido de calumnia el acusador, fue declarado como tal por sentencia definitiva, y canónicamente excomulgado. Indignáronse contra él así el Emperador como su madre la emperatriz Placidia, que despues de haberle desterrado, confiscaron todos sus bíenes á beneficio de la Iglesia. Tres meses despues murió Baso con señales de grande arrepentimiento; y el caritativo Sixto le asistió con grande amor en su última enfermedad, le absolvió de la excomunion, le administró el santo Viático, y con sus propias manos le dió eclesiástica sepultura.

No es fácil explicar el ardor y el activo zelo con que el vigilante Pontífice se aplicó á sufocar en la cuna las perniciosas novedades que nacian cada dia, resucitando en la Iglesia el primitivo fervor, y renovando el vigor de la disciplina eclesiástica. La iglesia de Ravena le debe la di-

cha de haber logrado por obispo á san Pedro Crisólogo, cuya virtud conoció nuestro Santo por divina revelacion.

Deseando con ánsia ambiciosa Juliano de Eclana, famoso pelagiano, ser restituido á la silla episcopal, de que habia sido justísimamente depuesto y despojado, fingiéndose convertido, se valió de todo género de artificios para persuadírselo á san Sixto; pero descubriendo el Santo entre aquellas aparentes exterioridades la malignidad de aquel herege embustero y disimulado, se mantuvo siempre inflexíble.

No contento con la solicitud pastoral con que atendia á las necesidades de todas las iglesias, y los inmensos afanes que le costaba el desvelo de socorrer á todas, halló fondos para enriquecer con prodigiosa magnificencia y liberalidad á las iglesias de Roma; prueba grande de su dilatado corazon y de su piedad eminente.

Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, se movió á reparar la antigua basílica de Liberio, que se llamó despues santa María la mayor. Enriquecióla con un altar de plata maciza, con gran número de cálices, de candeleros, de incensarios, de coronas y de otros vasos de oro y plata de subidísimo precio, y la dotó con una renta perpétua de setecientos veinte y nueve sueldos de oro anuales, dándola en fin todos los vasos necesarios para el baptisterio, todos de plata. A la iglesia de san Pedro regaló un ornamento de plata de peso de cuatrocientas libras. En la de san Lorenzo erigió columnas de pórfido y de plata, adornándola con una primorosa balaustrada, y con una estátua del Santo de mucho coste. En fin, son pocas las iglesias antiguas de Roma donde no se conserven grandes monumentos de la magnificencia de este gran Pontífice; el cual, despues de haber gobernado con prudencia consumada la silla de san Pedro cerca de ocho años, edificando á la Iglesia con sus heróicas virtudes, con su vasto y fervoroso zelo; siendo tan odiado de los hereges, como venerado y amado de los católicos, murió en Roma el año 440. Fue enterrado su santo cuerpo en la Catacumba de san Lorenzo, sobre el camino de Tívoli, y tuvo por sucesor en el pontificado á san Leon el Grande, que habia sido como discípulo suyo.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Sixti confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Sixto aumentes en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 6. de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Nihil enim intulimus in hunc mundum: haud dubium quòd nec auferre possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli: et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas.

Carísimo: Nada hemos traido á este mundo; y no hay duda tampoco en que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos, y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos que sumergen al hombre en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la avaricia.

NOTA.

» Al partirse el apóstol san Pablo á Macedonia, dexó
» á su discípulo Timoteo en Éfeso, metrópoli de la Ásia
» menor, para que cuidase de aquella iglesia, con ánimo
» de volver presto á juntarse con él. Pero habiendo sabi-
» do que algunos falsos maestros comenzaban á turbar
» aquella cristiandad, sembrando en élla varios errores, le
» escribió sin perder tiempo esta epístola para detener el
» torrente de las doctrinas perniciosas.

REFLEXIONES.

Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus: en teniendo con que remediar nuestra necesidad y con que cubrir nuestra desnudez, estamos contentos. ¡Qué poquitos son los que toman el gusto á este lenguage del Apóstol! ¡á qué poquitos acomoda esta doctrina! Mucho tiempo ha que el codicioso anhelo de las riquezas llena al mundo de infelices; ¡de qué inquietudes, de cuántos trabajos es orígen la codicia! Todos quieren vivir ricos, pero con la seguridad de que todos han de morir pobres; porque, ¿qué es lo que se lleva á la sepultura?

¡Cosa extraña! raros son los que estan contentos con su suerte. El que está muy elevado, todavía quiere subir mas. No hay en el mundo condicion que tarde ó temprano no canse, no fastidie; la mediana no satisface, la opulenta desasosiega. Crecen con nosotros nuestros deseos; cuanto mas se les sustenta se muestran mas hambrientos, mas insaciables. Es nuestra vida una interminable cadena de necias inquietudes; y por lo comun es nuestro corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego. Esto convence claramente el vacío, la dignidad de los bienes criados. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que aprendamos á tener juicio, aleccionados en nuestra propia experiencia?

Es innegable que los bienes terrenos solo se apetecen cuando no se poseen; en poseyéndose, luego fastidian. Hágase en el mundo la fortuna que se quisiere; solo se piensa en la que resta por hacer. Si salen desgraciadas las pretensiones, se irritan mas los deseos; si salen prósperas, se encienden. Tanta verdad es que nuestra ambicion es nuestro mayor tirano.

Quiérese hacer fortuna en el mundo; ¡pero esto cuántos desvelos, cuántas fatigas, cuántas pesadumbres cuesta! Es menester abrirse camino por medio de un monton de dificultades, de un tropel de envidiosos y de concurrentes. Preténdese ascender por la gloriosa carrera de las armas; mas para esto, ¡cuántos trabajos, cuántos peligros, cuántos sustos mortales se han de padecer! Y al fin, ¿cuál es el fruto de tantas fatigas? ¿corresponde el premio al trabajo? ¿esa fortuna vale por ventura lo que cuesta? As-

cendiste al cabo á un grado en la milicia; es menester que descanses en él años y mas años antes de pasar á otro. El premio camina siempre con pasos perezosos, regularmente llega tarde; ¡y cuántas veces llega la muerte antes que él llegue!

Pero demos que sople tan favorablemente el viento de la fortuna, que lleguen presto los ascensos. ¿Estará por eso contento, se dará por satisfecho el corazon? ¡Ah, que la ambicion y la codicia crecen mas cuanto mas logran! El que se ve sobre un elevado monte descubre desde él mucho terreno; y olvidado de lo que anduvo y de lo que subió, solo piensa en el término adonde aspira llegar. ¡O buen Dios, y qué caro cuesta en el mundo el mérito, el derecho á un triste premio! ¿Y cuántas veces todo el premio se queda puramente en el derecho y en el mérito? ¿cuántos se ven arrojados fuera del camino de la fortuna apenas ponen el pie en él? Pero lléguese en buena hora al término, redúcese á un nuevo empleo, á un poco mas de renta, la que ya viene tan tarde, que apenas hay tiempo para gozarla.

¿Será recompensa muy sólida, será premio real, y que satisfaga, el que se lea su nombre en la gaceta; el hacer ruido en el mundo por algunos dias; el ocupar honroso lugar en la historia de su tiempo? ¿y qué otra cosa nos ha quedado de todos los héroes de los pasados siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* Dignidades, empleos, distinciones, tesoros, grandezas mundanas, todo nos abandona al ir á tomar posesion de la sepultura. A la verdad, servir con fidelidad, con zelo á su soberano, es mérito, ó puede serlo delante de Dios; puede uno ser santo en el exército como en cualquiera otra parte; pero si ninguna tiene Dios en nuestros trabajos, ¿podemos esperar que nos lo premie? Siempre que se trabaja por la salvacion se hace fortuna; pero nunca se hace cuando no se trabaja por élla. Tengamos contínuamente en la memoria y en la consideracion este oráculo: *Nada traximos á este mundo, y nada hemos de sacar de él.* ¡Buen Dios, qué remedio tan eficaz para curar la ambicion y la codicia sería esta verdad bien penetrada!

El evangelio es del cap. 20. *de san Mateo, y el mismo que el dia XXVII, fólio* 461.

MEDITACION.

Del poco caso que se debe hacer de los desprecios del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que despues que los secuaces del mundo trataron mal á Jesucristo, sus malos tratamientos son preciosos, sirven de mucho honor á los buenos. Nada honra tanto á los discípulos de Crísto, como tener parte en los oprobios de su divino Maestro. *Sabed*, los decia el mismo Salvador, *que si alguno os aborrece, primero me aborreció á mí. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que es suyo; mas porque yo os escogí de en medio de él, por eso os aborrece. Acordáos de lo que os dixe: el siervo no es mayor que su amo; si me persiguieron á mí, tambien os perseguirán á vosotros.* Paréceme que esto es bastante, que es sobrado, no solo para consolar, sino para indemnizar y aun para recompensar con ventajas á los que el mundo desprecia. Ninguna cosa debiera parecer mas injuriosa, mas ignominiosa á un cristiano que ser estimado, honrado y aplaudido por aquel mundo que aborreció, despreció y persiguió á Jesucristo; por aquel mundo que incesantemente se está oponiendo á su espíritu y á su doctrina. ¿Y qué habrá que temer de un mundo cuyas amenazas todas son vanas? Porque en suma, ¿qué daño nos puede hacer la mala voluntad que nos profesa? Pero aún son mucho mas frívolas sus promesas. ¿Será capaz de hacernos felices ni infelices un solo momento? ¿deberá darse crédito alguno á aquellos parciales suyos, que al mismo tiempo son sus esclavos? ¿hay siquiera uno que no esté quejoso de este imaginado dueño, que no confiese que es gran locura servirle, gastando la salud y perdiendo la vida en servicio de un tirano, de quien al cabo solo se saca amargura, dolor y cruel arrepentimiento por haberle servido? Con todo eso se le teme, se le respeta, se le obedece, se condesciende con sus sus caprichos. ¡Puede haber mayor extravagancia, mayor locura de los hombres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué es lo que podrá el mundo hallar que morder, que censurar en un hombre virtuoso, en un verdadero cristiano, sino que sea el que sirve á su Dios con puntualidad, y que antepone el servicio de Dios al servicio del mundo. Con efecto, le censura de que obedece ciegamente la ley del soberano Dueño del universo; de que huye de todas aquellas diversiones en que corre peligro de padecer funesto naufragio la inocencia. Censúrale de que se retira de todos los espectáculos profanos; de que se excusa de todo convite licencioso; de que es recto, sincéro, regular, humilde, modesto, amigo fiel, pronto á perdonar por amor de Jesucristo las mas atroces injurias. Censúrale de qué con mucho juicio y prudencia prefiere la doctrina de Cristo á las insensatas y perniciosas máxîmas del mundo. En suma, nótale. y le murmura de que haga en vida lo que á la hora de la muerte le llenaria de desesperacion sino lo hubiera hecho. Esta es la materia de las quejas del mundo, y estos los motivos de sus imaginarias desgracias. ¿Un hombre de juicio, un hombre de bien y un hombre cristiano deberá hacer mucho caso de tan injustos desprecios? Ninguna cosa honra tanto á un verdadero cristiano, ninguna acredita mas su rectitud, su bondad y su buen entendimiento como el ridículo desprecio que hace el mundo del sólido y verdadero mérito. ¿Y en vista de esto, será razon temer lo que podrá decir el mundo? ¿será razon hacerse eternamente infeliz, y condenarse por el necio miedo de no merecer la aprobacion, y de perder la despreciable gracia del mundo?

¡Ah Señor, demasiadamente he sido hasta aquí el juguete y la burla de mis vanas ilusiones en este importantísimo punto! Pero confio en vuestra misericordia infinita me haréis la gracia de que me ria en adelante del menosprecio de un fantasmon de amo imaginario, y que haga burla de él en lugar de que él la haga de mí.

JACULATORIAS.

Filii hominum, usquequò diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Salm. 4.

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad, y correr tras la mentira?

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Eccl. 1.
Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

PROPOSITOS.

Es cosa bien extraña que todos convienen en que el mundo es un embustero, y todos se fian de él. Tiénense contínuas experiencias de que solo sabe hacer desdichados; y con todo eso todos se apresuran, todos se exhalan por entrar en su servicio. Acaba de desengañarte de una vez para siempre de este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion; pero no quede el desengaño en mera especulacion; redúcele á la práctica. Huye de las concurrencias grandes del mundo; y cuando la necesidad te obligue á asistir á éllas, sea siempre con precaucion, como quien entra en pais enemigo. Retírate de los concursos mundanos, de aquellas peligrosas diversiones en que la profanidad hace ostentacion de lo mas engañoso que tiene. Por mas instancias que te hagan, no asistas á éllos mientras no estés bien persuadido á que no sentirias te cogiese la muerte en medio de esos espectáculos.

2 A ninguno faltan salidas y razones para excusarse de entrar en un negocio que prevee no le ha de tener cuenta. Pues válete de las mismas para negarte á los saraos, á los convites, á las fiestas profanas, en que la razon, la religion y la experiencia te enseñan que siempre padeces considerables pérdidas. No te dexes arrastrar hácia el precipicio por una mala vergüenza, por un ridículo respeto humano. No digas *yo estaré prevenido*; y ten presente en la memoria aquel oráculo infalible: *Quien ama el peligro, perecerá en él.*

DIA VEINTE Y NUEVE.

San Eustasio, abad de Luxeu.

San Eustasio, discípulo de san Columbano, y su inmediato sucesor en la famosa abadía de Luxeu, debió su sér á una de las casas mas nobles de Borgoña. Nació hácia el fin del siglo sexto. Túvose gran cuidado de su educacion, y correspondió el fruto al cultivo. Encargóse de éste san Miet, tio de Eustasio, y obispo de Langres, viendo la bella índole, el excelente ingenio y la natural inclinacion á la virtud del devoto niño. Hizo éste grandes progresos, así en las letras humanas como en la importante ciencia de la salvacion, con el magisterio de tan insigne Maestro. La piedad que mostraba en una edad en que apenas se conoce lo que es religion, dió á entender que no gozaria el mundo mucho tiempo de un jóven de quien no era digno. Descubriendo Eustasio cada dia mas y mas los peligros del siglo, resolvió buscar en el desierto lo que no hallaba en el tumulto del mundo; y mostrándose insensible á las engañosas esperanzas con que le lisonjeaba su noble nacimiento y sus extraordinarias prendas, solo pensaba en retirarse de tanto riesgo y embuste.

Habia dos ó tres años que Columbano, monge irlandes, habia pasado á Francia, buscando en aquel reyno un desierto escondido, donde olvidándose de sus parientes y de su patria, pudiese contentar las fervorosas ansias de pasar la vida en rigurosa penitencia. Retirado, pues, á los desiertos del monte Vosga en aquella parte de la Borgoña, que hoy se llama el Franco-Condado, fundó el famoso monasterio de Luxeu, que por muchos siglos fue seminario de santos, y donde desde sus principios se contaron hasta seiscientos monges, cuya mayor parte se hizo venerar por su eminente virtud, y muchos tambien por el don de los milagros.

Fue Eustasio uno de los primeros que se alistaron ba-

xo la disciplina de san Columbano. Honró mucho el discípulo al Maestro. El amor á la oracion, la inclinacion á la penitencia y el zelo á la observancia, le hicieron desde luego respetar como acabado modelo de la perfeccion religiosa. Su exemplo inspiraba fervor; y en poco tiempo se admiró vivamente copiada en el nuevo monasterio la santidad de los monges del Oriente. No duró mucho la calma. Ofendida la reyna Brunequilde, y su nieto Tierry, rey de Borgoña, del apostólico zelo con que san Columbano reprendia sus escandalosos desórdenes, le echaron del monasterio de Luxeu, y le quisieron obligar á que se volviese á Irlanda. Como Eustasio vió expuesto el monasterio á las violencias de los ministros de Tierry, se retiró con san Galo á los estados de Teodoberto, rey de Austrasia, que los tomó debaxo de su proteccion.

En este medio tiempo se habia ya embarcado en el puerto de Nantes san Columbano por obedecer á Tierry; pero una tempestad le volvió á arrojar á las costas de Bretaña. Conoció entonces no ser la voluntad de Dios que volviese á pasar el mar; y teniendo noticia de lo bien recibidos que habian sido de Teodoberto, hermano de Tierry, sus dos discípulos Eustasio y Galo, tomó el camino de Austrasia.

Á la estimacion que el Rey hacia de los discípulos correspondieron las demostraciones de amor con que recibió al Maestro. Dióle á escoger el lugar que quisiese dentro de sus dominios. Aceptó el Santo la oferta; y llevándose consigo á Eustasio y á Galo, subió por la corriente del Rin, bordeando el lago de Constancia hasta sus últimas márgenes, entró en el pais de los suizos, que pertenecia á los dominios de Teodoberto, y predicando en todas partes la fe de Jesucristo, hizo alto en el territorio de Bregent, donde fundó un monasterio. Aquí tuvo noticia de que habiéndose apoderado de una parte del de Luxeu algunos seglares, amenazaban echar de él á todos los monges; aviso que le obligó á enviar á Eustasio á Luxeu con el título de abad. Costó mucho al discípulo y al maestro esta separacion; pero al fin era indispensable el doloroso sacrificio. Llegando á Luxeu nuestro Eustasio, supo ganar de tal manera el corazon de los injustos usurpadores, que le dexaron dueño de todo el monasterio.

Dedicó desde luego el nuevo Abad toda su aplicacion á renovar la disciplina monástica, establecida por san Columbano; y como exhortaba con el exemplo mas que con las palabras, en pocos dias reynó el fervor en toda la comunidad. Eran sus ayunos, sus vigilias y sus rigurosas penitencias las lecciones mas eficaces con que instruia, y no era fácil resistirse á esta especie de exhortaciones. La extraordinaria caridad con que trataba á todos sus súbditos; la admirable vigilancia con que atendia á prevenir todas sus necesidades espirituales y corpales; la suavidad de su paternal gobierno; aquella afabilidad, y la urbanísima cortesanía con que recibia á todos sus hermanos, amándolos como á hijos, y honrándolos como si fueran superiores suyos; todo esto, acompañado de no sé qué ayre de santidad que se dexaba ver en todas sus acciones, le hizo tan dueño de los corazones de todos, y grangeó tanta estimacion al monasterio de Luxeu, que de todas partes concurrian á ponerse baxo la disciplina del santo Abad, que logró el consuelo de ver en su casa hasta seiscientos monges, cuyos nombres casi todos se registran escritos en los fastos de la Iglesia.

Habiendo Clotario II. unido en una sola monarquía la Borgoña, la Austria y la Francia por muerte de los reyes Teodoberto y Tierry, como tambien de sus hijos; y haciendo memoria que tres años antes le habia pronosticado esta dichosa union san Columbano, deseó tenerle dentro de su reyno. Con este intento le envió por diputado á san Eustasio, convidándole á que se restituyese á su antiguo monasterio de Luxeu; pero Columbano, que acababa de fundar el monasterio de Bobio en el Milanés, por la piadosa liberalidad de Agilulfo, rey de los lombardos, creyó no ser voluntad de Dios que saliese de Italia; y bien informado de lo mucho que florecia en Luxeu la disciplina monástica, mandó al santo Abad se restituyese al gobierno de su monasterio, dándole nuevas instrucciones, con nuevas señales de su particular estimacion y ternura.

El vasto y apostólico zelo de Eustasio no podia estrecharse dentro de las paredes del monasterio; y habiéndole dotado el cielo de singular elocuencia y de extraordinario talento para la predicacion, salió á anunciar la

palabra de Dios á los varascos, y llevó la luz del evangelio hasta los bárbaros, haciendo en todas partes portentosas conversiones. Irritado el demonio de la guerra que Eustasio le hacia en Alemania, como para divertirle las fuerzas, quiso hacérsela á él en Luxeu, y se valió de la ambicion de un mal monge para introducir la relaxacion y arruinar la disciplina del exemplar monasterio.

Habia tomado el hábito en él Agreste, ó Agrestino, siendo secretario del rey Tierry; y llegando á su noticia las maravillas que obraba su santo Abad en el exercicio de la predicacion apostólica, llevado de un espíritu orgulloso, y pareciéndole que él tambien podria hacer ruido en el mundo por el mismo camino, dexó el desierto, de que ya estaba fastidiado, y sin mas legítima mision que la de su vanidad, salió á predicar á los gentiles. Pero como no correspondiese el fruto ni el aplauso á lo que á él se le habia figurado, lleno de confusion y de despecho se precipitó en el cisma de Aquileya. Intentó Eustasio hacerle entrar dentro de sí mismo; pero tropezó con un genio terco, inquieto y sedicioso, cuya pretension no era menos que hacer condenar por el concilio de Macon la regla de san Columbano, y que se extinguiese el monasterio de Luxeu. Con efecto, presentó al concilio muchos capítulos de acusacion contra la nueva regla, notándola de diferentes singularidades, mas propias, decia él, para los irlandeses, que tolerables en los estilos y costumbres de la Iglesia galicana. Pasó al concilio san Eustasio, refutó vigorosamente las calumnias de Agrestino, defendió su santo instituto, desengañó á los padres que por hallarse siniestramente instruidos estaban preocupados á favor de su adversario, procuró reducir al aprisco á esta oveja descarriada por todos los medios de blandura que le sugirió su amabilísimo zelo; pero cerrando Agrestino los oidos á los amorosos consejos de su Abad, murió desgraciadamente. Lloróle Eustasio tiernamente, como tambien á otros cismáticos á quienes habia miserablemente engañado; pero el Señor le consoló abundantemente por la insigne virtud de otros discípulos suyos, entre los cuales se cuenta á san Cagnou, que fue despues obispo de Laon; á san Omer, que lo fue de Terouena; á san Aichar, que lo fue de Noyon y de Tornay; á Ragnacario, que lo fue de Basiléa, y

á otros muchos, cuya eminente santidad fue el elogio mayor de nuestro Eustasio; el cual ademas de esto tuvo el consuelo de ver establecido en su monasterio de Luxeu el coro perpétuo de dia y noche por el fervor de mas de seiscientos monges, que sucediéndose contínuamente los únos á los ótros, cantaban sin cesar alabanzas al Señor, y conseguian con sus oraciones mil bendiciones á los pueblos.

Por este tiempo le dio á entender el Señor que estaba cercano el fin de su santa vida, y con este motivo dobló el rigor de sus penitencias con extraordinario fervor. En medio de estos exercicios de mortificacion y de virtud le asaltó una violenta y dolorosa enfermedad. En lo mas vivo de sus agudísimos dolores oyó una voz que le daba á escoger, ó padecer por espacio de treinta dias sin el mas mínimo alivio, ó ser desde luego aliviado, pero no morir hasta despues de cuarenta. El ardentísimo deseo en que se abrasaba de poseer cuanto antes á su Dios en los descansos del cielo, le hizo mirar la dilacion que se le proponia como el mas cruel de todos los tormentos, y así escogió desde luego padecer mas, y morir cuanto antes. Habiendo, pues, pasado treinta dias con indecibles dolores, lleno de merecimientos, y dotado del don de milagros, murió en Luxeu el año de 625, cerca de los sesenta de su edad, de los cuales habia pasado mas de treinta en el referido monasterio. Fue enterrado en él solemnemente, y despues de muerto acreditó el Señor su santidad con gran número de prodigios. Con el tiempo fue trasladado su santo cuerpo á Vergavilla, en Lorena, en la diócesis de Metz, abadía de religiosas benedictinas, concurriendo á su sepulcro la devocion de innumerable pueblo.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Eustasii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra Magestad la poderosa intercesion del bienaventurado abad san Eustasio, para que consigamos por su patrocinio lo que no podemos esperar de nuestros méritos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. del apóstol san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Manifesta sunt opera carnis, quæ sunt fornicatio, immunditia, impudicitia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitiæ, contentiones, æmulationes, iræ, risæ, dissensiones, sectæ, invidiæ, homicidia, ebrietates, comessationes, et his similia: quæ prædico vobis, sicut prædixi: quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur.

Hermanos: Las obras de la carne son manifiestas, las cuales son el adulterio, la fornicacion, la impureza, la luxuria, la idolatría, los maleficios, las enemistades, los pleytos, las emulaciones, las iras, las riñas, las discordias, las sectas, las envidias, los homicidios, las borracheras, las comilonas, y cosas semejantes á éstas, sobre las cuales os prevengo, como ya lo previne, que los que tales cosas hacen no conseguirán el reyno de Dios.

NOTA.

„Eran los gálatas aquel pueblo del Ásia menor, que „hoy se llama Chiangara. Habíales predicado san Pablo „la fe de Cristo, y la habian abrazado con fervor; pero „como despues ciertos falsos apóstoles los enseñasen una „perniciosa doctrina, san Pablo les escribió esta carta de „su propia mano, y es probable que la escribió desde Efe„so el año de 57.

REFLEXIONES.

Manifesta sunt opera carnis: quæ sunt fornicatio, immunditia... æmulationes... et his similia... quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur. Vamos claros: ¿se reputa el dia de hoy á la emulacion por un gran pecado? No obstante eso san Pablo la agrega sin distincion al cúmulo de los pecados mas enormes, y declara indistintamente que todos los que fueren manchados de éllos, quedarán para siempre excluidos del reyno de los cielos. Sin embargo, la emulacion reyna en casi todos los corazones. Enmascarada, disfrazada, paliada, sabe introdu-

cirse hasta en los cláustros mas religiosos, hasta en los hombres mas espirituales, hasta en las almas que parecen mas timoratas. Pero luego que se insinúa en un corazon, ¡ó Dios, y qué estragos no hace!

Es la emulacion una envidia mitigada; no tiene toda la hiel, pero tiene casi toda la malignidad. Es un veneno; pero tan sutil, tan bien preparado, que apenas se conoce cuando obra. No se explica ni en aquellas aversiones á cara descubierta, ni en aquellas groseras murmuraciones, ni en aquellas invectivas impetuosas, ni en aquellas tristezas obscuras y picantes que no se pueden disimular; una taciturnidad fria y chocante, una risita falsa y maliciosa, un oculto menosprecio que se quiere esconder, y no se dexa de traslucir, una interpretacion maligna aun de las acciones mas inocentes; todo esto da sobradamente á conocer lo poco que nos gusta, y lo mucho que nos desagrada el mérito y las prendas que se celebran en los ótros.

Los que viven en comunidad ordinariamente estan llenos de emulacion desde que comienzan á estar vacíos de virtud. Los progresos de los demas hacen visibles ó la desaplicacion, ó la inferioridad de talentos de los que siguen la misma carrera con menos felicidad. La distincion mortifica á los que presumen de iguales. No se gusta de ver tan aplaudidos á aquellos con quienes se vive; lo sobresaliente de sus prendas nos da en rostro. A los que estan retirados los inquieta cualquier ruido. Las sombras sirven para que resalten mas los colores; y en este sentido se teme servir de sombra, que haga brillar mas el esplendor de los ótros. Por eso son tantos los que tiran á obscurecerle. En un ánimo generoso, en un corazon cristiano puede la emulacion servir de estímulo á la virtud; pero en una alma baxa degenera en aversion, y produce encono y amargura.

No quisieras que el ótro hiciese las cosas mejor que tú, porque conoces que no sabes hacerlas tan bien como él. Un espíritu apocado y envidioso nada encuentra que admirar; un corazon grande y noble quisiera imitar todo lo que admira. Cuando tenemos las mismas obligaciones que ótros, y éstos las desempeñan mejor, en este mismo desempeño nos dan una muda leccion muy molesta, que instruye mas de lo que se quisiera.

Hállase en élla no sé qué reprension oculta, y en esta oculta reprension cierta verdad, que amarga y humilla. Esto es lo que pone de tan mal humor con los ajustados á los imperfectos.

Lo asombroso es, que aun aquellos que hacen profesion de virtuosos no están exêntos de este vicio. Una virtud superficial y poco sólida alimenta grandes defectos. En no reynando en un corazon la humildad, luego se apodera de él la emulacion. A la verdad, no siempre se introduce en él con este nombre, porque sería muy mal recibida; el amor propio, con quien siempre está de inteligencia, la presta mil disfraces para encubrirse.

Siéntese no sé qué secreta aversion á ciertas personas que por su exemplar virtud se distinguen mas de lo que se quisiera. Disminúyese su mérito; y cuando se habla de él, se pretende reducirle no mas que á una medianía. Si se encuentran otros que sean de la misma opinion, ¿cuánto se les aplaude? Experiméntase cierta especie de complacencia cuando se conoce que su virtud no es del gusto ni de la aprobacion de todos. ¡Qué atencion en no mirarle jamás por lo que tiene de bueno! ¡qué viveza, qué ardor en exâgerar hasta sus menores descuidos! ¡qué dureza, qué inflexíbilidad en darle cuartel, en perdonarle la mas mínima cosa! Los que no hacen mucha vanidad de ser, ni de parecer devotos, dan á esto el nombre propio que le corresponde, llamándolo sin rebozo orgullo, emulacion, pasion maligna. Pero los que se precian de virtuosos lo bautizan á lo sumo con el nombre de indiferencia ó de antipatía. ¡Cosa extraña! se juzga con pasion, se acrimina con dureza, se condena con impiedad lo que muchísimas veces es muy loable; y esto se califica de zelo, de caridad, de fervorosa devocion. *Non est ista sapientia desursùm descendens: sed terrena, animalis, diabolica* (Jac. 3.), dice el apóstol Santiago. Esta no es prudencia que desciende del cielo, sino una prudencia terrestre, animal, diabólica; es una emulacion avinagrada y aceda, que pretende ocultarse á favor de una devocion aparente. Pero tened entendido, añade el Apóstol, que donde hay emulacion, no puede haber devocion verdadera, sino inconstancia, veneno, y malignidad: *Ubi enim zelus, et contentio, ibi inconstantia, et omne opus pravum* (Jac. 3.).

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo, y el mismo que el dia XXI, folio 382.

MEDITACION.

De la oracion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la oracion, hablando propiamente, es una sagrada conversacion del alma con Dios; habla á Dios confidencialmente, y Dios con dignacion infinita habla confidencialmente con élla. A favor de una purísima y benéfica luz contempla el alma en la oracion las incomprensibles é infinitas perfecciones de su Dios; expónele sus necesidades como á su amoroso padre; declárale sus enfermedades espirituales como á su omnipotente médico; y Dios la ilumina, la alienta, la consuela, la fortalece y la cura. En este espiritual comercio el alma se sustenta de la palabra de Dios interior; en él halla armas para domar las pasiones, para triunfar de sus enemigos, para prevenir sus malignos artificios, para descubrir sus insidiosos lazos. En fin, en la oracion se nos hacen patentes nuestras obligaciones, y en este santo exercicio se reciben de la misericordia de Dios las gracias oportunas para cumplir con éllas. El claro conocimiento que tuvieron los santos de las grandes excelencias de la meditacion, los obligó á decir que era muy dificultoso ser verdaderamente cristiano sin la saludable práctica de la oracion; y que era mucho mas dificultoso ser santo sin este admirable exercicio. ¡Qué error es el de aquellos (son verdaderamente muchos) que consideran la oracion como propia únicamente de los claustros! Algun dia conocerán que era un auxîlio, una devocion, un exercicio casi indispensable á todo cristiano.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el orígen mas comun del desórden de las costumbres en el mundo, y de la relaxacion en el estado religioso, es el desamor, el tédio con que se mira la medi-

tacion. Hablar de oracion á un seglar, á una muger del mundo, es algaravía, es hablar en griego. A sola la palabra *meditacion* se asusta, y aun se inquieta una alma disipada, un corazon disoluto. De esta aversion á la oracion nace aquella lastimosa ceguedad en que se vive, aquel asombroso trastorno de costumbres, que á guisa de torrente, inunda toda la tierra. *Non est qui recogitet corde*, dice el Profeta. No hay en el mundo quien medite, quien haga reflexîon á lo mismo que cree. Las verdades mas importantes de la religion, una muerte inevitable, un juicio terrible, el infierno, la gloria, son para la mayor parte de los mundanos objetos desconocidos; entienden estas verdades poco mas, poco menos, como los ignorantes y los groseros comprenden las proposiciones del álgebra. ¿Pues de qué nos admiramos, si faltando estos diques, es tan furiosa, es tan universal la inundacion? Desterrada una vez la reflexîon de estas terribles verdades, corren sin freno las pasiones; y de aquí nace la corrupcion general en el mundo.

Lo mismo á proporcion se puede decir de la relaxacion de las personas religiosas. En perdiendo el gusto á la oracion, señal de que está achacosa el alma; si al disgusto se sigue la indiferencia, y á ésta el abandono de aquel santo exercicio; ¿qué medios, qué armas restan ya al pobre religioso contra tantos enemigos como le combaten? Un religioso que dexa la oracion, comienza á cobrar tédio á su estado, hácesele su yugo insoportable, y al cabo paran muchos en la infelicidad de abandonarle.

¡O, Señor, y qué dolor es el mio por haber hecho hasta aquí tan poco aprecio de una obligacion tan indispensable, y de un medio tan eficaz como necesario! Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á reparar en adelante lo mucho que he perdido por mi tibieza y por mi relaxacion.

JACULATORIAS.

In meditatione mea exardescet ignis. Salm. 38.

Avivaráse mas y mas en la fragua de la meditacion el fuego de vuestro santo amor, ó Dios y Señor mio.

Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo. Salm. 140.

Suba, Señor, á vos el humo de mi oracion como incienso de buen olor.

PROPOSITOS.

El que sabe orar como se debe, sabe vivir como se debe, dice san Agustin. Y nunca te olvides de lo que añade san Buenaventura, que sin la oracion toda la devocion es árida, imperfecta, y está muy próxima á extinguirse. Disípase el fervor, desmaya el aliento, cesa la perseverancia, y se precipita el alma en la última miseria. Forma desde luego una generosa resolucion de que no se pase dia alguno de tu vida sin cumplir fiel y exâctamente con la indispensable obligacion de tan santo exercicio; determina el tiempo y la hora que has de ocupar en él, sin cercenar jamás ni un solo momento.

2 Nunca te contentes con una meditacion puramente especulativa; toda buena oracion debe ser práctica, esto es, ha de consistir en consideracion y en accion. En la oracion has de contemplar las grandes verdades de nuestra religion, las obligaciones de tu estado, de tu condicion, de tu empleo; pero no pares en mera contemplacion; aplica la mayor parte del tiempo á considerar cómo debes proceder conforme á estas reglas de conducta, y forma el plan de la que debes observar aquel dia en el mismo exercicio de la oracion.

DIA TREINTA.

San Juan Clímaco, abad.

San Juan Clímaco, llamado así por el excelente libro que compuso, é intituló *Escala del cielo, ó de la perfeccion,* fue, segun se conjetura, de algun lugar de Palestina. Nació en tiempo del emperador Justiniano I. hácia el año de 525; y si la grande comprension que tuvo de las artes y de las buenas letras acredita su buena educacion, esta misma educacion es testimonio muy verisímil de su noble nacimiento.

La gran fama que desde joven le adquirió su rara sabiduría, le mereció el título de *Escolástico*: nombre que en aquel tiempo solo se daba á los que siendo ingenios conocidos, acompañaban esta prenda de mucha elocuencia, de grande lectura de los antiguos, y de un profundo estudio en todas las ciencias. Pero nuestro Juan habia nacido para gloria mas sólida. Tentáronle muy poco todas las floridas carreras, todas las halagüeñas esperanzas con que el mundo le brindaba. A los diez y seis años de su edad las renunció todas; y siguiendo las impresiones de la gracia, dedicó todo su estudio á la importante ciencia de la salvacion.

Resuelto á dexar el mundo, se retiró al monte Sínai baxo la disciplina de un venerable anciano llamado Martirio, que hallando en el nuevo discípulo toda la docilidad de un niño con toda la simplicidad de una alma inocente y pura; en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion, y en menos de cuatro años sacó uno de los mas diestros maestros de la vida espiritual.

A la verdad, nuestro Juan no omitia cosa alguna de cuantas podian contribuir á facilitarle tan admirables progresos. Era por extremo humilde. Siendo tan habil en muchas facultades y mas sabio de lo que correspondia á su edad, apenas abrazó la vida monástica, cuando pareció no tener ni aun tintura de las letras. No solo dexó el mundo, sino que le olvidó. Era tan perfecto su rendimiento, y su obediencia tan ciega, como si no tuviera propia voluntad. Desde el primer dia sujetó tanto sus sentidos y adquirió tanto dominio sobre sus pasiones, que parecia haber entrado ya perfecto en la religion.

Cuatro años empleó en instruirse, ó por mejor decir, en perfeccionarse en el exercicio de las mayores virtudes. Muerto su santo maestro, quiso consagrarse á Dios mas perfectamente por medio de la profesion religiosa, cuyo sacrificio hizo con tan extraordinario fervor, que el abad Stratégo, monge de gran virtud, que se halló presente, exclamó como con espíritu profético: *Estoy viendo que Juan ha de ser con el tiempo una antorcha resplandeciente en el mundo.*

Instruido ya plenamente el recien profeso en las obligaciones de su estado, solo pensó en desempeñarlas con la mayor perfeccion. El abad del monte Sínai era como

el arquimandríta, ó el patriarca de todos los monges que poblaban los desiertos de Arabia; y aunque habia un monasterio sobre la misma cima del monte, la mayor parte de los monges vivian en celdillas, ó en ermitas separadas, de manera que todo el monte, hablando en propiedad, venia á ser un monasterio. Luego que nuestro Juan hizo la profesion, se retiró á una ermita llamada Tole, sita al pie de la montaña, á dos leguas de la iglesia que en honor de la santísima Vírgen habia hecho edificar el emperador Justiniano para comodidad de todos los monges que vivian esparcidos entre las rocas y asperezas del Sínai. En esta ermita vivió Juan por espacio de cuarenta años con tan exemplar retiro, y tan entregado á los santos exercicios de una rigurosa penitencia, que no era llamado por otro nombre sino por el del Ángel del desierto.

No le dexó tranquilo mucho tiempo el enemigo de la salvacion. Apenas se vió en su retiro, cuando se sintió asaltado de las tentaciones mas violentas y mas peligrosas. Brotaron como de repente, y le dieron bien en que entender muchas pasiones hasta entonces desconocidas al santo Mancebo. Amotináronse todas; pero Juan, lleno de confianza en Jesucristo, y recurriendo á la oracion, al ayuno, á las penitencias, y sobre todo, á la frecuencia de sacramentos, hallaba siempre auxílios poderosos, que le sacaron victorioso de tan molesta como continuada guerra. Manteníase siempre sereno en medio de la tempestad, porque jamás perdia al cielo de vista; sirviéndole las tentaciones para que brillase mas su virtud, y se purificase mas y mas su corazon.

Conociendo bien la destreza con que el espíritu de vanidad sabe insinuarse hasta por las espinas de la penitencia, huía con el mayor cuidado de todo cuanto podia tener visos de singularidad. Comia indiferentemente, sin escrúpulo ni melindre, de todos los manjares que le permitia su profesion; pero en tan corta cantidad, que no se sabia cómo podia mantenerse. El sueño era correspondiente al alimento; pero su íntima y contínua union con Dios, aquellos elevadísimos fines adonde dirigia todo cuanto obraba, aquella pureza de intencion, y aquel encendido amor de Dios en que se abrasaba su pecho, daba tal realce, tal precio á las acciones mas comunes de

nuestro Solitario, que no debemos admirarnos de que en tan poco tiempo hubiese ascendido á tan eminente grado de santidad.

Elevóle Dios al estado de la oracion contínua; y parece que el Santo hizo el retrato de sí mismo en la descripcion que en su libro *de la Escala* dexó escrita de esta gracia. *Esta oracion* (dice) *consiste en tener el alma por objeto á Dios en todos sus exercicios, en todos sus pensamientos, en todas sus palabras, en todos sus movimientos, en todos sus pasos; en no hacer cosa que no sea con fervor interior, y como quien tiene á Dios presente.*

Este sublime don de oracion le infundió aquel grande amor que profesaba á la soledad. La íntima comunicacion con Dios le hacia intolerable el trato con los hombres. Viósele muchas veces levantado sobre la tierra á impulso de las sobrenaturales operaciones de la gracia, y en estos éxtasis le comunicaba el Señor anticipadamente los gustos y las delicias del cielo.

Aunque se dedicaba mucho á la leccion de la sagrada Escritura y de los santos padres; pero en la contemplacion de las cosas divinas y de los misterios de la religion era donde principalmente bebia aquellas superiores luces, que le merecieron la veneracion y el concepto, no ya precisamente de un mero contemplativo, sino de un gran doctor, de un padre de la Iglesia, y de una de las mas brillantes lumbreras de su siglo. Pero hizo su humildad que esta antorcha estuviese cuarenta años como escondida debaxo del celemin de su celda.

No se pudo resistir á encargarse de la enseñanza de un jóven solitario llamado Moyses, que á fin de merecer esta caridad, habia empeñado á todos los padres ancianos del desierto. Aprovechóse bien el discípulo de la habilidad del maestro, y le valió mucho el gran poder que éste tenia con Dios; porque habiéndose quedado dormido á pocos dias debaxo de un corpulento peñasco, oyó entre sueños la voz de su maestro que le llamaba; despertó Moyses, salió prontamente de aquella concavidad, y apenas habia salido cuando se desgajó el peñasco. Otro solitario, por nombre Isaac, le declaró las molestas tentaciones de la carne, que le tenian casi acabado, y al instante quedó libre de éllas por las oraciones de nuestro Santo.

Cuarenta años habia que vivia en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando el Señor le sacó de la obscusidad de su ermita para hacerle superior general, abad, y padre de los monges del Sínai. Costóle mucho rendirse, no siendo este el menor de los sacrificios que hizo á Dios en su vida. Aunque su fama estaba bien acreditada, con todo eso le admiraron mucho mas cuando le trataron mas de cerca. Ganó los corazones de todos con su blandura, y con su humildad. Su gran caridad, aun con los extraños, no pocas veces la acreditaba el cielo con singulares maravillas. Concurrieron á él los pueblos de Palestina para que con sus oraciones alcanzase del cielo el agua de que necesitaban los campos; y al punto los vieron abundantemente regados de una copiosísima lluvia. No se encerraba dentro de las provincias de Oriente la fama de su santidad. San Gregorio el Magno le escribió encomendándose en sus oraciones, y le envió algunos muebles para el hospital y hospedería que habia fabricado á la falda del monte Sínai.

A ruegos de Juan, abad de Raite, íntimo amigo de nuestro Santo, compuso el admirable libro de la *Escala del cielo*, dividida en treinta grados ó escalones, que contienen todos los progresos de la vida espiritual, desde la primera conversion hasta la perfeccion mas elevada. A los principios se juzgó que esta obra era superior á la capacidad del comun por cierto ayre sublime de expresiones, que es familiar á muy pocos; pero siempre se halló en ella un lleno y una solidez de espíritu tan útil como agradable. El estilo es conciso y figurado; conténtase con exponer la doctrina en ideas abreviadas, y así habla siempre por sentencias.

Tratando de la obediencia refiere admirables exemplos que observó en un monasterio de Egipto, donde unos venerables ancianos obedecian con la simplicidad de niños; y donde se contaban trescientos y treinta monges que solo tenian una alma y un corazon. A pocos pasos de este monasterio habia otro que se llamaba *la Carcel*, donde se encerraban voluntariamente los que despues de la profesion habian caido en alguna culpa grave. Las asombrosas penitencias que refiere el Santo de aquellos hombres verdaderamente arrepentidos, no se

pueden leer sin lágrimas, y aun sin horror.

A esta obra añadió san Juan Clímaco un tratadillo, que se intitula *Carta al Pastor*, el cual era el mismo bienaventurado Juan de Raite á quien dirigió la *Escala del cielo.*

Pero era tan grande el amor que profesaba á la soledad, que contínuamente estaba suspirando por su apetecida ermita; y así al cabo de cuarenta años renunció el oficio de superior, sin ser bastantes á hacerle mudar de resolucion los ruegos ni las lágrimas de sus súbditos, que solo tuvieron el consuelo de lograr por superior en el empleo á Jorge, hermano mayor de nuestro Santo.

Sobrevivió poco tiempo á la renuncia. Restituido á su amado retiro, era toda su ocupacion pensar en aquel dichosísimo momento que habia de unirle indisolublemente con su Dios. Dispúsose para él con extraordinario fervor, y colmado de virtudes y de merecimientos, murió el dia 30 de marzo de 605, casi á los ochenta de su edad, habiendo pasado sesenta y cuatro en el desierto. Cuando estaba para espirar, se acercó á él su hermano el nuevo abad, y deshaciéndose en lágrimas, le rogó que le alcanzase de Dios no le dexase por mucho tiempo en este mundo. *Serás oido*, le respondió Juan, *y morirás antes que se acabe el año*; como sucedió diez meses despues.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion es la que sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Juan nos haga recomendables á vuestra divina Magestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 66. *del profeta Isaías.*

Qui recordatur thuris, quasi qui benedicat idolo. Hæc omnia elegerunt in viis suis, et in abominationibus suis, anima eorum delecta est. Undè et ego eligam il-

El que se acuerda del incienso es como si bendixese al ídolo. Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y su alma se deleytó en sus abominaciones. Por tanto tam-

lusiones eorum: et quæ tinebant, adducam eis: quia vocavi et non erat qui responderet: locutus sum, et non audierunt: feceruntque malum in oculis meis, et quæ nolui elegerunt.

bien yo imitaré sus ilusiones: y enviaré sobre éllos las cosas que temian: porque llamé, y no hubo quien respondiese: hablé, y no dieron oidos: é hicieron el mal en mi presencia, y quisieron lo que yo no queria.

NOTA.

„El profeta Isaías, dice san Gerónimo, no solamente „me parece gran profeta, sino que le considero como „apóstol, y aun como evangelista (*Hieron. Præfat. in „Isai.*); porque habla de los sucesos de Cristo, y del „evangelio con tanta claridad, con tanta precision, que „mas parece historiador de lo pasado, que profeta de „lo futuro.

REFLEXIONES.

In abominationibus suis anima eorum delecta est. Nunca está sano el espíritu cuando está corrompido el corazon. La enfermedad de entrambos se comunica al entendimiento; y apágase la fe en una alma embrutecida. ¡Qué digno de compasion es aquel en quien solo reyna la pasion! ¡qué ciego el que no tiene mas luz que la que ésta le comunica!

Realmente no todos los errores son del entendimiento; tambien el corazon padece sus descaminos. Enfermedades son sus ilusiones; pocas dexan de ser incurables, ninguna dexa de ser voluntaria; y sus consecuencias siempre son peligrosas. Nunca para el precipicio en la mitad cuando el que se despeña se precipita por inclinacion.

Es el amor propio fecundo manantial de estas ilusiones. Jamás se miran con desconfianza, porque siempre lisonjean. Apenas reynan en el alma, cuando la razon pierde su libertad. Entendimiento, genio, educacion, juicio, todo se va tras su impresion, todo se rinde á su impulso. Las conquistas que hacen las pasiones, los estragos que causan siempre es á favor de la niebla que estas ilusiones levantan en el corazon. Ni aun los errores del

entendimiento tienen otro principio. Es preciso curar primero el corazon para cegar el manantial mas ordinario de las preocupaciones, de las ilusiones del entendimiento. Pocos hay exêntos de los prestigios, de los fantasmones de la voluntad; y son menos los que se defienden de éllos. ¡Qué condicion hay tan feliz, qué estado tan perfecto, que esté á cubierto de estos errores! Los grandes nacen por lo comun con ciertas preocupaciones á favor de su grandeza, de que rara vez se curan perfectamente. El pueblo se alimenta de todo lo que lisonjea. La verdadera religion de las ilusiones del corazon es el mundo; pocos mundanos hay que no esten preocupados de éllas. ¡Y qué tiránico imperio no exercen sobre el espíritu, que hace de éllas la regla de su devocion, de su religion y de su conducta! Son testigos los judíos de las maravillas que obra el Salvador para convencerlos de que es el Mesías prometido. Verifica visiblemente hasta las menores circunstancias de lo que vaticinaron los profetas. Leen estas profecías, ven aquellos milagros, y no quieren creer. Es que su incredulidad mas nace de la voluntad que del entendimiento. ¿Pero de qué otro principio nace la obstinacion de los pecadores, y la terquedad de los hereges?

Aquella insaciabilidad de la ambicion y de la codicia; aquel sectario encaprichamiento de partido, aquel encono interminable; aquellos ódios eternos; aquella hipocresía de profesion, ordinariamente todo es efecto de las ilusiones del corazon. No hay vicio que no adulen; pocos que no lisonjeen desde que éllas los adoptan; y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tenia sobrados motivos para estar inquieta y sobresaltada, es el fruto mas natural de estas voluntarias ilusiones. No solo se hace costumbre, sino que se hace diversion de la maldad, como dice el Profeta: *In abominationibus suis anima eorum delectata est.* Forma el alma sus delicias de sus abominaciones. Entonces es cuando llama Dios, y nadie le responde; habla, y no hay quien le atienda: *Locutus sum, et non audierunt.* No hay cosa que meta tanto ruido para que no se oiga la voz de Dios como las ilusiones del corazon.

El evangelio es del cap. 27. de san Mateo.

Ecce velum templi scissum est in duas partes à summo usque deorsum, et terra mota est, et petræ scissæ sunt, et monumenta aperta sunt: et multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurio autem, et qui cum eo erant, custodientes Jesum, viso terræ motu, et his quæ fiebant, timuerunt valdè, dicentes: Verè filius Dei erat iste.

He aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abaxo, y la tierra tembló, y las piedras se despedazaron. Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros despues de la resurreccion (de Jesus) vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. El Centurion, pues, y los que estaban con él guardando á Jesus, viendo el terremoto, y las cosas que sucedian, temieron mucho, y decian: Verdaderamente este era hijo de Dios.

MEDITACION.

De la gloria de Cristo entre las ignominias de su muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que durante la vida mortal de Jesucristo su divinidad solo se manifestó como por entre zelages; pero en su muerte, toda élla se hizo patente á nuestros ojos. El cielo, la tierra, sus mismos enemigos, las profecías que precedieron, la fe de los pueblos que se siguió, la misma fuerza de la razon, los prodigios, los milagros; todo nos predica su divinidad: todo demuestra invenciblemente su omnipotencia, todo nos obliga á admirar su sabiduría; todo concurre á su gloria; todo convence su inocencia; todo hace demostracion de su santidad.

No habia cosa mas facil para el Salvador que evitar su muerte. Sabía muy bien la malignidad de los judíos; penetraba sus perversas intenciones. *Quid me quæritis interficere?* (*Joan.* 7.) ¿Por qué me buscais para darme la muerte? Declaró á Judas su traicion; y en medio de eso

muere, y muere despues de haber prevenido él mismo todas las circunstancias de su muerte; despues de haber hecho individual y menuda mencion de todo lo que habia de padecer: despues de haber notado que todo esto habia de suceder, para que se cumpliese lo que estaba pronosticado por los profetas.

Muere Cristo, y todo cuanto aconteció en su pasion y en su muerte, todo es divino, todo maravilloso: la magestad, la gravedad, la dulzura de su semblante, que en todo y por todo le acompaña; aquel silencio tan distante de todo desden, de toda fiereza, la malignidad, la rabia de sus enemigos, que no pueden acusarle sino de sus milagros, de sus beneficios, de su mansedumbre y de su paciencia.

Muere Cristo. ¿Y cuántos prodigios sucedieron en su muerte? ¿Pero qué mayor prodigio que la muerte misma? Eclípsase el sol sin que algun cuerpo opaco nos le encubra; tiembla la tierra; rómpense los peñascos, y toda la naturaleza se estremece en el mismo instante en que espira este hombre Dios. No muere porque le faltan las fuerzas; si fuera por eso, ya le hubiera quitado naturalmente la vida la mucha sangre que derramó; muere porque quiere, y cuando quiere; lo que es propio de un hombre Dios, acreditando hasta en la misma muerte su independencia y su soberanía.

Muere Cristo; y hace escala de la misma infamía para subir á la mas encumbrada gloria. En medio de la ignominia de la muerte hace visible su divinidad. Los judíos, que no le reconocieron por hijo de Dios viéndole hacer milagros, le aclamaban por verdadero hijo de Dios cuando le ven espirar en un madero. *Verè filius Dei erat iste.* Muere en una cruz, y desde élla dispone del reyno de los cielos; por élla triunfa del príncipe de este mundo; con élla doma el orgullo del mismo mundo; y á élla la coloca sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad. Ningun discípulo suyo se avergüenza de predicar su muerte á las naciones, ninguno trata de disimular, de disminuir su infamia: *Prædicamus Christum crucifixum.* Nunca se predica su divinidad, sino mostrándole enclavado en un madero, declarando el género de muerte que padeció, señalando con el dedo sus llagas,

expresando sus afrentas. Y los griegos, aquel pueblo tan delicado y tan soberbio; los romanos, aquella gente tan orgullosa; y los bárbaros, aquellos que miraban con horror á un hombre crucificado, adoraron á Jesucristo en la cruz, le reconocieron por su Dios, por su Redentor, por su Juez. Despues de esto, pide milagros para creer.

¡Ah, Divino Salvador mio, y con cuánta razon dixísteis vos que el milagro de los milagros érais vos mismo espirando en una cruz! Si despues de este milagro no os adoro con un corazon verdaderamente contrito y humillado; si no os amo con ternura y con ardor, si no me hace impresion vuestra muerte; si os niego hasta una lágrima; ¡qué especie de milagro, qué especie de portento no seré yo mismo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánto debe avivar nuestra fe, encender nuestra devocion, y alentar nuestra confianza la vista de Cristo crucificado. ¿Pero experimento en mí estos efectos?

Veo en esta cruz á mi Dios, á mi Redentor, á mi Padre. Un Dios en la cruz me descubre el precio, el mérito de las cruces; esto es, de las humillaciones, de los abatimientos y de los trabajos. Un Salvador en la cruz es remedio eficaz para todas mis enfermedades. Un Padre en la cruz, es un objeto lastimoso de ternura, que debe arrebatarme el corazon, porque no puede acreditar mejor lo infinito que me ama. *Ecce quomodò amabat eum*, grita aquella cruz á todo el cielo y á toda la tierra. Ella publíca hasta qué punto llegó el exceso del amor que Jesucristo me tuvo; todos convienen en éllo, y quizá solo yo no entiendo este lenguage.

Ecce. No solo en esta vida es la imágen de la santa cruz el mayor testimonio de la excesiva ternura con que Cristo nos amó; sino que será eterno este memorial de su amor y de su muerte. *Ecce*, dirá por toda una eternidad á un infeliz condenado: mira si podia subir mas de punto la tierna pasion con que tu Dios te miró. *Ecce*: mira si no hizo bastante y sobrado Jesucristo para librarte de este fuego eterno, de este infierno en que ahora te ves por culpa tuya. ¡O mi Dios, y qué reconvencion tan

dura! ¡ó qué cruel suplicio para un condenado la memoria de Cristo muriendo por él en una cruz, que jamás se le borrará!

Ecce, dice en esta imágen á los predestinados. Éste es aquel á quien debeis vuestra felicidad eterna. Comprended bien el exceso de su amor, la inmensidad de su ternura. Ellos la comprenderán; y de este conocimiento nacerá aquel consuelo, aquella alegría, aquellos ímpetus de amor, aquellos filiales recursos, aquellos movimientos de gratitud y de un profundo reconocimiento de que estará contínuamente penetrado su corazon.

¡Ay dulce Jesus mio! ¿que efecto causará en mí, durante la eternidad, la memoria de tu muerte? ¿será para mí objeto de consuelo ó de desesperacion? ¡Pero ah, que para conocerlo no tengo mas que exâminar los efectos que ahora me causa en vida! Espero en vos, divino Salvador mio, que con vuestra gracia me servirá la cruz en vida de regla para vivir, en muerte de fundamento para confiar, y despues de élla de motivo para alegrarme por toda la eternidad. Así sea.

JACULATORIAS.

Quid retribuam Domino, pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam. Salm. 115.

¿Con qué agradeceré á mi Dios los beneficios que he recibido de su infinita bondad? Abrazaré con gusto las cruces, los trabajos con que se dignare regalarme, y beberé gustoso el caliz de su pasion.

Christo confixus sum cruci. Ad Galat. 2.

Crucificado estoy en la cruz con mi Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

Estímase mucho la humildad, pero no se huye menos de la humillacion. La humildad es una virtud que tiene su mérito, su esplendor, y da tambien su honra. Por esta razon se precian muchos de humildes, pero sin querer ser humillados, porque las humillaciones son ásperas y obscuras. No solo no hay cosa en éllas que fomente el amor propio, sino que le aniquilan y son ponzoña del or-

gullo; por eso se las mira con tanto horror. No hay devoto alguno que no juzgue de sí que es humilde; pero en llegando por su casa la humillacion, se altera, se inquieta, se alborota; á solo el nombre de humillacion se asusta, se sobresalta. ¡Qué ilusion, qué error si te lisonjeas vanamente de humilde, padeciendo este disgusto! Humillóse, anonadóse á sí mismo Jesucristo, dice el Apóstol; pero se humilló entre los oprobios, de que se vió harto, entre los azotes, que le despedazaron las carnes, sobre el afrentoso madero donde espiró. No se llega á ser humilde porque se estime y se ame la humildad, sino porque se ama y se desea la humillacion. Esto es lo que nos quiere significar Jesucristo por humildad de corazon. Y esta importante leccion nos la enseña el Salvador desde la cátedra de la cruz. Nunca pongas los ojos en un crucifixo sin acordarte de aquella muda leccion que da el Señor á sus discípulos: *Discite à me.* No te contentes con oirla; da todos los dias algunas pruebas de que la has aprendido; y si quieres algun exercicio práctico, observa el siguiente. Primero: Nunca defiendas tu parecer con calor, con empeño, con aspereza, con vivacidad, sino cuando el asunto sea de tanta importancia, que no te permite ceder y ser indulgente. Segundo: Cuando te atribuyan alguna cosa que no has hecho, no te escuses, ni te justifiques, menos que Dios, ó la conciencia dicte lo contrario. Tercero: Ofrece al Señor todas las mañanas á los pies de un crucifixo todas las humillaciones que aquel dia fuere servido de enviarte, aceptándolas de buena voluntad, y pidiéndole gracia para aprovecharte de éllas. Cuarto: Mira con ojos cristianos las cruces, los trabajos y los abatimientos; honrando singularmente á las personas afligidas y humilladas, y acreditando con las obras tu estimacion y tu cariño. Apenas hay señal de predestinacion menos dudosa, ni menos equívoca que las humillaciones.

2 Ya se ha aconsejado en esta obra, que en el oratorio, ó en el cuarto se tenga un crucifixo, destinado para que nos auxílien con él en la hora de la muerte. Tómale muchas veces en la mano, y suplícale con las mayores veras que te hable desde luego al corazon lo que te ha de decir en aquella postrera hora. Piensa que ya te es-

tá haciendo los mismos cargos que entonces ha de hacer. Ahora te hallas en tiempo y en parage de remediar muchas cosas; no dilates la execucion. Este piadoso exercicio, repetido algunas veces cada mes, es muy provechoso; y sirve maravillosamente para reformar las costumbres en vida, y para disponernos á una santa muerte.

DIA TREINTA Y UNO.

El beato Amadeo, duque de Saboya.

El beato Amadeo, duque de Saboya, noveno de este nombre, fue hijo de Luis II. y de Ana, hija del rey de Chipre. Nació en Tournon á primero de febrero de 1435. Parece que fue como presagio de su futura santidad la extraordinaria alegría que causó el nacimiento de este Príncipe; y los esponsales de futuro, que poco tiempo despues de su nacimiento contraxo con Violante, hija del rey de Francia, fueron dichoso nudo de la paz que anhelaban con ansiosos suspiros todos los pueblos.

Quiso la duquesa su madre tomar á su cargo la primera educacion del Príncipe su hijo; y dexando al duque su padre el cuidado de criarle segun la grandeza de su nacimiento, élla tomó al suyo el irle poco á poco formando segun la santidad de su religion. Los primeros principios en que le imbuyó, fueron las máxîmas del evangelio; y el santo temor de Dios fue el primer fruto de estos principios. Sobre todo se dedicó la virtuosa duquesa á inspirarle un santo horror á todo lo que podia ser ofensa de Dios; y previniéndole con tiempo de los peligrosos lazos que el mundo arma á la inocencia de los grandes; de las vanas ideas de grandeza con que los entretiene y lisonjea; y de las importantes máxîmas de la religion de que el mismo mundo procura desviarlos; iba cultivando aquel entendimiento y aquel corazon que habia prevenido el cielo con dulces bendiciones, y que algun dia, mediante la divina gracia, habia de ser modelo de príncipes virtuosos.

Dexóse conocer su piedad casi desde la cuna, y desde el mismo tiempo fue su virtud dominante la caridad con los pobres. Nunca mostró gusto á los entretenimientos ordinarios de los niños, y ninguno se le daba mayor que el que le enseñaba alguna nueva devocion. Mas le gustaba una misa que todas las diversiones del mundo; y para descansar de las tareas del estudio, tomaba un libro devoto, ó se retiraba á hacer oracion.

Entre el esplendor y las delicias de una de las mas brillantes cortes de la Europa, conservó su corazon sin que los engaños le sorprendiesen, ni las delicias le estragasen. Alimentaba la virtud y la inocencia con la frecuencia de sacramentos, y con penitencias ocultas, que servian de antídoto al contagioso inficionado ayre del mundo.

La materia mas comun de su oracion era la pasion de Jesucristo. Enternecíase con solo ver un crucifixo, y derramaban sus ojos dulces lágrimas á vista de este doloroso espectáculo. Cuando se paseaba por los jardines de palacio, se le veía unas veces de rodillas, otras con los ojos y las manos levantadas al cielo, y otras interrumpiendo el paseo con algunas genuflexîones, mezclando siempre la diversion con la devocion.

No hubo príncipe mas amado, ni que mas mereciese serlo; porque ninguno hubo que supiese unir mejor la afabilidad con la grandeza. Su semblante siempre risueño, sus ojos siempre apacibles, su ayre siempre magestuoso, pero siempre humanísimo, le hacía dueño de todos los corazones, conciliándose al mismo tiempo el respeto de todos. A los diez y siete años de su edad se casó con Violante de Francia, hija de Carlos VII. y hermana de Luis XI, á quien estaba prometido desde la cuna.

Fue matrimonio felicísimo. No pudieron estar mas unidos los corazones de los dos esposos, porque no podian ser mas parecidas sus inclinaciones. Era Violante una princesa dotada de un gran fondo de piedad; y en las virtudes del Duque halló cuanto podia desear para edificarse, para instruirse, y para aprovecharse. A vista de exemplos tan soberanos se reformó en poco tiempo toda la corte de Saboya. De nada se hacia tanto alarde como de ser y de parecer cristiano, teniendo delante un Prin-

cipe tan religioso. Estar con menos compostura, con menos respeto en el templo; hablar de la religion con poco aprecio; gastar conversaciones menos compuestas, ó no tan cristianas, era incurrir irremisiblemente en la desgracia del Príncipe. Solo reservaba la severidad, solo se mostraba inexôrable, cuando se atravesaban los intereses de Dios.

Aunque fuese el ministro mas importante, el oficial mas necesario, el criado de su casa de mayor autoridad; si era disoluto, ó de escandalosas costumbres, bien podia darse por despedido de su servicio. Era máxima suya, que ante todas cosas debia servirse á Dios, y que la religion habia de ser la regla de la política. Sobre este principio se gobernaba á sí, y gobernaba sus estados.

A la oracion de la mañana se seguía una hora de leccion espiritual; á ésta la misa, oida con tanta atencion, con tan profunda reverencia, que era dictamen, y dicho muy comun en la corte, que bastaba ver al Duque de Saboya oir una misa, para que el corazon mas tibio se encendiese en devocion. Concluidos estos exercicios espirituales, entraba en el consejo, donde ante todas cosas se despachaban las causas de los pobres, de las viudas, y de los huérfanos. Allí se quitaba la máscara á la injusticia, que nunca se quedaba sin castigo. Allí entraba la inocencia con segura confianza de encontrar asilo á los pies de aquel justificado tribunal.

Pero su bella pasion dominante, ó por mejor decir, su virtud favorecida, era la caridad con los pobres. Parecia no tener otros cuidados ni otra ocupacion que la solicitud de aliviarlos y de socorrerlos. Su mayor gusto era distribuirlos él mismo la limosna por su propia mano, persuadido á que lo que se hace con éllos, se hace con el mismo Cristo. Cada dia daba de comer á gran número de pobres en su palacio ducal; los mas andrajosos y los mas hediondos eran los de mayor atractivo para él, sirviéndolos á la mesa por su misma persona. Diéronle á entender algunos cortesanos que abatia con exceso su soberana autoridad; pero el santo Duque los preguntó: *¿Si creían al evangelio? pues acordaos*, añadió, *que Jesucristo asegura que lo que se hace con el mas mínimo de estos pobrecitos, se hace con su divina persona.* Representáronle los minis-

tros que sus excesivas limosnas tenian exâusto el erario, y que sería mejor emplear aquellas cantidades en fortificar las plazas y en mantener buen número de tropas, que en mantener vagamundos. *Alabo vuestro zelo*, respondió el Duque; *pero tened entendido que los pobres sustentados por el príncipe, son las mejores tropas y las mejores fortificaciones de un estado; no habiendo arbitrio mas eficaz ni mas seguro para que reyne en él la abundancia, que hacer largas limosnas á los necesitados.*

Preguntóle en cierta ocasion un embaxador si mantenía su Alteza real numerosa trahilla de perros, y si gustaba mucho de la caza. *Mucho me gusta*, respondió el discreto Príncipe; *pero la caza en que me divierto es muy especial, y quiero que el señor embaxador vea sus equipages.* Diciendo esto abrió una ventana que caía á un gran patio, donde se daba limosna á quinientos ó seiscientos pobres, y mostrándoselos con la mano: *Mire allí el señor Embaxador*, añadió el caritativo Duque, *la caza que á mí me gusta.*

Oyendo un dia las quejas de un pobre oficial por cierta nueva contribucion que se habia impuesto, preguntó á sus ministros si se podia aliviar al pueblo de aquella carga; y como éstos le hiciesen presentes las urgencias del estado, el santo Duque se quitó prontamente el preciosísimo collar de la órden Militar que traia puesto, y haciendo que se reduxese á dinero para acudir á las necesidades mas urgentes, mandó que se aboliese aquella contribucion.

Llamábase á la Saboya el paraiso de los pobres, porque todos eran bien recibidos del caritativo Duque. Fuera de los muchos hospitales que fundó, y de otros á quienes consignó mayores rentas, aún se conservan hoy en el Piamonte y en la Saboya grandes monumentos de la magnificencia del religioso y santo Príncipe.

Hizo á Roma un viage de incógnito para visitar aquellos santos lugares, y para satisfacer con mayor desembarazo su fervorosa devocion. Dexó grandes dones á la iglesia de san Pedro, y á ótras; los que aún el dia de hoy son testimonio de la piadosa generosidad y de la grande alma de nuestro religioso Duque. Muchas veces fue á pie con la devota duquesa á Chamberí para tributar sus re-

verentes cultos al santo Sudario, que se venera en aquella ciudad.

Creyóse á los principios que su valor no correspondia á su virtud; pero presto enseñó la experiencia que los príncipes mas santos no son los menos valerosos. Haciendo el Turco cada dia nuevas conquistas en tierra de cristianos, se convocó en Mantua una dieta para deliberar sobre los medios de poner freno á su orgullo, y detener la rapidez de sus conquistas. Habló en ella Amadeo como gran príncipe, como príncipe generoso, y como príncipe cristiano. Ofreció sus tropas, sus tesoros, y su misma vida, admirando su determinacion y su zelo á los que no tenian tanto valor, ni tanta virtud como él.

Teniendo noticia del peligro en que se hallaba su hermano el rey de Chipre de ser atacado de los bárbaros, tomó la cruz, levantó tropas, juntó un poderoso exército, y contuvo los intentos del Sultan.

Era magnífico cuando lo pedia la ocasion, no obstante de ser enemigo de la profanidad; y quedó asombrada la corte de Francia de los suntuosos equipages con que se dexó ver en élla. Pero nada prueba tanto su cristiana generosidad, como su facilidad no solo en perdonar injurias, sino en olvidarlas. Habia declarado la guerra al beato Amadeo, Galeazo Esforcia, duque de Milan, y pasando este príncipe por la Saboya disfrazado, fue reconocido y hecho prisionero. Luego que lo supo el santo Duque, despachó un correo, dando órden para que al punto se le pusiese en libertad. Esta accion hizo mas ingrato al duque de Milan, y fue ocasion de que pareciese mas generoso el duque de Saboya; porque en lugar de despojarle de sus estados, como pudo hacerlo facilmente, quiso concluir con él una paz estable, y para afianzarla mas le dió por muger á su misma hermana.

Habiendo hecho algunas incursiones en las fronteras de Saboya el duque de Borbon y el marques de Monferrato, experimentaron á la verdad la clemencia de nuestro Duque; pero fue despues de haber probado muy á su costa que no está reñida la santidad con la valentía.

Tuvo el mayor cuidado de que los príncipes sus hijos fuesen criados segun su religion, y como convenia á su elevado nacimiento. No habia en la Europa corte mas

brillante, ni mas bien arreglada; reynaba en élla la justicia con todos sus derechos, extendiéndose sus dominios á todos los estados del vigilante Duque, y se llamaba el siglo de oro el siglo de Amadeo. No solo estaba desterrado el vicio de la corte del virtuoso Príncipe, pero ni aun hallaba abrigo en alguna de sus provincias; y la piedad cristiana, sostenida de tan gloriosos exemplos, dominaba en todas partes con religioso esplendor.

No parecia facil que pudiesen ser menos cristianos los vasallos de príncipe tan santo. Su ayre, sus modales, sus conversaciones, su semblante, inspiraban respeto y amor á la religion de que estaba lleno su corazon. Contínuamente estaba unido con Dios; todos los objetos que se le presentaban, los que mas golpe daban á los sentidos, esos eran los que mas le elevaban á la presencia de su Autor. Fuera de esta perpétua aplicacion á las cosas divinas, todos los dias tenia horas destinadas para dedicarse únicamente á mayor recogimiento. Su devocion á la santísima Vírgen era tierna y afectuosa; llamábala siempre su querida madre, y no omitia medio alguno para ser su digno hijo.

Pero ninguna cosa hace al parecer formar idea mas justa y mas cabal de la heróica virtud de este piadosisímo Príncipe, que el perfecto rendimiento con que se sujetó á las disposiciones de la divina Providencia. Toda la vida padeció accidentes de epilépsia; y siendo una enfermedad tan sensible como vergonzosa por los impropios movimientos que causan las contorsiones, solo sirvió para acendrar mas la virtud de nuestro Santo, que la recibia como particular beneficio del cielo. *Nada aprovecha tanto á los grandes*, decia muchas veces, *como las enfermedades habituales, porque sirven de freno para reprimir el ardimiento de las pasiones. Las aflicciones personales*, añadia, *mezclan cierta saludable amargura en los gustos de la vida, que los hace poco apetecibles; y obligándonos á volver los ojos á Dios, nos acercan mas á su Magestad.* Nunca perdió la paz de su corazon enmedio de los mas rigurosos insultos de su penosa enfermedad; y como si ésta no bastára para contentar las fervorosas ansias que tenia de padecer por amor de Dios, mortificaba su carne con abstinencias, con frecuentes ayunos y con rigurosas penitencias.

Consumido en fin á violencia de estos inocentes rigores, conoció que el Señor queria terminar el curso de sus dias, de los cuales se puede decir que ni uno solo dexó de hallarse lleno en sus divinos ojos. Previnose con extraordinario fervor para la última hora. A la primera noticia de su grave enfermedad se cubrieron de luto toda Saboya y todo el Piamonte; no se oian mas que sollozos, alharidos y lágrimas; no se veían mas que procesiones y rogativas, clamando á Dios por la salud del amadísimo Príncipe. Solo él se conservaba tranquilo; y habiendo declarado por regenta de sus estados á la duquesa su muger, hizo llamar á su cuarto á los principales señores de la corte, que se deshacian en llanto, y les dixo estas pocas palabras: *Mucho os recomiendo á los pobres, derramad sobre éllos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramará abundantemente sobre vosotros sus bendiciones. Haced justicia á todos sin aceptacion de personas; aplicad todos vuestros esfuerzos á que florezca la religion, y á que Dios sea servido.* Enternecido con las lágrimas de los circunstantes, no pudo proseguir; calló, y lo que le restó de vida, no habló mas que con su Dios. En fin, el dia treinta, ó treinta y uno de marzo de 1472, habiendo recibido el santo Viático, y la Extrema-Uncion con aquella devocion, y con aquellos fervorosos actos con que terminan los santos su gloriosa vida, murió en el palacio de Verceli á los treinta y siete años de su edad, y fue enterrado en la iglesia de san Eusebio debaxo de las gradas del altar mayor, como él mismo lo habia dexado dispuesto. Estaban todos tan persuadidos de su eminente santidad, que los prelados que asistieron á los funerales, estuvieron por mucho tiempo indecisos sobre si dirian la misa de difuntos, y al fin tomaron este expediente. El arzobispo de Taransia, por conformarse con el rito de la Iglesia, cantó la misa de *Requiem*; pero el de Turin celebró misa votiva de la Vírgen, y el obispo de Verceli la del Espíritu santo. Habiendo Dios manifestado las grandes virtudes de su Siervo con grandes maravillas que obró por medio de él durante su vida, declaró su eminente santidad con gran número de milagros que obró inmediatamente despues de su muerte. El obispo de Verceli refiere ciento treinta y ocho, todos muy ilustres,

especialmente en los que adolecian de accidentes epilépticos. San Francisco de Sales aseguró al papa Paulo V. que todos los dias obraba Dios nuevos milagros en el sepulcro del santo Duque. Esto movió con el tiempo al papa Inocencio XI. á dar licencia para que se rezase el oficio, y se celebrase la misa en honra del beato Amadeo en todos los dominios del duque de Saboya: y dentro de Roma en la iglesia de la nacion. No se ha entibiado en el dilatado espacio de casi tres siglos la devocion de los pueblos al beato Amadeo, ni la gran confianza que tienen en su poderosa intercesion. Son muy contadas las ciudades, villas y lugares de Saboya y del Piamonte, donde no se vean monumentos de la grande veneracion que todos profesan á este bienaventurado Príncipe, y donde no se experimenten visibles efectos del mucho valimiento que tiene con el Señor.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Amadeum, confessorem tuum de terreno principatu ad cœlestem gloriam transtulisti; da nobis, quæsumus, ut ejus meritis et imitatione sic transeamus per bona temporalia, ut non amittamus æterna: Per Dominum nostrum...

O Dios, que trasladaste á tu confesor el bienaventurado Amadeo del principado de la tierra al celestial reyno de la gloria; suplicámoste nos concedas, que por sus merecimientos y á su exemplo usemos de los bienes temporales, de tal modo que no perdamos los eternos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certa-

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reyno de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriqueciόle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendián con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que

men forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Ésta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y baxó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

»El libro de la Sabiduría desde luego muestra lo que »es, y por su título da á entender lo que contiene. No »solamente le inspiró la misma Sabiduría divina, esto es, »el Espíritu santo; sino que le llenó de instrucciones »muy propias para enseñarnos á adquirir la verdadera »sabiduría. Estas instrucciones hablan con las personas »de todos los estados y de todas las clases; pero las del »capítulo diez, de donde se sacó la presente epístola, se »dirigen singularmente á los grandes.

REFLEXIONES.

Siempre es respetable la virtud; pero nunca se dexa admirar mas que cuando reyna en medio de la abundandancia y entre los esplendores de la brillantez. ¡Cuánto edifica al mundo el exemplo de un hombre poderoso! ¡qué impresion hace en todos la pública observacion de su piedad! La virtud notoria de los grandes honra siempre á la religion, pero mas los honra á éllos. Erija en buen hora el mundo magníficos mausoléos á los príncipes y á los monarcas; en suma, no encerrarán mas que cenizas frias, huesos áridos, calaveras secas, que causan horror y se miran con desprecio. Si alguna cosa se estima, es el marmol y la plata; se alaba el arte, el primor con que estan trabajados; ¿pero el primor, el arte y el marmol

dan por ventura estimacion á las cenizas? El respeto y la veneracion se reservan únicamente para la virtud. No es menester el bronce ni el oro para eternizar la memoria de un príncipe santo: *Dedit illi claritatem æternam Dominus Deus noster.* Es eterno el mausoléo cuando le erigen la virtud y la religion. ¡Cosa extraña! el deseo de la distincion y la gloria casi siempre consume las rentas, y es la causa principal de necios y enormes gastos. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de los mortales, un fugaz resplandor que á manera de cohete se desvanece en humo, y acaba reventando con un poco de ruido. Cuesta mucho regalar al mundo con escenas de teatro que le engañan, que le entretienen y por un poco de tiempo le divierten y le alucinan; pero al cabo paran muy de ordinario en desprecio ó en sonrojo del que hizo toda la costa.

Por el contrario, ¡cuánta estimacion grangea á un hombre opulento una liberalidad verdaderamente cristiana! ¡qué cosa mas noble, qué accion mas gloriosa, que arrancar de entre los mismos brazos de la miseria, que sacar como de la sepultura á muchos infelices! ¡qué obra mas magnífica, aun á lo del mundo, que ser con sus limosnas el redentor de muchas familias honradas á quienes una secreta, muda y vergonzosa necesidad tenia reducidas á la desesperacion, y á las cuales por medio de oportunos socorros se restituye, por decirlo así, la salvacion y la vida! ¿No es mayor gloria dar el pan al mismo Jesucristo en la persona de sus pobres, que sustentar una docena de holgazanes, los cuales solo pretenden comer á costa agena para vivir con mayor disolucion? No hay equipage tan ostentoso, no hay tren tan magnífico, que honre tanto á un poderoso, como una multitud de pobres que le rodean, y aclaman por su salvador y por su padre. ¡Qué elogio mas glorioso á la memoria de un prelado, qué idea, qué concepto mas elevado de su nobleza, de su mérito y de su virtud, que poder decir que murió pobre por socorrer á los pobres, y que mientras vivió no supo expender sus rentas sino en limosnas! No hay que decir; porque en el fondo todo el mundo conoce que nada hace tanto honor á los ricos y á los grandes como esta caridad cristiana. Hay en esta santa liberali-

dad no sé qué grandeza de alma, no sé qué rasgos de nobleza, no sé qué elevacion de espíritu, muy superior á todos aquellos títulos secos, vacíos y forasteros, que se fundan en cuatro posesiones que dan dinero y dan vanidad, pero no dan mérito, ó en media docena de abuelos que hicieron ruido en el mundo, pero ya no son. Un corazon ruin, un mal corazon nunca fue muy caritativo, ni aun muy liberal; la liberalidad es virtud de las almas nobles; pero la liberalidad con los pobres es como el carácter de un corazon cristiano. ¡Cuánto bien harian dos ó tres mil pesetas distribuidas cada año entre los necesitados! ¡á cuántos infelices librarian de desesperarse! ¡á cuántas pobres doncellas apartarian del inminente peligro de perderse! ¡cuántas familias errantes y vagamundas se recogerian á sus casas, y saldrian de miseria! ¿Y cuántos hay que pudieran distribuir anualmente mucho mas, sin que para eso se empobreciesen? Es verdad que para eso era menester no sustentar tantos caballos, salir á la calle con menos tren, no tener mesa tan esplendida, jugar menos, y desperdiciar menos en gastos inútiles y frívolos; pero el que lo hiciera, ¿sería por eso menos grande, menos respetado, menos aplaudido? *Ad vos, reges, sunt hi sermones.* Grandes del mundo, ricos del mundo, dichosos á lo del mundo, con vosotros hablan estas reflexiones.

El evangelio es del cap. 19. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret, accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fue á un pais lejano á tomar posesion de un reyno, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dixo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detras de él una embaxada, diciendo: No queremos que éste reyne sobre nosotros. Y sucedió que volviendo depues de tomar posesion del reyno, mandó llamar á los criados á quienes habia dado el

esset. Venit autem primus dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi: Euge, bone serve, quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitatis. Et alter venit, dicens; Domine, mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait: Et tu esto super quinque civitates. Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve, nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum, tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam: ut ego veniens cum usuris, utique exegissem illam? Et astantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi, qui decem mnas habet, et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis, quia omni habenti dabitur, et abundabit; ab eo autem, qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

dinero, para saber cuanto habia negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dixo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dixo: Alégrate, buen criado: porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dixo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dixo á éste: Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino ótro, y dixo: Señor, he aquí tu mina que la tuve guardada en un pañuelo, porque te temí, por cuanto eres un hombre austéro: tomas lo que no depositastes, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: sabías que yo soy un hombre austéro, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré: ¿pues por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dixo á los que presentes estaban: Quitádle á éste la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia: pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

Del amor de los trabajos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los cristianos de ninguna cosa debieran gustar tanto como de los trabajos y de las aflic-

ciones. Ninguna fruta debiera saberlos mejor que la del arbol de la cruz, porque la sangre de Jesucristo la quitó toda la amargura. Es la cruz el arbol de la vida; y no gustar de la fruta de este arbol, es prueba de mala disposicion.

Si solamente se escucha á los sentidos materiales; si únicamente se consulta el parecer de los ojos; si no se oye mas que el dictámen de la razon humana y del amor propio, es cierto que las adversidades son objeto de horror. ¿Pero en esta materia será buen juez el hombre animal? ¿qué nos enseña la fe? ¿qué nos dice el evangelio? *Oportuit Cristum pati, et ita intrare in gloriam suam.* Fue conveniente que Cristo padeciese, y que así entrase en su propia gloria. *Væ vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram.* Desdichados de vosotros, ricos, porque vivis en este mundo consolados. Desdichados de vosotros, felices del mundo, porque vivis alegres y opulentos. Desdichados de vosotros, grandes de la tierra, porque todo se os rie, todo conspira á daros gusto. Por el contrario: ¿quereis formar una idea cabal y justa de la felicidad? ¿quereis hallar un hombre dichoso? Pues buscadle en las adversidades, dice el mismo Salvador: *Beati qui lugent.* Ciertamente se sobresalta, se inquieta, se amotina, digámoslo así, toda nuestra religion, cuando á las cruces se las da el nombre de desgracias. Pero sin embargo, ¿se consideran, se las llama hoy de otra manera en el mundo?

Que un gentil reputase por gran mal la pérdida de la hacienda, el desgraciado suceso de un pleyto, un reves grande de fortuna; adelante, no habia de que admirarse, porque al fin siente, habla y discurre segun sus principios. Pero que un cristiano ilustrado con las luces de la fe, educado en la escuela de Jesucristo, instruido en su doctrina, ignore que los trabajos de esta vida son como arras de la eterna felicidad; que las adversidades son el contraveneno de las pasiones; que son remedio eficaz contra las inflamaciones del corazon, y contra las dolencias del alma; que todas son de gran precio, y que las tribulaciones de esta vida, como dice san Pablo, siendo momentáneas y ligeras, producen un peso eterno de gloria en alto grado de excelencia, superior á toda medida;

¡qué ignore esto un cristiano! ¿Quién no se asombrará? Pues esto es lo que el Salvador del mundo nos propone como objeto digno de nuestra estimacion y de nuestro amor. Esto lo que buscaron con tanta ansia tantos hombres sabios, tantas almas prudentes, discretas, iluminadas. Esto lo que toda la Iglesia, lo que el mismo Dios estima, honra, y recompensa tan liberalmente en todos los fieles. Porque las cruces sean ingratas á los sentidos, ¿dexarán de ser estimables, ó serán menos preciosas? Por amarga que sea una medicina, se desea, se busca, se solícita, se compra, cueste lo que costare, no mas que por la aprension en que se está de que puede alargarnos unos pocos dias mas esta miserable vida. Por la esperanza de mayor interes, por conseguir un empleo, expone el mercader su vida á los trabajos y á los peligros del mar, y el soldado la suya á los afanes, á los sustos y á los riesgos de la guerra. Es el cielo el premio seguro de las aflicciones padecidas con resignacion cristiana; es el mismo Dios su recompensa. No hay otro camino para el cielo; son la herencia de los escogidos; en las enfermedades y en las tribulaciones; así el beato Amadeo, como los demas santos, fabricaron sus coronas. ¡Y será posible que las cruces nunca han de tener atractivo para mí! ¡será posible que siempre las he de mirar con aversion! ¿Pues sobre qué título podré fundar la esperanza de una recompensa eterna?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que sucede en las cruces lo que en aquellos árboles, cuya fruta es de gusto delicado y exquisito, aunque la corteza sea rústica, desabrida y amarga. No siempre es verdad que son amargas las lágrimas, porque las hay muy dulces. Si los que se tienen por dichosos á lo del siglo, no carecen de sus cruces interiores; ¿por qué no habrá tambien gustos invisibles mucho mas dulces que estos que meten tanto ruido? No son las menos exquisitas las dulzuras del espíritu. Es el corazon la casa propia de la alegría. Es menester que reyne en él la serenidad y la calma para que sea feliz; los remordimientos y los sobresaltos de la conciencia turban todas las fiestas de los dichosos del mundo; hablando en rigor, toda su felicidad

consiste en atolondrarse y en aturdirse; y de aquí nace que en las prosperidades y en las fiestas mundanas no hay mas que una alegría aparente. Las almas verdaderamente cristianas experimentan en sus cruces una alegría llena y tranquila, una suavidad pura y deliciosa. ¡Qué cosa mas dulce que estar una alma segura de que va derecha por el camino real del cielo! ¡qué mayor consuelo que hallar en su estado y en su suerte el verdadero carácter de los predestinados; aquello que siempre fue y siempre será el objeto de los cariños y de los ansiosos deseos de los santos! ¡O qué cosa tan dulce, no gloriarse mas que en la cruz de Jesucristo! Dulzura que por toda la vida se siente allá en lo mas profundo del corazon, que se aumenta siempre á la hora de la muerte, y que despues se extiende á toda la eternidad. Imagina, si puedes, otra materia de mas real, de mas sólido consuelo.

Son amargos los trabajos, es verdad; pero tambien eran amargas las aguas del Mará antes que Moyses metiese en éllas el madero que Dios le mostró; mas por la virtud de este misterioso madero se convirtieron en aguas dulcísimas para beber. Bien sabe Dios el secreto de endulzar las cruces. Antes que Cristo muriese en una de éllas, se decia en el mundo. *Maledictus homo qui pendet in ligno*: Es maldito, es desdichado el hombre que padece en una cruz; pero despues que el Salvador la santificó con su muerte, la libró de la infamia, la quitó la maldicion, y comunicó á este tronco una virtud milagrosa.

De este principio nacieron aquellos ardientes deseos de padecer que se admiran en todos los santos. De este manantial brotan aquellos torrentes de consuelos interiores, que no siendo capaces de concebirlos los sentidos, inundan las almas santas purificadas con los trabajos. ¡Ah mi Dios, y qué escondido está este tesoro, y qué poco estimado es este secreto de los prudentes del siglo! Pero en la muerte se conocerá y por toda la eternidad se sabrá cuán estimable era este secreto, y cuán precioso este tesoro. Dame acá un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, dame acá un corazon que ame á Dios verdaderamente, decia san Agustin, y él entenderá lo que le digo, él conocerá esta verdad, y él percibirá maravillosamente esta doctrina.

Mi buen Jesus, ¿cuándo seré yo de éste número? ¿es posible que me he de contentar con asentir á estas verdades, con aplaudir estas reflexíones, y con hacer grandes elogios de los trabajos solo cuando los veo en ótros? ¿pues qué, no quiero yo ser contado entre vuestros discípulos? ¿pero cómo puedo serlo, si no llevó mi cruz, si no amo á la cruz, si no quiero estar toda la vida enclavado en la cruz? Dadme, Señor, este amor á la santa cruz; haced que sea para mí insulso y fastidioso todo otro gusto que el gusto de la cruz; dadme, Señor, vuestro amor, que yo amaré á la cruz.

JACULATORIAS.

Placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. 2. ad Cor. 12.

Sí, Señor, en nada me complazco tanto como en las enfermedades, en los desprecios, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por amor de vos.

Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me. Job. 17.

Esté yo, mi buen Jesus, junto á ti al pie de tu dolorosa cruz, y conspiren contra mí todos los que quisieren.

PROPOSITOS.

Ninguno hay que no tenga su cruz. En todas partes nacen las espinas; son fruta de todas estaciones; en todas las tierras crecen; nacen hasta entre las mismas piedras de la corona; brotan entre el oro, y los brocados del trono. No hay condicion, no hay estado sin sus cruces; los grandes tienen las suyas, y no suelen ser las menos pesadas, aunque sean las menos visibles. Es necedad, es locura buscar abrigo contra todos los vientos, contra todas las tempestades. ¿Qué edad dexa de tener sus disgustos? ¿qué fortuna no padece sus reveses? ¿qué condicion está exênta de cuidados? ¿qué empleo está libre de

sobrecargas? Hay cruces de puertas adentro, y cruces de puertas afuera; cruces domésticas, y cruces extrañas. Cuando falten únas y ótras, nuestro genio, nuestro natural, nuestro mal humor, nuestra aprension, nuestro mismo corazon son terrenos fertilísimos de innumerables cruces. Mira con reflexîon la que mas te inquieta, la que mas te mortifica; y haz una generosa resolucion de que te sirva de mérito. ¿Quieres aligerarla? pues ámala. Cuantos mas esfuerzos hicieres para sacudirla, mas pesada se hará. Aunque hubieras hallado el secreto para librarte de esa, vendria ótra que te brumase mas. Si quieres hacerla suave, observa las reglas siguientes. Primera: acepta con gusto las cruces que el Señor quisiere enviarte, y por la mañana al tiempo de ofrecer las obras, haz esta breve oracion: *Divino Salvador mio, puesto que para ser discípulo vuestro es menester abrazarme con mi cruz, acepto de todo corazon la que habeis querido cargarme, y os suplico me deis gracia para aprovecharme de élla á mayor gloria y honra vuestra, y á mayor salvacion mia*. Segunda: cuando se resista el amor propio, y su amargura se comunicare al corazon, vuelvete hácia él, y dile: *Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Joan. 18.) Pues qué, ¿no quieres que beba el caliz con que me brinda mi amoroso Padre celestial? Tercera: cuando te suceda algun trabajo, alguna mortificacion, alguna pérdida: cuando recibas alguna mala noticia, repite con toda el alma estas bellas palabras de Job (cap. 2.). *Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiamus?* Si hemos recibido de la mano del Señor las prosperidades, ¿por qué no recibirémos las adversidades de la misma amorosa mano?

2 Es un exercicio no solo muy piadoso, sino provechosísimo, aceptar todos los trabajos que nos suceden en satisfaccion de nuestras culpas, y pedir al confesor que nos los aplique en penitencia; porque haciéndose de esta manera los trabajos parte del sacramento, son de mas valor, y tambien de mayor mérito. No hay cosa que mas nos ayude á pagar á Dios nuestras deudas, que este género de satisfaccion, por ser no solo de su gusto sino de su eleccion. Es cosa cierta que esta es la moneda, digamóslo así, en que quiere ser pagado en esta vida. ¡O qué importantes servicios nos harian un poco de paciencia, de sumision, y aun de alegría en las inevitables adversidades de esta vida miserable! No

por eso padeceríamos mas; antes padeceríamos menos, porque no padeceríamos con tanto disgusto, y el provecho nos desquitaria con ventajas del dolor, ¡Cosa extraña! siéntese todo el peso de la cruz; gústase toda la hiel de su amargura; y por no tener un poco de buena voluntad, un poco de industria, se pierde todo su fruto.

TABLA

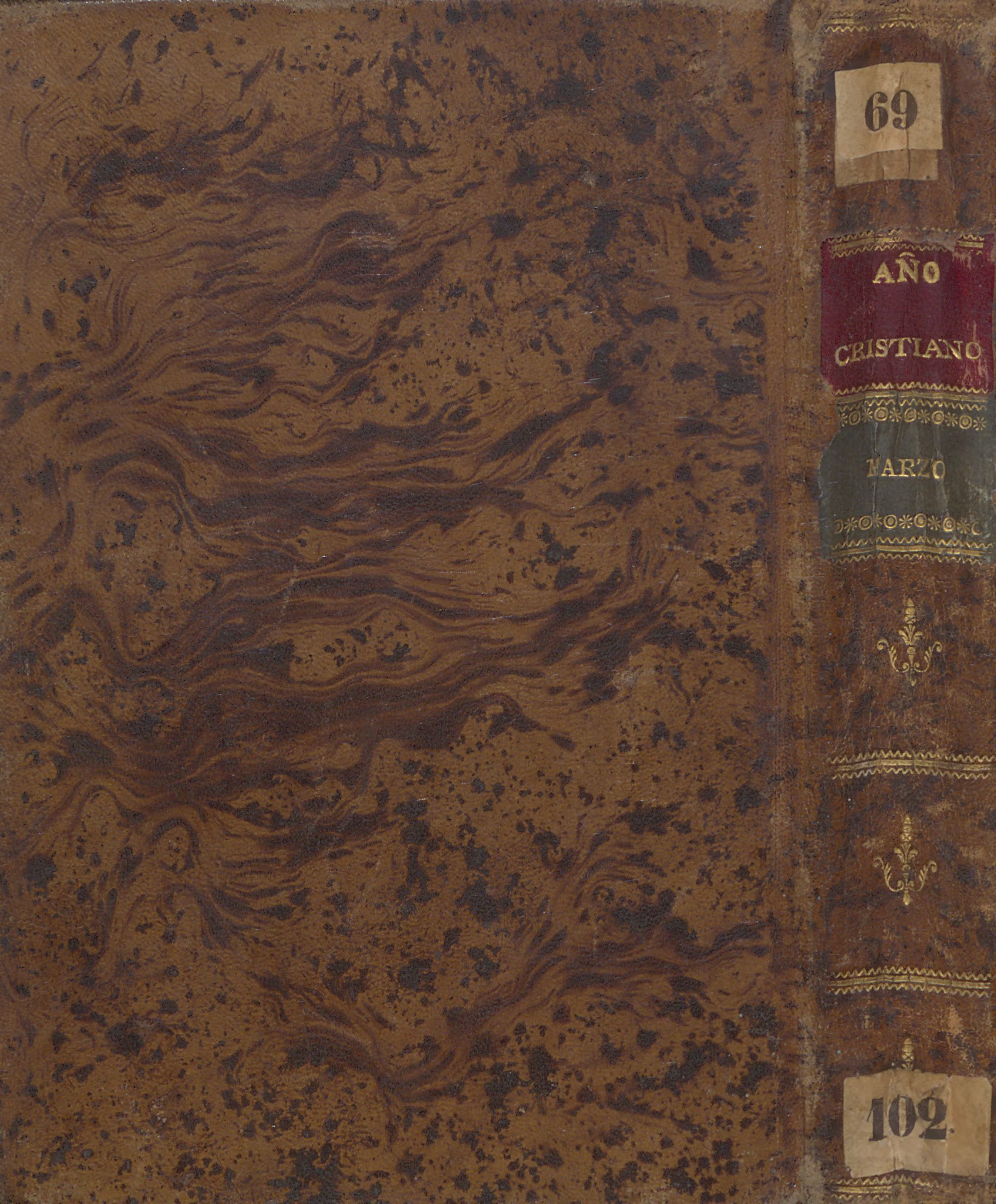
De los títulos que se contienen en este tmoo tercero.

FIN DE LA TABLA.








69
AÑO
CRISTIANO
MARZO
102


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm